

**Identidad y poder:
la cohesión del Estado ruso
y su relación con la conformación de
la Unión Europea
como actor internacional**

Tesis Doctoral presentada por

Francesc Serra i Massansalvador

Dirigida por la Dra. Esther Barbé Izuel

**Departamento de Derecho Público
y Ciencias Histórico-Jurídicas**

Universitat Autònoma de Barcelona (UAB)

Barcelona, mayo de 2003

L'histoire de la Russie diffère de l'histoire des autres nations européennes plus pour ce dont elle fait défaut que pour ce dont lui est propre, et à chaque lacune de son passé se correspond dans le présent un vide que le temps n'as pas pu remplir. (...) Dans cet État, dix fois séculier, rien n'a été consacré par le temps. Le pays est vieux et tout en lui est nouveau.

LEROY-BEAULIEU, A., *L'Etat moderne et ses fonctions* (1890).

Al amics, sobretot els que no hi han arribat

*Xavier Borrell
Nelson Cabello
Romà Dolcet
Vicent Esbrí
Marco Melchiorri
Xavier Serrat
Alberto Vicario*

Relación de acrónimos utilizados

ABM	<i>Anti-Balistic Missile</i>
ACC	Acuerdo de Colaboración y Cooperación
AELC	Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA)
AGNU	Asamblea General de Naciones Unidas
ApP	Asociación por la Paz (PfP)
ARYM	Antigua República Yugoslava de Macedonia (FYROM)
BERD	Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo
BM	Banco Mundial
BSEC	<i>Black Sea Economic Cooperation</i> (CEMN)
CAD	Comité de Ayuda al Desarrollo
CAME	Consejo de Asistencia Mutua Económica
CdE	Consejo de Europa
CdS	Consejo de Seguridad de Naciones Unidas
CE	Comunidad Europea
CEE	Comunidad Económica Eurasiática
CEE	Comunidad Económica Europea
CEI	Comunidad de Estados Independientes
CEMB	Consejo de Estados del Mar Báltico
CEMN	Cooperación Económica del Mar Negro (BSEC)
CIG	Conferencia Intergubernamental
CPE	Cooperación Política Europea
CRS	Comunidad de Repúblicas Soberanas
EEE	Espacio Económico Europeo
EFTA	<i>European Free Trade Association</i> (AELC)
EEUU	Estados Unidos de América
FMI	Fondo Monetario Internacional
FRR	Fuerza de Reacción Rápida
FYROM	<i>Former Yugoslavian Republic of Macedonia</i> (ARYM)
G-7	Grupo de las siete mayores potencias industriales
G-8	Grupo de las ocho potencias principales (G-7 más Rusia)
GUAM	Georgia, Ucrania, Azerbaiyán, Moldova

GUAM	Georgia, Ucrania, Uzbekistán, Azerbaiyán, Moldova
IDH	Índice de Desarrollo Humano
KFOR	<i>Kosovo Force</i> , misión de Naciones Unidas en Kosovo
KPRF	Partido Comunista de la Federación Rusa
LDPR	Partido Liberal Democrático de Rusia
MD	<i>Missile Defense</i>
NDR	<i>Nash Dom – Rossiya</i> (nuestra casa es Rusia)
NEI	Nuevos Estados Independientes
NMD	<i>National Missile Defense</i>
OCDE	Organización de Cooperación y Desarrollo Económico
OCE	Organización de Cooperación Económica
OCI	Organización de la Conferencia Islámica
OCS	Organización de Cooperación de Shangai
OMC	Organización Mundial del Comercio
ONU	Organización de Naciones Unidas
OSCE	Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PE	Parlamento Europeo
PECOs	Países de Europa Central y Oriental
PESC	Política Exterior y de Seguridad Común
PESD	Política Europea de Seguridad y Defensa
PfP	<i>Partnership for Peace</i> (ApP)
PHARE	Polonia y Hungría, Ayuda a la reconstrucción Económica
PNUD	Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo
RSFSR	República Socialista Federativa Soviética Rusa
SALT	<i>Strategic Arms Limitation Talks</i>
START	<i>Strategic Arms Reduction Talks</i>
TACIS	<i>Technical Assistance to the Commonwealth of Independent States</i>
TdB	Tratado de Bishkek
TMD	<i>Theater Missile Defense</i>
TNP	Tratado de no Proliferación Nuclear
TSC	Tratado de seguridad Colectiva (Tratado de Tashkent)
TUE	Tratado de la Unión Europea (Tratado de Maastricht)

UE	Unión Europea
UEO	Unión Europea Occidental
URS	Unión de Repúblicas Soberanas
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (Unión Soviética)

	<u>pág.</u>
Índice	1
Introducción	
a) Objetivos y justificación	5
b) Plan de trabajo	13
c) Fuentes	19
1) ¿Qué es una potencia?	
1.a) La difícil definición del poder	23
1.b) El carácter militar de la potencia	30
1.c) Otros elementos tangibles de la potencia	35
1.d) Elementos intangibles de la potencia	40
1.e) A modo de conclusión. Potencia hegemónica en coexistencia con la admisión de grandes potencias en el sistema internacional.	45
2) ¿Es Rusia una potencia?	
2.a) Rusia como potencia militar	53
2.b) Otras características tangibles de Rusia como potencia	57
2.c) Recursos intangibles de Rusia como potencia	62
2.d) Ejercicio real de Rusia como potencia: a la búsqueda de una influencia por ejercer.	67
2.e) Rusia y su área de influencia territorial en tanto que potencia	74
2.f) A modo de conclusión: un poder bajo tutela	82
3) Rusia, potencia en reconstrucción (1991-1994)	
3.a) El cómo y el por qué de la desintegración del Estado soviético	85
3.b) Crisis en la identificación ruso-soviética	94
3.c) La consolidación de una esfera de influencia	104
3.d) Los primeros pasos de la CEI en tanto que organización regional organizadora del espacio de influencia de Rusia	109
3.e) A modo de conclusión: ¿Rusia renace como Estado o como potencia?	113

4)	La consolidación de la Unión Europea con relación a la reconstrucción de Rusia, 1991-1994	
4.a)	Una Europa en transición ante una Rusia en mutación	119
4.b)	Los límites de la potencia europea	125
4.c)	El reencuentro de Europa con su otra mitad	131
4.d)	Primeros pasos hacia el Este	137
4.e)	A modo de conclusión: Europa, ante los muros de Rusia	143
5)	Rusia y Europa, 1991-1994	
5.a)	Reencuentro y redefinición de Rusia y Europea, dos potencias en contraposición mutua permanente	149
5.b)	El solapamiento de influencias en Europa del Este; los casos el Báltico y de los Balcanes	154
5.c)	La cooperación económica europea hacia Rusia: ¿ayuda o satelización?	161
5.d)	La restauración de la confianza internacional	166
5.e)	A modo de conclusión: Rusia, potencia “protegida”	171
6)	La primera guerra de Chechenia; un paso atrás en la consolidación de Rusia.	
6.a)	Chechenia: ¿Culminación de un sueño o inicio de una pesadilla para Rusia?	177
6.b)	Consecuencias de la intervención en Chechenia en la sociedad y la política de Rusia	182
6.c)	Reacción internacional a la crisis de Chechenia	188
6.d)	Europa ante la crisis chechena	192
6.e)	Rusia frente a sus fantasmas. El retorno al aislacionismo	197
6.f)	A modo de conclusión: la frustrada búsqueda rusa de una identidad y una capacidad propias en Chechenia	202
7)	Rusia, potencia en reestructuración, 1996-2000	
7.a)	La lenta recuperación de la confianza internacional tras la guerra	209
7.b)	La crisis del 98: ¿la economía rusa toca fondo?	213
7.c)	Tímidos signos de recuperación. El papel del petróleo	219
7.d)	La CEI y sus nuevas orientaciones	223

7.e)	A modo de conclusión: un país al borde del cataclismo y sin perspectivas de futuro	228
8)	Evolución europea en el período 1995-2000	
8.a)	Buscando soluciones: el Tratado de Amsterdam	235
8.b)	<i>Go East</i> : la nueva ampliación.	240
8.c)	Restauración paulatina de la confianza en Rusia. El problema de la seguridad	246
8.d)	Las relaciones económicas e institucionales entre Rusia y la UE, en vías de intensificación	251
8.e)	A modo de conclusión: Europa se cohesiona y establece sus límites con Rusia	260
9)	Rusia tras Yeltsin	
9.a)	Triunfo en Chechenia	265
9.b)	Putin ante la opinión pública	270
9.c)	Estrategias europeas: alianza frente a la hegemonía	275
9.d)	11 de setiembre: flexibilidad en las alianzas estratégicas	281
9.e)	Rusia, a la búsqueda de la definición de una tendencia en su política internacional	289
9.f)	A modo de conclusión. Rusia ante el futuro: Rusia ante el futuro: equilibrio estratégico y presencia internacional	293
10)	Conclusiones	
10.a)	La adaptación de Rusia ante el nuevo sistema internacional	297
10.b)	Actitudes posibles de Rusia ante Occidente	303
10.c)	El futuro de las relaciones entre Rusia y la Unión Europea	315
	Anexos	323
	Bibliografía	369

Introducción

a) Objetivos y justificación

Rusia necesita a Europa, y Europa necesita a Rusia. Esta frase se ha convertido casi en un lugar común en los discursos políticos de líderes tanto de la Federación Rusa como de la Unión Europea (UE). Más allá de la retórica política, sin embargo, podemos hablar de una realidad tangible: el nuevo Estado ruso surgido al finalizar la Guerra Fría se ha formado al mismo tiempo que la Unión Europea ha hallado su papel en tanto que actor político, y ambos procesos, paralelos, se han retroalimentado y, en parte, complementado, creando así dos realidades políticas estrechamente interrelacionadas llamadas a cooperar en las dinámicas del sistema internacional de la postguerra fría.

Hablar de Rusia en tanto que actor político que ejerce como potencia nos lleva a referirnos a diferentes entidades históricas con una cierta diversidad por sus características, denominaciones y ambiciones políticas y territoriales. Esta tesis de doctorado analiza los componentes *longue durée* de Rusia en tanto que potencia, plasmadas en el período concreto en que la Federación Rusa¹ se constituye como Estado, a raíz de la disolución de la Unión Soviética, y tomando como acotación temporal el período limitado por la llegada a la presidencia de V. Putin. La presidencia de Borís Yeltsin al frente de la Federación Rusa (1991-2000) será, por lo tanto, el período cronológico en que se acotará este trabajo.

El presente trabajo se propone analizar la actuación de Occidente² en las áreas que puede colisionar con los intereses rusos, así como la propia definición de una Europa institucionalizada al hallar sus referentes opuestos directos en la etapa formativa que lleva a cabo durante el período 1990-2000. Por otra parte, pretende centrarse en el caso

¹ En adelante usaré indistintamente esta denominación oficial y la fórmula simplificada y tal vez abusiva de *Rusia*. Del mismo modo, aunque utilizaré preferentemente el término institucional de *Unión Europea* para referirme a la organización surgida del Tratado de Maastricht, en ocasiones puedo utilizar por razón de brevedad el término igualmente abusivo de *Europa* para referirme a la misma.

² El término occidental, de límites y definición a menudo difusos, es ampliamente utilizado como contrapunto o competencia a los intereses geoestratégicos tradicionales de Rusia, vagamente situado en la Europa atlántica y en Norteamérica, y que tuvo su expresión más precisa en los años de la Guerra Fría en el bloque democrático-capitalista representado por los países de la Alianza Atlántica.

de la UE por su proceso de expansión hacia zonas consideradas como patrimonio de la influencia tradicional rusa. En este sentido, habrá que tener en cuenta el papel que ejerce la Unión Europea como potencia y cómo se aplica dicha característica de potencia (o potencias) con relación a la Federación Rusa. Aquí hay que recordar la espinosa problemática de la definición de la UE en tanto que potencia, así como las diferentes concepciones de cómo se puede ejercer dicho carácter de potencia.

Occidente mantiene una relación compleja con Rusia desde la independencia³ de dicho país, en 1991, relación en que podemos hallar una franca y permanente cooperación, pero también una cierta desconfianza mutua e, incluso, esporádicas crisis y tensiones que nos permiten hablar de una frecuente colisión de intereses entre ambos. En este sentido, podemos establecer una serie de premisas concretas que nos permiten fijar las dinámicas de la conflictividad potencial entre Occidente y Rusia:

- a) Rusia es tradicionalmente una potencia por su propio peso que cuenta con un área de influencia clásica en Europa que va más allá del ámbito de la CEI;
- b) organizaciones internacionales que suelen representar a Occidente, como la UE y la OTAN, se hallan en fase de expansión hacia zonas vinculadas tradicionalmente a dicha área de influencia rusa, concretada en las regiones de Europa central, los Balcanes y, fundamentalmente, el Báltico;
- c) Rusia y las organizaciones occidentales son actores irreconciliables, en cuanto a que no es previsible a corto ni a medio plazo no sólo una mutua integración, sino incluso la compatibilidad de sus intereses inmediatos excepto en aspectos estratégicos a corto plazo que no contradicen esta incompatibilidad de fondo;
- d) entre dichas incompatibilidades tiene un lugar destacado la existencia de áreas de influencia consideradas irrenunciables por ambas partes y que coinciden en

³ Hablar de independencia para referirnos al surgimiento de la Federación Rusa, en 1991, puede resultar problemático, dada la identificación histórica de esta identidad con la Unión Soviética. A pesar de que Rusia es la única república soviética que no hace una proclamación de independencia ese año, el nuevo Estado ruso se constituye a partir de las instituciones y la administración de la República Socialista Federativa Soviética Rusa (RSFSR), desvinculada de la URSS a partir de la creación de la CEI en diciembre de 1991. Por otro lado, el nuevo Estado ruso busca en este proceso político la identificación con una entidad nacional, la rusa, que no halla suficientemente reflejada en la Unión Soviética. Por todo ello, es común en los análisis sobre Rusia hablar del nacimiento de la Federación Rusa como de un proceso de independencia y de surgimiento de un nuevo Estado. Véanse GOLLIET, J., « La CEI : recomposition, nouvelle communauté ou nouvel empire? », en *Relations Internationales et Stratégiques* n° 13, primavera 1994; LAPIDUS, G. y WALKER, E. (eds.), *The New Russia, Troubled Transformation*, Vestview Press, Boulder, Colorado 1995.

términos geográficos; estas áreas de influencia irrenunciables lo son también en parte por motivos tradicionales y simbólicos, pero en gran medida lo son también por razones de seguridad, lo cual lleva a una sensación de amenaza para aquél de los actores que se ve desposeído de los mismos;

- e) la situación que se ha materializado desde 1991 hace que Rusia se haya visto obligada a renunciar al espacio de seguridad que considera imprescindible, mientras que la UE y la OTAN mantienen una dinámica de expansión y crecimiento, lo cual infiere un sentimiento agudo de amenaza y humillación a la sociedad y a la clase política rusa;
- f) desde la perspectiva de los intereses rusos se hace una clara distinción entre los dos ámbitos básicos en que se organiza este difuso *Occidente*, según se trate del área europea, centrada en la cooperación económica y política y representado por la UE, o el ámbito transatlántico de seguridad, personalizado en la OTAN.

Existe, y así queda patente en el caso ruso durante el período estudiado, una creciente interacción entre la actividad internacional y la legitimidad con que cuenta un régimen y su estabilidad interna; los procesos internacionales influyen decisivamente en el funcionamiento interno del Estado. Rusia inicia un proceso de cohesión en sí misma y de integración en el mundo que la rodea, y para ello debe contar con las otras potencias que le son cercanas cultural y políticamente y que, al mismo tiempo, buscan una mayor relación con este país. Entre estos vecinos con los que Rusia buscará y encontrará mayor conexión está la Unión Europea, que a su vez busca su propia cohesión y una nueva identidad política precisamente a lo largo del mismo período.

Ambos procesos de cohesión, el ruso y el europeo, forzosamente hallan puntos de simbiosis y también factores de rivalidad, en un proceso complejo del que podemos destacar tres elementos clave: en primer lugar, los dos actores experimentan difíciles procesos de reubicación en el mundo, compartiendo así un proceso de búsqueda con un trasfondo de un sistema internacional en transformación y la consolidación de un poder hegemónico, el de Estados Unidos, externo a ambos actores. En segundo lugar, ambos extremos de Europa encuentran una vía de cooperación estrecha a través de la cual pueden coordinar y consensuar los respectivos procesos de cohesión, evitando por ejemplo el solapamiento de áreas de interés o influencia, proceso que no siempre resulta

fácil ni fluido. Por último, hay que advertir que las dinámicas institucional, política, social, económica e incluso de expansión territorial son opuestas en uno y otro actor. Esta combinación de dinámicas opuestas, paradójicamente, tiene como consecuencia la complementariedad de los procesos, haciendo así que la cooperación entre ambos actores sea más intensa.

El objetivo principal de este trabajo será, pues, el estudio del proceso de cohesión de Rusia en tanto que Estado y, sobre todo, en tanto que potencia a lo largo del período de formación comprendido en la era Yeltsin, es decir entre 1991 y 2000. Para ello, debemos especificar qué entendemos por tal cohesión, término ampliamente usado en esta tesis doctoral que tiene una aplicación imprecisa tanto en el habla común como en su uso académico.⁴ En el período estudiado el Estado ruso vive un proceso de adaptación a una nueva realidad política que le lleva necesariamente a una redefinición de su propia naturaleza política, e inicia un doble proceso: en primer lugar, adapta sus instituciones a la nueva realidad y crea un entramado político y administrativo que se traduce en nuevas normas políticas que consoliden la conexión entre las diferentes administraciones que componen el aparato estatal, por un lado, y dichas instituciones y la población, por otro. En segundo lugar, el Estado ruso recién creado se halla ante el reto de crear un marco ideológico que justifique su propia existencia. Dicho marco debe definir la identidad del nuevo Estado en tres sentidos: por un lado, debe acomodarse a un nuevo espacio físico que constituye el nuevo Estado en contraste con sus antecesores y definirse en función del mismo; en segundo lugar, ajustarse a un contenido cultural-identitario que puede no coincidir (y, en este caso, claramente no coincide) con la percepción cultural de pertenencia y solidaridad grupal de sus habitantes; y por último debe definir los objetivos políticos del nuevo Estado. Llamamos cohesión, pues, en el caso que estudia esta tesis de doctorado, a la adaptación institucional del Estado ruso a su nuevo contexto político y a la búsqueda por dicho Estado de nuevos elementos que den justificación, unidad e identidad al nuevo Estado.

⁴ La definición que nos da el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* (RALE) es la siguiente: “*Cohesión*: 1. Acción o efecto de reunirse o adherirse las cosas entre sí o la materia de que están formadas. (...) 4. *Fis.* Fuerza de atracción que las mantiene unidas.” Ello nos permite aplicar el término en el ámbito de estudio de este trabajo como el proceso de consolidación de elementos previamente dispersos en un mismo cuerpo político y fomentar su interrelación e interdependencia.

De modo paralelo, la Unión Europea vive en este período un proceso de profundización de su propio proceso de integración que hará que dicha organización se consolide como actor político y de seguridad y, al mismo tiempo, defina su identidad en función del espacio físico que planea ocupar a medio plazo, del contenido cultural e ideológico del que pretende sustentarse y de sus objetivos políticos. La UE experimenta, pues, un proceso de consolidación paralelo al ruso durante el cual ambas dinámicas se retroalimentan y sirven, a escala desigual, como instrumento de afirmación mutua. De este modo, el proceso de cohesión que vive Rusia en estos diez años no influye en la consolidación de la UE más que en la definición de parte de sus marcos geográficos y de seguridad, mientras que la presencia y el proceso que vive la Unión Europea en este período es determinante en el proceso de cohesión de Rusia. Es por ello que he tomado el caso de la UE como significativo en la consolidación del Estado ruso, puesto que es el que más influye en una Rusia extremadamente delicada y sometida a múltiples presiones internas y externas, en un contexto en el cual la estabilidad de las relaciones exteriores es imprescindible para consolidar el nuevo Estado. En este contexto, la UE ha sido un patrocinador evidente de un proceso que difícilmente podría ser autónomo.

Estamos hablando, por supuesto, de unas dinámicas que no se pueden dar por concluidas al final del período elegido. Por un lado, la UE todavía se halla en proceso de desarrollo y aplicación de la legislación aprobada durante los años noventa en su proceso de profundización institucional; por otro, Rusia mantiene debilidades estructurales que auguran un período de dependencia exterior y fragilidad social intensa durante un largo período posterior a la presidencia de Yeltsin. Pero en una década de transiciones ya tenemos elementos más que suficientes para analizar dichos procesos y sus interrelaciones, y para aportar algunas conclusiones de cómo, hasta el momento, Rusia está llevando a cabo su propia cohesión y cómo ha influido en ello un factor aparentemente externo como es la consolidación de la Unión Europea.

b) Plan de trabajo. Método y estructura

El marco general de este trabajo son las relaciones entre Rusia y la Unión Europea, así como la influencia que ejercen una sobre la otra durante el período de sus respectivas consolidaciones políticas en la última década del siglo XX.. Para ello esta

tesis va a dar un tratamiento central a la posición jerárquica tradicional y actual de Rusia en el sistema internacional, así como a analizar los cambios acaecidos en los años precedentes al período del presente estudio y que dieron lugar a las profundas transformaciones a que se ha visto sometido este país; es decir, hasta qué punto y por qué Rusia fue y sigue siendo una potencia en el sistema internacional. Ello nos permitirá analizar la evolución de Rusia en su nueva naturaleza estatal en un contexto internacional caracterizado poco favorable al mantenimiento del carácter tradicional de Rusia como potencia y, en especial, sus relaciones con una Europa institucionalizada que tiende a la consolidación y a la expansión, en una dinámica exactamente opuesta a la que experimenta Rusia en el mismo período.

Aparentemente, la definición de los elementos básicos que deben encontrar su interrelación en este trabajo no debe presentar dificultades importantes. Sin embargo, la misma naturaleza de conceptos tan arraigados como Europa y Rusia ha sido tradicionalmente y sigue siendo en la actualidad objeto de serios y profundos debates. Por una parte, en las últimas seis décadas, alrededor del proceso político e institucional de construcción europea, se ha profundizado enormemente en el debate sobre la identidad europea,⁵ con la vista puesta en los límites de la futura Europa institucionalizada. Estos límites adquieren una doble vertiente: por una parte, según la intensidad atribuida a lo que se ha definido como espíritu europeo o conciencia europea, las instituciones continentales se verán moralmente legitimadas para intensificar, a su vez, sus vínculos y sus interrelaciones; por otra parte, desde el punto de vista geográfico, hay que definir cuáles son los límites precisos de esta Europa que se

⁵ Cualquier definición del espacio político europeo resulta forzosamente difícil y parcial. De este modo, a esta primera definición habría que matizar que también debemos incluir en el conjunto europeo de Estados a aquellos que participan de la estructura organizativa propiamente europea, en que tienen cabida los miembros de organizaciones internacionales como el Consejo de Europa o la Unión Europea, que constuirían el marco institucional de Europa en tanto que proyecto político. Ello nos permite solucionar paradojas como la presencia de Chipre, país que no controla ningún territorio geográficamente europeo, en este marco conceptual, o incluso los casos de Turquía y de la misma Rusia, sólo parcialmente europeas des del punto de vista física. Pero deja la puerta abierta a preguntas sobre la identidad europea de los países que forman parte de estructuras internacionales centradas en la seguridad europea, como los miembros norteamericanos y asiáticos de la OTAN-APP y de la OSCE; y no aporta una respuesta a la hipótesis de futura que condicione las relaciones de dichas organizaciones internacionales con países vocacionalmente europeos (en parte, por lo menos) como Israel o Marruecos. Sobre la definición y los límites de Europa y Occidente, véanse interesantes análisis en CALVOCORESI, P., *Resilient Europe 1870-200*, Longman, Londres 1991 y en CASSEN, B., "How large is Europe?", en *European Affairs*, vol. 4, 1991, p. 18.

pretende construir.⁶ A partir de los núcleos fundacionales de las instituciones europeas, localizados en la Europa occidental continental, se admite la incorporación paulatina de zonas periféricas a dicho núcleo (islas Británicas, península Ibérica, Escandinavia) hasta llegar a completar el marco de la futura Europa “viable” con la incorporación de los países de Europa central y balcánica que habían quedado fuera de estos núcleos fundadores precisamente por las presiones y la presencia de la Rusia soviética.⁷ Pero la nueva frontera de Europa sigue separando el Este del Oeste, la Europa institucionalizada y posible desde un punto de vista pragmático de una Rusia que se limita a mantener los restos de una influencia regional tradicional. Por razones de simple viabilidad económica y administrativa, Rusia y su esfera inmediata quedan lejos de esta Europa institucionalizada, pero ello no justifica que se haya establecido una lejanía definitiva de una Europa que sigue siendo un referente cultural y espiritual” para Rusia.

La propia Rusia, por su parte, tiene pendiente el encuentro definitivo consigo misma, desde el punto de vista tanto de la identidad nacional como de las relaciones con su entorno.⁸ En lo que concierne a la propia conciencia de los rusos en tanto que grupo nacional, desde la formación histórica del Estado ruso, éste ha mantenido un fuerte componente imperial y expansionista que ha condicionado gravemente la propia identidad de la sociedad rusa, confundida entre los elementos que forman el núcleo central de esta expansión histórica (los rusos propiamente dichos) y los pueblos de un modo u otro asimilados a esta expansión: según diferentes concepciones históricas o nacionales, podríamos incluir en este concepto a los pueblos eslavos orientales, las minorías geográficamente “integradas” en el Estado ruso (pueblos urálicos y algunos caucásicos, minorías no territoriales como gitanos y judíos, etc.) u otros pueblos vecinos

⁶ Entre la diversa y amplia bibliografía que podemos encontrar sobre la identidad europea y sobre su edificación, podemos destacar obras como CALVOCORESSI, P., *op. cit.*; GROSSER, A., *Les Occidentaux*, Éd. Fayard, París 1984; CASSEN, B., *op. cit.*; MOISI, D., y RUPNIK, J., *Le nouveau continent. Plaidoyer pour une Europe renaissante*, Calman Lévy, París 1991; REMACLE, E., *Esquisse pour un nouveau paysage européen*, UNIDIR, Nueva York 1991; POMIAN, K., “Europa y sus fronteras”, en *Revista de Occidente*, nº 157, 1993, pp. 25-50..

⁷ Sobre el aspecto estratégico de las primeras instituciones europeas, véase KEOHANE, R., y HOFFMANN, S., *After the Cold War. International Institutions and State Strategies in Europe 1989-1991*. Harvard U.P., Cambridge 1993.

⁸ Entre las diversas referencias a la controvertida cuestión de la identidad rusa podemos citar, por ejemplo, MEYER, J., *Rusia y sus imperios, 1894-1999*, FCE, México 1997; KORTUNOV, A., “Russia, the Near Abroad and the West”, en LAPIDUS, G., y WALKER, E. (eds.), *The New Russia, Troubled Transformation*, Vestview Press, Boulder, Colorado, 1995; KARAGANOV, S., “Russia and the Slav Vicinity”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe. The Emerging Security Agenda*, Sipri, Oxford University Press, 1997; JONSON, L., “The Foreign Policy Debate in Russia: in Search of a National Interest”, en *Nationalities Papers*, vol. 22, nº 1, 1994; etc.

que han sido sometidos en un momento u otro de su historia al expansionismo o a la influencia rusa. Obviamente, ello nos conduce a un grave problema no sólo de definición de la propia identidad, sino también de relaciones con los pueblos vecinos, relaciones que se presentan más problemáticas si tenemos en cuenta la naturaleza agresiva que a menudo hallamos en el origen de las relaciones problemáticas entre Rusia y su periferia.

Por último, no bastará con identificar la naturaleza de elementos tan conflictivos y difusos; la siguiente pregunta, pero en gran medida la pregunta que nos permite afrontar las dos cuestiones anteriores, se refiere a la naturaleza europea de Rusia.⁹ Por una parte, Europa sólo podrá establecer unas relaciones estables y normalizadas con el conjunto geográfico y político que tiene al Este si reconoce los límites de la identidad común o diferenciada con Rusia. Por otra parte, y tal vez de un modo más urgente, Rusia debe diseñar su futuro en función de su vecindario con Europa, por lo cual necesita definir sus vínculos culturales e identitarios con un continente del cual podría quedar desvinculado institucionalmente o, alternativamente, puede iniciar una cooperación mutuamente beneficiosa o incluso un proceso de integración gradual.

Estamos hablando, por lo tanto, de dos actores políticos que presentan fuertes peculiaridades en su propia naturaleza y en su coyuntura institucional. Por un lado, la Unión Europea es un actor internacional *sui generis* sin equivalente alguno en ninguna parte del mundo; en este sentido es una *rara avis*, una especie de bestia híbrida entre Estado y organización internacional que se halla en pleno proceso de cohesión y de asimilación de una política exterior propia, en que la cautela del largo proceso de integración en que se encuentra inmerso impide prever el grado ni los plazos de dicha cohesión. Por otro lado, la Federación Rusa es lo que queda de un Estado tradicionalmente expansivo que ha quedado reducido prácticamente a su mínima expresión, a pesar de sus dimensiones, aun superlativas. Este Estado, aparentemente en *construcción* a partir de su independencia o en *reconstrucción* tras el cataclismo político y económico de la última época soviética, presenta una grave fragilidad estructural que

⁹ Podemos destacar algunas obras representativas del extenso debate sobre la identidad europea de Rusia: por ejemplo, la ya emblemática KENNAN, G., *Russia and the West*, New American Library, Nueva York 1961; KERR, D., "The New Eurasianism: The Rise of Geopolitics in Russia's Foreign Policy", en *Europe-Asia Studies*, vol. 47, núm. 6, (1995), p. 977-988; o MALCOLM, N. (ed.), *Russia and Europe: An End to Confrontation?* Pinter, Londres 1994.

puede ser fácilmente atribuible, en realidad, al proceso de *deconstrucción* vivido por la naturaleza imperial tradicional del Estado ruso. En cualquier caso, la propia identidad nacional rusa parece vinculada a esta naturaleza imperial, lo cual hace del nuevo Estado ruso un elemento a asimilar por la sociedad de este país, asimilación que se presenta bastante difícil en un contexto de crisis económica y social perdurable.

La primera tarea que nos proponemos es la de proponer una periodización de este período, de una década de duración, durante la cual los procesos políticos en ambos actores, pero especialmente en Rusia, son profundamente convulsos. A pesar de la aparente unidad del período, marcado por el protagonismo de un solo personaje político, el presidente Borís Yeltsin, y de unos procesos políticos de cohesión y búsqueda de la estabilidad tanto en la UE como en Rusia, la evolución de ambos procesos viene condicionada por una serie de procesos tanto endógenos como exógenos que marcarán sus dinámicas. Podemos marcar una gran cesura constituida por la crisis de Chechenia. Esta fase bélica señala un punto de inflexión en varios sentidos: por un lado, marca un período de desconfianza entre Rusia y Occidente, y más exactamente entre este país y la Unión Europea; será un reflujo del espíritu más agresivo de los sentimientos victimistas y revanchistas de gran parte de la sociedad y la clase política rusa; y, sobre todo, implica una grave crisis política a raíz del fracaso militar de la campaña, que tendrá como consecuencia una dolorosa prolongación de la brecha que ya se iba abriendo entre la población rusa y su clase dirigente. Por otra parte, la cesura de la guerra de Chechenia casi coincidirá en el tiempo con el fin de la guerra de Bosnia y los acuerdos de Dayton, en 1995, que marcarán también un punto de inflexión en la política exterior comunitaria. A partir de esta cesura del conflicto checheno podemos establecer un antes y después que nos permita establecer una periodización útil para este análisis.

De este modo, al principio del trabajo lo dedico al análisis de la jerarquía en el sistema internacional y a la definición de la potencia, para lo cual debemos crear un marco conceptual recurriendo a las definiciones clásicas de la potencia, analizando sus características básicas y acogiéndonos a la que nos resulte más útil para nuestro análisis. A continuación, hay que situar a Rusia en este contexto y comprobar si este país se ajusta todavía, tras la desaparición de la URSS, a la calificación de potencia y qué es lo que la define como tal. El tercer capítulo va destinado al estudio de la formación de Rusia como Estado en el sistema actual, hasta la crisis de Chechenia. En este período

surge una nueva clase política rusa que dirige el país en la búsqueda de una nueva identidad política a caballo entre la tradición expansionista rusa y la adaptación a un nuevo modelo estatal que, en gran medida, debía renunciar a sus características históricas. Los siguientes capítulos tratan del surgimiento de la Unión Europea como actor político de vocación unitaria en la esfera internacional, a partir del Tratado de la Unión Europea (TUE) y de la adopción de una Política Exterior y de Seguridad Común (PESC). Esta parte del trabajo está centrada en el proceso que va desde la Conferencia Intergubernamental que da lugar al Tratado de Maastricht (1990-91) hasta los tratados de Dayton que marcan el final de la guerra de Bosnia (1995), así como a la política iniciada desde las instituciones comunitarias para emprender una dinámica de cooperación con Rusia, incluyendo el surgimiento de las primeras políticas de ayuda a Rusia y otros países de la CEI bajo forma del Programa TACIS. A continuación, quiero reflejar la importancia de la Guerra de Chechenia y de sus consecuencias inmediatas, tanto en el interior de Rusia como en las relaciones de Rusia con el resto del mundo. Pretendo incidir especialmente en el cambio de actitud de la sociedad rusa en sus relaciones con el poder, por un lado, y en la brecha de desconfianza que se abre entre Rusia y Occidente, por otro. A continuación analizo la recuperación de la política rusa entre el fin de la guerra de Chechenia, en 1996 y la renuncia de Yeltsin a mantenerse en la Presidencia rusa. Se trata de un período de profunda crisis económica, con la desaceleración de 1998, pero también política, en que la clase dirigente queda totalmente desprestigiada y la sociedad rusa se debate en un estado de falta de confianza y de esperanza en el futuro. El siguiente capítulo está destinado a la evolución de la Unión Europea en el período 1995-2000, específicamente en sus relaciones con Rusia, y al análisis de las relaciones exteriores de Rusia en el mismo período, y más concretamente con la Unión Europea. Se trata de establecer las interrelaciones creadas entre ambos procesos durante este período y las conexiones estructurales creadas entre la Europa comunitaria y Rusia durante el mismo. Al final del trabajo pretendo analizar la evolución de Rusia después del relevo presidencial para estudiar la cohesión del modelo implantado en los últimos años de la era Yeltsin y el inicio, sobre esta base, de una nueva fase de mayor cohesión social y progreso económico. Ello nos permite hablar de la posibilidad de estabilización de un modelo económico y político que, aunque todavía sea frágil, puede marcar las pautas a seguir por la recuperación de Rusia como Estado más consolidado en el actual contexto internacional de lo que ha sido durante el período analizado.

La hipótesis central de esta tesis de doctorado consiste en demostrar la conexión entre el proceso de cohesión de la Federación Rusa en el período 1991-2000 con la consolidación de la Unión Europea como actor político en el mismo período, así como la retroalimentación de ambos procesos. En el caso de Rusia, la consolidación de su entramado político y administrativo en coherencia con la nueva realidad física y cultural del país tras la disolución de la URSS, además de los objetivos que se propone el Estado tanto en la esfera internacional como en el ámbito político interno, habrían experimentado un proceso distinto, probablemente mucho más conflictivo, sin la presencia y el influjo de una UE que vive su propio proceso de consolidación. Y, recíprocamente, este proceso de consolidación comunitaria es realizable gracias a la estabilidad y al consenso que conllevan las buenas relaciones con Rusia y a la actividad que lleva a cabo la propia UE en esta Rusia en transformación y en un área de expansión que, en el contexto de este período, Rusia renuncia a disputar.

Este trabajo vendrá conducido por grandes preguntas formuladas como ejes vertebradores de toda la exposición, y que serán objeto de respuesta en las conclusiones finales. Estas preguntas girarán, en primer lugar, alrededor de la identidad rusa con relación al contexto internacional: ¿Hasta qué punto el sentimiento identitario ruso es condicionado por la tradición expansionista y por la condición histórica en tanto que potencia de este país? ¿Cómo concibe la sociedad rusa su carácter europeo? ¿Son percibidos como europeos por los europeos occidentales en los mismos términos que se identifican a sí mismos? ¿La proyección identitaria de la sociedad rusa como una sociedad europea implica un proyecto político de integración institucional? ¿El eurasiatismo responde a un sentimiento identitario o a una estrategia política?

En segundo lugar, las cuestiones planteadas girarán alrededor de las relaciones actuales y potenciales entre Europa occidental (entendida siempre como Unión Europea) y la Federación Rusa: ¿Qué esquema final (realista cooperativo, institucionalista o realista estructural) es previsible que rijan las relaciones entre Rusia y la UE, y en qué medida participan en ellas los tres esquemas? ¿Cuál es la voluntad real de identificación entre ambas sociedades, y hasta qué punto se mueven por motivaciones utilitarias? Por último, ¿la cohesión de Rusia como Estado actual y como potencia sería la misma en la hipótesis de no haber mantenido los contactos existentes

durante el período estudiado, o en el caso de que estos contactos hubieran tenido otro signo, como podría ser el enfrentamiento estratégico? ¿En el caso opuesto, la Unión Europea podría haber evolucionado de otro modo prescindiendo del proceso de cohesión que ha vivido Rusia en dicho período? El desarrollo de la tesis debe permitir el esclarecimiento de las dudas que arrastran todas estas cuestiones.

c) Fuentes

Existe una extensa bibliografía centrada sobre los debates tradicionales alrededor de la identidad y la construcción de Europa, sobre los conflictos identitarios rusos y sobre la identidad europea de Rusia. Ante un previsible alud de información sobre una temática tradicionalmente tan enriquecida por aportaciones intelectuales desde hace literalmente siglos, he tenido que centrarme en los trabajos que reflejan los últimos estadios de dicho debate, es decir las obras que analizan el estado de la cuestión a partir del desmembramiento de la URSS, salvo excepciones justificables. Por razones metodológicas y de accesibilidad física he debido concentrarme en la bibliografía más accesible desde Occidente, es decir en los trabajos publicados en inglés, francés, español y alguna otra lengua occidental. Resultan evidentes las limitaciones que ello comporta en la profundización de un tema que presenta un notable cambio de perspectiva según si el análisis se realiza desde un prisma occidental o bien para el público ruso, especialmente en un período, la Rusia post-soviética, en que existía un gran consumo en ese país de un discurso nacionalista, nostálgico y victimista. Por desgracia, la bibliografía traducida del ruso sobre todo al español, pero también a otras lenguas occidentales es todavía muy escasa, y el acceso a publicaciones en ruso, difícil y escaso. En este sentido, mi relación personal y académica con la Fundació CIDOB me han permitido mantener un contacto con uno de los escasos centros que, desde Barcelona, mantienen un seguimiento constante de la prensa rusa y tienen acceso a recursos bibliográficos de otro modo difíciles de adquirir.

A pesar de esto, la mejor accesibilidad a fuentes occidentales y a autores que trabajan desde Europa occidental o desde Norteamérica ha conllevado un problema ya clásico en los estudios sobre el antiguo espacio soviético. A menudo, las publicaciones y los autores más difundidos son denostados desde medios nacionalistas o “nostálgicos”

rusos como claramente prooccidentales y contrarios al espíritu ruso y a los proyectos nacionales de Rusia, en línea en ocasiones con la frecuente susceptibilidad de algunos ámbitos políticos rusos que ven en el estudio occidental sobre Rusia un modo de estudiar el modo de combatir a los intereses de este país. Es el caso de publicaciones con *RFE/RL Research Report*, *Russia Today*, *Transitions*, etc., vinculadas a centros de investigación occidentales y, en el caso de la primera, nacida bajo el amparo de la propia administración estadounidense como un recurso propagandístico durante la Guerra Fría. En contraste, hay que destacar la calidad de información de dichas fuentes y la validez de la mayoría de sus colaboradores, que han convertido a estos medios en auténticos referentes dentro y fuera de Rusia y de los demás países de la CEI. El hecho de que estas publicaciones hayan sido a menudo criticadas por personajes como el líder belarruso A. Lukashenka o el dirigente de la extrema derecha rusa V. Zhirinovsky no han tenido otro efecto que convertirlos en medios muy cotizados entre los críticos de a las corrientes políticas más conservadoras del área.

De todos modos, junto con el recurso habitual a estas fuentes, he querido diversificar los puntos de vista de las aportaciones a este trabajo recurriendo en la medida de lo posible a autores europeos ideológicamente variados y manteniendo una búsqueda permanente de los medios de comunicación virtuales más diversificados. De este modo, la informática permite recurrir hoy en día a la consulta frecuente de la prensa rusa del período, no siempre sospechosa de mantener afinidad ideológica con Occidente (*Izvestia*, *Segodnia*, *Komsomolskaia Pravda*, *Nevazimaia Gazeta*, etc.), cada vez más en inglés o en un trabajoso seguimiento de los originales para el cual he contado con valiosas ayudas en mi entorno académico. Este recurso se ha hecho imprescindible en el caso de la consulta de fondos documentales originales no traducidos a ninguna lengua occidental, muy especialmente en la documentación vinculada a la consolidación y el funcionamiento de la CEI.¹⁰ A falta de una tradición en España de traducción y estudio

¹⁰ En este sentido, me ha sido muy útil el trabajo hecho por el reciente doctor de la Universidad del País Vasco, Mikel Arregi en su interesante tesis doctoral, en que aporta la traducción al español de numerosa documentación de la CEI. Véase ARREGI, M., *La Comunidad de Estados Independientes: un instrumento para recuperar la hegemonía rusa en el espacio postsoviético*, tesis doctoral no publicada, dirigida por el Doctor Kepa Sodupe en 2000 (Departamento de Derecho Internacional Público, Relaciones Internacionales e Historia del Derecho y de las Instituciones, Universidad del País Vasco).

de este tipo de documentos,¹¹ y dada la dificultad de provisión de trabajos similares editados en otros países, dicha aportación ha sido muy valiosa.

En este trabajo he querido reflejar igualmente algunas de las fuentes clásicas referidas al debate de la identidad rusa y de su identificación con la cultura y la identidad europeas (Carr, Lapidus, Sapir, Pipes, etc.). Al mismo tiempo, he recogido referencias de los principales analistas de la evolución de la Rusia soviética y postsoviética (Carrère d'Encausse, Schapiro, Taibo, etc.). Por último, he querido recurrir igualmente a los analistas clásicos que estudian las relaciones interétnicas y los procesos de construcción nacional en Europa oriental (Gellner, Motyl, Suny, Solchanyk, etc.). El seguimiento de los debates y la aportaciones teóricas más recientes lo he realizado a partir de las publicaciones habituales especializadas en relaciones internacionales (*International Affairs*, *Foreign Affairs*, *Política Exterior*, *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, *Aussenpolitik*, *Notes et Études Documentaires*, *Cuadernos del Este*, *Politique Internationale*, *International Security*, *Politique étrangère*, *Le courrier des pays de l'Est*, *Political Studies*, *Orbis*, *Relations Internationales et Stratégiques*, *Europe-Asia Studies*, etc.), donde es habitual hallar contribuciones sobre el papel internacional de Rusia y su relación con Europa. En el ámbito de los estudios europeos, quisiera destacar la extrema utilidad de algunos centros de estudio vinculados a los problemas de las políticas fronterizas y regionales de la Unión Europea, notablemente el Programme on the Northern Dimensions of the CFSP del *Ulkpolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik*, de Helsinki, que en los últimos años ha publicado interesantes aportaciones sobre las relaciones entre Rusia y la Unión Europea. Las publicaciones virtuales, por otro lado, permiten mantener un cuidadoso seguimiento de la actualidad y un contacto permanente con las principales instituciones dedicadas a los estudios rusos y del Este; además de las páginas web citadas más arriba de RFE/RL (<http://www.rferl.org>) o Russia Today (<http://www.russiatoday.org>), hay que citar la agencia rusa de prensa *Itar-Tass* (<http://www.itar-tass.com/tassnews/rs1>), la del grupo *Izvestia* (<http://www.izvestia.ru>) o la del

¹¹ Entre los meritorios intentos que se han hecho en los últimos años en España para potenciar los estudios sobre Europa oriental, hay que destacar los Encuentros Españoles de Estudios sobre la Europa Oriental, celebrados desde 1999. Pueden consultarse algunas de los resultados de esta participación, más numerosa en cada edición, en las intervenciones publicadas del primer encuentro FLORES JUBERÍAS, C. (coord.), *Actas del I encuentro español de Estudios sobre la Europa oriental* (dos vol.). Cuadernos constitucionales nº 26/27 y 28/29, Universitat de València, Valencia 1999, así como las ediciones que se han ido haciendo de los encuentros posteriores.

grupo EurasiaNet (<http://www.eurasianet.org>), además de la página del *Institut National des langues et civilisations orientales* (<http://www.inalco.fr/pub>), y de páginas web de espacios más específicos, como de Asia Central (<http://www.cacianalist.org>, <http://www.fas.harvard.edu/casww>), o Chechenia (<http://www.amina.org>, hoy inactiva) entre otras.

1) ¿Qué es una potencia?

1.a) La difícil definición del poder

Desde su formación, el Estado ruso ha coexistido con sus vecinos en relaciones de conflicto e influencia sobre su entorno que han modelado en el inconsciente colectivo ruso un fuerte sentimiento de potencia, de nación con relaciones privilegiadas sobre un contexto geográfico y/o político determinado. Este sentimiento, que es común en el complejo identitario de otros pueblos europeos y no europeos, es estimulado, como veremos, por los condicionamientos geográficos e históricos del pueblo ruso. Ello determina fuertemente la evolución política de Rusia, especialmente en los momentos de grave mudanza ideológica e histórica que ha vivido el país a lo largo del siglo XX (en 1917 y en 1991), en que los mandatarios emergidos de tales trastornos han tenido que afrontar la nueva situación del gigante ruso en sus respectivos contextos internacionales sin perder de vista una tradición que, a los ojos de la historia, sitúa a Rusia en el centro de un marco que la supera geográficamente.¹² Pero cabe preguntarnos cuál es el concepto de potencia que debemos aplicar al papel tradicional de Rusia en la esfera internacional y hasta qué punto es cierta o acertada la percepción citada que se viene atribuyendo a dicho país en tanto que potencia.¹³ Detengámonos pues, en primer

¹² Este extremo es ilustrado en MAUREL, M.C., *Territoire et stratégies soviétiques*, Economica, París 1982.

¹³ De este modo, si nos atenemos a algunas definiciones clásicas, vinculadas en general a las escuelas realista y neorrealista, en referencia al concepto de potencia, como las de BERRIDGE, G.R., y YOUNG, J.W., (“What is a ‘Great Power’?”, en *Political Studies*, nº XXXVI, 1988, p. 233), o WIGHT, M., (*Power Politics*, Ed. Leicester UP, Leicester 1978, p. 46), establecidos en criterios esencialmente militares, se hace difícil hallar, de momento, un carácter como potencia en la UE. Sí podríamos considerar como tal a la Europa unida, en cambio, si aplicamos a este término definiciones más flexibles que tengan en consideración los recursos con que cuenta el actor que ejerce como potencia o, sobre todo, la capacidad equilibradora o estructuradora que cumple el mismo con relación a los otros actores del sistema internacional (véase BARBÉ, E., *Relaciones internacionales*, Tecnos, Madrid 1995, p. 147). La existencia de una Europa unida con características políticas y, por lo tanto, con una influencia compartida a ejercer en el contexto internacional, pero sin capacidades militares (o, en el momento actual, con dichas capacidades todavía muy mermadas) permiten hablar a varios autores del carácter peculiar de Europa como potencia (GALTUNG, J., *The European Community. A Superpower in the Making*, George & Unwin, 1973; BUCHAN, D., *Europe. The Strange Superpower*, Aldershot, Dartmouth 1993). En este sentido ha hecho fortuna el término de “potencia civil”, encunado por primera vez por DUCHÈNE, F., “Europe’s Role in World Peace”, en MAYNE, R. (ed.), *Europe Tomorrow: Sixteen Europeans Look Ahead*, Ed. Fontana, Londres 1972, para referirse a la capacidad de la Europa comunitaria de influir en el entorno mundial, aunque a menudo se ha remarcado la incoherencia de este término y de esta característica con el concepto clásico de “potencia” (véase, especialmente, BULL, H., “Civilian Power Europe: A Contradiction in Terms?”, en TSOULAKIS, L., (dir.), *The European Community: Past, Present and Future*, Blackwell, Oxford, 1983).

lugar, a definir lo que entendemos por tal concepto para, más adelante, situar a Rusia en esta definición y analizar si le es o no aplicable, y finalmente concluir hasta qué punto es cierta y vigente la vinculación tradicional entre Rusia como Estado y Rusia como potencia. Todo ello nos ha de permitir analizar el papel de la Rusia surgida tras la eclosión soviética con relación a una Europa que, a su vez, intenta crear *ex novo* un nuevo concepto de potencia superando (o, cuando menos, cohabitando con) la existencia en su seno de potencias tradicionales que también habían forjado su carácter nacional en muchos casos a partir de sus propias tradiciones en tanto que Estados expansionistas.

La definición de la potencia ha sido tradicionalmente al mismo tiempo un eje vertebrador y un rompecabezas para los analistas de Relaciones Internacionales. Por una parte, ha sido un eje vertebrador porque la disciplina ha dedicado gran parte de su esfuerzo investigador al análisis de los actores internacionales y de sus jerarquías, dentro de las cuales se inscribe la categoría de potencia definida como aquella unidad política situado por encima de los demás y, por tanto, con capacidad para imponer, al menos relativamente, sobre los demás su voluntad y sus intereses, o siquiera influir sobre los mismos. Pero al mismo tiempo, la auténtica dificultad la han hallado los mismos analistas cuando han querido definir cuáles son los atributos reales de dichas potencias, por qué las debemos considerar como potencias; cómo ejercen dicho dominio sobre su esfera de poder y cómo se delimita tal esfera de poder. La naturaleza compleja de las Relaciones Internacionales nos permite abrir un amplio abanico de relaciones entre actores en que se desarrolla esta jerarquía y este poder, y ello abre innumerables posibilidades de erigirse como potencia. La misma configuración de una jerarquía en el poder nos permite establecer la posibilidad de una superposición de varios estratos en la misma, en que aquél Estado que ejerza su función de potencia en un determinado ámbito se vea sometido, a su vez, a otra potencia que coarte su propia entidad como tal. Superposición jerárquica a la que podríamos añadir complejidad si consideramos que, al existir diversos ámbitos o áreas en que ejercer este poder o capacidad de potencia, es factible la situación en que un actor que ejerce su capacidad de potencia en un ámbito se vea obligado a reconocer la autoridad o capacidad de ejercer un poder por parte de uno de los actores sometidos a su autoridad.¹⁴ Por todo ello, el analista en Relaciones

¹⁴ *Graecia capta captivum captores*. El caso clásico tan recurrido de la Grecia conquistada por un imperio militar, el romano, sobre el cual ejerció una fuerte influencia cultural e incluso ideológica a pesar de no

Internacionales se ve obligado a crear categorías y ámbitos de ejercicio del poder sobre los demás actores, dando lugar así a un espeso entramado de relaciones en que resulta difícil el discernimiento de los límites del ejercicio de tal capacidad.

Una potencia puede serlo por una mayor capacidad sobre un ámbito concreto que la que tienen los demás. Por un lado, el carácter de potencia puede ser ejercido como una presión real, visible y sujeto a una cuantificación, haciendo uso de lo que se conoce como los elementos tangibles de la potencia, es decir aquellos con que determinado actor puede presentar una suma de componentes mayor, o de mayor capacidad, que sus oponentes o adversarios, ya se trate de personas, territorio, recursos naturales o capacidad financiera o, de un modo más evidente, cantidad de recursos militares o mayor capacidad destructiva de los mismos. Por otra parte, esta capacidad puede ser ejercida de un modo más etéreo y menos enumerable a través de los llamados elementos intangibles de la potencia, por una influencia difusa que puede ir desde la autoridad moral que representa el actor en cuestión hasta su supremacía intelectual o técnica, pasando por el hecho de ser generalmente reconocido como un centro cultural digno de respeto o capaz de irradiar ejemplo, o la capacidad de control sobre organismos internacionales que vertebran el sistema internacional. Habitualmente ambos extremos suelen ir ligados, puesto que aquel actor que tiene capacidad para presionar por un largo período a otros a través de sus capacidades militares o económicas o por la dependencia objetiva que los otros tienen de este centro, puede dar lugar a un reconocimiento de tal capacidad de ejercer esta influencia y convertirse, por lo tanto, en un centro de referencia reconocido en un ámbito más o menos extenso para poder ejercer esta influencia.

Ello implica el reconocimiento tácito de unas influencias no necesariamente ligadas a un poder efectivo desde el punto de vista material, sino que se ejercen por la vía de un reconocimiento simbólico de la capacidad y legitimidad para ejercer esta influencia, es decir por la interiorización y aceptación por parte de los componentes del área de influencia de una potencia de su sometimiento al poder de la misma, a un influjo considerado positivo por los valores o la seguridad implícitos en ésta, valores o seguridad que se considera que no existirían o que existirían de un modo

contar con instituciones aptas para ello, nos habla mucho de los diferentes ámbitos en que se puede ejercer esta capacidad de poder o influencia sobre un área exterior.

significativamente menor si dicha potencia no existiese o no se aceptase su supremacía. El carisma de los líderes de la potencia,¹⁵ la adhesión de los mismos a unos valores sólidos, como principios religiosos o filosófico-ideológicos¹⁶ o incluso la posesión por determinado Estado de lugares u otros objetos de alto valor simbólico,¹⁷ a veces por su simple ubicación geográfica, dotan a un Estado determinado de una aureola de respeto e influencia que tienen como consecuencia directa la erección alrededor de dicho Estado de una esfera de poder que puede ejercer sobre sociedades y Estados que superan, a veces notablemente, el área de ejercicio directo de soberanía del propio Estado.

Al mismo tiempo, el hecho de poder ejercer esta capacidad de influencia en determinadas áreas geográficas y/o culturales exclusivamente, o de poder ejercerlo más intensamente en unas que en otras, origina la categorización en pequeñas potencias, potencias medias, potencias regionales o grandes potencias,¹⁸ no siempre de fácil definición ni distinción. En principio estas categorías son perfectamente solapables y permiten que varias docenas de Estados en el mundo puedan calificarse como potencias en uno u otro grado; sin embargo, para los efectos de este trabajo lo que interesa es discernir los actores con real capacidad de ejercer esta influencia y esta capacidad en el ámbito del planeta, es decir los que puedan condicionar con su actividad las reglas de funcionamiento que determinan las relaciones entre el conjunto de Estados de la tierra. Esta capacidad estaría reservada sólo a los Estados¹⁹ que podemos calificar como

¹⁵ Por citar ejemplos, sería el caso de los papas, tal vez especialmente Juan Pablo II, por su actividad diplomática; también podría ser el caso de líderes políticos admirados en la esfera política de modo independiente a la influencia de su país, como J.F. Kennedy o W. Brandt en su momento, M. Gaddafi o Y. Arafat en el mundo árabe actual, V. Fingobadottir, antigua presidenta de Islandia, como ejemplo de carisma ejercido por el jefe de un Estado sin capacidad de influencia internacional, o del Dalai Lama, por citar el caso de un líder político con gran carisma a pesar de no presidir un gobierno en ejercicio.

¹⁶ Sería el caso de países como Arabia Saudita o Israel como reflejo para los mundos islámico y hebreo, respectivamente, del ejercicio del poder político de sus creencias, de la Francia colonial como modelo de potencia con un gran desarrollo cultural y científico, o de Estados Unidos en la actualidad y durante la Guerra Fría como foco de “libertad y democracia”, así como de la URSS revolucionaria en su papel de “patria del proletariado”.

¹⁷ Aquí cabría hablar una vez más de Arabia Saudí y de Israel (y tal vez también del Vaticano) como poseedores y guardianes de lugares sacros, pero también del carisma que tenían los sultanes otomanes por su título de califa sobre el mundo musulmán suní, o los títulos de los monarcas alauita y hachemita como líderes religiosos y descendientes directos del Profeta.

¹⁸ Clasificación clásica a la que, en los últimos años, se añade la hiperpotencia, categoría reservada al papel que parece dispuesto a ejercer Estados Unidos en el siglo XXI.

¹⁹ Más allá de los Estados, determinados actores del sistema internacional pueden calificarse en determinados momentos como potencias, pero sus capacidades y su propia entidad jurídica son difíciles de determinar. La mayor parte de OIG son, en realidad instrumentos de los Estados y, por lo tanto, están sometidos a la presión de las potencias presentes en ellas; así, aunque la OTAN pueda en un momento dado ejercer su voluntad en los Balcanes o en otras áreas, son los Estados que forman la organización, y más concretamente los más poderosos entre ellos, los que ejercen *de facto* como potencias. Casos más

grandes potencias. Sin embargo, la acumulación de recursos y poder que se ha producido en el planeta a partir de la Segunda Guerra Mundial nos permite reducir ostensiblemente el número de potencias con dicha capacidad, es decir las que realmente pueden imponer sus reglas del juego encima de los demás actores del sistema. Durante la Guerra Fría podíamos hablar con propiedad de una competencia entre dos bloques que pugnaban de un modo tenso y agresivo no tanto para ejercer el control y la influencia sobre todos los pueblos de la tierra como para evitar que el oponente así lo lograra, o que tuviera acceso a la mayor cantidad de recursos.²⁰ Aunque en este período, desde el punto de vista estratégico e ideológico, debemos hablar de bloques opuestos y enfrentados entre sí, lo cierto es que emergen de entre estos bloques los respectivos Estados líderes que contraponen sus proyectos e incluso sus cosmogonías. Estos Estados líderes, Estados Unidos y la Unión Soviética, son las superpotencias de esta etapa y su característica básica, aparte de la aparente incompatibilidad ideológica, es la posesión de fuertes arsenales con capacidades destructivas absolutamente inéditas en la historia de la humanidad. Durante este largo período,²¹ todos los Estados del mundo debieron alinearse con una u otra superpotencia, dejando escaso margen a la neutralidad²² o a cualquier ejercicio de influencia sobre el sistema internacional que no fuera la que ejercían precisamente las superpotencias.

difíciles de analizar serían el de Naciones Unidas, organización en principio con capacidad jurídica para imponer sus decisiones sobre los Estados, pero fuertemente condicionada por las presiones de los más poderosos; el Vaticano u otros elementos carismáticos o religiosos, con capacidad de influir sobre opiniones públicas y sobre Estados; o la Unión Europea, *rara avis* política que merecerá más atención de este trabajo más adelante. En este capítulo nos centraremos en la actuación de los Estados en tanto que potencias, a lo que podremos añadir el estudio del caso especial de la UE y dejando de lado cualquier otro actor del sistema internacional por la complejidad de su análisis que nos aleja de la atención que queremos dedicar a Rusia como Estado y la UE como “actor colectivo” o potencia de capacidades y atribuciones muy específicas.

²⁰ Sobre el papel de las potencias y la configuración del sistema internacional durante el período de la Guerra Fría, véase, entre otros, MESA, R., *Teoría y práctica de las relaciones internacionales*, Taurus, Madrid 1977; CALVOCORESSI, P., *World Politics Since 1945*. Longman, Londres-N. York 1996.

²¹ La bibliografía sobre la Guerra Fría es inmensa, y no es objetivo de este trabajo detenerse en este período. Baste citar algunas obras imprescindibles sobre el mismo, como son LUNDESTAD, G., *East, West, North, South. Major Developments in International Politics 1945-1990*, Norwegian University Press, Oslo 1986 (reimpreso en 1991); ARON, R. *Paz y guerra entre las naciones*. Alianza Ed., Madrid 1985; KENNEDY, P., *The Rise and Fall of the Great Powers – Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Random House, Nueva York 1987.

²² En algunas ocasiones, una política ambivalente o pusilánime, como las de China, Yugoslavia o Egipto, permite a los Estados beneficiarse de las oscilaciones en la influencia de las superpotencias, pero en ningún caso podemos detectar una abstracción total del reparto estratégico que éstas hacen del planeta, y sobre todo no percibimos en ningún momento la existencia de una tercera potencia en abierto enfrentamiento con las otras dos. La creación del heterogéneo Movimiento de los No Alineados, en 1955, obedece más a una llamada de atención a las potencias sobre las desigualdades del planeta que a la voluntad real de crear una tercera fuerza o de sustraerse a las influencias de las ya existentes.

La desaparición de la Unión Soviética deja espacio para la reedición de un tipo de potencia ausente del mapa desde hacía siglos, tal vez desde la Antigüedad:²³ la potencia hegemónica. Se trata de aquel actor con capacidad real de imponer sus normas sobre el sistema internacional prescindiendo de la participación de los otros actores. El hegemón tiene capacidad de sustraerse a cualquier otra influencia o presión, e idealmente goza de autonomía completa en su capacidad de abastecerse de los recursos que necesita. En caso de no ser autosuficiente, goza de los recursos necesarios económicos, políticos y militares para obtenerlos en las condiciones que le sean más favorables. Aún contando con recursos intangibles para ejercer este dominio, la potencia hegemónica puede recurrir a una fuerza militar capaz de vencer a cualquier otro ejército e, incluso, a la suma de todos los demás ejércitos. Para el ejercicio de esta hegemonía, sin embargo, hay que contar con el dominio en una serie de áreas complejas de poder en que hallamos tanto el control sobre los recursos básicos como una supremacía militar notable, el dominio de los recursos económicos globales y un fuerte control sobre el propio sistema internacional. Es evidente que este papel lo desarrolla tras el fin de la Guerra Fría Estados Unidos, potencia única en solitario que puede imponerse a cualquier oponente. Si esta potencia hegemónica ejerce esta capacidad en solitario o accede a compartir la toma de decisiones con otras potencias u organizaciones es algo que queda fundamentalmente al alcance de esta potencia, con lo que el multilateralismo no deja de ser una opción, no una característica del sistema generado por la presencia de este hegemón en el sistema militar.²⁴

Por debajo de estas categorías de potencias con capacidad real de influir sobre el sistema internacional (superpotencias y potencias hegemónicas), sobreviven Estados que, a pesar de ser considerados como “grandes potencias”, tienen mermadas sus capacidades de influencia a escala planetaria, y necesariamente deben alinearse con las potencias superiores. Las potencias surgidas de la Segunda Guerra Mundial que ostentan por ello un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones

²³ Por lo menos en el mundo occidental, donde el referente más directo sería la Roma imperial. Sin embargo, habría que mencionar el papel hegemónico, en su ámbito político e incluso en el mundo que conocían las respectivas culturas, de Estados como los primeros califatos, la China de los siglos XII y XIII o del imperio inca de fines del siglo XV. La gran originalidad del nuevo hegemón estadounidense es que, por primera vez, esta hegemonía se ejerce a escala mundial.

²⁴ El papel hegemónico de Estados Unidos es motivo de fuerte polémico en la actualidad, polémica que, aunque recogen parcialmente estas páginas, escapan al objeto de estudio final de esta tesis. La actitud de Estados Unidos ha levantado fuertes críticas entre los analistas de Relaciones Internacionales incluso

Unidas, como Francia, el Reino Unido o China, teóricamente mantienen una capacidad jurídica de condicionar las decisiones tomadas en el seno de dicho organismo, al poder vetar sus decisiones. Sin embargo, existe una duda más que razonable de que ejerzan una auténtica oposición a las decisiones de Estados Unidos en el Consejo de Seguridad, dados sus estrechos vínculos de dependencia existentes con esta potencia.²⁵ Y en el caso que tanto alguno de estos Estados como algún órgano de Naciones Unidas como puede ser la Asamblea Permanente o el Secretario General manifiesten una firme disconformidad con los proyectos de Washington en la esfera internacional, es más que dudoso que tal discrepancia comporte una auténtica capacidad de ejercer una influencia internacional, en el sentido de poder impedir una decisión o una opción de poder por encima de su propia capacidad.²⁶

Más allá del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, algunas grandes potencias parecen poder ejercer una influencia parcial en el subsistema económico. Japón y Alemania, los grandes perdedores de 1945, son actualmente la segunda y tercera potencia mundial, respectivamente, por su Producto Interior Bruto. Con los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, excepto China, y con Italia y Canadá, constituyen el G-8, el grupo de presión financiero y político que, aparentemente, constituye el núcleo de lo que podríamos considerar como las grandes potencias del sistema internacional. Sin embargo, al igual que en el caso anterior, es más que dudosa la capacidad de todos estos países para ejercer una auténtica influencia en el sistema internacional que queda finalmente, una vez más, controlado por una potencia hegemónica. Aquí podemos percibir como el resto de potencias adolecen de una o

desde Estados Unidos, como refleja de un modo ya clásico N. CHOMSKI, en sus polémicas obras, como *Autodeterminación y nuevo orden internacional*, Ed. Txalaparta, Tafalla 1998.

²⁵ En realidad el poder compartido de Estados Unidos en Naciones Unidas parece obedecer, desde la génesis de la organización, a un modo de perpetuar el control sobre la misma. Véase RUSSELL, R.B., *A History of the United Nations Charter : The Role of the United States 1940-1945*, The Brookings Institution, Washington DC 1958.

²⁶ En referencia a la Asamblea General de Naciones Unidas, baste recordar el carácter no vinculante de sus resoluciones en el ámbito externo para ilustrar su incapacidad de ejercer una influencia efectiva; en cuanto al Secretario General, cuya designación depende de las propuestas del Consejo de Seguridad, raramente ostenta una independencia real; recordemos el caso de B. Boutros-Ghali que no pudo optar a un segundo mandato a raíz, sobre todo, del malestar que había expresado por las operaciones de la OTAN en los Balcanes. En cuanto a los desacuerdos que puedan manifestar los demás miembros permanentes del Consejo de Seguridad, están claramente condicionados por su dependencia política y económica hacia la actual única potencia hegemónica; recordemos la abstención por parte de China de las operaciones de Naciones Unidas en la Segunda Guerra del Golfo, o la aceptación a regañadientes por parte de Rusia de las operaciones en los Balcanes. La Tercera Guerra del Golfo, en 2003, abre un panorama ciertamente inquietante al respecto, en que esta potencia hegemónica demuestra poder actuar sobre el terreno incluso

varias características que le pueden valer tal categorización. De este modo, vemos que la Unión Europea tiene unas dimensiones económicas comparables a las de Estados Unidos, pero le falta la cohesión política y, sobre todo, la capacidad militar para ejercer una fuerte influencia en el mundo al nivel que la ejerce Washington; algunos de los componentes de la UE, como Gran Bretaña o Francia, sí cuentan con fuerte capacidad militar y económica, además de una fuerte cohesión nacional, pero las dimensiones de sus recursos permiten ejercer su influencia internacional únicamente por debajo de la potencia hegemónica. Y, en el caso de Rusia, una fuerte capacidad militar le es muy poco útil si sigue arrastrando serios lastres económicos que no le permiten ni siquiera mantener dicha capacidad sin que ello resulte una carga para su sociedad.²⁷

En este panorama, la ubicación de Rusia y de la Unión Europea en tanto que potencias queda claramente relativizada por la presencia de una potencia hegemónica con capacidad de dictaminar una toma de decisiones unilateral en el ámbito internacional. Sin embargo, nos queda ver hasta qué punto estos actores pueden ejercer un papel como potencias y hasta qué punto su tipología como tal está limitada por un sistema internacional hegemónico.

1.b) El carácter militar de la potencia

En la disciplina de Relaciones Internacionales la búsqueda de un espacio adecuado para el concepto de potencia ha sido tradicionalmente una de las preocupaciones principales entre los teóricos y analistas. Desde sus inicios, la disciplina ha buscado en la jerarquía entre actores una explicación lógica a la existencia y permanencia de desigualdades y asimetrías en el sistema internacional y, por lo tanto, a la comprensión de la conflictividad internacional. No existe acuerdo, sin embargo, en las características definitorias de una potencia, en los factores que determinan que un Estado u otro tipo de actor se erija en potencia, y en la tipología de las mismas. De acuerdo con la mayor parte de los teóricos clásicos del realismo (desde los referentes

en el caso de oposición frontal de sus aliados miembros permanentes del Consejo de Seguridad, descalificando y desvirtuando así a Naciones Unidas en su conjunto.

²⁷ Sobre los cambios que supone el fin de la Guerra Fría en la sociedad internacional, véase MESA, R., *La nueva sociedad internacional*, CEC, Madrid 1992.

tradicionales maquiavélicos o hobbesianos²⁸ hasta Bull²⁹ o Morgenthau³⁰), el concepto de potencia va íntimamente ligado al poderío militar y a la capacidad de imponer *manu militari* los intereses y necesidades propios de un Estado sobre otros o sobre un área de influencia más o menos extensa. En este sentido, el mantenimiento de la capacidad de amenaza va estrechamente ligada al mantenimiento del carácter de potencia, lo cual tiene probablemente su máxima expresión en la larga política de equilibrio internacional a través de la disuasión mutua propia de la Guerra fría y, muy especialmente, en la decadencia experimentada por la Unión Soviética a raíz de su pérdida de capacidad de amenaza armada durante la década de 1980.

Sin embargo, la capacidad militar ha sido tradicionalmente el baremo utilizado para medir la capacidad de influir de unos a otros Estados, bajo la evidente forma de amenaza y coacción, incluso en Estados que podríamos calificar como potencias menores. La capacidad de mantener un ejército numeroso y potente ha servido siempre para garantizar la defensa de un Estado, y por lo tanto para disuadir a cualquier otro de intervenir en el mismo, pero también puede ser una amenaza velada para lograr la sumisión de Estados vecinos a la voluntad de aquél que se halle en mejores disposiciones agresivas. Es por ello que los Estados ven en la posesión de una fuerza disuasoria la muestra de su ejercicio como potencia y capacidad de evitar una agresión (y, por tanto, una influencia) exterior, mientras que la simple existencia de un ejército poderoso ya supone un elemento disuasorio, que lleva a los más débiles a someterse a la influencia y a los intereses del Estado que puede mostrar tal capacidad armamentística. El problema surge al enfrentarse dos o más potencias de capacidad asimilable, tal como sucedió a escala global durante la Guerra Fría o como surge con frecuencia en ámbitos regionales. La combinación de una fuerte capacidad ofensiva con la presión percibida por otra potencia competitiva lleva, en el mejor de los casos, a una tensión permanente entre los dos elementos y, en ocasiones, al estallido de conflictos bélicos más o menos

²⁸ Para un análisis de las referencias clásicas del realismo en Relaciones Internacionales, véase, por ejemplo, WIGHT, M., *op. cit.* o, en lo que se refiere a su estudio en España, TRUYOL y SERRA, A., *La sociedad internacional*, Ed. Alianza Universidad, Madrid 1974, o MESA, R., *La sociedad internacional contemporánea*, Taurus, Madrid 1982. Un análisis más reciente de estas posiciones nos lo aportan, por ejemplo, ATTINÀ, F., *El sistema político global. Introducción a las relaciones internacionales*, Ed. Paidós (Estado y Sociedad nº 88), Barcelona 2001, o incluso ZOLO, D., *Cosmópolis, Perspectiva y riesgos de un gobierno mundial*, Ed. Paidós (Estado y sociedad nº 70), Barcelona 2000.

²⁹ Véase BULL, H., *The Anarchical Society*, Ed. Columbia, Nueva York 1977, esp. pp. 200-232.

³⁰ Véase MORGENTHAU, H.J., *Politics Among Nations. A Struggle for Power and Peace*, Alfred A. Knopf, Nueva York 1978, pp. 105-170; RENOUVIN, P., *Histoire des Relations Internationales*, Hachette, París 1955.

persistentes o a la inestabilidad permanente de la zona ocasionada por la competencia que supone la búsqueda por parte de ambos contendientes de un área de influencia en la que se disputan las respectivas áreas de expansión.³¹

Durante la Guerra Fría se dio un carácter oficial a la ostentación del título de potencia, dotando a los países que así habían sido consagrados tras la Segunda Guerra Mundial de una capacidad militar que les hiciera inmunes a cualquier amenaza de los otros Estados. No es casualidad que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad sean los mismos que obtuvieron confirmación consensuada para mantener armamento nuclear, de acuerdo con el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) de 1968, con lo que aunaban en sus atribuciones dos elementos que podían servir, en aquel momento para definir el carácter de potencia: se trataría de Estados con capacidad para asegurarse inmunidad en las decisiones del máximo órgano de decisiones internacional (Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, donde pueden vetar cualquier decisión contraria a sus intereses) y que, al mismo tiempo, cuentan con capacidad militar para disuadir a cualquier otro Estado (no nuclear, por supuesto) de un ataque.³² Se crean, pues, dos categorías de Estados según sus capacidades militares: las potencias nucleares y los Estados débiles. El problema radica en que la tensión se mantiene en el interior de cada una de estas categorías y, el caso de los Estados no nucleares, el conflicto “convencional” sigue causando miles de víctimas y la carrera armamentística, aunque limitada desde el punto de vista cualitativo, mantiene las tensiones regionales por el ejercicio de la influencia. Por otra parte, el TNP no previó un límite a la capacidad disuasoria de las potencias nucleares, con lo que la carrera armamentística y, con ella, la tensión internacional, se prolongaron hasta la postguerra fría.

El esfuerzo que realizan los diferentes países para convertirse en potencias militares a menudo hipoteca el mismo bienestar de sus poblaciones. Si elaboramos un cuadro de los países con mayores gastos militares, no se corresponde exactamente con

³¹ Sobre el papel y la persistencia del conflicto en la era bipolar, véase MESA, R. “Guerra fría, distensión y solución de conflictos”, en *Revista del Centro de Estudios Constitucionales* nº 3, mayo-agosto de 1989, pp. 247-268.

³² Cabría hacer mención de las potencias nucleares “ilegales”, es decir aquellas que no han firmado el TNP y poseen armamento nuclear (a menudo, por cierto, gracias al comercio de tecnología y material nuclear que han exportado ilegalmente las potencias nucleares); se trata de India, Pakistán y, con toda probabilidad, Israel (además de Corea del Norte, que ha reconocido poseer este tipo de armamento en abril de 2003), países que mantienen su capacidad disuasoria (muy limitada, por otra parte) en un ámbito de enfrentamiento estrictamente regional.

los países más ricos de la tierra. Nos ayuda, eso sí, a ver cuáles son los Estados más preocupados por su seguridad externa o por imponer una disuasión a su área de influencia, ya sea regional o global. Según datos del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), estos son los quince Estados que han efectuado mayores gastos militares en el período 1998-2001, y la evolución que han sufrido dichos gastos a lo largo de estos años.³³

Cuadro 1.- Países con un mayor gasto militar, 1998-2001 (en millones de dólares)³⁴

Rango	País	1998	1999	2000	2001
1	Estados Unidos	274.300	275.100	285.700	281.400
2	Rusia	30.600	35.900	40.300	43.900
3	Francia	40.000	40.400	39.900	40.000
4	Japón	37.700	37.800	38.100	38.500
5	Reino Unido	37.200	36.800	37.300	37.000
6	Alemania	33.100	33.800	33.100	32.400
7	China	19.000	21.100	23.100	27.000
8	Arabia Saudí	20.800	17.900	20.500	26.600
9	Italia	23.500	24.400	26.000	24.700
10	Brasil	11.000	10.100	10.700	14.100
11	India	9.400	10.700	11.800	12.900
12	República de Corea	9.700	9.400	10.000	10.200
13	Israel	8.500	8.500	9.000	9.100
14	Turquía	8.800	9.700	9.400	8.900
15	España	7.500	7.700	8.000	8.000

³³ Hay que resaltar que, tras los atentados de septiembre de 2001, el presidente Bush ha logrado la aprobación de unos incrementos notables en el presupuesto militar estadounidense para 2002 y 2003 que han aumentado considerablemente los desequilibrios entre la capacidad militar de este país y la del resto del mundo. Así, para 2002 el presupuesto estadounidense de defensa ascendió a 380.000 millones de dólares, el 3,3% del PIB, frente a 150.000 millones de todos los presupuestos de defensa de la UE sumados, según el SIPRI.

³⁴ Las cantidades se refieren a gastos militares en precios constantes para 1998. En todos los países se han calculado los totales según los precios de cambio al mercado, con la notable excepción de Rusia, en que los desequilibrios monetarios han forzado a utilizar la conversión a PPA. Si se utilizan los precios de

Fuente: SIPRI (http://projects.sipri.se/milex/mex_data_index.html)

Los siete países del cuadro anterior miembros de la OTAN (Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Alemania, Italia, Turquía y España) concentraban en 2001 el 55% de los gastos militares de todo el planeta, total evaluado por el SIPRI en 707.000 millones de dólares. Entre los quince miembros del cuadro se suma el 80% de los gastos militares del mundo, y Estados Unidos en solitario representaba, antes de los incrementos logrados por la administración Bush a raíz del 11 de setiembre, el 36% del total mundial; recordemos que el PNB de Estados Unidos suponía el 32,5% de la suma de todos los PNB del mundo en 2001.

Obviamente, los gastos militares vienen forzados a menudo por la tensión existente en las diferentes regiones, y a menudo son desmesurados con relación a la capacidad económica real del país. Por otra parte, la evolución de la estabilidad en una región concreta o en el ámbito global puede condicionar fuertemente estos gastos militares y su incidencia en la economía del país. El cuadro siguiente muestra la proporción que representan los gastos militares en el total del Producto Nacional Bruto de los quince países con mayor gasto militar mencionados más arriba. He querido establecer una comparación con el porcentaje del PNB que destinaban a dicho fin los mismos países en 1988, al final de la Guerra Fría.

Cuadro 2.- Porcentaje de gastos militares con relación al Producto Nacional Bruto de los países con mayor gasto militar, 1988 y 2001.

<u>País</u>	<u>1988</u>	<u>2001</u>
Estados Unidos	5,7	3,1
Unión Soviética/Rusia	15,8	4
Francia	3,7	2,6
Japón	0,9	1
Reino Unido	4,1	2,5
Alemania	2,9	1,5

cambio al mercado en el caso ruso, los gastos militares de este país ascenderían a 12.700 millones de dólares (siempre según los datos aportados por el SIPRI).

China	2,7 (1989)	2,1
Arabia Saudí	18,3	11,6
Italia	2,3	2,1
Brasil	2	1,3
India	3,1	1,4
República de Corea	4,2	2,8
Israel	13	8
Turquía	3	4,9
España	2,1	1,3

Fuente: SIPRI (http://first.sipri.org/non_first/result_milex.php?send)

Es interesante observar que, aparentemente, vivimos en un mundo mucho más pacífico que al final de la Guerra Fría, puesto que casi todos los países mejor armados del mundo han disminuido notablemente sus gastos militares con relación a su renta nacional, incluso los que, como Israel, India o Arabia Saudí, mantienen una fuerte tensión en sus fronteras. Las excepciones las constituyen Turquía, que ha visto surgir nuevas áreas de conflictividad prácticamente en todas sus fronteras a lo largo de los últimos años, y Japón, que sigue siendo el país menos militarizado del grupo. Sin embargo, cabe remarcar que el presupuesto militar sigue pesando notablemente en muchos países, especialmente de Oriente Próximo, lo que condiciona sin duda su bienestar social y militariza notablemente sus administraciones. Observamos, pues, una desproporción entre gasto militar y renta nacional que, de algún modo, viene a relativizar el puesto como potencia de aquellos Estados que se permiten grandes presupuestos militares. En este sentido, vale la pena destacar dos datos esenciales que surgen de la lectura del cuadro 2: Estados Unidos, potencia indiscutida, puede permitirse el lujo de un arsenal desproporcionado con relación al del resto del mundo sin que ello sea un lastre insostenible para su economía; en segundo lugar, y para los efectos que más atañen a los intereses de este trabajo, Rusia ha logrado, efectivamente, librarse de la pesada losa de un presupuesto militar exagerado que tuvo mucho que ver con la crisis y desaparición de la Unión Soviética, pero sigue teniendo unos gastos militares más elevados de lo corriente para mantener su poderoso arsenal nuclear. Ello convierte a este país en la segunda potencia militar del mundo (a una distancia

considerable de la primera, cabe destacar), pero mantiene la hipoteca de un presupuesto militar difícil de mantener para una economía frágil. En este caso, como lo fue en la Unión Soviética, el poderío militar puede convertirse en una fragilidad política.

1.c) Otros elementos tangibles de la potencia

Resulta difícil hallar ejemplos del ejercicio por parte de un Estado u otro tipo de actor de su capacidad de potencia sin contar primordialmente con el carácter disuasorio a que hemos hecho mención. Sin embargo, resulta igualmente inexplicable el mantenimiento del poder sobre otros actores sin abordar el control de una serie de recursos, tangibles e intangibles, que permiten la subsistencia y autonomía de la potencia, la capacidad de abastecimiento material sobre el resto del mundo o parte de éste y la influencia cultural e ideológica de esta potencia sobre los demás actores, aunque este control de recursos se deba, como se apresuran a recordar los autores realistas,³⁵ al monopolio militar previo que ya ejercen las potencias erigidas como tales. Hobbes ya solía hablar del poder en las relaciones entre Estados como un factor determinado por la posesión, no la capacidad. En este sentido, cabe mencionar el control de recursos tangibles como territorio, población o recursos naturales energéticos y alimentarios, además de la capacidad militar ya mencionada anteriormente. El control de estos recursos alimenta el Estado y le permite en primer lugar la propia supervivencia y autosuficiencia, y en un segundo término el control sobre las necesidades de los otros actores igualmente dependientes de ellos. La expansión territorial de un Estado le permite el acceso a mercados y rutas comerciales, a puntos estratégicos clave³⁶ y a recursos naturales, mientras que una demografía considerable garantiza al Estado una abundante fuerza de trabajo que permite explotar los recursos, aumentar la productividad y, en su momento, formar poderosos ejércitos. El control sobre los recursos naturales, por último, permite la autosuficiencia de la población (y, por lo tanto, la no dependencia del exterior), el mantenimiento de la productividad y el acceso

³⁵ Tal como se encargaba de hacer recientemente desde una posición aparentemente crítica del realismo WALZER, M., en su libro *Guerra, política y moral*, Ed. Paidós (col. Pensamiento contemporáneo nº 64), Barcelona 2001, pp. 31-58.

³⁶ Cabe apuntar las teorías tan en boga antes de la II Guerra Mundial sobre la geoestrategia, que preconizan la capacidad de un Estado para expandirse sobre otros según su posición clave, ya sea terrestre o marítima, que la predisponga a dicha expansión, con MacKinder o Hanshofer como sus mayores

a materiales indispensables para la formación de ejércitos potentes que, a su vez, contribuyen a la cohesión y a la expansión de la potencia.

El control sobre los recursos tangibles a menudo puede resultar contraproducente cuando no se cuenta con unos recursos equilibrados. En el caso de la riqueza demográfica, que en otro tiempo fue importante para garantizar al Estado mano de obra que aumentara la producción e incrementase los ejércitos, en nuestros días es claramente contraproducente, en unos momentos en que la economía y el ejército se han desvinculado de su relación directa con la cantidad de personas involucradas en las mismas. Las grandes potencias demográficas, China (1.272 millones de personas en 2001) e India (1.033 millones) distan mucho de poder ejercer una influencia exterior por la cantidad de sus moradores, y más bien al contrario, entienden su superpoblación como una hipoteca que cohibe su desarrollo.

Por otro lado, la extensión territorial raramente supone una garantía de ejercicio de un poder territorial más allá de las propias fronteras si no va acompañada de una capacidad material para mantener esta extensión y Rusia vuelve a ser un ejemplo claro de ello. En este caso, el hecho de poseer las mayores dimensiones geográficas del globo no supone en sí una garantía como potencia; en momentos de prosperidad económica o militar puede facilitar, efectivamente, su expansión, pero en períodos de penuria el coste del mantenimiento de estas largas fronteras resulta lesivo para los propios intereses del Estado. Si a ello le añadimos una tradición de expansionismo y de consecuente tensión con sus vecinos, las fronteras se convierten en un frente que precisa de un refuerzo militar permanente, lo cual incide peligrosamente en las arcas del Estado y en la misma concepción de la sociedad como un país a la defensiva, un Estado-fortaleza necesitado de una presencia castrense considerable en sus órganos políticas y en sus propias estructuras sociales, en la que se percibe la importancia de un control férreo y centralizado sobre las comunicaciones y la sociedad en general, así como el aislamiento del exterior como un rasgo necesario para poder defender un territorio inabarcable y permanentemente en guardia ante una amenaza exterior real o supuesta. Este es un retrato que se corresponde con fidelidad a una Rusia que posee, precisamente, un territorio inmenso, lo que en sí podría valerle el título de potencia, pero cuya defensa y

exponentes. Véase CÉLERIER, P., *Géopolitique et géostratégie*, Colección “Que sais-je” n° 693, París 1969.

control le han valido tradicionalmente un grave dispendio económico y una serie de condicionamientos sociales y culturales que dificultan su relación equilibrada con sus vecinos y con el resto del mundo. En este caso hay que puntualizar que el control territorial no va necesariamente ligado a un acceso a los recursos, más bien al contrario, la expansión histórica rusa viene ligada a la búsqueda de unas ventajas (mares cálidos, tierras fértiles, vías de comunicación rápidas) que la naturaleza ha negado a Rusia y que, una vez alcanzados, no han bastado para satisfacer las necesidades de un territorio sobredimensionado.

Si nos fijamos en las otras potencias territoriales, vemos cómo Canadá, el segundo Estado mayor del mundo, puede permitirse un fuerte desarrollo económico e incluso la formación de un Estado ejemplar en el ejercicio democrático y en el respeto hacia los derechos humanos y de las minorías. Hay que achacar estos extremos a la estabilidad que le vale a este gran país al hecho de haber encontrado un equilibrio en sus fronteras: sólo tiene fronteras terrestres con un país, Estados Unidos, con quien mantiene relaciones amistosas. Ello, junto a la bisoñez del propio Estado (recordemos que el jefe de Estado canadiense sigue siendo la Reina de Inglaterra) permite el desarrollo de una sociedad civil avanzada, la ausencia de un clima de amenaza exterior y la práctica ausencia de un clima militarizado o autoritario en la tradición cultural del país, todo ello en contraste con el caso ruso.

Lo cual nos lleva a la comprensión de la necesidad inaplazable, en la actual coyuntura de escasez y debilidad en Rusia, de hallar una estabilidad en sus fronteras, objetivo harto difícil dadas las dimensiones de los límites exteriores rusas y su incómoda ubicación: Rusia comparte frontera con trece Estados culturalmente y políticamente complejos y variados, desde Finlandia hasta la República Popular Democrática de Corea. Para terminar la observación de la inaplicabilidad del elemento territorial, por sí solo, como fundamento de la consideración de un Estado como potencia, baste echar un vistazo a los Estados más extensos del mundo: entre ellos hallamos algunos que difícilmente pueden ejercer ni siquiera un control sobre su territorio, como Sudán (el 10º país, con 2.505.813 km²) o la República Democrática del Congo (el 12º, con 2.267.1000 km²), y uno de ellos, Groenlandia (el 13º, con 2.175.600 km²), no sólo no constituye un Estado, sino que no garantiza a su metrópolis, Dinamarca, ningún estatuto en tanto que potencia.

Este control de los recursos demográficos y territoriales resulta incompleto, pues, si no se ve equilibrado con la posesión y el control de otros recursos tangibles que permitan no sólo alimentar a la población del Estado en cuestión y a sus necesidades energéticas, sino crear a su alrededor un círculo de dependencia que haga caer a otros Estados en la propia red de influencia. Si tradicionalmente las potencias europeas, y muy en concreto Rusia, han originado su expansionismo continental y transatlántico por el control de los recursos naturales,³⁷ desde mediados del siglo XX este control se hace de modo indirecto, a través de las compañías explotadoras de recursos, por medio del control sobre los mercados internacionales y con presiones políticas sobre los países productores, con lo que la existencia de recursos naturales en el propio territorio deja de ser una garantía para poder ejercer una influencia internacional, si no existe una capacidad real para el control del suministro de dichos recursos sobre los países consumidores de los mismos, e incluso el mismo concepto de soberanía queda en entredicho por la falta de capacidad real de control sobre los recursos propios de cada país.³⁸ Baste poner como ejemplos el caso de Arabia Saudí u otros países grandes exportadores de petróleo, sometidos a las oscilaciones de un mercado internacional que no controlan y a la dependencia de una única fuente de riqueza,³⁹ o de Brasil, con grandes y variadas riquezas naturales pero sin la capacidad real de utilizarlas para su proyección y fortaleza hacia el exterior.⁴⁰

A todas estas limitaciones al ejercicio de una influencia real en el ámbito internacional hay que añadir que la capacidad militar antes mencionada, íntimamente ligada a la posesión de recursos, puede convertirse en una seria limitación al ejercicio del carácter de potencia en un marco prolongado, lo cual resulta casi paradigmático en el caso ruso. Así, el acceso a unos recursos imprescindibles para la cohesión y, en ocasiones, la supervivencia de un Estado han hecho necesaria a menudo una capacidad

³⁷ Véase BRIDGE, F.R., y BULLEN, R., *The Great Powers and the European States System*, Longman, Londres 1980.

³⁸ Lo analiza acertadamente KRASNER, S.D., en su libro *Soberanía, hipocresía organizada*. Ed. Paidós, col. Estado y sociedad n° 85, Barcelona 2001, especialmente en las pp. 183-215.

³⁹ Viene a colación, a este respecto, recordar el intento de ejercicio de poder por parte de los países productores de petróleo en las crisis de los años setenta y la reacción consiguiente de los mercados a favor de los países consumidores, es decir los estados industrializados de Occidente; ello constituye un ejemplo claro de que no basta con la posesión de los recursos para poder ejercer una presión internacional con los mismos. Véase, por ejemplo, LUNDESTAD, *op. cit.*, pp. 292-294.

⁴⁰ Problemática observada, entre otros, por NYE, J., en "The Changing Nature of World Power", en *Political Science Quarterly*, vol. 105 n°2, 1990, pp. 177-192.

militar que evite competencias incómodas para este acceso, pero al mismo tiempo han hipotecado la cohesión de un Estado como potencia cuando esta militarización se ha perpetuado y ha alimentado una sobredimensión de la estructura castrense de la potencia. El dominio sobre estos recursos y su utilización se convierten en motivo para el mantenimiento de una fuerte estructura militar y, al mismo tiempo, permite, al aportar los recursos humanos y materiales necesarios, la formación de una política militarmente agresiva que perpetúa la agresión a competidores e impide el desarrollo de sociedades prósperas y cohesionadas en un círculo vicioso clásico en que lo militar ya no es un instrumento para garantizar la supervivencia y el bienestar de las sociedades que han generado un sector militar probablemente necesario en sus orígenes. Los ejemplos pueden ser redundantes:⁴¹ desde el decadente Imperio romano u otras potencias víctimas de la militarización de sus sociedades (califato abasida, imperio mongol, algunos estados preincaicos y un largo etcétera), tenemos un ejemplo cercano en la España del siglo de oro, en que el impulso ideológico-religioso e incluso el enriquecimiento material (minerales nobles) ocasionados por la conquista americana fueron dilapidados en una larga, cruenta y estéril campaña por mantener una hegemonía europea que, a la postre, no contribuiría ni a mantener una influencia perdurable en el viejo continente más allá de la modernización de los Estados ni a la cohesión o al bienestar de una sociedad española que debería luchar todavía siglos para salir de un atraso casi endémico. De un modo paralelo, el militarismo imbuido en una sociedad rusa altamente necesitada del control sobre recursos alimentarios y económicos escasos en el lugar de origen de su Estado ha condicionado el inconsciente colectivo ruso, pero al mismo tiempo han limitado notablemente las posibilidades de asentamiento de una cultura internacionalmente consolidada a través de una influencia aceptada voluntariamente sobre un entorno hoy suspicaz a la influencia rusa, y ha obstaculizado seriamente la propia cohesión del Estado, las buenas relaciones de Rusia con su entorno geográfico y con la comunidad internacional y, *last but not least*, el bienestar social y económico de la propia sociedad rusa.

⁴¹ Y tenemos buenos listados y comentarios de los mismos, en el largo período que va desde el Renacimiento hasta nuestros días, en HOLSTI, K.J., *Peace and War: Armed Conflicts and International Order 1648-1989*, Cambridge Studies in International Relations, Nueva York 1991, así como en KENNEDY, P., *The Rise and Fall of the Great Powers – Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Random House, Nueva York 1987.

1.d) Elementos intangibles de la potencia

En parte por ello, el Estado que ostenta o pretende ostentar un reconocimiento internacional en tanto que potencia se dota de instrumentos que van más allá de la capacidad de coerción militar o la simple posesión de recursos, para ejercer su influencia a través de un reconocimiento interno y externo de una capacidad no cuantificable, a menudo simbólica, de ejercer una influencia sobre otros actores. La capacidad militar y la riqueza material de un Estado por sí solos no bastan para consolidar el papel de este Estado en la esfera internacional como potencia, que se reviste para ello de un carisma que haga que su poder sea respetado tanto en el interior como en el exterior, y mantenga así su poder más allá de la capacidad efectiva de control internacional que emana de los recursos materiales de que dispone. El carácter de los valores del Estado como foco de cultura universal, su papel como líder ideológico o espiritual, su cohesión nacional, la eficacia administrativa, la influencia sobre la diplomacia internacional, conforman los principales de estos recursos intangibles que complementan de modo decisivo, aunque la lista no puede cerrarse en ningún momento y a menudo presenta contradicciones entre autores.⁴² El liderazgo mundial, el control sobre los medios de comunicación o la capacidad de imponer los cánones culturales universales van íntimamente ligadas a dicha capacidad de un Estado para imponer su influencia, contribuyen grandemente a suavizar el carácter impositivo y coercitivo de dicha influencia y, sobre todo, estimulan la aceptación y asunción voluntaria de tal liderazgo por las sociedades sometidas a él, lo cual fomenta la cohesión del papel de la potencia y la sensación de voluntad compartida en un ámbito internacional de esta influencia. Desde este punto de vista, resulta sumamente importante considerar el reconocimiento que un Estado recibe de los otros Estados o sus sociedades sobre su capacidad de influencia internacional, lo que otorga a dicho estado de una legitimación suficiente para decidir y actuar fuera de sus fronteras en virtud de tal reconocimiento moral o sin temor a fuertes críticas u oposición.

⁴² Por ejemplo, en RUSSET, B. y STARR, H., *World Politics, The Menu for Choice*, pp. 144-149, citan, entre otros, la educación, la sanidad, la unidad y la moral de la población como principales recursos intangibles, mientras que algunos autores realistas, como MORGENTHAU (*ibidem*, pp. 105-170) prefieren hablar de la moral nacional en una potencia, así como del carácter de su diplomacia. J. NYE, por su cuenta, propone como principales recursos intangibles la cohesión nacional, el control sobre la cultura universal y la presencia en las instituciones internacionales. Véase NYE, J., *Bound to Lead. The Changing Nature of American Power*, Ed. Basic Books, Nueva York 1991, p. 174.

Por supuesto, la condición de potencia y los elementos que configuran dicho carácter presentan grandes diferencias según el momento histórico en que se desarrollan, según las condiciones objetivas que permitan a la potencia en cuestión ejercer como tal y, sobre todo, según los observadores que hacen de ella su objeto de estudio. Si tradicionalmente, como he dicho más arriba, se tiende a valorar por encima de todo la capacidad militar de la potencia para dimensionar su papel en la esfera internacional, a lo largo del siglo XX han ganado consideración los otros elementos tangibles e intangibles que justifican la posición de un Estado en el mundo. Muy especialmente, a raíz de la II Guerra Mundial cuando, a pesar de la predominancia en los estudios teóricos del análisis del conflicto en las relaciones bipolares, en el mundo se intensifica al mismo tiempo el papel de las organizaciones internacionales⁴³ y la diplomacia, de modo paralelo a la potenciación del comercio internacional, aparecen nuevas potencias cuya esfera de influencia se desarrolla a pesar de sus debilidades estructurales en la esfera militar (como en el caso de la Unión Europea o Japón) y el desarrollo de una estructura militar poderosa por parte de las superpotencias reconocidas no siempre es paralela a la consolidación del carácter de potencia.⁴⁴ Ello será trágicamente perceptible en el caso de la agónica Unión Soviética de finales de 1970 y de los años 80, en que desarrolla un patético esfuerzo por consolidar un poder militar que teóricamente debía ocultar las debilidades estructurales de un Estado en crisis irremediable. Incluso podríamos destacar el esfuerzo de los autores neorrealistas que, a partir de los años setenta, intentan relativizar la importancia dada por sus antecesores a la dimensión político-militar de las relaciones internacionales.⁴⁵

Se hace necesaria una definición de potencia que abarque todas las posibilidades mencionadas y aborde la pérdida relativa de peso en el campo de la seguridad a manos de otros factores de complejidad variable según los autores que los analicen. Se ha querido definir esta complejidad en el análisis del llamado poder estructural, según el cual gozaría del carácter de potencia aquel actor que posee “la habilidad para determinar

⁴³ Sobre el papel de las organizaciones internacionales en el sistema internacional de la Guerra Fría, véase CLAUDE, I.L., *Swords into Plowshares: The Problems and Progress of International Organizations*, Random House, Nueva York 1971.

⁴⁴ Como se refleja, entre otras obras, en GILPIN, R., *War and Change in World Politics*, Cambridge U.P., Cambridge 1981.

⁴⁵ Véase, por ejemplo, WALTZ, K., *Theory of International Politics*, Addison-Wesley, Reading 1979, o ZOLO, D., *op. cit.*

las reglas de juego en la política internacional”.⁴⁶ Asumiendo este concepto, cabría preguntarnos hasta qué punto un actor se hace imprescindible en la esfera internacional, y si realmente la salida de un actor de un sistema internacional (global o regional) por su desaparición o transformación presupone un auténtico cambio en dicho sistema internacional. Ahondando en esta definición, y retomando una definición de la misma autora, podemos describir a las potencias como “estados que establecen las reglas del juego y que disponen de recursos y son capaces de movilizarlos para defender dichas reglas”,⁴⁷ lo cual nos lleva más allá de una definición centrada exclusivamente en el área de la seguridad, o incluso de los recursos tangibles. La posguerra fría no ha hecho más que acentuar el carácter complejo de la definición de potencia cuando, ante la desaparición de competencias militares, el orden ya cohesionado en materia de seguridad se ha tenido que enfrentar a competidores tan intangibles como complejos ideológico-culturales⁴⁸ que no se identifican con ningún Estado o incluso a un terrorismo extremadamente etéreo, cuya principal amenaza radica precisamente en la dificultad de su concreción y localización ya sea en su ubicación geográfica, ya sea en su sustento social, material o ideológico. Lo cual nos lleva irremediamente a la reanudación del debate acerca del carácter y la tangibilidad de las potencias.

La distinción entre una capacidad de ejercer un poder o una influencia internacional por medio de la imposición de una presión perceptible, ya sea por medios políticos, económicos o militares (es decir, ya sea a través de un *hard power* percibido como una imposición más o menos agresiva o de un *soft power* más cotidiano y participativo, donde entraría en gran medida la actividad económica tanto a gran escala como a niveles más domésticos, así como sus repercusiones internacionales),⁴⁹ y la posibilidad de hacer efectiva esta presión por medios más sutiles, a menudo no controlables (como es el caso de operaciones financieras o el control de los precios internacionales de productos estratégicos) y a veces ni siquiera expresamente

⁴⁶ Según definición de BARBÉ, E., en *Relaciones internacionales, op.cit.*, p. 145.

⁴⁷ BARBÉ, E., “El estado como actor internacional: crisis y consolidación del sistema de estados”, en *Papers* nº 41, 1993, pp. 33-54.

⁴⁸ Es el caso, especialmente, del nacionalismo árabe, que no se identifica con ninguno de los Estados actuales, o del mundo islámico, resentido de un orden internacional que lo somete a marginación y desunión, lo que a partir del 11 de septiembre de 2001 tiene su plasmación práctica en una amenaza terrorista internacional.

⁴⁹ Los términos *hard power* y *soft power* fueron popularizados por J. NYE en su artículo “Soft Power”, en *Foreign Policy*, vol. 90, nº 80, 1976, pp. 153-171. S. STRANGE (*States and Markets*, Pinter publ., Londres 1994) abunda en la temática analizando el poder de los mercados y las transacciones de la sociedad transnacional frente al poder político de las instituciones.

provocados directamente (ya sea por la extensión del carisma internacional por unos valores ideológicos de uso doméstico, como la democracia, el interés social o los valores religiosos, ya sea por la debilidad de otras sociedades, necesitadas de modelos de fortaleza y prosperidad), ha sido analizado ya por Nye, Strange y otros investigadores,⁵⁰ que han distinguido entre los elementos de poder con que cuenta de un modo calculado la potencia en cuestión, y aquellos que dotan a la potencia de un carisma intangible para ejercer dicha influencia. Hemos hecho mención de la importancia de la influencia cultural e ideológica de las potencias para mantener de un modo estable esta posición predominante; si buscamos el modo en que se hace más patente o visible esta influencia, deberíamos hablar del control que ejercen las potencias sobre el sistema internacional, encarnado en esta ocasión en su presencia en las organizaciones internacionales y el papel que juegan en ellas como confirmación, consensuada por el conjunto de la comunidad internacional, de su posición en tanto que potencias jerárquicamente mejor posicionadas.

Para ello, vamos a analizar dos actitudes en cuanto a las organizaciones internacionales que deben confirmarnos la existencia de potencias en su seno. En principio, la existencia misma de tales organizaciones, como sujetos de derecho, prevé la igualdad teórica entre sus miembros y el sometimiento de dichas organizaciones al derecho internacional, lo cual debería evitar la creación de grupos de poder en la esfera internacional bajo forma de organizaciones internacionales.⁵¹ La práctica, sin embargo, tiende a demostrar lo contrario. Por un lado, encontramos organizaciones internacionales en que determinados Estados tienen una presencia cualitativamente mayor que los demás. Por otro lado, observamos la existencia de organizaciones internacionales que, lejos de ser la expresión únicamente de colaboración entre sus miembros, funcionan como plataforma de expansión de sus influencias más allá de las propias organizaciones.

En primer lugar nos encontramos con casos como las grandes organizaciones financieras, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, en que, por razón de

⁵⁰ KEOHANE, R., (*After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*, Princeton UP, Princeton 1984) aporta una visión enriquecedora al respecto, al atribuir a la sociedad transnacional un papel fundamental en el desarrollo del sistema por la autonomía de poder de que goza con relación a la tensión originada indefectiblemente por los Estados.

⁵¹ Véase KEOHANE, R., *International Institutions and State Power*. Westview Press, Boulder 1993.

su propia naturaleza y de sus funciones, los Estados miembros participan del sistema de toma de decisiones de la organización en proporción a su capacidad económica o, más exactamente, de las cuotas aportadas a la organización. Pero, más allá del funcionamiento interno de este tipo de organizaciones, vale la pena destacar el caso del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, en que las cinco potencias consideradas como tales tras la Segunda Guerra Mundial mantienen una presencia permanente y un derecho de veto que pone en tela de juicio no sólo la equitatividad del organismo, sino la propia legitimidad de la organización. En segundo lugar, organizaciones como la OCDE o, sobre todo, el grupo informal conocido como G-8, funcionan como agrupaciones de Estados de alta capacidad económica que tienen como una de sus funciones principales influir en la estructura económica del sistema internacional. En la posguerra fría, algo similar podemos decir de una organización de seguridad en principio geográficamente restringida como es la OTAN, erigida en la principal organización armada del planeta y, a menudo en los últimos años, como gendarme internacional.⁵² Tanto el hecho de ocupar una posición privilegiada en organizaciones internacionales de ámbito global con fuerte influencia internacional, como el hecho de formar parte de las organizaciones que constituyen el núcleo *de facto* de la toma de decisiones en el ámbito internacional determinan de un modo decisivo la capacidad de un Estado de ser considerado como potencia a partir de su participación en las organizaciones del sistema internacional.⁵³

De cualquier modo, y ciñéndonos a la concepción elaborada hasta ahora de la potencia y sus características básicas, nos concierne en este capítulo intentar discernir hasta qué punto es aplicable al caso ruso y, sobre todo, cuáles son las características que han presidido la cohesión de un sentimiento nacional estrechamente vinculado al carácter de potencia tanto en la tradición política rusa como en el inconsciente colectivo de la sociedad rusa. Para ello, vamos a intentar aplicar en el capítulo siguiente estos conceptos a la formación histórica del Estado ruso, con la atención puesta en cuatro

⁵² Aunque resulta innegable la progresiva instrumentalización de la OTAN en beneficio de los intereses de su principal potencia armamentística, Estados Unidos. Véase, como ejemplo ilustratorio, DE LA GORCE, P.-M., « L'Alliance Atlantique, cadre de l'hégémonie américaine », en *Le Monde Diplomatique* nº 541, abril de 1991.

⁵³ Cabe citar aquí el interés de determinadas organizaciones por su propia ampliación en momentos concretos, pasando incluso por los intereses de sus sociedades, como en el caso de la OTAN con España (véase DEL ARENAL, C., y ALDECOA, F., *España y la OTAN. Textos y Documentos*. Tecnos, Madrid 1986), mientras que en otras ocasiones el ingreso en las mismas es un objetivo codiciado por los Estados

momentos clave de la tradición política rusa: la formación del Estado ruso, la Rusia imperial-zarista y la Rusia soviética, así como a la Rusia actual.

1.e) A modo de conclusión. Potencia hegemónica en coexistencia con la admisión de grandes potencias en el sistema internacional.

Como hemos visto en las páginas precedentes, la categoría de potencia del sistema internacional puede depender de varios factores, aunque raramente obedece a sólo algunos de los mismos, sino a una combinación de todos ellos que permita mantener un equilibrio. Así, si el factor militar es uno de los más importantes a la hora de considerar a un Estado como tal potencia, esta capacidad por sí sola puede convertirse en grave lastre para la economía y la sociedad de un Estado obligado a sobredimensionar su aspecto defensivo. De un modo parecido, de poco puede servir el acceso a los recursos naturales presentes en un territorio si las instituciones nacionales no tienen un acceso libre a su explotación y comercialización y no tienen acceso, para ello, al control de los mercados internacionales. Igualmente, el control sobre los recursos tangibles necesarios para la autosuficiencia de una potencia acaba siendo un grave lastre si no va acompañado del ejercicio de una influencia internacional en áreas intangibles que permitan la permanencia de un control sobre otros Estados que vaya más allá de la simple coerción política o económica y que permita a la potencia erigirse en un poder realmente consentido y reconocido por un consenso universal. Una coexistencia y combinación de factores que tiene como consecuencia un frágil equilibrio en que una potencia debe erigirse no sólo como autosuficiente en prácticamente todos los aspectos del ejercicio de este poder, sino asegurarse que los otros Estados no lo sean en aspectos concretos, si se trata de una potencia que coexiste con otras, o en todos los aspectos, si estamos hablando de una potencia de carácter hegemónico.

Joseph Nye establece una interesante clasificación de los recursos que debe controlar una potencia para erigirse como tal y los divide para ayuda en su análisis en dos categorías: la de los recursos tangibles y los intangibles.⁵⁴ Aunque Nye aplica su

como garante no sólo de su seguridad, sino incluso de su prestigio internacional. Tal es el caso de la misma OTAN con varios países de Europa oriental.

⁵⁴ En NYE, J., *Bound to Lead... op. cit.*, p. 174.

estudio a las potencias de la Guerra Fría y a “Europa”,⁵⁵ veamos a continuación cómo se podría clasificar en este cuadro a los Estados que hemos mencionado en este capítulo como candidatos a la categoría de potencias (los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas o los componentes del G-8, a los que añadiré, como objeto de estudio, el caso de la Unión Europea.⁵⁶

Cuadro 3.- Acceso a recursos propios de una potencia, según la clasificación de J. Nye.

	<u>Recursos tangibles</u>				<u>Recursos intangibles</u>		
	Recursos básicos	Recursos militares	Recursos económicos	Recursos científico-tecnológicos	Cohesión nacional	Cultura universal	Instituciones internacionales
EEUU	Medio	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto
Rusia	Bajo	Alto	Bajo	Medio	Medio	Medio	Alto
GB	Bajo	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto
Francia	Bajo	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto
China	Medio	Alto	Bajo	Bajo	Alto	Medio	Medio
Alemania	Bajo	Medio	Alto	Alto	Alto	Medio	Medio
Japón	Bajo	Bajo	Alto	Alto	Alto	Bajo	Medio
Italia	Bajo	Medio	Medio	Medio	Medio	Medio	Medio
Canadá	Medio	Bajo	Medio	Medio	Bajo	Medio	Medio
UE	Bajo	Bajo	Alto	Alto	Bajo	Alto	Medio

Por supuesto, estas evaluaciones, perfectamente discutibles en muchos casos, tienen un carácter marcadamente subjetivo y a menudo simplemente perceptivo, a falta de unos criterios que Nye no acaba de definir. De este modo, se ha evaluado como

⁵⁵ En cuanto a la consideración de Europa como potencia, dedicaremos a ello mayor atención en el capítulo cuarto de esta tesis.

⁵⁶ Aunque he tomado la tabla de la propuesta de Nye, los resultados de la misma no coinciden con los del autor norteamericano. Tras haberla rellenado según mis propias consideraciones, parte de las cuales explico más abajo, me doy cuenta que algunas valoraciones son distintas de las propuestas en el original; así, Nye considera a Estados Unidos “fuerte” en su control de los recursos básicos, pero a los efectos de mi análisis mantengo mi consideración de “medio” en este campo para este país, lo que me permite

“alto” el control sobre recursos armamentísticos a partir de la posesión de armamento nuclear, sin distinguir entre cantidades o calidades del mismo, y como “bajo” en la misma categoría la existencia de unos presupuestos militares fuertemente limitados. Del mismo modo, se ha concedido la calificación de una “alta” participación en los organismos internacionales a los miembros al mismo tiempo del G-8 y del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas como miembros permanentes, y de “media” a los demás. Conceptos como el acceso a los recursos tecnológicos o el hecho de constituir un núcleo de cultura universal resultan más difíciles de cualificar y obedecen a evaluaciones estrictamente subjetivas.

Lo que resulta interesante, para los objetivos de este trabajo, es el hecho de poder observar la combinación del acceso a los recursos, en este caso tal y como los define Nye. De esta lista de países poderosos, el que contempla un número menor de carencias es sin duda Estados Unidos, que goza de un acceso envidiable a toda suerte de recursos tanto tangibles como intangibles. A lo cual cabe añadir que a menudo, como hemos visto en las páginas precedentes, este liderazgo lo realiza la potencia norteamericana en solitario, a gran distancia de sus inmediatos seguidores, como es el caso de su capacidad económica o armamentística. Los inmediatamente mejor situados son las otras potencias occidentales, el Reino Unido y Francia, con calificaciones satisfactorias en el cuadro, aunque debemos resaltar una vez más que sus cifras brutas son difícilmente comparables con las de Estados Unidos. El resto de potencias tienen fuertes debilidades en varios sectores, lo que pone en duda su capacidad real de competir con las ya citadas. Hay que destacar, sin embargo, el punto que representa la mayor debilidad tanto en el caso de Estados Unidos como en el de las grandes potencias europeas: los recursos naturales. Y como tales nos referimos a los recursos alimenticios, en principio no preocupantes para los mercados europeos y norteamericanos, con gran capacidad de autoabastecimiento, pero sobre todo a los recursos energéticos, gran carencia de las potencias mencionadas y verdadero talón de Aquiles para las mismas. A pesar del acceso de Estados Unidos y Europa Occidental a sus propios recursos energéticos, estos resultan insuficientes para las necesidades industriales y de consumo de sus poblaciones, y se hace inevitable la búsqueda de fuentes energéticas lejos de las propias

explicar las debilidades de una potencia más adelante. Otras evaluaciones respecto a China o Japón tampoco son coincidentes entre las mías y las de Nye.

fronteras, búsqueda en que se halla la fuente de la mayor parte de los conflictos que han tenido lugar en el planeta desde la Segunda Guerra Mundial.⁵⁷

La entidad como potencia, por lo tanto, depende de la combinación de varios factores que condicionan la autosuficiencia y, por lo tanto, la no dependencia, de los Estados que se erijan como tales. En el sistema internacional actual, como hemos visto, Estados Unidos sobre todo, y tras este país las otras potencias occidentales, gozan de una autonomía de acción en el marco internacional que les permiten en gran medida prescindir del acuerdo o la satisfacción del resto del planeta.⁵⁸ Queda, por supuesto, la debilidad que supone la dependencia energética de estas zonas, cuestión problemática que se traduce en una imposición de la influencia y el control de estas potencias sobre el resto del mundo, imposición contestada a menudo tanto políticamente como socialmente, lo que resulta en un grave deterioro de la capacidad de control de estas potencias sobre las áreas productoras de estos recursos. Por otra parte, cabe hacer una distinción entre este ejercicio de autosuficiencia y el acceso parcial a estos recursos por parte de potencias menores que pueden, de este modo, ejercer en tanto que potencias sobre determinadas áreas geográficas o temáticas. Y ahí es, desde luego, donde cabe ubicar a Rusia, incapacitada en la coyuntura actual para ejercer algún poder internacional más que a la sombra de las potencias occidentales, pero con una razonable capacidad de influir geográficamente o de hacer valer sus recursos armamentísticos o energéticos para lograr sus objetivos en el área de la toma de decisiones de ámbito internacional.

En el sistema internacional originado tras la caída del muro de Berlín tan sólo podemos distinguir a una potencia capaz de mantener el equilibrio entre los numerosos recursos a controlar en el ámbito mundial tanto para su autoabastecimiento como para mantener al resto del mundo dependiente de su capacidad. Estados Unidos reúne todas estas capacidades, a pesar de las carencias ya observadas en el área de los recursos básicos y en un resentimiento a veces importante que sufre su carisma como líder en determinadas áreas del globo, especialmente en el mundo islámico. Las potencias

⁵⁷ Véase al respecto DUROSELLE, J.B., « La nature des conflits », en *Revue Française de Science Politique*, vol. XIV, nº 2, 1964.

⁵⁸ Lo que destaca en relación con la necesaria equiparación de potencias del sistema bipolar anterior. Véase BARBÉ, E., “El ‘equilibrio de poder’ en la teoría de las Relaciones Internacionales”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* nº 11, 1987, pp. 5-18.

europeas, especialmente Francia y Reino Unido, mantienen una notable autonomía de acción y un cierto protagonismo en la toma de decisiones de las grandes instituciones internacionales, pero su peso objetivo es francamente menor al de la potencia norteamericana.⁵⁹ Se podría aducir que la Unión Europea sí puede hacer sombra a Washington, dada su capacidad financiera y comercial. Ciertamente, las economías de sus países miembros pueden compararse perfectamente a la de Estados Unidos: Si el gigante americano tiene un PIB de 10.171.400 millones de dólares en 2001,⁶⁰ el 32,5% del total mundial, los de la Europa de los quince alcanzan los 7.880.000, el 25,2% de todos los países juntos, y con la ampliación a 25 se alcanzarán los 8.240.000 millones de dólares conjuntamente, es decir el 26,4% de los PIB sumados de todos los países de la tierra. Sin embargo, estos datos esconden una realidad: la Unión Europea todavía no tiene capacidad para ejercer como potencia, dada la falta de cohesión interna de sus miembros, la fragilidad de su diplomacia conjunta y, sobre todo, la ausencia de una capacidad defensiva común, que hace que casi todos sus miembros sean, a título individual, más poderosos militarmente que la propia Unión.

Ante un escenario hegemónico, nos corresponde preguntarnos por el papel que les corresponde a las potencias menores que, como Rusia, aspiran a alcanzar un espacio en la toma de decisiones del sistema internacional. Este papel podrá ser desarrollado en ámbitos restringidos, pero es evidente que Rusia, un Estado con tradición y varios elementos que la caracterizan como potencia, ha perdido una capacidad real de imponer sus decisiones más allá de sus propias fronteras, y que incluso da inquietantes muestras de fragilidad y dependencia respecto a las potencias occidentales. Para analizar en profundidad la capacidad real de Rusia para ejercer su influencia en tanto que potencia en estas áreas restringidas de que hablaba, y para ver las carencias concretas de Rusia como potencia, vamos a dedicar el capítulo siguiente a estudiar las capacidades reales de este país.

Una vez hemos visto que la definición de potencia acarrea una considerable complejidad teórica y que no existe una única definición o un concepto mínimamente unitario del término, nos quedaría de todos modos la tarea pendiente de asumir una

⁵⁹ Véase, en este sentido, BRIDGE, F.R., y BULLEN, R., *The Great Powers and the European States System*, *op. cit.*

⁶⁰ Según datos del Banco Mundial, consultables en <http://devdata.worldbank.org/data-query/>.

definición con la que poder llevar a cabo el análisis en este trabajo sobre la calificación o no de Rusia en tanto que potencia. Como hemos visto más arriba, la teoría más favorecida por los analistas realistas clásicos o neorrealistas relaciona directamente la atribución del estatuto de potencia a la posesión de recursos y, más directamente, a su capacidad militar. Este esquema resulta claramente insuficiente para el análisis propuesto; Rusia posee uno de los ejércitos más poderosos del planeta, el segundo del mundo tanto por su capacidad como por su presupuesto. Y, sin embargo, esto no se corresponde con la situación de Rusia en el mundo, con menos capacidad de decisión en el ámbito internacional e incluso en su propio ámbito de soberanía que otros países, como algunos de Europa occidental, con menor poder militar. Por supuesto, los recursos militares no pueden despreciarse, y en la actualidad es uno de los escasos factores que hacen de Rusia uno de los sujetos del sistema internacional con mayor presencia, pero no podemos establecer una relación directa de esta cualidad con la categorización como potencia. En el caso concreto ruso, su poderoso arsenal no sólo resulta improbable que sea utilizado para amedrentar a sus vecinos u oponentes, sino que su misma existencia pierde su función disuasoria ante la evidencia y el conocimiento generalizado de las necesidades de Rusia en sus relaciones exteriores, que hacen a este país sumamente frágil y dependiente.⁶¹

Posiblemente el poder militar ruso sea el factor al que podamos recurrir para explicar el desequilibrio existente entre la escasa capacidad económica y financiera del Estado ruso y su desproporcionada presencia en los organismos internacionales. La combinación, pues, de varias capacidades en cuanto a la posesión de recursos nos daría la clave en la que situar el caso ruso actual en su definición en tanto que potencia. Pero habría que considerar otro factor adicional. Rusia tiene mermadas muchas de las capacidades de poder y de influencia sobre otros países, pero sus dimensiones y su estrecha vinculación histórica y cultural con una amplia área del planeta hacen que su propia estabilidad sea importante para la seguridad global. Aparte de la capacidad militar ya mencionada, Rusia puede incrementar la sensación de amenaza sobre Europa y Asia por su propia inestabilidad, que la puede convertir en un foco de emigración, delincuencia, aventuras expansivas o inestabilidad económica que pongan en peligro a

⁶¹ Sobre la interacción entre una fuerza militar y un sector castrense desproporcionados y la crisis económica y política que llevará a la disolución de la URSS, véase *Las fuerzas armadas en la crisis del sistema soviético*, Los libros de la Catarata-Bakeaz, Madrid 1993.

numerosas áreas vecinas, entre ellas algunas de la importancia de China o de la propia Unión Europea. Por lo tanto, cuando hablamos de la capacidad de un Estado para influir en el entorno geográfico o en el mundo como una de las características intrínsecas a las potencias, deberíamos tener en cuenta también esta capacidad de crear inestabilidad, o la sensación de amenaza que supone para un sistema o un subsistema internacional dicho Estado. Lo que nos lleva a la consideración de la potencia en tanto que Estado que merece la consideración de su influencia en el mundo, y por lo tanto de la concesión o atribución del estatuto de potencia con independencia de los recursos tangibles que posee dicho Estado.

Es evidente que Rusia ha ganado en los últimos años un reconocimiento como potencia por parte de los demás Estados que ya gozan de esta consideración. En el sistema internacional actual, tendiente a la hegemonía, el estatuto oficial de potencia, es decir la presencia institucional en órganos de supuesto poder como el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas o el G-8, implica un poder estructural real escaso. Por ello, el reconocimiento como tal tiene un fuerte carácter simbólico y debe considerarse como una concesión para equiparar a unos Estados con capacidad real de influir sobre el sistema internacional por los recursos que controla, con los Estados “con los que hay que contar” para garantizar un cierto equilibrio que asegure el mantenimiento del control que ejercen los primeros.⁶² Rusia, sin duda, formaría parte de la segunda categoría, dada la escasez de recursos con que cuenta y si tenemos en cuenta, sin embargo, su evidente capacidad desestabilizadora.

En definitiva, para encontrar una descripción de potencia que se ajuste a la situación de Rusia en el sistema internacional actual debemos hablar de a) un conjunto de capacidades en que el control de los recursos quede suficientemente equilibrado para reducir al mínimo la dependencia respecto a los otros actores del sistema. b) A ello hay que añadir una capacidad intangible de desestabilización del sistema a través de la consideración por parte de los demás actores como una amenaza potencial a la

⁶² Lo cual nos trae a la mente el caso de los países árabes, de débil capacidad de influencia sobre el sistema internacional pero en cambio con una gran capacidad de crear inestabilidad, ya sea por su propio peso demográfico, por la proximidad geográfica a fuentes de recursos energéticos (petróleo) o simbólicos (Israel, península arábiga) o por su capacidad de extensión de la inestabilidad que experimenten al resto del mundo islámico. En el sistema postbipolar, el mundo árabe (y el islámico, por extensión) constituyen, como sabemos, un foco de tensión que merece una especial atención y, por lo tanto, con gran capacidad de influencia sobre el sistema internacional.

seguridad; esta categoría puede ir unida, pero no exclusivamente, a la capacidad militar del actor en cuestión. En el caso ruso, la primera parte de esta definición se cumple solo parcialmente, atendiendo a las numerosas incapacidades y carencias en los recursos que debería controlar Rusia para entrar en ella. Sin embargo, entra de pleno en la segunda parte de la definición, por el temor que suscita entre los miembros del sistema a provocar alteraciones de graves consecuencias. Veamos en el capítulo siguiente, con detalle, cómo se aplica este esquema y la consideración como potencia al caso concreto de Rusia.

2) ¿Es Rusia una potencia?

2.a) Rusia como potencia militar

Una vez hemos realizado una aproximación al concepto de potencia, y visto lo que, tradicionalmente, se entiende en la disciplina de Relaciones Internacionales como tal, nos concierne especialmente la aplicabilidad de dicho concepto al caso específico de Rusia. Ello resulta particularmente delicado y complejo en los días que acompañaron y siguieron a la disolución de la URSS, en que hallamos un Estado tradicionalmente calificado como potencia que, sin embargo se enfrenta a una coyuntura de debilidad y dependencia prácticamente inédita en su historia, y que aparentemente podría contradecir el propio concepto de potencia en su acepción más habitual, es decir, como actor con capacidad de prescindir de influencias exteriores y, al contrario, con habilidad para ejercer su influencia sobre otros actores. Ante esta aparente contradicción, se percibe un interés general en la comunidad universal de Estados por respetar la calificación de potencia para Rusia y por fomentar tal ejercicio y reconocimiento en todos los ámbitos. Es nuestro objetivo en este capítulo intentar discernir lo que motiva dicha actitud y las consecuencias previsibles de esta actitud tanto en el seno de la propia Rusia como en un contexto internacional.⁶³

Como hemos visto, la definición tradicional de potencia va íntimamente ligada a la capacidad militar del Estado que detenta tal categorización. Aunque pueda ser relativizada, esta característica trasciende seguramente todas las demás, y su análisis se hace imprescindible para determinar el carácter de potencia de cualquier actor internacional. Aquí, como en las demás características que analizaremos más adelante, podemos comprobar cómo la formación, consolidación y expansión del Estado ruso van

⁶³ Existe un amplio consenso entre los analistas sobre los Estados que merecen la cualificación de gran potencia entre la Revolución Francesa y la disolución de la URSS, así como en otorgar a Rusia un papel prácticamente estable en este listado. Según LEVY, J.S., (*War in the Modern Great Power System, 1495-1975*, University Press of Kentucky, 1983, p. 26), que coincide básicamente con SINGER, J.D., y SMALL, M. (*The Wages of War, 1815-1965: A Statistical Handbook*, Wiley, Nueva York 1972, p. 23), Rusia/la URSS sería la única potencia que mantiene esta categoría a lo largo de todo el período citado, mientras que Alemania/Prusia y el Reino Unido lo fueron hasta 1945, Francia hasta 1940, EE.UU. sólo lo habría sido desde 1898 y otras grandes potencias (Japón, China, Austria, Italia) mantienen esta categoría por períodos más breves. MEARSHEIMER, J.J., (*The Tragedy of Great Power Politics*, Norton &

íntimamente ligadas a una actividad militar permanente dirigida a enemigos exteriores que condiciona la propia naturaleza de la cohesión política e incluso social del Estado. Que Rusia nazca fruto de una sucesión de actividades militares (destrucción de la Rus de Kiev a manos de los mongoles en 1250, surgimiento de los principados en constante pugna con diferentes pueblos asiáticos, guerras entre principados hasta consolidar el liderazgo moscovita, expansión a costa de los janatos tártaros) no nos puede sorprender, y ni siquiera supone una característica original, puesto que son escasos los Estados que no hayan sido bautizados con sangre en algún momento de su formación. Sin embargo, conviene destacar dos hechos básicos que sí modelan el carácter nacional ruso: a) la ausencia de períodos prolongados de paz desde la formación del Estado ruso, es decir de generaciones formadas sin una amenaza exterior o sin ver a su ejército marchar a combatir al extranjero;⁶⁴ b) la presencia del conflicto exterior como referente indisociable de la cultura rusa, presente ya en la cultura popular rusa desde hace siglos, asumida por el contenido espiritual e institucional de la Iglesia Ortodoxa y consolidada en la alta cultura rusa de los siglos XIX y XX a través de la literatura de autores como Tolstoy, Dostoyevski, Turgeniev, Gogol, etc. La percepción de lo extranjero como enemigo y de la amenaza permanente a los valores propios (lo que contiene sentido ético y trascendente una vez asimilado por la Iglesia nacional) ha cuajado tradicionalmente en el inconsciente colectivo ruso y ha impregnado la propia cultura rusa, alimentado por la actividad permanente del ejército ruso y a la propaganda irremediabilmente unida a las campañas bélicas.

Como hemos visto, el nacimiento del Estado ruso fue traumático e inmerso en actividades bélicas que prolongaron el proceso de independencia total de Rusia durante cerca de tres siglos, entre la restauración del principado de Moscovia y la toma de Kazán por Iván el Terrible, en 1552. Ello nos ilustra la estrecha interrelación del ejército ruso con la corona y su papel tradicional de garante del proceso emancipador. Una vez eliminada la amenaza tártara, sin embargo, el ejército se mantiene en una posición privilegiada dentro de un Estado cada vez más poderoso, y proporciona a la monarquía

Company, Nueva York 2001, pp. 360- 402) coincide con los autores precedentes, aunque limita la categoría de grandes potencias a partir de 1991 a EE.UU., Rusia y China.

⁶⁴ En el estudio pormenorizado de HOLSTI, K. J., *Peace and War: Armed Conflicts and International Order 1648-1989*, *op. cit.*, el autor no halla un período mayor de 34 años durante este largo lapso de tiempo en que no hubiera fuerzas regulares rusas o soviéticas implicadas en un conflicto de dimensiones considerables con un Estado extranjero. El mayor período de “paz” se corresponde, curiosamente, a la Guerra Fría, entre el fin de la II Guerra Mundial y la intervención en Afganistán.

una expansión irrefrenable, al tiempo que el mantenimiento y la seguridad de un territorio cada vez más extenso pero escasamente poblado hace imprescindible la existencia de un fuerte componente militar del Estado que vigile unas fronteras a menudo distantes y en la que la población local apenas puede garantizar la fidelidad al zar. A ello hay que añadir que la monarquía rusa se dota de un carácter represivo y colonizador que precisa para su mantenimiento, una vez más, de un ejército poderoso. Mientras el ejército ruso garantiza la expansión por tierras inhóspitas del norte o Siberia o lidia con sociedades tribales del Cáucaso o los Urales o con Estados aislados y decadentes en Asia central, Rusia no hace más que seguir una expansión casi natural a la que nadie se opone, pero a medida que busca sus pulmones vitales en Occidente, ya sea a través de las rutas comerciales del Báltico o por los mares cálidos y las tierras fértiles de los Balcanes, Rusia se enfrenta a ejércitos poderosos y a intereses consolidados por Estados e imperios difíciles de combatir.⁶⁵ Ello implica, a partir del siglo XVIII, la modernización de un ejército y de una administración que, paradójicamente, acerca Rusia a Europa para poder enfrentarse a ella.⁶⁶ Equiparada a las potencias occidentales a menudo hostiles por su carácter agresivo y la buena preparación de su ejército más que por su capacidad económica o por su aportación cultural o técnica, y tras demostrar su capacidad bélica en la guerra contra Napoleón, Rusia es admitida con todos los honores en calidad de potencia en el Congreso de Viena y participa en el concierto de naciones que preside el orden europeo durante el siglo XIX,⁶⁷ lo cual no le impide, más bien al contrario, mantener una renovación constante de su capacidad militar y una actividad expansionista permanente, dirigida ahora principalmente contra el decadente Imperio Otomano.

El equilibrio amistoso-hostil entre potencias regido por el Congreso de Viena tiene su colofón en la primera gran conflagración mundial del siglo XX, en que el enfrentamiento militar entre Estados no contrapuestos ideológicamente presenta su

⁶⁵ Para profundizar en la historia de Rusia recomendamos algunas referencias ya clásicas, como STEELE, J., *Eternal Russia*, Faber and Faber, Londres 1994, RIASANOVSKI, N.V., *A History of Russia*, Oxford U.P., Nueva York 1963 o DVORNIK, F., *The Slavs, Their Early History and Civilization*, Cambridge U.P., Boston 1956.

⁶⁶ Véase, para ilustrar este punto de vista, MILIUKOV, P., SEIGNOBOS, L. y EISENMANN, L., *The Successors of Peter the Great: from Catherine I to the Reign of Nicholas I*, Funk and Wagnalls, Nueva York 1968.

⁶⁷ Para ver el papel de las potencias tras el Congreso de Viena se puede consultar ANDERSON, M.S., *The Ascendancy of Europe 1815-1914*, Longman, Londres 1985; LOWE, J., *The Concert of Europe. International Relations 1814-70*, Hodder & Stoughton, Londres 1990, o GULICK, V. H., *Europe's Classic Balance of Power*, The Northorn Library, Nueva York 1955.

máxima perversión, agudizada por el progreso tecnológico que dota de mayor mortalidad a las nuevas armas. En el caso ruso, y en un nuevo proceso traumático y cruento, el conflicto conlleva una explosión social y la formación de un Estado revolucionario, victorioso una vez más gracias a campañas militares más que a una generalización automática de los principios sociales y políticos de los bolcheviques. Tras la cruenta formación del Estado soviético, este nuevo actor quedó consolidado definitivamente por su carácter belicoso (o, si se prefiere, defensivo, especialmente antes y durante la II Guerra Mundial),⁶⁸ por la propaganda respecto a una amenaza exterior y, en ocasiones, por su actividad expansionista,⁶⁹ todo lo cual contribuyó notablemente a la potenciación del poderío militar soviético y de la militarización de la sociedad.⁷⁰ A partir de 1945 este carácter militarizado del régimen adquiere las dimensiones propias de una superpotencia y procede a un rearme permanente en continua estimulación por la carrera armamentística característica de la disuasión mutua del mundo bipolar.⁷¹ El hecho, además, de poseer, mediante espionaje o desarrollo tecnológico, armamento nuclear a partir de 1949, confiere a la Unión Soviética el título recién acuñado (y más tarde abusivamente extendido) de potencia nuclear y facilita que a lo largo de la Guerra Fría la URSS disponga del segundo arsenal mundial tanto cuantitativamente como cualitativamente.⁷² No sólo esto; el poderío militar del Kremlin facilita que la URSS extienda su influencia a Europa central y oriental al final e inmediatamente después de la segunda guerra mundial y será la presencia militar soviética la que garantice el mantenimiento de esta influencia hasta 1989, como se demostró en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968.⁷³ Por otra parte, la industria militar soviética exporta armamento a Estados revolucionarios y a movimientos insurgentes del mundo entero, lo que convierte a la URSS en una fuerza

⁶⁸ Para analizar la formación de la Unión Soviética y sus primeros años de existencia, véanse *El socialismo en un solo país, 1924-1926*, dentro de CARR, E.H., *La Revolución Rusa*, cuatro volúmenes, Alianza Ed., Madrid 1972, así como CLAUDÍN, F., *La crisis del movimiento comunista. Tomo I, de la Komintern a la Kominform*, Ruedo Ibérico, París 1970, PIPES, R., *The Russian Revolution*. Knopf, Nueva York 1990, o TAIBO, C., *La Unión Soviética (1917-1991)*, Ed. Síntesis, Madrid 1993.

⁶⁹ Sobre la retórica revolucionaria de expansión de la revolución y del Estado soviético hasta abarcar a toda la humanidad, véase GOODMAN, E.R., *The Soviet Design for a World State*, Columbia U.P, Nueva York 1960.

⁷⁰ Véase BRUHAT, J., *Historia de la URSS*, Villalar, Madrid 1981.

⁷¹ Sobre el surgimiento de la URSS en tanto que superpotencia véase LEFFLER, M. y PAINTER, D. (eds.), *Origins of the Cold War*, Routledge, Londres 1994.

⁷² Véase HANAK, H., *Soviet Foreign Policy since the Death of Stalin*, Routledge & Kegan Paul, Londres 1972, o EDMONDS, R., *Soviet Foreign Policy, The Brezhnev Years*, Oxford University Press, N. York 1983.

militar a escala global.⁷⁴ La contrapartida la hallamos en la formación de una élite política y social que, sobre todo a partir del mandato de Brezhnev (1964-1982), condiciona el funcionamiento del Estado a los intereses del ejército.⁷⁵ Esta élite, ligada al poderoso complejo militar-industrial, privilegiará el desarrollo de la defensa ante el progreso social del país y será el máximo responsable de la esclerotización de la política y la sociedad soviéticas y del estancamiento económico, y su actuación no será ajena a la crisis que llevará en definitiva a la disolución de la Unión Soviética⁷⁶

Tras la disolución de la URSS, la Federación Rusa ha mantenido un fuerte ejército dotado de un considerable arsenal nuclear de unas 40.000 ojivas.⁷⁷ Sin embargo, la coyuntura económica del país apenas ha podido mantener una parte del ejército soviético anterior, una vez distribuidas sus partes correspondientes a los nuevos Estados, y sin capacidad para renovar arsenales o modernizar armamento. La capacidad defensiva o agresiva de la Federación Rusa se ha visto, pues, notablemente mermada en relación al poderío soviético, lo que ha llevado a considerar la pérdida relativa del carácter de potencia por parte del gigante ruso. A pesar de ello, el Kremlin sigue manteniendo el segundo ejército del mundo, tanto por su cantidad de armamento como por el número de cabezas nucleares a su disposición (las otras potencias nucleares, Reino Unido, Francia y China, cuentan con un número reducido de ojivas). Bien es cierto, cabe observar, que la distancia entre el arsenal estadounidense y los del resto del mundo se ha agigantado en los años noventa y sobre todo a partir de la administración Bush, y el hecho que Rusia sea la segunda potencia militar mundial no conlleva las implicaciones de competencia directa y hostilidad que podía suponer durante la Guerra Fría. Obviamente, Rusia no ha querido desembarazarse de un complejo armamentístico que, aunque en el momento actual le sea poco útil por su escasa competitividad, le

⁷³ Véanse MOONEY, P., *The Soviet Superpower. The Soviet Union, 1945-1980*, Heinemann, Londres 1982; LEVESQUE, J., *L'URSS et sa politique internationale de Lénine à Gorbatchev*. Armand Colin, París 1987.

⁷⁴ Véase KORBONSKY, A., y FUKUYAMA, F. (dirs.), *The Soviet Union and the Third World*, Cornell University Press, Ithaca 1987, o CASSEN, R. (dir.), *Soviet Interest in the Third World*, SAGE, Londres 1987.

⁷⁵ Véase FEWTRELL, D., "The Soviet Economic Crisis: Prospects for the Military and the Consumers", en ALFORS, J. (ed.), *The Soviet Union, Security Policies and Constraints*, Adelphi Library, Aldershot 1985.

⁷⁶ Véanse, por ejemplo, TAIBO, C., "Desarrollos militares y crisis del sistema soviético (1964-1982)", en *Cuadernos del Este* nº 8, Madrid 1993, o SAPIR, J., *Les fluctuations économiques en URSS 1941-1985*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, París 1989.

⁷⁷ Dato extraído de BEDAR, S., « Le 'bouclier antimissile', un instrument de puissance unilatérale », en *L'état du monde 2002*, Éd. La Découverte, París 2001.

garantiza un puesto entre las potencias mundiales y, sobre todo, supone un acervo simbólico que sigue siendo importante para una sociedad rusa que todavía quiere apoyarse en una supuesta capacidad militar de su país. Una sociedad que mantiene vivo el sueño de una capacidad de amenaza, de influencia sobre el exterior, de ser, en definitiva, una potencia.

2.b) Otras características tangibles de Rusia como potencia

Cuando hablamos de las características tangibles de una potencia nos referimos, además de a su capacidad militar que ya hemos analizado, a su territorio, su demografía y sus potencialidades económicas, básicamente el control de recursos naturales y energéticos y su capacidad productiva.

En su transformación de Unión Soviética a Federación Rusa, el nuevo Estado pasó de una superficie de 22.400.200 km² a “sólo” 17.075.400 km². A pesar de la pérdida del 24% del territorio, Rusia sigue siendo el Estado más extenso de la Tierra, lo cual ya en sí sólo tal vez le haría merecer la condición de potencia. La expansión histórica de Rusia, como ha sido apuntado más arriba, obedece a la necesidad de cubrir un vacío, de ocupar tierras escasamente pobladas o habitadas por pueblos jerárquica y militarmente débiles y, más adelante, de garantizar el acceso a recursos indispensables para la supervivencia del Estado. Sin embargo, esta expansión permanente, en algunos casos muy reciente (Asia central, parte del Cáucaso y Besarabia no fueron ocupadas hasta mediados del siglo XIX, y partes de Ucrania y del Báltico nunca estuvieron sometidas de modo permanente a los zares)⁷⁸ ha sido asimilada por la sociedad rusa como algo inherente a su propio proceso histórico y se percibe como algo previamente indiscutido ni siquiera por las sociedades que padecieron esta expansión.⁷⁹ Por consiguiente, la pérdida de estos territorios es concebida como una afrenta nacional, no

⁷⁸ Dentro de su conocida y muy recomendable serie de mapas históricos, GILBERT, M., nos ofrece en su *Atlas of Russian History* (The Dent, Londres 1993) un excelente panorama gráfico del proceso de expansión geográfica de Rusia y, sobre todo, de la importancia tradicional de la búsqueda de recursos estratégicos en dicha expansión.

⁷⁹ La sociedad rusa, y parte de otras sociedades exsoviéticas, ha desarrollado un fuerte sentimiento de pertenencia a un conjunto territorial cosmopolita y pretendidamente anacional (reflejando la propaganda soviética) cuya desaparición nunca habría deseado la sociedad transnacional que la formaba. Véase HAHN, J.W., “Changes in Contemporary Russian Political Culture”, en TISMANENU, V., *Political*

sólo porque representa en muchos casos un retorno a la situación fronteriza de siglos atrás, sino por lo que supone de humillación y división de un conjunto territorial que es considerado, a pesar de todo, homogéneo en su proceso histórico y en su voluntad política. El inconsciente colectivo ruso achaca a intereses foráneos y a la propia decadencia política la pérdida de un patrimonio territorial de indiscutible integridad histórica. Baste mencionar la airada reacción popular ante los rumores que, en los primeros momentos del nuevo Estado ruso, planteaban la posibilidad de trueque de territorios periféricos en las Kuriles y en Kaliningrado (regiones, ambas, de suma importancia estratégica, aunque históricamente rusas sólo desde hacía menos de medio siglo, y cuya población rusa, escasa, presenta todavía características de reciente colonización) a cambio de una ayuda económica que se antojaba imprescindible en aquel entonces.⁸⁰

El tradicional expansionismo ruso ha llevado a la absorción paulatina de grandes masas de población y, aunque esto ha conllevado la creación de un Estado heterogéneo desde un punto de vista étnico, al mismo tiempo ha aportado, históricamente, un fuerte potencial demográfico que permitía a las diferentes formas del Estado ruso alimentar sin problemas su fuerza de trabajo y su numeroso ejército. En los últimos años de la Unión Soviética, en que se percibía una clara pérdida de natalidad entre la población rusa y europea en general, mientras que los pueblos asiáticos crecían considerablemente, empezó a percibirse en la sociedad rusa y en algunos analistas una doble sensación de falta de dinamismo demográfico y de pérdida de homogeneidad nacional en la URSS, sensación que llevó a una resurrección del nacionalismo ruso que estuvo presente en todo el proceso de desintegración del Estado soviético.⁸¹ Si la pérdida de territorio estrictamente hablando en la transición de la Unión Soviética a la Federación Rusa fue relativamente escasa, la población, en cambio, menguó considerablemente, reduciéndose a la mitad. Tal vez ésa no fue la principal contrariedad, a pesar de su pérdida relativa a escala mundial (si la Unión Soviética, en 1991, era el tercer Estado

Culture and Civil Society in Russia and the New States of Eurasia, E. M. Sharpe, Nueva York 1995, pp. 112-136, o CARRÈRE d'ENCAUSSE, H., *The Triumph of the Nations*, BasicBooks, Nueva York 1993.

⁸⁰ Estos hechos están detallados en GWERZMAN, B. y KAUFMAN, M.T., *The Decline and Fall of the Soviet Empire*, Times Books, Nueva Cork 1992, pp. 123-137.

⁸¹ Durante la *perestroika*, una de las principales reivindicaciones de la oposición rusa, y de la que B. Yeltsin se haría principal defensor, consistía en la recuperación de instituciones propias para la Federación Rusa, de las que carecía en el complejo federal soviético. Véase al respecto MARIE, N., "La réforme des institutions fédérales (1988-1991)", en *Notes et études documentaires (La documentation française)* n° 4937-12, pp. 63-82

más poblado del mundo, con cerca del 5% de la población mundial, la actual Federación Rusa es actualmente el sexto Estado por su población, y alberga sólo al 2,4% de la humanidad); el principal agravio desde el punto de vista poblacional para la sociedad rusa actual, y una de las principales fuentes de descontento y sensación de frustración social durante la década de 1990 es la pérdida de dinamismo demográfico,⁸² aspecto ya percibido antes de la disolución de la URSS. Entre 1991 y 2000 la población rusa ha descendido aproximadamente un 3%, y ello a pesar de la afluencia de rusos fugitivos del Cáucaso y de Asia central. Una fuerte emigración hacia Occidente, la pérdida de esperanza de vida y, sobre todo, un agudo deterioro en las condiciones de vida han impregnado a la sociedad rusa de una sensación de esclerotización, de deterioro social y de pérdida de peso en el mundo.⁸³

El control de los recursos naturales ha sido una de las constantes en el impulso expansionista histórico de Rusia, especialmente en la marcha imparable hacia los mares cálidos del sudoeste, el acceso a los fértiles campos ucranianos y a las rutas comerciales del Báltico y el Mediterráneo; no deja de ser paradójico que Rusia, que posee desde hace siglos el mayor litoral del mundo, ha pugnado históricamente por acceder a aguas “útiles” (templadas y de fácil acceso a rutas comerciales), que apenas representarán más que un mínimo porcentaje del litoral ruso. El siglo XX llevó, además, a la explotación de ricos yacimientos carboníferos en los Urales y Siberia, de petróleo en el Caspio y de gas en Asia central. En este sentido, la disolución del imperio soviético supuso una pérdida muy relativizable: Ucrania ya no era el único granero ruso, como lo había sido con los zares, tras la explotación agrícola que había conseguido la URSS en el Cáucaso norte y en el sur de Siberia; los principales yacimientos minerales, a excepción de las muy deterioradas minas del Donbass ucraniano, permanecían en territorio ruso; en cuanto a los hidrocarburos, si bien es cierto que algunos de los principales yacimientos se hallan en las nuevas repúblicas centroasiáticas o en Azerbaiyán, no es menos cierto que Rusia dispone todavía de yacimientos importantes y, lo que es más importante, controla el paso de los hidrocarburos hacia su mercado principal, Europa occidental, lo

⁸² Véase DUNLOP, J., “Russia: Confronting the Loss of Empire”, en BREMMER, I. Y TARAS, K., (ed.), *Nations and Politics in Soviet Successor States*, Cambridge University Press, Cambridge 1993, p. 46.

⁸³ Existe una abundante producción literaria y pseudoliteraria en Rusia en los años noventa que hace referencia a la pérdida de peso de este país en el mundo, y hace especial hincapié en la crisis demográfica y social como fruto de la corrupción interior y la injerencia de intereses exteriores. Tal vez el mayor exponente de este pensamiento demagógico y victimista, aunque sea sólo por el nombre de su autor, sea SOLZHENITSIN, A., *El colapso de Rusia*, Ed. Espasa, Barcelona 1998.

que otorga *de facto* a Moscú el control sobre estos preciosos bienes energéticos. El acceso a los hidrocarburos será en realidad, como veremos más adelante, la clave no sólo de la recuperación económica del Estado, sino del mantenimiento de la influencia rusa sobre el espacio antiguamente soviético y de un papel relevante en el mundo. En cuanto al acceso a las rutas comerciales internacionales, tan relevante en el proceso histórico de expansión de Rusia, es obvio que las rutas marítimas ya no ofrecen el mismo interés que en tiempos de los zares y, de cualquier modo, la Federación Rusa ha podido mantener el acceso a los mares secularmente ansiados por los puertos de los mares Negro y Báltico y del océano Pacífico. En este sentido la principal pérdida ha sido los puertos ucranianos de Odesa y Sebastópol, lo cual ha llevado a no pocos conflictos entre ambos Estados a lo largo de la década de 1990.

La capacidad económica de Rusia ha sido tradicionalmente uno de los grandes inconvenientes para hacer valer la autoridad de este país en un contexto internacional. A pesar de los fuertes intentos de industrialización de los últimos zares, a principios del siglo XX la producción industrial rusa apenas suponía el 1% del total mundial, sin posibilidades de competir con las fuertes economías occidentales y centrada en gran medida en la industria bélica y en la siderurgia. La era soviética y sobre todo las dos recuperaciones posbélicas supusieron grandes impulsos para la industria soviética que, sin embargo, pecó de una falta de renovación y del abuso de unos mercados (Europa oriental) y unas rutas de abastecimiento de materias primas (Asia central, Estados socialistas de África y Asia, Cuba) garantizados por razones políticas. A pesar de lo cual, o tal vez por ello, la sociedad rusa vivió durante la era Jruschov y parte de la era Brezhnev (entre los años cincuenta y setenta) su mejor momento económico y el máximo bienestar social de toda su historia.⁸⁴ La falta de dinamismo económico durante la fase final de la URSS y la posterior pérdida de un área económica sujeta hasta entonces por la presencia del ejército ha llevado a una grave crisis económica que ha puesto en entredicho la capacidad del nuevo Estado para mantener su influencia en un entorno regional o global. La necesidad de ayuda exterior, ya desde 1989, la traumática transición al libre mercado y la incapacidad de superar las sucesivas recesiones han marcado durante los años noventa un amargo despertar a una realidad económica que no responde a los fantasmas de potencia que habían difundido los líderes soviéticos y que

⁸⁴ Como se refleja en COLEMAN, F., *The Decline and Fall of the Soviet Empire: Forty Years that Shook the World, from Stalin to Yeltsin*. St. Martin's Press, Nueva York 1996, entre otros.

los rusos habían acomodado fácilmente a su autocomplacencia nacional.⁸⁵ Una nueva concepción de las posibilidades estructurales de la economía rusa, por lo menos a corto y medio plazo, lleva a la asunción de graves limitaciones económicas (falta de competitividad industrial, dependencia de ayudas e inversiones exteriores, necesidad de profundas reformas estructurales, peso desmesurado de los hidrocarburos en el capítulo de las exportaciones...) que acotan el papel de Rusia en tanto que potencia económica, cuando menos frente a las grandes potencias occidentales.

En consecuencia, los elementos tangibles de los que en otros momentos históricos se ha dotado Rusia para hacer valer su condición de potencia internacional son puestos hoy en entredicho. Una economía en aparente crisis estructural y una población seriamente mermada y falta de dinamismo no contribuyen a reforzar el papel ruso en el mundo. Se mantienen, sin embargo, algunos elementos que juegan a favor de Rusia y contribuyen al mantenimiento de este papel, a saber: su extensión territorial, su capacidad estratégica y su acceso a recursos naturales energéticos. El territorio ruso, a pesar de la merma sufrida, sigue siendo impresionante: representa la octava parte de las tierras emergidas del planeta (excepción hecha de la Antártida) y, como se ha apuntado más arriba, ello bastaría para considerar a Rusia entre los “grandes” del mundo, a pesar de su escasa densidad (8,5 habitantes por km²). Las fuerzas armadas rusas, a pesar de su evidente estancamiento, mantienen parte del esplendor del ejército de la URSS; su pérdida de poder relativo (debido en gran medida a su falta de renovación y a la renuncia evidente a proseguir la carrera por la competitividad con el ejército estadounidense) no disminuye su capacidad de amenaza y supone todavía uno de los mayores elementos de orgullo nacional. Por último, los recursos energéticos suponen la gran baza económica de la nueva Rusia, y no cabe duda que contribuye poderosamente a su actual recuperación económica y, sobre todo, a la reconstrucción de un área de influencia regional alrededor de este país

⁸⁵ De ello tenemos un excelente retrato en primera persona en GORBACHOV, M.S., *Memoria de los años decisivos (1985-1992)*, Acento Editorial, Madrid 1993; un buen análisis lo hallamos en PALAZUELOS, E., *La economía soviética más allá de la perestroika*, Ed. Ciencias Sociales, Madrid 1990.

2.c) Recursos intangibles de Rusia como potencia

Cuando nos hemos referido a los recursos intangibles que hacen de un Estado una potencia, hemos apuntado a la elasticidad en la enumeración de tales recursos, según el autor que los clasifique y la época en que se analizan. Aquí vamos a limitarnos a los que enumera J. Nye⁸⁶ (cohesión nacional, control sobre la cultura universal y presencia en las instituciones internacionales), junto con uno más que se muestra como fundamental en la tradición rusa: el liderazgo ideológico-cultural.

Desde el punto de vista de composición nacional, la actual Federación Rusa ha ganado cohesión en relación a la extinta Unión Soviética; si la URSS contaba con apenas un 52% de rusos en 1989, la actual Rusia está dominada por una proporción de 82% de rusos.⁸⁷ Ello no ha privado al nuevo Estado de conflictividad nacional y territorial, como demuestran la existencia de 23 entidades autónomas de base étnica, los contenciosos abiertos con repúblicas autónomas como Tatarstán o Kalmykia o, sobre todo, el sangriento y prolongado conflicto del Cáucaso norte, cuyos puntos más álgidos encontramos en las guerras de Chechenia iniciadas en 1994 y en 1999. Del mismo modo, la crisis social aguda que ha presidido la transición hacia la nueva Rusia presenta elementos profundos de desorientación identitaria,⁸⁸ en que la identificación con lo soviético se superpone a menudo con la defensa de la nueva-vieja conciencia nacional rusa. La cohesión paulatina del nuevo Estado y, sobre todo, la estabilidad política y social del país han de llevar, presumiblemente, al encuentro de la sociedad rusa con su nuevo Estado y el refuerzo de esta identidad, pero la inestabilidad característica de los primeros diez años tras la caída de la URSS no ha contribuido a ello. En cuanto a la composición nacional y territorial del Estado, a la espera de una solución definitiva al problema caucásico, no hay motivo para no pensar que las minorías nacionales no se acoplen a un modelo descentralizado de Estado ni para prever una fuerte oposición de la mayoría rusa a esta composición estatal que, por otra parte, goza de un fuerte arraigo desde la era soviética y se corresponde notablemente a una concepción cosmopolita tradicional de la autoimagen colectiva rusa.

⁸⁶ NYE, J., *Bound to Lead. The Changing Nature of American Power*, op. cit., p. 174.

⁸⁷ Datos extraídos de WHITE, S., *After Gorbachev*, Cambridge University Press, 1993, p. 145.

⁸⁸ Véase al respecto MINOGUE, K., y WILLIAMS, B., "Ethnic Conflict in the Soviet Union: The Revenge of Particularism", en MOTYL, A. (ed.), *Thinking Theoretically About Soviet Nationalities*.

Como hemos visto en el capítulo anterior de esta tesis, la concepción de poseer una cultura de valor universal es determinante en los elementos intangibles que condicionan la categoría de un país como potencia.⁸⁹ La participación de la cultura rusa en la cultura universal supone tradicionalmente uno de los mayores orgullos de esta nación, y constituye uno de los instrumentos tradicionales para transmitir la cosmogonía rusa al mundo. La exportación de literatos, escritores, músicos, bailarines, pintores, directores y productores cinematográficos, científicos o incluso de una imagen “propia” de Rusia es una constante en las preocupaciones culturales de la elite del país. Que la cultura rusa sea considerada como una parte fundamental de la cultura universal, sin la cual ésta quedaría incompleta, supone tradicionalmente para la sociedad rusa un reencuentro consigo mismo, el dotarse de utilidad y sentido y hallar su propio espacio en el contexto global. No deja de ser paradójico que la política cultural soviética, que se pretendía cosmopolita, invirtiera un gran esfuerzo en la difusión universal de la cultura, la historia e incluso los valores tradicionales rusos, lo cual la convierte a la práctica en un instrumento rusocéntrico, eurocéntrico y colonizador. Tal vez por ello se haya producido tras la disolución de la URSS una notable reacción antirrusa; el interés por la lengua y la cultura rusas ha decaído notablemente en Europa oriental, incluso en países tradicionalmente rusófilos como Bulgaria y Serbia;⁹⁰ la lengua rusa ha tenido que luchar duramente para recuperar un carácter de oficialidad en las antiguas repúblicas soviéticas, incluso en algunos con un alto porcentaje de rusófonos;⁹¹ las lenguas de Asia central han renunciado a sus alfabetos cirílicos para recuperar los latinos o árabes...⁹² A

History and Comparison in the Study of the USSR. Columbia University Press, Nueva York 1992, pp. 225-242.

⁸⁹ Como resalta, sobre todo, NYE, J., “Soft Power”, *op. cit.*

⁹⁰ A pesar de que el ruso siga siendo la lengua internacional más conocida en Europa oriental, según las encuestas del Eurobarómetro a los países candidatos al ingreso en la UE, está perdiendo terreno año tras año después de su desaparición como asignatura obligatoria en estos países. Por otra parte, es significativo el hecho que en estas encuestas un porcentaje importante de la población de algunos países en que el ruso era omnipresente hasta hace poco en la educación y en la administración (como en los países bálticos) asegure ignorar la lengua de Tolstoy, lo que obedece probablemente a actitudes políticas. Véase Eurobarómetro 2001, http://www.europa.eu/comm/public_opinion.

⁹¹ En 1992 la lengua rusa había perdido su carácter de lengua oficial fuera de la Federación Rusa, a excepción de un papel oficial secundario reconocido por Kazajstán. Desde entonces ha recuperado reconocimiento legislativo en Belarús (1994), Moldova (2000) y Kirguizistán (2001). Ello, sin embargo, no impide el amplio uso de la lengua rusa, a menudo incluso por delante de las lenguas nacionales, en los ámbitos periodístico, audiovisual, educativo e incluso administrativo en casi todas las antiguas repúblicas soviéticas, a excepción de las bálticas. Véase, por ejemplo: BURANT, S.R., “Foreign Policy and National Identity: A Comparison of Ukraine and Belarus”, en *Europe-Asia Studies* nº 7, 1995, p. 1125-43.

⁹² En un proceso que se inició con las independencias de 1991, aunque su aplicación está resultando muy lenta, las lenguas azerí, kazaja, turkmena, uzbeka y kirguiz han recuperado oficialmente la grafía latina que ya habían adoptado en los años veinte, a imitación del proceso paralelo vivido en Turquía, y que

pesar de todo ello, es evidente que la cultura rusa (tanto la de los grandes autores clásicos como la actual) sigue provocando gran admiración en todo el mundo y que su proyección universal en tanto que lengua de comunicación internacional y cultura prolífica e intensa mantiene su espacio en la cultura mundial, lo que apenas se ve mermado por la crisis política y social del período postsoviético.⁹³

Ello nos lleva a la actividad diplomática rusa como uno de los factores eminentes a la hora de hablar del mantenimiento del papel de Rusia en el mundo. Perdida la característica esencial de superpotencia en el mundo bipolar, Rusia hace valer su capacidad internacional para que se respete en su puesto el papel que tenía la URSS en las instituciones internacionales. En este sentido, es notable el esfuerzo de la comunidad internacional o, mejor dicho, de las otras potencias, para que se respete esta posición. Ello fue notorio ya antes de la disolución de la URSS, cuando el Consejo de Seguridad de la ONU acordó conceder al nuevo Estado ruso el puesto permanente que había correspondido tradicionalmente a la Unión Soviética. Más tarde, en 1994, la nueva Rusia fue admitida en el selecto grupo del G-7 (que, significativamente, pasa a ser G-8 sólo en las reuniones de carácter político, mientras que Rusia no es tenida en cuenta en el ámbito económico) y, ya en 2002, pasa a formar parte del llamado “cuarteto”, con Estados Unidos, la Unión Europea y Naciones Unidas, honor diplomático sin duda sobredimensionado en relación a la capacidad económica o política de Rusia en el mundo. En cualquier caso, este paso refleja claramente la voluntad de las potencias mundiales de no marginar diplomáticamente al gigante ruso, que sigue aportando a Occidente seguridad (por su extensión territorial y su capacidad armamentística) y notables recursos energéticos. En este esfuerzo por incluir a Rusia en la actividad diplomática mundial hay que reseñar el papel de la Unión Europea, que ha establecido fuertes lazos institucionales para su diálogo político con Rusia y que no duda a invitar a representantes rusos a sus reuniones de más alto nivel.⁹⁴ Por último, cabe señalar el

Stalin suprimió poco después, mientras que Tayikistán restauraba la escritura tradicional árabo-persa. Este proceso está contando con la disconformidad de Rusia y numerosos problemas técnicos y económicos. Un proceso similar iniciado por las autoridades de Tatarstán en 2000 para modificar el alfabeto de la lengua tártara ha chocado con el veto de Moscú. Véanse ROY, O., *La nueva Asia central*, Ed. Sequitur, Madrid 1998; POLYAKOVA, Yu., « Tatarstan: à la recherche d'un véritable bilinguisme », en *Le courrier des pays de l'Est*, nº 1.018, setiembre 2001, pp. 27-34..

⁹³ La lengua rusa sigue siendo una de las cinco lenguas oficiales en todos los organismos de Naciones Unidas, es oficial igualmente en la OSCE y es la única lengua de trabajo de la CEI.

⁹⁴ Así, V. Putin acudió invitado a la reunión del Consejo Europeo de Estocolmo, en mayo de 2001. Además, el Acuerdo de Colaboración y Cooperación (ACC), efectivo desde 1997 entre la UE y la Federación Rusa prevé la convocatoria de dos cumbres anuales al máximo nivel.

papel concedido a Rusia como líder regional al dirigir la Comunidad de Estados Independientes, papel que no sólo es consentido sino que es potenciado por la comunidad internacional.⁹⁵

Finalmente, hay que hacer mención del papel tradicional de Rusia en tanto que líder cultural e ideológico, baza que ha jugado inteligentemente durante siglos y que forma parte de la cultura política rusa. Ya desde el siglo XV (desde la conquista de Constantinopla por los turcos), Moscú se ha autoerigido en cabeza espiritual de la Ortodoxia y en único defensor de los cristianos orientales, lo que la legitimaba a sus ojos durante los permanentes conflictos con el Imperio Otomano.⁹⁶ Durante el siglo XIX los zares añadieron a este liderazgo espiritual uno cultural, al proclamarse defensores de los derechos de los pueblos eslavos sometidos a turcos y austríacos. El paneslavismo tuvo una faceta sobre todo cultural, pero sirvió al Imperio ruso de excusa para intervenir en Europa oriental y generar admiración y fidelidad por un tiempo entre diferentes pueblos de más allá de sus propias fronteras.⁹⁷ Pero esta proyección exterior de carisma nacional tiene probablemente su mayor expresión (cuando menos, la más novedosa) tras la revolución bolchevique, cuando la propaganda soviética logra hacer de su experiencia política un proyecto compartido por millones de comunistas de todo el mundo que veían en el Estado revolucionario la Patria del Proletariado y la convertían en motivo de admiración, refugio y peregrinaje.⁹⁸ El nuevo Estado Ruso presenta este carisma ideológico o cultural de que se había dotado Rusia durante siglos y la falta de admiración exterior es uno de los síntomas que se perciben en Rusia como muestra de decadencia y desorientación política. Tras algunos intentos fatuos de desarrollar un

⁹⁵ Este papel de líder regional ha sido afianzado claramente tras los atentados del 11 de setiembre de 2001, cuando las potencias occidentales han reforzado su confianza a Rusia, como aliado privilegiado, el control y la influencia sobre un área tan estratégica como Asia central, especialmente durante las operaciones de octubre-diciembre del mismo año sobre Afganistán. Véase SERRA, F., “Consecuencias del 11 de septiembre en Rusia y la CEI”, en http://selene.uab.es/cs_iuee/catala/obs/m_working.html (2002).

⁹⁶ Véase, sobre la presencia e influencia tradicionales del Imperio otomano ante las potencias europeas, NAFF, T., “The Ottoman Empire and the European States System”, en BULL, H. y WATSON, A. (eds.), *op. cit.*

⁹⁷ Sobre el paneslavismo se puede citar como claro referente BORO PETROVICH, M., *The Emergent Russian Pan Slavism, 1856-1870*, Columbia University Press, Nueva York 1956.

⁹⁸ El expansionismo soviético tiene, sin duda, su época dorada durante e inmediatamente después de la II Guerra Mundial, pero hay precedentes en el período de entreguerras, cuando la URSS realiza una destacable labor de proselitismo y de intervencionismos en asuntos internacionales incluso alejados de sus fronteras, notablemente en la Guerra de España de 1936-1939. Véase BROUÉ, P., y TEMIME, É., *La révolution et la guerre d’Espagne*, Éd. de Minuit, París 1961 (traducción al español: *La revolución y la guerra de España*, FCE, México 1977); JACKSON, G., *The Spanish Republic and the Civil War 1931-*

pensamiento “eurasiático”⁹⁹ que llene este vacío, Rusia se enfrenta a lo que tal vez sea su mayor trauma cultural en la actualidad: resignarse a ser un país como los demás, no un faro de inspiración y referencia para parte de la humanidad.

En definitiva, podríamos decir que Rusia vive, tras los cambios de 1991, una profunda transformación cultural que le priva en gran medida no sólo de la imagen que se había creado en el mundo, sino de la que tenía de sí misma. Derruido el espejismo de un liderazgo mundial, puesto en duda el papel universal de su cultura y sumida en un viaje por el desierto hacia su propia identidad nacional, Rusia mantiene, eso sí, un fuerte papel en el ámbito diplomático y de las instituciones internacionales. Papel tal vez sobredimensionado dada la coyuntura política y económica del país, pero reconocido y estimulado por las otras potencias y que en cualquier caso denota un aspecto importante e históricamente novedoso en la posición de Rusia en el mundo: Rusia está en paz con sus vecinos y con las otras potencias. Tal vez le falte estar en paz consigo mismo, pero esto difícilmente podrá llegar sin una estabilidad exterior que posiblemente nunca como ahora había tenido garantizada. Y el hecho que sean las otras potencias mundiales las que garanticen a una Rusia debilitada un asiento junto a ellas, por los propios intereses estructurales de éstas (en el campo de la seguridad, del abastecimiento energético o simplemente el diplomático) ya justifica la consideración de Rusia como potencia en un mundo que, a pesar de todo, no puede prescindir de ella.

2.d) Ejercicio real de Rusia como potencia: a la búsqueda de una influencia por ejercer.

Hemos visto cómo Rusia ha ejercido tradicionalmente su papel de potencia como algo intrínseco a su propio ser como Estado, lo que viene reforzado por un papel histórico vinculado a la necesidad de expansión territorial y de sometimiento de otros pueblos y mercados a su área de influencia directa, lo cual ha condicionado el propio carácter nacional desde la misma formación del Estado ruso. Ello ha llevado, igualmente, a una imagen desarrollada en el resto del mundo que vincula directamente a

1939, Princeton U.P., Princeton 1965 (traducción al español: *La república española y la guerra civil*, Crítica, Barcelona 1976).

⁹⁹ Véase, significativamente, KERR, D., *op. cit.*, pp. 977-988, o SIMON, G., “La Russie: une hégémonie eurasiennne?”, en *Politique Étrangère*, n° 1, 1994, pp. 29-47.

Rusia con su carácter de potencia. Hemos visto también como la crisis política, social y económica que ha acompañado a Rusia en el último cuarto del siglo XX ha puesto en tela de juicio esta entidad como potencia ante el mundo y, lo que tal vez sea más grave, ante sí misma.¹⁰⁰ Sin embargo, es impensable, e incluso insostenible, la permanencia de un equilibrio o simplemente una estabilidad mundial mínima en áreas como la seguridad, la energía o el comercio sin contar la participación de Rusia, y dicha participación es improbable sin su reconocimiento en tanto que potencia. Ello viene refrendado tanto por la presencia estrictamente territorial de este Estado como por la capacidad militar que todavía conserva, la importancia creciente de sus exportaciones en áreas tan estratégicas como los hidrocarburos o la conflictividad potencial de su descontento social, capaz de alterar la estabilidad en buena parte del planeta aún en el caso que sólo afectase a su propio territorio. Existe, pues, un acuerdo tácito en mantener este equilibrio mundial que pasa por el reconocimiento de Rusia como potencia. Para ello hay que cumplir dos condiciones básicas: el trato en igualdad con el resto de las potencias y la concesión de un área propia y exclusiva de influencia territorial.

La primera de estas condiciones, es decir el ejercicio de una influencia en el ámbito mundial y la capacidad de dialogar en igualdad de condiciones con el resto de lo que podríamos denominar como comunidad de potencias, parece venir garantizado desde el inicio de la nueva andadura de la Rusia postsoviética; el mantenimiento del puesto de honor que correspondía a la URSS en foros tan privilegiados como el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, ya mencionado, así parece confirmarlo, pero esta tendencia no obedece tan sólo a una inercia. Rusia ha entrado con todos los honores y por la puerta grande en los principales órganos de decisión de ámbito global y en tratos honoríficos en sus relaciones tanto con las grandes organizaciones internacionales como en su trato bilateral con las grandes potencias; ingreso por la puerta grande o casi, deberíamos matizar, dada la dilación que han llevado algunos procesos como el ingreso en el G-8 o el logro de un trato privilegiado en sus relaciones con la OTAN o el ingreso en la OMC.¹⁰¹ Pero ello no empaña el tratamiento de Rusia en tanto que potencia de ámbito global, ni su aceptación en los clubes más privilegiados de toma de decisión en

¹⁰⁰ Como refleja, por ejemplo, AGUIRRE, M., en “Occidente ante la cuestión rusa”, *Cuadernos del Este* nº 15 (1995).

¹⁰¹ Por supuesto, la propia Rusia es la principal interesada en mantener la apariencia institucional en tanto que potencia, lo que permite a sus dirigentes explotar la ficción del progreso del país ante la población, y

el ámbito planetario. Sin embargo, sí que se podría hacer una reflexión acerca del contenido que albergan estas relaciones entre potencias y sobre el significado último de dicho carácter de potencia. La aceptación de Rusia en los grandes foros internacionales ha creado un desequilibrio notable en los mismos, puesto que la presencia de un país altamente dependiente y con escasa capacidad de intervención internacional autónoma cuestiona la propia capacidad de los otros miembros de dichos clubes y crea una asimetría interna difícilmente justificable, a menos que introduzcamos elementos simbólicos de reconocimiento que rompen el carácter definitorio de los Estados que, de un modo pleno y legítimo, pueden ejercer como tales potencias. El estatuto como potencia, entendido como el reconocimiento de tal entidad por los Estados y actores con capacidad de ejercicio de una influencia real en el ámbito internacional, queda, pues, distorsionado al devenir una especie de título honorífico, una especie de concesión nobiliaria que apenas conserva una referencia a su significado inicial y supone un reconocimiento meritorio atribuible a un consenso internacional y a necesidades coyunturales más que a atributos propios de una potencia *per se*. De este modo, la presencia de Rusia como miembro permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, con el derecho de veto ligado a este privilegio, podría parecer desproporcionado en la actual coyuntura de debilidad del Kremlin. Aunque nadie discute el derecho de mantener esta situación, sí es discutible –y discutida- la capacidad real de Rusia para ejercer una actividad independiente en dicho organismo que pudiera enfrentarse o condicionar las decisiones tomadas por otras potencias y, muy particularmente, por Estados Unidos.¹⁰² Raramente Rusia podría sustraerse por sí misma a las presiones políticas y económicas de las potencias occidentales hasta el punto de contradecir sus decisiones o llevarlas al fracaso. Recordemos, en este sentido, las reiteradas protestas del Kremlin por la presencia e intervención occidentales en los Balcanes occidentales a lo largo de los años noventa, protestas que, si bien lograron entorpecer la agilidad de

a la población percibir la esperanza de un futuro resurgir político. Véase STAAR, R.F., “Moscow Plans to Restore its Power”, en *Orbis*, vol. 40, n° 3, verano de 1996.

¹⁰² Un claro ejemplo lo podríamos encontrar en la crisis que vivió el Consejo de Seguridad en vísperas de la intervención británica y norteamericana en Irak, en marzo de 2003. Si bien la posición rusa, motivada en gran parte por razones económicas (presencia rusa en la economía iraquí, deuda de Saddam Hussein hacia Rusia, importancia del mantenimiento de un precio internacional alto del petróleo para las exportaciones rusas...) era claramente de oposición a dicha intervención, pocos dudan que Rusia difícilmente podría haber interpuesto su veto en solitario, y que en realidad fue la posición de firmeza de Francia la que permitió crear un frente común entre París, Moscú, Pekín y otros miembros no permanentes (como Alemania o Siria) de oposición a la intervención. Situación que fue finalmente solventada, como bien sabemos, por la acción directa de las potencias anglosajonas prescindiendo de una segunda resolución del Consejo de Seguridad y llevando a este organismo a una nueva y grave crisis institucional.

dichas intervenciones (en Kosovo en 1999, por ejemplo, donde la OTAN intervino sin lograr un consenso en el Consejo de Seguridad, o a lo largo de las interminables conversaciones de paz en Bosnia en 1992-95) no imposibilitaron una acción contundente por parte de Estados Unidos y sus aliados en la zona.

De este modo, en el actual contexto internacional el Consejo de Seguridad resulta un ámbito de acción restringida, incluso para algunos de sus miembros permanentes y acaba convirtiéndose en caja de resonancia de las decisiones de las grandes potencias “reales” ante la aquiescencia o el silencio de Rusia y China, que acaban ejerciendo de comparsas sin capacidad de influencia real en el organismo internacional;¹⁰³ o, como ha sucedido recientemente en Irak, resulta un elemento perfectamente prescindible. La posición de Rusia en este organismo resulta, pues, importante desde el punto de vista simbólico, pero *de facto* no supone un papel mayor del Kremlin en la toma de decisiones en dicho organismo ni, resulta ocioso resaltarlo, en la configuración de un orden internacional.

Si tomamos otro ejemplo claro, la presencia de Rusia en el G-8 puede resultar incluso paradójica. Se supone que este grupo, cuando era conocido como G-7, reunía desde 1975 a las principales potencias económicas del mundo, las que tienen capacidad para tomar decisiones de carácter financiero en un ámbito global. Pues bien, la presencia en dicho foro de un país como Rusia, que recibe cuantiosas ayudas de sus socios (cerca de 30.000 millones de dólares en créditos occidentales y del FMI a lo largo de los años noventa), con una deuda exterior evaluada en 2001 en 146.700 millones de dólares¹⁰⁴ y una dependencia cada vez mayor de las exportaciones de hidrocarburos, pone en duda el propio carácter del G-8 como el “club de los ricos” con que ha sido conocido tradicionalmente. Los otros siete miembros de este organismo informal (Estados Unidos, Japón, Alemania, Reino Unido, Francia, Italia y Canadá) son, con China, los países con un mayor Producto Interior Bruto del planeta, y acumulan

¹⁰³ Recordemos, a este efecto, la tradicional actitud abstencionista de China en problemáticas globales, a pesar de la manifiesta protesta de Pekín frente al ejercicio de la hegemonía por parte de Washington. Así, China se abstuvo en la resolución 678 de ultimátum a Irak que había invadido Kuwait, en 1990; mantuvo su postura de indiferencia y abstención ante las intervenciones de la OTAN en Bosnia (1995) y Kosovo (1999; recordemos que durante estos bombardeos quedó sospechosamente afectada la embajada china en Belgrado), y sumó su protesta a las de Francia y Rusia ante la intervención protagonizada por Bush en Irak, en 2003.

¹⁰⁴ Estos datos y los de los cuadros que vienen a continuación provienen del Banco Mundial, y pueden consultarse en <http://devdata.worldbank.org/data-query/>.

entre los siete unos 20.800.000 millones de dólares, es decir más de dos tercios de todos los PIB del mundo sumados. Rusia ocupa el puesto 17 (entre Taiwan y Argentina), y su PIB, de 310.000 millones de dólares, supone apenas el 1% de la suma total global. Por otra parte, los siete socios de Rusia en el G-8 son los primeros en la lista que podríamos elaborar de países con más de 20 millones de habitantes (selección que realizo para evitar la distorsión típica de los micropaíses millonarios como Singapur, Luxemburgo o Bahrein, pero también la presencia poco representativa de países de dimensiones demográficas medias pero gran capacidad económica, como Suiza, Noruega, Israel, Uruguay, Namibia o Jordania, por citar algunos ejemplos todos ellos mejor clasificados que Rusia), ordenados por su PNB por cápita; Rusia ocupa el puesto 23, por debajo de Tailandia o Colombia o al mismo nivel que Irán.¹⁰⁵ Véanse al respecto los siguientes cuadros comparativos 4 y 5:

Cuadro 4.- Países del mundo según su Producto Interior Bruto, 2001 (en negrita, los miembros del G-8)

	Estado	PIB (millones de dólares)
1	Estados Unidos	10.171.400
2	Japón	4.245.191
3	Alemania	1.873.854
4	Reino Unido	1.406.310
5	Francia	1.302.793
6	China	1.159.017
7	Italia	1.090.910
8	Canadá	677.178
9	México	617.817
10	España	577.539
11	Brasil	502.509
12	India	477.555
13	República de Corea	422.167

¹⁰⁵ Habría que matizar que, si tomamos los datos modificados según la renta nacional en Paridad de Precios de Adquisición (PPA), los siete miembros originales del G-8 mantienen la cabecera de modo homogéneo, pero Rusia ocupa un puesto algo más digno que el arriba indicado, el 15º, tras Suráfrica, Polonia o México.

14	Países Bajos	374.976
15	Australia	368.571
16	Taiwán	315.250
17	Federación Rusa	309.951
18	Argentina	268.773

Cuadro 5.- Clasificación de los países con más de 20 millones de habitantes, según su PIB por cápita (2001)

	Estado	PNB por cápita (dólares)
1	Japón	35.990
2	Estados Unidos	34.870
3	Reino Unido	24.230
4	Alemania	23.700
5	Francia	22.690
6	Canadá	21.340
7	Italia	19.470
8	España	14.860
9	República de Corea	9.400
10	Arabia Saudí	7.230
11	Argentina	6.960
12	México	5.540
13	Venezuela	4.760
14	Polonia	4.240
15	Malaisia	3.640
16	Brasil	3.060
17	Sudáfrica	2.900
18	Turquía	2.540
19	Perú	2.000
20	Tailandia	1.970
21	Colombia	1.910
22	Irán	1.750

23	Federación Rusa	1.750
24	Rumania	1.710

Desde el punto de vista estrictamente económico resulta difícilmente justificable, a la vista de estos datos, la presencia de Rusia en un foro como el G-8, de toma de decisiones de ámbito global que afectan, en buena medida, al área financiera. Debemos enmarcar, pues, dicha presencia en el doble contexto de, por un lado, una insistencia de Rusia por hacerse visible en los grandes foros internacionales ostentando su reconocimiento como potencia; por otro lado, en la predisposición de los países miembros de dichos foros en consentir esta presencia, en primer lugar simbólica (no olvidemos que Rusia fue miembro del G-7 sólo a título parcial entre 1994 y 2002, cuando se le permitía asistir a las reuniones de carácter político pero no a las de cariz económico) y finalmente como miembro de pleno derecho. Sin embargo, hay que contextualizar esta presencia y recordar que ambos pasos se producen en momentos en que se hace preciso premiar a Moscú por actitudes concretas en la esfera internacional. En primer lugar, la primera invitación a la presencia de Rusia en las cumbres anuales del G-7 se produce en 1994, cuando, en medio del callejón sin salida de la guerra de Bosnia, es necesario lograr el diálogo con Moscú en la delicada situación de los Balcanes, cuando el apoyo indisimulado de Yeltsin a Milosevic hace peligrar una intervención internacional consensuada en el conflicto. Es evidente que el apoyo ruso a las mediaciones internacionales y, más tarde, el silencio del Kremlin ante la intervención armada de la OTAN en Bosnia en verano de 1995 se lograron con prebendas llegadas desde Occidente, una de las cuales sería dar la bienvenida a Rusia al G-7.¹⁰⁶ El segundo paso adelante en la aceptación de Rusia en el (ya) G-8 se produce a principios de 2002, no por casualidad cuando Putin ha dado claros muestras de su buena voluntad hacia Occidente tras los atentados del 11 de setiembre en Nueva York. Moscú había apartado las diferencias que le habían distanciado de Estados Unidos hasta el verano de 2001 y no sólo se muestra presta y ágil en ceder a Bush el uso de su infraestructura de comunicaciones y de avituallamiento logístico en sus operaciones en Afganistán usando la vía ya trillada por camiones rusos a través de Asia central, sino

¹⁰⁶ Entre las otras compensaciones podemos citar la concesión de jugosos créditos del FMI y la garantía de la presencia de tropas rusas en la zona de conflicto. Véase, al respecto, LARRABEE, S.F., "Russia and the Balkans: Old Themes and New Challenges", en BARANOVSKI, V. (ed.), *op. cit.*

que en un sorprendente viaje a Texas, Putin muestra una cordialidad inusual con su homólogo norteamericano que da lugar a nuevos acuerdos en materia de comercio, seguridad y participación institucional. Dichos acuerdos darían lugar de manera destacada a un nuevo desarme de misiles nucleares, a un Tratado entre Rusia y la OTAN que fue firmado el marzo de 2002 y a iniciar un intenso diálogo sobre las perspectivas de exportar petróleo ruso a Estados Unidos.¹⁰⁷ ¿Debería extrañarnos, en este contexto de favores mutuos, la entrada definitiva de Rusia en el privilegiado grupo de poderosos conocido como G-8, pocos meses más tarde? Tal vez sería más adecuado preguntarnos qué sucede en adelante con un G-8 en el que se hace inevitable la presencia, como premio a su actitud política, de un miembro que poco tiene que aportar en cuanto a las actividades tradicionales del foro, pero que es admitido como uno más en un gesto que trasciende lo simbólico. Ello condiciona, sin duda, la propia existencia futura del organismo, que viene a ser algo así como “el grupo de países más ricos y poderosos del mundo, más Rusia”. La simple presencia de este *ultimus inter pares* resta contenido significativamente al grupo, aunque le dota de un fuerte simbolismo al admitir un vago referente honorífico en su admisión, ya no condicionada por el cumplimiento de unas condiciones económicas sino por un reconocimiento intangible de un carácter político de potencia de difícil definición y de todavía más difícil adaptación a las tareas que tradicionalmente había ido desarrollando este foro desde su creación. Ello llena de incertidumbre a la propia definición del G-8 y muy especialmente a los países que, como España, México o Corea del Sur, desearían ser admitidos cuanto antes a tan exclusivo y hermético club.

Algo parecido a lo dicho sobre el G-8 o al papel de Rusia en el Consejo de Seguridad podríamos aplicar al singular proyecto de foro internacional estrenado en mayo de 2002, y conocido como el Cuarteto. Se trata de un grupo de presión (en aquella ocasión, a raíz de la agudización de la crisis de Oriente Medio) constituido, en su momento, por los presidentes de Estados Unidos (G. Bush), la Federación Rusa (V. Putin), el Secretario General de Naciones Unidas (K. Annan) y los representantes de la Unión Europea (J. Solana, Alto Representante de la UE para la PESC, y J.M. Aznar como presidente de turno del Consejo Europeo). El Cuarteto supone un experimento

¹⁰⁷ Me permito remitirme, en relación a este tema, a SERRA, F., “Consecuencias del 11 de septiembre en Rusia y la CEI”, en http://selene.uab.es/cs_iuee/catala/obs/m_working.html (2002).

interesante, pero lo cierto es que no ha demostrado gran vocación de continuidad¹⁰⁸ y, lo que es peor, no dio signos de efectividad en la crisis para la cual fue creado; lo cual nos podría confirmar el papel secundario de Rusia en la esfera internacional, pero deja un inquietante lugar a turbias perspectivas sobre el futuro diplomático tanto de Naciones Unidas como de la Unión Europea. El papel de Rusia en la esfera internacional no deja de ser hasta cierto punto representativo del funcionamiento del propio sistema internacional en la posguerra fría; por una parte, se le permite un acceso privilegiado a supuestas áreas de poder exclusivas; por otra parte, estas áreas de poder quedan vacías de contenido y altamente condicionadas a los designios de un reducidísimo grupo de potencias reales (a menudo, una sola), auténticos decisores de la política internacional.¹⁰⁹ Ello tiene un triste epílogo (o tal vez un amargo inicio) con la crisis iraquí o Tercera Guerra del Golfo, demasiado reciente para ser analizada en este trabajo, pero que augura un futuro sistema internacional poco dado a permitir una toma de decisión multilateral en la prevención y gestión de conflictos y, por ello, proclive a que el reconocimiento de las potencias sea algo más que un hecho estrictamente simbólico, lo cual nos lleva de nuevo a plantearnos el papel que pueden desarrollar en este incierto futuro tanto Naciones Unidas como Europa. De momento, y en lo que concierne a los propósitos de este trabajo, la condición de Rusia como actor secundario en esta tragicomedia internacional queda confirmada y reforzada a la luz de su incapacidad para mediar en el conflicto o para, simplemente, hacer valer sus puntos de vista.

2.e) Rusia y su área de influencia territorial en tanto que potencia

Veamos a continuación el desarrollo del segundo punto mencionado más arriba que debería confirmar el estatuto de potencia para Rusia, el de la atribución a este país de un área geográfica de influencia directa. Se ha visto en el capítulo anterior la importancia de ejercer esta influencia como una de las condiciones previas que debe confirmar la autonomía de una potencia, precisamente, su capacidad de restar autonomía a otros actores en beneficio propio. Rusia siempre ha contado con esta capacidad como algo intrínsecamente unido a su propia cohesión nacional y a su

¹⁰⁸ Aunque ha vuelto a actuar, en abril de 2003, precisamente con relación al problema de Oriente Medio, para patrocinar la llamada “Hoja de ruta” que debería conducir a un plan de paz en la zona.

¹⁰⁹ Esta relación entre el papel de Rusia en el sistema internacional y el propio sistema internacional la destaca igualmente SOKOLOFF, G., en *La puissance pauvre*, Fayard, París 1993.

supervivencia, dado lo precario de sus propios recursos naturales y estratégicos. La hecatombe nacional que supuso la pérdida del imperio, en 1991 y la disolución de la URSS debía amortiguarse con unas mínimas garantías que Rusia mantendría un control sobre un área de influencia directa.¹¹⁰ De un modo un tanto arrogante, los políticos rusos dieron por descontado que los países de la esfera soviética se mantendrían bajo la égida rusa, en parte por tradición, en parte por dependencia económica y estratégica, y en parte por un desprecio infantil y no exento de estereotipos intelectuales hacia las nuevas elites y hacia unos países que raramente habían conocido con anterioridad la existencia de instituciones políticas modernas y genuinamente independientes.¹¹¹ Este punto de vista tendría que chocar con dos hechos previsibles, pero que sorprendieron en gran medida a las perspectivas de la nueva Rusia: la lentitud de la recuperación económica rusa y las tendencias centrífugas de los nuevos Estados.

En primer lugar, la economía rusa dio muestras de una lentitud en su recuperación que desmontó las perspectivas según las cuales la llegada del capitalismo iniciaría una época de prosperidad en Rusia cuyo efecto principal sería el mantenimiento de unos vínculos de dependencia con los países de su entorno, por otra parte fuertemente dependientes en sus estructuras económicas y energéticas de su relación con aquel país. Aunque los lazos de dependencia se mantuvieron e incluso se incrementaron en algunos casos, lo cierto es que la pretendida recuperación económica no se produjo. El Producto Nacional Bruto ruso de 1991 fue el 95% en relación con el de 1990, pasó en 1992 al 77% con el mismo referente, en 1993 al 68%, y en 1994 al 58%.¹¹² La crisis rusa no ayudaba al afianzamiento de las economías de su periferia exterior, que a menudo se han resentido de esta dependencia que obstaculizaba la búsqueda de nuevos mercados o alianzas. Ello fue especialmente visible en las repúblicas europeas de la CEI que, ante la

¹¹⁰ Por lo menos, un área que le garantizase el control sobre un espacio geográfico en que Rusia ha desarrollado su área de consolidación nacional a lo largo del siglo XX, y a la que difícilmente va a renunciar en este nuevo período. Véase TAIBO, C., *La Unión Soviética. El espacio ruso-soviético en el siglo XX*. Ed. Síntesis, Madrid 1999.

¹¹¹ El problema de la nueva área de influencia para Rusia enlaza directamente con los problemas identitarios rusos. Por ello no debe extrañarnos que muchos rusos vean la existencia de un área de influencia propia como algo connatural a su propia esencia, como una nación a dos niveles en que el segundo de éstos viene de modo espontánea y natural a reunirse con el núcleo, del que no puede separarse más que por imposición externa. Así lo describe CARRÈRE D'ENCAUSSE, H., en « Russie, à la recherche de l'identité perdue », en *Politique Internationale* n° 60 (1993).

¹¹² Según datos extraídos de http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/, comentados en SERRA F., *Identitat i poder: aproximació a la política europea de Rússia*. Trabajo de investigación del Doctorado en Relaciones Internacionales de la UAB, dirigido por la dra. Esther Barbé y presentado en mayo de 2001 (inédito), p. 127.

incapacidad de Rusia por mantener su presencia privilegiada en la zona, aspiran a lograr una mayor vinculación con Occidente, ya sea bajo la forma de inversiones o de alianzas políticas y económicas. Dichas inversiones y alianzas, sin embargo, no acabarán de producirse de un modo masivo, a la espera precisamente de la recuperación de las capacidades rusas para mantener un foco estable de prosperidad en la zona.

En segundo lugar, las nuevas repúblicas viven un proceso de consolidación de sus recién estrenadas identidades políticas, lo cual lleva irremisiblemente al deterioro de relaciones con su anterior centro. Las nuevas elites (en realidad, en casi todos los casos, se trata de las viejas elites soviéticas reconvertidas al nacionalismo) consolidan su poder fomentando la simbología y la retórica nacional, lo que conlleva la denuncia de todo lo ruso como recordatorio de una limitación de las libertades nacionales. Se fomenta la construcción de un presente, un futuro e incluso un pasado presuntamente autónomos y lo más alejados posible de un centro que todavía se presenta, en su supervivencia, como un lastre para la propia construcción nacional y, por ende, para los componentes de las nuevas naciones. Todo ello no conlleva necesariamente el repudio al patronaje ruso en la nueva configuración regional (repudio por otra parte poco practicable y de algún modo impopular en las poblaciones de las nuevas repúblicas, y no sólo entre las numerosas minorías rusófonas de las mismas), pero sí a manifestar una ostensible incomodidad hacia el liderazgo indiscutible de Rusia en esta distribución regional, y muy especialmente hacia las actitudes rusas que podrían clasificarse como de arrogancia. Como consecuencia, Moscú verá a lo largo de los años noventa, y hasta la actualidad como su autoridad, sus intereses y sus proyectos son sistemáticamente discutidos por todas o por parte de las repúblicas que habían aceptado, en principio, formar parte de un conjunto de países, la Comunidad de Estados Independientes, liderado por Rusia. Esta actitud, como veremos en los capítulos 3 y 4 de este trabajo, será encabezada por Ucrania y Georgia, pero será fácilmente distinguible en uno u otro momento en todas las repúblicas de la CEI, dificultando enormemente el ejercicio de una influencia directa rusa sobre la región que se supone que tiene como campo de expansión política.

Cabría preguntarnos en este caso a qué se debe que se mantenga una zona de influencia de Rusia sobre el espacio geográfico que ocupaba la URSS. En cierta medida, las previsiones de la nueva clase política rusa no son desacertadas: se mantienen los

vínculos mínimos de abastecimiento y comercio con Rusia que garantizan la continuidad de su dependencia económica, especialmente cuando las nuevas repúblicas periféricas tienen aún menos capacidad que Rusia para construir nuevas infraestructuras. Por otra parte, las poblaciones de estas nuevas repúblicas mantienen, en efecto, la influencia rusa como un referente histórico y cultural del que no necesariamente quieren despegarse; aparte, claro está, de las numerosas comunidades de rusos en dichas repúblicas (35% en Kazajstán, 22% tanto en Ucrania como en Kirguizistán, 13% en Belarús y en Moldova, 10% en Turkmenistán, etc., según el censo de 1989).¹¹³ Pero no basta con el mantenimiento de las estructuras que unen a Rusia con sus vecinos inmediatos, o con el apego que sienten partes más o menos numerosas de estas poblaciones a su antiguo núcleo político, para explicar el mantenimiento de esta influencia. Lo cierto es que el principal instrumento de dicha influencia, la CEI, no acaba de funcionar, y se convierte con más frecuencia en un punto de desencuentro y enfrentamiento que de encuentro y cohesión.¹¹⁴ Por otra parte, tras el primer momento de duda e ilusión acerca de la voluntad de estos países por acudir al regazo protector de su antiguo centro, Rusia debe recurrir a métodos más expeditivos como el chantaje energético¹¹⁵ o la presencia de tropas con fines, en principio, de mediación de conflictos,¹¹⁶ todo lo cual no contribuye, desde luego, a afianzar la popularidad de Rusia. Cabría hacernos la pregunta de si estos países son libres de encontrar alternativas a su afiliación al área de influencia rusa.

¹¹³ Según BREMMER, I., y TARAS, R. (eds.), *op. cit.*, p. 550. De todos modos, hay que resaltar que, tras la disolución de la URSS, se producen numerosos flujos migratorios de poblaciones rusas, especialmente del Cáucaso y de Asia central, hacia Rusia. Véase, al respecto, ROY, O., *et al.*, “Central Asia: Towards a New Great Game?”, en *Revue internationale et Stratégique* n° 34, verano de 1999.

¹¹⁴ En WHITLOCK, E., “The CIS Economies: Divergent and Troubled Paths”, en *RFE/RL Research Report*, vol. 3 n° 1, Washington, 7 de enero de 1994, encontramos una impresión temprana pero lúcida de las incompatibilidades que suponen las diferentes ambiciones económicas de los distintos miembros de la CEI.

¹¹⁵ Sería el caso, sobre todo, de Ucrania, sometida a partir de 1993 a una fuerte presión rusa para avenirse a sus condiciones políticas a estratégicas a cambio de renegociar la deuda energética o a mantener el abastecimiento de hidrocarburos, imprescindible para la economía ucraniana; véase SMOLANSKY, O., “Ukraine’s Quest for the Independence: the Fuel”, en *Europe-Asia Studies* n° 1, 1995, pp. 67-90.

¹¹⁶ Así, la presencia militar rusa en los conflictos de la CEI (Nagorni-Karabaj, Abjasia, Tayikistán, Transdniéster, etc.) se convierte en una frecuente hipoteca sobre la soberanía de los nuevos Estados, que deben elegir entre mantener estas incómodas tropas rusas o enfrentarse a unos conflictos de difícil resolución. Resulta paradigmático el caso de Georgia, prácticamente forzada a ingresar en la CEI a principios de 1993 a cambio de que Rusia mediara en un conflicto bélico, el abjazo, fomentado en gran parte por la propia Rusia. Véanse ZAGORSKI, A., “Russian Peace-Support in the CIS: Possibilities and Limitations of its Internationalization”, en ERHART, H. *et al.* (dir.) *Crisis Management in the CIS: Wither Russia?*, Nomos Verlagsgesellschaft, Baden-Baden 1995; DJALILI, M. (ed.), *Le Caucase postsoviétique. La transition dans le conflit*, Bruylant, Bruselas, 1995; YERASIMOS, S., « Caucase : le retour de la Russie? », en *Politique étrangère* n° 1, 1994; ARBATOV, A., *et al.* (eds.), *Managing Conflict in the Former Soviet Union*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1997.

Lo cierto es que en un primer momento pareció existir esta posibilidad. En Asia central y el Cáucaso, tanto Irán como Turquía vieron una oportunidad magnífica para desarrollar un área de expansión perfecta donde recuperar para su atracción regiones que suponen un claro referente histórico y cultural para sus poblaciones y sus tradiciones históricas. Ello responde, además, a la voluntad de algunos sectores sociales y políticos de estos países, que desean alejarse de Rusia y “volver” a sus referentes culturales, entre ellos el religioso.¹¹⁷ Por otro lado, las opciones políticas nacionalistas de los nuevos países de Europa oriental tenían un claro objetivo: la mayor integración posible en las instituciones occidentales. De este modo, tanto el discurso radical del *Ruj*¹¹⁸ ucraniano o de los zviadistas¹¹⁹ georgianos como las actitudes más moderadas, pero que no descuidaban guiños al nacionalismo, del bielorruso V. Shushkiévich, del ucraniano L. Kravchuk, del georgiano E. Shevarnadzé o del moldavo M.I. Snegur, todos ellos en el poder en períodos más o menos extensos de principios de los años noventa, insisten en la vocación de sus países de unirse a “Europa”.

Sin embargo, estas influencias no llegan a cuajar, y ello no es atribuible a la debilidad de las potencias dispuestas a ejercerlas ni a la falta de partidarios de las mismas en estas repúblicas. Podríamos hablar, en cierto modo, de un reparto del mapa (o, mejor, de una confirmación de la versión anterior del mapa) patrocinado por las potencias en ejercicio, y para las que no hay mayor interés en alterar las influencias existentes en estas regiones. La Europa comunitaria, en plena expansión hacia el Este, no pretende engullir más de lo que puede digerir y, en cambio, está plenamente

¹¹⁷ En realidad, lo que presenciamos en Asia central y el Cáucaso no es más que la confirmación del papel tradicional de estas tradiciones como cruce de caminos entre culturas, donde por siglos las influencias de las potencias vecinas se han ido solapando. Véase, al respecto, el análisis lúcido que hace SOTO, A., en su artículo “Reflexiones sobre Rusia y Asia central: senderos que se cruzan y bifurcan”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, n° 59, octubre/noviembre 2002, pp. 123-139.

¹¹⁸ El *Ruj*, partido nacionalista radical ucraniano asentado sobre todo en el Oeste del país, tuvo un protagonismo esencial en los movimientos nacionalistas que llevaron a la radicalización de su política y, en último término, a la disolución de la URSS. Sin embargo, su presencia electoral es limitada, y en su mejor momento (elecciones presidenciales de diciembre de 1991), su candidato y líder histórico, V. Chornóbil, alcanzó el 23% de los votos. En la actualidad se halla muy fragmentado entre diversas opciones. Véase SERRA, F., *La construcció nacional a Ucraïna i Bielorrússia durant la perestroika*, memoria del máster en Estudios Internacionales de la Fundació CIDOB, dirigida por el dr. Pere Vilanova y presentada en septiembre de 1997 (pendiente de publicación).

¹¹⁹ Los zviadistas son los partidarios de Zviad Gamsajurdia, presidente de Georgia entre 1991 y 1992. Se negó a integrar Georgia en la CEI y se enfrentó a varios conflictos a la vez, entre ellos una guerra civil en que diferentes adversarios combatían sus excesos autoritarios y algunos conflictos periféricos en Abjasia y Osetia del Sur donde era fácilmente adivinable la influencia rusa. Derrotado por Shevarnadzé, se refugió en Chechenia, donde murió poco después.

interesada en delimitar con sus vecinos las áreas de interés respectivas y los límites provisionales de su propia expansión, en la que no está previsto de momento que tengan cabida países como Ucrania, Belarús o Moldova;¹²⁰ por otra parte, la Unión Europea, que podría ser la más interesada en no desoír las llamadas de sus partidarios en Europa oriental, prefiere mantener el equilibrio y la estabilidad con Rusia a emprender una loca carrera expansionista sin un fin ni un orden claro. A todo ello dedicaremos mayor espacio en adelante. En cuanto a las potencias asiáticas que habían echado sus miradas sobre lo que parecían restos sin reclamar de la eclosión de un imperio periclitado, no tuvieron mayores opciones. Irán, estrechamente fiscalizado y observado desde la muerte del imán Jomeiny, en 1988, no tiene oportunidades ni interés en provocar las iras de Occidente, más de lo que hizo en el pasado, con una expansión incierta. Y Turquía, que vio en el nacimiento de una pléyade de repúblicas culturalmente islámicas y políticamente laicas y “revolucionarias”,¹²¹ casi todas ellas de lengua turca, un área perfecta de proyección política y económica, tuvo que conformarse con mantener una presencia económica limitada, ante la eterna disyuntiva turca de oponer sus intereses culturales a su auténtica vocación política de incorporación a Occidente. El panturquismo, tan presente en la tradición cultural turca, no parece muy compatible con el camino firmemente elegido desde hace tiempo por la clase política y gran parte de la sociedad de Turquía, de asimilación a Europa; camino, por cierto, que en los años noventa ha vivido nuevas fases e incrementos de intensidad, lo que ha colaborado a reducir prácticamente a la nada cualquier tendencia “asianista”; muy especialmente tras el fracaso de la pretendida influencia turca sobre el conflicto de Nagorni-Karabaj, que no hizo más que evocar en Armenia fantasmas de su pasado reciente que levantan serias ampollas en la región...¹²²

¹²⁰ A corto y medio plazo, por supuesto. No falta, sin embargo, quien ya enfoque la futura expansión del área de intereses directo de una Europa consolidada alrededor de la UE hacia el espacio tradicional ruso, retomando un sentido geoestratégico para la política exterior europea no muy lejano al expansionismo histórico ruso. Véase, al respecto, BEHAR, P., *Une géopolitique pour l'Europe. Vers une nouvelle Eurasie?*, Éd. Desjonquères, París 1992 ; WAEVER, O., “Three competing Europes: German, French, Russian”, en *International Affairs*, vol. 66, n° 3, 1993, pp. 477-493..

¹²¹ Dos de las voces más autorizadas (y más popularizadas, por otra parte) acerca de las turbulencias vividas en esta larga transición en Asia central las hallamos en ROY, O., *La nueva Asia central o la fabricación de naciones*. Sequitur, Madrid 1998, y RASHID, A., *The Resurgence of Central Asia. Islam or Nationalism?* Zed Books, Londres 1994.

¹²² Sobre el panturquismo y otros movimientos políticos en Asia central que cuestionan el liderazgo ruso, véase un análisis bastante completo en ZAPATER ESPÍ, L.-T., “El Islam y el nuevo nacionalismo en las Repúblicas del Asia central”, en FLORES JUBERÍAS, C. (coord), *op. cit.*, vol. 2º, pp. 111-142.

El intento ruso por afianzar su influencia en la zona parece contar no sólo con el beneplácito de las potencias internacionales, sino incluso con su colaboración activa. En los años 1993-94 los países de la CEI fueron aceptando la presencia de tropas de la Federación Rusa como mediación en sus conflictos, a pesar de que, en muchos casos, la presencia de este ejército dista de ser imparcial. En gran medida ello se debe al hecho que no hay alternativa alguna ofrecida por la comunidad internacional de aceptar otras tropas de interposición que apacigüen unos conflictos que estaban sangrando sus economías e incluso sus demografías.¹²³ Esta complicidad internacional verá una vez más su mejor momento en 2001, cuando Rusia verá premiada su fidelidad hacia Occidente y su cooperación en la invasión de Afganistán con la confirmación de su liderazgo regional. Ciertamente, Estados Unidos y sus aliados preferirán la colaboración plena de Putin que la actitud pusilánime que mantuvo el presidente uzbeko I. Karímov cuando se le solicitó el paso de tropas por su territorio, o las dudas de otros líderes regionales, como el controvertido presidente turkmeno S. Nyázov, ante el ataque a “un país musulmán”.¹²⁴ Con la consolidación de la influencia rusa en la zona, a la que contribuyen las presiones occidentales, Occidente se beneficia plenamente, puesto que tendrá en la zona la estabilidad y confianza que le puede otorgar su nivel de confianza con el Kremlin. Lo cual parece ser, en cualquier caso, mayor garantía que la inestabilidad que ofrecen estas repúblicas con una mayor autonomía en su ámbito de decisión regional o bajo la influencia de cualquier otra potencia del área.¹²⁵

Sin embargo, cabe destacar que Rusia no ejerce su influencia territorial en todas las áreas que desearía. Por un lado, cualquier tentación de ejercer una influencia más allá del área delimitada por la anterior existencia de la Unión Soviética no ha contado ni con el beneplácito internacional ni con la fuerza y la presión suficientes desde el interior de la propia Rusia. Así, no ha habido un intento serio de restablecer la influencia

¹²³ Resulta evidente el liderazgo que busca Rusia con esta presencia; lo más llamativo, sin embargo, es la connivencia internacional, que no deja alternativas ante este chantaje. Véanse particularmente las denuncias de este hecho que hallamos en CROW, S., “Russia seeks Leadership in Regional Peacekeeping”, en *RFE/RL Research Report*, nº 15, Munich/Washington 1993 y en ONSON, L. y ARCHER, C. (eds.), *Peacekeeping and the Role of Russia in Eurasia*, Wetsview Press, Boulder, Co., 1996.

¹²⁴ Véase SERRA, F., “Consecuencias del 11 de septiembre en Rusia y la CEI”, *op cit.*

¹²⁵ En este período, como ya había sucedido anteriormente, Rusia debe enfrentarse a la dicotomía de su identificación cultural con Europa al tiempo que mantiene sus intereses estratégicos y su vinculación tradicional con los países asiáticos más cercanos, todo lo cual contribuye a aumentar la complejidad identitaria de la sociedad rusa. Véase, sobre este particular, CHIZHEVSKI, D., *Historia del espíritu ruso. Rusia entre Oriente y Occidente*. Alianza Ed., Madrid 1967.

tradicional rusa en Europa central y oriental, en gran parte porque el recuerdo histórico dejado por Rusia en la zona no es excesivamente positivo, pero sobre todo porque se trata de la zona de expansión directa de la Unión Europea, mientras que Rusia precisamente acaba de replegarse de la zona. Sí ha habido intentos serios de influir en los Balcanes, y más concretamente en los conflictos de la antigua Yugoslavia, pero ello no ha tenido más consecuencia que aumentar la complejidad de los conflictos en cuestión. En cualquier caso, más que un intento de expansión de la influencia territorial, debemos hablar en este caso de un intento de ejercer una influencia en un conflicto geográficamente y culturalmente cercano a Rusia; a favor, eso sí, y como es lógico, de los elementos en litigio más favorables a la presencia rusa en la zona.

Por otro lado, Rusia sí se ha mostrado beligerante en su reivindicación de poder ejercer una influencia política en el Báltico. Como veremos en detalle en el capítulo séptimo de este trabajo, para ello aduce razones históricas y de seguridad (acceso extenso al mar Báltico, estrangulamiento terrestre de Kaliningrado y marítimo de San Petersburgo), así como la supuesta protección de los derechos de la población rusófona que habita algunos países de la zona.¹²⁶ Y en esta reivindicación ha chocado no sólo con la voluntad firme de los Estados afectados, decididos a no volver a una influencia que les ha sido históricamente nociva, sino con la oposición de la comunidad internacional, firme igualmente en su propósito de otorgar esta área a la influencia directa de Europa occidental. Volveremos a esta problemática y a esta región más adelante, en los capítulos séptimo y octavo destinados entre otras cosas a analizar los problemas de solapamiento de influencias entre Rusia y la UE tras la guerra de Chechenia; sírvanos tan sólo este avance para ejemplificar los límites que son puestos, e impuestos, al ejercicio de Rusia en tanto como potencia, en este caso en lo que concierne a su influencia territorial.

Cabría destacar, por último, el peso de los hidrocarburos en el ejercicio de esta influencia. Gran parte del juego político regional a lo largo de los años noventa, además de la causa real de algunos de los conflictos desarrollados en dicha región durante este período tiene como trasfondo la exportación del gas y el petróleo que las compañías

¹²⁶ Aunque analizaremos más ampliamente la problemática báltica en su momento, quisiera reseñar un par de lecturas altamente clarificadoras al respecto: CABOURET, M. y KOSTRUBIEC, B., « L'espace baltique, problématique et enjeux », en *Revue française de géoéconomie* n° 11, 1999 y KACHIA, J., « Pays Baltes : le droit à l'Europe », en *Politique Internationale* n° 75, pp. 55-69.

rusas explotan tanto en el propio territorio ruso como en las otras repúblicas de la CEI. La llegada de estos hidrocarburos a Occidente se muestra como una de las prioridades de la política de las potencias occidentales, y ello no parece posible sin el mantenimiento de una fuerte influencia política rusa sobre este área. La evolución de la conflictividad en Oriente próximo y medio en el período 1990-2003 (es decir, entre la segunda y la tercera Guerra del Golfo) han condicionado directamente los precios internacionales del petróleo y el interés de Occidente hacia Rusia, su estabilidad, el mantenimiento de su influencia regional y las buenas relaciones a mantener con el Kremlin.¹²⁷ Y estas buenas relaciones pueden pasar y pasan, como es el caso de este período, por el reconocimiento, un tanto forzado, de un estatuto de potencia un tanto inmerecido, así como por el reconocimiento de un área de influencia regional que, a la par, supone igualmente una de las garantías del abastecimiento de hidrocarburos a Occidente.

2.f) A modo de conclusión: un poder bajo tutela

Volviendo a la pregunta que iniciaba este capítulo, cabría matizar notablemente el significado que damos al término potencia. Ya en el capítulo anterior habíamos establecido que en el sistema internacional actual resulta difícil hablar de la existencia de potencias más allá de un único hegemon que acapara la toma de decisiones a escala planetaria por el monopolio de recursos y de capacidades que lo convierten sin duda en el Estado más poderoso de la historia del planeta. Por debajo de esta potencia única, desde luego existe la posibilidad de existencia de Estados poderosos e incluso de organizaciones internacionales con una cierta capacidad de poder, pero están gravemente condicionadas por los designios e intereses de esta potencia hegemónica. En este contexto, la mera existencia de las potencias es relegada a los ámbitos territoriales y sectoriales que no entorpezcan un desarrollo real del poder por parte de los auténticos decisores a escala internacional y, por lo tanto, tendrán una esfera de poder condicionada siempre a la estabilidad o al acceso de recursos exigido desde los centros fácticos de poder.

¹²⁷ La incidencia de la exportación de hidrocarburos en la economía y la política rusa se halla extensamente analizada en SERRA, F., “Diez años de la nueva Rusia”, en *Afers Internacionals* n° 59 (oct./nov. 2002), pp. 13-32.

Es indudable que Rusia ejerce como potencia. Ocupa los puestos previstos en el sistema internacional para esta categoría de Estados, asiste a las reuniones de las organizaciones internacionales representativas de dichas potencias como miembro de pleno derecho, recibe un trato privilegiado como tal e incluso se le atribuye una zona de influencia directa y aparentemente exclusiva. Es cierto que cumple con algunos de los requisitos que le atribuyen tal estatuto: territorio de grandes dimensiones, fuerte tradición a este respecto, capacidad potencial de distorsionar la estabilidad regional y tal vez mundial y, tal vez por encima de las anteriores, un poderoso arsenal nuclear. Pero al mismo tiempo, como hemos podido comprobar, este estatuto de potencia es desarrollado dentro de unos parámetros limitados y, sobre todo, consensuados por lo que anteriormente hemos descrito como “comunidad de potencias”. Tanto su pertenencia a esta categoría como el mantenimiento de una zona de influencia son posibles porque así lo admite un consenso internacional al respecto, en pro de una estabilidad que beneficia, igualmente, a las potencias occidentales. La duda que nos queda es hasta qué punto está dispuesto Occidente a permitir y estimular esta categorización en tanto que potencia. Ya hemos visto que el área territorial de esta influencia viene delimitada por los intereses occidentales en el área. De momento, tanto el desarrollo político y económico de Rusia como su estabilidad y su influencia coinciden con los intereses de Occidente en la zona. Por ahora no es previsible otro escenario, pero no podemos descartar que desde las potencias “reales” del actual sistema internacional, y muy concretamente desde Estados Unidos, el interés real sea mantener a Rusia y su área de influencia como una zona permanentemente en desarrollo, por lo tanto subyugada y dependiente, y no como una zona desarrollada, en que pueda ejercer plenamente, con todas las consecuencias su estatuto de potencia mundial, incluida su capacidad de actuar en la esfera internacional con independencia de intereses ajenos y, claro está, con capacidad para amenazar e imponer su decisión sobre las otras potencias.¹²⁸ Si ello es deseable o no es algo más que cabría preguntarse, pero ello va más allá de las ambiciones de este trabajo. Queda aquí la constatación, como conclusión, que Rusia ejerce en efecto como potencia, pero únicamente en la medida que ello le es consentido, y que lo más probable es que difícilmente pudiera

¹²⁸ Esta situación en que se halla inmersa Rusia con relación al sistema internacional ya ha provocado antiguos debates sobre el papel de las potencias sin recursos para imponer sus designios. El caso más concreto y, a la vez, que más se asemeja al caso ruso probablemente sería al del trato que merecía Alemania tras ser vencida en la Segunda Guerra Mundial.

ejercer ninguna influencia ni siquiera sobre su área de actuación más directa a no ser de este consenso internacional a su favor y a favor de una estabilidad internacional que, sin lugar a dudas, le beneficia. De momento, por lo menos.

3) Rusia, potencia en reconstrucción

3.a) El cómo y el por qué de la desintegración del Estado soviético

A la hora de presentar a Rusia como potencia, una de las cosas que más llaman la atención es el proceso político que ha vivido este país en su conversión de Unión Soviética a Federación Rusa. La desaparición o transformación de las potencias es uno de los factores que más ha preocupado a los analistas del sistema internacional,¹²⁹ y la disolución de la URSS ha atraído la observación de los estudiosos por lo imprevisible del hecho y por la aparente falta de precedentes. Cabría preguntarnos, pues, en primer lugar, si la desaparición de la URSS supuso la desaparición de una potencia o, simplemente, la desintegración de un Estado en un proceso que da lugar al resurgimiento de una potencia en el mismo lugar, y con las mismas capacidades, que ocupaba el Estado anterior. Par ello analicemos, primero, las causas que dieron como resultado la desaparición de dicho Estado, para ver a continuación hasta qué punto podemos hablar de desaparición o transformación de una potencia y cómo ello influye en el sistema internacional.¹³⁰

La *Perestroika*, que Gorbachov presentó al pueblo soviético y al mundo entero como una leve, aunque firme, reforma política, en realidad acabó siendo un intento desesperado de salvar no sólo la experiencia soviética, sino el propio Estado que le había dado forma y, con él, aquélla herencia que, desde el tiempo de los zares, constituía el marco estatal de la nación rusa.¹³¹ La unión fraternal de pueblos que pretendían los sóviets se mostraba cada vez más como una forma más de expansión de la nación rusa, muy especialmente durante la época de Brezhnev, en que se agudizó el

¹²⁹ Véanse, por ejemplo, KENNEDY, P., *The Rise and Fall of the Great Powers,, op. cit.* KAPLAN, M., *System and Process in International Politics*, Wiley, Nueva York 1957, o HOLSTI, K., *The Dividing Discipline: Hegemony and Diversity in International Theory*, Allen & Unwin, Londres 1985.

¹³⁰ Es ilustrativo sobre los intereses que se encuentran detrás del proceso de desaparición de la URSS el artículo de CLAUDÍN, C., “El derrumbamiento del sistema soviético: un análisis político”, en *Anuario Internacional CIDOB 1991*, Barcelona 1992, pp. 167-178, en que la autora ve una pugna por el poder entre sectores económicos como una de las causas determinantes de dicho proceso.

¹³¹ Véanse GORBACHOV, M. S., *Memoria de los años decisivos (1985-1992)*, op. cit.; THOM, F., *Le moment Gorbatchev*, Hachette, París 1989

carácter rusocéntrico del Estado;¹³² esta sensación, sumada a la aguda crisis política, social y económica que se fue agudizando a medida que avanzaba la década de los ochenta, creó y fomentó las tendencias centrífugas dentro de la Unión Soviética. A medida que se rompe la hegemonía social del PCUS y se diversifica la opinión pública dentro de la URSS, se hace más evidente que el proyecto soviético tiene connotaciones nacionales que van más allá de la retórica ideológica comunista, y ello choca abiertamente con la propia conciencia nacional de los diferentes pueblos de la Unión, conciencia por otra parte estimulada en gran medida por la propia retórica soviética, en su intento de conceder dignidad y estatuto político a los colectivos humanos marginalizados por los regímenes anteriores. De este modo, la desideologización del Estado y la diversificación de la sociedad llevan irremediabilmente al reencuentro (o primer encuentro, en muchos casos) de los pueblos no rusos, e incluso del propio pueblo ruso, con sus propios proyectos nacionales y estatales.¹³³ Este resurgir nacionalista presenta características muy diferentes según las circunstancias históricas de cada pueblo y el grado de concienciación nacional que presentan sus habitantes. Podríamos distinguir tres categorías distintas de pueblos según la intensidad en que viven este despertar nacional de finales de los años ochenta:

- a) los países bálticos, con un alto grado de conciencia nacional, donde está vivo el resentimiento por la anexión forzosa de 1940 a la URSS y la represión posterior; por otra parte, hay una percepción muy fuerte, especialmente en Letonia y Estonia, de amenaza a la supervivencia física del propio pueblo, a raíz del fuerte incremento de la inmigración rusa a estos países, donde alcanza ya en 1989 más de un tercio de las poblaciones respectivas.
- b) países europeos (en un sentido amplio, puesto que Armenia y Georgia entrarían en esta categoría) que han vivido experiencias recientes de un Estado moderno o, cuando menos, de un movimiento nacionalista consolidado al entorno de la idea de creación de un Estado y de consolidación de la propia nacionalidad. Cabría advertir que la intensidad de la conciencia nacional varía ostensiblemente estos pueblos; así, por un

¹³² Véase CARRÈRE d'ENCAUSSE, H., *The Nationality Question in the Soviet Union and Russia*, Scandinavian University Press, Copenhagen 1995.

¹³³ Véase CARRÈRE d'ENCAUSSE, H., *The Triumph of the Nations*, *op. cit.*

lado, tenemos el alto grado de autoidentificación nacional de armenios y georgianos (que, por otra parte, no se identifica siempre, necesariamente con una reivindicación de creación de un Estado) o la fuerte sensación de militancia y combatividad nacionalista de los ucranianos de Galitzia, equiparable a los bálticos y que contrasta con la pasividad de sus compatriotas de otras regiones de Ucrania; por otro lado, en cambio, hay que apuntar la falta de identidad nacional (cuando no la abierta identificación con lo ruso/soviético) de buena parte de los bielorrusos, así como la desorientación de los moldavos entre la identificación histórica y cultural con Rumania, el fomento de su propia identidad nacional o el mantenimiento de los vínculos ya solidificados con Rusia:

- c) las repúblicas de Asia central, a las que cabría añadir Azerbaiyán. Se trata de países con escasa conciencia nacional tal y como se ha consolidado en Europa y otras áreas de cultura europea en los siglos XVIII y XIX, donde la población, nómada en gran medida antes de la Revolución Rusa, no tenía otros referentes políticos propios que los janatos de corte medieval de Jiva, Bujara y Samarkanda, incorporados a Rusia en siglo XIX. Las conciencias nacionales de estos países (y, en realidad, las propias naciones modernas tal y como se han ido consolidando) son creaciones de la Unión Soviética y se superponen a una constelación de identidades previas entrecruzadas entre sí. Las identidades nacionales de esta región, pues, son nuevas y raramente dan lugar a una reivindicación nacional sólida, aún más habida cuenta de la conciencia de inferioridad económica de estos países con relación al resto de la URSS.¹³⁴

Como podemos ver, pues, la conciencia nacional de los pueblos que integraban la Unión Soviética presenta una gran variedad, reflejando la propia variedad nacional del gigante soviético. El hecho que pueblos con un nivel reivindicativo tan variopinto hayan llegado al mismo punto final de la independencia nacional refleja que en este proceso han intervenido aspectos ajenos a la reivindicación y que han afectado por igual a todos los pueblos que componían la URSS. Estos aspectos pueden agruparse

¹³⁴ Véase, a este respecto, ROY, O., *La nueva Asia central o la fabricación de naciones*, op. cit., pp. 38-58.

básicamente en dos: la desintegración del poder políticos soviético y, en consecuencia, la búsqueda de modelos políticos alternativos a la URSS.

El poder político soviético empieza a desmoronarse con la llegada al poder de Gorbachov y su *Perestroika*, aunque queda reflejada en luchas políticas internas anteriores a este presidente y todavía ahora poco diáfanas, dada la opacidad con que el PCUS mantenía sus procesos endógenos.¹³⁵ Gorbachov, secundado por un amplio equipo de reformistas que en aquel momento recordaron, tanto en la propia URSS como en el extranjero, al proceso que inició Jruschov en los años cincuenta y sesenta,¹³⁶ inició un enfrentamiento cada vez más abierto con los viejos jefes del PCUS, en general burócratas apoltronados en sus cargos desde la era Brezhnev e imbuidos de una fuerte retórica ideológica inmovilista y, a aquellas alturas, vacía de contenido. Esta vieja guardia o *nomenklatura*, como se tendió a denominar, solía mantener fuertes intereses personales y económicos centrados en los cargos que ocupaban y que les otorgaban posiciones de poder y de beneficio económico; ello propició una resistencia numantina a las reformas gorbachovianas que se tradujo en una lenta lucha política que no hizo sino mermar la autoridad de la cúpula estatal en un momento en que, precisamente, la fuerte crisis económica requería decisiones firmes y una imagen de unidad en el poder.¹³⁷ Este enfrentamiento político en la cima tuvo su máximo exponente en las continuas apelaciones de Gorbachov al apoyo popular y al despertar de una conciencia social que, a su parecer, debía llevar a la sociedad soviética a auparse a las reformas de su equipo.¹³⁸ Es por ello que Gorbachov potenció, además de una reestructuración (*perestroika*) económica que había de favorecer el consumo y un cierto acceso a la economía privada, una reforma democratizadora (*demokratiia*) del partido que favoreciera la participación y la toma de decisiones de las bases y, tal vez lo más importante, una transparencia (*glasnost*) informativa que facilitaba el acceso de la población a los acontecimientos

¹³⁵ Véase OWEN, R., *Crisis in the Kremlin. Soviet Succession and the Rise of Gorbachev*, Vactor Gollancz, Londres 1986; DYKER, D., *The Soviet Union Under Gorbachev: Prospects for Reform*, Croom Helm, Londres 1987.

¹³⁶ Sobre los primeros años y las primeras expectativas de la Perestroika, véanse, por ejemplo, CLAUDÍN, F., *La Perestroika: ¿a dónde va la Unión Soviética?*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid 1989; GORBACHOV, M. S., *Perestroika*, Ed. B, Barcelona 1990, o FEHER, F. & ARATO, A., *Gorbachev: The Debate*, Polity Press, Oxford 1989.

¹³⁷ Sobre estas pugnas internas véase TAIBO, C., *La Unión Soviética de Gorbachov*, Fundamentos, Madrid 1989.

¹³⁸ Sobre las actitudes sociales en la Unión Soviética durante esta fase, véase el dossier de *Novedades de Moscú* "Voces del interior: la sociedad soviética ante la transición", publicado en *Afers Internacionals* n° 19, 1991, pp. 49-93.

tanto actuales como de la propia memoria colectiva.¹³⁹ Este último aspecto fue, probablemente, el que hizo cambiar más las mentalidades de los pueblos soviéticos y logró que la sensación de malestar originada por los vaivenes políticos y las carestías económicas se traduzcan en movimientos reivindicativos que llegaron a superar las pretensiones de Gorbachov y empiezan a reclamar cambios más radicales.¹⁴⁰ Por otro lado, el enfrentamiento entre los dos polos opuestos en el poder se agudizó cuando la *nomenklatura* se parapetó en los últimos reductos de poder, el complejo militar-industrial por un lado y los cargos periféricos por otro.¹⁴¹ Si el enfrentamiento con los sectores ultramontanos del PCUS en la capital tiene su último y patético capítulo en el intento de golpe de Estado de agosto de 1991, las élites “regionales”, identificadas plenamente con un poder político caduco y, tras el fracaso del golpe, perseguido, iniciaron una huida hacia adelante asumiendo un discurso nacionalista (que hasta poco antes habían combatido) y cortando amarras con el poder con sucesivas proclamaciones de independencia que tendían, más bien, a alejarse de una evolución política que no les convenía.¹⁴²

El tercer factor mencionado, tras el impulso nacionalista y la desintegración del poder central, es la búsqueda de nuevos modelos políticos. Como se ha mencionado más arriba, a la crisis económica, cada vez más aguda y sin visos de solución, se añade una desorientación social agudizada por el desvelamiento informativo propiciado por Gorbachov. Al descubrir (o asumir) la corrupción de los gobernantes soviéticos actuales y la macabra experiencia de los antecesores, especialmente de Stalin y Brezhnev,¹⁴³ los pueblos soviéticos inician un proceso de búsqueda de soluciones que pasa por cuestionar no sólo el modelo de Estado y de ideología sino, cada vez más, el propio

¹³⁹ Véase al respecto CHIESA, G., y MEDVEDEV, R., *La Rivoluzione di Gorbacev*, Garzanti, Milán 1989.

¹⁴⁰ Sobre este extremo, véase CLARK, S.L., *Gorbachev's Agenda. Changes in Soviet Domestic and Foreign Policy*, Westview Press, Boulder 1989.

¹⁴¹ Véase al respecto SAPIR, J., « Perestrojka et politique militaire de l'URSS : au delà du militarisme paradoxal », en *Afers Internacionals* n° 18, 1990, pp. 45-68.

¹⁴² Véanse, a este respecto, TAIBO, C., *La disolución de la URSS*, Ronsel, Barcelona 1994, GALEOTTI, M., *Gorbachev and his Revolution*, MacMillan Press, Londres 1997, o REINHARDT, J., *Boris Eltsine et le réveil russe*, Stock, París 1992.

¹⁴³ En esta fase se hace público para los soviéticos con toda su acritud un período funesto de la historia de su país que lo vincula con uno de los regímenes más crueles de la historia de la humanidad. Si en Occidente se divulgaban los hechos atroces de este régimen desde hacía tiempo (en libros de denuncia a menudo sesgada, como hallamos en WERTH, N., « Un état contre son peuple. Violences, répressions, terreurs en Union Soviétique », en COURTOIS, S. *et al.*, *Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*, Éd. Robert Laffont, París 1997, pp. 53-380.), este tipo de información, apenas conocida a

Estado. Ello viene estimulado por el (re)surgimiento de las conciencias nacionales como única alternativa real al vacío que deja el descalabro ideológico que provoca el desprestigio y hundimiento de un discurso comunista machaconamente imbuido en la educación, la sociedad y, por último, la mentalidad de los ciudadanos soviéticos. La desconfianza hacia el poder, por otro lado, supera los propósitos de Gorbachov y se dirige no sólo a los dirigentes más responsables del caos actual, sino que origina un fuerte desencanto social y alcanza a todos los estratos del aparato estatal y, más específicamente, del Partido, con lo que empiezan a hacer acto de presencia pública, por primera vez desde el período revolucionario, los movimientos que contestan al sistema soviético. En este contexto, cada vez se hace más atractiva la idea que para salir del caos presente en el marasmo en que se había convertido la Unión Soviética había que construir nuevas formas de Estado, lo que no descartaba en absoluto que estas formas se adaptasen a unas conciencias nacionales recién recuperadas.¹⁴⁴

Cabría añadir un hecho fundamental y altamente significativo, como es una cierta indefinición terminológica, añadida a un efecto de admiración y arrastre con relación a los pueblos más dinámicos en este proceso. De este modo, cuando los países bálticos empiezan a reclamar una mayor pluralidad política y mayor presencia cultural de sus nacionalidades en la administración, este movimiento es secundado en otras nacionalidades soviéticas, como muestra de protesta política hacia el régimen dominante pero también como muestra de una reivindicación considerada lógica y legítima;¹⁴⁵ cuando, a partir de 1989, estas repúblicas se declaran “soberanas”, hacen lo propio otras zonas de la Unión,¹⁴⁶ entre otras cosas porque este término no contradice ni

retazos dentro de la URSS y divulgada de un modo precipitado, tiene un efecto revulsivo inmediato y de efectos devastadores en la sociedad soviética.

¹⁴⁴ En cuanto a la idea de la necesidad de las sociedades de la URSS de crear nuevos espacios políticos “saneados”, véase TINGUY, A., « L’effondrement de l’empire soviétique », en *Notes et études documentaires (La Documentation Française)*, nº 4958-13, 1992, pp. 89-100.

¹⁴⁵ Entre los pasos más decisivos dados en los países bálticos, que pronto serán seguidos en el resto de repúblicas, podemos citar la proclamación de la lengua propia como la única oficial en el ámbito de las repúblicas respectivas, en Lituania, Estonia (junio de 1989 en ambos casos) y Letonia (mayo de 1990), la escisión de las juventudes comunistas lituanas, que se independizan de su referente soviético (junio de 1989), la declaración oficial, por los sóviets supremos lituano (setiembre de 1989) y estonio (noviembre siguiente) de la anexión de los respectivos países a la URSS, en 1940, como “ilegal”, o la abolición, en Lituania (diciembre de 1989), Letonia (enero de 1990) y Estonia (febrero de 1990) del artículo 6 de la Constitución soviética, que otorgaba un papel dirigente al Partido Comunista. Véase el seguimiento cronológico de este proceso en los cuadros de los procesos nacionales en la URSS publicado en el *Anuario Internacional CIDOB 1990*, Barcelona 1991 (p. 347).

¹⁴⁶ Estonia declara su “soberanía” en noviembre de 1988, Lituania en mayo de 1989 y Letonia en julio siguiente; cabe recordar que estos procesos se dan con gobiernos republicanos en manos del PCUS, puesto que no hay elecciones plurales hasta principios de 1990. Precisamente tras estas elecciones es

siquiera la propia Constitución soviética, y desde luego no pone en cuestión la unidad del Estado, sino que simplemente destaca los derechos de los pueblos que lo integran; cuando, por fin, a partir de 1990 pero sobre todo después del fallido golpe de agosto de 1991, los bálticos declaran la independencia de sus Estados, las sociedades de muchas repúblicas no ven un inconveniente mayor en que sus dirigentes sigan los mismos pasos.¹⁴⁷ En un momento de desconcierto social intenso, la palabra “independencia” no implica otro contenido que el rechazo al modelo estatal imperante, sin que ello presuponga necesariamente, a ojos de gran parte de la sociedad, una ruptura definitiva de vínculos con el conjunto estatal precedente, ruptura muchas veces no deseada ni percibida en sus últimas consecuencias. Ello ayuda a explicarnos la ausencia de un movimiento fuerte popular que reivindique la integridad del Estado soviético, más allá de los movimientos nostálgicos rápidamente identificados con los golpistas de agosto y, por lo tanto, socialmente denostados, o de los solitarios llamamientos a la unidad de un Gorbachov encerrado su palacio del Kremlin y desposeído de todo poder real entre agosto y diciembre de 1991; o también clarifica el amplio apoyo popular que recibió el proceso independentista ucraniano, el 1 de diciembre de 1991.¹⁴⁸

En conclusión, vemos que el proceso que llevó en su momento a la disolución de la Unión Soviética obedece a un conjunto complejo de motivos, en el que la reivindicación nacionalista de la periferia (legítima, por otra parte) es sólo un factor más, e incluso mantienen un papel relativo según el momento y el lugar en que hace su presencia. Podríamos decir que los movimientos nacionalistas son un factor incluso menor ante la importancia que toman en el proceso tanto los movimientos políticos de

cuando proliferan las declaraciones de soberanía: la RSFSR lo hace en junio de 1990, el 20 hace lo propio Uzbekistán y el 23, Moldavia. Ucrania se proclama soberana el 16 de julio, Bielorrusia el 27 del mismo mes y más adelante lo harán las demás. *Ibidem*.

¹⁴⁷ Lituania proclama su independencia el 11 de marzo de 1990, aunque este proceso se ve congelado a raíz de las presiones de Moscú y la falta de reconocimiento internacional; Georgia también anuncia una proclamación de independencia ambigua, sujeta a la evolución del proceso lituano, el 9 de abril de 1991. Per estas independencias no serán efectivas hasta el golpe de agosto, cuando se desencadenan las nuevas independencias: Estonia el 20 de agosto, Letonia el 21, Ucrania el 24, Bielorrusia el 25, Moldavia el 27, Azerbaiyán el 30, Uzbekistán y Kirguizistán el 31, Tayikistán el 9 de setiembre, Armenia el 23 siguiente, Turkmenistán el 27 de octubre y Kazajstán el 16 de diciembre, ya en la fase constitutiva de la CEI. Véase el seguimiento del proceso en el *Anuario Internacional CIDOB 1991*, Barcelona 1992 (p. 248).

¹⁴⁸ En un resultado histórico, el referéndum dio un 90% de votos favorables a la independencia, con un 84% de participación sobre el censo. El hecho es aún más llamativo si vamos al detalle y vemos que en regiones mayoritariamente rusas, como Crimea (54% de votos secesionistas, a pesar de que la región contaba en 1989 con un 67% de rusos), o rusófonas, como Donetsk y Luhansk (84% a favor de la independencia de Ucrania en ambas regiones, aunque el 66% y el 61% de las poblaciones respectivas tienen como lengua propia el ruso), e incluso entre los marinos de la flota del Mar Negro (75%

unas élites periféricas deseosas de preservar sus privilegios como la propia desintegración social y política del Estado, a excepción sobre todo de los países bálticos; y, aún en estos casos, habría que puntualizar que la población rusófona de estas repúblicas participa del movimiento nacionalista en un espíritu de contestación política al centro parecido al que se produce en otros lugares de la Unión, no con el espíritu nacionalista consecuente y congruente que mueve a las poblaciones autóctonas, deseosas de romper amarras con Moscú de un modo definitivo.

No puedo dejar de mencionar otro factor que es relacionado con frecuencia con la desintegración del Estado soviético, especialmente en el interior de la sociedad rusa y entre sectores de la clase política e intelectual de este país; desde posiciones a menudo nostálgicas y victimistas, se atribuye tal proceso político a la presión exterior e, incluso, a un plan preconcebido de acoso y derribo de la potencia comunista y un posterior debilitamiento de Rusia para que no reemerja en su condición de potencia. Dicho posicionamiento obedece a la percepción de un concepto maquiavélico por parte de las potencias occidentales y, más concretamente, de Estados Unidos, para liquidar y controlar definitivamente el enemigo, en este caso, la URSS. Sí es cierto que por la propia dinámica de la Guerra Fría, agudizada a partir de 1979 tras la invasión soviética de Afganistán y con la posterior (1980) elección de Ronald Reagan a la presidencia de EEUU, la competición entre ambas partes se hace insoportable para una economía más debilitada como es la soviética, y que de ello se resiente el propio proceso políticos y social de este país,¹⁴⁹ también sería absurdo negar la existencia de sectores políticos en Estados Unidos y en Europa occidental que proponen, incluso tras la disolución de la URSS, el sometimiento de Rusia como potencial peligro para la estabilidad global y para garantizar la supremacía de un orden mundial liderado por Estados Unidos y sus aliados.¹⁵⁰ Sin embargo, no cabe hablar, como se hace con frecuencia en Rusia incluso

secesionista) vence la opción independentista. Véase, KUZIO, T. Y WILSON, A., *Perestroika to Independence*, Nueva York, St. Martin's Press, 1994, p 161.

¹⁴⁹ Sobre la política de intervención de la URSS en los conflictos mundiales durante la última fase de la Guerra Fría, véase ZORINA, I., "La URSS, el tercer mundo y los conflictos regionales. Nuevos enfoques de la política exterior soviética hacia el tercer mundo antes y después de Afganistán", en *Afers Internacionals* nº 19, 1991, pp. 41-48.

¹⁵⁰ Mención especial merece, a este respecto, el pensamiento de Zbigniew BRZEZINSKI y su libro, de gran repercusión en Rusia, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* (Ed. Paidós, Barcelona 1998. En su versión original, *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, BasicBooks, Nueva York 1997). En dicho libro, Brzezinski da a entender la necesidad de controlar el espacio geoestratégico sobre el que Rusia siente una tendencia natural a expandirse.

desde tribunas periodísticas y políticas privilegiadas, de un plan sistemático, constante y homogéneo de la administración norteamericana y sus adláteres para someter y humillar a Rusia en pro del mantenimiento del poderío hegemónico de Occidente. De ello da fe el proceso por el cual tanto Estados Unidos como el resto del mundo tardaron en reaccionar ante un proceso político, la desintegración de la URSS, que ni era deseado ni estaba previsto, y la prudencia que mostró la comunidad internacional al no reconocer la independencia de los Estados bálticos hasta el fallido golpe de agosto de 1991, ni el resto de nuevos Estados hasta que se constituye la Comunidad de Estados Independientes, en diciembre siguiente.¹⁵¹

En Europa, en concreto, la proliferación de nuevos Estados y el resurgimiento de los enfrentamientos étnicos fue vista con particular cautela, dado los sangrientos precedentes en el continente y la conflictividad potencial del área (temores que, en parte, se verían confirmados en los años siguientes al rebrotar la violencia nacionalista en los Balcanes y otras partes); desde el punto de vista jurídico, incluso se recurre con frecuencia al Acta de Helsinki y otros documentos similares para mantener la intangibilidad de las fronteras europeas.

La desaparición de la URSS dejaba un espacio abierto a un futuro incierto ante el cual el mundo y sus potencias podían no estar preparados; por otra parte, no debemos olvidar los intereses políticos y económicos de diferentes sectores, como las diferentes industrias militares, interesados en mantener la estabilidad de la tensión propia de la Guerra Fría. De cualquier modo, este sentimiento de amenaza y derrota, ampliamente extendido en Rusia, no puede ser obviado a la hora de analizar las percepciones sociales rusas al respecto y sus implicaciones políticas.¹⁵²

La Unión Soviética desaparece por procesos endógenos, en cuya formación participaron, a lo sumo, factores exógenos como la presión armamentística y política occidental que no permitieron un relajamiento del Estado cuando más lo necesitaba. A pesar de ello, y regresando a la pregunta inicial de este apartado, cabría preguntarnos si

¹⁵¹ Véase, sobre esta idea, la aportación de TOLZ, V., y ELLIOT, I. (eds.), *The Demise of the USSR*, RFE/RL. Mc. Millan Press, 1995.

¹⁵² Sobre la extensión del sentimiento social de derrota y humillación vinculado a la desaparición del Estado soviético, y del rechazo de los valores soviéticos al final de la Perestroika, es ilustrativa la visión de AFANÁSIEV, Y., en "Realidades que se alejan", *Afers Internacionals* n° 19, 1991, pp. 5-16.

se produjo la desaparición de una potencia. En el sentido aceptado anteriormente, y que responde a la acepción más habitual del término potencia, podríamos decir que, en efecto, ha desaparecido una potencia, puesto que este proceso ha dado a lugar la readaptación del sistema internacional y la aparición de una estructura claramente hegemónica. Sin embargo, de las cenizas de la URSS aparece otra forma estatal, la Federación Rusa, que mantiene parte de las características propias de una potencia: en primer lugar, y por encima de todo, la Federación Rusa mantenía en sus primeros años la casi totalidad del arsenal atómico soviético; aunque este armamento se hallaba ya obsoleto en relación al estadounidense y, sobre todo, ya no podía permitirse nada similar a una carrera armamentística como la que había mantenido hasta mediados de los años ochenta. Pese a lo anterior, seguía siendo la primera potencia nuclear del mundo, con cerca de 40.000 cabezas nucleares, casi el doble que las que poseía Estados Unidos. En segundo lugar, la simple extensión territorial de la Federación Rusa, que sigue siendo el mayor Estado del mundo, le concede un estatuto especial como sujeto imprescindible en el orden mundial. En tercer lugar, y aunque ello debe definirse en los primeros años del nuevo recorrido de Rusia como Estado postsoviético, Rusia mantiene la capacidad potencial de mantener una área de influencia, ya sea sobre el espacio que ocupaba la URSS, ya sea sobre otras áreas geográficas. Pero esto forma parte del proceso de reconstrucción de Rusia como potencia, que trataremos en el apartado siguiente. Podemos añadir que, si bien al desaparecer la Unión Soviética sucumbe con ella un modelo de potencia a escala mundial, con capacidad e enfrentarse o compararse a las otras potencias en cuanto capacidad armamentística, carisma internacional e influencia política directa, en su lugar deja espacio para la formación de una potencia regional o media, cuya capacidad militar sigue siendo respetable e incluso temible, y cuya estabilidad se hace necesaria para el equilibrio global.

3.b) Crisis en la identificación ruso-soviética

La época de la *Perestroika* representa para Rusia un reencuentro consigo misma y, al mismo tiempo, un replanteamiento de su papel en el mundo. Por una parte, y en primer lugar, se revisa la identificación entre el universo soviético y la herencia rusa, lo cual lleva a un nivel reivindicativo de la identidad rusa frente a una realidad política que empieza a verse como hostil a sus intereses; por otra parte, esta realidad política, que

supone *de facto* una continuidad con la tradición histórica e imperial de Rusia, pierde su capacidad no sólo de ejercer una influencia internacional, sino de sobrevivir como entidad, al haber perdido tanto su justificación nacional como la ideológica, y acaba desapareciendo en 1991.

La identificación entre el mundo ruso y el mundo soviético entre en crisis a medida que se acerca el fin del siglo XX. Hasta la época de Stalin era fácil justificar la predominancia rusa en el Estado revolucionario, no sólo por la tradición política del Estado imperial zarista, que coincide “geográficamente” con el Estado bolchevique, sino por la amplia mayoría demográfica de los rusos en el Estado soviético.¹⁵³ La actitud revolucionaria de reconocer la personalidad y los derechos de los pueblos no rusos no representa ninguna amenaza para el mantenimiento de este carácter ruso, y por otra parte estos reconocimientos garantizan la coherencia ideológica de la nueva administración revolucionaria. Incluso el hecho de reconocer la identidad nacional y la autonomía administrativa (y, con ellos, los derechos nacionales) de pueblos como el ucraniano y el bielorruso, que los rusos suelen considerar como variantes locales de propio patrimonio identitario, no supuso un mayor desgaste simbólico para que el pueblo ruso se sienta culturalmente identificado con la nueva realidad política surgida entre 1917 y 1922;¹⁵⁴ la forma constitucional del Estado federal, recogida tanto en la primera Constitución Soviética de 1922 como en las posteriores de 1936 y 1977, no fue percibida como un atentado a la integridad del conjunto nacional ruso, a diferencia de lo que supusieron otros procesos descentralizadores en Occidente; simplemente, la existencia de tres naciones “eslavas” se ve como una muestra más del carácter abierto, flexible y plural de la nueva realidad revolucionaria, y los tres pueblos debían participar, como por otra parte se considera que lo habían hecho tradicionalmente, en el nuevo proyecto estatal.¹⁵⁵ De algún modo queda justificado que el ruso siga siendo la lengua de “comunicación entre los pueblos de la URSS”, por razones de cohesión cultural y de

¹⁵³ Sobre el problema étnico en la formación de la URSS, véanse CARRÈRE D'ENCAUSSE, H., *Le gran défi. Bolcheviks et nations (1917-1930)*, Flammarion, París 1987.

¹⁵⁴ Véase CARR, E.H., *La Revolución Rusa*, cuatro volúmenes, Alianza Ed., Madrid 1972, especialmente *La revolución bolchevique 1917-23. La Rusia soviética y el mundo*. Tomo I, vol. 3.

¹⁵⁵ De hecho, Ucrania vive un importante proceso de formación nacional y estatal paralelo a la formación del Estado soviético y frustrado por el mismo. Véase, entre otros, NAHAYEWSKY, I., *History of Ukraine*, “America” Publishing House of the “providence” Association of Ukrainian Catholics in America, Filadelfia 1962.

predominio demográfico, y que la simbología cultural del Estado soviético sea siendo en esencia europea, eslava y rusa.¹⁵⁶

Esta cosmogonía empieza a erosionarse por el proceso demográfico de los pueblos asiáticos a partir de mediados de siglo. En el censo de 1959 los rusos aún constituyen el 54,9% de la población soviética; con ucranianos y bielorrusos, alcanzan en 76,3% de la población del Estado.¹⁵⁷ Pero a lo largo de los 30 años siguientes los pueblos asiáticos experimentan un crecimiento espectacular, mientras que las poblaciones eslavas estancan su demografía.¹⁵⁸ De 1959 a 1989 los rusos crecen en total un 26,6%, y los ucranianos aún menos, un 19,4%; los bielorrusos mantienen un nivel algo más alto, con un 29%. Al lado de estas cifras hallamos crecimientos sorprendentes entre los pueblos tradicionalmente islámicos como los tayikos (202%), uzbekos (178%), uigures (176%), kirguizes (160%), karakalpakos (145%), azeríes (132%), chechenos (129%), kazajos (127%), etc. En 1989 los rusos están a punto de ser menos de la mitad de la población soviética, con el 50,8%; entre los tres pueblos eslavos orientales constituyen tan sólo el 69,8% de la población del Estado. Por su parte, los uzbekos (5,8% en 1989 ante el 2,9% en 1959), el principal pueblo asiático, ya son más numerosos que los bielorrusos (3,5%, mientras que en 1959 eran el 3,8%), y los kazajos (2,9% en 1989, 1,7% en 1959) están a punto de superarlos.¹⁵⁹

Cuadro 6: Características identitarias y evolución de los pueblos titulares de las repúblicas de la URSS, 1959-1989 (entre paréntesis, el porcentaje que representa cada pueblo en el conjunto de la URSS según cada censo)

Grupo nacional	Tronco lingüístico	Religión tradicional	Población en 1959 (miles)	Población en 1989 (miles)
----------------	--------------------	----------------------	---------------------------	---------------------------

¹⁵⁶ Y. AFANASIEV describe la dualidad del sentimiento ruso/soviético y los valores políticos y sociales de ambos en *Mi Rusia fatal*. Ed. Anaya y Mario Muchnik, Madrid 1994.

¹⁵⁷ Mayoría suficiente para imponer un sentimiento de marginalidad y asimilación a los no eslavos, a pesar de la retórica igualitaria del Estado. Véase KARKLINS, R., *Ethnic Relations in the USSR: The Perspective from Below*. Allen and Unwin, Boston 1986; así como ZASLAVSKY, V., "Success and collapse: Traditional Soviet Nationality Policy", en BREMMER, I., y TARAS, K. (eds.), *op. cit.*, pp. 29-41.

¹⁵⁸ Sobre las difíciles relaciones étnicas en la URSS, véase WIXMAN, R., *The Peoples of the USSR: An Ethnographic Handbook*. Sharp, Armonk (NY) 1988.

¹⁵⁹ Sobre los problemas étnicos de la URSS en sus últimos años, resulta significativo el estudio que realizan BREMMER, I. y NAIMIRK, N. (eds.), en *Soviet Nationalities Problems*. Center for Russian and East European Studies, Stanford (Ca.), 1990; así como SIMON, G., *Nationalism and Policy Toward the Nationalities in the Soviet Union*. Longman, N. York 1990.

Rusos	Eslavo	Crist. ortodoxo	107.100 (54,9)	145.100 (50,8)
Ucranianos	Eslavo	Crist. ortodoxo	37.000 (18,5)	44.100 (15,5)
Uzbekos	Turco	Islam sunita	6.000 (2,9)	16.700 (5,8)
Bielorrusos	Eslavo	Crist. ortodoxo	7.800 (3,8)	10.000 (3,5)
Kazajos	Turco	Islam sunita	3.600 (1,7)	8.100 (2,9)
Azeríes	Turco	Islam sun./ch.	2.900 (1,4)	6.800 (2,4)
Armenios	Indoeuropeo	Crist. oriental	2.800 (1,4)	4.600 (1,6)
Tayikos	Iránico	Islam sunita	1.400 (0,7)	4.200 (1,5)
Georgianos	Caucásico	Crist. ortodoxo	2.700 (1,3)	4.000 (1,4)
Moldavos	Románico	Crist. ortodoxo	2.200 (1,1)	3.400 (1,2)
Lituanos	Báltico	Crist. católico	2.300 (1,1)	3.100 (1,1)
Turkmenos	Turco	Islam sunita	1.000 (0,5)	2.700 (1)
Kirguises	Turco	Islam sunita	1.000 (0,5)	2.500 (0,9)
Letones	Báltico	Crist. luterano	1.400 (0,7)	1.500 (0,5)
Estonios	Fino-úgrico	Crist. luterano	900 (0,4)	1.000 (0,4)

Fuentes: ZHDANOVA, M.P. y TIMOFEEVAL, F.A., *Chislesnost i sostav naselenija SSR: po donnym Usesojuzpoi perepisi naseleennia 1959 i 1979 goda*, Finansy i statistika, Moscú 1984, y WHITE, S., *After Gorbachev*, Cambridge University Press, 1993, p. 145.

Brezhnev ya había reaccionado a esta evolución demográfica acudiendo a una política de rusificación del Estado que sus predecesores no habían considerado necesaria, o que habían disimulado tras una pátina de “cosmopolitismo”.¹⁶⁰ En la época de la *Perestroika*, sin embargo, Gorbachov busca la alianza de los sectores nacionalistas periféricos y vuelve a la idea original bolchevique del Estado multiétnico, favoreciendo

¹⁶⁰ Lenin y Stalin siempre habían justificado la adopción de los modelos culturales rusos por la necesidad de tomar referentes útiles para la mayoría de los pueblos que formaban la URSS. Sin embargo, en los años setenta hallamos varias disposiciones del Kremlin que tienden al reforzamiento de un Estado soviético cada vez más centralizado y más “ruso”. De este modo, para garantizar, oficialmente, el derecho de los padres a elegir el tipo de educación de sus hijos, la enseñanza en las lenguas autóctonas deja de ser obligatoria, y el uso de la lengua rusa se extiende rápidamente por todos los escalafones de la administración donde había ido perdiendo terreno a lo largo de los años sesenta, bajo la liberalización de Jruschov. De igual modo, se facilita la movilidad laboral, lo que contribuye a la aceleración de una rusificación deliberada, a tenor de los nacionalistas de diferentes lugares. Véase, a este respecto, CARRÈRE D’ENCAUSSE, H., *The Triumph of the Nations*, op. cit. Según SZPORLUK, R. (“National Reawakening: Ukraine and Belorussia”, en RA’ANAN, U., *The Soviet Empire: The Challenge of National and Democratic Movements*, Lexington, Lexington Books 1900, p. 91), en 1975 el Politburó tomó una decisión secreta para ir limitando paulatinamente las ediciones y las tiradas de todas las publicaciones en cualquier lengua no rusa.

así el acercamiento al poder de las minorías nacionales en detrimento de los rusos, bien asentados en el poder incluso en las repúblicas no rusas.¹⁶¹ Desde Rusia esta dinámica es percibida como una pérdida de peso político y simbólico.¹⁶² Rusia empieza a ser considerada por los propios rusos ya no como el motor de la Unión Soviética, ni tan siquiera como un pueblo que participa en el gran proyecto revolucionario, sino apenas como una nación oprimida por el Estado soviético.¹⁶³

Cuando, a fines de los años ochenta, se produce una oleada de nacionalismos por toda la Unión Soviética, la primera consecuencia de esta tendencia es una reacción antirrusa por parte de los pueblos periféricos, que ven en el centralismo de la URSS un modo de asimilarlos a la gran Rusia.¹⁶⁴ Miles de rusos abandonan las ciudades del Cáucaso y de Asia central, y se percibe en general una sensación de hostilidad hacia todo lo que sea ruso. Ello genera una reacción de victimismo y de exaltación de lo propia en los medios rusos. Pronto en la propia Rusia se alza una corriente en cierto modo equiparable a los nacionalismos periféricos, y que se concreta en la exigencia de la creación de instituciones políticas propiamente rusas.¹⁶⁵

Hasta aquel preciso momento, la RSFR no contaba con instituciones propias; del mismo modo que existía un Partido Comunista Ucraniano, Bielorruso, Kazajo, etc., todos ellos federados en el PCUS, no existía ningún Partido Comunista Ruso; los comunistas de la RSFSR eran militantes directamente del PCUS tras el proceso de

¹⁶¹ Ésta es, por lo menos, la retórica del Estado soviético. PIPES, R., en *The Unknown Lenin* (Yale University Press, Boston 1996), en cambio, nos presenta unos líderes de la revolución más interesados en reproducir los esquemas de los Estados tradicionales, elitistas y etnocéntricos, que en experimentaciones nacionales, no muy distantes del agrio retrato que ya había ofrecido medio siglo antes trotski sobre su enemigo talin; véase TROTSKI, L.D., *Stalin*, Plaza y Janés Eds., Barcelona 1963.

¹⁶² Según apunta DUNLOP, J. B. (*The Faces of Contemporary Russian Nationalism*, Princeton U.P., Princeton 1983, p. 46),

Russians in the Soviet Union did not live noticeably better than did the titular peoples of the minority republics. (...) The Russian National Religion, Orthodox Christianity, was as zealously repressed as, say, Judaism and Islam. Russian patriotic thought was carefully monitored and, where deemed necessary, suppressed by a watchful censorship. Some Russian nationalist spokesmen, such as Vladimir Osipov (...) found themselves undergoing long prison sentences for preaching "the Russian ideal".

¹⁶³ Véase, sobre el (re)surgimiento de conciencias nacionales como una consecuencia de la crisis ideológica de la URSS, SUNY, R., *The Revenge of the Past (Nationalism, Revolution and the Collapse of the Soviet Union)*, Stanford University Press, Stanford 1993.

¹⁶⁴ Véase HAJDA, L. y BEISSINGER, M. (eds.), *The Nationalities Factor in Soviet Politics and Society*. Westview Press, Boulder (Co.), 1990; VIUDEZ NAVAJO, J., "Los nacionalismos soviéticos en perspectiva histórica", en *Cuadernos del Este* nº 9, 1993.

¹⁶⁵ Véase, a este respecto, CHINYAEVA, E., "The Search for the 'Russian Idea'", en *Transitions*, Jan/1997, pp. 40-46.

asimilación en que, con la Constitución de 1924, el Partido Comunista de la RSFSR quedó totalmente incorporado al PCUS, pero en cambio se respetaron las autonomías teóricas de las otras repúblicas por su condición minoritaria. Del mismo modo, no existía un Sóviet Supremo o Parlamento ruso, o era el Sóviet Supremo de la URSS el que legislaba sobre la RSFSR y tampoco existía un gobierno o una presidencia propiamente rusos, como tampoco una KGB, una Academia de Ciencias, etc. que se correspondiese al ámbito territorial ruso. Ello reflejaba de algún modo la identificación entre la identidad rusa y la soviética que se propugnaba desde el Partido, y esta identidad ambigua es la que pretende mantener Gorbachov. Sin embargo, entre 1988 y 1990 se forman dos corrientes antagónicas entre los militantes rusos del PCUS favorables a la creación de un partido autóctono que debería romper la asimetría del Partido: por una parte los comunistas ortodoxos, paradójicamente partidarios de invocar un espíritu patriótico que salvase a Rusia de la decadencia de la desideologización; por otra parte los liberales, liderados por B. Yeltsin, que desean alcanzar un vínculo confederal con los otros pueblos de la URSS.¹⁶⁶ Estas dos corrientes, en principio enfrentadas entre sí, convergen no sólo en su enfrentamiento común con M. Gorbachov, sino en sus propuestas pragmáticas alrededor de la creación de instituciones propiamente rusas dentro de una futura URSS todavía unida.¹⁶⁷

En un importante pleno del Comité Central del Partido llevado a cabo en septiembre de 1989 Gorbachov se opuso frontalmente a la idea de crear un Partido Comunista Ruso, y propuso en cambio la formación de un Secretariado para la RSFSR dentro del PCUS. A pesar de estos esfuerzos, que acabarían cuajando provisionalmente, Gorbachov no pudo oponerse a la creación de instituciones administrativas propias para la RSFSR. Entre el 4 y el 18 de marzo de 1990 se celebraron las primeras elecciones al Sóviet Supremo rusos, dotadas de un cierto pluralismo siempre en el marco de candidaturas comunistas, y en ellas los reformistas obtienen buenos resultados. El 29 de

¹⁶⁶ Sobre la formación de corrientes políticas en la última fase de la perestroika, véase MUNS, A., *De la Perestroika a la CEI*. Ed. Marré, Barcelona 1992.

¹⁶⁷ La estructura política de la URSS y su asimetría en relación a la representatividad de los rusos frente a los no rusos es detallada en SCHAPIRO, L., *The Government and Politics of the Soviet Union*, Londres, Hutchinson 1979 (1ª ed., 1965). Acerca de la idea de crear instituciones propias para la RSFSR, véase, por ejemplo, HAHN, J. W., *op. cit.*, pp. 112-136, KAGARLITSKY, B., *Farewell, Perestroika (A Soviet Chronicle)*, Londres, Verso 1999 o TEAGUE, E., "The Emergency of Parliamentary Opposition in the USSR", en RA'ANAN, U., (ed.), *op. cit.*

mayo dicho Sóviet Supremo eligió como presidente, en la tercera vuelta, a Borís Yeltsin.¹⁶⁸

Los anhelos autonomistas de Yeltsin, contrapuestos a la voluntad unionista de Gorbachov, ya habían sido expresados antes de la recuperación de las instituciones rusas, en el contexto de las pugnas personales y políticas entre ambos líderes en que Yeltsin intentaría consolidar un área de influencia propia en el ámbito territorial ruso. Pronto el nuevo líder se afianzó en la reivindicación de un trato igualitario entre todas las repúblicas rusas. Es en este contexto en que hay que de enmarcar la declaración de soberanía rusa, aprobada por el Sóviet Supremo ruso el 11 de junio de 1990 por 907 votos a favor, tan sólo 13 en contra y nueve abstenciones. Debe tenerse en cuenta que la RSFSR fue la primera república que adoptó dicha declaración, a excepción de las bálticas;¹⁶⁹ el contenido real de esta declaración radica básicamente en el interés de la república por hacer valer su legislación por encima de la soviética y, por lo tanto, en no someterse a la autoridad de la URSS y de Gorbachov. Por lo tanto, no se trata tanto de una declaración soberanista en el sentido secesionista y de (re)construcción nacional que le habían dado las repúblicas bálticas, como de un regateo político con el centro, altamente influido por el deterioro de la imagen de Gorbachov entre los sectores políticos de todas las tendencias. Gorbachov tampoco puede evitar que el 21 de junio se cree un Partido Comunista de Rusia (*Rossiskaja*), liderado por el conservador Ivan Polozkov; a lo largo del mismo año también se constituyen organizaciones sindicales, un Komsomol y una Academia de Ciencias propiamente rusos.¹⁷⁰

La llegada al poder de Yeltsin marca el momento en que Rusia inicia su camino irreversible hacia la independencia. El enfrentamiento con Gorbachov hace que el presidente ruso, que abandona el PCUS en el mes de julio siguiente, adopte una política independiente de facto de la URSS, con la aprobación de medidas radicales en el campo económico, como el “Plan de los 500 días” de Shatalín, en septiembre, o la introducción de la propiedad privada, en diciembre. Las flamantes instituciones rusas no se

¹⁶⁸ Véanse estos hechos detallados en estilo periodístico en GWERZMAN, B. y KAUFMAN, M.T., *op. cit.*, pp. 123-137.

¹⁶⁹ En realidad las declaraciones bálticas (11 de marzo en Lituania, 30 de marzo en Estonia y 4 de mayo en Letonia) se refieren a las respectivas independencias, aunque sólo la lituana pretende ser una decisión de aplicación inmediata. Tras la decisión rusa declaran su soberanía Moldavia (23 de junio), Uzbekistán (20 de junio), Ucrania (16 de julio) y, hasta el mes de diciembre de 1990, todas las demás repúblicas de la URSS (véase el seguimiento de este proceso en *Anuario Internacional CIDOB 1990*, pp. 348-351).

conforman con ser un complemento de la administración soviética, como lo habían sido hasta ese momento todas las instituciones republicanas periféricas, sino que entran en un franco campo de competencia con el poder central, en la línea de las actitudes que han tomado las autoridades periféricas más rebeldes, como las bálticas, inmersas ya en un claro proceso independentista.

Podría parecer paradójico hablar de un proceso de independencia de Rusia, habida cuenta del papel “imperial” que Rusia ha ejercido sobre la Unión Soviética desde antes incluso de su fundación, en 1922, papel que hoy en día no es puesto en duda por ningún analista ni historiador responsable.¹⁷¹ Sin embargo, a partir de 1990 se produce un duelo político entre Gorbachov y Yeltsin en que este último juega con éxito la carta del nacionalismo ruso. Parece evidente que, en realidad, deberíamos hablar de una pugna personal o incluso de liderazgo que se enmascara con fuertes dosis de demagogia populista por parte de las nuevas clases políticas. El resultado, sin embargo, es el antagonismo entre dos concepciones del Estado que se reflejan en dos conceptos aparentemente incompatibles: el soviético y el nacional ruso. Por una parte, Gorbachov y las viejas elites defienden un Estado soviético en que, bajo una retórica revolucionaria (a estas alturas ajada) de igualdad entre los pueblos, la vieja estructura imperial rusa se mantiene a causa de la predominancia demográfica del pueblo ruso entre la *gran familia de pueblos* que representa la URSS, además de un incierto y escasamente definido carisma que ejercería la cultura rusa sobre sus circundantes; en este contexto, las instituciones rusas serían innecesarias, por cuanto en realidad los intereses del pueblo ruso se verían garantizados por unas estructuras superiores, las soviéticas, donde todos los pueblos se manifestarían libremente y en la que, en cualquier caso, los pueblos minoritarios sí necesitarían instituciones propias que potencien sus valores culturales y nacionales propios; el acervo espiritual del pueblo ruso, por otra parte (lengua, herencia histórica, continuidad del Estado ruso anterior, *espíritu* ruso con todo lo que ello supone de una cosmogonía y una visión políticocultural propias) quedaría asumido por la *supernación* soviética en todo aquello que pueda tener de revolucionario, excluyendo, por lo tanto, cualquier asomo de herencia burguesa, imperial o religiosa que la haría

¹⁷⁰ Véase MARIE, N., *op. cit.*, 63-82.

¹⁷¹ Aunque puede diferenciarse claramente esta responsabilidad histórica de los futuros compromisos que debe emprender el nuevo Estado ruso, como propone MENDRAS, M., en *Un État pour la Russie* (Complexe, Bruselas 1992).

incompatible con los principios marxistas por un lado y con la hermandad de los pueblos por el otro.¹⁷²

En el frente opuesto, las nuevas clases políticas rusa, con Yeltsin al frente, pretenden romper este esquema asimétrico, en que el pueblo ruso no cuenta con instituciones (ni, por lo tanto, con recursos *nacionales*) propias y en la que una superestructura estatal, en nombre de una supuesta igualdad entre las naciones, no sólo niega a Rusia su derecho a ejercer como Estado el control sobre las instituciones en que se ve sumisa, sino la propia existencia institucional del pueblo ruso. En realidad, por lo tanto, nos hallamos ante un diálogo (o ante la ausencia del mismo) entre dos concepciones distintas acerca de cómo Rusia debe ejercer su influencia en el campo de la URSS. Yeltsin y su equipo se muestran solidarios con los procesos centrífugos que se están desarrollando a lo largo y ancho del espacio soviético (especialmente con los bálticos), pero ello no es más que parte de una estrategia más ambiciosa por crear una situación en que las nuevas naciones, dotadas de nueva autonomía o independencia, se mantengan bajo la influencia de una Rusia renovada bajo una situación política no constreñidora.¹⁷³

Ambas percepciones del futuro de Rusia se enfrentaron a raíz de la independencia autoproclamada por las autoridades lituanas en marzo de 1990. Mientras Gorbachov, en tanto que máximo líder soviético, no estaba dispuesto a permitir el desarrollo de dicho proceso, Yeltsin le otorgó un apoyo absoluto, y llegó a reconocer la independencia del país báltico precisamente cuando las autoridades federales estaban sometiendo a Lituania a un fuerte embargo energético. Del mismo modo, cuando en el mes de enero de 1991 agentes de las fuerzas especiales OMON intervienen en Vilna y Riga para intentar tomar edificios emblemáticos de los gobiernos independentistas lituano y letón como las televisiones locales, Yeltsin condenó las intervenciones y manifestó su pésame por los 18 muertos ocasionados por estos hechos; Gorbachov, en cambio, tardó cerca de un mes en desvincularse de unas intervenciones armadas en principio no asumidas por las autoridades centrales de Moscú. Cuando Gorbachov anunció un referéndum, el 17 de marzo de 1991, sobre la conservación de la URSS “en

¹⁷² Sobre esta nueva cosmogonía rusa y su poder de atracción social, véase CASTELLS, M., *La nueva revolución rusa*, Ed. Sistema, Madrid 1992.

¹⁷³ En ello coincido en el análisis que en este sentido hace CARRÈRE D'ENCAUSSE, H., en *The End of the Soviet Empire*, Basic Books, Nueva York 1992.

tanto que federación renovada de repúblicas iguales y soberanas”, Yeltsin convocó un referéndum paralelo para aprobar la elección directa del cargo de Presidente de la RSFSR. El referéndum de Gorbachov recibió un 71,3% de votos favorables en Rusia, mientras que el de Yeltsin aunó el 69,9%.¹⁷⁴

El proceso de ruptura entre el centro y la periferia se agravó entre marzo y julio de 1991, y quedaba cada vez más concretado en el duelo Yeltsin-Gorbachov. El residente del Kremlin, tras un aparatoso giro conservador y ungido ahora con el flamante cargo de Presidente de la URSS, diseñó una nueva Unión de Repúblicas Soberanas en que se integrarían voluntariamente las repúblicas soviéticas que así lo desearan, es decir, en principio, las nueve repúblicas que habían participado del referéndum de marzo. A pesar de ello, el debate seguía lejos de resolución y es evidente que se situaba en el cuestionamiento de fondo del modelo de Estado, o mejor dicho dos concepciones estatales radicalmente distintas e irreconciliables.

El intento de golpe de Estado de agosto de 1991 supuso el revulsivo que acabó de enfrentar los auténticos intereses de ambas concepciones de Estado y las enfrentó en toda su esencia, o casi. Tras el fracaso de los golpistas, Gorbachov se vio implicado en el intento frustrado; no tanto por su implicación personal, que podemos descartar, sino por la coincidencia entre los proyectos de los facciosos y la voluntad de Gorbachov de preservar un Estado y un modelo político en franca caída libre. El famoso “*chitait!*” (“¡lea!”) con que Yeltsin obligó a Gorbachov a leer las implicaciones del PCUS en el golpe de Estado, ante la *Duma* y ante las cámaras de todo el mundo, implicaba efectivamente la desaparición política de Gorbachov, que en pocos días pasó de ser un rehén en Crimea a un actor sin papel en la tragicomedia del desensamblaje de la URSS. Gorbachov ha sido víctima de su propio proyecto, de la utilización que del mismo hacen los sectores más incontrolables del Partido y, desde luego, de la irreversibilidad del proceso de desintegración de un Estado, falto en aquel momento de razones para seguir existiendo.

¹⁷⁴ El referéndum de marzo de 1991 es altamente polémico. Por un lado, es boicoteado por seis repúblicas que han desarrollado un discurso netamente independentista (las bálticas, Moldova, Georgia y Armenia); por otro, además de Rusia, Ucrania y Azerbaiyán convocan sendas consultas propias que refrendan sus propias soberanías y que hasta cierto punto matizan la magnitud del referéndum federal. Véase *Anuario Internacional CIDOB 1991*, p. 372.

Yeltsin, sin embargo, también debía enfrentarse a sus propias contradicciones. Con el eclipse de Gorbachov y, con él, de cualquier institución soviética, la desaparición del Estado parecía asegurada. Yeltsin ha sido, sin duda alguna, uno de los principales responsables del inicio del proceso, pero a partir de agosto de 1991 parece ser consciente de las graves consecuencias a que ha llevado su comportamiento político. Durante los días de la intentona de golpe las tres repúblicas bálticas proclaman o restablecen¹⁷⁵ sus independencias; este hecho, rápidamente reconocido por Rusia y por la comunidad internacional, estaba previsto dentro de los cambios inmediatos en el Estado, y era perfectamente asumible incluso para la desahuciada Unión Soviética, incapaz de seguir oponiéndose a ello. Pero el proceso secesionista no ha hecho más que empezar; el 23 de agosto, dos días después del final del intento de pronunciamiento, Ucrania proclama su independencia. Los días y las semanas siguientes casi todas las repúblicas soviéticas (todas, en realidad, excepto Rusia y Kazajstán) proclaman igualmente su carácter de Estados independientes.¹⁷⁶

El nuevo curso de los acontecimientos va más allá de la voluntad y de los intereses de Rusia. Con Gorbachov en un segundo plano, Yeltsin se yergue ahora en el defensor de los vínculos entre los pueblos que todavía constituyen la URSS. Para Yeltsin, y para amplios sectores liberales rusos, resulta ahora evidente que la dinamitación incontrolada del Estado soviético atenta contra el futuro de Rusia en su propio entorno geográfico, puesto que no garantiza la continuidad de la influencia rusa ni el carácter de potencia del nuevo Estado ruso. El proceso centrífugo en la periferia ha emprendido un camino irreversible y de un alcance imprevisible; en cualquier caso, no augura el mantenimiento de una posición privilegiada de Rusia en la esfera internacional.

¹⁷⁵ Cabe recordar que Lituania, Letonia y Estonia, al separarse de la Unión Soviética durante el golpe de agosto, no proclaman nuevos Estados, sino que consideran que restablecen la legalidad vigente por la existencia de los respectivos Estados del período 1918-1940, Estados que fueron anexados por la Unión Soviética a raíz del pacto Molotov-Ribbentrop. Es por ello que restablecen la ciudadanía a los herederos directos de aquellos Estados del período de entre guerras, lo cual dará lugar a una situación jurídica problemática para los cientos de miles de inmigrantes llegados del resto de la Unión Soviética en la postguerra, así como de sus descendientes. Véanse KIONKA, R.R., « La politique étrangère des États Baltes », en *Politique Étrangère* n° 1, 1994, p. 87, GIRNIUS, K., “The Race is On. Accession Could Calme the Rough Waters of Baltic Minority Policies”, en *Transition*, abril 1998; DORODOVNA, Je., “¿Quen pertence a Letonia?”, en *Tempo exterior* n° 5, vol. III, junio-diciembre 2002.

¹⁷⁶ Véase, para seguir el proceso de desintegración de la URSS, MARTÍN DE LA GUARDIA, R.M., y PÉREZ SÁNCHEZ, G.Á., *La Unión Soviética: de la Perestroika a la desintegración*, Istmo, Madrid 1995.

El balón quedaba en el campo de Ucrania, o mejor dicho de su presidente, L. Kravchuk, que había convocado un referéndum para ratificar la independencia del país el uno de diciembre. A medida que se acercaba la fecha del referéndum aumentaba la preocupación de los sectores políticos e intelectuales rusos, así como las presiones sobre las autoridades de Kíev. Pero la consulta acabó celebrándose, y concedió a la secesión un apoyo más amplio del esperado: un 90,3% de los sufragios apoyaron a la independencia ucraniana, y esta opción resultó mayoritaria incluso entre los sectores más reticentes, como los rusófonos o la región de Crimea.¹⁷⁷ La irreversibilidad de los hechos llamaba a un replanteamiento de las relaciones futuras entre las distintas repúblicas que surgieron de la Unión Soviética.¹⁷⁸

Con este espíritu, se reúnen el 8 de diciembre cerca de Minsk los presidentes ruso, B. Yeltsin, ucraniano, L. Kravchuk, y bielorruso, V. Shushkiévich, junto con sus primeros ministros. En dicha reunión estos líderes diseñan la creación de una Comunidad de Estados Independientes (CEI) que viene a sustituir, de algún modo, a la URSS. Pocos días más tarde se reúnen en Alma-Atá, la entonces capital de Kazajstán, estos presidentes con representantes de Asia central, el Cáucaso y Moldova. En total, 11 repúblicas (todas las soviéticas menos las bálticas y Georgia) constituyen la CEI el 21 de diciembre de 1991.¹⁷⁹ El epílogo a este proceso de desintegración soviético lo escribe Gorbachov cuando, el día 25, dimite como Presidente de la URSS sin nombrar sucesor. Este acto honorable, que sin duda evita un fuerte vertido de sangre, supone la desaparición de la Unión Soviética y la independencia definitiva de Rusia y de todas las otras repúblicas que habían constituido la URSS.

3.c) La consolidación de una esfera de influencia

Tras los acontecimientos de agosto de 1991, que dan al traste con los proyectos de Gorbachov para rescatar y reconstruir algo parecido a la ya agónica Unión Soviética, la

¹⁷⁷ La participación fue importante, del 84,1% del censo. En Galitzia el resultado favorable alcanzó el 98%, mientras que en Crimea el apoyo a la independencia fue del 54,2% y en el Donbass (regiones de Donetsk y Luhansk), tradicional reducto de población rusa, llegó al 83,9%. Los marinos de la flota del Mar Negro apoyaron la independencia ucraniana en un 75%. Véase KUZIO, T., y WILSON, A., *op. cit.*, p. 189.

¹⁷⁸ Véase TARAS, R., "Making sense of Matrioshka Nationalism", en BREMMER, I y TARAS, R. (eds.), *op. cit.*, pp. 513-537.

URSS debe enfrentarse al proceso irreversible de su disolución. No es una época propicia para reflexiones ni teórica, y los acontecimientos simplemente se desencadenan sin control. Descalificado Gorbachov tras su papel ambiguo en los últimos meses previos al golpe e incluso durante el mismo, la Presidencia de la URSS no gozaba de suficiente crédito para defender su propio punto de vista; el Partido Comunista, el pilar principal de un Estado orgánicamente muy descentralizado, había sido prohibido en la mayoría de las repúblicas, y sus dirigentes estaban, en el mejor de los casos, sumidos en un discreto silencio; el ejército, supuesto garante tradicional de la integridad de los Estados, apenas podía alzar la voz para desvincularse de los golpistas y de la memoria, cada vez más denostada, del experimento soviético. En Moscú el nuevo hombre fuerte era Borís Yeltsin, que como Presidente de Rusia no podía hacer gran cosa para evitar una disgregación del Estado que más bien potenciaba al erigirse como contrapunto a las élites soviéticas anteriores sin pretender abarcar todo el territorio de la Unión. Los líderes de las repúblicas periféricas, por lo general miembros de los sectores más reaccionarios del Partido, se habían situado *mutatis mutandis* en primera fila de los movimientos nacionalistas que poco antes habían reprimido y las diversas sociedades, que en general jamás se habían cuestionado (ni se cuestionaban en aquel momento) la unidad *nacional* de la Unión Soviética, apoyaban un movimiento secesionista cuyas consecuencias no siempre son medidas, ante la urgencia de buscar soluciones al caos de esta última fase del experimento soviético. Ante la vorágine centrífuga, pocas son las voces que se hacen oír para resaltar su descontento hacia la desaparición de un Estado hasta entonces poderoso. Entre agosto y diciembre de 1991 no se produce una reacción política ni social significativa ante la inminencia de la desaparición del gigante soviético. Apenas algunos intelectuales rusos, encabezados por el conocido disidente A. Solzhenitsin, dan el grito de alarma ante la irreversibilidad del proceso que está viviendo el Estado. La atención se centra en el referéndum ucraniano del 1 de diciembre, que se considera con razón un punto de no retorno; tras una decisión popular, fue prácticamente imposible proponer el mantenimiento de la opción contraria a la elegida sin caer en acusaciones de autoritarismo y de desprecio de la opinión pública. En octubre Gorbachov lanza una propuesta de “espacio común” que mantendría las instituciones de la URSS sobre las nueve repúblicas (todas menos las bálticas,

¹⁷⁹ Véase el texto íntegro de ambos documentos, traducido al español, como anexo al final de este trabajo.

Moldavia, Armenia y Georgia)¹⁸⁰ que hasta el verano anterior se habían mostrado dispuestas a mantener unos vínculos comunes. Sin embargo, el propio Yeltsin anunció que no aceptaría más que una unión bancaria, y Kravchuk, el líder ucraniano, se negó rotundamente a la firma de cualquier tratado. Ya en el mes de noviembre, algunos políticos e intelectuales rusos de diversas tendencias tomaron conciencia de la necesidad de salvar *in extremis* la Unión y llamaron al voto negativo de los ucranianos. Significativamente, sin embargo, apenas hubo personalidades ucranianas que secundasen dicho movimiento.¹⁸¹ Ello nos lleva a considerar el proceso de independencia de Ucrania y, por lo tanto, de disolución de la URSS como una dinámica fuera de control por parte de las autoridades soviéticas o rusas, desautorizadas por los acontecimientos políticos o incapaces de ofrecer una alternativa a la misma.

Sin embargo, el tiro de gracia a estos intentos de rescatar la Unión provino de Washington. El presidente Bush, que hasta el momento había mantenido, como el resto de la comunidad internacional, su sólido apoyo a Gorbachov y había descalificado cualquier intento de secesión más allá del Báltico, declaró el 27 de noviembre que estaba dispuesto a reconocer la independencia de Ucrania si ésta era la decisión del pueblo ucraniano. Además de confirmar la soledad en que se hallaba Gorbachov, la declaración de Bush reflejaba la buena disponibilidad de las potencias occidentales hacia los cambios geopolíticos que ya se presentaban como algo inevitable.¹⁸² Esta noticia fue recibida con tanto entusiasmo en Kíev como indignación en el Kremlin.¹⁸³

¹⁸⁰ Se trata de las repúblicas que no se habían desmarcado del proyecto de Gorbachov de crear una “Unión de Repúblicas Soberanas”, así lo habían ratificado en la reunión de Novo Ogarievo y lo habían sometido a la aprobación de sus electorados en referéndum, en marzo de 1991.

¹⁸¹ Ni siquiera los líderes soviéticos que más adelante representarán la continuidad del comunismo en Ucrania, como O. Moroz, o los líderes de la comunidad rusófona, como Griniiov (4% de los votos en las elecciones presidenciales de diciembre de 1991) abogan abiertamente por la continuidad de la URSS. Véase MARTYNIUK, J., “Ukrainian Independence and Territorial Integrity”, en *RFE/RL Research Report* n° 13, 1992, pp. 64-68, o LOUGH, J., “Defining Russia’s Relations with Neighboring States”, en *RFE/RL Research Report* n° 20, pp. 53-60.

¹⁸² Cabría situar al cambio de posicionamiento estadounidense como un nuevo posicionamiento condicionado por la diferente percepción de amenaza que reflejan las diferentes coyunturas o escenarios. Si hasta mediados de 1991 la disolución de la URSS representaba una amenaza a la estabilidad internacional, y como tal era combatida por las potencias, a partir del intento de golpe de agosto es, precisamente, el mantenimiento de la URSS lo que se concibe como una amenaza a la seguridad, dada la precipitación del camino hacia las múltiples independencias. Ello explica el apoyo internacional a este proceso, en principio, espontáneo y endógeno. Sobre el concepto de la percepción de amenaza en Relaciones Internacionales, véase STRANGE, S., y MORGAN, R., *New diplomacy in the post-Cold War: essays for Susan Strange*. St. Martin’s Press, Nueva York 1993; o HIGGINS, R., *Problems and Process: international law and how we use it*, Clarendon Publ., Oxford 1994; ROSS, A., *United Nations: Peace and Progress*, Bedminster Press, Totowa (NJ), 1966.

¹⁸³ El episodio es explicado en detalle en KUZIO, T. y WILSON, A., *op. cit.*, pp. 124-126.

Los resultados, como hemos visto, dan un apoyo masivo a la opción independentista y, con ello, se da un fuerte rechazo a cualquier posibilidad de mantener la unidad del Estado soviético. Ante la evidencia de los hechos, los líderes políticos de la todavía Unión Soviética se preparan a asumir la nueva realidad, consistente en quince nuevas repúblicas que deben sustituir a una Unión moribunda. Partiendo de esta base, se hacía evidente para los principales partícipes en el proceso que había que proceder a la creación de algún ente que coordine las funciones que todavía se corresponden al Estado y que sirva de marco para decidir el futuro de las mismas. No existía un acuerdo previo sobre las tres características básicas de este ente, como son a) su estatuto jurídico; b) sus competencias y c) su ámbito geográfico de actuación, pero sí hay un acuerdo tácito que hay que partir de una serie de mínimos, a saber: a) aceptará el hecho irreversible de que sus miembros son Estados independientes de pleno derecho, miembros por igual de la comunidad internacional; b) sustituirá al Estado soviético en aquello que no haya sido asumido plenamente por los nuevos Estados; y c) a falta de una concreción geográfica, se configura en torno a los tres Estados “nucleares” de la URSS, es decir la Federación Rusa, Ucrania y Bielorrusia, reconvertida en su forma independiente en Belarús. Es con este espíritu que se reúnen el 8 de diciembre de 1991, como hemos visto más arriba, los presidentes de Rusia (Yeltsin), Ucrania (Kravchuk) y Belarús (Shushkiévich), y como se constituye pocos días más tarde la Comunidad de Estados Independientes o CEI con la incorporación de las repúblicas asiáticas de la URSS.

Sin duda, las expectativas que ponen los diferentes participantes sobre la creación de la CEI varía ostensiblemente según las diversas perspectivas. Para Rusia, desde luego, la CEI debía ser el espacio natural donde ejercer su influencia internacional primaria; para las otras repúblicas, sometidas a un intenso proceso de construcción nacional que rechaza cualquier tendencia centrípeta, la CEI era poco más que el notario que debía distribuir los bienes de la extinta URSS. Ello llevará a un grave problema identitario en la nueva institución internacional, que no es propiamente una Confederación de Estados ni una organización internacional, sino que queda en un ámbito intermedio de difícil clasificación a causa, sobre todo, de la indefinición de los líderes de los Estados que la integran.

Desde el inicio de la restauración de la independencia en Rusia, se planteó un problema básico alrededor de la cuestión de su propia supervivencia: ¿cuál debería ser el estatuto de Rusia en el nuevo contexto regional e internacional? O, dicho de otro modo, ¿el nuevo Estado ruso podría mantener el estatuto de potencia de la antigua URSS? Como hemos visto en el capítulo anterior, Rusia ha basado históricamente su existencia y su supervivencia en su capacidad de crear y mantener una influencia sobre su entorno que le garantizaban cosas tan básicas (en sistemas internacionales anteriores) como son tierras fértiles de cultivo, mares cálidos con puertos seguros y vías de comunicación permanentes con los grandes mercados internacionales. Las nuevas fronteras surgidas en 1991 hacían retroceder las fronteras rusas prácticamente al punto donde se hallaban tres siglos y medio atrás, cuando Rusia vivía condenada a la autarquía y al aislamiento. No sólo esto, sino que Rusia perdía amplios territorios donde había asentado su propio concepto de nación, de “tierra propia”. Topónimos como Tblisi, Tashkent, Riga y, sobre todo, Kíev y Minsk formaban parte del patrimonio cultural e histórico propio, para la conciencia nacional rusa, tanto como Moscú, Suzdal o Novgórod. La independencia de Belarús y Ucrania era lo que resultaba más absurdo para la opinión pública rusa y para gran parte de la clase política e intelectual del nuevo Estado ruso. Para amplios sectores de la sociedad rusa no se trataba de restaurar la unidad de los pueblos de la antigua Unión Soviética, sino de limitar el alcance de una farsa política que, en nombre de las nuevas élites, había llevado al desmembramiento de un único pueblo.

En cualquier caso, la existencia del nuevo Estado ruso se plantea con diversas prioridades tendientes a reconstruir la potencia y la grandeza rusas: a) reconstrucción de Rusia, sometida a una fuerte desestructuración política, social y económica tras el caos de los últimos años de comunismo y de la *Perestroika*; b) reconstrucción del primer círculo de influencia de la nación rusa, constituido por el ámbito geográfico de la extinta Unión Soviética; c) restauración del carácter de potencia internacional que corresponde tradicionalmente a Rusia, tanto en el sistema internacional como en los ámbitos regionales donde Rusia ha ejercido una influencia tradicionalmente, en especial Europa central y oriental. Es precisamente en esta última faceta como potencia internacional

donde Rusia aspiraba, idealmente, a restaurar su papel protagonista en la esfera política mundial.¹⁸⁴

Los dos procesos principales, la reconstrucción del Estado ruso y la restauración de una área de influencia directa, se plantean de un modo paralelo y, de hecho, se sustentan mutuamente. En realidad, los políticos rusos confían en que la nueva situación lleve a una recuperación de la economía gracias al surgimiento de una nueva economía capitalista, un nuevo ambiente internacional de confianza y la llegada de inversiones extranjeras. Esta recuperación económica debería mantener los vínculos existentes con las nuevas repúblicas independientes que, sometidas a un proceso de transformaciones más profundas a causa de la necesidad de crear nuevas estructuras estatales, mantendrían todavía por mucho tiempo fuertes vínculos de dependencia con su antiguo centro político. Al mismo tiempo, estos vínculos privilegiados con los países del entorno garantizarían el acceso directo a sus recursos y mercados, lo cual contribuiría a mantener la potencia y superioridad de Rusia sobre su entorno. En cualquier caso, siempre según este esquema ideal de los primeros momentos de la independencia rusa, la unidad del espacio exsoviético vendría garantizada no sólo por la existencia de infraestructuras económicas, energéticas, viarias, etc., creadas por el Estado soviético y difíciles de sustituir,¹⁸⁵ sino también por la existencia de un sentimiento colectivo, una necesidad espiritual compartida que hace inimaginable la desunión de este bloque de pueblos heterogéneo, pero con una visión compartida del mundo. Estos argumentos pragmáticos y simbólicos hacen necesaria e inevitable la existencia de unos vínculos institucionales fuertes establecidos por el nuevo organismo que sucede a la URSS, la CEI.

¹⁸⁴ Esta transformación de la URSS mantiene sus entusiastas en un equipo cercano a Gorbachov que, de hecho, lo superarán en sus proyectos políticos a medida que avanza la Perestroika. Véase YAKOVLEV, A., *Lo que queremos hacer con la Unión Soviética. Entrevista con Lily Marcou*. Alianza ed., Madrid 1991.

¹⁸⁵ Se habla a menudo (véase, por ejemplo, KHAZANOV, A. M., *After the USSR*, Madison, University of Wisconsin Press, 1995) de la creación deliberada de infraestructuras económicas fuertemente dependientes a lo largo de la URSS con la clara intencionalidad política de mantener por la fuerza la unidad del Estado. Probablemente el aspecto que más ha costado, y sigue costando, de crear a las nuevas repúblicas para garantizar una independencia real sea la estructura energética, claramente dependiente en casi todos los casos del gas siberiano y de las centrales atómicas. Esta dependencia energética, que ya fue utilizada en 1990 para forzar a Lituania a congelar su declaración de independencia, será una de las claves de las relaciones económicas entre Rusia y los otros Estados de la CEI, especialmente con Ucrania.

3.d) Los primeros pasos de la CEI en tanto que organización regional organizadora del espacio de influencia de Rusia

Esta visión del futuro de la CEI, sin embargo, chocó pronto con dos factores no suficientemente valorados en su momento. En primer lugar, la crisis económica y social de Rusia (y de las otras repúblicas de la CEI) fue mucho más grave de lo que se creía, y no halló una fácil solución en la apertura de mercados al exterior ni con la liberalización de la economía; Rusia no consigue crear un modelo atractivo para las otras repúblicas y, al contrario, sigue arrastrando muchos de los déficits estructurales (corrupción del poder y de los actores económicos, autoritarismo político, falta de un sistema administrativo flexible y eficaz) que hicieron desconfiar en su momento a las sociedades periféricas de cualquier continuidad de la antigua URSS. En segundo lugar, los nuevos Estados se enfrentan a un proceso de restauración nacional profundo que pasa por la decidida construcción de todas las infraestructuras estatales de que están carentes; por lo tanto, el proceso centrífugo de estas nuevas entidades no se frena con las independencias de 1991, sino que se prolonga durante los años siguientes, en detrimento de todos los intentos que, desde Rusia, pretenden mantener la cohesión de los diferentes países.

Este proceso se hace evidente con los primeros intentos de dar contenido a la CEI. Tanto en las primeras cumbres de jefes de Estado en Minsk (30 de diciembre de 1991 y 14 de febrero de 1992), Kíev (20 de marzo de 1992), Tashkent (15 de mayo de 1992), Moscú (6 de julio de 1992), Bishkek (9 de octubre de 1992), etc.,¹⁸⁶ como en las reuniones periódicas de la Comunidad se enfrentaron dos concepciones claramente diferenciadas sobre cuál debe ser el futuro de la organización: mientras que Rusia estaba interesada en el mantenimiento de una unión aduanera, monetaria, militar, etc., y de una fuerte institucionalización de la CEI alrededor de una sede permanente y de una presidencia con amplios poderes, otras repúblicas manifiestan una escasa receptividad a esta concepción de la organización.¹⁸⁷ Al frente de los países rebeldes encontramos casi siempre a la Ucrania de Kravchuk, en pleno proceso de cohesión de su independencia y de conversión al atlantismo de sus élites políticas, y que ya había capitaneado el proceso

¹⁸⁶ Véase el seguimiento de las primeras cumbres y reuniones de la CEI en *Anuario Internacional CIDOB 1992*, Barcelona 1993, pp. 375-378.

¹⁸⁷ Véase ZEVIN, L., "The Economic Space of the CIS", en *Problems of Economic Transition*, nº 9, vol. 37, N. York, enero de 1995.

de disolución de la URSS en 1991.¹⁸⁸ Otros países reacios al reforzamiento de la CEI, por razones diversas, son Moldova, Azerbaiyán y Uzbekistán, mientras que Kazajstán, Armenia y Tayikistán constituyen el bloque más partidario de la centralización del poder alrededor de Rusia, y Belarús, Turkmenistán y Kirguizistán mantienen una postura ambivalente en este período.¹⁸⁹

El debate más agrio y, al mismo tiempo, más lleno de contenido que se produce durante los primeros meses de existencia de la CEI es el relativo a la existencia de una defensa común. Aunque en la cumbre de febrero de 1992 en Minsk se acuerda la estructuración e incluso la financiación de unas fuerzas armadas conjuntas y se llega a nombrar un comandante en jefe en la persona del mariscal ruso E. Shapóishnikov, Ucrania, Moldova y Azerbaiyán rechazan el principio de una defensa unificada.¹⁹⁰ Más adelante las discusiones girarían alrededor del control sobre las fuerzas estratégicas, es decir del armamento nuclear que en distintos Estados de la CEI (Rusia, Ucrania, Belarús y Kazajstán), y que Ucrania se niega a dejar en manos exclusivas de Rusia. Ucrania y otros países también boicotean la creación de una unión monetaria, de una Asamblea interparlamentaria (15 de setiembre de 1992), de una Constitución de la CEI (13 de noviembre de 1992), etc. En febrero de 1993 fracasa definitivamente el intento de crear

¹⁸⁸ Véase SOLCHANYK, R., "Ukraine and the CIS: a Troubled Relationship", en *RFE/RL Research Report* nº 7, 1993, pp. 23-27; SHAW, D.J. y BRADSHAW, M.J., "Problems of Ukrainian Independence", en *Post-soviet Geography* nº 1, 1992, pp. 10-20; RUPÉREZ, I., "Ucrania, un país en busca de Estado", en *Política Exterior* nº VIII, 1994, pp.133-144; MARAVER, A., "Ucrania: movimiento nacional y Construcción del Estado", en *Cuadernos del Este* nº 11, 1994, pp. 55-68. En cuanto al papel de les elites en el proceso independentista ucraniano, véase NEMIRIA, G., « Les élite régionales ukrainiennes et la consolidation de l'État », en *Notes et études documentaires (La documentation française)* nº 5022-17, 1995, pp. 25-36.

¹⁸⁹ Las razones de la actitud que toma cada república en la evolución de la CEI deben entenderse de manera prácticamente individual en cada caso, a parte de las tendencias centrífugas generales que debemos atribuir al doble factor de la debilidad rusa y de los procesos en curso de construcción nacional. De este modo, Moldova se distancia de las tendencias unionistas por la presión de sus sectores nacionalistas y prorrumanos, así como por resentimiento hacia el apoyo ruso a la secesión del Transdniéster; Azerbaiyán, en represalia a una supuesta actitud rusa proarmenia en el conflicto de Ngorno-Karabaj, y Uzbekistán pretende reafirmar su carácter de potencia regional en competencia directa con Moscú; Tayikistán y Armenia reciben el apoyo ruso en sus conflictos respectivos, mientras que Kazajstán es gobernado por un líder moderado, N. Nazarbáyev, que no pretende provocar recelos a la fuerte minoría rusa de su país ni al todavía poderoso vecino del Norte. En cuanto a Belarús, Turkmenistán y Kirguizistán, tienen que llevar a cabo un difícil equilibrio entre sus procesos de reconstrucción nacional y las presiones rusófilas de buena parte de sus sociedades y de sus clases políticas. Véase TEAGUE, E., "The CIS: An Unpredictable Future", en *RFE/RL Research Report*, vol. 3, nº 1, 7 de enero de 1994; SANDAHL, E., « La CEI : attentes et réalités », en *Notes et études documentaires* nº 4.982, 1993 ; WHITE, S., *After Gorbachev*, Cambridge U.P., Cambridge 1993 ; TISMANEANU, V., *op. cit.*; ARREGI, M., *op. cit.*

¹⁹⁰ En el caso moldavo, la presencia del ejército ruso en el territorio del Transdniéster será determinante para el aumento de la desconfianza con Moscú. Véase FANE, D., "Moldova: Breaking Loose from Moscow", en BREMMER, I., y TARAS, K. (eds.), *op. cit.*, pp. 121-154.

una carta constitucional de la CEI. Como contrapartida, en este período se acuerda la creación de unas fuerzas de interposición conjuntas con capacidad de intervenir en los numerosos conflictos que en aquel momento asolan el territorio de la CEI (Tayikistán, Nagorno-Karabaj, Transdniéster, etc.) A la práctica, estas fuerzas de interposición quedarían bajo control de los mandos y las estructuras militares rusas.¹⁹¹

En definitiva, se detecta un gran fracaso en la política rusa de crear una área de influencia directa. Mientras la prensa y la clase política rusa todavía hablan del concepto de “extranjero próximo” para referirse a los países que han de formar este primer círculo de influencia internacional (concepto que, por otro lado, también incluye a los países bálticos), la realidad política aleja cada vez más a estos países de cualquier dependencia con relación a Moscú. Incluso en los países de Asia central, económicamente dependientes de Rusia, la formación de nuevas élites nacionales conlleva la creación de estructuras políticas propias distanciadas cada vez más de los proyectos rusos. De este modo, no sólo los nuevos Estados emprenden una política decidida de “nacionalizar” sus administraciones, erradicando, como se ha detallado más arriba, los contenidos identitariamente rusos de la administración y de la educación, sino que inician una política exterior tendente a reforzar los vínculos tradicionales de los pueblos de Asia central con Turquía, Irán y, en general, con el mundo islámico. Como fruto de estas políticas, los gobiernos de Uzbekistán, Kazajstán, Azerbaiyán, Turkmenistán, Kirguizistán y Tayikistán hacen ingresar a sus países entre 1992 y 1993 tanto en la Organización de Cooperación Económica (OCE)¹⁹² como en la Organización de la Conferencia Islámica (OCI).¹⁹³

¹⁹¹ Véase CROW, S., “Russia Seeks Leadership in Regional Peacekeeping”, *op. cit.*

¹⁹² La OCE, que tiene como objetivo principal la explotación conjunta de los recursos naturales de Oriente Medio, especialmente de los hidrocarburos, fue fundada en 1985 por Turquía, Irán y Pakistán y, tras el hundimiento de la URSS, se convirtió en el punto de encuentro regional entre estos países y los de Asia central (incluido Afganistán, el último país en incorporarse, en 1995). Sin embargo, la cohesión de la Organización se ha visto refrenada por las rivalidades entre los tres países fundadores, ideológicamente distanciados y con pretensiones de potencia regional, a los cuales se ha añadido alguna república exsoviética con deseos de jugar un papel fundamental en la región (es el caso, especialmente, de Uzbekistán). Véase ROY, O., *La nouvelle Asie centrale ou la fabrication des nations*, *op. cit.*; CHOUKOUROV, C. y R., *Peuples d'Asie centrale*, Syros, París 1994.

¹⁹³ La Organización de la Conferencia Islámica fue fundada en 1967 como reacción de algunos países islámicos ante la ocupación israelí de Jerusalén. Desde entonces se ha convertido en una organización internacional de carácter cultural que agrupa a 57 Estados del mundo de mayoría (o de fuerte presencia) musulmana. El ingreso de las repúblicas exsoviéticas a la OCI se ha querido interpretar como la reincorporación de estos países al contexto cultural islámico, pero ello no ha representado ninguna concesión al integrismo religioso ni al confesionalismo. Véase ROY, O., *La nueva Asia central o la fabricación de naciones*, *op. cit.*; RASHID, A., *The Resurgence of Central Asia. Islam or Nationalism?*,

A pesar del arduo camino que debe emprender la CEI en su consolidación y de la poca disposición de sus miembros a reforzar la organización, se producen algunos avances a partir de 1993. Así, en setiembre de dicho año los países miembros de la Comunidad firman un Tratado de Unión Económica que se ve confirmado por el inicio, en abril de 1994, de un Acuerdo sobre la constitución de una zona de libre comercio (aunque su falta de implementación práctica sería una de las causas de las crisis posteriores), y al final del mismo año se crea el primer organismo con vocación supraestatal de la CEI, el Comité Económico Interestatal (MEK en sus siglas rusas).¹⁹⁴

En definitiva, existe una escasa capacidad por parte de Rusia para cohesionar lo que se supone que debería ser su área principal de actuación o su área de influencia inmediata, el espacio de la antigua URSS. Ello se puede achacar, sobre todo, a la lenta recuperación de la economía rusa y al proceso de construcción nacional que viven las otras repúblicas. Sería demasiado arriesgado hablar de la interferencia de otras potencias en el área, aunque sí ha habido, como se ha explicado en el capítulo anterior, una cierta competencia por el ejercicio de la influencia en Asia central o en el Cáucaso,¹⁹⁵ pero no podemos obviar una cierta sensación de resentimiento y animadversión hacia Rusia que han acompañado a los procesos de cohesión nacional de estos países. Rusia no ha sido, en muchos casos, la opción más atractiva, pero sí la que “correspondía” a los países de la CEI, dado el acuerdo tácito de la comunidad internacional de respetar los intereses rusos en la zona, y las posibilidades de escapar a esta influencia han sido y son escasas. Eso sí, mientras no ha sido imprescindible, los países de la CEI se han resistido a reforzar sus vínculos con Rusia tanto como les ha sido posible.

Este momento feliz de la política exterior rusa finalizó de un modo drástico y dramático en diciembre de 1994. Yeltsin pretendió aprovechar la relativa estabilidad

Zed Books, Londres 1994; RASHID, A., *Yihad. El auge del islamismo en Asia central*, Península /Atalaya, Barcelona 2002.

¹⁹⁴ La importancia de estos acuerdos es resaltada, entre otros, en PALAZUELOS, E., “LA CEI: un espacio económico desvencijado”, en *Informe del IEO*, Madrid 1996, o KIRICHENKO, V., “The States and Prospects for Economic Ties in the CIS”, en *Problems of Economic Transition*, vol. 36, Nueva York, enero de 1994.

¹⁹⁵ Por un tiempo, en la primera mitad de los años noventa, se ha dejado notar la influencia política de Turquía e Irán en estas zonas, pero no parece que estas ofertas hayan cuajado, en parte por la crisis económica que ha vivido Turquía con posterioridad y en parte por las presiones internacionales a que se ve sometido Irán, condenado al ostracismo internacional. Véase ROY, O., *et al.*, “Central Asia: Towards a New Great Game?”, en *Revue internationale et Stratégique* n° 34, verano de 1999.

social y económica del país y su peso internacional para poner fin a una situación anómala en su territorio, como es la rebelión abierta que presenta desde de 1991 una región del Cáucaso norte: Chechenia. Pero la operación militar para retomar el control de dicha región tendrá un coste elevadísimo para Rusia, entre otros aspectos su prestigio internacional, que quedará gravemente mermado en los meses siguientes.

3.e) A modo de conclusión: ¿Rusia renace como Estado o como potencia?

La reconstitución de Rusia abre un panorama de incertidumbre sobre su propia naturaleza estatal. Sin lugar a dudas, el nuevo Estado surge con voluntad de congraciarse con su propio pasado, especialmente en lo que concierne al papel opresor que ha jugado la Unión Soviética hacia sus ciudadanos y hacia los pueblos que lo componían. Y nace también con la voluntad de dotar al pueblo ruso, a la nación (*natsiia*) rusa de unas instituciones propias no tanto porque no pudieran ser compartidas con otros pueblos (Rusia está habituada a compartir su territorio e incluso su identificación nacional con otras naciones más o menos asimilables) sino para que los rusos puedan identificarse plenamente con su Estado, resultando de ello un movimiento nacional paradójico en que los rusos combaten el Estado que, en principio, lideran y al que dan su propia entidad nacional. Ambos posicionamientos, la reconciliación con los pueblos vecinos y la vocación de construir una entidad política soberana propia, llevan a la participación plena de Rusia en el proceso que acabará con la URSS. A este movimiento, desde luego, contribuyen también las dinámicas nacionales periféricas centrífugas, pero sobre todo un proceso de descomposición económico y político que hace insostenible el mantenimiento del Estado soviético, muy particularmente a partir de agosto de 1991. La deconstrucción soviética se presenta, pues, como un divorcio múltiple de mutuo acuerdo en que todas las partes, a excepción de unos débiles y desprestigiados representantes del viejo orden, están de acuerdo en dar certificado de defunción a una realidad política que, en aquel momento, aparentemente no representaba ninguna proyección nacional ni ningún interés colectivo.

Sin embargo, la desaparición de la Unión Soviética ha supuesto un difícil acomodamiento a la nueva realidad política. Por un lado, la prolongación y el empeoramiento de la crisis en Rusia y en las otras repúblicas ha hecho recapacitar en

profundidad a sus ciudadanos y a sus clases políticas sobre lo acertado del proceso emprendido. Por otro lado, las nuevas realidades estatales comprendían una buena dosis de construcción nacional que tal vez se había dado por concluida con demasiada precipitación.¹⁹⁶ Al fin y al cabo, las nuevas realidades nacionales obedecían principalmente a unas estructuras administrativas con connotaciones identitarias diseñadas por la ahora denostada Unión Soviética, por lo que resulta paradójico tener que jurar fidelidad a unos entes hasta cierto punto artificiales hijos de la arbitrariedad tiránica del viejo régimen. Ello resulta evidente en casos como los de Asia central, donde funcionan nuevas naciones que obedecen a unos criterios filológicos y comunitarios¹⁹⁷ diseñados esencialmente desde las academias rusas y europeas.¹⁹⁸

Pero la nueva situación no resulta menos vejatoria e incomprensible para el pueblo ruso, que observa cómo no sólo debe prescindir de un imperio trabajosamente logrado durante siglos, lo que, en esta cualificación, podría ser aceptado por un pueblo deseoso de romper con un pasado caracterizado por la opresión y de incorporarse a la modernidad de las naciones civilizadas, sino que inopinadamente advierte que sectores de lo que considera su propia patria se desgajan del tronco nacional principal para constituir naciones que hasta poco antes formaban parte tan sólo de un imaginario utópico o romántica sin apariencia de realidad política y mucho menos de apoyo popular o de fundamento identitario. La humillación de la atomización nacional es lo que los rusos percibirán como la máxima expresión de una derrota sin batallas, de su

¹⁹⁶ Recordemos aquí la importancia que adquiere, en la revolución bolchevique, la solución del problema nacional de la antigua Rusia zarista; uno de los mayores exponentes de dicha preocupación lo hallamos en LENIN, V.I., “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, en MARX, C. *et al.*, *El marxismo y la cuestión nacional*, Ed. Avance, Barcelona 1977 (2ª ed.), pp. 213-258.

¹⁹⁷ Ante la diversidad y complejidad identitaria en el espacio de la URSS, las autoridades soviéticas fijaron las entidades nacionales que debían administrar, y sobre las cuales debían crear unidades administrativas, conforme a criterios lingüísticos e identitarios establecidos en los centros de estudio de las ciudades rusas. De este modo, las academias de ciencias de Moscú y Leningrado fueron las responsables de fijar las fronteras y categorías lingüísticas no sólo en regiones de gran complejidad como el Cáucaso o Siberia, sino igualmente en regiones aparentemente más asimiladas culturalmente al concepto europeo de lengua, comunidad nacional y nación como Rusia y Ucrania. Ello permitió el reconocimiento de lenguas que anteriormente no habían sido consideradas como tales, como el checheno, el adigué, el kirguís, el careliano o el moldavo. Por otra parte, con censos complejos y rigurosas instrucciones sobre su interpretación también se fijaron los criterios para el reconocimiento de nacionalidades sin lengua propia (como los cosacos o los mesjetios, finalmente no reconocidos como nacionalidades, o los komi-permiacos) o con más de una lengua (como es el caso de los mordvinos). Véase MOTYL, A. (ed.), *Thinking Theoretically About Soviet Nationalities*. Columbia University Press, N. York 1992; o SUNY, R., “State, Civil Society and Ethnic Cultural Consolidation in the USSR – Roots of National Questions”, en LAPIDUS, G. y GOLDMAN, Ph. (eds.), *From Union to Commonwealth: Nationalism and Separatism in the Soviet Republics*, Cambridge University Papers, N. York 1992.

¹⁹⁸ Para la aplicación de este proceso en el caso asiático, véase ROY, O., *La nueva Asia central...*, *op. cit.*

sumisión a la corrupción de una camarilla mafiosa y a los intereses extranjeros. De la pérdida, en definitiva, de capacidad del pueblo ruso para dirigir su destino, de poder intervenir en las decisiones sobre su propio país y, tal como habían hecho durante largo tiempo, de poder intervenir en las decisiones de su entorno geográfico, así como en las decisiones mundiales, aspectos ambos que no parecen muy lejanos en el imaginario político ruso.

La creación de una comunidad de naciones cuya dinámica girase alrededor de Rusia debía ser un paso adelante, la compensación de algún modo a Rusia por su pérdida o el punto intermedio que debía reunir las aspiraciones de aquéllos que deseaban la cohesión del propio Estado nacional con los que deseaban mantener la mayor compenetración posible del antiguo espacio soviético. Sin embargo, la realidad ha ido por caminos muy diferentes, privando a Rusia de la posibilidad de una esfera de poder directo sobre esta supuesta área de influencia. Los elementos que contribuyeron al proceso disgregador de la CEI son varios: en primer lugar, la dinámica nacionalizadora propia del proceso de cohesión nacional de los nuevos Estados; en segundo lugar, la incapacidad de Rusia, inmersa en una grave crisis sin rápida solución, de crear un foco atractivo que consolide este radio de acción; por último, no debemos olvidar que las nuevas élites de estos Estados provienen del antiguo PCUS casi en su totalidad, que en muchas ocasiones se han sumado al carro independentista huyendo de la justicia que en Moscú persigue a los comunistas tras el golpe de agosto y están interesados en afianzar una esfera propia de poder, en general corrupta y autoritaria, en lo que había sido la periferia soviética.¹⁹⁹

Ante esta dinámica poco propicia a asegurar la continuidad de la influencia rusa en el antiguo marco estatal de la URSS, que por otra parte sigue siendo el marco nacional para muchos rusos, no son muchas las dinámicas que colaboran en favorecer esta tendencia. El Kremlin, como hemos visto, está demasiado debilitado para imponer su propio diseño internacional. Las élites de las nuevas repúblicas, incluidas las rusófonas, están inmersas en el proceso de cohesión nacional que viven dichos Estados. Por otra parte, las poblaciones rusófonas que habitan fuera de Rusia, convertidas en

¹⁹⁹ Véase BEISSINGER, M., "Elites and Ethnic Identities in Soviet and Post-Soviet Politics", en MOTYL, A. (ed.), *The Post-Soviet Nations (Perspectives on the Demise of the USSR)*, Nueva York, Columbia University Press, 1992, pp. 141-169.

minorías nacionales cuando poco antes eran poblaciones privilegiadas por su identificación con el Estado soviético, tienden a emigrar, particularmente las que habitan el Cáucaso y Asia central, mientras que en Ucrania y Belarús participan plenamente de la vida política del país y en el Báltico sufren una discriminación legal que las aparta del poder. En ningún caso, sin embargo, las minorías rusas crearán un grupo de presión para la mayor cohesión de la CEI, más de lo que lo pueden hacer (pero raramente hacen, excepto en Belarús y, parcialmente, en Ucrania) las propias poblaciones autóctonas. El único factor que presiona y logra mantener una endeble cohesión del espacio exsoviético alrededor de Rusia es la presión internacional, o más bien el interés de las grandes potencias en mantener un área de poder e influencia de Rusia sobre su periferia exterior y, con ello, lograr una cohesión regional que por una parte garantice la estabilidad de esta parte del planeta y, por la otra, no añada nuevos agravios sobre una Rusia resentida con unas potencias a quienes achaca sus múltiples desgracias. Las nuevas repúblicas, arruinadas y en gran medida desorientadas, ven frustradas sus intenciones de encontrar nuevas influencias que garanticen el futuro bienestar y consolidación de sus sociedades, así como la posibilidad de restablecer lazos regionales tradicionales; el consenso internacional en gran medida impuesto desde las potencias occidentales diseña el mapa regional con centro en Rusia y una periferia que, a pesar de la debilidad de este centro, permanecerá sin alternativas, forzada a recurrir a esta influencia a menudo no deseada. Rusia verá, pues, lentamente restablecida su influencia gracias a un consenso internacional que, sin embargo, siente a menudo como algo impuesto. Lo cual no está nada alejado de la realidad; así lo demuestran los límites impuestos al mantenimiento de dicha influencia, notablemente la presencia rusa en el Báltico.

4) La consolidación de la Unión Europea con relación a la reconstrucción de Rusia, 1991-1994

4.a) Una Europa en transición ante una Rusia en mutación

Si algo ha caracterizado a la Europa institucionalizada en el período 1990-2000 ha sido su voluntad de transformación: inicia la década como una organización básicamente económica en que doce países apenas intentan coordinar algunos aspectos de sus diplomacias, y llega al nuevo milenio con quince miembros, y trece ansiosos por añadirse a ellos, que han puesto en común parte de sus políticas exteriores y están a punto de abordar una política común de seguridad y defensa, además de haber logrado un acuerdo para una unión monetaria que regirá la economía de casi todos ellos y de haber reforzado sus instituciones para cohesionar las políticas compartidas. Los cambios vividos por la Europa comunitaria en la década de los años noventa obedecen a varios factores, tanto internos como externos; entre los internos cabe destacar:

- a) el fin de los obstáculos británicos, determinantes durante los gobiernos de Margaret Thatcher, que fue relevada del poder en 1991;
- b) el buen funcionamiento de las reformas impulsadas por el Acta Única Europea de 1987;
- c) la necesidad de acompañar de mecanismos políticos una integración económica y aduanera que se muestra como un proceso irreversible y cada vez más acelerado;
- d) el resultado altamente positivo de la ampliación comunitaria de 1986 a España y Portugal y, más directamente,
- e) la necesidad de profundizar en la coordinación entre los gobiernos de los Estados miembros y las instituciones europeas en un mecanismo cada vez más eficaz pero al mismo tiempo cada vez más complejo.²⁰⁰

²⁰⁰ Sobre el proceso de cambios que llevaron a la creación y aprobación del Tratado de la Unión Europea, véanse, entre otros, ARCOS VARGAS, M.C., *De la Comunidad a la Unión Europea. El Tratado de la Unión Europea, firmado en Maastricht el 7 de febrero de 1992*. UNED, Sevilla 1992; CORBETT, R., *The Treaty of Maastricht. From Conception to Ratification: A Comprehensive Reference Guide*. Longman Publ. Essex, 1993; FONSECA MORILLO, F., y MARTÍN BURGOS, J., “La Unión Europea: génesis de Maastricht”, en *Revista de Instituciones Europeas*, vol. 19, n° 2, mayo-agosto 1992, pp. 517 y

Todo ello responde a los llamamientos insistentes de varias instituciones comunitarias, muy especialmente el Parlamento y la Comisión, así como otras voces autorizadas de las Comunidades, como pueden ser líderes y parlamentos nacionales, en el sentido de incidir en la personalidad política y, por ende, defensiva de los organismos europeos.

A pesar de la importancia innegable de estos factores endógenos, el auténtico motor de las transformaciones vividas en Europa oriental hay que buscarlo en los estímulos exógenos, llegados por la nueva realidad internacional que se origina tras la caída del muro de Berlín, en 1989. Podemos resumirlos en los siguientes apartados:

- a) la desaparición, ya en 1989, de un bloque antagónico en las mismas fronteras de las Comunidades, lo que no tendría su confirmación jurídica hasta la disolución del Tratado de Varsovia y del CAME, a finales de junio y principios de julio de 1991;
- b) la reunificación alemana, en octubre de 1990, lo cual conlleva un nuevo reequilibrio del poder entre los países comunitarios, a la par que promueve una reconsideración del papel de Alemania como “potencia vencida”, en inferioridad de condiciones, que arrastra desde 1945;
- c) la aparición de un nuevo escenario estratégico global, al disolverse el Pacto de Varsovia y, con ello, desaparecer la bipolaridad de la guerra fría, lo que permite establecer un nuevo marco de relaciones con el tradicional garante de la seguridad europea, Estados Unidos y reconsiderar la problemática de la seguridad europea;
- d) la aparición de una nueva problemática internacional en Oriente medio, con la invasión de Kuwait por Irak en agosto de 1990 y la consiguiente desviación de la tensión y la atención internacionales fuera del marco europeo;
- e) el surgimiento de un período de incertidumbre en el centro y el este de Europa, tras la caída de los regímenes comunistas, lo que llevará a varias consecuencias importantes en la periferia inmediata de las Comunidades:

ss.; BARBÉ, E., en su libro *La seguridad en la nueva Europa*, Los libros de la Catarata, Madrid 1995; o WESSELS, W., “Rationalizing Maastricht: The Search of an Optimal Strategy of a new Europe”, en *International Affairs*, vol. 70, nº 3, 1994, pp. 445-458.

- la reestructuración del mapa europeo, con la reunificación alemana de 1990, la desaparición de antiguos Estados (URSS, Yugoslavia, Checoslovaquia) entre 1991 y 1993 y la aparición de hasta veintiún Estados nuevos en su lugar;
- la reaparición de la confrontación étnica, especialmente en los Balcanes y otras áreas de Europa oriental, lo que da lugar a serios enfrentamientos, al resurgimiento de actitudes y legislaciones discriminatorias en algunos casos y a nuevos enfrentamientos entre Estados;
- la reaparición, tras 46 años de ausencia, de la guerra en Europa, concretamente en la antigua Yugoslavia, con sus aspectos de mayor crudeza en Croacia, Bosnia y Herzegovina y, en diferentes episodios de desigual intensidad, en Kosovo;
- la tendencia creciente, en los Estados de Europa central y oriental, a solicitar su integración en las instituciones occidentales, concretamente la Unión Europea y la Alianza Atlántica, lo que crea una nueva área de expansión para dichas instituciones.²⁰¹

Vemos, por lo tanto, que entre los años 1989 y 1991 el escenario cambia en tal medida que afecta de modo directo no sólo el funcionamiento de los Estados eurooccidentales y sus instituciones regionales, sino la planificación sobre el futuro de los mismos. Quisiera destacar, para los fines de este trabajo, dos hechos fundamentales de este período de transformaciones institucionales y del proceso que lo seguirá: a) como hemos visto en la relación pormenorizada en los apartados anteriores, la evolución de la Unión Soviética, de su área de influencia y de sus Estados sucesores a partir de 1991 será uno de los elementos decisivos en el camino de reformas emprendidas por las instituciones comunitarias; b) el proceso de reformas iniciado por las instituciones europeas tras la caída del muro de Berlín será planificado, pactado, regulado, corregido y complementado durante un período que superará la década y llegará a nuestros días, en un proceso complejo que dificultará el avance de las reformas emprendidas, pero al mismo tiempo garantizará una amplia participación internacional,

²⁰¹ Sobre los debates que surgen acerca de las carencias europeas en materia de seguridad alrededor de las conversaciones que llevarían al Tratado de Maastricht, hallamos un buen informe y compendio en DEHOUSSE, R., *et al.*, *Une politique étrangère pour l'Europe*, European University Institute "Working Paper", European Policy Unit n° 91/8, 1991.

institucional e incluso popular en el proceso realizado. Sobre estos dos aspectos, la incidencia de la evolución política, económica y social en Europa oriental sobre el proceso institucional europeo, y la complejidad endógena del propio proceso, quisiera dedicar una atención especial.

Ya antes de la desaparición de la URSS, las instituciones comunitarias habían centrado su atención en la debilidad de su vecino oriental. En este sentido, cabe remarcar la posición de acercamiento y comprensión hacia la Unión Soviética que llevaron a término los líderes europeos que en los años ochenta protagonizaron el reforzamiento de las instituciones europeas y del espíritu de construcción europea, los dirigentes francés y alemán F. Mitterrand y H. Kohl, respectivamente. Ello contrasta con la política agresiva y de confrontación del presidente estadounidense R. Reagan y, a su socaire, de la primer ministro británica M. Thatcher, caracterizada igualmente por su fuerte talante antieuropeo. De este modo, a mediados de los años ochenta y muy especialmente tras la llegada al poder de M. Gorbachov (1985) podemos distinguir claramente, por una parte, una actitud constructiva en el marco europeo y dialogante en un contexto bipolar, encarnado por un eje franco-alemán al que más tarde se añadirán otros actores relevantes como el presidente de gobierno español F. González. Frente a este eje con el que se vinculará inmediatamente una postura de avance en el refuerzo institucional europeo, la posición contraria al entendimiento con la URSS tomará un matiz extraeuropeo, en el caso norteamericano, o incluso antieuropeo, en el caso británico. Cabría matizar que, en una tendencia que por otra parte es característica de la Guerra Fría, en ese frente europeo no podemos hablar de una auténtica ruptura en el bando atlántico, y sí, más bien, de fisuras en un bloque homogéneo; recordemos a la sazón, por ejemplo, el apoyo de Bonn al despliegue de los misiles *Cruise* y *Pershing* durante la crisis de los euromisiles, a principios de los ochenta, y señalemos que ni siquiera Francia en los momentos más álgidos de la distensión gaullista de los años sesenta polemizó acerca de su adhesión última a un bloque occidental antagónico del comunismo soviético, claro adversario de las opciones políticas conservadoras de Europa Occidental. Simplemente, se percibe, y ello es lo que cabe destacar en el contexto de este trabajo, una íntima vinculación entre la voluntad de construcción de una unidad política europea expansiva, por una parte, y una vocación de estabilidad en materia de seguridad con la URSS, vinculación que tendrá una mayor concreción tras la

caída del muro de Berlín.²⁰² Todo ello dará lugar, en la postguerra fría, a la creación de un eje informal París-Berlín-Moscú que ejercerá en ocasiones presiones sobre la hegemonía estadounidense.²⁰³

Tras los acontecimientos acaecidos en Europa central y oriental a lo largo de 1989, se adivinaron rápidamente dos consecuencias políticas de profundo calado. En primer lugar, la desideologización de los gobiernos en los Estados que experimentaron dichos cambios (Polonia, Hungría, RDA, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumania) comportaba ineluctablemente el distanciamiento de dichos países respecto a su eje estratégico, lo que llevaba a una grave incertidumbre acerca del futuro de la región; especialmente habida cuenta que los nuevos líderes e incluso el conjunto de las sociedades de dichos países reclamaban con urgencia cambios en su alineamiento ideológico. La segunda consecuencia política de efectos inmediatos tenía lugar en la RDA, el Estado en que se habían escenificado los aspectos más espectaculares de los hechos de 1989, y cuya propia existencia simbolizaba al mismo tiempo la división de Europa y la imposición de la voluntad de las potencias extraeuropeas. La lógica histórica de dichos acontecimientos, y en realidad la culminación de un proceso iniciado 45 años antes, llevaba a una integración de la RDA en su vecino, anterior rival y actual vencedor de una guerra sin batallas, la República Federal de Alemania. Pero ello suponía una peligrosa ruptura de un equilibrio costosamente alcanzado en el contexto europeo, y la Unión Soviética, por bien que hubiera consentido y hasta cierto punto promovido los cambios acaecidos, no podía por menos que percibir un trauma en lo que significaba su primera retirada estratégica desde la Segunda Guerra Mundial. Aunque la URSS se hallaba inmersa en una grave crisis económica y política y su futuro se vislumbraba incierto, formalmente el bloque constituido a su alrededor y articulada en torno al CAME y al Pacto de Varsovia seguía existiendo, y un ejército de decenas de miles de soldados soviéticos permanecía acantonado en Alemania oriental. Por otra parte, la intangibilidad de las fronteras alemanas y europeas, sellada especialmente por

²⁰² Véase al respecto MILLER, R.F. *et al.*, *Gorbachev at the Helm. A New Era in Soviet Politics?* Croom Helm, Londres 1987.

²⁰³ En especial en su apoyo a Naciones Unidas ante el aislamiento creciente de la organización tras la llegada al poder del Presidente Bush (2000), mostrando una sensibilidad propalestina en el conflicto de Oriente Medio, o en la crisis de Irak de 2003. Véanse al respecto LARE, M. T., « Washington veut pouvoir vendre sur tous les fronts », en *Le Monde Diplomatique* n° 542, mayo de 1999; BAYOU, C., « Les relations Russie-Union européenne : vers quelle intégration? », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.025, mayo de 2002, pp. 4-16; SLAUGHTER, A.-M., "The Real New World Order", en *Foreign Affairs*,

el Tratado Interalemán de 1973 y por el Acta Final de Helsinki de 1975, se había erigido en un principio fundamental cuya transgresión era temida por varios actores, tanto al Este como al Oeste del Telón de Acero, que veían en la corrección del mapa europeo, por leve y legítima que ésta fuera, una caja de Pandora de efectos imprevisibles; como sabemos, en gran medida la historia habría de dar la razón a este vaticinio agorero, si bien no sería justo atribuir las calamidades consiguientes a una sola causa puntual como es la reunificación alemana, fruto por otra parte de la presión popular además de los intereses políticos de las elites.²⁰⁴ Aunque rápida (en menos de un año, entre noviembre de 1989 y octubre de 1990, se completó todo el proceso que llevó a la desaparición de la RDA), la reunificación alemana no dejó de acarrear serios problema de fondo, entre los cuales es de destacar la renuncia territorial a que tuvo que acomodarse el bloque oriental; o, tal vez de un modo más acertado, la revisión de fronteras entre bloques: la absorción de un Estado del Este dentro de otro del Oeste evitaba situaciones engorrosas, como el hecho de ver como un Estado antiguamente aliado de la URSS ingresaba en el bloque todavía adversario, pero no podía ocultar el hecho objetivo de que la Alianza Atlántica llegaba, a partir de ese momento, a los ríos Oder y Neisse, acogiendo dentro de sus límites a miles de soldados soviéticos que todavía no habían sido devueltos a su hogar.

Por otro lado, la reunificación alemana anticipaba en gran manera las evoluciones que experimentarían en los años venideros tanto la URSS como Europa occidental. Si la primera seguiría retrayéndose sobre sí misma hasta verse cercenada en su propio territorio, en Occidente se iniciaría un proceso de reafirmación política en que destaca una Alemania reconstituida y crecida en sí misma en su nuevo papel de potencia y de líder regional; liderazgo, eso sí, mancomunado con otros Estados y con las instituciones europeas. Sin embargo, la precipitación de los acontecimientos que, sobre todo a partir de 1991, dejarán a la Unión Soviética ante la inevitabilidad de su disolución y la parálisis institucional en que se verá sumida la Unión Europea a raíz, paradójicamente, del gran salto adelante que supuso la renovación de Maastricht,

vol. 76, nº 5, septiembre/octubre 1997, pp. 183-197; WAEVER, O., *et al.*, *European Polyphony. Perspectives beyond East-West Confrontation*. St. Martin's Press, Nueva York 1989.

²⁰⁴ Véanse, sobre los problemas suscitados por la reunificación alemana ALDECOA LUZARRAGA, F., *La integración europea. Análisis histórico-institucional con textos y documentos. II. Génesis y desarrollo de la Unión Europea (1979-2002)*. Ed. Tecnos, Madrid 2002, pp. 322-325; SOTELLO, I., "La unificación de Alemania, causas y consecuencias", *Anuario Internacional CIDOB 1990*, Barcelona 1991, pp. 115-120.

precisamente en 1991, dejan un vacío enorme en Europa central y oriental entre un espacio que ha abandonado *volens nolens* la extinta Unión Soviética y aquél que, por prudencia y falta de medios institucionales, todavía no ha alcanzado a ocupar la recién (re)creada Unión Europea. Y al hablar de espacio vacío debemos entender no sólo un concepto territorial, es decir los países de Europa central y oriental, huérfanos de liderazgo, que reclaman un patronazgo en medio de una incierta transición política y económica y de traumas internos de carácter en ocasiones sangriento, sino a un papel simbólico y estratégico que igualmente queda vacante tras la muerte de la URSS. En efecto, al tiempo que desaparece uno de los ejes del sistema bipolar, dejando paso así a un sistema internacional claramente hegemónico en términos de seguridad, la Unión Europea surge como nuevo actor con vocación de potencia y que, ya desde Maastricht, pretende ocupar su propio espacio en materia política y de seguridad.²⁰⁵

4.b) Los límites de la potencia europea

Hemos hablado de los inicios de la década de los noventa como un punto álgido en la construcción europea, que tiene su máximo exponente ideológico en la *entente* centrada en la amistad y convergencia de intereses entre los líderes francés, Mitterrand, y el alemán, Kohl, mientras que podríamos hallar el máximo momento pragmático y constructivo en la elaboración y aprobación del Tratado de la Unión Europea (TUE) o Tratado de Maastricht. Sin embargo, estamos lejos de poder hablar en términos triunfalistas del inicio de un camino sin fisuras en la construcción europea, o ni siquiera del inicio de una dinámica uniforme y unánime en la arquitectura europea. Si bien es cierto que la renuncia forzada de la señora Thatcher, en 1990,²⁰⁶ allana el camino europeo de uno de sus obstáculos más clásicos y firmes, el sistemático obstruccionismo británico, ello servirá igualmente para hacer visibles nuevos tipos de obstáculos y, por encima de todo, una falta de acuerdo de base en el proceso a llevar a cabo dentro de la

²⁰⁵ El papel del nuevo sistema de potencias tras la Guerra Fría es tratado, entre otros, en MESA, R., “Orden, sistema y nueva sociedad internacional”, en *Razón y fe* n° 225, 1992, pp. 608-622.

²⁰⁶ Tras una década larga de férreo liderazgo en el Reino Unido y en el Partido Conservador, durante la cual la Dama de Hierro sorteó airoso la crisis de las Malvinas, la de los euromisiles o fuertes protestas sindicales contra sus políticas fiscales y laborales, M. Thatcher cae el 27 de noviembre de 1990 al no poder superar la oposición a su liderazgo dentro de su propio partido. A menudo se ha argumentado que la cuestión europea estaría al fondo de su defenestración; el hecho es que su sucesor, J. Major, es el representante de la corriente más europeísta de su partido y no plantea problemas mayores en el proceso de construcción europea.

construcción europea. El mismo debate de la Conferencia Intergubernamental iniciada en diciembre de 1990 y prolongada a lo largo de todo el año siguiente, que daría como fruto el TUE, es una muestra de regateo político entre diferentes posiciones y perspectivas sobre el futuro de Europa, en las que no sólo se enfrentan el clásico esquema europeísta frente al atlantista, sino que hallamos de nuevo un cruce de argumentos entre los partidarios de un modelo intergubernamental con los defensores de un modelo supranacional, las susceptibilidades de los países neutrales (mejor dicho el país, puesto que en aquel momento se trataba únicamente de Irlanda) en poder mantener sus especificidades o las reticencias de los países de fuerte tradición diplomática a ceder su presencia en tan delicado terreno a una etérea comunidad de intereses en la esfera internacional. El resultado de todo ello es una amalgama destinada a satisfacer a todos los presentes con una permanente dilación de las decisiones más significativas, en vista de la dificultad de alcanzar compromisos reales en materias delicadas como el sistema de toma de decisiones, la asunción de una política común de defensa o el ámbito de actuación de la recién estrenada PESC.²⁰⁷ De este modo, a la indefinición que hallamos en el TUE al referirse a la política de seguridad²⁰⁸ o al contenido final que deberá tener la política exterior común europea, se incorpora un nuevo elemento de incertidumbre al prever una revisión del artículo J.7 “sobre la base de un informe que el Consejo presentará al Consejo Europeo en 1996” (art. J.7.6). Todo ello incorpora un elemento de inestabilidad importante en los primeros pasos de Europa como potencia o, incluso, antes de que se den estos primeros pasos.²⁰⁹

Porque, si las discusiones en Maastricht fueron complejas, no lo fue menos su proceso de aprobación e implementación. Por un lado, la propia indefinición del Tratado dejaba lugar a una animadversión política hacia el mismo, puesto que lo mismo preveía y arrojaba una aplicación ambiciosa de las atribuciones anunciadas en Maastricht que un inmovilismo casi absoluto, lo cual provoca el rechazo de los partidarios de uno y otro extremo del abanico del europeísmo. Por otro lado, esta misma ambigüedad

²⁰⁷ Como ilustra BARBÉ, E., en su libro *La seguridad en la nueva Europa*, op. cit, pp. 133-144.

²⁰⁸ Lo que queda claro, por ejemplo, en el famoso y polémico artículo J.7.1, que describe que la PESC “abarcará todas las cuestiones relativas a la seguridad de la Unión Europea, incluida la definición, en el futuro, de una política de defensa común, que pudiera conducir en su momento a una defensa común”, o en el papel otorgado a la UEO, de la que apenas se especifica que es “parte integrante del desarrollo de la Unión Europea” (art. J.7.2). Véase *Ibidem*, p. 142.

²⁰⁹ Véase al respecto el análisis pesimista que de esta incertidumbre hace CORBETT, R., (“The Intergovernmental Conference on Political Union”, en *Journal of Common Market Studies*, vol. XXX, n°

permite una lectura política en que las sociedades expresan su rechazo o aprobación del mismo como reflejo de su posicionamiento respecto a los líderes o a las políticas generales que han llevado a cabo las negociaciones de la CIG de 1990-91. De este modo, el primer referéndum para ratificar el TUE se produce en Dinamarca, el 2 de junio de 1992, con un resultado desalentador: el 50,7% de los votantes rechazaron el Tratado. Cuando, el 20 de septiembre siguiente, Mitterrand propone al electorado francés la aprobación en referéndum del TUE, se enfrenta con una condena moral elevada, puesto que sólo el 51,1% de los votantes lo aprueba, lo que a punto está de dar al traste con el propio Tratado, a pesar de que no se trata de un voto estrictamente antieuropeo o anti-Maastricht, y habría que analizar estos resultados en una clave básicamente interna.²¹⁰ Para lograr solventar el problema planteado por los electores daneses hubo que aprobar, en el Consejo de Edimburgo (11-12 de diciembre de 1992), unas excepciones (*opting out*) significativas a los compromisos en materia de defensa a que se sometía en el futuro Dinamarca, por las cuales el gobierno danés podía oponerse a su involucración en la política de seguridad europea o en la Unión Económica y Monetaria (UEM), entre otras políticas. Sometido el Tratado, con esta última incorporación, al electorado danés el 18 de mayo de 1993, fue aprobado por un margen del 56,8% de votos a favor.²¹¹ Aunque menos problemáticos, los procesos de aprobación del TUE en países como Irlanda (referéndum el 18 de junio de 1992, con el 68,7% de votos a favor), el Reino Unido (en que el gobierno propuso una enmienda sobre la Carta Social) y Alemania (con una veintena de recursos de inconstitucionalidad presentados por grupos políticos y personalidades) no estuvieron exentos de dificultades. Todo ello supuso un importante retraso en la ratificación del TUE, que no pudo entrar en vigor hasta el 1 de noviembre de 1993, diez meses después de lo previsto.

En este período de dilación, sin embargo, es cuando se hace más evidente la necesidad de una aplicación eficaz del Tratado de la Unión Europea en tanto que fundamento de una política exterior de la Unión Europea. El mundo diseña un nuevo

3, 1992, p. 298) al describir la ambivalencia de interpretaciones del Tratado a causa de sus múltiples ambigüedades.

²¹⁰ Véase ALDECOA LUZARRAGA, F., *op. cit.*, pp. 185-187.

²¹¹ Véase NIELSEN, H.J., "The Danish Voters and the Referendum in June 1992 on the Maastricht Agreement", en KELSTRUP, M. (dir.), *European Integration and Denmark's Participation*, Institute of Political Science, Copenhague 1992, pp. 365-380; MANGAS MARTÍN, A., "Dinamarca y la Unión Europea: análisis jurídico", en *La Ley*, 23 de julio de 1993.

formato para sustituir a la bipolaridad que ha presidido cuatro décadas y media de historia universal e incluso Estados Unidos, la heredera prácticamente única del pasado sistema de potencias de la Guerra Fría, parece dudar ante el panorama hegemónico que se vislumbra. La presidencia del primer George Bush (1991-1995) parece aceptar bien una aparente distensión global, preconizando la democratización de Latinoamérica y las conversaciones de desarme. En este escenario de reflexión aparente y de reestructuración, Europa está inmersa en un proceso de dudas existenciales que no otorgan cohesión a lo que debiera ser un nuevo ente homogéneo y fuerte en el nuevo mapa internacional. Mapa que, por otro lado, no está exento de tensiones. En Oriente Medio, la invasión de Kuwait y la reacción sobre Irak precisan de unos interlocutores cohesionados tanto en el seno de la ONU como, sobre todo, en el frente de batalla que se abre sobre el terreno a partir de febrero de 1991 y en el escenario posbélico que planea sobre la zona, y que condiciona el nuevo orden mundial. Mientras que Estados Unidos da muestras de firmeza y coherencia, Europa duda, no presenta una opción sólida y acaba incorporándose en calidad de anexo a la máquina diplomática y bélica norteamericana.²¹²

Pero es en el propio continente europeo donde se expresa de forma más clara la impotencia europea. Tras la caída del muro de Berlín, gran parte de Europa central y oriental inicia un largo y pesadumbroso camino hacia la recuperación de una normalidad política coartada medio siglo atrás, y cuyo objetivo último sería la asimilación a la Europa económica próspera, políticamente democrática e institucionalmente cohesionada que contemplan al Oeste de lo que fue en su momento el telón de acero. Entre junio y julio de 1991 quedan desmantelados los residuos de lo que fue el bloque del Este, al disolverse el CAME y el Pacto de Varsovia.²¹³ Para entonces todos los países del área, a excepción de la URSS y de algunas repúblicas yugoslavas, han vivido elecciones democráticas, han iniciado la privatización de sus economías y se han tenido que enfrentar, irremisiblemente, a unas consecuencias de la transición con las que, en muchas ocasiones, simplemente no contaban, como una crisis económica prácticamente endémica, una grave falta de cohesión social, sangrientos

²¹² Sobre el papel de la UE en tanto que potencia, véase “Europa en el marco internacional actual”, en *Sistema* nº 114-115, 1993, pp. 207-214.

²¹³ El proceso de transformación política de estos países es analizado en TAIBO, C., *Las transiciones en la Europa central y oriental. ¿Copias de papel carbón?*, Los libros de la Catarata, 1998.

conflictos étnicos²¹⁴ y una inmensa incertidumbre que planea sobre su futuro. A pesar de que el objetivo declarado de la mayoría de estos nuevos países sea precisamente la Unión Europea, que no ha perdido carisma en la zona, lo cierto es que la maquinaria burocrática bruselese, puesta en funcionamiento en toda su lentitud paquidérmica entre diciembre de 1990 (cuando se inicia la CIG) y noviembre de 1993 (cuando entra en vigor el TUE), no sólo se ve falta de cualquier capacidad de reacción ágil hacia unos acontecimientos que la están observando, sino que permanece absorta en un proceso de ensimismamiento y acondicionamiento que dificulta el inicio de cualquier proceso eficaz en materia de acción exterior. Esta inhabilidad tendrá sin duda alguna su máxima, y más sangrienta, expresión en los conflictos de los Balcanes.²¹⁵

Paradójicamente, la actuación comunitaria en los conflictos balcánicos se inicia con un triunfo, con un ejemplo de lo que debiera haber sido, y no fue, concretamente la mediación europea en los conflictos en esta y otras áreas. Los acuerdos de Brioni de junio de 1991, fomentados a partir de una iniciativa coherente de la incipiente diplomacia unida europea, ponen un colofón definitivo al enfrentamiento armado entre la secesionista Eslovenia de Kucan y una Yugoslavia telemanejada por Milosevic y que extrañamente se resigna a una vergonzosa retirada incondicional.²¹⁶ Por supuesto, y como sabemos, este movimiento táctico no hará sino allanar el terreno para las inmediatas y cruentas intervenciones de dicho ejército en Croacia y en Bosnia, pero con la perspectiva actual asombra la rotundidad del éxito de esta primera diplomacia negociadora europea en Brioni, habida cuenta de los múltiples fracasos posteriores.²¹⁷ No podemos callar, por otro lado, que este triunfo inicial de la nonata PESC contribuyó al empecinamiento de unas posturas dialogantes y temporizadoras por parte de los mediadores europeos e internacionales que en el futuro tendrán dramáticas

²¹⁴ El espacio de la antigua URSS se convierte en un área de concentración de los conflictos, como destaca LANDGREN, S., en "Post-Soviet Threats to Security", *SIPRI Year Book 1992*, World Armaments and Disarmament, Londres.

²¹⁵ Véase REMACLE, E., « La politique étrangère européenne : de Maastricht à la Yougoslavie », en *Les Dossiers du GRIP*, n° 167, 1992.

²¹⁶ Sobre los acuerdos de Brioni, véanse REMACLE, E., "La CSCE et la Communauté Européenne face au conflit yougoslave", en *Le trimestre du Monde*, 1992, n° 17, pp. 219-234; SALMON, T., "Testing times for European Political Cooperation: the Gulf and Yugoslavia 1990-1992", en *International Affairs*, vol. 68, n° 2, 1992, pp. 233-253; GNESOTTO, N., *Lessons of Yugoslavia*. Chailiot Papers n° 14, Institute for Security Studies, marzo 1994.

²¹⁷ Es evidente que en el momento de los acuerdos de Brioni la conflictividad yugoslava no presentaba todavía el riesgo de conflicto de larga duración que resultaría ser más tarde. Véase MAURY, J.-P., « La nouvelle perception des menaces : L'ex-bloc soviétique et la Yougoslavie », *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* n° 27, 1994, pp. 31-43.

consecuencias, al estimular *de facto* el prolongamiento de un conflicto en que las fuerzas implicadas, de capacidad desigual, eran tratadas como actores equivalentes, y ello era aprovechado para perpetuar las presiones militares de aquellas partes que podían permitírsele y que, en adelante perpetraron todo tipo de abusos enmascaradas en el contexto bélico y en el callejón sin salida de unas negociaciones sin fin.²¹⁸

Europa estrena, pues, entidad diplomática común y vocación de ejercerla, ya desde antes de la aprobación del TUE. Pero también surge la incapacidad y la frustración y, lo que es más importante y doloroso, también estrena ineptitud ante los resultados catastróficos de una política exterior abrumada por la divergencia de intereses, la lentitud de la maquinaria diplomática y la falta de reacción ante la picaresca de los interlocutores existentes. Se ha visto ya un ejemplo sangrante en los Balcanes occidentales, que hizo de la PESC copartícipe de la ineptitud occidental ante el ensañamiento del conflicto bélico, pero cabría hacer extensiva esta incapacidad a la política general exterior comunitaria, muy especialmente en temas de carácter urgente como la crisis de Kuwait o en los casos en que Europa precisa reaccionar en zonas que requieren su protagonismo esencial, muy especialmente en Europa central y oriental. La traducción práctica de este desencuentro de Europa con su propio espacio tendrá dos escenarios básicos: el área de futura influencia directa de la UE por un lado y Rusia y su área de influencia, por el otro.

La crisis que sigue al entusiasmo consustancial a la caída del muro berlinés no recibe todo el apoyo que hubiera precisado de una Europa ensimismada en la definición de sus capacidades y de un futuro pretendidamente eficaz en la edificación del cual se deja conducir por una ineficacia creciente. Si bien la incertidumbre abierta en Europa central y oriental tiene unas dimensiones inéditas e impredecibles, justo es reconocer que Europa occidental reacciona de un modo juicioso en aquello que mejor domina, los intercambios comerciales y las ayudas financieras. No obstante, ello no contribuye a otorgar a los países emergentes de la pesadilla totalitaria una respuesta clara a su vocación política de acercamiento a Occidente. A la lentitud de reflejos causada por la maquinaria burocrática comunitaria, falta de la agilidad necesaria e inmersa en

²¹⁸ Ya es un clásico el artículo del diplomático estadounidense HOLBROOKE, R., "El mayor fracaso colectivo de Occidente" (en *Política Exterior*, Madrid 1999, vol. XIII, nº 71, enero/febrero, pp. 63-97), en que el autor denuncia esta incapacidad y exceso de buena fe en los actores occidentales en el conflicto balcánico.

discusiones bizantinas durante cerca de tres años antes de lograr una mínima definición estructural, hay que añadir una cierta desazón entre estos países, vocacionalmente europeos, ante la evidencia de la continuidad de una política de abandono tradicional por parte de Europa occidental hacia una Europa central tal vez menos desarrollada política y económicamente, pero que resiente todavía el menosprecio del que fueron víctimas a raíz de la II Guerra Mundial cuando, se puede interpretar (y se interpreta a menudo, especialmente desde la perspectiva de una región que no recibe el apoyo que se ajustaría al discurso político previo que se percibe y que debiera garantizar una solidaridad plena desde Occidente), Europa occidental sacrificó a sus vecinos en aras de garantizar su propia seguridad y preservarse a sí misma de la amenaza de un imperialismo soviético que acabaría engulliendo a media Europa.²¹⁹

4.c) El reencuentro de Europa con su otra mitad

Los tratados de Yalta de 1945 dividen Europa en dos mitades asimétricas; en la parte oriental de esta línea divisoria quedan bajo influencia soviética tierras que, de un modo u otro, habían sido territorio de expansión para la Rusia histórica o para otros imperios como el turco o el austro-húngaro. En Europa central, algunos de estos pueblos, como polacos, checos y húngaros, habían desarrollado culturas sofisticadas, sociedades civiles complejas y Estados democráticos, mientras que en gran parte de los Balcanes se percibe la presencia secular de autoritarismos y una acuciante ausencia de organización social moderna. En cualquier caso, los Estados existentes son de reciente creación, y su surgimiento a menudo obedece a movimientos nacionalistas románticos del siglo XIX o a experimentos nacionales novedosos, como Yugoslavia o Checoslovaquia. En toda Europa central y oriental (Alemania sería un caso aparte, a pesar de haber pertenecido parcialmente a este bloque estratégico durante la guerra fría) hallamos culturas locales con fuerte influencia de las potencias que tradicionalmente han dominado las regiones, particularmente alemanes, turcos y rusos, pero cada una de las culturas raramente ha tenido la capacidad de ejercer su influjo más allá de los límites

²¹⁹ Sobre el restablecimiento de relaciones entre la Unión Europea y la Europa central y oriental en los primeros años de la postguerra fría, véanse JANNING, J., y WEIDENFELD, “La integración europea ante la transformación de Europa del Este y de la URSS”, *Anuario Internacional CIDOB 1992*, Barcelona 1993, pp. 141-160; BROWN, J.F., “Everybody needs Russia – Including Eastern Europe”, en *Transition*,

de su estricto ámbito cultural, con lo cual la zona se erige en una gran área de comunicación y expansión de sus vecinos, sin posibilidad de constituir un centro de influencia hacia otras áreas. Los Estados de la zona, que viven el momento álgido de su desarrollo en el período de entreguerras, son países de dimensiones medias, escasamente influyentes y con unas economías apenas suficientes para el mantenimiento de un bienestar esencial. En Europa occidental, en cambio, se mantienen los antiguos centros comerciales e imperiales transatlánticos que desde la Edad Media habían protagonizado la expansión de sus dominios y sus influencias en un ámbito mundial; se trataba, igualmente, de las grandes economías y de sociedades que habían desarrollado altos niveles de sofisticación, de diversidad organizativa y de creatividad tecnológica. Ello no impide, por supuesto, que en la Europa central y oriental que quedaba a oriente del muro levantado por Yalta no hubiesen sociedades plurales, sofisticadas e inquietas. Existían, sobre todo en Europa central, pero se trataba de sociedades cuyo referente era casi siempre el de la participación de una cultura y una identidad europea encarnada por modelos culturales fuertes vinculados generalmente a los grandes focos creativos alemán, francés, inglés, de los Países Bajos o italiano, adaptados mayormente a los modelos culturales locales. De algún modo, Europa occidental había tomado y desarrollado el papel de motor espiritual de una Europa intelectualmente, tecnológicamente y económicamente avanzada, y las sociedades de la “otra” Europa se sentían vinculadas a este modelo. Un modelo que inspiraba democracia y derechos humanos, así como un alto grado civilizatorio por un lado, pero que al mismo tiempo inspiraba un claro contenido identitario y cultural para unos países privados del mismo por la imposición, durante años, de una alianza estratégica de contenido claramente forzado e ideológico, no consensuado y motivado por la afiliación cultural de estos países. En este contexto, Alemania es un caso especial; el hecho de que precisamente uno de los grandes focos tradicionales europeos de poder e influencia, justamente el que ha tenido una mayor expansión centrada en el propio continente europeo, quedase dividido en las dos zonas de influencia que cruzan el continente, aportó un mayor grado de gravedad y consternación a esta partición de lo que, desde la perspectiva alemana, se ve todavía con más claridad como una unidad en el proyecto cultural y político del mundo post-bipolar.

15 de noviembre de 1996, pp. 6-10; DAVIDOV, Y., “Russian Security and East-Central Europe”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe. The Emerging Security Agenda*, *op. cit.*

La porción de Europa que quedó bajo la esfera de influencia directa estadounidense tras 1945 coincide, como hemos dicho, con los grandes focos culturales y políticos. Pero también es la de mayor capacidad económica y también la que en el mundo de la Guerra Fría gozará de una mayor autonomía de acción frente a su potencia tutelar. Todo ello lleva a explicarnos con facilidad que Europa occidental resurgiese con prontitud de las cenizas de la guerra y estuviera en condiciones, a partir de la misma postguerra, de erigirse de nuevo en un foco de poder. No sólo esto, sino que vio rápidamente como sus voluntades y capacidades nacionales tendían a coordinarse y cohesionarse en una única vocación económica, pero que no descuida en ningún momento su voluntad política. La Europa unida que nace en Roma en 1957²²⁰ aúna a una Europa con gran capacidad económica e incluso con voluntad de influir sobre el mundo, pero con plena consciencia que se trata de “una Europa”, o “una parte de Europa”, lejos todavía de poder representar no ya a una realidad geográfica más amplia, sino ni siquiera a una comunidad humana que responde a unos límites que, aunque todavía imprecisos, tienen su reflejo en la nueva Comunidad.²²¹ Las sucesivas ampliaciones, hasta llegar a la Europa de los Doce, en 1986,²²² van completando este espacio en su capacidad política; es decir, dentro de los límites que lo permiten los límites de la polaridad y van dotando a la Europa unificada de un contenido cultural e ideológico que lo va haciendo cada vez más coincidente con el concepto aún vago de una Europa supuestamente diferenciada del resto del mundo. De este modo, la primera

²²⁰ Hecha salvedad de los antecedentes a que necesariamente nos hemos de referir, especialmente la creación del Consejo de Europa (1950), los proyectos frustrados de unión política y de seguridad por medio de la Comunidad Europea de Defensa (CED) y la Comunidad Política Europea (CPE) frustradas por la negativa de la Asamblea Nacional francesa de 1954 y, sobre todo, la creación de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), en 1951. Véase ARCHER, C., *Organizing Europe. The institutions of integration*, Londres, Edward Arnold. 1994.

²²¹ El carácter incompleto de la primera Europa de los Seis será uno de los aspectos que más resalten el aspecto provisional o parcial de la Comunidad resultante de los Acuerdos de Roma. Así parece demostrarlo la creación de la Asociación Europea de Libre Comercio o EFTA, creada en 1959 bajo liderazgo británico con el objetivo de contraponer a la Europa comunitaria otra organización menos ambiciosa desde el punto de vista cohesionador. De igual modo, quisiera resaltar el contraste permanente entre esta Europa voluntariosa, próspera e influyente y el marco político, más simbólico pero mejor representante de la voluntad de definición de los límites geográficos, culturales y de valores ideológicos, que supone el Consejo de Europa, donde se integran todos los países europeos “democráticos” (los países ibéricos no lo harán hasta fines de los años setenta, y no se abrirá al Este hasta la caída del muro). El contraste entre la Europa real, pragmática y posibilista de los Seis y otra Europa, más “espiritual” pero más intangible y retórica, queda evidenciado por el discurso de De Gaulle sobre la Europa “del Atlántico a los Urales”, en que contraponen una realidad económica y de realismo político con un concepto intelectual más heteréneo, que es el de un concepto de “europeidad” más allá de los límites que imponen los Estados existentes y las divisiones geoestratégicas. Véase GROSSER, *op. cit.*

²²² Con la primera ampliación, en 1973, se incorporan a las Comunidades el Reino Unido, Irlanda y Dinamarca; en 1981 se produce la segunda ampliación, a Grecia, y en 1986 la tercera, a España y Portugal.

ampliación, en 1973, rompe el estereotipo de una Europa nuclear, continental, mediterránea y católica²²³ al incorporar, entre otros Estados, a Gran Bretaña, la potencia que se había opuesto anteriormente a una cohesión europea tan alejada de sus áreas de poder tradicionales y de sus posibilidades de influir en ella. La entrada de Grecia, en 1981, y de los países ibéricos, cinco años más tarde, rompe el tópico tantas veces criticado según el cual se estaba construyendo una “Europa de los ricos”, en absoluto interesada en cargar con la presencia de Estados en desarrollo que poco contribuían a la imagen de potencia de la nueva Comunidad. Cabría añadir que la admisión de España, en 1986, supone hasta cierto punto un acto de valentía por parte de la Europa unida, que debe asumir el riesgo de integrar a un país problemático, con un índice de paro entonces cercano al 20%, una industria aparentemente poco competitiva, una sociedad agitada ante el ingreso en la OTAN y un ejército levantisco.²²⁴ La apuesta de la Europa unida por la coherencia en su voluntad política y de integración al asumir estos riesgos denota una fuerte vocación de cumplir con unos objetivos políticos audaces y no limitados a meros intereses pragmáticos.

Los cambios en Europa a partir de 1989 pondrán de nuevo a prueba esta voluntad europeísta de la Europa comunitaria. Al desaparecer la presión de la Unión Soviética (y la misma existencia de la Unión Soviética) sobre Europa, se levanta una serie de expectativas acerca del futuro de las instituciones europeas, pero al mismo tiempo se reabre un viejo debate sobre la propia esencia, definición y límites de Europa. En este contexto la Unión Europea todavía en ciernes se enfrenta al reto de su responsabilidad en cuanto a referencia del contenido teórico, pero ahora más que nunca

²²³ Esta es, por lo menos, la imagen que se da en una de las críticas más frecuentes que se lanza desde Gran Bretaña a la Europa de los Seis, especialmente durante las pugnas de los años sesenta entre Londres, que pretende incorporarse a las Comunidades a pesar del recelo de gran parte de su sociedad, y una Francia liderada por De Gaulle, que vetó por dos veces este ingreso. Véase ARCHER, *op. cit.* Las imágenes de “mediterránea” y “católica” forman parte de un estereotipo negativo para el público británico, tendente a presentar una Europa continental con pocos puntos en contacto con el Reino Unido. Sin embargo, aunque es cierto que sólo dos de los seis fundadores de las Comunidades tienen costas en el Mediterráneo, sí es cierto que cuatro de ellos eran abrumadoramente católicos, y en los dos restantes, Alemania y los Países Bajos, lo era la mitad de sus poblaciones, como también lo era aproximadamente el 75% de la población de los Seis y los principales “padres de Europa” de los años cuarenta (Adenauer, Schuman, De Gasperi, Monnet, Spaak, etc.). Véase GROSSER, *op. cit.*

²²⁴ Aunque en España la entrada en las Comunidades se percibe como un paso positivo para su economía e imprescindible para su consolidación democrática, la aceptación de esta adhesión en Europa supone un difícil y audaz compromiso no exento de dudas. Sobre el difícil proceso de negociación e incorporación de España a las Comunidades véase, entre otros, MESA, R., *Democracia y política exterior en España*, Ed Eudema, Madrid 1988; BARBÉ, E., *La política Europea de España*, Ed. Ariel, Barcelona 1999; BASSOLS, R., *España en Europa; historia de la adhesión en la CE 1957-85*. Política Exterior, Madrid

también práctico, de la unidad europea. Este reencuentro tiene dos fases o partes claramente separadas que dan lugar a dos procesos distintos de ampliación. Por un lado, la desaparición de constricciones impuestas por la bipolaridad permite la incorporación de países política y económicamente occidentales, pero cuya neutralidad impedía su acercamiento a la Europa unida; por otro lado, la desaparición del telón de acero propicia la existencia de un área de expansión de las Comunidades sobre lo que había sido el área de influencia soviética.

La nueva situación geoestratégica en Europa y en el mundo, así como el nuevo empuje institucional que supone en Europa la conferencia de Maastricht, permitió afrontar la incorporación de países que hasta el momento se habían mantenido al margen del proceso de institucionalización alrededor de las Comunidades por su posicionamiento neutralista. Se trataba esencialmente de Finlandia y Austria, cuyas soberanías y, sobre todo, el hecho de quedar fuera del área de influencia directa soviética dependía de las garantías que sus clases políticas habían proclamado en su momento de mantener una estricta neutralidad.²²⁵ Aunque se entendía esta neutralidad como un no alineamiento, la prudencia de los gobernantes de estos países, y las presiones soviéticas por el otro, hicieron que estos países se mantuvieran al margen de la Comunidad Europea, demasiado cercana a las potencias occidentales para garantizar una estricta imparcialidad en la pugna bipolar. Apenas caído el muro de Berlín, estos países solicitan su ingreso en las Comunidades,²²⁶ iniciando un proceso de ampliación al que se añaden Suecia y Noruega.²²⁷ Se advierte en este proceso la necesidad de adaptar

1995; ALONSO ZALDÍVAR, C., y CASTELLS, M., *España fin de siglo*, Ed. Alianza, Madrid 1992; MORÁN, F., *España en su sitio*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona 1990.

²²⁵ En el caso finlandés, la involucración de Helsinki al lado de la Alemania nazi en la ofensiva contra la URSS se saldó con la ocupación del país por fuerzas soviéticas, que sin embargo se retiraron a cambio de la garantía de los líderes finlandeses de no alinearse con ningún bloque; ello dio lugar al término “finlandización”, referido a una neutralidad forzosa y tutelada. En cuanto a Austria, el tratado de 1955 que dio lugar a la restauración de la República austríaca con el acuerdo de las cuatro potencias de ocupación (URSS, EEUU, Reino Unido y Francia) preveía el mantenimiento de un estatus de neutralidad sobre el territorio.

²²⁶ En realidad Austria presentó su solicitud de adhesión incluso antes de la caída del muro, el 17 de julio de 1989; Suecia lo hizo el 1 de julio de 1991, Finlandia el 18 de marzo de 1992 y Noruega el 25 de noviembre siguiente. Las negociaciones para la adhesión se iniciaron el 1 de febrero de 1993 para los tres primeros países y el 5 de abril siguiente en el caso noruego, y terminaron el 30 de marzo de 1994 en todos los casos. Véase ALDECOA, F., *La integración europea... op. cit.*, p. 324.

²²⁷ Estos dos países no habían escapado previamente a la tentación de incorporarse a las Comunidades, y ya las hallamos entre los países candidatos a la primera ampliación, tanto en los intentos de los años sesenta frustrados por De Gaulle (1963 y 1967) como en el proceso que llevaría a la incorporación del Reino Unido, Irlanda y Dinamarca en 1973. Suecia, aunque se trata de un país no alineado, no estaba sometido a las mismas presiones de Moscú que Finlandia o Austria, puesto que su neutralidad, anterior a la Segunda Guerra Mundial, no obedecía a ningún tratado impuesto por la Unión Soviética; a pesar de la

el mapa institucional europeo al de una Europa que toma una dimensión humana, social y, cada vez más, política y estratégica que va más allá de la estricta Comunidad Europea. El hecho de iniciar una ampliación a países en los que hasta el momento la neutralidad había servido como excusa o motivo para rehuir la incorporación a los Tratados de Roma lleva a una reflexión sobre los límites de Europa; ya no estaríamos hablando de una Europa que forma parte de uno de los polos estratégicos en que se divide el planeta, y por tanto no se trata ya de una opción política, sino de un proceso en que deben tener cabida todos los países que participan de una misma realidad cultural y de una misma vocación institucional. Tras la cuarta ampliación, en 1995, hacia Suecia, Austria y Finlandia²²⁸ la Europa institucionalizada parece buscar su consolidación en coherencia con su ubicación geográfica. Una vez consolidada la Europa de los Quince, en Europa occidental sólo quedan residuos de Estados no comunitarios, profundamente satelizados por la Unión Europea, al quedar poco cohesionados y con unas economías altamente dependientes del comercio con Bruselas: Noruega, que tras el segundo referéndum contrario a la adhesión entra en un nuevo y presumiblemente largo período de reflexión, pero que no retira su candidatura al ingreso; Suiza, inmersa en un debate acerca del significado de su neutralidad en lo que concierne a sus compromisos europeos;²²⁹ Islandia, que todavía no ha vivido un debate en profundidad acerca de su integración institucional en Europa; y los microestados (Andorra, San Marino, Ciudad del Vaticano, Mónaco y Liechtenstein), cuyo peculiar estatuto internacional los hace difícilmente asumibles a la Europa unida.²³⁰ En este nuevo panorama, la Europa

voluntad expresada en los años sesenta de unirse a los Seis, el parlamento sueco no quiso ratificar en su momento la incorporación de este país al proceso de la primera ampliación comunitaria. En cuanto a Noruega, país miembro de la OTAN, sí que fue candidato en firme para la primera ampliación, pero esta opción fue derrotada en referéndum en 1972, proceso que se repetiría en 1994.

²²⁸ Noruega quedaría desbancada tras un referéndum que tuvo lugar los días 27 y 28 de noviembre de 1994, con el resultado de 47,6% de votos favorables a la adhesión frente al 52,4% en contra. Los otros países candidatos también habían convocado referéndums, con resultado favorable siempre a la adhesión: 66,4% a favor en Austria (el referéndum tuvo lugar el 12 de junio de 1994), 57% en Finlandia (16 de octubre) y 52,2% en Suecia (13 de noviembre). Véase ALDECOA, F., *La integración europea...*, op. cit., p. 325.

²²⁹ Suiza presentó su candidatura al ingreso en la Comunidad el 20 de mayo de 1992. Sin embargo, los resultados negativos del referéndum sobre la incorporación del país en el Espacio Económico Europeo, en diciembre de 1992, forzaron a congelar el proceso de integración suizo, aunque las autoridades del país no han retirado su candidatura. Por otra parte, ya antes de la presentación de esta candidatura, en marzo de 1991, el electorado suizo se pronunció, por una mayoría del 77,5% de los votantes, en contra del ingreso inmediato en las instituciones comunitarias. Véase ALDECOA, F., *La integración europea...*, op. cit., p. 327.

²³⁰ Cabría citar también el caso de países que no estaban bajo la influencia soviética y que presentan sus candidatura a engrosar la Comunidad Europea, aunque su proceso de integración quedará inmerso en la dinámica de la Europa central y balcánica; Turquía presenta su candidatura el 14 de abril de 1987 (candidatura que recibió un dictamen negativo de la Comisión el 14 de diciembre de 1989), Chipre lo hace el 3 de julio de 1990 y Malta el 16 de julio siguiente.

comunitaria se plantea la ampliación hacia la Europa abandonada por la influencia soviética.

4.d) Primeros pasos hacia el Este

El inicio de la política institucional de las Comunidades hacia el Este surgió ya antes de la caída del muro de Berlín. Así, en 1988 la CEE y el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME)²³¹ establecen relaciones oficiales. Ello posibilita la firma de Acuerdos de Comercio y Cooperación entre las Comunidades y varios países socialistas,²³² aunque no tendrán oportunidad de consolidarse dados la precipitación de los acontecimientos en la zona en 1989.²³³ En diciembre de 1989, cuando todavía podía percibirse la polvareda levantada por los cambios políticos en el Este y, sobre todo, la necesidad de ayuda de estos países, se establece el programa PHARE, inicialmente destinado a la cooperación con Polonia y Hungría, los países que habían protagonizado una transición más pausada.²³⁴ Por otra parte, la Comunidad establecía rápidamente relaciones diplomáticas con los nuevos regímenes, anulaba numerosas cuotas de importación sobre productos de estos países y extendía a la zona el sistema generalizado de preferencias (SGP).²³⁵ Del mismo modo, la Comunidad estimulaba en 1990 la creación del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (BERD), destinado

²³¹ El CAME, institución de cooperación económica de los países bajo el órbita soviética, fue creado en 1949. Tras sufrir la defección de Albania en los años sesenta y la ampliación hacia países extraeuropeos como Cuba, Corea del Norte, Vietnam o Mongolia, se consolidó durante la guerra fría como la llamada “CEE del Este”. En Europa formaban parte del CAME la URSS, Polonia, la República Democrática Alemana, Hungría, Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria. El CAME se disolvió en junio de 1991. Véase BARBÉ, E. y GRASA, R., *La Comunitat europea i la nova Europa*, Fundació Jaume Bofill, Barcelona 1992, pp 93-132.

²³² En concreto, con Hungría y Checoslovaquia en 1988 y con Polonia en 1989.

²³³ A este respecto, véase MESA, R., “Europa, la Comunidad y los cambios en el Este. Una perspectiva desde las relaciones internacionales”, en *Revista de Instituciones Europeas*, vol. 17, nº 3, 1990, pp. 745-783.

²³⁴ El Programa PHARE (Polonia y Hungría; Ayuda a la Recuperación Económica), creado a instancias del G-7, coordina fondos destinados a esta área aportados por 24 países, entre ellos Estados Unidos y Japón; sin embargo, la Comisión Europea será la encargada de coordinar esta cooperación. Aunque el programa se aplicará más tarde a todos los países del área (excepto los de la CEI), mantiene su nombre original.

²³⁵ Véase SERRA, F., “La dimensión Este de la UE : políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia”, en BARBÉ, E. (coord.), *Política Exterior Europea*. Ed. Ariel, Barcelona 2000, pp. 159-189.

a canalizar la ayuda financiera internacional a la reconstrucción económica de Europa Central y Oriental.²³⁶

Los acontecimientos de 1989 precipitaron el proceso de reencuentro entre Europa occidental y la oriental, por lo menos en lo que se refiere a esta gran área de transición entre la influencia rusa y la de Europa occidental. Una de las imágenes que, sin duda, quedaron grabadas en la retina de muchos eurooccidentales (y, seguramente en especial, de muchos políticos eurooccidentales) es que entre los manifestantes que protagonizaron las protestas contra los regímenes comunistas a fines de 1989 en Leipzig, Berlín, Praga y otras ciudades se enarbolaban banderas con doce estrellas amarillas en círculo sobre fondo azul. Para muchos euroorientales la transición que se iniciaba con aquellos cambios tenía su continuidad lógica con la integración en aquella Europa de la que se habían separado 44 años antes y que, sin las limitaciones que ellos habían experimentado, había prosperado y se había cohesionado.

En este sentido, se produce un primer paso rápido y eficaz con la reunificación alemana. El 29 de noviembre de 1989, apenas 20 días después de la caída del muro de Berlín, el canciller Helmut Kohl presenta un plan de reunificación alemana. A pesar de algunas reticencias sobre la precipitación del proceso, las instituciones comunitarias dan su espaldarazo a esta reunificación; el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad, reunido en Dublín en 20 de febrero de 1990, muestra su apoyo al proceso emprendido. El 28 de abril siguiente, un Consejo Europeo extraordinario reunido en la capital irlandesa manifiesta su satisfacción porque “la unificación alemana se lleve a cabo bajo techo europeo”.²³⁷ A partir de ahí, los hechos fueron vertiginosos, especialmente si hablamos de una de las escasas desapariciones de un Estado internacionalmente reconocido que se habían producido en el mundo desde 1945. El 18 de marzo de 1990 se celebraron elecciones en la RDA, con una amplia victoria de los políticos partidarios de una unificación rápida; el 18 de mayo siguiente se firmó en Bonn el Tratado de Unión Económica entre las dos Alemanias, que entró en vigor el 2 de julio siguiente. El 12 de septiembre se lograba el consenso internacional con la firma de un Tratado, conocido periodísticamente como Tratado 2 + 4, entre los dos Estados

²³⁶ El BERD fue fundado en agosto de 1990 por 20 países europeos y 10 extraeuropeos, así como por el Banco Europeo de Inversiones (BEI) y la Comisión, con el objetivo de facilitar la transición de los países del Este a una economía de mercado. En la actualidad cuenta con 60 miembros.

²³⁷ Ver Véase ALDECOA, F., *La integración europea...*, *op. cit.*, p. 323.

alemanes y las cuatro potencias ocupantes (URSS, EEUU, Gran Bretaña y Francia) que reconocía a la futura Alemania su plena soberanía y sus fronteras como Estado unificado.²³⁸ Por último, el 3 de octubre de 1990, menos de un año después de los acontecimientos de Berlín, entraba en vigor el Tratado de Unificación, lo que significaba que la Ley Federal de Bonn de 1949 pasaba a ser la Constitución de la nueva Alemania reunificada.

La unificación alemana no supuso un proceso de ampliación de las Comunidades, puesto que ningún nuevo Estado pasó a formar parte de la misma. Simplemente, uno de sus Estados Unidos pasó a “engordar”, según una expresión del momento que parece haber hecho fortuna, por la incorporación de otro territorio que no había participado hasta el momento en la creación ni en el desarrollo de las instituciones europeas.²³⁹ Sin embargo, este proceso estará lejos de ser imperceptible para la futura Unión Europea. En primer lugar, la incorporación de la RDA en la Alemania comunitaria dará a este Estado unas dimensiones demográficas y económicas que la situarán muy por encima de sus socios europeos, incluidas las poderosas Francia y Gran Bretaña. En segundo lugar, el fin del estatuto de ocupación internacional sobre Alemania le concede un grado de soberanía como este país no conocía desde la Segunda Guerra Mundial. En tercer lugar, la consecución del anhelo manifiesto de la República de Bonn desde su fundación, su unidad nacional, da a la sociedad alemana una sensación de euforia y autosatisfacción patriótica como no había conocido durante décadas. Por último, y tal vez lo que más nos interesa para los objetivos de este trabajo, el avance alemán hacia el Este acerca a Europa con la otra Europa, aquella que había sido dejada atrás hacía nueve lustros. Y ello se produce en varios sentidos: a) desde el punto de vista geográfico, con su expansión territorial y el desplazamiento de su eje hacia Alemania, la Europa comunitaria deja de estar arrinconada a un extremo occidental y ya se halla en medio del continente, perfectamente situada para su expansión a tierras más orientales; b) la incorporación de la población germanooriental a la Comunidad representa un buen ejemplo y recordatorio para Europa occidental del

²³⁸ Véase la evolución de los acontecimientos en *Anuario Internacional CIDOB 1990*, Barcelona 1991.

²³⁹ Jurídicamente, la incorporación de la RDA a Alemania no altera las Comunidades, puesto que sólo son miembros de las mismas los Estados firmantes de un Tratado fundacional o de adhesión, y la RDA deja de ser un Estado soberano para firmar tales tratados; por lo tanto, los Estados miembros son los mismos, e incluso las prerrogativas de sus Estados condicionadas por la composición demográfica de los mismos (presencia institucional, votos ponderados, europarlamentarios, etc.) permanece inalterada a la espera de

hecho que permanecen millones de Europeo, con condicionamientos políticos y sociales parecidos, más allá de la línea Oder-Neisse; c) la reunificación alemana supone a la vez un símbolo y una especie de ensayo general de lo que debe ser el reencuentro entre dos partes de una Europa dividida a la fuerza. Del mismo modo que Alemania ha alcanzado una unificación rápida y eficaz, Europa también debería ser capaz de reunificarse, y en el proceso alemán Europa puede encontrar las vías y las dificultades con que debería contar en un proceso más ambicioso.

Sin embargo, el proceso de incorporación de la Europa del Este a la Europa comunitaria será más difícil y trabajoso de lo previsto. En primer lugar, pronto se hace evidente, sin apartar la mirada del caso alemán, que la reunificación tiene unas consecuencias no siempre previstas adecuadamente, como puede ser la creación de una transición “interna” que puede prolongarse varias décadas, durante la cual deberán convivir una parte próspera con una todavía en desarrollo, con las desigualdades y los gastos que ello supone. En segundo lugar, la transición en los países de Europa Central y Oriental (conocidos entonces como PECO) contiene más dificultades de las previstas, entre ellas una crisis económica de características estructurales y una fuerte desorientación social de sus poblaciones, que deben enfrentarse a las dificultades de un capitalismo salvaje y al regreso de unos enfrentamientos nacionales y étnicos que habían quedado fuertemente disminuidos durante los años de comunismo oficial. A todo ello hay que añadir que la incipiente Unión Europea estaba inmersa en un proceso de transformaciones internas profundas y que no estaba preparada para afrontar un cambio tan radical como es este proceso ciclópeo de nuevas incorporaciones.

El primer proceso de acercamiento a estos países tras las transformaciones políticas que experimentaron en 1989 son los Acuerdos Europeos de Asociación, denominados de “segunda generación” para distinguirlos de los establecidos antes de noviembre de 1989, en el marco de las relaciones CEE-CAME. Se trata de acuerdos de asociación, a semejanza de los acuerdos firmados previamente con Turquía, Malta y Chipre, que buscan reforzar el diálogo político entre los países asociados y la Comunidad, promover la cooperación comercial, económica, cultural y financiera y

nuevas reformas institucionales, lo cual en realidad debe esperar, como mínimo, hasta el Tratado de Niza (2000), diez años después de la unificación alemana. Véase ALDECOA, F., *op. cit.*, pp. 183-185.

aproximar las legislaciones de dichos Estados con la comunitaria.²⁴⁰ Los primeros Acuerdos Europeos fueron firmados el 16 de diciembre de 1991 con Polonia, Hungría y Checoslovaquia. El 1 de febrero de 1993 Rumania suscribió su propio acuerdo, y Bulgaria lo hizo el 8 de marzo siguiente. El 4 de noviembre de 1993, consecuentemente con la partición de Checoslovaquia, la República Checa y Eslovaquia firmaron sendos Acuerdos Europeos. Entre 1995 y 1996 se suscribieron nuevos Acuerdos Europeos con Eslovenia y con los países bálticos.

Esta política de cooperación entre la Comunidad y los países del Este ha sido fructífera: el programa PHARE, que empezó con un presupuesto para 1990 de 300 millones de ecus en forma de subvenciones no reembolsables destinadas a financiar programas de reconstrucción, amplió su presupuesto en 1991 a 785 millones de ecus, y al año siguiente a 1.015 millones. Además de ser el primer donante al desarrollo de los países del Este (cerca del 70% de la ayuda que llega al área durante los años noventa proviene de la UE), la Europa unida pasa a ser también el principal socio comercial de la zona. Si en 1989 la Comunidad representaba tan sólo el 25% del comercio exterior de estos países, en 1995 pasa a ser más del 60%.²⁴¹

Sin embargo, los países del Este desean algo más que una cooperación estrecha, y no disimulan su interés en formar parte de la Europa institucionalizada. Ante los numerosos posicionamientos en este sentido, Bruselas reacciona de manera cauta; el Consejo Europeo de Lisboa (junio de 1992), a pesar de aceptar que “la Comunidad no ha sido jamás un club cerrado y no puede rehusar ahora el reto histórico de asumir sus responsabilidades continentales”,²⁴² reitera la voluntad de la Comunidad de desarrollar sus relaciones con los países del Este en el marco de los Acuerdos Europeos ya suscritos. En realidad, existen reticencias a iniciar un nuevo y arduo proceso de ampliación cuando ya existen dificultades para encauzar la admisión de cuatro nuevos

²⁴⁰ El texto de estos Acuerdos de Asociación puede hallarse en <http://europa.eu.int/comm/enlargement/>. Entre la bibliografía sobre los Acuerdos podemos citar a JANNING, J., y WEIDENFELD, *op. cit.*, pp. 141-160; CARDEDERA, F., “El marco general de la adhesión a la Unión Europea: la adhesión de los países de Europa Central y Oriental”, en *Anuario Internacional CIDOB 1995*, Barcelona 1996, pp. 151-158; LIROLA, I., “Las relaciones entre la Unión Europea y los países de Europa Central y Oriental: los Acuerdos Europeos en el marco de la ampliación de la Unión Europea”, en *Revista de Instituciones Europeas*, vol. 22, nº 1, 1995, pp. 71-99.

²⁴¹ Datos extraídos de <http://www.europa.eu.int/comm/enlargement/>.

²⁴² Informe de la Comisión “Europa y el reto de la ampliación”, presentado al Consejo Europeo de Lisboa, 26 y 27 de junio de 1992. Citado por ALDECOA, F., *La integración europea...*, *op. cit.*, p. 329.

miembros cuya adaptación no presentaba, *a priori*, graves dificultades económicas ni estructurales.

A pesar de ello, el Consejo Europeo de Copenhague (junio de 1993) decide dar un importante paso cualitativo hacia la quinta ampliación, cuando aún no había concluido la cuarta hacia los países del norte y Austria. En esta ocasión el Consejo no sólo reconoce la elegibilidad de los PECO que hayan firmado Acuerdos Europeos para convertirse en miembros de la Unión, sino que establece los criterios básicos que dichos países deben cumplir para ser admitidos, los llamados criterios de Copenhague.

Las condiciones para una ampliación de la Unión ya vienen establecidos en el artículo O del Tratado de la Unión Europea (TUE), que prevé que “cualquier Estado europeo podrá solicitar el ingreso como miembro” (sin mayor concreción sobre los límites de lo “europeo”). Por otra parte, el artículo F del TUE se refiere a los principios democráticos y al respeto de los derechos humanos como condición esencial para ser miembro de la UE. Lo que se hace en Copenhague es concretar y ampliar las bases sobre las que se admitirá dentro de la UE a nuevos Estados miembros. Así, para ser admitido en la Unión, un país deberá haber alcanzado los siguientes requisitos:

- a) Criterios políticos: la estabilidad de las instituciones garantes de la democracia, el Estado de Derecho, el respeto de los Derechos Humanos y el respeto y la protección de las minorías;
- b) Criterios económicos: la existencia de una economía de mercado viable y la capacidad para soportar la presión de la competencia y las fuerzas de mercado en el seno de la Unión;
- c) Capacidad para asumir el acervo comunitario, esto es, la capacidad para asumir las obligaciones que derivan de su condición de Estado miembro, incluyendo la consecución de los objetivos de la UE en los ámbitos político, económico y monetario.²⁴³

A partir del Consejo de Copenhague existe una relación entre la Unión Europea y los países del Este destinada no sólo a reforzar su cooperación institucional sino a allanar el camino hacia su futura adhesión. Este proceso será complementado pro la

“estrategia de preparación para la adhesión” aprobada por el Consejo Europeo de Essen de 9 y 10 de diciembre de 1994, que estructura el diálogo entre la UE y los países candidatos para supervisar el cumplimiento de los criterios de Copenhague y el camino hacia la ampliación, basado en la aplicación de los Acuerdos Europeos. En los siguientes años, los países de Europa central y oriental se irán incorporando a este proceso siguiendo un calendario riguroso, e inician el proceso de solicitud de adhesión en los años siguientes: Hungría presenta su solicitud el 31 de marzo de 1994, Polonia el 5 de abril siguiente, Rumania el 22 de junio de 1995, Eslovaquia el 27 de junio siguiente, Letonia el 13 de octubre, Estonia el 24 de noviembre, Lituania el 8 de diciembre, Bulgaria el 14 de diciembre, la República Checa, el 17 de enero de 1996 y Eslovenia el 10 de junio siguiente.²⁴⁴

El proceso de acercamiento de la flamante Unión Europea se muestra lento, pero a partir del Consejo de Copenhague se manifiesta una clara voluntad de mantener este camino. De modo paralelo, hay un convencimiento cada vez más de que esta futura ampliación tendrá importantes repercusiones en la propia existencia de la Unión Europea, y de que ésta tendrá que afrontar serias reestructuraciones internas para poder asimilar una integración tan masiva y rápida de unos países que, por otro lado, raramente aportan garantías de poder contribuir de un modo positivo tanto desde el punto de vista económico como el político a la futura cohesión de una gran potencia europea, por lo menos a corto y medio plazo. Este será uno de los motivos básicos de que el proceso de ampliación sufra retrasos y demoras continuos tras el primer impulso inicial de Copenhague. Lo que veremos tras analizar las correlaciones entre la política europea y la cohesión de Rusia, en el capítulo siguiente.

4.e) A modo de conclusión: Europa, ante los muros de Rusia

Los primeros años noventa han sido, sin lugar a duda, llenos de significado para la formación de Europa. La distensión general ocasionada por la desaparición del sistema internacional bipolar ha tenido como resultado una toma de posición más firme de Europa, libre de constreñimientos que la unía a grandes potencias exteriores, hacia sí

²⁴³ Fuente: [Http://www.europa.eu.int/comm/enlargement/](http://www.europa.eu.int/comm/enlargement/).

²⁴⁴ Véase SERRA, F., “La dimensión Este de la UE...” *op. cit.* p. 171.

misma, su unidad, cohesión y fortaleza. Estimulados por un contexto internacional que veía a Europa, por vez primera quizás en su historia, libre de presiones que la situaban como un teatro principal de conflictos reales y potenciales, los líderes europeos, con Mitterrand y Kohl a la cabeza, aprovecharon para proponer dotar a las instituciones europeas de contenido e independencia propios, con los que poder desarrollar su capacidad como potencia unificada que ocupe el lugar que le corresponde en el nuevo sistema internacional. Al mismo tiempo, el fin de la Guerra Fría dejó a las puertas de esta Europa comunitaria un amplio territorio de expansión que, de algún modo, consideraba que le correspondía por derecho propio, al formar parte de aquello que siempre se ha considerado como parte intrínseca de Europa, a pesar de todas las ambigüedades que presenta la delimitación de tal concepto.

Si la euforia del primer momento, simbolizada por lo vertiginoso de los acontecimientos que van del derribo del muro de Berlín a la reunificación alemana, permite un inmoderado optimismo que acompaña al inicio de trabajos sobre la reforma comunitaria que daría lugar al Tratado de Maastricht, la realidad parece imponerse pronto para demostrar lo precipitado de los planteamientos más optimistas. Dificultades que podríamos resumir en dos grandes bloques: en primer lugar, la permanencia de complejidades en el sistema internacional, en las que Europa juega un triste papel al demostrar su ineficacia e ineptitud para participar tanto en su decisión como en su desarrollo. En segundo lugar, los países comunitarios viven serias tribulaciones para iniciar el proceso de cohesión que en un momento de ingenuo optimismo se pudo creer que reuniría un consenso general al reflejar un interés compartido y unos objetivos convergentes.

Las complejidades del sistema internacional se muestran aún mientras se halla reunida la Conferencia Intergubernamental que tendría que dar a luz el Tratado de la Unión. La crisis de Kuwait y su posterior evolución hacia una intervención internacional contra las fuerzas iraquíes en el país pondrían en entredicho el papel que Europa y algunas instituciones internacionales como Naciones Unidas pretenden dar en un primer momento a la resolución pacífica de controversias y al papel de potencias no necesariamente armadas en la nueva esfera internacional.²⁴⁵ Ello parece poner en su

²⁴⁵ El papel que Europa pretende cumplir en tanto que “potencia civil” queda en entredicho al chocar quí, como lo hará más tarde en Yugoslavia, con posiciones que utilizan la diplomacia únicamente para afirmar

lugar a las pretensiones europeas de tener un papel decisivo en tanto que potencia económica, y no militar, en un mundo postbipolar en que aparentemente la tensión belicista había disminuido notablemente. Y trae a colación la problemática, en absoluto nueva, de la necesidad de crear una Europa fuerte en el campo de la seguridad.²⁴⁶

Pero la segunda dificultad con que se enfrenta el proceso de cohesión de la Europa institucional hipotecará durante años la misma capacidad de la Unión Europea de tomar decisiones en áreas decisivas de influencia política o en materia de seguridad. El entusiasmo del eje franco-británico por iniciar un proceso de institucionalización de la potencia europea chocará con la reedición de las distintas posiciones y lecturas del proyecto europea, tanto en su alineamiento estratégico (enfrentamientos ya tradicionales entre europeístas y atlantistas, o entre intergubernamentalistas y supranacionalistas) como en la defensa de las soberanías nacionales que no admite cesiones como la capacidad de intervenir decisivamente en la toma de decisiones en materias estratégicas. El resultado fueron largos (y preciosos) años de discusión, un tedioso proceso de aprobación e implementación de los acuerdos y, finalmente, una merma considerable en la capacidad de actuación de la flamante Unión Europea en materia política y de seguridad, así como en la agilidad y efectividad de tales capacidades.

Aunque a lo largo de este proceso de institucionalización y profundización de sus capacidades las instituciones europeas demuestran mantener una burocracia y una lentitud legendarias para emprender sus propias reformas, y aunque su incapacidad tendría sangrientas consecuencias en los conflictos de los años noventa, lo cierto es que debemos hablar de Europa como de un elemento en expansión y en cohesión a lo largo de este período. Y, como reflejo de ello, se produce un influjo potente en el continente europeo que hace de esta Unión Europea debilitada y constantemente aplazada, sin embargo, un foco de atracción a cuyas puertas llaman los Estados que han quedado

sus actitudes, ante la capacidad intimidatoria e impactante de la acción armada de las potencias agresoras o, en el caso del sistema internacional, de las operaciones bélicas lideradas por Estados Unidos. El concepto de “potencia civil” fue acuñado por DUCHÊNE, F., *op. cit.*, y lo encontramos desarrollado, por ejemplo, en VAN EVERA, S., “Primed for Peace: Europe After the Cold War”, en *International Security*, vol. 15, nº 3, 1992, pp. 7-57.

²⁴⁶ El papel de Europa en el conflicto del Golfo y el efecto que dicho conflicto tendría en el proceso de cohesión europea son analizados, entre otros, en GNESOTTO, N., y ROPER, J., *L'Europe Occidentale et le Golfe*, Institut d'Études de Sécurité, París 1991; BATALLAS SORDO, C., “La Comunidad Europea ante la guerra y la postguerra del Golfo: la necesidad de la Unión Europea”, en *Tiempo de Paz* nº 19-20, 1991, pp. 98-101; o YTURRIAGA BARBERÁN, J.A., “Actuación de la CEE en el Conflicto del Golfo”, en *Revista de Instituciones Europeas* nº 18, vol. 2, 1991, pp. 485-516.

liberados de la presión soviética, ya sea por su influencia directa o por los condicionamientos que el sistema bipolar imponía sobre el escenario europeo. El hecho de que los primeros Estados en ingresar en la UE tras la caída del muro sean los clásicos Estados neutrales de Europa da una idea del nuevo concepto ideológico de que se imbuje la Europa institucionalizada en este período que apenas inicia. Y ello queda todavía refrendado por la fase de expansión aparentemente irrefrenable que vive la UE en una Europa central y oriental huérfana de una influencia política poderosa y gravemente necesitada de ayuda e inspiración. Ayuda, por supuesto, material y económica ante la acuciante crisis económica en que ha quedado sumida la región, pero también inspiración ideológica e identitaria ante el cataclismo que supone el derrumbe de la praxis socialista en esta zona del planeta. Europa, en tanto que nuevo actor político, se convierte, pues, en un referente simbólico de primer orden para una serie de países que huyen de un régimen caduco y corrupto y de un dominio impuesto por una potencia externa durante décadas y buscan seguridad y prosperidad.

Los nuevos países candidatos dotan a Europa de contenido. Por un lado, la Unión Europea halla un nuevo marco de actuación y expansión; ya no es aquel extremo del continente que se autoorganiza para coordinar su prosperidad ante la competencia estadounidense y la presión soviética, sino que será el marco natural de un espacio geográfico más o menos determinado alrededor del espacio continental europeo, que ocupa su espacio una vez el mundo se ha librado, aparentemente, de tensiones, por lo menos en esta área. Mantiene también un fuerte componente de contenido ideológico e incluso político, cuando para los países candidatos, e incluso para los viejos miembros de la UE, representa el símbolo de una democracia y unos derechos ignorados en otros lugares del planeta y fervientemente defendidos desde el viejo continente, lo que les dota de un componente intangible que sirve muy bien para definir el carácter europeo, el verdadero “espíritu europeo”. Al igual que en una península ibérica que huye de sus fantasmas autoritarios refugiándose en una Europa amante de la libertad y la cultura, ello será especialmente oportuno en una Europa oriental que ha vivido largos períodos de autoritarismo disfrazado de retórica revolucionaria y humanista en nombre de unos intereses sociales que no llegaron a concretarse.

Esta Europa renovada, cohesionada y llena de un nuevo contenido, de una “idea europea” más allá de los intereses estrictamente económicos y de las veleidades

políticas que históricamente la habían caracterizado debe, sin embargo, enfrentarse a su propia definición. La aparición de los conflictos de Yugoslavia, aparte de la desazón creada ante las incapacidades del nuevo actor europeo, confirman de todos modos el reconocimiento de un área de actuación preferente para Europa.²⁴⁷ Incluso cuando ha sido la iniciativa militar y diplomática estadounidense la que ha impuesto una solución en la zona en 1995, se ha respetado siempre el principio según el cual es a Europa a quien corresponde ejercer su influencia en la región. Del mismo modo, la Europa que han dejado atrás las fuerzas soviéticas en su retirada mira decididamente a la Europa institucionalizada y ni siquiera la nueva Rusia va a discutir que es a esta Europa nacida en Maastricht a quien corresponde ejercer su influencia sobre la región. Sin embargo, ello obliga a nuevas reflexiones sobre estos límites. Una vez incorporada esta región a la Unión Europea o, cuando menos, a su área de influencia directa, la Europa institucional, una Europa que se va reforzando y que planea actuar como un Estado en el futuro, e incluso a dotarse de su propio ejército, llega a las puertas de un área bajo la influencia directa de Moscú. Una influencia, por otro lado, concedida y reconocida por el consenso internacional, como hemos visto en el capítulo anterior. Ello obliga, entre otras cosas, a definir los contenidos de esta Europa en relación con el “otro”, en este caso una Rusia en proceso de difícil reedificación cuyo complejo identitario entra en ocasiones en plena comunión con la autoidentificación de Europa. Pero se trata de una Rusia inasimilable, inabordable y, a menudo, incomprensible la que se yergue (o intenta erguirse) ante una Europa demasiado ocupada en su propia reconstrucción y en dotarse de su propia personalidad para preocuparse de la identidad de un nuevo vecino con una personalidad tan compleja.

Por otro lado, no olvidemos que, en esta nueva fase, la Europa que sale triunfante o, por lo menos, superviviente de la Guerra Fría se dota de un fuerte bagaje ideológico por su contraste con el autoritarismo que durante décadas la ha privado de buena parte de su área natural de desarrollo o de expansión. Los países que huyen de la extinta área soviética así lo entienden, pero también huyen de una influencia de la URSS como potencia que les ha sido nefasta, y en este caso la distinción entre Unión Soviética y Rusia resulta fútil. Los países candidatos buscan cohesión y progreso, pero también buscan seguridad y el hecho de ceñirse a una influencia con la que pueden

²⁴⁷ Véase al respecto EDWARDS, G., “European Responses to the Yugoslav Crisis”, en RUMMEL, R. (dir.), *op. cit.*, pp. 161-186.

identificarse o que, en el peor de los casos, consideran benigna, es una garantía de sustraerse de un modo permanente a una influencia que, incluso desde antes de Lenin, les había amenazado y hostigado. Europa en este caso no es tan sólo un referente ideológico, una identificación cultural o una vía de posibilismo político y económico, sino que adquiere un componente de seguridad importante y viene contrapuesto a una potencia vecina concreta que, aunque pueda mudar ideológicamente y pueda identificarse culturalmente con lo europeo, no deja de ser una amenaza permanente para muchos millones de europeos que no desean revivir una dependencia históricamente dolorosa.

Europa deberá rehacer sus lazos de vecindad y de coexistencia con Rusia. La situación ha cambiado, ahora no son las fuerzas rusas las que han avanzado hasta el centro de Europa, sino los burócratas bruselenses los que desarrollarán sus proyectos hasta la línea Curzon. Pero al hacer llegar su influencia hasta los aledaños de Rusia, Europa debe redefinirse a si misma, y deberá hacerlo en contraposición a una Rusia con la que, sin embargo, hay posibilidades de crear fuertes vínculos de cooperación.

5) Rusia y Europa, 1991-1994

5.a) Reencuentro y redefinición de Rusia y Europea, dos potencias en contraposición mutua permanente

La relación con Europa supone un problema identitario profundo e histórico, tanto para los analistas rusos como para la misma sociedad de este país en su conjunto. Como se ha visto en la primera parte de este trabajo, Rusia se considera a sí misma un país europeo surgido fuera de Europa, una especie de enclave exterior que ha combatido para restablecer el contacto con su entorno natural europeo y mantener una relación de equidad con los grandes Estados de dicho continente. Sin embargo, sus peculiaridades intrínsecas en el ámbito geográfico e histórico han impedido tradicionalmente la consolidación de estas relaciones de igualdad o ni siquiera una relación mutua fluida, y Rusia se ha hallado en muchos casos como una potencia *frente* a Europa, en lugar de *dentro* de Europa.

En la nueva situación política que sigue al fin de la Guerra Fría, la Rusia poscomunista trata de definir una vez más su papel con relación a Europa. Para la mayor parte de la nueva clase política e intelectual del último período soviético y los primeros momentos de la independencia, Rusia ocupa un lugar natural en la familia europea, y se siente llamada a ocuparlo. Este derecho le correspondería por razones históricas y culturales, pero asimismo por su compromiso recién adquirido con la democracia, así como por su identificación con los pueblos avanzados y socialmente desarrollados que se han organizado alrededor de un modelo político de unión institucional. La ilusión de un acercamiento a Occidente y de un eventual ingreso a las organizaciones del Oeste planea entre la clase política e intelectual rusa y sobre amplios sectores de la sociedad rusa durante gran parte de dicho período.²⁴⁸

²⁴⁸ Véase, por ejemplo, SUNY, R., “State, Civil Society and Ethnic Cultural Consolidation in the USSR – Roots of National Questions”, en LAPIDUS, G. y GOLDMAN, Ph. (eds.), *From Union to Commonwealth: Nationalism and Separatism in the Soviet Republics*, Cambridge University Papers, N. York 1992, o MOTYL, A. “The End of Sovietology: from Soviet Studies to Post-Soviet Studies”, en MOTYL, A. (ed.), *Thinking Theoretically, op. cit.*

Sin embargo, este proyecto político colisiona con la realización práctica del otro gran plan de supervivencia de Rusia como potencia en la esfera internacional, o si se prefiere, con la materialización de la otra gran faceta identitaria rusa. Rusia existe desde siglos atrás como Imperio; de hecho se había formado como tal en tanto que Estado, y se considera con derecho a reconstruir su propia área de influencia histórica. Esta área de influencia tradicional se extiende no sólo hacia el Oeste, sino también hacia el Sur y hacia el Este, sobre gran parte de la masa terrestre conocida como Eurasia. Inopinadamente, Rusia se ve impelida a buscar una nueva identidad que la una a aquellos pueblos con los que ha compartido dos largas e intensas experiencias históricas como son la imperial zarista y la soviética. EL término “euroasiático” toma una nueva dimensión y se utiliza para definir este carácter ruso alrededor del cual se aúnan pueblos europeos y asiáticos que poco tienen en común más allá de haber sido dirigidos por Rusia en algún momento de su historia o de entrar en los planes expansivos de un pensamiento político ultramontano centrado en el papel mesiánico de Rusia.²⁴⁹

Ambos conceptos constituyen las opciones entre las que se debate el pensamiento identitario ruso: su identidad europea, que la impulsa a buscar una relación de igualdad e integración con los países del viejo continente, por un lado, y el sueño euroasiático que conduce a asumir un papel hegemónico en un área geográfica concreta, por el otro, se disputarán la conciencia de la nueva Rusia, sin llegar a concretarse ni una ni la otra. Si Rusia, como se ha visto, mantiene serias dificultades para consolidar un área estable de influencia propia, del mismo modo no podríamos decir que logra ser considerada en un plan igualitario por los países europeos. La arquitectura europea, tal y como ha sido definida en los años noventa, tiende a reunir, bajo la forma de la organización política y económica cohesionada que supone la UE, todos o casi todos los países del continente, pero con una frontera clara establecida ante Rusia y sus países de influencia inmediata. En este contexto, las relaciones entre los dos bloques, o si se prefiere entre ambas partes de Europa (no olvidemos que el 43% de la superficie total europea se halla en Rusia, porcentaje que llega al 51% si consideramos al conjunto de la CEI) difícilmente pueden ser de integración, pero en la actual coyuntura no pueden ser de complementariedad, y

²⁴⁹ El eurasiatismo goza de una larga tradición en el pensamiento político ruso desde el siglo XIX, pero en la década de 1990 ha alcanzado una nueva dimensión política, cuyo análisis tendrá cabida en el capítulo siguiente de este trabajo, puesto que recibe un fuerte impulso a raíz de la crisis chechena de 1994-96. Sobre el concepto moderno de eurasiatismo o neoasiatismo, véanse, entre otros, KERR, D.,

la competencia que se pueda desarrollar entre ellas es profundamente desigual. Las instituciones europeas, por lo tanto, deben condicionar su discurso y sus actitudes a una realidad voluble del gigante del Este, intentando singularizar su mensaje de aquel que Rusia percibe de un “Occidente” tradicionalmente opuesto a su esencia identitaria, hostil y negativo en su conjunto, con tal de garantizar unas relaciones de estabilidad en el continente.

Las Comunidades Europeas habían recibido con una cierta calidez y optimismo el nacimiento del nuevo Estado ruso, a pesar de la preocupación por la sucesión de acontecimientos que llevaron a tan difícil parto.²⁵⁰ En realidad, los países europeos occidentales ven en fin de la Guerra Fría un fuerte alivio y la confirmación de sus anhelos por evitar un enfrentamiento en el teatro europeo, de cuya materialización serían los principales perjudicados sin llegar a ser los protagonistas principales.²⁵¹ Así se puede entender el apoyo que reciben las propuestas gorbachovianas de apertura al mundo y de seguridad global a lo largo de los años ochenta entre las cancillerías europeas,²⁵² así como la confianza invertida por las mismas cancillerías en la personalidad de Yeltsin. Ya antes de la disolución de la URSS, las Comunidades Europeas se proponen asistir económica e institucionalmente a dicho país en su proceso de transición hacia la democracia y la economía de mercado. Con tal finalidad el Consejo Europeo, reunido en Roma en diciembre de 1990, decide establecer el programa TACIS, destinado a proveer asistencia técnica y ayuda humanitaria a la Unión Soviética. El presupuesto acordado para 1991, de 396 millones de ecus, constituía la mayor ayuda de este tipo concedida por las instituciones europeas o por cualquier otro

op. cit., p. 977-988, o SIMON, G., « La Russie: une hégémonie eurasiennne? », en *Politique Étrangère*, núm. 1, (1994), p. 29-47.

²⁵⁰ Cabe destacar que la URSS siempre había buscado en las Comunidades un aliado que contrastase con su hostilidad hacia Estados Unidos y hacia la política de seguridad de Occidente, como resalta SODUPE, K., en *La visión soviética de la integración europea: el caso de la CEE 1957-1969*, Ed. Universidad del País Vasco, 1987.

²⁵¹ Sobre las actitudes de Europa occidental con relación a la evolución política de Rusia durante este período, véase, por ejemplo, MANDEVILLE, L., « Fantasmies russes et myopie occidentale », en *Politique Internationale* n° 72, 1996, pp. 211-224; sobre la actitud de las potencias eurooccidentales en el campo de seguridad en la época, véase, entre otros, BARBÉ, E., *La seguridad en la nueva Europa*, *op. cit.*, pp. 61-92.

²⁵² Tal vez la mayor muestra de sintonía entre las propuestas de Gorbachov y el proceso de consolidación de la Unión Europea sea la frecuente referencia del líder soviético a una “casa común” europea donde se encontrarían ambos proyectos. A pesar del contenido retórico de dicho discurso (que Gorbachov combina con otro simétrico sobre una “casa asiática”), este concepto sigue siendo una referencia de los valores compartidos en ambos extremos del continente. Véase GORBATCHEV, M., « Plaidoyer por une “maison commune” », en *Politique Internationale* n° 68, 1996, pp. 105-112; o MINK, G. y TIRAPOLSKI, A., «

organismo o Estado a un solo país. Previamente, la Comunidad ya había acordado conceder una ayuda alimentaria a la URSS de 750 millones de ecus a, a distribuir entre 1990 y 1991.²⁵³

A raíz del intento de golpe de Estado de 1991, Bruselas expresa su preocupación por medio de sendas declaraciones CPE de 19, 20 y 22 de agosto. Días más tarde, el Consejo Europeo “acoge calurosamente” la soberanía y la independencia declarada por los países bálticos durante los sucesos del pronunciamiento en Moscú. El 16 de diciembre de 1991, ante la inminencia de la desaparición de la URSS, el Consejo Europeo aprueba una posición común en que presenta las directrices para el reconocimiento de nuevos Estados en Europa oriental y en la URSS. Dichas directrices implican el respeto a las disposiciones de Naciones Unidas y de la CSCE; la garantía del respeto hacia los grupos étnicos y las minorías nacionales; el respeto a la inviolabilidad de las fronteras; la reanudación de los compromisos relativos al desarme; y el compromiso de solucionar las controversias que puedan surgir en el futuro a través del arbitraje.

El 25 de diciembre de 1991, la misma fecha de la disolución de la URSS, la Presidencia neerlandesa del Consejo Europeo constataba que Rusia ejercía desde aquel mismo día los derechos y obligaciones internacionales de la antigua Unión Soviética. Con este gesto, acompañado de una declaración de homenaje a la figura de Mijaíl Gorbachov, los Doce concedían un pleno apoyo a Yeltsin y al proceso que había de llevar a cabo la nueva Rusia; también reconocían que Rusia heredaba a partir de aquella fecha la personalidad jurídica de la ya extinta Unión Soviética. Durante las semanas siguientes, los países de la Comunidad reconocieron diplomáticamente a los nuevos Estados surgidos de la Unión Soviética, todos los cuales se comprometieron a asumir los compromisos exigidos por Bruselas el 16 de diciembre anterior.²⁵⁴

La maison commune Européenne : le discours soviétique et ses effets », en *Le Courrier des Pays de l'Est* n° 340, 1993, pp. 3-24.

²⁵³ Véanse PALAZUELOS, E., *La economía soviética más allá de la perestroika*, *op. cit.*; SERRA, F., “La dimensión Este de la UE : políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia”, *op. cit.*, pp. 159-189.

²⁵⁴ Estas condiciones son aceptadas rápidamente por todas las nuevas repúblicas, que reciben el reconocimiento de la Comunidad a lo largo de las siguientes tres semanas. Los dos últimos Estados en comprometerse a seguir las “líneas directrices sobre el reconocimiento de nuevos Estados en Europa del

Las relaciones entre la Comunidad y la Rusia de Yeltsin comenzaron con un tono cordial; en realidad, ambas entidades políticas estaban viviendo momentos delicados: si Rusia estaba consolidando su propio Estado y definiendo su posición en el mundo, la Comunidad Europea estaba viviendo precisamente durante el año 1991 un proceso de avance a raíz de la Conferencia Intergubernamental que había de dar como fruto el TUE, y durante 1992 y 1993 vivía el difícil proceso de aprobación e implementación de dicho Tratado. Precisamente de estos debates y de este Tratado surgirá la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC)²⁵⁵ que definirá las actitudes colectivas de los países comunitarios en política exterior, política común que tendrá en Rusia uno de sus principales objetivos y uno de los principales campos de aplicación.²⁵⁶

Mientras tanto, como ha sido señalado, la Comunidad vive un proceso importante de expansión de su influencia hacia Europa oriental, consecuencia de algún modo del espacio que deja libre la retirada de la influencia soviética en el área. Ya previamente a la caída del muro de Berlín, en agosto de 1989, con la intención de establecer vínculos comerciales con los países del Este y de potenciar los cambios políticos favoreciendo a los países más avanzados en este campo, Bruselas había establecido el Programa PHARE, rápidamente extendido al conjunto de los países de Europa central y de los Balcanes. Una vez desintegrado el modelo socialista en Europa del Este y desmanteladas las organizaciones internacionales lideradas por la URSS (CAME y Pacto de Varsovia), durante el verano de 1991, la Unión Europea intenta mantener relaciones privilegiadas con unos países que surgen de la experiencia traumática de una estrecha relación forzada con la Unión Soviética y su experimentación comunista. Este proceso, analizado en el capítulo anterior, tendrá su culminación en el proceso de adhesión de la mayor parte de países de Europa Central y Oriental (PECOs) a la Unión Europea. Casi todos estos países habían formado parte hasta 1989 del área de influencia

Este y la URSS” son Tayikistán y Kirguizistán, ambos el 15 de enero de 1992. Véase *Anuario CIDOB* 1992, Barcelona 1993.

²⁵⁵ Véase GRASA, R., “La seguridad europea en 1992: conceptos en expansión e instituciones interdependientes”, en *Anuario Internacional CIDOB* 1992, Barcelona 1993, pp. 228-29; RUMMEL, R (dir.), *Toward Political Union. Planning a Common Foreign and Security Policy in the European Community*, Westview Press, Boulder 1992.

²⁵⁶ La coincidencia entre ambos procesos no puede pasar desapercibida. En realidad, como señala BARBÉ, E., en su libro *La seguridad en la nueva Europa* (op. cit.), pp. 133.145), los debates de la CIG, a lo largo de 1991, se realizan con el trasfondo permanente de tres crisis que afectan a la capacidad europea en materia de seguridad: la que llevaría a la disolución de la URSS, las primeras guerras de Yugoslavia y la operación “Tormenta del Desierto” contra Irak, en el marco de la Segunda Guerra del Golfo. Todos ellos nuevos tipos de desafíos en el campo de la seguridad ante los cuales la Comunidad Europea se prepara para reaccionar de un modo cohesionado.

soviética, y tres de ellos, los bálticos, habían pertenecido a la URSS hasta 1991. En este proceso de ampliación de la UE, Rusia presencia como una buena parte de su área de influencia potencial es incorporada a la esfera de intereses y de futura anexión de Bruselas.²⁵⁷

5.b) El solapamiento de influencias en Europa del Este; los casos del Báltico y de los Balcanes

Aunque esta competencia teórica por el liderazgo económico y político de los países de Europa del Este no supone grandes problemas de enfrentamiento entre la Comunidad Europea y Rusia, que parecen asumir el carácter dinámico de la primera y la regresión de la segunda, las primeras posturas dispares aparecerán en el campo de la seguridad y la mediación de conflictos. En junio de 1991 la guerra hace su reaparición en Europa tras una ausencia demasiado corta de 46 años. Al conflicto esloveno, relativamente poco costoso en vidas humanas, sigue inmediatamente el croata, que reproduce escenas antiguas de bombardeos de ciudades, largas columnas de refugiados, matanzas masivas e injustificadas, etc. Poco después que este conflicto se estancase, en febrero de 1992, se inicia con una crudeza y una crueldad reavivadas la guerra en Bosnia. Durante estos conflictos, la Comunidad Europea pretendió ocupar un papel predominante e incluso imprescindible en primer lugar en las conversaciones de paz y, más adelante, en la supervisión de los armisticios; la política exterior comunitaria, todavía en una fase de prueba, alcanzó un cierto éxito al auspiciar el fin de las hostilidades en Eslovenia, demostró una frustrante incapacidad en el caso de Croacia y una clara ineptitud en el conflicto de Bosnia.²⁵⁸ En cualquier caso, por lo menos hasta que el conflicto bosnio no alcanzó unas dimensiones incontrolables, existía un cierto consenso internacional en permitir un fuerte protagonismo de la diplomacia europea, juntamente con las acciones de la OSCE y de la ONU, en el área. De este modo, el grueso de la Comunidad internacional no reconoce a los nuevos Estados de Eslovenia y Croacia hasta que la Presidencia del Consejo Europeo no da su visto bueno al respecto,

²⁵⁷ Sobre los primeros problemas de los países del Este para incorporarse a las estructuras comunitarias, véase por ejemplo CARDEDERA, F., *op. cit.*, o LIROLA, I., *op. cit.*

²⁵⁸ Para el seguimiento de las crisis yugoslavas y del papel de la diplomacia europea en los mismos, véase GNESOTTO, N., *Lessons of Yugoslavia, op. cit.*, ROMEVA, R., *Bòsnia-Herzegovina: les lliçons d'una*

tras el controvertido dictamen de la Comisión Badinter, el 15 de enero de 1992 y prácticamente ningún Estado²⁵⁹ manifiesta su apoyo a ninguno de los contendientes en los sucesivos conflictos, como medida de apoyo a las tareas de pacificación de Bruselas y de los organismos internacionales mencionados.²⁶⁰

En el caso de Rusia, dicha neutralidad fue llevada a cabo a contrapelo en lo que concierne a gran parte de la opinión pública, que ve con simpatía la lucha de los serbios contra el gobierno bosnio. Las raíces de esta solidaridad habría que buscarlas en el carácter eslavo y ortodoxo del pueblo serbio, así como en un vínculo histórico entre ambos pueblos; pesa en aquellas circunstancias el recuerdo de las fuerzas de la Rusia zarista acudiendo en ayuda de los serbios, durante el siglo XIX, en su lucha contra los turcos; recordemos que para el imaginario histórico ruso esta lucha, cuyo fin último debía ser la “liberación” de Constantinopla, era la continuación lógica de la lucha secular de Rusia para librarse del yugo tártaro, y que el nombre peyorativo que utilizan los serbios para denominar a los bosnios musulmanes es el de “turcos”. Para el nacionalismo ruso, igualmente, el apoyo a la causa serbia es la oportunidad de enfrentarse al otro enemigo tradicional de Rusia y, por extensión, del mundo eslavo y ortodoxo, Occidente; o, lo que vendría a ser lo mismo, el mundo católico-protestante que representa Europa occidental, conjurado para la ocasión, como ya lo había hecho históricamente, con el mundo islámico. Y, sin lugar a dudas, muchos rusos ven en los conflictos balcánicos una inmejorable ocasión de recuperar una cierta capacidad de influencia en un área, como son los Balcanes, donde Rusia cuenta tradicionalmente con numerosos aliados y con una identificación cultural notable. Ello ayuda a entender algunos fenómenos que se dan particularmente al principio del largo conflicto de Bosnia (1992-95): organizaciones patrióticas rusas, incluidos algunos grupos comunistas, recolectaban fondos y reclutaban a voluntarios para ayudar a los serbios de Bosnia; el

guerra, Centre UNESCO de Catalunya, Barcelona 1997, o TAIBO, C., *La desintegración de Yugoslavia*, Los libros de la Catarata, Madrid 2000.

²⁵⁹ La principal excepción la conforma la Ciudad del Vaticano, que no disimuló su apoyo a su tradicionalmente aliada Croacia.

²⁶⁰ Hay que señalar el conocido y controvertido caso suscitado, en aquel momento, por el reconocimiento de los Estados croata y esloveno por parte de Alemania en diciembre de 1991, es decir sin esperar a los resultados de la Comisión Badinter, lo cual produjo una grave crisis de confianza en el seno de las Comunidades en el delicado momento de la firma del TUE y aceleró las conclusiones de dicha Conclusión para evitar mayores disensiones en el marco comunitario. Véase HOLBROOKE, R., “El mayor fracaso colectivo de Occidente”, *op. cit.*, o SALMON, T., “Testing times for European Political Cooperation: the Gulf and Yugoslavia 1990-1992”, en *International Affairs*, vol. 68, nº 2, 1992, pp. 233-253.

Patriarca de la Iglesia Ortodoxa Rusa, Alexei II, recibía al patriarca de la Iglesia Ortodoxa Serbia y emitía un comunicado de apoyo a la causa serbia, supuestamente víctima de una agresión internacional; el líder de la extrema derecha rusa, representada por el Partido Liberal Democrático (PLD), V. Zhirinovski, visitaba el frente de Sarajevo y mantiene una relación de franco compañerismo con líderes serbobosnios del talante de Karadjic y Mladic...²⁶¹ Sin embargo, B. Yeltsin no se dejó llevar por las diversas presiones y tentaciones nacionalista y participó del esfuerzo internacional por la solución negociada de los distintos conflictos; reconoció a las nuevas repúblicas, incluida Bosnia y Herzegovina, apenas lo hizo la Unión Europea y participó en el llamado “Grupo de Contacto”, junto con Estados Unidos, Reino Unido, Francia y Alemania, que realizó varios intentos de mediación en el conflicto; aunque justo es reconocer que Rusia aportaba, dentro de este grupo, la visión más cercana a las sensibilidades serbias.²⁶² Esta actitud de Yeltsin, contraria a lo que los sectores más nacionalistas o nostálgicos consideraban que eran los “intereses de Rusia” o el “apoyo a los hermanos de Rusia” supondrá una primera y profunda brecha entre la Presidencia y una opinión pública rusa cada vez más nacionalista y más convencida de que sus instituciones habían ido a parar a manos de intereses foráneos.²⁶³ Este solapamiento de dos actitudes y dos intereses en la política exterior rusa (por una parte, un creciente interés en intervenir en la esfera diplomática internacional; por otra, una fuerte presión para enfrentarse a las actitudes de las potencias y de las organizaciones internacionales en áreas como los Balcanes o el Báltico, tradicionalmente zonas de expansión de la influencia rusa) tiene como consecuencia una marcada esquizofrenia en los posicionamientos de la diplomacia rusa, lo que resta credibilidad y eficacia a dichas opciones.²⁶⁴

Un reflejo de esta actitud dual lo hallamos en el papel de *enfant terrible* que pareció asumir el ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Kózirev, a lo largo de 1992, cuando realizó numerosas declaraciones ante la CSCE contra la política de los países

²⁶¹ Véase KARAGANOV, S., *op. cit.*, o TUMINEZ, S., “Russian Nationalism and the National Interest in Russian Foreign Policy”, en WALLANDER, C. (ed.), *The Sources of Russian Foreign Policy after the Cold War*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1996.

²⁶² CROW, S., “The Making of Foreign Policy in Russia under Yeltsin”, en *RFE/RL Research Report*, Munich/Washington 1993.

²⁶³ Véase el interesante análisis que realiza sobre este período JONSON, L., *op. cit.*

²⁶⁴ Pero no deja de levantar no sólo susceptibilidades, sino serios temores acerca de la potencial hostilidad de una Rusia fuertemente armada y resentida, como refleja DICK, Ch., en “Russian Views on Future War”, *NATO’s Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 25 de junio de 1993.

bálticos frente a sus minorías e incluso, en la reunión del Consejo de dicho organismo internacional en Estocolmo en diciembre de 1992, pronunció un agresivo discurso en que acusó a la OTAN de intentar extender su influencia con las sanciones a Serbia, exigió la retirada de las mismas y se comprometió a defender lo que quedaba de Yugoslavia.²⁶⁵ A pesar de ésta y otras actitudes en direcciones similares,²⁶⁶ que denuncian una actitud rusa poco propensa a la neutralidad estricta, los conflictos de Croacia (1991-92 y 1995) y Bosnia (1992-95) representan una prueba manifiesta de la capacidad de Rusia de participar de un modo neutral en las tareas de mediación de conflictos y de pacificación lideradas por Naciones Unidas.²⁶⁷ De este modo, cascos azules rusos se integran en el destacamento de la UNPROFOR a partir de 1992 en tareas de ayuda humanitaria y de fuerzas de interposición.²⁶⁸

Otro de los aspectos controvertidos de esta fase en la actitud política que toma Rusia es la de su agresividad diplomática frente a los países bálticos. La independencia de estos tres Estados (Lituania, Letonia y Estonia) había supuesto una grave afrenta para la sociedad rusa, que veía en la zona un área necesaria para su propia cohesión nacional. La prensa rusa y un discurso político reiterativa seguía (y sigue) considerando a los países bálticos como parte del “extranjero próximo”, eufemismo que oculta el espacio geográfico sobre el que Rusia aspira a ejercer su influencia y que coincide con la antigua Unión Soviética.²⁶⁹ Los aspectos básicos que hacen de los países bálticos un territorio de difícil renuncia para la opinión pública rusa pueden resumirse en los siguientes:

²⁶⁵ Obviamente, la diplomacia rusa no asume posteriormente los compromisos ni los posicionamientos de Kózirev. Véase RUBINSKI, Yu., « La Russie et l'OTAN : une nouvelle étape? », en *Politique étrangère* n° 4, 1997.

²⁶⁶ Por fortuna las actitudes belicistas que podemos hallar en este período son menos autorizadas que la de Kózirev y tampoco parecen influir sobre las decisiones finales de la política exterior rusa. Entre otras voces a favor del intervencionismo ruso a favor de Serbia encontramos la del controvertido premio nobel SOLZHENITSIN, A., (*op. cit.*) o los intelectuales más comprometidos con el neoeurasianismo como DUGUIN, A. (The Theory of the Eurasian State”, en http://utenti.lycos.it/ArchivEurasia/dugin_alekseev.html).

²⁶⁷ Véase McFAUL, M., “Revolutionary Ideas, State Interest, and Russian Foreign Policy”, en TISMANEAU, V. (ed.), *Political Culture and Civil Society in Russia and the New States of Eurasia*. Sharpe, N. York 1995.

²⁶⁸ Aparentemente, la comunidad internacional está de acuerdo en ceder a Europa occidental y a la ONU el liderazgo en el proceso de mediación y de intervención humanitaria en los conflictos de Croacia y Bosnia. Una de las críticas principales que, desde Rusia, se han hecho a la actitud sumisa de Yeltsin es la de haber contribuido a un fracaso diplomático de dimensiones trágicas en los Balcanes. Véase a este respecto HOLBROOKE, R., “El mayor fracaso colectivo de Occidente”, *op. cit.*

- un aspecto histórico y de fuerte contenido simbólico, puesto que se trata de territorios donde el Estado ruso, bajo diferentes formas, había ejercido su control intermitente desde hacía más de tres siglos; ciudades como Riga o Tallinn forman parte de la historiografía rusa;
- razones estratégicas, dado que estos tres Estados ocupan la mayor parte del litoral que la URSS controlaba sobre el mar Báltico; por otra parte, la nueva situación deja a una región rusa, Kaliningrado, aislada y tal vez en un futuro incomunicada con el resto del país, y la nueva Estonia independiente se halla a escasos kilómetros de San Petersburgo, segunda ciudad rusa. Además, los puertos del Báltico que han dejado de ser rusos albergaban importantes bases y dársenas militares, ahora fuera del control ruso;
- razones de solidaridad nacional, ya que en Estonia y Letonia viven grandes comunidades de rusos y de otros eslavos orientales que han adoptado el ruso como lengua propia,²⁷⁰ y que ahora se veían discriminados por las nuevas legislaciones nacionales.

Este último aspecto fue el causante de la crisis diplomática que enfrentó a Rusia con estos países y, por extensión, con las instituciones occidentales a las que aspiraban ingresar los mismos. La polémica arranca en el momento en que las repúblicas bálticas proclaman (o restauran) sus independencias respectivas, en 1991, basándose en las legislaciones vigentes en los respectivos países durante los períodos de independencia de cada una de ellas, en 1918-1940. Como una aparente consecuencia lógica, en principio conceden únicamente la ciudadanía a los antiguos ciudadanos de los Estados de dicho período o a sus descendientes.²⁷¹ Ello deja a importantes sectores de la población, básicamente rusos, bielorrusos y ucranianos, que emigraron a la zona en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, como apátridas en una tierra que consideran como propia. Se trata de cientos de miles de personas que constituyen en el momento de la independencia cerca del 35% de la población de Estonia, del 40% de la de Letonia y del 10% en Lituania. Pocos de ellos optarán por emigrar a Rusia, porque a pesar de todo

²⁶⁹ Como se analiza en OLCOTT, M. B., "Sovereignty and the Near Abroad", *Orbis* n° 3, vol. 39, verano 1995.

²⁷⁰ Véanse los datos de los últimos censos de los países bálticos en el capítulo 8.b de este trabajo.

²⁷¹ Véase KNUDSEN, O.F., "The Foreign Policies of the Baltic States: Interwar Years and Restoration", en *Cooperation and Conflict*, vol. 28, n° 1, 1993, pp. 47-72.

las condiciones de vida siempre son mejores en las repúblicas bálticas, pero deberán afrontar una discriminación legal contra la cual Rusia protestará vivamente. El momento culminante de esta protesta llegará cuando Rusia amenazará con no retirar las fuerzas rusas que todavía permanecen en la zona mientras no se reconozcan los derechos de los rusos en estos países.²⁷²

Los estados bálticos, celosos de su nueva independencia, no eran muy influenciados por las amenazas rusas. Sin embargo, las organizaciones internacionales con atribuciones en materia de derechos humanos, como el Consejo de Europa y la CSCE-OSCE, ante la insistencia rusa, presionaron a estos Estados para que cambiaran su legislación. Lituania lo hizo sin mayores problemas, y extendió la nacionalidad a todos sus habitantes.²⁷³ Como muestra de buena voluntad o para mantener la presión sobre los otros Estados bálticos, Rusia retiró a sus fuerzas de Lituania el 31 de agosto de 1993. Sin embargo, la tensión con Letonia y Estonia se mantuvo. Las instituciones europeas tuvieron que hacer una ardua tarea mediadora presionando, por un lado, a Tallinn y Riga para que dulcificaran su legislación, y por otro lado, a Rusia para que rebajara sus exigencias y afrontase sus compromisos de retirada de las tropas instaladas en la zona. Por último, a principios de 1994 Estonia y Letonia aceptaron el compromiso propuesto por la OSCE para modificar sus legislaciones sobre nacionalidad y permitir el acceso a sus residentes a las nacionalidades respectivas bajo determinadas condiciones.²⁷⁴ Tras la firma de un acuerdo en abril de 1994, las tropas rusas (2.500 soldados en Estonia y 12.000 en Letonia) se retiraron el 31 de agosto siguiente.²⁷⁵ Sin embargo, el proceso de acceso de las minorías rusas a la ciudadanía de estos países, con la excepción de Lituania, todavía se mostraría lento y difícil. De todos modos, raramente se volverán a producir protestas institucionales rusas a causa de esta

²⁷² Sobre la situación de las minorías rusas en el Báltico, véanse CHINN, J., y KAISER, R., *op. cit.*; GIRNIUS, K., "The Race is On. Accession Could Calm the Rough Waters of Baltic Minority Policies", en *Transition*, abril 1998; o NORGAARD, O., *The Baltic States after Independence*, Edward Elgar, Cheltenham 1996.

²⁷³ Sobre la especificidad lituana en esta fase, véase BARA, D., "Las naciones bálticas: ¿semejantes o diferentes?", en *Cuadernos del Este* nº 19, 1996.

²⁷⁴ Las condiciones consistían en demostrar arraigo en el país (nacimiento o una larga permanencia), un juramento de fidelidad, y un examen de lengua y cultura nacional. Sin embargo, una de las quejas más frecuentes de los rusófonos de Estonia y Letonia consistía en las trabas puestas en este último examen, extremadamente difícil y en el que las administraciones no facilitaban su preparación o aprendizaje previniendo así una masiva incorporación de eslavos a la ciudadanía de estos países. Véase LE MARC, GAËLL, "Los Estados bálticos tres años después", en *Anuario internacional CIDOB 1994*, Barcelona 1995, pp. 457-461.

²⁷⁵ Véanse NORGAARD, O., *op. cit.*; KACHIA, J., *op. cit.*, pp. 55-69; KIONKA, R.R., *op. cit.*, p. 87.

situación; el nuevo ámbito de tensión en el marco geográfico del Báltico vendrá, en los años siguientes, a raíz del proceso de ampliación de la OTAN a la región y por el aislamiento a que se verá sometida la región de Kaliningrado tras la ampliación de la UE, en 2004.²⁷⁶

Cabe destacar, por otro lado, que esta actitud constructiva y discreta, a pesar de las fuertes presiones populares y políticas que padecía Yeltsin, supuso una inversión, un capital político inicial del cual Moscú esperaba obtener rendimientos; y aparentemente los obtuvo, dada la relación especial que se estableció con Occidente, por la cual tanto las reformas políticas como las económicas que debía emprender Rusia, ambas largas, difíciles y traumáticas, empezaron a recibir el apoyo masivo de las organizaciones occidentales.²⁷⁷ Desde el punto de vista económico, las reformas estructurales estuvieron fuertemente subvencionadas por Occidente, tanto por medio de los programas TACIS de la Unión Europea como de créditos concedidos por el Fondo Monetario internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y el G-7.²⁷⁸ En cuanto al apoyo diplomático, Occidente no dudó en dar su apoyo a la Presidencia rusa y a sus políticas incluso cuando éstas fueron sumamente impopulares o éticamente reprochables. De este modo, durante la crisis que enfrentó a la Presidencia con el Parlamento en Rusia, en otoño de 1993, las instituciones comunitarias otorgaron un apoyo decidido a Yeltsin; el 22 de septiembre, una declaración sobre Rusia del Consejo expresaba la solidaridad de Bruselas con la legalidad vigente en Rusia y el cuatro de octubre el Consejo mostraba su preocupación por los acontecimientos de Moscú y por la pérdida de vidas humanas, hecho que la Declaración atribuía a la acción de “fuerzas involucionistas”; el Consejo reiteraba en el mismo documento su apoyo al presidente ruso. A raíz del referéndum convocado por Yeltsin el mes de diciembre siguiente para revalidar la confianza del pueblo ruso en la Presidencia tras los enfrentamientos, la UE envió observadores a la consulta y emitió una Declaración el 16 de diciembre en que otorgaba validez al proceso

²⁷⁶ Véase ARNSWALD, S. y JOPP, M., *The Implications of Baltic States' EU Membership*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2001; CABOURET, M., y KOSTRUBIEC, B., *op. cit.*

²⁷⁷ Según MALCOLM, N., en “The New Russian Foreign Policy”, (*The World Today*, vol. 50, nº 2, 1994, pp. 28-32) sería éste uno de los objetivos principales de la política Yeltsin de estos años.

²⁷⁸ A principios de 1992 la economía rusa se vio sometida a una grave crisis inflacionista. El G-7, para contrarrestarla, otorgó una ayuda inmediata de 43.500 millones de dólares entre abril y julio del mismo año. Por otro lado, el programa TACIS empezó a implementarse ya desde 1991, y supondría una importante ayuda a la reestructuración de la economía de Rusia y de los otros países del área. Véase al respecto PALAZUELOS, E., “La CEI: un espacio económico desvencijado”, *op. cit.*

electoral; en la misma Declaración, la Unión Europea se comprometía a mantener la ayuda y cooperación con Rusia.

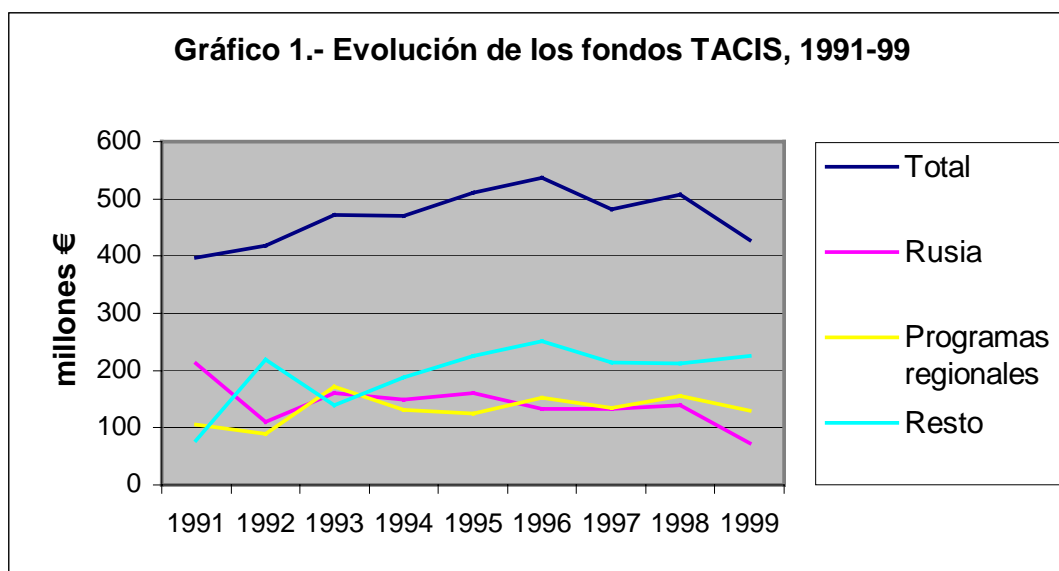
Se estableció una relación particular entre la Presidencia rusa y el apoyo que Rusia recibía desde el exterior. Por una parte, Occidente veía en Yeltsin el garante de la estabilidad regional y global que tan necesaria resultaba tras la Guerra Fría. Yeltsin, por su parte, necesitaba el apoyo económico y diplomático de la comunidad internacional, y mantuvo una actitud dócil ante las iniciativas internacionales, incluida la extensión de la influencia occidental en Europa del Este, ya sea con la aceptación de una tutela diplomática en los Balcanes²⁷⁹ o fomentando la incorporación de los países del área a las instituciones occidentales. Por otra parte, los sectores cada vez más nacionalistas y más resentidos por la crisis económica y política en el interior de la sociedad rusa ven en Yeltsin un político corrupto a manos de los intereses occidentales y opuesto a los intereses nacionales. Como consecuencia, Yeltsin y su entorno se veían obligados, cada vez más, a realizar una doble política de aquiescencia con la comunidad internacional al mismo tiempo que se mantenía una retórica nacionalista que rayaba a menudo en la demagogia. Este difícil equilibrio vivió una nueva fase cuando, a partir de finales de 1993, Rusia pareció recuperar una cierta influencia internacional dentro de la CEI e incluso fuera de dicho espacio.²⁸⁰

²⁷⁹ La política balcánica de la UE a lo largo de los años noventa va destinada desde sus inicios a dejar en claro el interés de Bruselas para ejercer una influencia en la región, considerada de alto interés estratégico para los países eurooccidentales. El resultado final, a pesar de los sucesivos fracasos de la diplomacia europea, es el establecimiento de una serie de regímenes “amigos” (Macedonia, Albania, Bosnia y Herzegovina) fuertemente dependientes del apoyo diplomático y de la ayuda económica de la UE. A partir de la desaparición del escenario político regional, en 2000, de F. Tudjman y de S. Milosevic, Croacia y Yugoslavia parecen haber iniciado un proceso decidido de asimilación a este grupo de países balcánicos incorporados a la esfera de influencia directa de la UE. Véanse, como referencias bibliográficas imprescindibles, HOLBROOKE, R., “El mayor fracaso colectivo de Occidente”, *op. cit.*, y FREEDMAN, L., “Por qué fracasó Occidente”, en *Política Exterior*, vol. IX nº 44, abril-mayo 1995, pp. 154-168, además de TAIBO, C., *La desintegración de Yugoslavia*, *op. cit.*, o SERRA, F., “La dimensión Este de la UE: políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia”, *op. cit.*, pp. 159-189.

²⁸⁰ Véase, entre muchos otros, BONIFACE, P., « Une doctrine Monroe pour la Russie », en *Relations Internationales et Stratégiques* nº 13, primavera de 1994; ASLUND, A., *et al.*, *Russia's National Interests: An International Dialogue*, Wetsview Press, Boulder, Colorado, 1993; MALCOLM, N. (ed.), *Russia and Europe: An End to Confrontation?* *op. cit.*

5.c) La cooperación económica europea hacia Rusia: ¿ayuda o satelización?

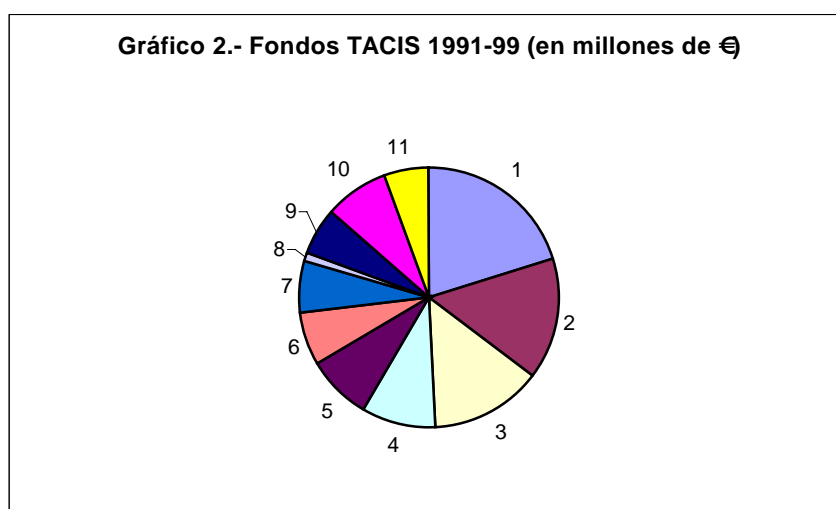
Como hemos visto, el Consejo Europeo de Roma de diciembre de 1990 decidió establecer el programa TACIS, destinado a proveer asistencia técnica y ayuda humanitaria a la URSS. A raíz de la disolución de la URSS y del surgimiento de las nuevas repúblicas de la CEI o Nuevos Estados Independientes, el programa TACIS ha seguido aplicándose a los doce países de la Comunidad y a Mongolia. En el período 1991-1999 este programa ha destinado a estos países un total de 4.221 millones de euros. De dicha cantidad, 1.274 millones, es decir el 30,2%, ha ido destinado exclusivamente a Rusia, 1.195 millones, el 28,3%, a actuaciones regionales (epígrafe que comprende los programas interestatales, de seguridad nuclear y de cooperación transfronteriza), 308 millones, un 7,3%, a la coordinación de los donantes, 254,8 millones, un 6% del total, al apoyo a la implementación del Programa y el resto ha ido destinado a los otros países del Programa y a “otros”.²⁸¹ A pesar de la posición privilegiada de Rusia, la ayuda de la UE canalizada a través del programa TACIS ha ido diversificándose con el tiempo y Rusia ha perdido proporcionalmente peso específico en el mismo con relación a las otras repúblicas y programas, como muestra el siguiente gráfico:



²⁸¹ Los países más beneficiados por el Programa en este período, aparte de Rusia, han sido Ucrania (461 millones de euros), Kazajstán (112 millones), Uzbekistán (103 millones) y Azerbaiyán (87 millones). La fuente de estos datos y los que vienen a continuación es la Comisión Europea, http://europa.eu.int/comm/external_relations/ceeca/tacis/figures.pdf.

Fuente: elaboración propia a partir de datos extraídos de http://europa.eu.int/comm/external_relations/ceeca/tacis/figures.pdf.

En el gráfico se puede observar un paulatino descenso de la ayuda enmarcada en el Programa TACIS, especialmente perceptible en el caso de la ayuda destinada a Rusia. Ello se debe a la tendencia a reducir la ayuda destinada a la región desde la Unión Europea, en parte a causa de la lenta, pero tangible mejora económica y en parte a causa de la voluntad de las autoridades comunitarias de canalizar las relaciones económicas con el área hacia un marco más comercial y menos vinculado a la ayuda al desarrollo. En el siguiente gráfico podemos ver la aplicación de los fondos TACIS en el período que va desde su aprobación hasta 1999, según los diferentes ámbitos de aplicación de sus presupuestos:



- 1) Seguridad nuclear y medio ambiente (851 millones de euros)
- 2) Reforma de la administración pública, servicios sociales y educación (632 millones)
- 3) Reestructuración de la empresa estatal y desarrollo del sector privado (595 millones)
- 4) Energía (381 millones)
- 5) Agricultura y alimentación (345 millones)
- 6) Transportes (279 millones)
- 7) Consejería y programas de proyectos menores (265 millones)
- 8) Telecomunicaciones (54 millones)
- 9) Otros (241 millones)
- 10) Coordinación de donantes (338 millones)
- 11) Apoyo a la implementación del Programa (239 millones)

Fuente: elaboración propia a partir de datos extraídos de http://europa.eu.int/comm/external_relations/ceeca/tacis/figures.pdf.

Llama la atención la importancia concedida dentro del programa TACIS a la seguridad nuclear y el medio ambiente, comprensible si tenemos en cuenta que se trata de una de las mayores preocupaciones en los países geográficamente cercanos al espacio que ocupa la URSS, dada la precariedad de las garantías medioambientales de dicha área y el riesgo de contaminación hacia los países vecinos. Es evidente la condicionalidad de la ayuda destinada a Rusia y otros país con relación a los intereses y sensibilidades de la propia Unión Europea, lo que no debe sorprendernos. El mero hecho de destinar una ayuda tan masiva, sin embargo, denota un interés especial de Bruselas por mantener la estabilidad y unas relaciones amistosas en sus fronteras orientales.

Las buenas relaciones establecidas entre Bruselas y Moscú tienen probablemente su máximo exponente en el Acuerdo de Colaboración y Cooperación (ACC) alcanzado el 23 de marzo de 1994 entre la Unión Europea y la Federación Rusa. Se trata de un acuerdo destinado a intensificar las relaciones políticas, culturales y económicas entre ambas partes y busca como objetivo el establecimiento de una “futura área de libre comercio entre la Unión Europea y Rusia”.²⁸² El Acuerdo establece una colaboración más estrecha entre la UE y Rusia en los campos siguientes:

- comercial, con el establecimiento de obligaciones y normas liberales de comercio al estilo de la OMC entre ambas partes;
- político, con la construcción de una estructura institucionalizada para consultas a todos niveles;
- en el ámbito económico, con un amplio programa de cooperación en campos como la ciencia y la tecnología, la energía, el transporte y las actividades relacionadas con el espacio; e
- institucional, a partir de cumbres, del establecimiento de un Consejo de Cooperación que se reúna una vez al año y de un Comité de Cooperación dotado de nueve subcomités.²⁸³

En realidad, el ACC supone una profundización notable de la cooperación ya ensayada con el Programa TACIS y se enmarca en una política de acuerdos llevada a

²⁸² Véase http://www.europa.eu.int/comm/dgla/tacis/country_closeup/russia/cc_russ_pca.htm.

²⁸³ Véase http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/index.htm.

cabo simultáneamente con Ucrania y Belarús.²⁸⁴ Con relación a su precedente inmediato, los Acuerdos de Asociación o Acuerdos Europeos firmados entre las Comunidades y los países de Europa Central y Oriental, el ACC comporta una menor intensidad en las relaciones económicas, puesto que en ningún momento prevé la reducción o anulación de aranceles, pero, en contrapartida, plantea una intensa cooperación institucional y una agenda pormenorizada en asuntos de gran preocupación para las autoridades de la UE, como son la seguridad transfronteriza o el medio ambiente.²⁸⁵

Es evidente el interés de las instituciones comunitarias por crear un marco de cooperación estable con Rusia. El ACC pretende ser dicho marco en que se muevan unos contactos comerciales cada vez más intensos y unas vinculaciones políticas que deben garantizar la estabilidad continental y la seguridad de la UE en un contexto mundial cada vez más complejo. Sin embargo, el contexto de la cooperación entre la Unión Europea y Rusia se da con dos premisas básicas de fondo: en primer lugar, una relación comercial desigual en que la economía eurooccidental, que parte de una fortaleza básica de una autosuficiencia y de una diversidad esencial, se enfrenta a una economía rusa en reconstrucción, que no está en condiciones de establecer las condiciones en que debe ser llevado a cabo dicho comercio y ni siquiera puede de regular su propia reconstrucción, a causa de los múltiples condicionamientos impuestos por las instituciones financieras internacionales sobre el modo en que deben ser utilizados sus préstamos y ayudas.²⁸⁶ En segundo lugar, la ayuda que la Unión Europea concede a Rusia y a otros países de su entorno, fundamentalmente a través del Programa TACIS, es severamente controlada por las propias instituciones comunitarias, que velan por financiar y estimular aquellos aspectos que más interesan a los objetivos occidentales, muy específicamente la seguridad, en un sentido amplio que va desde el medio ambiente a la corrupción, la delincuencia transfronteriza o la estabilidad social,

²⁸⁴ El Acuerdo de Colaboración y Cooperación con Rusia no entra en vigor, en realidad, hasta fines de 1997, retraso atribuible a la crisis chechena y a la inestabilidad del país, mientras que en Ucrania lo hace en marzo de 1998. La UE había firmado un acuerdo provisional con ambos países el 1 de febrero de 1996. En el caso de Belarús, sigue en vigor un acuerdo provisional con ambos países firmado en marzo de 1996, pero no se ha llegado a la ratificación del acuerdo definitivo a causa del deterioramiento de las relaciones entre Minsk y Bruselas.

²⁸⁵ Véase el texto resumido del Acuerdo de Colaboración y Cooperación entre la UE y Rusia como anexo 4, al final de esta tesis.

²⁸⁶ Véase PALAZUELOS, E., “La CEI: un espacio económico desvencijado”, *op. cit.*

para crear una garantía de un “cinturón de tranquilidad” alrededor de la periferia inmediata de la UE.²⁸⁷

De este modo, hallamos en la relación económica entre la Unión Europea y esa Rusia tan precisada de ayuda una serie de condicionamientos hasta cierto punto paradójicos. La cooperación europea está destinada a fomentar la recuperación de la economía rusa, e incluso parte de los programas del TACIS están previstos para allanar el paso de una inversión exterior en el país, que se adivina preferentemente europea, con la creación de estructuras administrativas ágiles o la formación de empresarios o funcionarios en las normas básicas del capitalismo. Sin embargo, la misma estructura de esta ayuda, altamente respetuosa con las instituciones rusas y su funcionamiento, no exige reformas en profundidad que garanticen una eficacia tangible de dichas políticas, lo que sin duda ralentiza –y hasta cierto punto imposibilita– las reformas económicas necesarias según el espíritu de esta cooperación. Como consecuencia, la economía rusa prosperó con acuciante lentitud, la inversión occidental tuvo serias dificultades para trabajar en el país y la privatización encontró problemas no sólo políticos, como era previsible, sino también administrativos, ante una inercia o desidia de los poderes públicos que las presiones financieras externas no parecen poder frenar, a pesar de los supuestos beneficios que deberían esperar de estos cambios.²⁸⁸

La sociedad rusa, cada vez más inmersa en una pobreza que, por primera vez desde principios de siglo XX, presenta características claramente capitalistas, como la competitividad, el desempleo o la privación de derechos sociales, ve en la presencia financiera exterior una alianza estrecha entre los poderes políticos del país y unos intereses económicos externos poco interesados en el bienestar de Rusia y, en cambio, limita las potencialidades tanto económicas como políticas del país. El hecho es que la desigualdad de las relaciones entre los dos gigantes del continente europeo crea una dependencia asfixiante de la economía rusa, cada vez con menos margen de actuación

²⁸⁷ Véase BARANOVSKY, V., « La Russie et la sécurité européenne », en *Politique étrangère* n° 1, Institut français des relations internationales, París 1995.

²⁸⁸ Véase SÁNCHEZ ANDRÉS, A., “La economía rusa: una década de transición”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, n° 59, octubre/noviembre 2002, pp. 53-72.

soberana para resolver su propia crisis que, al contrario, no ve en esta fase vías de solución rápidas y eficaces.²⁸⁹

5.d) La restauración de la confianza internacional

Si bien en un principio, como hemos visto, la recuperación de un área de influencia directa para Rusia tropezó con notables dificultades, ha habido, en cambio, un consenso en la comunidad internacional a admitir a Rusia como el claro sucesor de la Unión Soviética en el sistema global, e incluso se podría decir que el nuevo Estado ruso ha sido bien recibido en el mundo. Ya en la constitución de la CEI, el 21 de diciembre de 1991 en Almà-Ata, los Estados sucesores de la URSS acordaron que Rusia debería ser quien detentase el Asiento permanente que mantenía la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas; Inmediatamente, Borís Yeltsin transmitió tal decisión a la Asamblea General y al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y las instituciones de la ONU no plantearon mayores inconvenientes a dicha sucesión.²⁹⁰ El recibimiento positivo de Rusia en la comunidad internacional es especialmente remarcable, habida cuenta que sustituye a la antigua potencia comunista, cuya existencia desestabilizaba la seguridad de Occidente y condicionaba la del mundo en general; las organizaciones internacionales incluso veían con un claro optimismo la recuperación económica y política del país y auguraron una cooperación positiva con la nueva Rusia. Sin embargo, la continuidad de la crisis económica y de la inestabilidad política en Rusia impiden que este país se incorpore al nuevo orden internacional como potencia o simplemente en pie de igualdad con el mundo occidental. A este respecto, es cierto que Rusia, antigua potencia altiva, se ve obligada a presentarse como un mendigo inestable en el nuevo orden internacional, pero queda en el campo de la especulación hasta qué punto las potencias de este nuevo orden estarían dispuestas a otorgar un estatuto de paridad a una Rusia en mejores condiciones.

²⁸⁹ Se concolida en esta fase la sensación, tanto en Occidente como en la propia Rusia, de que el Estado ruso pasa por una grave crisis estructural cuya prolongación amenaza la estabilidad de todo el sistema internacional, como se refleja en BLUM DOUGLAS, W., (ed.), *Russia's Future. Consolidation or desintegration*, Westview Press, Boulder Colorado, 1994.

²⁹⁰ Véase « Décision du Conseil des chefs d'État de la CEI concernant l'ONU », en *Documents d'Actualité Internationale* n° 4, 15 de febrero de 1992, p. 68, así como « Poslanie B. N. Ieltsina Generalnomu Sekretariu OON », en *Diplomaticheskii Vestnik* n° 1, 15 de enero de 1992, p. 13.

En cualquier caso, el mundo occidental expresa su apoyo y su confianza a la nueva Rusia en tres campos distintos pero estrechamente vinculados entre sí: a) el ámbito de la seguridad; b) las recomendaciones y ayudas del FMI; c) otras instituciones en materia de reforma económica y la intervención financiera directa. En primer lugar, en cuanto al aspecto de la seguridad, en mayo de 1992 EEUU y Rusia firmaron el protocolo de aplicación de los acuerdos START de reducción de armas estratégicas a que habían llegado Bush y Gorbachov en julio de 1991; en este protocolo se conmina a Ucrania, Belarús y Kazajstán a eliminar en un periodo de cinco años la totalidad de su armamento nuclear, que debe ser destruido o transferido a Rusia. Por otra parte, ya en diciembre de 1991 se crea el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN) entre los entonces 16 países de la OTAN y nueve de Europa central y oriental;²⁹¹ Rusia ingresa en la CCAN como miembro fundador; el mismo mes, Yeltsin vuelve a expresar su objetivo de conseguir que Rusia ingrese en la OTAN.²⁹²

En segundo lugar, en el plan económico, el FMI recomienda a las autoridades rusas aplicar un saneamiento presupuestario, una política de restricciones monetarias y la liberalización total de los precios de la energía (esta última medida sería rechazada por Yeltsin en prevención de la conflictividad social que generaría). El mismo FMI concede un total de 5.500 millones de dólares en créditos destinados a Rusia a raíz de la adhesión de este país a la organización, en abril de 1992. Por último, a esta cifra se añadió un total de 24.000 millones de dólares en ayudas y créditos occidentales, 6.000 de los cuales estaban destinados a la estabilización del rublo. El nuevo Estado de Yeltsin, en definitiva, goza de una fuerte confianza por parte de Occidente, a pesar de su precaria situación política y económica.

El momento en que este apoyo es puesto a prueba de un modo más claro, en esta primera fase de la consolidación del Estado ruso, es durante la crisis política de otoño de 1993. El enfrentamiento entre la Presidencia rusa y el Parlamento o *Duma*,²⁹³ durante el

²⁹¹ Acercamiento de la OTAN a Europa oriental que no siempre es visto con buenos ojos desde Occidente, por cierto. Véase, al respecto, DIEHL, O., "Opening NATO to Eastern Europe?", en *The World Today*, vol. 49, nº 12, 1993, pp. 222-223.

²⁹² La ambivalencia de la política exterior rusa de este período y su actitud en ocasiones pusilánime es resaltada en ALEXANDROVA, O., "Divergent Russian Foreign Policy Concepts", en *Aussenpolitik*, vol. 44, nº 4, 1993, pp. 363-372.

²⁹³ La *Duma* era todavía la misma que fue elegida en época soviética, en 1990, y la mayoría de sus componentes eran antiguos comunistas reconvertidos en independientes o agrupados en varios partidos y

cual ambas instituciones se desautorizan mutuamente, culmina con el encierro de diputados en el edificio de la Duma y el asalto de dicho edificio por tropas presidenciales, el 3 de octubre, con un resultado de 145 muertos. A pesar de lo contundente de la decisión y del elevado número de bajas, la resolución del conflicto confiere a Yeltsin una mayor popularidad interna y un decidido apoyo externo. Así, la CSCE manifiesta su apoyo a Yeltsin, y la Unión Europea, como ya se ha dicho, también manifiesta su solidaridad con el Presidente,²⁹⁴ al igual que la administración Clinton. El Presidente, confiado en su carisma, convoca un nuevo referéndum para reformar la Constitución, que se convierte en un plebiscito sobre su persona; sale relativamente airoso, puesto que obtiene un 58,4% de los votos, con el 54,8% de participación. La Unión Europea envía observadores a la consulta y da validez al proceso electoral. También en diciembre se celebran nuevas elecciones a la Duma, que vuelve a ganar una oposición a Yeltsin dividida y heterogénea.²⁹⁵

Los hechos de otoño de 1993 parecen inaugurar una breve época de esplendor para Yeltsin y para la política exterior rusa. El rigor con que ha solucionado la crisis institucional con el Parlamento, lejos de desprestigiarlo, le ha dado una imagen de político audaz ante el pueblo ruso y sus aliados, prestigio que intentará aprovechar expandiendo su influencia.

Por otra parte, una serie de consultas electorales en Europa central y oriental parecen emitir un mensaje de agotamiento de la vía prooccidental y procapitalista emprendida por sus dirigentes, puesto que se producen algunas victorias electorales de formaciones herederas de los antiguos partidos comunistas. Aunque es cierto que estos partidos han sido fuertemente reciclados, al convertirse a la socialdemocracia europeísta y renegar de su responsabilidad en los regímenes comunistas, resultan ser la única referencia de nostalgia para el período del socialismo real y sus éxitos llevan a una

colectivos reformistas. A pesar de ello, los comunistas seguían siendo el grupo más numeroso de la Cámara, y con diversos apoyos puntuales podían conseguir fácilmente la mayoría absoluta.

²⁹⁴ Una Declaración CPE, de 22 de setiembre de 1993, expresa el apoyo del Consejo Europeo a B. Yeltsin, mientras que otra, de 4 de octubre, lo felicita por la resolución de la crisis.

²⁹⁵ Resulta difícil dar una atribución exacta de escaños, dada la complejidad del sistema político ruso, pero los cálculos aproximados dan los siguientes resultados: de 444 escaños (seis asientos, de Chechenia, quedan vacantes), 96 pertenecen al progubernamental Opción de Rusia, 70 al Partido Democrático Liberal de Rusia, de V. Zhirinovski, 65 al Partido Comunista, 47 a la Federación Agraria (filocomunista), 33 a los liberales de Yábloko, 27 a Concordia de Rusia, 25 a Mujeres de Rusia, 21 al Partido Democrático de Rusia, etc. Fuente: *Anuario Internacional CIDOB 1994*, Barcelona 1995, p. 253; véase SERRA, F., "Diez años de la nueva Rusia", *op. cit.*

profunda reflexión sobre la evolución política de la zona.²⁹⁶ En concreto, A. Brazauskas, del Partido Democrático del Trabajo de Lituania, es elegido Presidente de su país con el 60% de los votos el 14 de febrero de 1993; la Alianza de la Izquierda Democrática (SLD) resulta el partido más votado para el Parlamento polaco, con el 20,4% de los sufragios, el 19 de setiembre de 1993; el Partido Socialista Húngaro (MSzP) logra el 54,1% de los votos en los comicios del 8 y 29 de mayo de 1994 en Hungría; y el Partido Socialista Búlgaro obtiene el apoyo del 43,5% del electorado en las elecciones parlamentarias búlgaras de 1994.

Sin embargo, más allá de las oscilaciones electorales en los países del Este (de difícil interpretación, por lo menos), resultan significativos los movimientos que se producen alrededor de la CEI entre mediados de 1993 y finales de 1994. En setiembre de 1993 nueve Estados de la CEI firman un acuerdo de unión económica y al mes siguiente Georgia decide adherirse a la organización a cambio de apoyo militar en su conflicto en Abjasia. Efectivamente, en junio de 1994 Rusia despliega tropas de interposición en el conflicto abjaso, que se añaden, por lo tanto, a las fuerzas que ya mantiene desplegadas en Moldova, Tayikistán y Nagorno-Karabaj, por los sucesivos acuerdos en el marco de la CEI.²⁹⁷ Por otra parte, en julio del mismo año 1994 se producen elecciones presidenciales en Ucrania y Belarús que dan la victoria a sendos políticos partidarios de estrechar los vínculos con Rusia, de intensificar la cooperación dentro de la CEI e incluso de aceptar el componente ruso de sus propios Estados, con la aceptación, por ejemplo, del ruso como lengua cooficial en sus países. Se trata del ucraniano L. Kuchma y el bielorruso A. Lukashenka, ambos rusófonos y provenientes de los sectores de la industria pesada tradicionalmente vinculada al PCUS y ambos

²⁹⁶ Véase MINK, G. y SZUREK, J.-Ch., “¿Por qué han vuelto los antiguos comunistas en Europa central?”, en *Anuario Internacional CIDOB 1994*, Barcelona 1995, pp. 145-154.

²⁹⁷ Véase CROW, “The Making of Foreign Policy in Russia under Yeltsin”, *op. cit.* Nótese que Rusia, que despliega tropas de interposición en el conflicto abjaso, no era una potencia del todo ajena al conflicto, a pesar del papel mediador que adopta, por lo menos en lo que se refiere al abastecimiento de armas a los rebeldes abjasos. E. Chevarnadzé, el presidente georgiano, parece buscar más un acuerdo político con Rusia que una real mediación rusa en el conflicto, por lo que debemos adivinar una concesión de Tblisi al aceptar la presencia rusa en el mismo. Véase YERASIMOS, S., « Caucase : le retour de la Russie? », en *Politique étrangère* n° 1, 1994; CROW, S., “Russia seeks Leadership in Regional Peacekeeping”, en *RFE/RL Research Report*, n° 15, Munich/Washington 1993; JONSON, L. y ARCHER, C. (eds.), *Peacekeeping and the Role of Russia in Eurasia*, Wetsview Press, Boulder, Co., 1996; KANET, R., « La résolution des conflits : la rôle de la Fédération de Russie », en *Revue d'études comparatives Est-Ouest* n° 1, marzo de 1994; ONSON, L. y ARCHER, C. (eds.), *Peacekeeping and the Role of Russia in Eurasia*, Wetsview Press, Boulder, Co., 1996.

vencedores ante sus contrincantes nacionalistas.²⁹⁸ En el campo de las relaciones con los países vecinos, hay que resaltar que en mayo y junio de 1994 Rusia llega a sendos acuerdos con Letonia y Estonia, respectivamente, para la retirada de sus tropas, una vez estos países han garantizado los derechos de los rusófonos que viven en sus países.

El papel internacional de Rusia también experimenta un fuerte impulso durante 1994. Los contactos y la colaboración entre Rusia y la OTAN son intensos durante todo el año;²⁹⁹ en el mes de junio el país entra a formar parte de la Alianza por la Paz (APP o PFP), organismo impulsado el noviembre anterior por la OTAN para dar cabida a sus asociados de Europa del Este. Yeltsin había impuesto como condición para dicho ingreso el reconocimiento tácito de Rusia como potencia.³⁰⁰ Un mes más tarde, Rusia se adhiere a la parte política del G-7, con lo cual queda reconocida su capacidad de influencia sobre el sistema internacional. A inicios de 1994 Rusia recibe también el beneplácito de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa para su ingreso en dicha organización.³⁰¹

Este incremento de la influencia internacional rusa es visto desde Occidente con una mezcla de optimismo y recelo. En cualquier caso, la UE mantiene su política de cooperación institucional y económica con Rusia, a quien sigue considerando como potencial aliada. De este modo, como ya se ha dicho, la UE firma en junio de 1994, en Corfú, el Acuerdo de Colaboración y Cooperación (ACC) con Rusia, y en el mismo año lo hace con Ucrania y Belarús.³⁰²

5.e) A modo de conclusión: Rusia, potencia “protegida”

²⁹⁸ Véase CARRÈRE d'ENCAUSSE, H., “Nostalgies Imperiales?”, en *Politique Internationale* n° 75, 1994, pp. 55-69.

²⁹⁹ Las buenas relaciones entre Rusia y la OTAN se ven reflejadas en el artículo de KAMP, K.-H., “Expanding NATO – Be Aware of the Consequences!”, en *NATO's Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 16 de noviembre de 1994.

³⁰⁰ Este reconocimiento, sin embargo, es más bien simbólico que real. Representa que en las decisiones de la OTAN que afecten a Rusia ésta deberá ser consultada, pero no implica ningún derecho de veto sobre las decisiones de la Alianza. Véase KREIKEMEIER, A., “Renaissance of Hegemony and Spheres of Influence – The Evolution of Yeltsin Doctrine”, en ERHART, H., *et al.* (dir.), *op. cit.*

³⁰¹ Sobre el proceso de integración institucional de Rusia en estas instituciones occidentales, véase BARANOVSKY, V., “Russian Foreign Policy Priorities and Euroatlantic Multilateral Institutions”, en *The International Spectator* n° 1, enero-marzo 1995.

Resulta paradójico el estatuto que adquiere Rusia tras su advenimiento como Estado “normal”, en 1991. Por un lado, la dolorosa transición de los diez años anteriores ha supuesto una sangría económica y social e incluso un trauma psicológico colectivo que no le permite ni siquiera afianzar su propio Estado en sus primeros años de existencia y aún menos concolidar su área de influencia directa y, con ella, su carácter de potencia. Sin embargo, existe un consenso tácito entre los actores principales del sistema internacional (Naciones Unidas, Estados Unidos, Unión Europea, FMI, etc.) para preservar un estatuto privilegiado de Rusia en dicho sistema que le permita conservar el carácter de potencia. Las razones para mantener este estatuto privilegiado son varias; podríamos distinguir tres de las principales:

- a) La más importante sigue siendo, sin duda, la potencia armamentística de Rusia. Objetivamente, su arsenal no es invencible por un Occidente que sigue reforzándose, pero no deja de ser intimidatorio y Rusia, consciente de ello, mantiene su capacidad disuasoria, a pesar de su alto coste y de las sucesivas conversaciones de desarme (START I y II, conversaciones directas con EEUU y la OTAN...);
- b) Aún prescindiendo de su capacidad defensiva (y ofensiva), las dimensiones geográficas y humanas de Rusia lo hacen un país incómodo en caso de hostilidad o inestabilidad, precisada de ayudas o intervenciones periódicas de la comunidad internacional. Occidente prefiere mantener en esta gran región una estabilidad precaria a una tensión permanente. O, dicho en palabras de Condoleezza Rice, “una Rusia aliada puede ser incómoda, pero una Rusia enemiga es peligrosa”;³⁰³
- c) Rusia mantiene lazos privilegiados con una amplia zona del mundo de alta conflictividad latente. Más concretamente, la influencia que puede ejercer en el polvorín del Cáucaso o en una zona de expansión potencial del islamismo, como Asia central, presenta un valor añadido precioso para la estabilidad global. Para ello Rusia tiene encomendada una

³⁰² Algunos autores muestran abiertamente su recelo, durante este período, hacia esta muestra de resurgimiento potencial de Rusia. Véase, por ejemplo, MOTYL, A., “Russian Security, Neoimperialism, and the West”, en *NATO’s Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 28 de abril de 1994.

³⁰³ Declaraciones citadas por el diario *La Vanguardia* de 14 de marzo de 2001, p. 7.

misión: la de garantizar el control y la estabilidad de estas regiones, que difícilmente podría ejercer cualquier otro aliado seguro de Occidente. Este papel irá adquiriendo mayor importancia a medida que se consolida el nuevo sistema internacional de la posguerra fría.

A estos tres grandes argumentos podríamos añadir otros, como la creación de un gran mercado o el abastecimiento de hidrocarburos (aunque este último aspecto no tomará una gran dimensión hasta la crisis financiera rusa de 1998), pero en el momento de la independencia estos parecen ser los tres grandes argumentos para mantener a Rusia en un puesto en la esfera internacional de dignidad y seguridad que le permite seguir considerándose como una potencia más. Eso sí, como una potencia menor, regional o media, lo que supone una merma con relación a la situación privilegiada de la Unión Soviética durante la Guerra Fría.

Si la Guerra Fría ha acabado con un vencido, este ha sido sin duda la Unión Soviética, que ha sucumbido sin remisión; pero Rusia, que aboga por ocupar su puesto en la esfera internacional, ha heredado la sensación y las características de un país vencido. La percepción de un país descuartizado, la permanencia de un liderazgo, el de Yeltsin, sumamente impopular en su país pero con excelentes relaciones internacionales, la prolongación de la crisis económica, las exigentes y no siempre delicadas condiciones del FMI y otros agentes económicos a la hora de dar ayudas a Rusia y la franca hostilidad que Moscú halla en sus socios de la CEI, han contribuido a la creación, en el imaginario colectivo ruso e incluso en la opinión especializada de dicho país, de la idea de una conjura exterior antirrusa. A pesar de ello, como hemos visto, en los medios internacionales prima la cautela a la hora de tratar la siempre delicada cuestión rusa y la consigna parece ser el respeto a la recuperación de un estatuto internacional digno para Rusia. Por supuesto, este país ya no está en condiciones de erigirse en superpotencia mundial ni de imponer sus intereses en la esfera internacional, e igualmente por supuesto Rusia, como una potencia menor, ha tenido que aceptar la existencia de un sistema internacional hegemónica donde priman los intereses y las decisiones de Estados Unidos y de sus aliados más próximos. Antes que una situación, como se ha denunciado tantas veces, de *Delenda est Russia*,³⁰⁴

³⁰⁴ Véase, por ejemplo, ROMERO AZNAR, P., *Arrasar Cartago. La ofensiva militar de la OTAN y el futuro de Rusia*, ponencia presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre Europa Central y

podemos hablar seguramente de una *pax Americana* impuesta. Por supuesto, en una situación de escasa capacidad de poder internacional, resulta inevitable que en Rusia se desarrolle un sentimiento de vasallaje hacia esta potencia única, pero ello no la hace diferente a otras áreas del mundo. Las opciones que tiene enfrente Moscú en ese momento, sin embargo, no se mueven entre el vasallaje y la hostilidad, puesto que el país ha perdido la capacidad (de momento, por lo menos) de presentar batalla, sino entre el vasallaje y lograr una posición más o menos cómoda de aliado, lo que resulta sumamente difícil dada la coyuntura económica y social del país, pero que ha sido la prioridad de los dirigentes rusos a partir de la independencia del país.³⁰⁵

En una situación como la que se encuentra en Rusia, considerándose una potencia por derecho propio y porque esta condición siempre se ha hallado intrínsecamente unida a la de la identidad rusa, Europa adquiere una dimensión importante. Hemos visto cómo la Unión Europea condiciona y define su propia identidad “europea” con relación a los demás, y muy específicamente con los vecinos inmediatos. En este caso, tras la asimilación de una Europa oriental ante la cual caben pocas dudas acerca de su europeidad y de la aceptación que ello supone en las instituciones comunitarias, la siguiente frontera a ser establecida viene determinada por la existencia y las características de Rusia y de su periferia inmediata. Al llegar la Unión Europea ante las fronteras de Rusia, establece una clara distinción entre los países que ha ido absorbiendo por el camino y que inician un proceso más o menos rápido de asimilación o, por lo menos, de asimilación, y Rusia, que no es asimilable. Por lo tanto, este país será objeto de un proceso de estabilización de unas relaciones amistosas y, en cualquier caso, de unos vínculos de mayor o menor dependencia según el grado de desarrollo económico y político que adquiera Moscú.³⁰⁶

Oriental, celebrado en Valencia los días 19-20 de noviembre de 2002, donde el autor defiende precisamente la tesis de una ofensiva persistente y deliberada de Occidente con el objetivo de destruir cualquier capacidad de reconstrucción de Rusia como potencia. Significativamente, también hallamos la expresión *Delenda est Carthago* encabezando un manifiesto del movimiento revitalizador y mesiánico “Eurasia” (véase <http://www.dugin.ru:8101/EURASIA/manifest.htm>)

³⁰⁵ Sobre la ambivalencia o, por lo menos, coexistencia de los sentimientos sociales rusos hacia Estados Unidos, véase RUBINSTEIN, A. Z., “America’s Stake in Russia Today”, en *Orbis*, nº 1, vol. 41, invierno 1997.

³⁰⁶ A principios de 2003, a raíz de las diferencias surgidas en el seno de la UE acerca de la oportunidad o no de apoyar a Estados Unidos en su ofensiva contra Irak, algunos países de la Unión, caracterizados por su tradición europeísta (Francia, Alemania y Bélgica) iniciaron un proceso de creación de un núcleo de seguridad alrededor del cual deberían estructurarse, en el futuro, los proyectos de seguridad europeos. Aunque en el momento de escribir estas líneas el proyecto sigue siendo muy reciente, abre la interesante expectativa de una mayor cooperación en materia de seguridad entre este grupo de países y otras áreas del

Es obvio el aspecto pragmático que hace de un país de las dimensiones y las características sociales como un espacio no asimilable e incluso inabordable para los proyectos de expansión comunitaria. Sin embargo, el hecho de encontrar a una Europa institucionalizada frenada *sine die* ante Rusia, en un momento precisamente de gran importancia en la definición identitaria e ideológica de esta Europa, fuerza a crear un marco de actuación en que la Unión Europea, o tal vez la futura Unión Europea que surja tras los trabajos de la Convención y tras la ampliación, debe encontrarse a sí misma contraponiéndose a sus opuestos, a los que no forman parte de la misma y no pueden, de momento, integrarse en los conceptos definitorios que pretende crear. Rusia, en este caso, presenta un ejemplo particularmente difícil por su identificación histórica con Europa y por el complejo identitario que representa igualmente de un modo histórico precisamente la aceptación de su identidad como ente europeo.

Para la Unión Europea, para esta Europa unificada e institucionalizada, sus límites de Europa pueden establecerse perfectamente a partir de la frontera que deberá alcanzar tras asimilar a una Europa geográficamente consistente; es (o será) europeo quien participe de una serie de valores culturales e históricos e incluso geográficos (siempre relativizables) que lo definan como tal y que sea considerado como europeo por aquellos países y sus habitantes que ya han sido admitidos en tan selecta concepción, acepción materializada con la adhesión a la Unión Europea; pero al mismo tiempo es (o será, o deberá ser) europeo aquel que pueda, por sus condiciones estructurales, participar en un proyecto político altamente pragmático como es la Unión Europea. Y bajo este segundo punto de vista, desde luego, Rusia no lo es. Podrá considerarse partícipe de la cultura europea, miembro de una comunidad humana llamada Europa, indiscutiblemente europea desde el punto de vista geográfico. Y, desde luego, puede erigirse incluso en candidato para, tal vez algún día, formar parte de las instituciones de la Unión Europea, o parte de ellas, lo que daría lugar a un sistema organizativo regional ciertamente diferente al actual. Pero Rusia no podrá participar de momento del proyecto europeo que se está definiendo en la actualidad y que, en la hipótesis de admitir al gigante ruso en su seno, debería transformar totalmente no sólo sus instituciones y su funcionamiento, sino su propia vocación identitaria y funcional. Europa se está

mundo, entre las cuales Rusia ocuparía, sin lugar a dudas, un puesto preferente dado su posicionamiento cercano a la UE y crítico con la OTAN.

construyendo como realidad política y pretende dotarse de un contenido humano que justifique tal unión; para ello, tiene que recurrir a la negación, a definir quiénes no son parte de esta realidad política y, por extensión, humana, negación en la que entra una Rusia que no encaja con el entramado organizativo y con el proyecto político que representa la actual Unión Europea y la Unión Europea que parece tener que definirse para las próximas décadas.

Si “Europa” se define por medio de unas fronteras que dejan fuera a Rusia, Rusia debe hacer lo propio en un momento en que busca sus propias definiciones. Lo cual lleva a una nueva frustración de Rusia, al sentirse rechazada en un ámbito identitario que podía aportarle numerosos réditos de seguridad cultural y de apoyo material en tiempos de turbulencia; pero al mismo tiempo, esta frontera levantada entre Rusia y Europa lleva a revivir un debate secular sobre la propia esencia de lo ruso. Rusia no puede sosegararse con una identificación plena en una Europa que no puede asimilarla, y en consecuencia vuelve sobre sí misma, a buscarse como centro de una realidad sin tener la certeza de que esta realidad sirva para mantener un esquema político o institucional pragmático. Por ello, las instituciones que mantienen a Rusia como núcleo deben ser sustentadas desde el exterior en espera de que una Rusia de difícil cabida en cualquier otro lugar tenga la capacidad para crear su propio marco organizativo internacional.

6) La primera crisis de Chechenia; un paso atrás en la consolidación de Rusia.

6.a) Chechenia: ¿Culminación de un sueño o inicio de una pesadilla para Rusia?

En diciembre de 1994 B. Yeltsin intentó consolidar el aparente buen momento de su presidencia llevando a cabo una operación de fuerza sobre una de sus regiones más problemáticas, el Cáucaso Norte.³⁰⁷ El problema no era nuevo (D. Dudáyev, el presidente checheno, secesionista, había tomado el poder en Grozny en agosto de 1991, y desde entonces manifestó y llevó a la práctica su programa independentista) y siempre había sido grave, puesto que desde la disolución de la URSS se vivía una situación de tensión, bandidaje y guerra civil *de facto*, con distintos momentos de intensidad.³⁰⁸ Incluso cabe detectar períodos de distanciamiento en la actitud de Moscú hacia Chechenia, en que la existencia de una región secesionista dentro de las fronteras rusas, donde la administración y la autoridad del Kremlin son inoperantes y la propia región parece sumida en un caos de enfrentamientos entre bandas rivales y de pillaje, no parece ser el mayor problema con que se enfrentaba Rusia. Y ciertamente no lo era, si tenemos en cuenta la caótica situación con que se enfrentaba el gobierno ruso a lo largo de este período. Incluso, a lo largo de 1992, hallamos una curiosa complicidad entre las fuerzas chechenas, a menudo dotadas de armamento ruso capturado o logrado a través de oscuras redes de corrupción, que participan de un modo activo en el conflicto de Abjasia, en Georgia, con la necesaria connivencia de la administración rusa, a través de cuyo territorio deben pasar los guerrilleros chechenos para unirse a sus compañeros abjasos. A primer vistazo parece incompatible el proyecto de los secesionistas

³⁰⁷ En un sentido amplio, resulta más apropiado hablar de conflicto del Cáucaso Norte que de Chechenia, no sólo porque el irredentismo caucásico representado por los rebeldes chechenos siempre ha reivindicado la unidad caucásica de Abjasia a Daguestán, sino porque podemos hallar una conflictividad latente en toda esta región. Véase ORMROD, J., "The North Caucasus: Fragmentation or Federation?", en BREMMER, I y TARAS, K. (eds.), *op. cit.*, pp. 448-475.

³⁰⁸ Para contextualizar la guerra de Chechenia en una región tradicionalmente convulsa y analizar otros conflictos caucásicos, véase HALLBACK, U., "The Caucasus as a Region of Conflict", en *Aussenpolitik* nº 4, vol.48, 1997, así como el monográfico « Géopolitique du Caucase », publicado por *Hérodote* en 1995. Hallamos un buen estudio histórico sobre los precedentes del conflicto en KARAM, P. y MOURGUES, T., *Les guerres du Caucase. Des tsars a Tchétchénie*. Perrin, París 1995. Para una visión "descriptiva" de la conflictividad aparentemente endémica de la región, véase KAPLAN, R.D., *Eastward*

chechenos, que sueñan con una confederación del Cáucaso desde el mar Negro al Caspio, con los intereses rusos en la zona. No lo es tanto si tenemos en cuenta el enfrentamiento de Rusia con la Georgia de Gamsajurdia (y, después, de Shevarnadzé), cuya desestabilización propició la unión del país caucásico a la CEI en 1993 y la presencia de tropas rusas de “interposición” que garantizan la presencia de Moscú en la región.³⁰⁹

A pesar de todo ello, Yeltsin eligió para su intervención ese preciso instante por tres razones: la primera es, como se ha apuntado más arriba, el buen momento que vive Rusia y más concretamente la presidencia de Yeltsin; la intervención ante la *Duma* de 1993 había traído estabilidad al país al librar al Presidente de su mayor oponente, el Parlamento; Occidente recibía bien a Rusia en sus instituciones y aportaba sustanciosas ayudas e inversiones; en la CEI e incluso en Europa oriental la imagen de Rusia y su reconocimiento como potencia iba recuperándose; y la crisis económica daba tímidas señales de haber tocado fondo. Parecía oportuno realizar una demostración de fuerza, similar a la que tantos réditos había aportado a Yeltsin al tomar la *Duma* un año antes y ofrecer al pueblo lo que debía haber sido un ejemplo de cohesión nacional, que los rusos tanto echaban en falta.

Hay una segunda razón, que se oculta a menudo detrás de gran parte de los conflictos de la región a lo largo de la posguerra: el abastecimiento de hidrocarburos. Chechenia no es una región petrolífera, puesto que su petróleo se había agotado décadas atrás, pero la existencia de refinerías en Grozny había convertido a la región en zona de paso de los oleoductos y gasoductos, llegados del Caspio y de Asia central por vía del puerto de Bakú, abastecen a Europa occidental. Este comercio, en gran medida en manos de compañías rusas como Lukoil o Gazprom, adquiere una importancia cada vez mayor por aquellas fechas, dados dos factores esenciales: en primer lugar la inestabilidad en Oriente próximo y medio y el bloqueo a Irak, que hacían subir el precio internacional del petróleo a cotas que convertían en interesante para Rusia su

to Tartary: Travels in the Balkans, the Middle East, and the Caucasus. Nueva York, Random House, 2000.

³⁰⁹ Véanse, para ilustrar estos extremos, SAINZ, N., “Una década de posguerra fría en el Cáucaso: las guerras en Chechenia”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 59, octubre/noviembre 2002, pp. 105-122; SERRA, F., “La multidimensionalidad del conflicto checheno, entre la cohesión social rusa y la seguridad regional en el Cáucaso”, comunicación presentada a debate en el Seminario *La nueva*

exportación; en segundo lugar, la precariedad de la economía rusa y la lentitud en su reactivación industrial hacían que la exportación de hidrocarburos tomase una importancia cada vez mayor en la inestable economía del país. Esta exportación se veía gravemente afectada por la inestabilidad en Chechenia, ya que los oleoductos cruzan la región y quedan fuera del control tanto del Estado ruso como de las compañías petrolíferas, lo cual hace que una recuperación del control sobre la zona fuese imperiosa desde el punto de vista económico.³¹⁰

La tercera razón para la oportunidad de la intervención obedece a la propia evolución bélica en Grozny. El presidente Dudáyev mantenía su enfrentamiento con sus opositores, aparentemente en un conflicto exclusivamente interno, es decir entre fuerzas políticas chechenas. El 26 de noviembre de 1994 las fuerzas de Dudáyev, acorraladas en el palacio presidencial de Grozny, logran inesperadamente una victoria sobre la oposición. Entre los soldados capturados, las fuerzas chechenas hallan uniformes y armas del ejército ruso, e incluso soldados de reemplazo. Yeltsin pretende aprovechar el momento; al intervenir inmediatamente no sólo pretende coger a las fuerzas de Dudáyev exhaustas y mermadas por el último esfuerzo bélico, sino que de este modo desea acallar el escándalo que se ha empezado a levantar por la intervención de las fuerzas armadas rusas en un conflicto en que habían reiterado su voluntad de permanecer al margen. El 9 de diciembre Yeltsin lanza un ultimátum a “todas las fuerzas en litigio”, obviando aparentemente su propia implicación, y el 11 de diciembre el ejército ruso penetró en Chechenia.³¹¹

Sin embargo, lejos del paseo triunfal que soñaba Yeltsin, la incursión sobre Chechenia resultó ser un proceso largo, lento, doloroso y sangriento; hasta fines de

conflictividad internacional: políticas de prevención y de gestión en Europa, Universitat Autònoma de Barcelona, 14 de diciembre de 2000..

³¹⁰ Véase al respecto RÍOS, X., “Chechenia: las claves del conflicto”, en *Anuario CIP 94-95*, CIP, Madrid 1995.

³¹¹ La bibliografía sobre el conflicto de Chechenia es abundante y variada. Basten como referencias básicas BACHKATOV, N. y WILSON, A., « Tchétchénie. Histoire d'un conflit », en *Dossier du GRIP* nº 295, GRUP, Bruselas, 1995; COLARUSSO, J., “Chechnya: The War Without Winners”, en *Current History*, vol. 94, nº 594, oct. 1995, pp. 329-336; RÍOS, X., “Chechenia: las claves del conflicto”, *op. cit.*; RÍOS, X., “Chechenia, secesión en el Cáucaso”, en *Observatorio de conflictos (CIP)* nº 3, 1996; SAINZ, N., “El conflicto de Chechenia y las organizaciones internacionales”, en *Papeles* nº 71, 2000, pp. 63-72 ; SAINZ, N., “Una década de posguerra fría en el Cáucaso: las guerras en Chechenia”, *op. cit.*; SERRA, F., “El Caucaso, una región en ebullición”, en *dCIDOB* nº 65, mayo de 1998, pp. 4-7; TAIBO, C., *El conflicto de Chechenia: una guía introductoria*, Los libros de la Catarata, Madrid 2000; TOLZ, V., “The War in Chechnya”, en *Current History*, vol. 95, nº 603, 1996, pp. 316-321.

febrero no se completa la ocupación de Grozny, y fuera de las ciudades el conflicto perseveró con operaciones de guerrilla y bandidaje que mantuvieron la tensión y las víctimas prácticamente sin cesar. Por otra parte, los soldados rusos protagonizaron una serie de actos vandálicos que conmovieron a la opinión pública internacional, y en la propia Rusia surgió una fuerte oposición a una guerra prolongada cuyos objetivos últimos no quedaban claros a la opinión pública. Para los rusos, la guerra en Chechenia era una operación mal planificada, en que los soldados eran llevados innecesariamente a una muerte segura; para la prensa internacional y para gran parte de la opinión pública mundial, el conflicto comportaba graves abusos de los derechos humanos de ciudadanos rusos y de los derechos colectivos de los chechenos, una guerra plagada de irregularidades y violencia injustificada, la principal víctima de la cual era la población civil.

Las fuerzas chechenas siempre habían adolecido de una falta de cohesión, y el propio Dudáyev apenas logró aunar antes de la intervención rusa más que a un sector de la población de su república. Sin embargo, la propia atomización del pueblo checheno, con sus divisiones en clanes, valles, cofradías, etc., propició la existencia de una prolongada guerra de guerrillas en que diferentes grupos autónomos tienen capacidad ofensiva y de desgaste durante un largo periodo de tiempo sin apenas mostrar problemas de abastecimiento o de coordinación. La represión del ejército ruso sobre una población sospechosa de apoyar a los “rebeldes” logró el efecto contrario: el rechazo generalizado a la ocupación rusa y el apoyo a un liderazgo que logra convertirse en un elemento casi mítico de la resistencia chechena.³¹² En efecto, Dudáyev, desde su posicionamiento guerrillero tras huir de Grozny, convirtió en un libertador etéreo y con propiedades casi sobrenaturales al escapar de numerosas emboscadas y acorralamientos de forma incomprensible; ello, combinado con la dureza y frialdad de la intervención rusa, contribuyó a crear una leyenda alrededor del líder checheno, erigido en una especie de justiciero clandestino, a pesar del autoritarismo y corrupción que había erigido durante el período en que ejerció el poder.

³¹² Para muchos observadores, la actitud del ejército ruso en Chechenia y en otras zonas del Estado ruso obedece a un esquema clásico expansionista y autoritario propio de la era colonial que sería, de hecho, el reflejo ruso de la expansión transoceánica de los imperios occidentales. Véase, en este sentido, BENNIGSEN BROXUP, M., « Le Caucase du Nord : conflits ethniques ou guerre coloniale? », en

Las fuerzas chechenas, dispersas y con la gran movilidad que les otorga el conocimiento del terreno y la complicidad de la población rural, se permitieron realizar acciones espectaculares tras su abandono de las ciudades, tales como secuestros de grandes dimensiones (poblaciones, hospitales, etc.) o emboscadas a las fuerzas rusas. La versión oficial del Kremlin, que anunció varias veces la marginación de las fuerzas guerrilleras y repetidas victorias militares, fue desmentida repetidamente por la evidencia de un conflicto prolongado que no hacía más que desgastar la imagen del gobierno ruso ante su opinión pública y ante el mundo. En abril de 1996 Dudáyev pereció, víctima de una emboscada tecnológicamente sofisticada, en que un misil localizó la señal emitida por su teléfono móvil. Este hecho, triunfalmente presentado por Moscú como el fin de la rebelión checheno, tuvo en realidad la consecuencia de reforzar la leyenda forjada alrededor de un personaje acorralado con tanta dificultad y, en cambio, consiguió relajar la vigilancia y el control que Rusia ejercía sobre un enemigo que había pasado a considerar como derrotado de un modo prematuro.

La sorprendente toma de Grozny por parte de las fuerzas chechenas, lideradas por el nuevo jefe guerrillero Basáyev, el 6 de agosto siguiente, puso en evidencia la fragilidad e inoperancia de las fuerzas rusas. Lo que debería haber sido una simple incursión resultó en la liberación de la capital chechena, en teoría fuertemente custodiada por el ejército. Estas malas noticias llegaron a Moscú precisamente cuando Yeltsin había superado con dificultades su reelección y enturbiaron las celebraciones de su nuevo nombramiento como presidente. Incapaz de mantener un conflicto que se le giraba repetidamente en su contra y que daba muestras de no poder controlar, Yeltsin accedió a iniciar conversaciones de paz en un momento de debilidad militar. Estas conversaciones las llevaron a cabo dos personajes alejados de los radicalismos castrenses de ambas posiciones. Por el lado checheno el representante designado fue A. Masjádov, líder tribal de tendencias moderadas, partidario de un amplio autogobierno pero distanciado de la violencia expresada por los dirigentes guerrilleros. Del lado ruso el encargado de negociar fue A. Lébed, secretario del Consejo de Seguridad ruso, un militar poco afecto al Kremlin y que había criticado reiteradamente la intervención sobre Chechenia. A primera vista sorprende la elección de estos dos personajes, que cabe achacar a la aceptación de la necesidad de buscar soluciones al conflicto más allá

DJALILI, M. (ed.), *Le Caucase postsoviétique. La transition dans le conflit*, Bruylant, Bruselas 1995, pp. 9-34.

de la retórica agresiva que había presidido hasta entonces el conflicto, pero igualmente como una cierta desautorización de los protagonistas de tal postura, Basáyev y Yeltsin.³¹³

En septiembre de 1996 se firmaron los acuerdos de Grozny entre ambos representantes, acuerdos que fueron refrendados más tarde por las autoridades rusas y aceptadas por todas las partes chechenas y por el propio pueblo checheno, que elegiría a Masjádov como presidente en las elecciones de enero de 1997 con el 59% de los votos. Se establece una tregua, las fuerzas rusas acordaron retirarse y se previó un referéndum en 2001 sobre el futuro de la región. El resultado de esta primera guerra de Chechenia difícilmente podría ser más desastroso para Yeltsin. Había perdido el buen momento de que gozaba ante su población y hacia el mundo antes del conflicto, su popularidad se veía bajo mínimos e incluso su posicionamiento en tanto que Presidente ruso era relegado de las conversaciones de paz a favor de un general personalista y populista, Lébed, que le era crítico y que, en cambio se presentaba como un auténtico mito popular al haber logrado el fin del conflicto, con lo cual lograba erigirse en el gran opositor que Yeltsin siempre había temido. Moscú volvió a perder el control sobre Chechenia, con la notable diferencia que, en esta ocasión, ello se produjo con el acuerdo firmado de los representantes rusos. La imagen del propio país quedó manchada por los horrores de la guerra y será difícil restablecer el prestigio de un Estado y de una administración tras este trágico episodio que, además, se saldaba con un rotundo fracaso militar. La primera guerra de Chechenia supuso un antes y un después en la presidencia de Yeltsin y en las relaciones entre pueblo y poder en este país, pero también en la imagen que proyectaba Rusia al mundo y en las relaciones de ésta con sus vecinos y con las potencias mundiales.

6.b) Consecuencias de la intervención en Chechenia en la sociedad y la política de Rusia

Si uno de los objetivos de la guerra de Chechenia era reforzar y estabilizar la autoridad y la popularidad de Yeltsin, el efecto logrado fue precisamente el opuesto. Al

³¹³ Véase TAIBO, C., *El conflicto de Chechenia: una guía introductoria*, op. cit.; TOLZ, V., “The War in Chechnya”, op. cit.

contrario, la ausencia de buenas noticias desde el frente caucásico y, en cambio, el espectro de desolación y muerte que se cierne sobre los soldados llevados al frente dejó al descubierto la angustiosa situación de la economía y la sociedad rusas, enfrentadas ahora al fantasma de una guerra prolongada, con el desgaste consiguiente en la economía, el autoritarismo consiguiente (privilegios hacia los sectores militares, censura informativa, decretos de emergencia...) y la incertidumbre hacia el futuro.³¹⁴ La precaria situación económica del país, que debería haber sido enmascarada por unos acontecimientos bélicos que se presumían gloriosos para las fuerzas rusas, quedó al descubierto con toda su crudeza y dió al traste con las pretensiones oficiales de dotar de fuerte apoyo popular a la acción gubernamental. La brecha abierta entre el gobierno ruso y el pueblo no deja de crecer y Yeltsin, que había logrado espectaculares aumentos de popularidad en anteriores situaciones de tensión y violencia como fueron el intento de golpe de Estado de agosto de 1991 o el enfrentamiento con la *Duma* de octubre/noviembre de 1993, se vió incapaz de dotar a su nueva ofensiva en Chechenia de una carga populista que lograra afianzarlo en el puesto. Al contrario, a partir de la ofensiva en Chechenia el Presidente fue convirtiéndose en un líder cada vez menos carismático y más impopular, denostado e incluso ridiculizado por la prensa y por gran parte de la opinión pública.

El Presidente ruso apenas contaba con dos pilares básicos que reforzaban su autoridad: la falta de una alternativa política y el apoyo externo. El primer punto es el que resulta clave para entender la permanencia de Yeltsin en el poder; aunque el Presidente aún una popularidad cada vez más escasa, sus oponentes no lograban superarle en carisma, y cualquier opción política contraria al gobierno recibía, del mismo modo, fuertes críticas de amplios sectores de la sociedad rusa. Por otra parte, cabe recordar que el fracaso de la operación militar en Chechenia es extensible a casi toda la clase política rusa, puesto que había recibido un amplio apoyo de la misma, mientras que apenas algún líder minoritario como Yavlinski había condenado la guerra. El resultado de la derrota en el Cáucaso se trocó en un desprestigio profundo e irrefrenable de Yeltsin, pero del mismo modo en una nueva fase de desconfianza de la sociedad rusa hacia la clase política en general, porque apenas se vislumbraba un líder

³¹⁴ Acerca del papel que toman los sectores económicos vinculados al Ejército durante esta fase, véase SÁNCHEZ ANDRÉS, A., "La nueva doctrina militar y la transformación en la industria de defensa rusa", en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 32, 1996, pp. 115-128.

con capacidad de sacar a Rusia de su crisis y de su desorientación.³¹⁵ Incluso el general Lébed, que al haber conseguido firmar los Acuerdos de Grozny pasó a ser ante muchos rusos el único héroe del conflicto, se concentró más adelante en la política regional como presidente de la región de Altay y falleció pocos años después en un accidente de aviación.

Si bien Yeltsin contó casi siempre con un respaldo parlamentario suficiente, sobre todo después de 1993, y sus políticas tenían un apoyo popular básico (aunque ello no se reflejase necesariamente en un apoyo a su figura política, especialmente al final de su mandato), la oposición política, capitalizada sobre todo por el Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF) de G. Ziugánov y, de una manera más desigual, por el Partido Liberal Democrático de Rusia (LDPR), de V. Zhirinovski, de extrema derecha, han mostrado repetidamente su capacidad de movilización social.³¹⁶ La trágica escalada de acontecimientos que culminó con la toma del edificio de la *Duma* a sangre y fuego en otoño de 1993, pareció no perjudicar la figura de Yeltsin, sino más bien al contrario. No sólo reforzó su apoyo internacional, sino que demostró un cierto apoyo social al ganar el referéndum de reforma de la Constitución que había convocado para el 12 de diciembre del mismo año. El mismo día el partido que lo apoyaba, “Opción de Rusia”, resultó la candidatura más votada para la nueva Duma, con 96 escaños sobre 450 (el LDPR obtuvo 70, y el KPRF 65).³¹⁷ A pesar de ello, la inestabilidad parlamentaria forzó el retorno a las urnas en diciembre de 1995; en esta ocasión el KPRF resultó la fuerza mejor representada, con 157 parlamentarios, ante los 55 de la nueva fuerza presidencialista, “Nuestra Casa es Rusia” (NDR) y los 51 del LDPR. Cinco años más tarde el KPRF revalidó su primer puesto con 113 escaños, mientras que el entorno pro-Yeltsin quedaba fragmentado en diversas candidaturas que aunaban una mayoría parlamentaria inestable y el LDPR, reconvertido en “Bloque Zhirinovski” (BZ) apenas reunía a 17 parlamentarios.

A pesar de este apoyo parlamentario irregular, Yeltsin supo mantener el control sobre la política rusa y, sobre todo, consolidar su dominio personal del poder. Sus

³¹⁵ Véase SERRA, F., “Diez años de la nueva Rusia”, *op. cit.*

³¹⁶ Véase al respecto VALÈNCIA i MONTES, L.X., “Presidente y Parlamento en Rusia: un decenio de tensas relaciones”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 59, octubre/noviembre 2002, pp. 33-52.

³¹⁷ Para el seguimiento de los procesos electorales en Rusia resulta útil el control que realiza periódicamente el *Anuario Internacional CIDOB*, así como las sucesivas ediciones del *Keesing’s Record of World Events*, entre otros.

críticos siempre han resaltado precisamente la precariedad de su respaldo popular, que dependía en gran parte del apoyo que recibía de la comunidad internacional y lo que ello representaba en cuanto a estabilidad económica. Lo cierto es que la primera elección de Yeltsin como presidente de Rusia se produjo todavía dentro de la URSS, en junio de 1991, en que obtuvo un clamoroso 57,3% ante varios candidatos comunistas (N. Rizhkov, el mejor situado de ellos, consiguió un 16,9%) y un Zhirinovski que ya obtuvo un 7,8% de los votos. Cinco años más tarde, en una Rusia inmersa en la crisis y el desencanto, en medio de una guerra de Chechenia que no acababa de resolverse, a Yeltsin le costó más de lo previsto revalidar su cargo; en la primera vuelta, el 16 de junio de 1996, obtuvo un 35,3% de los votos ante el 32% de Ziugánov. En la segunda vuelta, el 3 de julio, Yeltsin se impuso con un ajustado 53,8%, ante el 40,3% de Ziugánov. La opción de Ziugánov no resulta precisamente atractiva para la mayoría de los rusos, que no desconocen los errores y horrores de la época soviética; en estos resultados clamorosos para los comunistas debemos ver dos hechos claves: en primer lugar, el rechazo hacia un Yeltsin cada vez más esterocclizado en su actitud bélica y autoritaria; en segundo lugar, un voto prácticamente nostálgico de lo que para muchos había sido una época esplendorosa. A pesar de los defectos históricos de la Unión Soviética, para la mayoría de los rusos prevalece un argumento irrefutable: bajo la URSS se vivía mejor en casi todos los sentidos, desde la supervivencia cotidiana al orgullo nacional.³¹⁸

Si podemos percibir una constante en la evolución política de Rusia en esta década, es el valor electoral y social de las opciones rígidas y coherentes. Yeltsin demostró sus mayores índices de popularidad cuando se enfrentó con un Gorbachov caduco y pusilánime, entre 1990 y 1991; ante unos golpistas obsoletos y descoordinados, en agosto de 1991; o ante una *Duma* díscola y multiforme, en octubre-noviembre de 1993. Más adelante, un Yeltsin burocratizado y plegado a las exigencias de las instituciones internacionales, incapaz de sacar al país de la crisis o ni siquiera de conseguir una rápida victoria en Chechenia, difícilmente podía convocar el fervor de las multitudes. Por otra parte, los rivales directos de Yeltsin no se caracterizaron precisamente por su talante democrático y flexible y representaron, cada cual a su modo, la exigencia popular de una Rusia prepotente que se hiciera respetar por el

³¹⁸ Véase SAPIR, J., *Le chaos russe. Désordres économiques, conflits politiques, décomposition militaire*. Ed. La Découverte, París 1996.

mundo y que lograrse una gran cohesión social. La opción política más cercana a las democracias de corte occidental, el *Yabloko* de G. Yavlinskiy, en ningún caso superó el 8% de los votos. Más allá del tópico ya muy manido que atribuye al pueblo ruso una tendencia innata al autoritarismo por sus condicionamientos históricos, culturales e incluso geográficos, hay que ver en la evolución política de este período el reflejo de una sociedad necesitada de una dirección fuerte para enfrentarse a una crisis aguda y para devolver al país un orgullo que considera perdido.

En este sentido, cabe mencionar el profundo sentimiento de victimismo que vive Rusia a lo largo de este período. Sentimiento comprensible, si tenemos en cuenta el salto cualitativo que vivió el país en pocos años: de ser una superpotencia capaz de enfrentarse políticamente a cualquier otra, centro de una de las opciones ideológicas y estratégicas de un mundo bipolar, Rusia pasó no sólo a ser una potencia regional o ni siquiera un “país como los demás”, sino que se convirtió en un país pauperizado y despedazado, sometido a la caridad de las instituciones financieras internacionales y a un entorno internacional que ya no podía condicionar. Cundió en Rusia la sensación de que todo ello, incluida la desorientación ideológica, la degeneración moral y la crisis demográfica en la sociedad rusa, eran consecuencia de la prolongada ofensiva que el mundo occidental había realizado contra Rusia a causa del enfrentamiento bipolar de la Guerra Fría, de la lucha contrarrevolucionaria o, incluso, del recelo hacia los valores culturales rusos.³¹⁹ El victimismo ruso era alimentado por la demora en la recuperación económica y dió lugar a un antioccidentalismo que en realidad no era nuevo en la tradición política rusa,³²⁰ pero que en esta etapa mostraba claros referentes ideológicos que dieron lugar a fuertes movimientos sociales: en primer lugar, como ya hemos visto, una nostalgia de la grandeza de Rusia en tanto que Unión Soviética, traducida en un sólido respaldo a los candidatos comunistas, en el masivo seguimiento de las celebraciones tradicionales de la URSS (1 de mayo, 17 de noviembre, etc.) y en el surgimiento de numerosos movimientos neobolcheviques a menudo radicalizados y

³¹⁹ Es muy amplia y variada la literatura que surge en esta época reflejando la victimización de la sociedad rusa. Por la personalidad de su autor, por su fácil acceso al público occidental y por la audiencia que tuvo en su momento en Rusia tal vez el título más significativo sea la obra de A. SOLZHENITSIN, *El colapso de Rusia* (*op. cit.*), donde el premio Nóbel pormenoriza los agravios que, a su juicio, sufre Rusia a causa de su osadía espiritual e ideológica.

³²⁰ En rigor, al antioccidentalismo ruso no le faltan referencias reales para crear una psicosis de rusofobia en Occidente; tal vez el referente más recurrido en esta etapa haya sido el autor estadounidense Z. BRZEZINSKY quien, en su libro *El gran tablero mundial* (*op. cit.*) no escatima prevenciones hacia una Rusia refortalecida, y llega a proponer su partición definitiva.

enfrentados entre sí. El segundo fenómeno político que refleja este victimismo fueron los movimientos de extrema derecha ultranacionalistas y agresivos, cuyo ejemplo más conocido y popular sería el Partido Liberal Democrático (PLD) de Zhirinovski. A pesar del discurso retórico y violento de este líder, numerosos grupúsculos le superan en agresividad e incluso en simbología radical, sin desdeñar a menudo el antisemitismo y la parafernalia nazi. Más allá del ámbito político, otro fenómeno social digno de ser recalcado es la revitalización de la Iglesia Ortodoxa Rusa, que se convirtió pronto en un referente incluso entre los declarados no creyentes;³²¹ la nueva jerarquía eclesiástica se dotó pronto de una retórica tradicionalista, nacionalista, victimista, antioccidental y antiecuménica en que se veía reflejada gran parte de la sociedad rusa.

Uno de los principales agravios de este sentimiento de opresión tan extendido en Rusia durante esta etapa es la desfiguración de Rusia en su ámbito nacional “natural”. Si para muchos rusos la disolución de la URSS fue un acto deliberadamente provocado para debilitar a Rusia amputándole grandes partes de su territorio, esta agresión intolerable tenía su continuidad en la permisividad internacional (con la complicidad de las elites rusas corruptas) ante la pérdida de cohesión social y territorial de Rusia (o de “lo que queda de Rusia”). En este contexto, debemos entender la primera operación militar sobre Chechenia (1994-96) como un intento de Yeltsin de regresar al favor popular al recuperar para Rusia su integridad territorial y, por lo tanto, moral. La condena internacional de dicha operación sería, para este pensamiento ampliamente extendido, una muestra del recelo occidental sobre la posibilidad de una recuperación de la dignidad de Rusia, y el fracaso del operativo, una evidencia de la corrupción y la ineficacia de un gobierno títere, pero al mismo tiempo una muestra de la decadencia de las fuerzas armadas de Rusia y de la falta de cohesión que ha alcanzado el pueblo ruso, incapaz de mostrarse unido alrededor de una campaña de interés nacional.³²²

Al mismo tiempo que Rusia busca recuperar su cohesión territorial reintegrando, con métodos no siempre loables, las regiones con tentaciones secesionistas, el país debe readaptarse a una nueva realidad nacional, lo cual tampoco resulta un camino fácil. Si

³²¹ Como reflejo del crecimiento de la Iglesia Ortodoxa Rusa, diremos que el número de diócesis se había visto incrementado entre 1989 y 2001 de 67 a 128, las parroquias habían pasado de 6.893 en 1989 a 19.000 en 2001, y los monasterios, que en 1980 sólo eran 18, eran en aquel momento 480 (según datos publicados en <http://www.russian-orthodox-church.org.ru/>).

resulta doloroso renunciar a territorios históricamente conquistados por Rusia y con los que este país ha compartido parte de su evolución histórica, como es el caso del Cáucaso, los países bálticos o Asia central, para la mayoría de los rusos es absurdo tener que cruzar fronteras para viajar a Ucrania o Belarús, países que son considerados no ya como parte de un mismo conjunto cultural, sino de una única realidad nacional. Este sentimiento (por otra parte, compartido por muchos ucranianos y, sobre todo, bielorrusos) alimenta la nostalgia de los regímenes anteriores y choca con la tendencia a la cohesión de los nuevos Estados (incluida Rusia), que refleja en las nuevas fronteras las realidades nacionales que tienden a consolidarse. Lentamente, tanto la sociedad como la clase política y la intelectualidad rusas han ido adaptándose a la nueva realidad política y a la ubicación en un marco internacional de las relaciones con su antigua área de influencia directa. Pese a ello, persiste en gran parte de la sociedad la sensación de que la atomización del espacio nacional tradicional ruso es fruto de una penalización o de una prevención por parte de sus antiguos rivales, y que una recuperación del papel de Rusia ante el mundo y ante sí misma pasa por la reintegración de este espacio, considerado como irrenunciable.³²³

En cuanto al segundo punto de apoyo de Yeltsin, el espaldarazo permanente que recibe de la comunidad internacional, resulta mucho más endeble y ello por dos razones que se analizarán a continuación: en primer lugar, el apoyo exterior a Yeltsin se resiente de su involucración en los abusos de Chechenia; en segundo lugar, la estrecha colaboración entre Yeltsin y las potencias internacionales, antes que contribuir a mejorar la imagen de Yeltsin ante la población rusa, ayudó a crear entre la ciudadanía de este país una imagen negativa de la actuación internacional y, más concretamente, de las potencias occidentales.

³²² Sobre el descontento social ruso de la época y la necesidad del poder por buscar una complicidad con diversos sectores sociales por medios a menudo corruptos, véase TAIBO, C., *La Rusia de Yeltsin*, Ed. Síntesis, Madrid 1995.

³²³ Sobre la formación de las nuevas identidad nacionales postsoviéticas, véase ROY, O., « Evolutions dans un environnement complexe », en *Notes et Études documentaires* n° 4982, vol. 17, 1993.

6.c) Reacción internacional a la crisis de Chechenia

La implicación ruso en la primera guerra de Chechenia supuso una separación definitiva en las relaciones entre Rusia y Europa, e incluso en la deriva que toma la política exterior rusa en relación con su entorno inmediato. Al principio, los países occidentales mantuvieron un discreto silencio a raíz de la crisis de Chechenia por temor a empeorar unas relaciones con Rusia siempre delicadas, especialmente cuando Rusia ya había manifestado, en la cumbre de Budapest de la OSCE (septiembre de 1994) sus reservas en relación con la ampliación de la OTAN hacia Europa central.³²⁴ En la primera fase del conflicto caucásico los líderes occidentales esperaban que la intervención fuera rápida y con un coste mínimo en vidas humanas, por lo cual en este periodo se detectó un tenso silencio en las capitales europeas sobre esta materia. La frase más repetida en es momento era que se trataba de un “asunto interno” ruso. Por otra parte, existía el miedo a que la crisis caucásica tuviera un “efecto dominó” que llevara a una desintegración de la Federación Rusa, con una pérdida de poder del centro político en este país, con el consiguiente riesgo sobre la seguridad en esta área y lo que ello implicaba sobre el control del armamento ruso. Para Malcolm Rifkin, Secretario de Defensa británico, “Rusia sigue siendo una potencia nuclear, es muy importante para nosotros que siga siendo un país estable con paz interna”.³²⁵ A finales de diciembre, sin embargo, a medida que se hacía evidente la actitud rusa de tomar Grozny a cualquier precio y que el ejército ruso no haría distinción entre los objetivos “estratégicos” y los civiles, las críticas occidentales se hacen más visibles y las posiciones rusas quedan más aisladas. Mientras Occidente censura el uso desproporcionado de la fuerza,³²⁶ otras áreas del entorno ruso muestran una mayor preocupación por la propia intervención, sus causas y sus medios. El mundo islámico, especialmente Turquía e Irán, que se consideran a si mismos dentro del entorno geográfico y de seguridad del conflicto, hacen repetidos llamamientos al diálogo entre las partes en conflicto. En Europa central el conflicto se ve con auténtica preocupación; para el ministro polaco de Asuntos Exteriores, O. Olechowski, “una forma tan agresiva de resolver los conflictos políticos

³²⁴ Véase GNESOTTO, N., « Élargissement de l'OTAN : une responsabilité européenne », en *Politique étrangère* n° 1, 1997; RUEHL, L., “European Security and NATO's Eastward Expansion”, en *Aussenpolitik*, vol. 45, n° 2, 1994, pp.115-122.

³²⁵ KUZIO, T., “International Reaction to the Chechen Crisis”, en *Central Asian Survey*, vol. 15 (1996), p. 97.

debe preocupar necesariamente a los vecinos”;³²⁷ el presidente rumano Ion Iliescu declara su alarma por el “regreso a las tendencias imperialistas”,³²⁸ mientras otros líderes de la zona, como L. Walesa y V. Havel expresan su preocupación por los hechos y se producen manifestaciones populares de repulsa.³²⁹ En otros países donde el expansionismo ruso es todavía un recuerdo fresco, como Estonia o Ucrania, se llegan a reclutar voluntarios para luchar en el lado checheno del conflicto.³³⁰

Más allá de las reacciones inmediatas al conflicto es perceptible, sin embargo, un claro cambio en las actitudes de la comunidad internacional hacia Rusia. La reacción prácticamente unánime de rechazo a la operación militar se debe al abuso de medios militares, al desprecio de cualquier solución política y a la violación permanente de los derechos humanos a lo largo del conflicto. No podemos obviar, sin embargo, un hecho clave en la evolución de la crisis: la imagen de incompetencia que refleja el ejército ruso y las instituciones políticas de Rusia al mundo y a su propia opinión pública. Lo que debería haber sido un paseo triunfal de un ejército poderoso contra un puñado de bandidos desorganizados y corruptos se convierte rápidamente en una larga, sangrienta costosa y caótica operación militar, en que un pequeño pueblo marginal y apenas cohesionado parece mantener la iniciativa ante lo que poco antes había sido la segunda potencia militar del mundo. Una acción igualmente injusta y desproporcionada, pero rápida y eficaz, como la que Yeltsin había ordenado sobre la *Duma* en otoño de 1993, muy probablemente no hubiera supuesto más que unas tímidas reacciones condenatorias de la prensa internacional y podría haber aumentado el prestigio internacional que ya se estaba forjando Moscú. Pero la evolución del conflicto no refleja a los ojos de los vecinos de Rusia la imagen de un gigante autoritario y poderoso ni la de un líder carismático, sino la de un Estado con serios problemas para resolver sus problemas internos más básicos, como pueden ser el orden público o la cohesión del Estado.³³¹

³²⁶ Para varios analistas rusos y europeos de la época, la crisis de Chechenia afectaba directamente al sistema de valores de una Europa entendida *lato sensu*. Véase BORKO, Yu., y RYABOV, I., “From the Atlantic to Chechnya”, en *New Times*, marzo de 1995, pp. 4-5.

³²⁷ KUZIO, T., *Ibidem*, p. 98

³²⁸ KUZIO, T., *Ibidem*, p. 97.

³²⁹ Se producen manifestaciones antirrusas en Varsovia y Bucarest, mientras que movimientos como la Confederación para una Polonia Independiente (KPN) manifiestan un posicionamiento claro de rechazo de la ofensiva con el sugerente eslogan de “Hoy Grozny, mañana Kíev, pasado mañana Varsovia”. Véase KUZIO, T., *ibidem.*, p. 106.

³³⁰ Véase SERRA, F., “El conflicto de Txetxènia”, en *dCIDOB* n° 65, mayo de 1998, pp. 22-25.

³³¹ Véase, a este respecto, MOTYL, A., “Russian Security, Neoimperialism, and the West”, *op. cit.*

La ilusión de mantener un área de influencia rusa en varios grados queda seriamente maltrecha y, en gran medida, irreversiblemente perdida. En Europa central y oriental se desvanecía cualquier posibilidad de mantener o reconstruir la presencia de Moscú³³² y las reticencias rusas a la ampliación de la OTAN fueron rápidamente rechazadas por los países interesados, que veían redivivo el fantasma del expansionismo ruso, tan familiar en sus historias recientes.³³³ A pesar de diferentes esfuerzos diplomáticos (por ejemplo, con la gira del diputado tártaro Ramazan Abdulaipov a varios países árabes), el prestigio ruso en el mundo islámico entraba igualmente en una larga fase de crisis aguda.

Pero probablemente donde más se resintió la diplomacia rusa es en lo que representa el área preferente de intereses del Kremlin, aquella con que contaba más Yeltsin para reconstruir su identidad como potencia: la CEI.³³⁴ Y allí es donde vuelve a chocar con el obstáculo reiterado a esta influencia, Ucrania. A pesar de la victoria electoral de L. Kuchmá en 1994, que se había presentado ante el electorado ucraniano como defensor de la CEI y de mantener vínculos estrechos con Rusia, los políticos ucranianos volvían a iniciar una fase de rechazo y desconfianza hacia el poderoso y permanentemente inestable vecino del Este. Aparentemente, podríamos hallar razones objetivas de sobra que explican este enésimo enfrentamiento ruso-ucraniano, como son el reparto de la flota del Mar Negro,³³⁵ las reiteradas reivindicaciones territoriales rusas³³⁶ o el déficit energético ucraniano,³³⁷ con la deuda que ello suponía para el

³³² A pesar de que pronto desaparecen las manifestaciones más hostiles hacia Rusia, lo cierto es que se desvanece en Europa central cualquier tentación de estrechar lazos con Moscú. Véase FISHER, Sh., *et al.*, "Central Europe Rethinks Russian Ties", en *Transition*, 15 de noviembre de 1996, pp. 11-13.

³³³ El mismo Gaidar, como la mayoría de los políticos rusos, sigue viendo la expansión de la OTAN en Europa central y oriental como un "intento de crear una alianza antirrusa", pero, a la vista de los acontecimientos, tiene que admitir que "después de la crisis chechena es muy difícil para nosotros defender esta posición" (citado en KUZIO, T., "International Reaction...", *op. cit.*, p. 106).

³³⁴ Sobre las dificultades de cohesión de la CEI como una unidad en el sistema internacional, véase WILD, G., « CEI - Ouest : inertie et frémissements », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 397-398, marzo-abril 1995.

³³⁵ La titularidad de la flota del Mar Negro, de vital importancia para la reconstrucción de un ejército ruso de gran capacidad y movilidad, pero también para la consolidación del Estado ucraniano, envenenó las relaciones entre ambos países hasta el acuerdo de junio de 1997, en que Moscú asume dos tercios de la flota y el uso de Sebastópol y otras bases marítimas a cambio de condonar parte de la deuda energética ucraniana (véase, entre otros, FINBERG, L., « L'Ukraine indépendante: la difficile modernisation (1991-1995) », en *Notes et études documentaires (La documentation française)* n° 5022-17, pp. 13-24; ROMER, J.-Ch., « De l'Armée russe aux armées nationales », en *Notes et études documentaires* n° 4958, vol. 13, 1992.

³³⁶ Aparte de las reclamaciones insistentes y a menudo demagógicas que efectúan reiteradamente diversos intelectuales (como A. Solzhenitsin) o políticos (como V. Zhirinovski) para "devolver" a Rusia la cuenca del Donbass o la península de Crimea, destaca en este sentido el papel que adoptan instituciones como la Duma o el Alcalde de Moscú, A. Sobchak, en 1995, declarando (y proclamando) que la ciudad de

suministro de gas siberiano. Más allá de estos hechos objetivos, sin embargo, podemos detectar un proceso de autoafirmación nacional en Ucrania en que tomaban un papel absolutamente relevante la creación y consolidación de unas elites políticas lanzadas (a menudo con la pasión del converso) al nacionalismo y al distanciamiento con relación a Rusia.³³⁸ Kuchmá no puede separarse de una tendencia general a la exaltación nacional y al agravio comparativo constante hacia una Rusia prepotente y amenazadora.³³⁹ Esta autoafirmación nacional no sólo permite mantener la demagogia que permite la perpetuación en el poder de la nueva clase política; también logra que penetre en la opinión pública ucraniana la ilusión de un eventual acercamiento a la Europa institucionalizada que solventa el problema latente de su alineamiento internacional y, en definitiva, de su identidad nacional.³⁴⁰ La tentación (o la amenaza) de abandonar la influencia rusa para dirigir la mirada hacia el Oeste pesó con fuerza durante este período, y siguió siendo durante mucho tiempo la carta con que jugaron ante Rusia no sólo los líderes ucranianos, sino también determinados analistas y políticos occidentales.³⁴¹

El enfrentamiento ruso-ucraniano, la desconfianza general hacia la influencia del Kremlin y la prolongación de la crisis económica en todo el espacio de la antigua URSS

Sebastópol (referente histórico nacionalista ruso y ciudad donde, no por casualidad, tiene su ubicación principal la flota del Mar Negro), en Crimea, queda "reincorporada" a Rusia. Véase SOLCHANYK, R., "Ukrainian-Russian Confrontation Over the Crimea", en *RFE/RL Research Report*, n° 8, 1992, pp. 26-30, o, del mismo autor, "The Politics of State Building: Centre Periphery Relations in Post Soviet Ukraine", en *Europe-Asia Studies*, n° 1, 1994, pp. 47-68, así como DROHOBYCKY, M., *Crimea (Dynamics, Challenges and Prospects)*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers Inc., 1995.

³³⁷ Véase SMOLANSKY, O., "Ukraine's Quest for the Independence: the Fuel", en *Europe-Asia Studies* n° 1, 1995, pp. 67-90.

³³⁸ Es de destacar que se produce en esta fase una desintegración absoluta del entramado de elites políticas de alcance local y regional que se había formado bajo la administración Brezhnev, que se opone en general a Gorbachov y que, bajo Yeltsin, forma un contrapoder local que amenaza seriamente a la cohesión interna del poder en Rusia, al formar poderosos clanes de intereses locales a menudo superpuestos y enfrentados al poder central. Véanse MATSUZATO, K., "Local Elites under Transition: County and City Politics in Russia 1985-1996", en *Europe-Asia studies*, vol. 51, n° 8, diciembre de 2000, pp. 1.367-1.400; VIDRIN, D., "¿Tiene Ucrania respuestas nacionales a la cuestión nacional?", en *Cuadernos del Este* n° 11, 1993.

³³⁹ Como destaca KUZIO, T., en *Ukrainian Security Policy*, Ed. Praeger, Londres 1995.

³⁴⁰ La cuestión de las relaciones de Ucrania con Europa es uno de los grandes temas pendientes del área, y que pueden dar grandes sorpresas en un futuro cercano; por ello es objeto de debate y análisis frecuente en los estudios del área. Véanse MIHALISKO, K., "Ukrainians and their Leaders at a Time of Crisis", *RFE/RL Research Report* n° 31, 1993, pp. 54-62; ALEXANDROVA, O., « Le facteur russe dans la politique de sécurité ukrainienne », en *Politique Étrangère*, n° 1, 1994, pp. 49-60; BURANT, S.R., "Foreign Policy and National Identity: a Comparison of Ukraine and Belarus", *op. cit.*; o MROZ, J./PAVLIUK, O., "Ukraine: Europe's Lipchin", en *Foreign Affairs* n° 3, 1996, pp. 52-62.

³⁴¹ Es significativo el comentario de BRZEZINSKI, Z., en su libro *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos (op. cit.)*: "no es demasiado pronto para

paralizaron el funcionamiento práctico de la CEI. Paradójicamente, la actividad diplomática de la Comunidad se mantiene inopinadamente activa durante los años 1995-1996, pero su materialización quedó a menudo aplazada indefinidamente o sencillamente abandonada en la inconcreción orgánica de la organización o en el entramado burocrático cada vez más espeso de sus Estados miembros. Así, a lo largo de este período se firmaron acuerdos multilaterales relativos a la garantía de los derechos de las minorías nacionales, la seguridad colectiva, la prevención y resolución de conflictos, las fuerzas colectivas para el mantenimiento de la paz y la defensa del espacio aéreo comunitario.³⁴² Sin embargo, la aplicabilidad de dichos acuerdos fue muy limitada, y tampoco llegó a implementarse la unión económica que se había aprobado en 1993, y la actividad diplomática de la CEI no pudo evitar la aparición de ejércitos propios, monedas de los diferentes Estados y el establecimiento de economías claramente diferenciadas en las nuevas repúblicas.³⁴³

6.d) Europa ante la crisis chechena

Si la operación militar del Kremlin sobre el Cáucaso recibe una fuerte condena internacional, como se ha visto en el apartaado anterior, es en la Unión Europea, el principal baluarte de la confianza internacional sobre Rusia, donde esta repulsa tiene mayores consecuencias por el mantenimiento de una relación estable de Moscú con el mundo en los años siguientes.

La política comunitaria de buenas relaciones con Rusia que aparentemente había llevado Bruselas desde 1991 quedó truncada en 1994. Este año el ministro de Asuntos Exteriores A. Kózírev, que había acompañado a B. Yeltsin en sus primeros años y a quien se considera a menudo, por esta razón, como uno de los principales valedores de

que Occidente empiece a considerar la década del 2005-2015 como una franja de tiempo razonable para iniciar la progresiva inclusión de Ucrania.” (p. 126).

³⁴² Estos acuerdos y tratados, citados por ARREGI, M., en su tesis doctoral pendiente de publicación *La Comunidad de Estados Independientes: un instrumento para recuperar la hegemonía rusa en el espacio postsoviético* (op. cit.) son documentados en los números 21-22 (noviembre de 1994), 3 (marzo de 1995), 7 (julio de 1995), 2 (febrero de 1996) y 11 (noviembre de 1996) de *Diplomaticheskii Vestnik*.

³⁴³ Podemos ver análisis detallados del desarrollo de la política rusa dentro de la Comunidad en WEBBER, M., *CIS Integration Trends, Russia and the Former Soviet South*, The Royal Institute of International Affairs, Londres 1997, p. 14; ROYEN, C., “Conflicts in the CIS and Their Implications for Europe”, en BARANOVSKI, V. (ed.), op. cit. pp. 231-232 ; KORTUNOV, A., “Russia, the Near Abroad and the West”, op. cit.

la política prooccidental de esta fase, a pesar de sus polémicas intervenciones en los organismos internacionales,³⁴⁴ fue sustituido por el agresivo y nacionalista E. Primákov. El nuevo ministro inició una política de priorización de las relaciones con la CEI y disminuyó la importancia concedida anteriormente a las relaciones con Europa.³⁴⁵ Este giro político tuvo su plasmación mayor y más significativa a raíz de la intervención rusa en Chechenia, en diciembre del mismo año. A pesar del intento institucional de mantener las buenas relaciones con Moscú, diferentes personalidades de la Unión Europea expresaron su profundo malestar con la ofensiva rusa. Especialmente tras el 28 de diciembre, fecha en que Yeltsin había prometido frenar el bombardeo de objetivos civiles en Chechenia, los críticos de la actitud rusa fueron ganando adeptos. Es sintomática la opinión del ministro alemán de Asuntos Exteriores, Klaus Kinkel, en una entrevista concedida al diario *Berliner Zeitung*.³⁴⁶

“The methods which the Russian government is using to try to resolve the conflicts are cause for the utmost concern (...) We find it hard to understand the reaction of the Russian government. There must be respect in this conflict for human rights, the basic principles of the OSCE and for appropriateness of the means used.”

El ministro alemán de economía, por su parte, afirmó que “si el gobierno ruso no respeta los principios que esperamos del mismo, no podremos evitar las sanciones económicas”. Otros políticos comunitarios, como los ministros de Asuntos Exteriores francés e italiano,³⁴⁷ también expresan un claro rechazo por los métodos rusos. Franceses, belgas y neerlandeses exigen el respeto al Código de Conducta de la OSCE, mientras que el primer ministro británico, John Major, a pesar de secundar las críticas generalizadas, las realiza en un tono más moderado. Los más críticos son, sin lugar a dudas, los políticos nórdicos. Dinamarca suspende un acuerdo bilateral de cooperación

³⁴⁴ Como las intervenciones desafortunadas a raíz del conflicto de los Balcanes, citadas en el capítulo 5.2 de este trabajo.

³⁴⁵ Véase MARÍN, G., “¿Se han acabado las guerras en la antigua URSS?”, en *Afers Internacionals* nº 48, Barcelona, diciembre de 1999, pp. 7-19.

³⁴⁶ Citado por KUZIO, T., “International Reaction to the Chechen Crisis”, *op. cit.*, pp. 97-106.

³⁴⁷ El ministro de Asuntos Exteriores francés recordó a “todos los Estados las obligaciones que pesan sobre ellos de respetar los Derechos Humanos”, mientras que su colega italiano declaró que el vertido de sangre era “profundamente revulsivo para la conciencia de cualquier persona civilizada”, además de asertar que “sentimos la necesidad de expresar nuestros temores sobre el recurso a la fuerza y sobre los bombardeos que, de un modo cada vez más frecuente, afectan a ciudadanos indefensos, lo que viola las normas más básicas de los derechos humanitarios”. *Ibidem*, p. 98.

militar con Moscú y propone sanciones políticas y económicas a Rusia, al mismo tiempo que se niega a ratificar el ACC con dicho país. El ministro noruego de Asuntos Exteriores, B. Tore Godal, condena la “actitud brutal” de Rusia, mientras que su colega sueca, L. Hjelm-Wallen, declara que “Una civilización avanzada no resuelve los conflictos de un modo que cause tanto sufrimiento humano, tantas bajas y tanta destrucción material”. El Consejo Nórdico añade que “la violencia ciega y el abuso de los derechos humanos en Chechenia no son aceptables”.³⁴⁸

La reacción comunitaria de protesta pronto pasa a la esfera propiamente institucional. Tanto el Parlamento Europeo³⁴⁹ como el Consejo³⁵⁰ y otras instancias de la Unión Europea emiten repetidas declaraciones de condena de los excesos cometidos por las tropas rusas en Chechenia y de apoyo a las acciones de la OSCE para alcanzar un alto el fuego y mejorar la situación de los refugiados. De este modo, el Comisario para Asuntos Exteriores de la UE en aquel momento, Hans van den Broek, expresa ante una delegación parlamentaria rusa en visita a Bruselas durante el conflicto que “Rusia está utilizando tácticas de terror y una fuerza militar excesiva en su actuación en la crisis de Chechenia”.³⁵¹ Más adelante, van den Broek expresa sus temores por la deriva de la crisis: “Estamos seriamente preocupados, casi indignados, por la forma en que este problema político está siendo abordado con medios militares.” Por su parte, el Presidente de la Comisión, Jacques Delors, declara que “(Yeltsin) debe entender que si sigue por este camino, nuestras relaciones cambiarán. La ayuda significativa que estamos aportando deberá ser revisada”.³⁵² El 30 de diciembre de 1994, los embajadores comunitarios en Moscú hacen un llamamiento a los líderes rusos al diálogo.³⁵³ En abril de 1995 la Unión Europea decide congelar la rúbrica final de su acuerdo comercial con Rusia, el ACC, a raíz del conflicto checheno. La tensión entre la UE y el Kremlin se mantiene durante la primera mitad de 1995, mientras las instituciones comunitarias mantienen el aplazamiento del ACC a la espera que Moscú inicie conversaciones políticas en el conflicto checheno. En realidad, Bruselas desbloquea la situación al dar

³⁴⁸ *Ibidem*, pp. 99-101.

³⁴⁹ Entre otras, las Declaraciones del Parlamento con fecha 15 de diciembre de 1994, 19 de enero de 1995, 16 de febrero de 1995, 16 de marzo de 1995, 15 de junio de 1995 y 14 de diciembre de 1995.

³⁵⁰ Declaraciones PESC sobre el conflicto checheno de 17 de enero de 1995, 23 de enero de 1995, 15 de abril de 1995, 16 de junio de 1995, 26 de junio de 1995, 18 de enero de 1996, 25 de marzo de 1996, 31 de mayo de 1996 (comunicado de la Presidencia), 16 de agosto de 1996 y 22-23 de agosto de 1996.

³⁵¹ KUZIO, T., “International reactions...”, *op. cit.*, p. 100-101

³⁵² *Ibidem*, p. 101.

³⁵³ *Ibidem*, p. 103.

por buenas las conversaciones que ofrece Yeltsin a la guerrilla chechena tras la espectacular operación guerrillera sobre Budennovsk, en junio de 1995. Esta ofensiva, junto con el desprestigio que ya existía sobre la capacidad operativa rusa, lleva a Yeltsin a iniciar negociaciones; se trata de un proceso que pronto fracasaría, pero las instituciones europeas aprovechan la ocasión para acabar con una situación de tensión que empezaba a perjudicar a ambas partes: por una parte, Rusia se veía cada vez más aislada internacionalmente, lo que amenazaba con agravar una crisis que precisaba de inversiones y ayudas exteriores para ser solventada; por otro, la Unión Europea no estaba interesada en absoluto en promover una situación de inestabilidad social y política tan cerca de sus propias fronteras.³⁵⁴

Podríamos decir que la Unión Europea adopta un tono especialmente duro durante la crisis chechena,³⁵⁵ de hecho más duro del que toma cualquier otra organización internacional con excepción de la OSCE. Como hemos visto, los escandinavos y Alemania son los principales países que lideran la protesta contra las acciones rusas, pero la indignación es generalizada en todos los países occidentales. De todos modos, debe destacarse el tono elevado de las protestas institucionales comunitarias,³⁵⁶ que reflejan un estado de ánimo ampliamente extendido entre la opinión pública europea, pero al mismo tiempo se trata de una actitud institucional de firmeza en la exigencia de coherencia hacia los socios políticos y comerciales de Bruselas.³⁵⁷

³⁵⁴ Sobre la presencia del ámbito de seguridad continental durante la crisis chechena, véase FONTAINE, A., « L'Europe d'un bout à l'autre », en *Politique internationale* n° 76, 1995, pp. 419-427.

³⁵⁵ De este modo, si en las primeras declaraciones PESC, durante la crisis, el Consejo Europeo se limita a expresar su “preocupación por la situación en Chechenia”, a “deplorar las graves violaciones de los Derechos Humanos” y a dar su rotundo apoyo a la acción de la OSCE, a partir de abril de 1995, a raíz del agravamiento de la situación y de las dificultades que halla la OSCE para enviar una misión sobre el terreno, el lenguaje de la UE se vuelve más agresivo. En su declaración PESC del 15 de abril, la UE “condena firmemente las graves violaciones de los Derechos Humanos”; el 15 de junio siguiente el Parlamento Europeo “condena las exacciones (*sic*) cometidas en Chechenia”. Véase “Cronología de la Política Exterior de la Unión Europea”, en *Anuario Internacional CIDOB 1995*, Barcelona 1996, pp. 177-193.

³⁵⁶ Tal vez convenga recordar la posición moderada que asume, en este caso, la diplomacia española. España, bajo la presidencia de Aznar, fue un poderoso aliado diplomático de Rusia durante la segunda ofensiva chechena, a partir de 1999.

³⁵⁷ La idea, a menudo argumentada por los críticos a la actitud europea (véase, por ejemplo, GOETZ, R., “Russian Security Policy Options and Their Price”, *Aussenpolitik*, vol. 47, n° 3, 1996) de que esta exigencia de coherencia no fuera más allá de una condena simbólica que, en realidad, no consiguió suavizar sustancial ni inmediatamente la actitud rusa, parece corroborada por los hechos de la segunda crisis de Chechenia, en que Occidente toma una actitud mucho más cauta.

La reacción rusa fue de sorpresa y, al mismo tiempo, de refuerzo de las propias posiciones. La *Duma* rechazó la condena expresada por el Parlamento Europeo³⁵⁸ y Kózirev criticó amargamente las políticas “contraproducentes” comunitarias con relación a la crisis. En realidad, no existió unanimidad en lo que concierne al caso checheno entre la opinión pública de Rusia y entre su clase política: la situación de los soldados rusos es preocupante y el gobierno se resintió de la pésima planificación de las operaciones y de la capacidad de reacción de los guerrilleros chechenos.³⁵⁹ Los políticos más prooccidentales, como Yavlinski, Gaidar y Lébed (este último, desde posiciones claramente nacionalistas), tomaron posiciones claramente críticas contra la actitud del Kremlin en el Cáucaso.³⁶⁰ Un Yeltsin cada vez más aislado recurría a una retórica nacionalista en que jugaba un papel importante el factor del aislamiento impuesto desde el exterior, el enemigo externo una vez más como justificación de la política interna rusa. Se retoma, desde los sectores más cercanos al poder ruso, pero también desde las posiciones críticas a Yeltsin, el discurso victimista que presenta a Rusia como un país objeto de sospecha permanente, limitado por presiones exteriores en su actividad interna y, en definitiva, a los ojos de una gran parte de la sociedad rusa, sometido a control extranjero.³⁶¹

6.e) Rusia frente a sus fantasmas. El retorno al aislacionismo

³⁵⁸ Véase CROSNIER, M.-A., « Russie », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 417, marzo de 1997, pp. 70-77.

³⁵⁹ La preocupación por las víctimas rusas en el conflicto es, en realidad, el principal factor de preocupación de la sociedad rusa en el conflicto, así como el secretismo y las contradicciones del Ejército sobre el curso de las operaciones. Véase DUNLOP, J.B., “How many Soldiers and Civilians Died during the Russo-Chechen War of 1994-1996?”, en *Central Asia survey*, vol. 19, n° 3-4, septiembre-diciembre de 2000, pp. 329-339.

³⁶⁰ La oposición de determinados políticos rusos a la ofensiva sobre Chechenia se ha entendido a menudo como una política oportunista surgida a raíz de la impopularidad de la operación y de la condena internacional, más que en una actitud simpatética hacia la causa chechena; es simpatética la ausencia casi absoluta de actitudes políticas condenatorias durante la segunda ofensiva, en 1999. Sobre las actitudes de la opinión rusa a Yeltsin, véase, por ejemplo, PALAZUELOS, E., “Federación Rusa: autoritarismo y economía de bazar”, *Informe anual del IEO*, Madrid 1995, o VALÈNCIA i MONTES, L.X., “Presidente y Parlamento en Rusia: un decenio de tensas relaciones”, *op. cit.*

³⁶¹ Volvemos a encontrar el fantasma del antieuropeísmo expresado en numerosas opiniones de la clase política e intelectual rusa. De este sentimiento y de la actuación occidental al respecto nos dan una idea algunas obras asequibles en Occidente, como HALE, H.E., “The Rise of Russian Anti-Imperialism”, en *Orbis*, vol. 43, n° 1, invierno de 1999; PIPES, R., “Is Russia still an enemy?”, en *Foreign Affairs*, vol. 76, n° 5, septiembre-octubre 1997; o HASLAM, J., “Russia’s Seat at the Table: a Place Denied or a Place Delayed?”, en *International Affairs*, vol. 74, n° 1, enero de 1998. Para tener un claro ejemplo de la difusión de estas ideas para uso interno ruso, un caso claro lo aporta SOLZHENITSIN, A., *op. cit.*, pp. 31-41.

La crisis de Chechenia conllevó una grave desconfianza de Occidente hacia Rusia. Pero, de un modo tal vez más agudo y sin duda más preocupante, comportó una fuerte desconfianza de Rusia hacia Occidente. El restablecimiento de lazos entre Rusia y el exterior, trabajosamente iniciado desde la política de seguridad colectiva de Gorbachov, a mediados de los años ochenta, y profundizada con la conversión de Rusia al capitalismo y a la democracia liberal, sufre una fuerte andanada a partir de la intervención caucásica del 94-96. Ello se debe en gran medida a la sensación de frustración e impotencia ante la permanencia y agravamiento de la crisis económica, así como del cúmulo de insatisfacciones provocado por la evidencia de la corrupción en los altos niveles de la administración y por la victimización que propicia la sensación de descuartizamiento del espacio nacional considerado como propio; pero, del mismo modo, refleja un residuo de sentimiento xenófobo y, más concretamente, antioccidental.³⁶² Es el mismo sentimiento que fue estimulado en su momento por las autoridades soviéticas, crecidas en su propaganda retórica de hostigamiento exterior, e incluso por la historia rusa y su tradición de expansión agresiva hacia el exterior, en permanente competencia y conflicto con las otras potencias y en especial contra una Europa con quien se solapaban permanente los intereses.³⁶³ En realidad, el sentimiento incluso se corresponde con una realidad, puesto que el enañoamiento de las potencias occidentales contra la Unión Soviética era algo muy real apenas diez años antes de la crisis de Chechenia, y no es extraña al propio proceso de desintegración de la URSS. Sin embargo, a mediados de los años noventa esta sensación crece enormemente la sensación de acoso y derribo por parte occidental de cualquier asomo de restauración de la dignidad de Rusia. La sociedad rusa achaca a Occidente gran parte de sus males, que podrían ser capitulados del siguiente modo:

- Occidente es el culpable de la crisis económica rusa, al haber hecho todo lo posible, durante la Guerra Fría, por aislar económicamente al país y privarle de sus recursos básicos extracontinentales; este aislamiento,

³⁶² El surgimiento de movimientos nacionalistas no es ajeno a una coyuntura de crisis económica y de desorientación social, que propician un victimismo que resulta un caldo de cultivo perfecto para el nacionalismo. Sin embargo, este victimismo es un proceso recurrente en la propia tradición política rusa, con lo que no puede extrañarnos que el nacionalismo ruso adquiere unas dimensiones exageradas y unos atributos ya consolidados por otras épocas de crisis anteriores que habían propiciado, igualmente, estos movimientos nostálgicos, reivindicativos y xenófobos. Véase GONZÁLEZ CALVAR, C., “¿Por qué surge el fenómeno nacionalista en Rusia?”, comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.

además, ha llevado a un fuerte retraso de la economía rusa, privada del importante avance tecnológico vivido en el mundo capitalista en los años ochenta;

- presiona a las instituciones rusas para forzar su desarme, bajo la ficción de conversaciones y compromisos bilaterales, porque es la única potencia armamentística que ha podido competir con Estados Unidos, y tal vez podría volver a hacerlo;
- está interesado en el mantenimiento de esta crisis, limitando sus inversiones y concediendo créditos con condiciones onerosas que mantendrán la economía rusa en manos de las instituciones occidentales de crédito *sine die*;
- mantiene un control político sobre el país al alimentar la permanencia de una elite política corrupta, sin interés real en las necesidades del pueblo ruso y sí, en cambio, en establecer contratos comerciales con empresas occidentales;
- fomentó en su momento la desintegración del país (para ello eran subvencionados desde tiempo atrás grupos de exiliados nacionalistas ucranianos, bálticos y de otros países en Occidente) con el fin de castigar a Rusia y prevenir cualquier posibilidad de ejercer efectivamente como potencia. Del mismo modo, a través de su influencia en las otras repúblicas de la CEI, fomenta la división y el odio antirruso para cimentar esta división y evitar cualquier forma de unión futura o ni siquiera de coordinación;
- previene y penaliza incluso el derecho del pueblo ruso a mantener la cohesión nacional y territorial del país, al condenar una intervención sobre Chechenia destinada a reintegrar esta región a la administración legítima del país.

Por supuesto, estas muestras de resentimiento, aunque pudieran tener indicios de realidad,³⁶⁴ se basan en un resentimiento atávico alimentado por la crisis social y

³⁶³ Véase, con relación al expansionismo tradicional ruso en Europa, KAISER, R.J., *The Geography of Nationalism in Russia and the USSR*. Princeton U.P., Princeton 1995.

³⁶⁴ No hay que olvidar, por ejemplo, los claros pronunciamientos de algunos influyentes analistas occidentales en relación al trato que hay que influir a Rusia para evitar hipotéticas futuras amenazas. El caso paradigmático es el de BRZEZINSKI, Z., en su obra *The Grand Chessboard: American Primacy*

económica que vive Rusia en una dolorosa transición de difícil solución, pero sin duda mal dirigida. Este resentimiento no tiene un trasfondo ideológico claro, sino que la desorientación social que vive el país en esos momentos es lo bastante profunda para originar un confuso abanico ideológico cuyo nexo común es, casi siempre, el victimismo, el nacionalismo nostálgico y el antioccidentalismo. En una curiosa amalgama donde se mezclan posiciones stalinistas, monárquicas, nazis, ultrarreligiosas o simplemente panrusas, a menuda solapadas entre ellas incluso en uniones *contra natura*, toma fuerza una idea vaga pero fuertemente arraigada en la sociedad rusa: el pueblo ruso, intrínsecamente distinto a los demás y en concreto al occidental por su tradición histórica y su formación, es víctima del miedo y la envidia de sus adversarios a causa de su potencial influencia sobre el mundo o sobre gran parte del mismo. Por supuesto, ahí se cruzan dos conceptos culturales aparentemente irreconciliables pero en cuya herencia encontraríamos a la mayoría de la sociedad rusa: por un lado, el mesianismo ortodoxo, convencido que ha heredado a través de esa Tercera Roma que es el Patriarcado de Moscú la representatividad de la Iglesia universal en la Tierra; por el otro, el mensaje insurgente comunista y su llamada a la Revolución mundial, que tuvo en Rusia su máxima expresión.³⁶⁵

Es en este contexto antioccidental y de resurgimiento de las ideologías autóctonas con mayor capacidad de recordar al pueblo ruso su esencia privilegiada y su capacidad de expansión, que resurgen los movimientos neoeurasianistas.³⁶⁶ Para el imaginario colectivo ruso y sus conexiones políticas y antropológicas, lo que hace especial el carácter ruso y le dota de ese famoso “espíritu” nacional distinto a sus vecinos es

and its Geostrategic Imperatives (op. cit.), en que aboga por el aislamiento geoestratégico y el estrangulamiento económico de Rusia para prevenir cualquier recuperación del país que pudiera ser peligrosa. Tampoco podemos olvidar que son los años de posiciones agresivamente neorrealistas desde estados Unidos, que tienen sus máximas expresiones en las conocidas obras de FUKUYAMA, F. (*El fin de la historia y el último hombre*, Ed. Planeta (Documento nº 306), Barcelona 1992) y HUNTINGTON, S. (*The Clash of Civilizations and the remaking of world order*, Ed. Simon & Schuster, Nueva York 1996); ambos autores analizan la posguerra fría desde la perspectiva de la imposibilidad de convergencia de los intereses globales y del derecho de las potencias a mantener el orden internacional.

³⁶⁵ Véase, por ejemplo, MANDEVILLE, L., « Fantasmies russes et myopie occidentale », *op. cit.*, o MOTYL, A., “Russian Security, Neoimperialism, and the West”, en *NATO’s Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 28 de abril de 1994. Con relación a los atavismos ideológicos rusos, podemos ver RUTLAND, P., “Russia’s broken ‘Wheel of Ideologies’”, en *Transitions*, junio de 1997, pp. 47-55, o POCHAZKOVA, P., “We Have to Return Home (interview with Igor Chubais)”, en *Transitions*, junio de 1997, pp. 56-57.

³⁶⁶ En contraste con el eurasianismo clásico del siglo XIX, una evolución más ambiciosa del paneslavismo, cuyas figuras más prominentes (N. Trubetskoy, N. Alekseyev, Kasavin, Subchinsky, etc.) o sus supuestos continuadores contemporáneos de la Revolución Rusa (como P. Savitsky) son objeto de

precisamente la participación en su cultura de elementos europeos y asiáticos, fruto tanto de su expansión histórica como de los contactos desarrollados con los pueblos vecinos a lo largo de los siglos. Ello situaría a Rusia en una posición privilegiada en las relaciones entre pueblos, puesto que participa de la perspectiva, así como de los intereses, de las dos áreas geográficas más influyentes en la historia y, al mismo tiempo, está geográficamente bien situada para ejercer, más que de puente, en lugar de encuentro entre los mundos europeo y asiático.

El concepto del nuevo eurasianismo viene a sustituir al históricamente y políticamente denostado de “soviético”, recuperando su carácter internamente cosmopolita y de vocación universal. Al mismo tiempo, se convirtió en un referente nacional para los rusos que justificaba sus complejas identidades, por ejemplo que le exigían fidelidad a la nación rusa pero permitían que mantuviera sentimientos comunitarios con una extensa área geográfica con la que compartía un espacio geográfico, una historia, unas perspectivas culturales y, hasta cierto punto, un proyecto político. Consecuentemente, el eurasianismo se convierte también en un punto de referencia del sentimiento antioccidental y xenófobo e, igualmente, en la expresión del deseo imperialista de dotar a Rusia de un área de expansión “natural” y “legítima” sobre la que sólo ella puede, y debe, ejercer su influencia, y que le permite volver a erigirse en potencia.³⁶⁷ Para ello, cuenta con ejercer, en primer lugar, el control sobre el área de la CEI, para utilizarla como base de futuras expansiones en las que tienen su importancia las alianzas previsibles con Estados asiáticos como Japón, Irán, India o China, que aportarían una base estratégica suficiente para oponerse al hegemonismo americano y atlantista.³⁶⁸

El eurasianismo legitima a Rusia para intervenir, tanto históricamente como en sus proyectos políticos, en un área de influencia que la circunda y que puede adquirir unas dimensiones variables. Por ello, otorga al pueblo ruso el carácter de centralidad o de referente histórico y cultural que ya mantenía en la época soviética, lo cual establece

estudio y admiración frecuente en esta corriente que tiene un fuerte resurgimiento a fines del siglo XX). Véase DUGUIN, A., “The Theory of the Eurasian State”, *op. cit.*

³⁶⁷ Véase KERR, D., “The New Eurasianism: The Rise of Geopolitics in Russia’s Foreign Policy”, en *Europe-Asia Studies*, vol. 47, núm. 6, (1995), p. 977-988, o SIMON, G., « La Russie: une hégémonie eurasiennne? », *op. cit.*

³⁶⁸ Véase a este respecto YASMANN, Yu., “The rise of Eurasians”, en *RFE/RL Security Watch*, 30 de abril de 2001.

una cierta superioridad del pueblo ruso sobre el resto y explica la poca aceptación de las tesis eurasianistas fuera de Rusia.³⁶⁹ Pero al mismo tiempo, para los teóricos eurasianistas, esta posición central dota a Rusia de una capacidad de comprensión y de eclecticismo que le permiten convertirse en un referente universal.³⁷⁰ Así, por ejemplo, el pueblo ruso, a pesar de no ser musulmán, estaría bien situado para comprender la problemática de los pueblos islámicos (lo cual explicaría, por otro lado, lazos tradicionalmente estrechos de Rusia con el mundo árabe), puesto que durante siglos ha mantenido a fuertes poblaciones musulmanas en el interior de sus fronteras y ello ha provocado un mayor conocimiento y comprensión entre ambas culturas; esto vendría demostrado en la actualidad por la fidelidad que tártaros y otras minorías islámicas profesan hacia la administración rusa, así como por la ausencia de conflicto entre el cristianismo ortodoxo y el Islam, mientras que sí habría conflicto entre ortodoxos y católicos, por ejemplo. Por supuesto, estas concepciones ideológicas parten de una visión deliberadamente sesgada en que se obvian conflictividades reales como la chechena o como la dinámica que viven los pueblos de esa esfera de influencia rusa de crear sus propias realidades políticas y culturales alejadas de la dependencia rusa, así como el apoyo popular y la legitimidad de tales dinámicas. Profundamente antiamericano y antiatlantista, el nuevo eurasianismo tiende una mano a Europa, con quien pretende compartir una estrategia común ante el ascendentehegemonismo estadounidense.³⁷¹

El movimiento neoeurasianista aúna las decepciones y la desorientación de una sociedad rusa falta de referentes y de confianza en sus líderes. En general, se vive en Rusia una profunda nostalgia de un pasado incierto situado en algún lugar entre la gloria revolucionaria de Stalin, la grandeza imperial de los zares y la salvación que inspira la

³⁶⁹ Por la misma razón el neoeurasianismo se convierte en un producto de consumo preferentemente interno, puesto que propone al pueblo ruso la superación de su complejo identitario y de las relaciones con sus vecinos por medio de un nuevo marco de relación interétnico basado en un supuesto respeto mutuo entre sus componentes, aunque sin olvidar la centralidad del elemento ruso. Véase, al respecto, CHINYAEVA, E., “A Eurasianist Model of Interethnic Relations Could Help Russia Find Harmony”, en *Transition*, 1 de noviembre de 1996, pp. 30-35.

³⁷⁰ Un buen resumen de las tesis eurasianistas lo podemos ver en el texto *Eurasia Above All. Manifest of the Eurasist Movement* (<http://www.dugin.ru:8101/EURASIA/manifest.htm>). Aunque se trata de un grupúsculo marginal de ideología y contenido intelectual inconcretos, el texto resume el posicionamiento más compartido del nuevo eurasianismo.

³⁷¹ Al contrario que el eurasianismo de fines del siglo XIX y principios del XX, que relaciona directamente a Europa con Occidente y a Occidente con lo corrupto, decadente e incluso diabólico, el nuevo eurasianismo no reniega de la herencia cultural europea. No deja de ser significativo que

Ortodoxia del siglo XVI. El hecho es que la sociedad rusa, profundamente desilusionada, revive sus propios fantasmas como una forma de recobrar esperanzas en un futuro que se le presenta profundamente aciago.

6.f) A modo de conclusión: la frustrada búsqueda rusa de una identidad y una capacidad propias en Chechenia

La crisis de Chechenia no hace en realidad más que aflorar una grave carencia estructural que afecta a Rusia desde su propio resurgimiento, en 1991 y que los tanques de Yeltsin pretendían ocultar con la presentación ante la sociedad rusa de una victoria necesaria para reemprender el camino de la reconstrucción. Sin embargo, la victoria no llega a producirse y, en cambio, la derrota sobre el campo de batalla recuerda a Rusia su propia debilidad y la sume en un estado de incredulidad y falta de confianza, no ya sólo en la capacidad de la administración para poner coto al caos reinante, sino ni siquiera en la sociedad para rusa para crear o para ser dirigida por ningún gobierno eficaz.³⁷²

El mastodonte soviético cayó víctima de unas contradicciones que a la luz del nuevo Estado ruso parecen tener un carácter estructural; de sus cenizas se levantan nuevas estructuras estatales que prácticamente deben construirse partiendo de cero, pero la sensación que se produce es que el Estado y la sociedad no tienen capacidad para gestionar ningún nuevo inicio; las infraestructuras económicas, los entramados sociales y las jerarquías políticas heredados del antiguo régimen se muestran obsoletos e incapaces de superar la grave crisis del Estado, pero deben ser aprovechados en lo posible mientras son sustituidos por nuevas estructuras que garanticen la supervivencia de una Rusia autónoma, económicamente autogestionada, democrática y eficaz. Mientras tanto, aparece y llega a hacerse imprescindible un asesoramiento externo permanente a las reformas económicas y políticas, así como grandes inyecciones económicas de Occidente bajo forma de préstamos y créditos y el apoyo de las

pensadores neoerasianistas como A. Duguin o A. Kiselev hayan ofrecido un pleno apoyo a Putin en su presidencia, tras haber sido extremadamente críticos con Yeltsin.

³⁷² Para un análisis sobre el proceso de decadencia de la influencia internacional rusa, véase CLAYTON, A., "The End of Empire", en *NATO's Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 25 de septiembre de 1995.

potencias exteriores a las “nuevas” elites políticas y al proceso de transición a la democracia.

Por supuesto, este apoyo externo no excluye la aparición de graves crisis internas en Rusia, derivadas en su gran mayoría del profundo marasmo en que se ve sumida la economía del gigante del Este y, en segundo lugar, pero en estrecho vínculo con el argumento económico, la grave crisis social e incluso identitaria (lo que se viene a cualificar como “crisis espiritual”) que vive el pueblo ruso en esta nueva fase de su historia. La pérdida del imperio, la frustración ideológica tras la caída del comunismo y el desengaño por la no consolidación del “extranjero próximo” a través de una CEI que no ha llegado a funcionar, son los principales factores que llevan a una sensación de frustración colectiva y de replanteamiento del significado de Rusia como nación ante su pueblo y ante el mundo. Ello, unido a la pertinaz crisis económica y la inevitable sensación de inestabilidad y de incertidumbre del futuro, llevan a una serie de fenómenos sociales y políticos típicos: desestructuración social y familiar de dimensiones colosales, generalización de la delincuencia y la corrupción, desconfianza hacia las estructuras existentes, tanto nuevas como supervivientes del socialismo real, nostalgia del antiguo régimen e incluso de otros tipos de dictadura (zarismo, fascismo, etc.), creciente nacionalismo excluyente, antioccidental y antiinternacionalista, resurgimiento con gran vigor de la Iglesia Ortodoxa y fuerte penetración de sectas, etc. La falta de cohesión de la sociedad rusa se traduce, entre otras cosas, en una gran desconfianza hacia las estructuras de poder, a las que se ve con frecuencia como oportunistas, corruptas y sometidas a intereses extranjeros no siempre coincidentes con las necesidades y aspiraciones del pueblo ruso.

La insatisfacción social del pueblo ruso, que conlleva una profunda desestabilización y dificulta la normalización del Estado, difícilmente puede ser afrontada desde la clase política. Los resultados de las reformas económicas son lentos y a menudo decepcionantes, con recaídas periódicas de la crisis y repercusiones socialmente negativas; el papel internacional de Rusia difícilmente podrá llevar a grandes satisfacciones al pueblo ruso, habida cuenta del fracaso de Yeltsin a la hora de restablecer un área de influencia directa en el espacio exsoviético y del magro papel de la diplomacia rusa, apenas tolerada por Occidente en los sucesivos conflictos yugoslavos. Una posición de fuerza de Rusia en la esfera internacional, a pesar de las

presiones sobre el Báltico y de las amenazas de alianza con China o India,³⁷³ es impensable a causa de la fuerte dependencia rusa respecto de los apoyos económicos y políticos de Occidente. En esta situación, la única acción que pueden emprender las clases políticas rusas para garantizar una imagen de eficacia y de interés por la dignidad del pueblo ruso es la de mantener la integridad territorial del Estado ruso y garantizar el orden ante cualquier intento insurgente que merme aún más la percepción de mantenimiento de soberanía sobre el territorio ruso.³⁷⁴

En este orden de cosas, las sucesivas crisis chechenas toman un sentido de orden interno para un Estado sumamente necesitado del mismo. Podríamos decir que cuando, en diciembre de 1994, Yeltsin decide intervenir en la república caucásica, está realizando lo que en otro contexto podríamos interpretar como la restitución de la autoridad central en una región periférica víctima de la anarquía y de las tentaciones secesionistas. Esta es la argumentación principal del Estado ruso, y podría resultar una explicación coherente vista la prolongada guerra civil en que se hallaba inmersa Chechenia. Sin embargo, cabe no olvidar la evolución de los hechos que habían llevado a esta situación.

En primer lugar, la llegada al poder de Dudáyev y su afianzamiento en el poder no se hubiera podido llevar a cabo sin el apoyo de las autoridades de la nueva Rusia independiente; el líder checheno toma el poder en Grozny gracias al fracaso golpista que, en agosto de 1991, aupó a Yeltsin a su estrellato y, tras el fiasco de la primera tentativa de intervención rusa en Chechenia, en noviembre de 1991, las autoridades del Kremlin optan por permitir que Dudáyev consolide su propio reino de taifas. En segundo lugar, esta colaboración no es sólo pasiva, puesto que existe una obvia connivencia entre Moscú y Grozny a pesar del supuesto enfrentamiento verbal entre ambas capitales; esta connivencia, que tiene su máxima expresión en la intervención conjunta ruso-chechena (o, tal vez de manera más exacta, en la intervención chechena en un conflicto junto con fuerzas rebeldes abjasas que reciben el apoyo ruso frente a las

³⁷³ Acerca de la sensación de amenaza que inspira la política de alianzas de Rusia con las grandes potencias asiáticas, véase BARANOVSKY, V., "New Threat Perceptions: the Case of the Former Soviet Bloc and Yugoslavia", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* n° 27, 1994, pp. 7-16.

³⁷⁴ Cabe mencionar que la importancia de esta integridad territorial lleva a la sociedad rusa a una nueva fase de etnocentrismo que se traduce en una cierta reacción negativa hacia los pueblos no rusos, especialmente hacia los caucásicos, en un movimiento que tendrá incluso sus reflejos legales, como se

fuerzas gubernamentales georgianas) en el conflicto abjaso, puede explicar la consolidación del poder de Dudáyev en un contexto difícil pero en el cual no existe una alternativa especialmente favorecida por Moscú. Por último, la inestabilidad que vive la república chechena en su difícil y no siempre firme proceso secesionista se debe en gran medida a un cambio de actitud vivido en el Kremlin cuando, en 1994, concede pleno apoyo político y logístico a las fuerzas armadas chechenas opuestas a Dudáyev. Dicho cambio de actitud se debe a la necesidad de Yeltsin de retomar el control sobre todo el territorio ruso, en un momento especialmente feliz de sus políticas tanto internas como externas. En efecto, desde la cruenta represión sobre el Parlamento ruso, en noviembre de 1993, Yeltsin había visto afianzados tanto su autoridad interna como su prestigio externo. Tras sendas victorias electorales de los candidatos prorrusos en Ucrania y Belarús en verano de 1994, Yeltsin ve allanado el terreno para la reconstrucción de un espacio de influencia rusa y para la estabilización política y social de su país; para ello, necesita solucionar lo que representaba una grave anomalía en el territorio ruso, además de una afrenta moral histórica y una amenaza a la integridad territorial que suponía, además, un peligroso ejemplo y precedente para otras regiones del país. El factor económico, sin lugar a dudas, es igualmente esencial a la hora de analizar la necesidad de restablecer la autoridad directa del Kremlin sobre este territorio díscolo y sus controvertidos oleoductos, imprescindibles para esta reconstrucción que permite divisar la atalaya del nuevo optimismo ruso.

La operación militar resulta un fracaso, como hemos podido recordar, y no sólo conlleva una frustración en cuanto a los objetivos no conseguidos, sino que aleja las perspectivas de esta reconstrucción y consolidación del Estado ruso y de su esfera directa de influencia. Además, el prestigio de la clase dirigente del Kremlin cae en picado tanto en el interior como en el exterior de Rusia. Sin embargo, cabe señalar una importante diferencia de matices en la condena que provoca la aventura chechena según la perspectiva que la contempla. Para la opinión pública rusa y la oposición a Yeltsin la incursión resulta demasiado larga y adolece de una fuerte desorganización, debilidad militar, excesiva improvisación y, sobre todo, un innecesario coste en vidas humanas. Para la opinión pública y política internacional, la intervención conlleva una evidente e innecesaria violación de los derechos humanos y de las más elementales reglas de

denuncia en SMITH, G., "Russia, Multiculturalism and Federal Justice", en *Europe-Asia Studies*, vol. 50, nº 8 (diciembre de 1998), pp. 1393-1411.

comportamiento en un conflicto armado; los bombardeos indiscriminados, las matanzas masivas, la represión y tortura, la destrucción de estructuras civiles y la cerrazón ante cualquier iniciativa de diálogo o de interposición provocan una condena unánime de la política de Yeltsin en Chechenia. La prolongación del conflicto, el continuo hostigamiento checheno y la derrota en esta primera fase, con la toma de Grozny por los chechenos de Basáyev en 1996, no hacen sino agravar las nefastas consecuencias del conflicto. El balance de esta primera fase es altamente negativo por parte rusa: se ha perdido la oportunidad de cohesionar a la sociedad rusa entorno de una causa “nacional” y, por el contrario, se ha profundizado la zanja que separa la sociedad rusa del poder; la rebelión chechena se mantiene, y el ejército ruso se ve obligado a retirarse de un territorio formalmente todavía ruso; los oleoductos seguirán fuera del control de Moscú a pesar de los acuerdos de Grozny, con lo que su reparación y aprovechamiento quedan postergados *sine die* precisamente en unos años en que las negociaciones internacionales sobre el aprovechamiento del petróleo del Caspio emprenden una fase decisiva.

Mientras tanto, el espejismo de una influencia directa sobre un área de influencia propia, por limitada que ésta sea, también se desvanece. Rusia recuerda a sus vecinos y al mundo en general la peor de las imágenes que este país puede evocar al mundo: la de los soldados devastando sin piedad las áreas que ocupan, de un sueño imperial inconfeso y de una incapacidad manifiesta para llevar a cabo unas operaciones tajantes sin ocasionar grandes cantidades de víctimas ni grandes dilaciones en el tiempo y, tal vez lo más importante, sin llamar la atención. Rusia se presenta como un país a medio hacer y capaz de una brutalidad medieval y en este contexto la obligación de Occidente es escandalizarse por ello. En consecuencia, el diálogo entre Rusia y el resto del mundo, que había empezado a ser fluida, sufre serios inconvenientes, que dan lugar a un punto de desencuentro que apenas salva el mantenimiento (necesario, por otro lado) de la ayuda económica occidental a Rusia.

Las relaciones de Rusia con la Unión Europea se ven seriamente perjudicadas por esta crisis. Bruselas ya experimentaba serias dificultades en su trato con Moscú a raíz de las trabas burocráticas a los inversionistas privados occidentales o a las resistencias de parte de su sociedad y de su clase política a someterse a influencias políticas externas. La crisis de Chechenia dará lugar a un enfriamiento de las relaciones

entre ambas partes de Europa que dificultará enormemente el progreso de las inversiones en el gigante oriental y creará una atmósfera de desconfianza y alejamiento en su diálogo político. En este sentido, desde la UE se necesitará un esfuerzo suplementario para sobrellevar las críticas que los medios de comunicación y algunos medios políticos occidentales habían vertido sobre la actuación rusa en el Cáucaso, y superponer el realismo y la necesidad de seguridad a la desconfianza cultural y a los criterios morales acerca de los derechos humanos y los abusos militares. Se impone, por último, una visión utilitaria de las relaciones con Rusia que asume una libertad de acción por parte de los poderes rusos en sus asuntos internos mientras respeten los intereses en materia de seguridad de Occidente. Lo cual, por supuesto, no resulta nuevo en el *modus operandi* occidental, ni siquiera en la política exterior de la UE, pero sí desvanece el fantasma de un sesgo diferenciado en las relaciones comunitarias con Rusia, en que hubiera tenido cabida la exigencia para este país de un mayor respeto hacia unos valores sociales y políticos considerados irrenunciables en la UE, pero obviados a menudo en su relación con el resto del mundo.

La crisis del Cáucaso contribuye a distorsionar la imagen de la sociedad rusa sobre su propio país. Por un lado, la misma operación en Chechenia es sumamente impopular entre los rusos a causa de su pésima organización y del secretismo que la rodea, además del prolongado goteo de cadáveres que hace llegar a las ciudades rusas. Por otro, la retirada de suelo checheno no es la opción favorita de los rusos, poco habituados a las derrotas militares y poco proclives a las simpatías hacia un pueblo caucásico que ha dado muchos quebraderos de cabeza a lo largo de la historia. Si bien es cierto que la sociedad rusa quiere el fin de la guerra, el sabor de desazón que deja el trabajo a medio hacer se deja sentir pronto en la sociedad rusa. Chechenia, esta *terra nullius* que se yergue en medio del territorio ruso como símbolo de la falta de cohesión nacional rusa, simboliza la incapacidad de rusa para enfrentarse a la delincuencia incontrolada que representan, a ojos de los rusos, un puñado de bandidos que se reparten una región abandonada.

Ante este panorama desalentador, la sociedad rusa se encierra en sí misma y en unos valores nacionales, desconfiando de los propios políticos, de las potencias extranjeras que mantienen el país en sus manos y de una sociedad incapaz de solucionar tales adversidades. A partir de este momento se hará todavía más difícil reconstruir los

lazos de confianza de Rusia con el mundo y, con ellos, la confianza de Rusia en sí misma.

7) **Rusia como potencia en reestructuración, 1996-2000**

7.a) La lenta recuperación de la confianza internacional tras la guerra

Las relaciones de Rusia con Occidente, desde la primera crisis de Chechenia, han seguido un camino difícil. Aunque la desconfianza generada por la ofensiva fue menguando con el tiempo y puede considerarse superada a partir de los acuerdos de Grozny, en agosto de 1996 y el fin de la primera guerra chechena, hay que mencionar cuatro aspectos básicos que han erosionado seriamente la confianza mutua entre Rusia y el mundo occidental que se mencionan a continuación, aunque cada uno de ellos va a ser desarrollado con mayor detalle en las páginas siguientes. Se trata de a) la ampliación de la OTAN hacia Europa central; b) el agravamiento de la crisis económica y social rusa; c) la actuación de la OTAN en la antigua Yugoslavia durante el invierno-primavera de 1999; y d) la segunda crisis de Chechenia, a fines del mismo año.

- a) El enfrentamiento a raíz de la ampliación de la OTAN hacia el Este ya proviene de antes de la primera crisis chechena. La OTAN sigue siendo vista desde Rusia como una amenaza a la propia seguridad y la reconversión que inicia la Alianza Atlántica durante los años noventa no se perciba como una garantía de seguridad. Por todo ello, resulta de difícil comprensión para la sociedad y para la clase política rusa el interés de la Alianza en expandirse hasta las fronteras con el espacio exsoviético, dinámica que es vista como una muestra explícita de desconfianza de Occidente hacia Rusia.³⁷⁵
- b) Un nuevo motivo de desconfianza entre Rusia y Occidente ha aparecido a raíz de la crisis financiera rusa, gravemente agudizada el verano de 1998. Si ello había supuesto un desengaño para gran parte de la población rusa, también supuso la confirmación para muchos inversores exteriores de la

³⁷⁵ Lo cual en ocasiones parece corroborado por las visiones de algunos analistas occidentales sobre la necesidad de esta ampliación precisamente en función de la amenaza potencial que supondría Rusia. Véase, a este respecto, BRZEZINSKI, Z., “La OTAN se acerca a Rusia”, en *Política Exterior*, vol. XIII, nº 64, julio-agosto de 1998, pp. 91-98, o RUBINSTEIN, A. Z., “NATO Enlargement versus American Interests”, en *Orbis*, nº 1, vol. 42, invierno 1998; POUCHOV, A., « Les nouveaux intérêts de la Russie sur son flanc Ouest. L’élargissement de l’OTAN : un tournant historique? », en *Problèmes politiques et sociaux, série Russie*, nº 809, septiembre 1998, pp. 9-46.

incertidumbre que reinaba en el país y de la poca confianza que merecían sus líderes.³⁷⁶ La política de inversión privada internacional en Rusia debe restablecerse sobre nuevas bases a partir de esta crisis.

- c) Pero el principal campo de enfrentamiento con Occidente sigue siendo el de la seguridad. La administración Yeltsin será extremadamente crítica con la presencia y actuación de la OTAN en los Balcanes; veremos una reedición de la solidaridad rusa hacia el pueblo serbio que ya se había mostrado en la guerra de Bosnia, con el agravante que en este caso el Kremlin se yergue en defensor de un Estado soberano y de la legalidad internacional ante una Alianza Atlántica agresora y arrogante, durante la crisis de Kosovo de 1999.³⁷⁷
- d) Es en este clima de crisis de confianza que Rusia debe enfrentarse a dos grandes hechos a fines de 1999, íntimamente ligados entre sí: la segunda guerra de Chechenia y el relevo presidencial. La repetición del conflicto de Chechenia se hizo con mayor cautela diplomática que su primera edición, pero ello no evitó la sensación de una acción de fuerza de la administración rusa destinada a reforzar su presencia internacional y, sobre todo, su derecho a ejercer la propia soberanía sin injerencias externas.

Todo ello hace que a fines de la década de los noventa se vaya deteriorando notablemente la confianza mutua entre Rusia y Occidente, lo que se percibe en un creciente aislamiento de la administración Yeltsin y en un alejamiento de Rusia de las áreas de interés geoestratégicas internacionales. Rusia entra en una fase de marginalización al tener que aplazar *sine die* sus proyectos de participar plenamente en las esferas de poder globales y la sociedad y el pensamiento rusos se resienten de esta paulatina falta de protagonismo internacional que los condena a una marginalidad creciente, lo que necesariamente tiene sus repercusiones en la economía y en la vida cotidiana de un país extremadamente pauperizado.³⁷⁸

³⁷⁶ Sobre la falta de confianza en el Estado generada durante la era Yeltsin, véase especialmente BARKHATOVA, N., "Russian small Business, Authorities and the State", en *Europe-Asia Studies*, vol. 52, n° 4, junio de 2000, pp. 657-676.

³⁷⁷ Véase FACON, I., « La Russie, l'OTAN et l'avenir de la sécurité en Europe », en *Politique étrangère* n° 3, 1997.

³⁷⁸ Acerca de la sensación de la sociedad rusa de ser marginalizada de su propia economía, véanse por ejemplo PALAZUELOS, E., "Federación Rusa: autoritarismo y economía de bazar", *op. cit.*, o

Sin embargo, cabe señalar que, tras la crisis de la primera intervención en Chechenia, surge un claro interés por parte de las potencias y las instituciones occidentales en restablecer los lazos con Rusia y en restaurar una cierta posición de dignidad en la esfera diplomática para sus dirigentes. Ello se debe sobre todo al deseo explícito de garantizar la estabilidad estratégica de la región, cuyas dimensiones pueden llevar la sensación de inseguridad que se produzca en Rusia a medio mundo. Esta estabilidad regional resulta especialmente importante en el período 1996-2000, en que se incrementa la inestabilidad en zonas tan delicadas como Oriente Próximo (con el agravamiento de la situación palestina tras la elección de Sharon como primer ministro israelí, en 1998, o el endurecimiento de las relaciones de Irak con las instituciones internacionales) o Medio (con la consolidación del poder de los integristas talibanes en Afganistán y su abierto enfrentamiento con Occidente, o el recrudecimiento de la tensión indo-pakistaní al desarrollar ambos países armamento nuclear), o sufre un importante contratiempo la economía de Extremo Oriente tras la crisis financiera de 1997, que afecta gravemente el crecimiento económico de los dragones asiáticos, Estados que debían constituir uno de los motores de crecimiento mundial según las expectativas de las grandes instituciones financieras mundiales como el BM o el FMI, pero que también hace tambalearse a una economía de las dimensiones de la japonesa.³⁷⁹ Las expectativas de estabilidad y crecimiento en Rusia se convierten en uno de los pilares de la seguridad internacional, lo que lleva a un fuerte interés en subvencionar dicha estabilidad.

De este modo, vemos como la frágil economía rusa recibe una fuerte atención de las instituciones internacionales, que siguen financiando su reflote incluso después de la grave crisis de 1998. Ello permite mantener las estructuras de poder interno de Rusia, en que los grandes oligarcas, formados bajo la influencia política de Yeltsin en contextos políticos no siempre muy éticos, mantienen sus privilegios y sus vínculos institucionales a pesar de los numerosos vaivenes de la economía del país.³⁸⁰ Por su parte, la

ROUSSELET, K., « Russie : crise économique, radicalisations et limogeages », en *L'État du monde 2000*, París 1999.

³⁷⁹ Véase DELAGE, F, "La crisis asiática", en *Política exterior*, vol. XII, nº 61, enero/febrero de 1998, pp. 7-25.

³⁸⁰ El 7 de marzo de 1997 Yeltsin nombró como primer ministro a A. Chubais, personaje sumamente impopular pero muy cercano a círculos económicos de la nueva burguesía rusa, que ya había ocupado este cargo entre 1992 y 1995, en que inició la liberalización de la economía rusa. Chubais se convirtió

penetración económica exterior en Rusia, más interesada en la estabilidad del país que en su auténtico crecimiento o en la limpieza de su funcionamiento institucional,³⁸¹ se orienta cada vez más a una ayuda institucional de organismos y gobiernos, mientras que la inversión privada se muestra mucho más cautelosa que en la primera mitad de la década, dadas las escasas garantías de gestión y transparencia reinantes en la economía del país.³⁸²

No hay que olvidar, sin embargo, que la economía rusa toma en este período un nuevo rumbo insospechado, al beneficiarse precisamente de la inestabilidad de sus regiones vecinas y adquirir un nuevo protagonismo en la producción y exportación de hidrocarburos. Dada la inestabilidad reinante en otras zonas productoras de estas fuentes de energía, y sobre todo la fuerte alza que experimentan los precios internacionales en este sector, Rusia recibirá un fuerte espaldarazo precisamente de estos recursos. Ello implicará un alivio en la maltratada economía del país, al suponer unos ingresos suculentos y preciosos en momentos tan delicados, pero sobre todo comportarán una nueva importancia del país en el escenario internacional, en que la buena relación con Rusia y la estabilidad del país tomarán una nueva dimensión con la que no contaban en los años precedentes, y que de algún modo garantizarán la presencia de Rusia en las esferas de poder internacionales por lo menos durante los frágiles años que van desde la crisis financiera de 1998 a la tercera guerra del Golfo, en 2003.³⁸³

Al lado de estas expectativas más bien negativas de la economía rusa, hay que destacar un notable deterioro de las condiciones de vida de la población rusa. Según un muy difundido artículo de Paul Kennedy,³⁸⁴ en que cita datos publicados por la ONU en *State of the World Population 2001*, la esperanza de vida de los rusos había descendido

rápido en un símbolo de la corrupción y el nepotismo de la administración rusa. Véanse PERRET, Ph., « La réforme économique en Russie : Deuxième étape de la transition », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.015, mayo de 2001, pp. 35-50; ROUSSELET, K., « Russie : crise économique, radicalisations et limogeages », en *L'État du monde 2000*, París 1999. Sobre la situación económica previa al mandato de Chubais y la extensión de la corrupción, hallamos análisis lúcidos en SAPIR, J., *Le chaos russe. Désordres économiques, conflits politiques, décomposition militaire*. Ed. La Découverte, París 1996, o TAIBO, C., *La Rusia de Yeltsin*, Ed. Síntesis, Madrid 1995.

³⁸¹ Como refleja el estudio de MARCH, J.Mª, y SÁNCHEZ, A. (eds.), *Política económica y límites institucionales en la transición rusa*. Universitat de València, Valencia, 2000.

³⁸² Véase GADDY, C.G., e ICKES, B.W., "La economía virtual de Rusia" en *Política exterior*, vol. XII, n° 66, noviembre/diciembre de 1998, pp. 59-71, o SÁNCHEZ ANDRÉS, A., *op. cit.*

³⁸³ Véase GARNETT, Sh.W., "A Nation in Search of its Place", en *Current history*, vol. 98, n° 630, octubre 1999, pp. 328-333.

³⁸⁴ KENNEDY, P. "La desaparición de Rusia", publicado en *El País*, 11 de marzo de 2002, p. 12.

drásticamente en cuatro años en tan sólo una década, hasta situarse en torno a los 57 para los varones y la población del país, de unos 145 millones de habitantes, puede descender a los 104 millones en tan sólo 50 años. Los motivos hay que buscarlos no sólo en una tendencia a la emigración, que parece haberse estancado; la realidad es más cruda: la mortalidad se ha disparado por los bajos niveles de asistencia sanitaria, por la generalización del alcoholismo y por una tendencia general a descuidar la salud, especialmente entre la población masculina; por otra parte, la mujer rusa, educada, consciente y muy independiente tras la experiencia soviética, no suele plegarse a las formas tradicionales de familia, valora sus oportunidades profesionales, retrasa el matrimonio y regula conscientemente su descendencia. Hay que tener en cuenta, además, que apenas hay trabas legales o sociales para acceder a casi cualquier método contraceptivo, pese a lo cual el aborto sigue siendo una práctica muy habitual. La sociedad rusa, envejecida y menguante, parece no tener incentivos en asegurar su propia continuidad. Es estas tendencias demográficas, una vez más, vemos reflejada la escasa confianza en el futuro de la actual generación rusa.

7.b) La crisis del 98: ¿la economía rusa toca fondo?

La crisis financiera que acabó con las esperanzas de muchos rusos de una recuperación económica, también acabó con los sueños de Yeltsin de recuperar una cierta credibilidad interna y externa. Pero la crisis tuvo un efecto, sobre todo, de revulsivo social. Para la mayor parte de la sociedad de este país supuso, simplemente, la pérdida de toda esperanza en las clases políticas y económicas en que ya se percibían como distantes de los intereses reales de la población. Se trató simplemente de una crisis cíclica propia de un capitalismo en vías de consolidación, pero afectó por encima de todo a las esperanzas de una población ya de por sí desesperada.³⁸⁵

Justamente cuando parecía que el comportamiento de la economía rusa entraba en una fase de control y moderación tras importantes políticas estabilizadoras, con una inflación alcanzada para 1997 del 11% y una redenominación del rublo (un rublo nuevo por 1.000 rublos antiguos) el uno de enero de 1998, superada aparentemente sin

³⁸⁵ Tenemos un buen análisis las causas y consecuencias de la crisis de 1998 en ASLUND, A., "Russia's Collapse", en *Foreign Affairs*, vol. 78, nº 5, set./oct. 1999.

mayores traumas, a finales de abril el Banco Central se ve obligado a subir las tasas de interés de un modo espectacular, lo que provoca una fuerte caída del rublo. La reacción de las instituciones internacionales fue variada: aunque el FMI desbloqueó su programa de préstamos de 1995, paralizado a raíz de los débiles resultados de las reformas estructurales, los países del G-7, reunidos del 15 al 17 de mayo en Birmingham, aconsejaron no comprometerse inmediatamente en un apoyo masivo a la economía rusa.³⁸⁶ A pesar de todo, el 13 de julio el FMI y el Banco Mundial anunciaban la concesión de un préstamo de 22.600 millones de dólares, que no consiguió frenar la caída de la moneda rusa.³⁸⁷ Una de las causas que provocó la crisis fue la política de endeudamiento llevada a cabo por el Estado, la presión de los grandes grupos financieros sobre la capacidad estatal ya sea en forma de gasto público, a través de un rublo excesivamente apreciado o por la adquisición de deuda pública con tipos de interés muy elevados. Esta presión sobre la capacidad financiera del Estado, a la cual no podía hacer frente por la falta de una capacidad estructural de formar un sistema impositivo realmente recaudador condujo a la crisis económica.³⁸⁸ En este periodo, la economía rusa se basaba de un modo alarmantemente extendido en el trueque, puesto que el 70% de los ingresos de las industrias se hacían por vía no monetaria, y sólo un 8% de los escasos impuestos pagados por las empresas eran efectuados en dinero.³⁸⁹ La fuga de capitales era igualmente devastadora: hacia 2000 se calculaba que una cifra de entre 150.000 y 500.000 millones de dólares habían salido de Rusia desde 1993 y el dinero seguían huyendo de dicho país a esta fecha a un ritmo de entre 1.000 y 2.000 millones de dólares mensuales, según las no demasiado pesimistas previsiones oficiales rusas.³⁹⁰

Mientras tanto, Yeltsin añadía a la crisis financiera una crisis política al intentar encontrar un primer ministro capaz de capotar el mal momento: destituido V.

³⁸⁶ No deja de ser emblemático (y paradójico) que, en la reunión de Birmingham, Rusia participa ya normalmente en la mayoría de discusiones del G-7 (que empieza a ser conocido como G-8), aunque permanece excluida de las decisiones principales económicas y financieras.

³⁸⁷ Véase GOULD-DAVIES, N. y WOODS, N., "Russia and the IMF", en *International Affairs*, vol. 75, nº 1, enero de 1999.

³⁸⁸ Véase SÁNCHEZ ANDRÉS, A., "La economía rusa: una década de transición", *op. cit.*, pp. 61-62.

³⁸⁹ Es por ello que algunos autores prefieren no hablar de crisis en 1998, porque se trataría, simplemente, de la agudización de una crisis de rasgos estructurales. Véase LATSIS, O., "Rusia: de crisis en crisis", en *Anuario internacional CIDOB 1998*, Barcelona 1999, pp. 277-289.

³⁹⁰ Según cifras que hallamos en SÁNCHEZ ANDRÉS, *op. cit.*, y que coinciden con las que aporta ORTEGA, A., en *Horizontes cercanos. Guía para un mundo en cambio*, ed. Taurus, Madrid 2000, 00. 173-174.

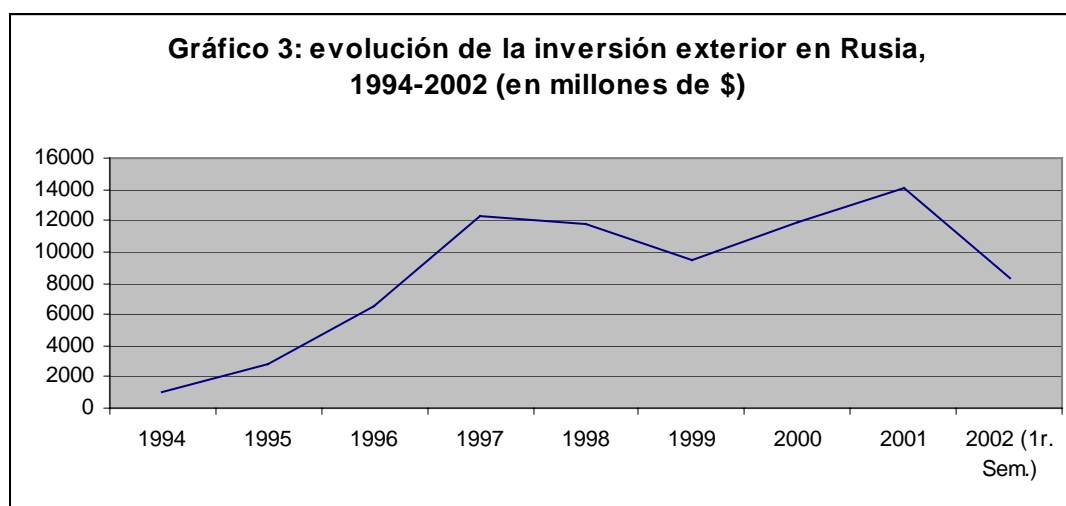
Chernomirdin (23 de marzo), el sucesor de Chubais, la *Duma* rechaza por dos veces al candidato propuesto, S. Kirienko, hasta que se ve obligada a aceptarlo bajo amenaza de disolución de la cámara, el 24 de abril. Cuando Yeltsin lo destituye ante el agravamiento de la crisis económica, el 23 de agosto, la *Duma* se opone al retorno de Chernomirdin y acaba aprobando el nombramiento como primer ministro de E. Primákov. La crisis política, con un trasfondo de un estado de salud cada vez más grave de Yeltsin, se remonta con grandes dificultades, pero la crisis financiera hace que se desvanezcan las esperanzas en una recuperación rápida de la economía rusa, paraliza la inversión extranjera en el país³⁹¹ y crea serias dudas sobre la gestión de la ayuda y los préstamos internacionales. Si los organismos financieros internacionales quedan desilusionados ante las políticas económicas rusas, la clase política y la opinión pública rusas se resenten de un modo creciente de este nuevo clima de desconfianza.³⁹²

Uno de los efectos inmediatos de la crisis financiera rusa es el pánico que se percibe en los medios financieros internacionales sobre la gravedad de la situación, tras la suspensión de pagos de la deuda exterior. Si, como hemos visto, las instituciones financieras reaccionan con agilidad y mantienen su apoyo a la estabilidad económica del país, no se puede decir lo mismo de la inversión privada, ya resentida de las dificultades de actuación en un país como Rusia, poco acostumbrado al fomento de la inversión extranjera y con numerosas dificultades administrativas y de corrupción. La crisis de 1998 será una nueva dificultad objetivamente, pero también será la excusa perfecta que buscaban numerosas empresas poco satisfechas con el nivel de rendimiento de sus inversiones en Rusia para dar por terminada esta aventura y se retiren del país.³⁹³ El gráfico siguiente refleja el receso experimentado a raíz de la crisis por la inversión exterior en Rusia, así como su lenta recuperación en los años siguientes.

³⁹¹ Sobre las dificultades que hallan la inversión y la cooperación occidentales en Rusia tenemos un claro ejemplo en LANDA, J. *et. al.*, "El sector agroalimentario en la Federación Rusa y la experiencia española en el proyecto Enter", en *Economía exterior* nº 4, primavera de 1998, pp. 107-105.

³⁹² Véase ZLOTOWSKI, Y., « L'Économie et la société russes après le choc d'août 1998 : rupture ou enlèvement », en *Les études du CERI* nº 51, París 1999.

³⁹³ Como se ilustra en MILLAR, J.R., "The De-development of Russia", en *Current history*, vol. 98, nº 639, octubre de 1999, pp. 322-327.



Fuente: http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/sit.htm, basado en datos de *The Russian State Statistics Comité*.

Esta crisis tiene consecuencias graves en la esfera social y política rusa. Esta situación de depresión prolongada tuvo su máxima expresión en la crisis financiera de 1998; ese año la inflación fue del 27,6%, el rublo perdió el 72% de su valor y los salarios reales descendieron un 43% entre julio de 1998 y el marzo siguiente.³⁹⁴ En 1999 el paro registró su máximo nivel, con un 14,1% de la población laboral desempleada; el mismo año se calculaba que el 39,1% de la población rusa sobrevivía con unos ingresos inferiores al salario de subsistencia. La crisis de 1998 representa la culminación de un proceso de receso económico que, en realidad, se vivía desde la *perestroika* y que, visto en perspectiva, no representa sino un empeoramiento de unas condiciones de vida precarias ya existentes a lo largo de todo el período soviético. Pero en la nueva Rusia este proceso viene acompañado de un desconcierto ideológico y social y de una sensación acuciante de desamparo por parte del Estado y de la propia sociedad.

En los años siguientes, a pesar de los síntomas de recuperación, Rusia seguirá mostrándose como un país inestable, no equiparable en absoluto a las democracias occidentales y que difícilmente inspira confianza a sus vecinos. La crisis económica no ha abandonado a Rusia en ningún momento. Con una deuda exterior total de 142.200 millones dólares en 2000,³⁹⁵ Rusia está muy lejos de ser un país autosuficiente. Las

³⁹⁴ Datos extraídos de <http://www.recep.org>, página web de la fundación *Russian Economic Trends*.

³⁹⁵ Según datos del BERD extraídos de *L'état du monde 2002*, p. 553.

condiciones de vida, por otra parte, se han deteriorado enormemente: el paro, que no cesa de crecer, se situó en marzo de 1999 en el 14,1%, los salarios reales descendieron un 43% entre julio de 1998 y el marzo siguiente, en 1998 el rublo perdió el 72% de su valor y la inflación fue del 27,6%.³⁹⁶ Los indicadores sociales han alcanzado también datos alarmantes; la esperanza de vida se ha reducido de un modo alarmante, y la demografía se ha estancado, con una clara tendencia a menguar, desde la independencia.³⁹⁷

En la arena política, ya hemos visto cómo se produce un nuevo enfrentamiento entre Yeltsin y la *Duma* a raíz de los cambios propuestos por el Presidente para el cargo de primer ministro, que son sucesivamente rechazados por una mayoría parlamentaria de comunistas y nacionalistas. El resultado final de este enfrentamiento fue una nueva imposición del primer ministro, pero en esta ocasión con los papeles invertidos, ya que era un debilitado Yeltsin el que se vio obligado a aceptar el nombramiento, en septiembre de 1998, del hasta entonces ministro de Asuntos Exteriores, E. Primákov, que contaba con las simpatías del Partido Comunista.³⁹⁸ La situación que se produce en aquel momento era extremadamente anómala, puesto que el nuevo primer ministro, que goza del favor de una frágil mayoría parlamentaria, se halla directamente enfrentado al Presidente, e incluso llegó a formar un gabinete que podríamos definir como de oposición. Las fuerzas parlamentarias, envalentonadas ante su éxito inicial, llegaron a proponer a principios de 1999 un proceso de encausamiento o *impeachment* contra Yeltsin, valiéndose de serias acusaciones en que se acumulaba todo el resentimiento de la sociedad rusa hacia el poder: genocidio contra el pueblo ruso, disolución de la URSS, hundimiento del ejército y del complejo militar-industrial, asalto del Parlamento en 1993 y responsabilidad en los excesos y las nefastas consecuencias de la guerra de

³⁹⁶ Datos extraídos de <http://www.recep.org>, página web de la fundación Russian Economic Trends, citada más arriba.

³⁹⁷ La demografía resulta uno de los aspectos más preocupantes de la actual crisis rusa, y uno de los que más lamentos provoca entre la población y entre la clase intelectual de este país. A pesar de haber recibido la “repatriación” hasta 1997 de cerca de tres millones de rusos del Cáucaso, el Báltico y Asia central, la población de Rusia se ha estancado por debajo de los 145 millones de habitantes, con tendencia a disminuir. Las causas hay que buscarlas sobre todo en la emigración hacia Europa occidental y Estados Unidos, sin descartar la responsabilidad de la mengua en las condiciones de vida, lo cual tiene que mostrar sus resultados sobre todo en los próximos años; véase, al respecto, el artículo de KENNEDY, P., *La desaparición de Rusia*, *op. cit.* Sin embargo, es frecuente el discurso lastimero y victimista de los sectores ultramontanos rusos que denuncian la amenaza que supone para la continuidad del pueblo ruso el agravamiento de las condiciones económicas básicas, del sistema sanitario y el brusco incremento de suicidios (véase, por ejemplo, SOLZHENITSIN, *op. cit.*).

Chechenia de 1994-96.³⁹⁹ La crisis de todo orden que vivía el país y que azuzaba a la sociedad contra el Presidente, así como la rara unidad entre las fuerzas parlamentarias hacían posible una victoria del proceso iniciado, pero la proximidad de las elecciones parlamentarias y nuevas divisiones entre las fuerzas parlamentarias forzaron a sucesivos aplazamientos de la votación, que finalmente no llegó a celebrarse. Primákov había manifestado su neutralidad en este proceso de inculpación contra la presidencia (al fin y al cabo, él también había ejercido su ministerio con Yeltsin, por lo que compartía algunas de sus responsabilidades), pero su postura de firmeza ante el Kremlin y su recorrido político nacionalista y populista le valió un fuerte aumento de popularidad ante el desgaste de la figura presidencial. Ello llevó a Yeltsin a prevenir futuras competencias, a destituirlo de su cargo en mayo de 1999, nueve meses después de su investidura, y sustituirlo por el ministro del Interior, S. Stepashin, casi un desconocido. Sin embargo, este apático político no supo marcar una diferencia notable con la línea de su antecesor y fue la víctima propicia para la purga que desencadenó, el mes de agosto siguiente, la oleada de atentados en las ciudades rusas que fue oficialmente atribuida a guerrilleros chechenos.⁴⁰⁰ El sustituto de Stepashin fue un discreto y poco conocido funcionario sanpetersburgués llamado Vladimir Putin.⁴⁰¹

La crisis de 1998 supone un fuerte movimiento político en Rusia. La presidencia de Yeltsin había sobrevivido hasta el momento una serie de reveses, como la toma de la Duma en 1993 o la derrota de Chechenia en 1996, con mayor o menor fortuna, pero la crisis económica, al arruinar las expectativas de millones de pequeños ahorradores rusos y, en general, la esperanza de una recuperación del país, solivianta a la sociedad de este país contra una administración que consideran corrupta y antipatriótica. Yeltsin se convierte en la cabeza de turco que necesita una sociedad hastiada y una clase política radicalizada ante la incapacidad de tan larga presidencia para devolver la normalidad al orgullo nacional de Rusia y al bienestar cotidiano de sus ciudadanos. El propio estado físico del presidente, cada vez más debilitado y con muestras de cada vez más frecuentes desvaríos en la actitud personal, incluso en actos oficiales, atribuibles a

³⁹⁸ Véanse los acontecimientos en detalle en VALÈNCIA i MONTES, L.X., “Presidente y Parlamento en Rusia: un decenio de tensas relaciones”, *op. cit.*, pp. 45-46.

³⁹⁹ Véase ROUSSELET, K., « Russie : crise économique, radicalisations et limogeages », *op. cit.*, pp. 565-572.

⁴⁰⁰ VALÈNCIA i MONTES, L.X., *op. cit.*, p. 46.

⁴⁰¹ PALACIOS, J.-M., “Un ensayo de periodificación de las transiciones soviética y yugoslava”, en FLORES JUBERÍAS, C. (coord), *op. cit.*, vol. 2º, pp. 257-268.

excesos étlicos, se convierte en una metáfora de la decadencia de su figura política e incluso del declive de la propia Rusia. La popularidad de Yeltsin se encuentra bajo mínimos: según una encuesta realizada por el instituto *Romir* a fines de 1999 en cuarenta regiones de Rusia,⁴⁰² el presidente contaba con un fervor popular de cerca del 6% de la población contra el 92% que desaprobaba su gestión, mientras que aproximadamente el 60% de los encuestados se declaraban a favor de un golpe de Estado “del Ejército, el Ministerio del Interior y los servicios secretos” que restableciese el orden y devolviese a Rusia la posición que le correspondería en el mundo, frente al 20% que no lo apoyaría y un 8% que se opondría.⁴⁰³

Al mismo tiempo, el resentimiento ruso tiene claras concomitancias nacionalistas y antioccidentales. En la misma encuesta que se ha citado más arriba, un abrumador 41% de los respondientes considera que Occidente “intenta convertir a Rusia en un país del Tercer Mundo”, y un 37% piensa que “Occidente intenta disolver y destruir Rusia”, mientras que sólo un 11% cree que los países occidentales “apoyan política y económicamente a Rusia” y un tímido 3% defiende que “Occidente ayuda a que Rusia sea un país civilizado y desarrollado”.⁴⁰⁴ La desconfianza de los rusos hacia Occidente, con hondas raíces tradicionales y estimulada por la precaria situación en que vive el país desde la disolución de la URSS, vive un auge espectacular en los últimos años de presidencia de Yeltsin, a quien se considera un títere de los intereses occidentales y, fundamentalmente, un traidor al pueblo ruso, al que habría vendido a los intereses estratégicos occidentales para lucrarse personalmente y promocionarse políticamente. Los movimientos políticos y sociales nacionalistas y revanchistas, vinculados al comunismo nostálgico, al eurasianismo o a un nacionalismo amorfo y populista, se extienden por el país y representan un estado de malestar ampliamente compartido en una sociedad sin grandes valores. Únicamente la desunión de los líderes opositores y de sus partidos, así como la desconfianza general de la sociedad hacia la clase política, sin distinciones, evitará la formación de un bloque opositor con capacidad

⁴⁰² Citado por POCH, R., en el artículo “Rusia se enroca. Kosovo y la crisis económica provocan una nueva hostilidad hacia occidente”, publicado en *La Vanguardia*, 12 de diciembre de 1999, sección “Revista”, pp. 14-15.

⁴⁰³ La falta de confianza en la Presidencia lleva a un callejón sin salida al propio Estado, que no halla salidas al descrédito de la clase política, lo que se traduce en frecuentes propuestas de reforma política destinadas, infructuosamente, a conformar una sociedad inquieta. Véase al respecto HERD, G.P., “Russia: Systemic Transformation or Federal Collapse?”, en *Journal of Peace Research*, vol. 36, nº 3, 1999, pp. 259-269.

⁴⁰⁴ *Ibidem*.

real de desbancar al Presidente de su puesto, del mismo modo que fracasa el proceso parlamentario interpuesto contra Yeltsin.⁴⁰⁵ Por otra parte, Yeltsin ejerce un fuerte control sobre los medios de comunicación a través de las concesiones repartidas a personas de su confianza política o de su entorno íntimo, generando un núcleo de poder permanentemente retroalimentado y cada vez más distanciado de la voluntad popular.⁴⁰⁶ La certidumbre de una imposibilidad de ser reelegido en las elecciones previstas para principios de 2000, junto con el progresivo deterioro de la salud de Yeltsin, llevan al mismo a precipitar una sucesión casi vertiginosa en la personalidad de su flamante primer ministro, Putin.

7.c) Tímidos signos de recuperación. El papel del petróleo.

Ante la precariedad de la recuperación productiva de la industria rusa y la franca crisis de su sector agrario, la economía del país se ha decantado por un valor tan seguro como es la exportación de hidrocarburos. Dicho sector ha aumentado su valor estratégico a raíz de la evolución política internacional en los años noventa a causa del incremento de tensión entre Occidente y diversos puntos de Oriente Próximo y Medio, lo cual ha favorecido la posición rusa como punto de origen (o de control, en el caso del gas centroasiático) de las fuentes de energía que precisan Europa y Estados Unidos, así como en el caso del petróleo de otros orígenes gestionado por compañías energéticas rusas.⁴⁰⁷ En el año 2000 Rusia era el principal productor de gas natural del mundo, con

⁴⁰⁵ Sobre el apoliticismo social ruso de la época y la creación de un abismo entre la sociedad y la clase política rusa, véase DE ANDRÉS SANZ, J., “Partidos, sistema de partidos y cultura política en la nueva Federación Rusa” en FLORES JUBERÍAS, C. (coord), *op. cit.*, vol. 1º, pp. 31-48.

⁴⁰⁶ Véase, a este respecto, GRAHAM Jr., T.E., “The Politics of Power in Russia”, en *Current history*, vol. 98, nº 630, octubre de 1999, pp. 316-321.

⁴⁰⁷ Es el caso paradigmático del petróleo iraquí, exportado durante el embargo impuesto por Naciones Unidas a través del programa de dicho organismo “Petróleo por alimentos”, y que benefició particularmente a compañías rusas. Así, entre las principales compañías extranjeras que explotaban yacimientos petrolíferos en Iraq antes de la Tercera Guerra del Golfo, hallamos las rusas Lukoil (explotaba el yacimiento de West Qurna II, el de principal producción del país, con cerca de un millón de barriles diarios), Tatneft (en el yacimiento Saddam, al norte del país, el cuarto por su producción, con unos 300.000 barriles diarios de producción, y en Rumailia Mishrif Norte, al sur de Irak, el sexto del país, con cerca de 250.000 barriles diarios), Mashinoimport (en Rumailia Mishrif Sur, el séptimo del país por su producción, también con unos 250.000 barriles diarios), Zarubezhneft (en West Qurna I, el décimo yacimiento iraquí, con unos 200.000 barriles diarios), Stroyexport (que explotaba, junto con la compañía Bow Canada, los yacimientos de Khurmala, el 14º en Irak, con una producción de 100.000 barriles diarios y de Hemrin, el 19º, con 60.000 barriles diarios de producción), Slavnet (en Saba Luhais, el 15º yacimiento iraquí, también con unos 100.000 barriles diarios de producción) y Bashneft (en West Qurna DS 6, el 18º yacimiento del país, con unos 65.000 barriles diarios). En su conjunto, estas siete compañías rusas extraían, solas o en alianzas internacionales, cerca de la mitad de la producción probada iraquí de

el 23,3% del total, y el tercer productor de petróleo bruto (tras Arabia Saudí y Estados Unidos), con el 9% de la producción mundial.⁴⁰⁸ Estas exportaciones se dirigen prioritariamente hacia la Unión Europea, que se ha convertido en el principal socio comercial de Rusia. El peso de los hidrocarburos en el comercio exterior ruso, y muy particularmente en los intercambios con la Unión Europea, condiciona fuertemente la actitud política de los dirigentes rusos hacia Occidente, al mismo tiempo que concede a Rusia un instrumento valioso para estabilizar sus relaciones con los países consumidores de productos energéticos, como veremos más adelante en este mismo capítulo.

Por supuesto, el hecho de haber quedado relegada a un papel de exportador de materia prima no fue fácilmente asimilado por la que fue una gran potencia industrial, y supone una pérdida simbólica sólo asumida por la población y por la clase política como el precio necesario a pagar para salir de una profunda crisis que dañaba a la propia estabilidad social. Más traumático ha resultado para Rusia tener que recurrir a la ayuda internacional, lo que ha debido aceptar incluso antes de la disolución de la URSS. El programa TACIS, creado por la UE para canalizar la asistencia técnica y económica hacia los países de la antigua Unión Soviética, ha destinado a Rusia entre 1991 y 2001 un total de 1.489 millones de euros en concepto de Programas de Acción Nacional, y 890 millones de euros en concepto de programas regionales. Entre ayudas del Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras ayudas y créditos occidentales Rusia ha recibido casi 30.000 millones de dólares. Y es poco probable que en los próximos años Rusia pueda prescindir de estos tipos de ayuda, puesto que los medios de producción todavía se hallan en un proceso de adaptación y reconversión, y la deuda externa alcanza unas dimensiones preocupantes, al haber llegado en 2000 a los 173.900 millones de dólares. La nueva marginalidad de la economía rusa, en tanto que receptor de ayuda

petróleo antes de la guerra, lo cual nos da claras indicaciones del por qué de la actitud de Rusia durante este conflicto de 2003 (datos extraídos de GUALDONI, F., “24 petroleras se disputan el crudo iraquí”, en *El país* de 23 de febrero de 2003, p. 57).

⁴⁰⁸ Estos datos y la mayor parte de los que vienen a continuación, salvo indicación contraria, han sido extraídos de *L'état du monde 2002* (y ediciones anteriores, Éd. La Découverte, París 2001) y de http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/, y se encuentran analizados en SERRA, F., “La dimensión este de la UE: políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia”, *op. cit.*, pp. 174-181, así como en SERRA, F., “Rusia: una lejanía acentuada”, en BARBÉ, E. (coord.), *España y la política exterior de la UE. Entre las prioridades españolas y los desafíos del contexto internacional*. Quaderns de Treball IUEE, Barcelona 2002 (pp. 113-126)

internacional y exportador de hidrocarburos, es un hecho poco agradable, pero que los rusos han debido aceptar como modo de subsistir y de reactivar su economía.⁴⁰⁹

Si los años de la era Yeltsin (1990-2000) han supuesto para Rusia los de una incierta recuperación y de la desprotección económica, el nuevo siglo arrancó con buenas expectativas bajo el más popular y aparentemente firme mandato de Putin. Tras la grave crisis financiera de 1998 la devaluación del rublo, que hizo aumentar la demanda de producción local, una serie de políticas macroeconómicas de estabilización acertadas y, sobre todo, un inesperado aumento en los precios internacionales de los productos energéticos llevaron a una rápida e inopinada recuperación económica. Ya en 1999 el PNB se reavivó con un crecimiento superior al 5% que se ha estabilizado tras un repunte, en 2000, que llegó al 8,3%, al que siguió un descenso relativo atribuible a las oscilaciones en el precio internacional de los combustibles. La estabilidad política en Rusia, el creciente papel de sus hidrocarburos en la economía internacional y la lenta, pero cada vez más consolidada, recuperación de su industria permiten prever una estabilización en el crecimiento de la economía del país, pero la excesiva dependencia en la exportación de materia prima energética aporta un elemento de fragilidad preocupante para un país de las dimensiones territoriales y demográficas de Rusia, y que debería corregirse rápidamente diversificando su economía y, sobre todo, haciendo que los inversores internacionales retomen la confianza sobre sectores económicos no exclusivamente energéticos.⁴¹⁰

Sin embargo, hay que recordar que la recuperación económica de Rusia es extremadamente frágil. Y ello no se debe únicamente a la delicada situación que supone la dependencia respecto a un único sector básico de la producción como son los hidrocarburos, sujeto a las demandas de los consumidores y al precio internacional de los mismos, sino también a la calidad del mismo. El petróleo extraído de suelo ruso o el explotado por compañías rusas en territorios del antiguo espacio soviético, como el del Caspio, no es de la mejor calidad, comparado con los de Oriente Medio u otras zonas

⁴⁰⁹ Las paradojas que debe enfrentar Rusia en su transición al capitalismo incluyen, a menuda la coexistencia de características de potencia industrial con las de un Estado semicolonial. Véase HANSON, S., "The dilemmas of Russia's Anti-revolutionary Revolution", en *Current history*, vol 100, nº 648, octubre de 2001, pp. 330-335.

⁴¹⁰ Acerca de las diversas y poco fructuosas reformas económicas rusas en los últimos años de Yeltsin, véase CROSNIER, M.-A., « Réformes économiques en Russie : des dérapages à l'embarquée », en *Le courrier des pays de l'Est* nº 1.004, abril de 2000, pp. 39-55.

petrolíferas como el Caribe. Su extracción es sumamente costosa, hasta el punto que se calcula que si el precio internacional del petróleo cae por debajo de los 21,6 dólares por barril Brent, la exportación de petróleo ruso no sería rentable. Ello puede ayudarnos a explicar el salto cualitativo que da la exportación petrolífera rusa en el conjunto de la economía de este país a partir de fines de 2000, cuando el agravamiento de la crisis en Oriente Próximo hace que este precio internacional se dispare y cruce esta barrera para situarse cercana a los 30 dólares, nivel que no abandonaría los años siguientes hasta la intervención estadounidense y británica en Irak de 2003.⁴¹¹ Y nos ayuda a explicar también el pánico que existe en los medios económicos rusos a fines de 2002 y principios de 2003, ante la perspectiva que una guerra en Irak liberalizase la exportación de crudo de este país y provocase una caída en picado del precio del petróleo, caída que se especulaba que podría situar dicho precio sobre los diez dólares por barril, lo cual arruinaría las posibilidades de exportación de petróleo ruso y, por lo tanto, limitaría sobremanera la capacidad de recuperación de la economía rusa en un momento tan delicado.

En este contexto de importancia estratégica que adquiere una actividad económica clave como es la producción y distribución de los recursos energéticos, una estabilidad perdurable de las vías de abastecimiento de los hidrocarburos se convierte en una prioridad nacional. En este sentido, podemos encontrar algunas tendencias básicas de este período de la historia de Rusia que condicionan gravemente las relaciones de este país con sus vecinos, tanto de la CEI como de fuera de este marco, tendentes siempre a condicionar y controlar el flujo de los recursos energéticos manejados por empresas rusas hacia Occidente. De estas tendencias podríamos resaltar tres que podemos considerar esenciales en la política exterior rusa:

- la estabilidad en el Cáucaso norte, vía de paso privilegiado del petróleo del Cáucaso y del gas de Asia central hacia Occidente por vía de territorio ruso;
- el mantenimiento de la precariedad en el Cáucaso sur; en el caso de alcanzar una solución duradera a los conflictos de Nagorni-Karabaj, Abjazia y Osetia meridional, la estabilidad regional favorecería la opción Sur u opción turca para la salida de estos recursos hacia el puerto turco de Ceyhan, en detrimento de los intereses rusos. No es casualidad que sean precisamente tropas rusas las

⁴¹¹ Según reflejan las estadísticas aportadas por <http://www.bloomberg.com>.

que garantizan el mantenimiento del alto el fuego (y de la tensión) en estas regiones.⁴¹²

- La presión sobre Ucrania para mantener este país como vía de paso obligatorio de los hidrocarburos rusos hacia Occidente. Cabe recordar la crisis ruso-ucraniana que presidió la deuda energética de Kíev hacia las empresas rusas, parcialmente resuelta en 1995 con el acuerdo por el cual Ucrania cedía buena parte de la Flota del mar Negro a cambio de una fuerte cancelación de dicha deuda.⁴¹³ Tras esta crisis, que no acabó de resolver la deuda ucraniana con Rusia a causa de la prolongada crisis económica de Kíev y su escasez de recursos energéticos, un nuevo episodio de tensión se reprodujo en el área cuando el líder ucraniano L. Kuchmá se escudó en la imposibilidad de desabastecer a Ucrania de energía porque era región de paso de los oleoductos y gasoductos rusos hacia Occidente. Con la complicidad de Belarús y la anuencia final de Polonia (que traicionaba así una incipiente alianza Kíev-Varsovia), el Kremlin proyectó e inició la construcción de vías de abastecimiento alternativas que rodearan a Ucrania por el Norte, lo que acabó de reducir las esperanzas ucranianas de mantener alguna presión hacia Moscú y rindió definitivamente al país al área de influencia rusa.⁴¹⁴

El nuevo posicionamiento ruso en cuanto a la economía internacional y las implicaciones geoestratégicas del mismo obligan a un replanteamiento de las alianzas de Rusia con su entorno y, más concretamente, de los lazos establecidos en el marco de la Comunidad de Estados Independientes, área de influencia directa de este Estado ampliamente reconocida y consentida por las potencias occidentales y por las organizaciones internacionales, como hemos visto más arriba (caps. II y IV de este trabajo). Vemos en detalle como se configura en esta etapa dicha organización, que habíamos dejado durante la crisis de Chechenia estancada en su incapacidad de consolidarse ante la pugna entre un centro no cohesionado y una periferia conformada por unas nuevas repúblicas independientes deseosas de solidificar sus realidades estatales.

⁴¹² Véase DOLAY, N., « Grandes manoeuvres pétrolières dans le Caucase », en *Le Monde Diplomatique*, julio 1995, o SCHILLING, W., “The Return of Geopolitics in the Caucasus and Central Asia”, en *Aussenpolitik* n° 2, 1998.

⁴¹³ Véase SMOLANSKY, O., “Ukraine’s Quest for the Independence: the Fuel”, *op. cit.*

⁴¹⁴ Véase DAVIDOV, Y., “Russian Security and East-Central Europe”, *op. cit.*

7.d) La CEI y sus nuevas orientaciones

El prolongado itinerario de la CEI desde su creación hacia una incierta consolidación arrastra a esta organización internacional durante su primera década de historia a través de innumerables reuniones, debates y, sobre todo, proyectos que no logran ser aprobados o llevados a la práctica por la falta de interés de sus Estados miembros en renunciar a su soberanía por reforzar una coordinación que recordaba demasiado a la extinta URSS, de nefasto recuerdo, o a los intereses de una Rusia obcecada en restaurar un área de influencia que considera como propia.⁴¹⁵ La debilidad de Rusia en este período y, más concretamente, la crisis política de Chechenia de 1994-96 y la económica de 1998 dificultaron la recuperación de un centro unificador en Moscú que se convirtiese en una referencia para todo el espacio exsoviético. Al mismo tiempo, cabe tener en cuenta las graves crisis económicas que vivían los otros países, junto con el mantenimiento de las crisis bélicas iniciadas con el derrumbe de la URSS y con unas transiciones políticas protagonizadas por líderes personalistas o populistas que tuvieron como consecuencia la consolidación de regímenes autoritarios y presidencialistas en Europa oriental y en el Cáucaso o directamente de dictaduras en el caso de Asia central.⁴¹⁶ Todo ello lleva a un estancamiento económico y político de estos países que se están consolidando pero que no consiguen escapar a la influencia de una Rusia confirmada internacionalmente como la potencia regional con capacidad y derecho de liderar el área que había ocupado la Unión Soviética.⁴¹⁷

Ante la reticencia o la directa animadversión de varios países de la CEI, liderados por Ucrania, para contribuir a la consolidación de una organización estable y poderosa, Rusia opta por crear una serie de alianzas asimétricas con los países mejor dispuestos a participar en sus proyectos prescindiendo de los más reacios y contribuyendo a crear una red compleja de tratados en el marco extenso de la

⁴¹⁵ Sobre la frustración de las primeras expectativas rusas de consolidación de un espacio propicio a sus intereses en la CEI, véanse SANDAHL, E., « La CEI : attentes et réalités », o IGRITSKI, Y., « La CEI : un pari impossible? », en *Le Courrier des pays de l'Est*, nº 397-398, marzo-abril 1995.

⁴¹⁶ Véase BEISSINGER, M., “Elites and Ethnic Identities in Soviet and Post-Soviet Politics”, *op. cit.*, pp. 141-169; WERNING RIVERA, Sh., “Elites in post-Communist Russia: a Changing of the Guard?”, en *Europe-Asia studies*, vol. 52, nº 3, mayo de 2000, pp. 413-432.

Comunidad con el objetivo de crear embriones de uniones sectoriales que puedan ir extendiéndose a los demás miembros de la misma y de mantener bajo la influencia rusa, en diferentes ámbitos, al máximo número de Estados.⁴¹⁸

De esta red de tratados bilaterales y multilaterales destacan únicamente por su carácter ambicioso y realista los que firma Rusia con Belarús, sobre todo, a los que ocasionalmente se incorporan Kazajstán y Kirguizistán y que consolidan una unión aduanera entre estos cuatro Estados, además de intensificar la cooperación en los ámbitos económico y de los derechos humanos entre estos países. La empatía entre una Belarús abiertamente rusófila y una Rusia que busca desesperadamente la materialización de un área de influencia internacional tiene unos resultados sorprendentes y paradójicos. Por una parte, el espeso entramado de tratados existentes entre ambas repúblicas lleva a la concreción de un proyecto más ambicioso a partir de la primavera de 1997, la creación de una Unión formada por los dos Estados; este proyecto de unión, todavía muy indefinida en su alcance final, ha sido utilizado profusamente por Moscú y Minsk como amenaza latente que ha recibido fuertes impulsos coincidentes con dos grandes crisis de confianza con Occidente, durante la crisis de Kosovo de 1999 y durante la segunda guerra de Chechenia, en 1999-2000.⁴¹⁹ Por otra parte, la intensificación de dichos contactos bilaterales ha aumentado la desconfianza del resto de socios de la CEI hacia Rusia y sus intereses por liderar la Comunidad, hecho que da lugar, a partir de 1997, a una nueva crisis, más profunda, dentro de la CEI, que impide su consolidación y cuestiona gravemente su viabilidad. El estancamiento institucional de la Comunidad estalló durante la cumbre de Chisinau (Moldova) en noviembre de ese año, en que un largo y agrio debate sobre el funcionamiento de la organización parecía haber llevado a una revitalización de la CEI.⁴²⁰ Paradójicamente, la reunión de Chisinau, que debía haber aprobado un documento sobre Concepción de Seguridad Colectiva propuesto por el Consejo de Jefes de Gobierno y el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores en enero de 1997, fue testigo de un largo y agrio debate sobre la

⁴¹⁷ Véase en relación a ello GOLLIET, J., « La CEI : recomposition, nouvelle communauté ou nouvel empire? », en *Relations Internationales et Stratégiques* nº 13, primavera 1994.

⁴¹⁸ Véase al respecto RODRÍGUEZ AGUILERA DE PRAT, C., “Rusia y la CEI: ¿Relaciones de política exterior o interior?”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* nº 42, sept. 1998, pp. 7-20.

⁴¹⁹ Sobre el alcance real de este proyecto de unión, véase RONTROYANNI, C., “Belarus and Russia: Ever Closer Allies?”, en LEWIS, A. (ed.), *The EU & Belarus. Between Moscow and Brussels*. The Federal Trust, Londres 2002, pp. 199-214; la autora considera este proyecto político como un simple instrumento de presión hacia el exterior y una propuesta demagógica hacia el interior.

⁴²⁰ Véase WEBBER, M., *CIS Integration Trends, Russia and the Former Soviet South*, op. cit.

inutilidad de las tareas realizadas hasta el momento por los órganos de la CEI, con lo que, lejos de aprobar ningún documento o resolución, fue convocada una cumbre extraordinaria para enero siguiente. Dicha cumbre fue pospuesta dos veces hasta su materialización, el 29 de abril de 1998, en la que la tensión de Chisinau se había rebajado notablemente. A pesar de ello, se decidió convocar nuevos foros y cumbres en los meses siguientes con el objetivo de reforzar la Comunidad, que estaría centrada a partir de estos debates en la cooperación económica, mientras que no abordaba prácticamente los temas de seguridad, mucho más delicados de aceptar por los miembros más reacios.⁴²¹

Sin embargo, ni el Foro Interestatal Especial para la Reforma de la CEI convocado para los días 15 y 16 de setiembre de 1998 ni la cumbre de abril de 1999, que había pretendido centrar en la economía la función básica de la CEI,⁴²² han conseguido animar el funcionamiento de una organización viciada por numerosas desconfianzas y en la que priman los procesos centrífugos de construcción nacional vigentes en todas las repúblicas, incluida Rusia, sobre las tendencias centrípetas unitarista. Ni siquiera ha podido implementarse la zona de libre comercio aprobada en 1993, entre otras cosas porque ninguno de sus firmantes (ni siquiera Rusia, que debería ser su principal beneficiario) la ha ratificado.⁴²³ En cuanto al Tratado de Bishkek de 1992, del que formaban parte todos los Estados de la CEI y que debía garantizar la libre circulación de personas en su espacio, entró en crisis cuando Rusia, junto con Kazajstán y Uzbekistán, lo abandonaron en 2000, acabando así con lo que había sido el instrumento más eficaz hasta la fecha de la Comunidad.⁴²⁴ Únicamente parece haber dado muestras de dinamismo y pragmatismo la Unión Aduanera parcial establecida en

⁴²¹ Véase MOZAFFARI, M. (ed.), *Security Politics in the Commonwealth of Independent States. The Southern Belt*. McMillan Press, Londres 1997.

⁴²² La Unión con Belarús suscita una grave desconfianza en Occidente no sólo por el reforzamiento que podría suponer de Rusia y de sus posiciones más expansionistas, sino por el tono claramente autoritario y antioccidental del presidente belorruso A. Lukashenka, que ha protagonizado diferentes incidentes diplomáticos y que ha sido condenado reiteradamente por organismos internacionales por su actitud contraria al respeto a los derechos humanos. A lo largo de 1999 avanzaron considerablemente las conversaciones bilaterales para la Unión entre Rusia y Belarús, que habían de haber culminado en un doble referéndum y la creación de instituciones comunes a finales de 1999, pero la desconfianza de los sectores más liberales de Rusia y las presiones de Occidente al respecto han ido prolongando el proceso *sine die*. Por otra parte, la falta de empatía entre Lukashenka y Putin y las importantes diferencias entre las perspectivas de ambos líderes sobre la unión proyectada han paralizado cualquier movimiento en este sentido desde la elección del nuevo presidente ruso. Véase "Belarus: The Long Road to the Union", en *Russia Today* n° 127, 16 de noviembre de 1999.

⁴²³ Véase ARREGI, M., *op. cit.*, pp 190-191.

⁴²⁴ Véase *Anuario Cidob 2001*, Barcelona 2002, pp. 268-269.

1995 entre Rusia, Belarús, Kazajstán y Kirguizistán, a los cuales se añadió Tayikistán en febrero de 1999. Esta Unión Aduanera se transformó en Comunidad Económica Eurasiática (CEE) en 2001. Tal vez sea más significativo el eje de seguridad creado alrededor del Tratado de Seguridad Colectiva (TSC, más conocido como Tratado de Tashkent) en 1992, y que agrupa a los cinco países de la CEE más Armenia. Georgia y Azerbaiyán formaron parte de esta organización entre 1993 y 1999, año en que se retiraron.⁴²⁵ El hecho de que el TSC incluya en sus cláusulas la asistencia mutua en caso de agresión añade un elemento de incertidumbre a la situación en el Cáucaso, ante la eventualidad de un rearme ázeri para recuperar el control de Nagorni-Karabaj, en una coyuntura en que Armenia ha perdido capacidad económica y defensiva para mantener su presencia en territorio de Azerbaiyán.

A este complejo organigrama podemos añadir una cierta tendencia de los países opuestos a una excesiva influencia de Rusia dentro de la CEI (y, por tanto, al reforzamiento de la propia CEI) a organizarse dentro de la Comunidad. El principal fruto de esta tendencia es la creación en 1997 del llamado grupo GUAM, acrónimo constituido por las siglas de sus componentes: Georgia, Ucrania, Azerbaiyán y Moldova, a los que se añadió entre 1999 y 2001 Uzbekistán, que añadió una segunda U al acrónimo de tan heterogénea alianza. Del mismo modo, cabe indicar el frecuente cambio de alianzas motivado por los distintos posicionamientos de países no orientados de un modo sólido hacia una tendencia u otra dentro de la CEI, lo cual produce una cierta flexibilidad en estas alianzas. De este modo tenemos que entender la actitud de Uzbekistán, más interesado en lograr un protagonismo regional que en participar en la CEI, por lo que a menudo ha cambiado de alianzas ingresando o abandonando varias organizaciones. Igualmente, en el caso de Moldova se debe ver un cambio de política a partir de la elección como presidente del país del empresario neocomunista Voronin en 2001, que presentó su candidatura con el programa electoral de reforzar los lazos dentro de la CEI, cuando este país siempre se había destacado en el frente

⁴²⁵ En realidad, declinaron la invitación a continuar en el TSC. De hecho, fue un acto de clara protesta: Azerbaiyán estaba indignado por el trato temporizador que recibía la delegación armenia en la organización al exigir garantías de que la “integridad territorial” de sus miembros a que hacían referencia los documentos del TSC no afectarían a Nagorni-Karabaj; además, pocos meses atrás Rusia había ayudado a Armenia a “modernizar” sus fuerzas armadas. Por su parte, Georgia protestaba por la falta de soluciones para el problema de Abjazia. E. Shevardnadzé, el presidente georgiano, manifestaba su descontento por la incapacidad del TSC y de la CEI de garantizar la integridad territorial de sus miembros. Todo ello es preocupante por cuanto parece abrir la puerta (o reabrir viejas heridas) a nuevos focos de inestabilidad en el espacio de la CEI. Véase ARREGI, M., *op. cit.*, p. 192.

centrífugo de la Comunidad a raíz, precisamente, de la presencia rusa en el Transdniéster.⁴²⁶

A este denso entramado organizativo hay que añadir que se ha ido consolidando con el tiempo la tendencia a buscar alianzas y participar en organizaciones subregionales de sus entornos geográficos y culturales respectivos, con independencia de sus vínculos con la CEI.⁴²⁷ Los casos más significativos tal vez sean el de los países del Cáucaso y cercanos al mar Negro, que establecieron en 1992 una alianza económica con otros países europeos en lo que se denominó Cooperación Económica del Mar Negro (BSEC, en sus siglas inglesas); los países de mayoría islámica (todos los de Asia central más Azerbaiyán), además de formalizar su ingreso en la Organización de la Conferencia Islámica (OCI) entre 1992 y 1995, también se adhirieron a la Organización de Cooperación Económica (OCE) que ya constituían otros países de Oriente Próximo y Medio como Turquía, Irán, Pakistán y Afganistán. Habría que mencionar igualmente la alianza de tipo económico y de cooperación transfronteriza que han establecido varios países de la CEI (Rusia, Kazajistán, Kirguizistán, Uzbekistán y Tayikistán) con China, en la denominada Organización de Cooperación de Shanghai.⁴²⁸ Por último, cabría recordar que, tras la próxima ampliación de la OTAN a siete países de Europa central y balcánica (Lituania, Letonia, Estonia, Eslovaquia, Eslovenia, Rumania y Bulgaria), en 2004, la Alianza para la Paz (APP o PfP –*Partnership for Peace*–, en sus siglas inglesas), íntimamente vinculada a la Alianza Atlántica pero compuesto por países no miembros de la misma, tendrá un componente mayoritario de países de la CEI, lo que sin duda dotará de un carácter propio a la APP.

El complicado entramado de alianzas dentro de la CEI deja entrever las dificultades que encuentra Rusia para consolidar su influencia en dicho espacio.⁴²⁹ Sin embargo, la tendencia positiva de la economía rusa en el período 1999-2003, junto con

⁴²⁶ Véase SERRA, F., “Diez años de la nueva Rusia”, *op. cit.*

⁴²⁷ Véase, en este sentido, BREMMER, I., y BAILES, A., “Sub-regionalism in the Newly Independent States”, en *International Affairs*, vol. 74, nº 1, enero de 1998, pp. 131-147.

⁴²⁸ Sobre los intentos de reforzar el frente diplomático asiático en esta fase, véase DAVYDOV, O.V., “Russia’s Foreign Policy in Transition: Prospects and Challenges in the Asia Pacific Region”, en *Asian perspectives*, vol. 22, nº 1, primavera de 1998, pp. 53-69; RÍOS, X., “Rusia y China, dos gigantes en busca de la grandeza perdida”, en *Anuario CIP 1999*, pp. 97-106.

⁴²⁹ Como analiza TRENIN, D., en su artículo « Stratégie russe; une difficile naissance », en *Politique Étrangère* nº1 (1997).

la persistencia de la crisis y de la conflictividad en las demás repúblicas,⁴³⁰ marcan una cierta recuperación en la presencia de Rusia en la región como auténtico líder carismático y, sobre todo, reconocido por la comunidad internacional.⁴³¹ A ello contribuye la crisis política y económica que ha vivido en los últimos años del siglo XX Ucrania, Estado que tradicionalmente encabezaba la oposición a los intereses rusos pero que ya no tiene capacidad para mantener dicho enfrentamiento ante la mejora de la situación de Rusia.⁴³² El gráfico de la página siguiente muestra la complejidad de estas alianzas y sus polos principales, así como la participación de los países de la CEI en varias organizaciones internacionales subregionales.

7.e) A modo de conclusión: un país al borde del cataclismo y una sociedad sin perspectivas de futuro

Los últimos años de la era Yeltsin están marcados por una paulatina consolidación del poder del Estado tras la crisis de Chechenia, aunque en rigor deberíamos hablar, tal vez, de una larga, casi agónica, prolongación de la misma. Por un lado, la crisis económica de 1998 acaba con las últimas ilusiones de lograr una “normalización” del Estado a través de las reformas que siguieron a la independencia, además de dar un paso adelante en la progresiva pauperización de una sociedad hastiada y desesperanzada.⁴³³ Por otro lado, la evolución política presenta un cuadro paradójico en que, tras la aparente imagen de estabilidad que da la permanencia de un Presidente controvertido que permanece en el poder hasta que él mismo considera conveniente su relevo, se oculta una grave crisis que marcan el continuo cambio de primeros ministros, el continuo enfrentamiento entre la *Duma* y la Presidencia y, sobre todo, el fortísimo desgaste ante la sociedad rusa de sus representantes políticos, empezando por el propio

⁴³⁰ Aunque hay que resaltar que el papel realizado por la OSCE en estos conflictos ha entrado en abierta competencia con la posición autootorgada por Rusia, más interesada en la perpetuación de las crisis que en su resolución. Véase McFARLANE, N., y THRANET, O., (ed.) *Balancing Hegemony: The OSCE in the CIS*. Centre for International Relations, Queens University, Toronto, 1997.

⁴³¹ Véase LAMSDORFF, V., “La CEI. Perspectivas actuales”, comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.

⁴³² Sobre las complejas relaciones ruso-ucranias de este período, véase FELGENHAUER, P., “El diálogo de seguridad entre Ucrania y la Federación Rusa”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* n° 49, mayo 2000, pp.45-53.

⁴³³ Sobre esta pauperización y sus efectos políticos, véase PALAZUELOS, E., “Subdesarrollo de tipo soviético”, *Informe anual del IEO*, Madrid 1996.

Presidente, incapaz de hacer frente a las numerosas crisis con que se enfrenta el país y personalizando en su propia figura, en cambio, la corrupción y la ineptitud del Estado.⁴³⁴ Nos hallamos, pues, ante una crisis de graves dimensiones en que el único garante de la estabilidad social es un poder rígidamente mantenido por el apoyo de una clase económica privilegiada y por un consenso internacional, factores que otorgan todavía más impopularidad a la clase dirigente.⁴³⁵

Sin embargo, es precisamente en este período donde se hace más evidente la necesidad de una estabilidad social y política en Rusia. El riesgo de agitación social es mínimo, dada la división de la oposición parlamentaria y la desconfianza de la sociedad rusa hacia la clase política, incluida la oposición y los movimientos regeneracionistas sobre los que Rusia tiene una amarga experiencia histórica. Pero en cambio se reaviva el temor al surgimiento de sectores oportunistas que instrumentalicen el descontento social para utilizarlo en provecho propio, de sus ideologías o de un incierto bienestar popular que llevase a nuevas aventuras políticas e, inevitablemente, a nueva inestabilidad interna y externa. Éste es el fantasma más recurrente en los análisis políticos del momento y en la percepción social del propio pueblo ruso, incapaz de predecir ninguna mejora a corto o medio plazo en su vida cotidiana y convencido, en general, de que cualquier solución radical no puede empeorar ni la situación nacional de Rusia ni las condiciones de vida de sus habitantes. Al mismo tiempo que la permanencia de Yeltsin se hace cada vez más precaria, las perspectivas sobre la estabilidad y el mismo futuro de Rusia son objeto de temor entre observadores tanto rusos como del exterior, prevenidos sobre los frecuentes cambios de humor y la irascibilidad del pueblo ruso en ocasiones históricas de agravio y de opresión.⁴³⁶

Estos factores pueden explicar el apoyo decidido que recibe Yeltsin desde el exterior. Pero donde haya que buscar, probablemente, más razones para justificar dicho apoyo es en el nuevo papel de una economía rusa que empieza a desperezarse tras el

⁴³⁴ Como se refleja en TAIBO, C., “Sobre la realidad política rusa”, en *Cuadernos del Este* nº 20, Madrid 1997.

⁴³⁵ De modo parecido analiza las reacciones sociales al autoritarismo ruso contemporáneo CLAUDÍN, C., en su artículo “La sociedad de Rusia: entre el cambio y la continuidad”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 59, octubre/noviembre 2002, pp. 7-12.

⁴³⁶ Sobre el desengaño que suponen las nuevas elites rusas pero, al mismo tiempo, la desconfianza hacia unas alternativas inciertas, véase por ejemplo BONNER, E., “El totalitarismo ruso permanece”, en *Política Exterior*, vol. XV, nº 82, julio-agosto de 2001, pp. 7-12, o YAVLINSKI, G., “El falso capitalismo ruso”, en *Política Exterior*, vol. XIII, nº 64, julio-agosto de 1998, pp. 75-90.

fuerte revulsivo de la crisis de 1998. Esta nueva economía rusa, sin embargo, tiene un alto precio. Rusia podrá afrontar de nuevo su recuperación económico e incluso social, y el país podrá volver a tener un papel en la esfera internacional, pero será a costa de una profunda pero al mismo tiempo precaria tercermundialización de esta economía. Es decir, en el papel esencial que juegue en dicha economía la producción de un solo tipo de bienes, los hidrocarburos, sujetos a una fuerte oscilación y que, precisamente por ello, dan jugosos réditos coincidiendo con una precisa coyuntura internacional. Pero esta situación no supone la garantía en absoluto de una recuperación constante de la economía, puesto que manifiesta en primer lugar la debilidad de la dependencia de un recurso natural, es decir, la falta de garantía inmediata de la diversificación de una economía que todavía tiene que reconstruir sus infraestructuras básicas de producción. En segundo lugar, como se ha dicho más arriba, se trata de unos productos extremadamente volubles en el mercado internacional, sujetos a una evolución claramente dependiente de la política internacional y de la estabilidad en las zonas productoras de tales recursos.

La economía rusa se vuelve dependiente y frágil, pero esto es mucho más de lo que se podía esperar, especialmente tras la última y grave crisis del siglo, cuando los inversores extranjeros fueron ahuyentados por una realidad administrativa plagada de ineficacias y despropósitos, incapaz de reaccionar ante sus propios errores más que creando nuevas barreras a la presencia de los capitales que no participaban en el reparto ya realizado de las prebendas económicas del poder. La producción y exportación de hidrocarburos como motor principal de la economía de un país no es una situación envidiable para quien poseyó una economía próspera y una rica área de expansión hasta épocas recientes, pero es un saludable sucedáneo a una economía diversificada, especialmente cuando se ha vivido de cerca la amenaza de la hecatombe y cuando, en realidad, buena parte de la población rusa tiene motivos para pensar que no se puede ir más allá en la decadencia de un país. Por otra parte, Rusia goza la privilegiada situación de no ser estrictamente un productor de recursos naturales, sino que sus compañías extractoras de dichos recursos se hallan esparcidas por varios países, como fruto de la herencia soviética y de los contactos de aquella potencia con varios países productores.⁴³⁷ Esta situación la sitúa a medio camino entre los países productores de recursos energéticos, que típicamente deben ceder su subsuelo a compañías extranjeras

a cambio de contratos más o menos beneficiosos y los países consumidores de estos recursos, que a menudo son los que albergan las compañías extractoras. A pesar de ello, Rusia se enfrenta con la paradoja de apoyar su recuperación económica en la exportación de productos energéticos hacia Occidente, incluyendo grandes cantidades de los mismos que compañías rusas explotan en otros países y sin embargo no poder contar con los suficientes recursos energéticos para abastecer a sus industrias o, lo que puede ser más grave, para dotar a su población de unas garantías de bienestar en forma de energía de uso privado de la que, por el contrario, sí podían contar fácilmente durante el período soviético. Se trata de un agravio comparativo que, junto con la sensación generalizada de abandono de servicios sociales básicos como la sanidad y la educación, alimenta la percepción popular según la cual los intereses del Estado y los de la población siguen caminos dispares.⁴³⁸

La estabilidad precaria sobre la cual parece sustentarse tanto el Estado ruso como su clase dirigente e incluso su economía parece reproducirse en otro ámbito, como es el de la esfera de influencia directa de Rusia. La Comunidad de Estados Independientes mantiene su existencia bajo mínimos que había mantenido desde su fundación, dando lugar a un marco organizativo prácticamente vacío de contenido por la disparidad de visiones sobre su funcionalidad entre sus miembros, dada la ausencia de criterios convergentes en los intereses de sus componentes. Sin embargo, se empiezan a percibir los primeros síntomas si no de cohesión de la organización, sí al menos de imposición de una cierta autoridad del centro, personalizado en Rusia, sobre una periferia acuciada por una crisis económica sin un fin previsible y por numerosos conflictos internos que precisan la intercesión rusa para, por lo menos, mantener su estabilidad. Esta presencia rusa en el ámbito de la seguridad, propiciada por la crudeza de los conflictos en los primeros años de independencia y por la intercesión de las fuerzas armadas rusas como ejército de interposición casi inevitable en los años 1992-93, hace que los conflictos así estancados no puedan entrar en una nueva fase precisamente por la presencia de unas fuerzas de interposición que no muestran interés en abandonar el terreno ni en facilitar una estabilidad que haría innecesaria su presencia

⁴³⁷ Véase, al respecto, WHITLOCK, E., "The CIS Economies: Divergent and Troubled Paths", *op. cit.*

⁴³⁸ Como refleja DEZCALLAR, R., en "Derivas de la Rusia ex soviética" *Política Exterior*, vol. XIII, n° 70, julio-agosto de 1999, pp. 101-118.

y, por lo tanto, la influencia política rusa.⁴³⁹ A esta presencia incómoda se une la inestabilidad de las economías de los países de la CEI, que hace prácticamente inviable ningún proyecto de cohesionar una soberanía real en el campo de la producción ni, aún menos, de ejercer influencia alguna sobre el entorno de los otros países, como pretendían algunos países del Asia Central, convencidos de constituir un potencial eje regional.⁴⁴⁰ Aunque la economía rusa presenta numerosas debilidades y contratiempos, tiene de cualquier modo mayor estabilidad que la de cualquier otra del antiguo espacio soviético y manifiesta la capacidad de mantener bajo su órbita a la evolución política de esta extensa y estratégica región. Lo que no se produce sin el interés ni la intervención de las potencias occidentales, celosas de que ninguna otra potencia regional menos digna de confianza, especialmente en Asia, extienda su influencia en esta área, pero también cuidadosas de conformar los intereses de una Rusia resentida por la pérdida de su característica como potencia universal y por la desintegración de su último imperio;⁴⁴¹ una Rusia a la que, desde Occidente, se prefiere no provocar una mayor sensación de victimización.⁴⁴²

En definitiva, si algo caracteriza a Rusia en el período 1996-99 es la fragilidad del Estado y el cambio de percepción sobre sí misma. Por una parte, se trata de una fase de extrema depresión económica y social, en que la clase política y la sociedad rusas deben abandonar cualquier ínfula de reconstituir la influencia y el poder que pueden creer que Rusia merece, o ni tan siquiera de restablecer una dignidad suficiente al país y

⁴³⁹ Véase KREMENIUK, V., "Post-Soviet Conflicts: New Security Concerns", en BARANOVSKY, V. (ed.), *Russia and Europe...*, *op. cit.*

⁴⁴⁰ Es el caso, notablemente, de Uzbekistán, pero también de Kazajstán, que pretendió constituirse en los momentos de mayor debilidad de Rusia en eje entre Rusia y Asia central. Véase ROY, O., *et al.*, "Central Asia: Towards a New Great Game?", en *Revue internationale et Stratégique* n° 34, verano de 1999; o ZAPATER ESPÍ, L.-T., "El fundamentalismo islámico en Asia central", comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.

⁴⁴¹ A menudo los analistas y la prensa se refieren, para hablar de la pérdida del territorio considerado como "propio" por la tradición rusa, como del "retorno a Pereyaslav". El tratado de Pereyaslav (1653), por el cual el líder cosaco Jmelnitski asoció sus tierras ucranianas al zar a cambio de ayuda militar en su revuelta antipolaca, representa simbólicamente el inicio de la expansión rusa hacia los pueblos vecinos. La metáfora es ampliamente utilizada en la actualidad para evocar la nostalgia expansionista rusa y la inconsistencia de las relaciones actuales de Rusia con su ámbito clásico de expansión. Véase, por ejemplo, MORRISON, J. (1993), "Pereyaslav and After: the Russia-Ukraine Relationship", en *International Affairs* n° 4, (1993), p. 677-703.

⁴⁴² Esta imagen de país frágil e inestable pero sin capacidad de grandes transformaciones políticas comporta la visión de un país polimorfo, donde se superponen una clase próspera y en vías de expansión con una pauperización creciente, una Rusia tradicional, una Rusia nostalgia del bolchevismo y una Rusia ultramoderna. Véanse NUNN, S., y STULBERG, A.N., "The Many Faces of modern Russia", en *Foreign Affairs* n° 2, marzo-abril de 2000, pp. 45-62; ROHOZINSKI, R., "How the Internet did not Transform Russia", en *Current history*, vol. 99, n° 639, octubre de 2000, pp. 334-338.

a su población. La percepción del papel de Rusia en el mundo cambia notablemente, de ser un gigante herido que toma resuello para levantarse de nuevo, a ser un enfermo grave que precisa una larga recuperación y que, probablemente, nunca volverá a ser el que fue. Del mismo modo, la percepción de la sociedad rusa sobre la imagen que proyectan en su área inmediata de influencia y su papel en la misma cambia perceptiblemente. En esta fase ya ha desaparecido prácticamente del todo la percepción según la cual el espacio de la antigua URSS es una nación o un espacio humano natural desgajado a la fuerza y que aspira a su reunificación a través del liderazgo de Rusia, su mayor y más significativo representante. En este período, se impone una visión más realista según la cual Rusia, simplemente, puede y debe ejercer su influencia sobre un área de influencia que coincide con un espacio histórico y, en ocasiones, con afinidades culturales. Pero raramente se recurre a los vínculos simbólicos y sentimentales para justificar la relación de Rusia con las otras repúblicas; incluso se legitima una cierta prepotencia sobre las mismas y la presión política que supone la permanencia de tropas o el chantaje energético.⁴⁴³ Rusia retoma su papel de Estado capaz de imponer sus intereses sobre su área de influencia, un área que ya no es considerada como parte irredenta del propio territorio, sino como una zona de expansión de la propia influencia y de la muestra del poder de Rusia sobre su entorno geográfico.

Una Rusia, pues, debilitada y deprimida, pero al mismo tiempo una Rusia que establece unas bases para su reconstrucción partiendo de unas premisas realistas, es decir, de los recursos con que cuenta y de unas relaciones con el entorno basadas en una estructura de poder basada en jerarquías rígidas en que Moscú cuenta con un área de influencia y, a su vez, se sitúa en la órbita de una potencia hegemónica. En esta evolución, Rusia deberá dejar a un lado nostalgias y pretensiones propias de un imperio recién desmenuzado que no tienen lugar en una coyuntura internacional muy diferente a aquellas en que el Estado ruso siempre había pretendido ocupar un papel privilegiado tanto en su área de influencia directa como en la esfera internacional.

⁴⁴³ Presiones y chantajes, se puede aducir, que ya existían a principios de los noventa, por ejemplo en las disputas con Ucrania sobre su deuda energética o en la misma imposición de las tropas rusas en los conflictos periféricos. Pero en esta nueva fase ya no se trata de presiones sobre determinados gobiernos más o menos hostiles hacia la cohesión de un espacio considerado propio, sino de estrategias de un Estado poderoso hacia Estados más débiles.

8) Evolución de la política europea hacia Rusia en el período 1995-2000

8.a) Buscando soluciones: el Tratado de Amsterdam

La Unión Europea se halla a mediados de los años noventa en pleno proceso de cohesión, proceso sin embargo dificultado por la lentitud de una implementación que se revela difícil por las resistencias nacionales a la cesión de soberanía y por las dificultades de llevar a la práctica numerosas de las reformas propuestas, en particular las que se refieren a la realización de la PESC y a la creación de una política de seguridad y defensa común. Más arriba hemos visto las dificultades de aprobación e implementación de un Tratado de la Unión Europea (TUE) que choca con sendos baños frustrantes de realidad a la hora de llevar a la práctica la unidad diplomática europea (Segunda Guerra del Golfo, Croacia, Bosnia) y al enfrentarse a más dificultades de las previstas para hacer aprobar un texto ya por sí fruto de duros compromisos y renunciaciones mutuas.

A pesar de estas dificultades, se percibe la necesidad de reforzar el camino iniciado en Maastricht en 1991. Europa soporta bien los relevos políticos que se producen entre 1995 y 1997 y la desaparición de las grandes figuras que habían protagonizado los cambios y la profundización europea de la década anterior.⁴⁴⁴ Esta nueva tanda de la clase política europea se propone poner a la práctica las reformas que ya había previsto el propio Tratado de Amsterdam. Tras sucesivas reuniones y deliberaciones,⁴⁴⁵ particularmente la redacción del Informe Westendorp, el Consejo

⁴⁴⁴ Estos cambios se inician con la victoria socialista en Portugal y la retirada de F. Mitterrand de la Presidencia en Francia, ambos acontecimientos sucedidos en 1995, y se mantienen con la victoria, en España, del Partido Popular, que pone fin a la larga presidencia de F. González (marzo de 1996); la victoria en Italia de una coalición de centro-izquierda que aúpa a R. Prodi a presidir el Consejo de Ministros (1996); la victoria laborista en el Reino Unido, que supone la llegada al poder de T. Blair (mayo de 1997), la llegada al poder en Francia del socialista L. Jospin, que se ve obligado a cohabitar con el presidente J. Chirac (junio de 1997). Tras el Tratado de Amsterdam se produce también el relevo de H. Köhl, en Alemania, derrotado por una coalición de socialdemócratas y ecologistas encabezada por G. Schroeder (septiembre de 1998). Todos estos acontecimientos dan lugar a una nueva generación política que será la encargada de gestar y desarrollar el Tratado de Amsterdam. Véase ALDECOA, F., *op. cit.*, pp. 215-217.

⁴⁴⁵ Hay que destacar en este sentido los Consejos Europeos de Bruselas de 10 y 11 de diciembre de 1993, de Corfú de 24 y 25 de junio de 1994 y de Madrid de 15 y 16 de diciembre de 1995, el Compromiso de Ioannina de 24 de marzo de 1994 y el Proyecto de mandato de la Conferencia Intergubernamental de

establece que los objetivos a que ha de dar respuesta la Conferencia Intergubernamental (CIG) con la reforma del Tratado son: a) acercar Europa a los ciudadanos; b) mejorar el funcionamiento de la Unión y prepararla para la ampliación; y c) dotar a la Unión de una mayor capacidad de acción exterior.

La Conferencia Intergubernamental tuvo su inicio en Turín el 29 de marzo de 1996, y concluyó en Amsterdam los días 16 y 17 de junio de 1997. En este caso, al contrario de lo que sucedió en Maastricht, las discusiones tuvieron un carácter marcadamente dialogante y constructivo y su ratificación no presentó mayores problemáticas.⁴⁴⁶ Básicamente, la Europa que nace en Amsterdam es una continuación de la que había surgido en Maastricht, en esta ocasión con un énfasis puesto en la unión monetaria que se adivina próxima y en la cohesión de la política exterior común. En este último aspecto es donde el Tratado de Amsterdam pretende introducir novedades bajo la forma de una mayor eficiencia de la PESC, cuyo balance es, en este sentido, claramente negativo tras la experiencia balcánica. Las novedades introducidas por Amsterdam para dotar de una mayor eficacia a la PESC son tres:⁴⁴⁷

- a) la creación de una serie de figuras dotadas de representatividad en las políticas internacionales de la UE, entre los que destacan los representantes especiales de la UE para mandatos concretas en zonas y situaciones de emergencia y, sobre todo, la creación de un Alto Representante de la UE para la PESC (“míster PESC”), cargo ejercido por el secretario general del Consejo. Este Alto Representante tendría, asimismo, a su cargo una Unidad de Planificación de la Política y de Alerta Rápida, destinada a paliar lo que ha sido tradicionalmente el principal inconveniente de la Cooperación Política Europea, primero, y de la PESC después: su carácter reactivo y su escasa capacidad de planificación;
- b) un nuevo concepto de sus instrumentos, basado en una doble dimensión: en primer lugar, el Tratado de Amsterdam ha introducido la noción de

1996, presentado por el Grupo de Reflexión designado por el Consejo Europeo el 16 de enero de 1996, más conocido como Informe Westendorp. Véase *Ibidem*, p. 218.

⁴⁴⁶ En dos casos se sometió la ratificación de Amsterdam a referéndum, en dos países especialmente susceptibles y que, en algún momento u otro, han traído problemas en sus ratificaciones populares de Tratados europeos: en Dinamarca (7 de mayo de 1998, con un 55,1% de votantes a favor) y en Irlanda (22 de mayo, con el 61,2% favorable). Véase ALDECOA, F., *ibidem*, p. 250-251.

decisiones que tengan repercusiones en el ámbito de defensa, lo que supone una de las grandes novedades del Tratado en el sentido de dotar a la PESC de mayor presencia internacional. En segundo lugar, hay que hacer mención de que los instrumentos de la PESC han sido clarificados tras la reforma, creando una distinción definitiva, por un lado, entre acciones comunes y posiciones comunes;⁴⁴⁸ por otro lado, el Tratado de Amsterdam prevé la creación de un nuevo tipo de instrumento, las estrategias comunes, que se detallarán a continuación por la importancia que tiene su aplicación en el caso de Rusia;

- c) Por último, el Tratado de Amsterdam pretende introducir una mayor agilidad en su mecanismo de toma de decisiones. Para ello introduce dos métodos nuevos que tienen como objetivo evitar la aplicación del veto en las decisiones del Consejo. El primero supone la introducción de la abstención constructiva, es decir la posibilidad de tomar una decisión en el seno del Consejo aunque uno de sus miembros se abstenga (art. 23.1), siempre y cuando los abstencionistas no sumen más de un tercio de los votos ponderados en el Consejo (por ejemplo, tres de los grandes superarían este tercio); el segundo método que debía agilizar la toma de decisiones en el Consejo es la introducción, como excepción a la regla de la unanimidad en materia PESC, que el Consejo adopte por mayoría cualificada (62 votos que representen a diez países como mínimo, en la Europa a quince de aquel momento) las decisiones vinculadas a acciones comunes y posiciones comunes, así como a las decisiones basadas en una estrategia común (art. 23.2).⁴⁴⁹

En el aspecto de la seguridad y la defensa, la reforma que supone el Tratado de Amsterdam implica una mayor implicación de la Unión Europea Occidental en la

⁴⁴⁷ Según la descripción que hace BARBÉ, E., “LA PESC: desafíos políticos y límites institucionales”, en BARBÉ, E. (coord.), *Política exterior europea, op. cit.*, pp. 118-124.

⁴⁴⁸ Había existido tras el TUE una cierta confusión entre ambos instrumentos, dando lugar a situaciones como la de atribuir, por ejemplo, ayuda humanitaria en algunos casos bajo forma de una acción común (como en Bosnia y Herzegovina) y en otros bajo la forma de una posición común (Ruanda). A partir de Amsterdam se atribuye la categoría de acción común a toda aquella que comporte la concesión de un presupuesto propio. Véase BARBÉ, E., *Ibidem*, p. 120.

⁴⁴⁹ Sin embargo, la figura del veto vuelve a aparecer bajo la forma del bloqueo de una decisión por cualquiera de los miembros del Consejo si argumenta “motivos importantes y explícitos de política nacional”, lo cual pone en seria duda el alcance de estas reformas. Véase BARBÉ, E., *ibidem*, p. 122, o ALDECOA, F., *op. cit.*, p. 251.

PESC, sometiéndose a las decisiones del Consejo a través del desarrollo del ambiguo artículo J.4.2 (ahora 17.3) que establecía un reparto de tareas según la cual el Consejo Europeo podía tomar decisiones en determinadas actividades “con repercusiones en el ámbito de defensa” y la UEO se encargaba de su ejecución práctica. En el nuevo redactado de Amsterdam la UEO proporciona a la UE el acceso a una capacidad operativa en el ámbito de las misiones humanitarias y de rescate, misiones de mantenimiento de la paz y misiones en las que intervengan fuerzas de combate para la gestión de crisis, incluidas las misiones de restablecimiento de la paz. Por otra parte, en el artículo 17.3 del TUE y en la Declaración del Consejo de la UEO de 22 de julio de 1997 anexa al TUE se ha acordado que las directrices establecidas por el Consejo Europeo serán de aplicación obligatoria para la UEO cuando esta última elabore y ponga en práctica decisiones y acciones de la Unión Europea. De este modo se establece una relación jerárquica entre la UE y la UEO en que esta última aplica directamente las decisiones tomadas en los órganos de la UE.⁴⁵⁰

En definitiva, el Tratado de Amsterdam pretende introducir una nueva dimensión en la Política Exterior y de Seguridad Común que convierta a la Unión Europea en un actor internacional coherente, ágil y eficaz. Con ello Europa intenta iniciar una nueva etapa en su presencia internacional que lime los problemas surgidos tras la primera definición de su política exterior común, en Maastricht. Aunque el proceso de discusión, aprobación y ratificación de los acuerdos de Amsterdam fue mucho más fácil que en el caso de Maastricht, queda en el aire la duda sobre la eficacia de los cambios introducidos. El sistema de toma de decisiones del Consejo seguía concediendo un peso abrumador a la unanimidad y a la capacidad de veto de los miembros del Consejo y se ha aducido con frecuencia que las nuevas figuras e instrumentos aprobados en 1997 añaden complejidad, no agilidad, al ya por sí enmarañado organigrama europeo. El nuevo Tratado de Amsterdam entró en vigor el 1 de mayo de 1999, con un ligero retraso considerado aceptable. Mientras tanto, la Unión Europea tuvo que enfrentarse con dos crisis en los Balcanes en que dio muestras de su escasa capacidad de reacción y en que tuvo que ceder protagonismo a otras

⁴⁵⁰ Véase GONZÁLEZ BONDIA, A., “La política de defensa de la Unión Europea”, en BARBÉ, E. (coord.), *Política exterior europea, op. cit.*, pp. 142-145.

organizaciones internacionales: los desórdenes en Albania, en marzo de 1997,⁴⁵¹ y la acción de la OTAN sobre Yugoslavia, en marzo-junio de 1999.⁴⁵²

El proceso de reformas en la Unión Europea no da muestras de detenerse ni de haber logrado unos resultados satisfactorios tras el Tratado de Amsterdam. Una nueva Conferencia Intergubernamental, entre febrero y diciembre de 2000, da lugar a una nueva reforma de los Tratados que ha de adecuar la estructura institucional de la UE a la próxima ampliación. El Consejo de Niza del 7 al 11 de diciembre de 2000 cerró la CIG y aprobó el llamado Tratado de Niza de reforma del TUE. En este caso las discusiones fueron más arduas, largas y difíciles que nunca, llevando a sesiones maratónicas cuyos resultados a veces fueron extremadamente confusos. Su proceso de ratificación tampoco fue fácil, puesto que en esta ocasión fue Irlanda quien, en referéndum llevado a cabo el 7 de junio de 2001, paralizó el Tratado al vencer el “no” por un ajustado 54%.⁴⁵³

Sea como fuere, Europa parece haber iniciado un proceso de integración en que se combinan dos dinámicas, claramente interrelacionadas, que han de tener como consecuencia el reforzamiento de la Unión Europea en tanto que actor internacional: por un lado, los trabajos de una Convención Europea, decidida en el Consejo Europeo de Laeken (diciembre de 2001) que ha de redactar una Constitución Europea que simplifique el ya denso acervo legal comunitario. Por otro lado, el proceso ya avanzado de expansión de la Unión Europea hacia un grupo numeroso de países, mayoritariamente del Este de Europa, que han de dotar a la UE de un fuerte contenido

⁴⁵¹ Tras los desórdenes acaecidos en este país balcánico por una fuerte crisis financiera, la UE y la UEO constatan la dificultad de movilizarse con urgencia, por lo que los países comunitarios deciden participar en una fuerza multinacional autorizada el 28 de marzo por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (Resolución 1.101). De este modo la Operación Alba, organizada por Italia, lleva al país balcánico 6.500 soldados básicamente europeos sin la participación de ninguna de las organizaciones europeas. Véase SERRA, F., “La dimensión Este de la UE : políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia”, *op. cit.*, p. 186.

⁴⁵² La diplomacia europea pretende adquirir un cierto peso en las presiones sobre la Yugoslavia de Milosevic, a principios de 1999, a raíz de la crisis humanitaria que se produce en Kosovo. Cuando fracasan las conversaciones de Rambouillet (enero) y París (marzo) es cuando toma cuerpo la opción de los bombardeos masivos por parte de la OTAN, desvirtuando una vez más el papel de Europa como “potencia civil”. Véase ROMEVA, R., “Kosovo: les lliçons no apreses de Bòsnia”, en *Diàlegs* n° 4, abril-junio de 1999, pp. 123-142.

⁴⁵³ Fue necesario un segundo referéndum, en verano de 2002, para aprobar el Tratado, que no pudo hacerse efectivo hasta principios de 2003.

humano y simbólico, así como de un área de proyección inmediata, que cohesionen su papel en la esfera internacional.⁴⁵⁴

8.b) *Go East*: la nueva ampliación.

Como hemos visto, el proceso de ampliación será la iniciativa europea de mayor envergadura de esta etapa, junto con una reforma interna con la que tiene evidentes interrelaciones. En el capítulo IV de este trabajo se ha detallado el proceso por el que, desde junio de 1993, están definidos por los llamados criterios de Copenhague los requisitos mínimos que han de cumplir los países candidatos a la adhesión a la Unión Europea. Hasta junio de 1996 eran diez los países que habían firmado acuerdos europeos con la UE y habían solicitado su adhesión a la misma, como viene detallado en el siguiente cuadro:

Cuadro 7: proceso de adhesión de los países candidatos al ingreso a la UE del Este de Europa y del Mediterráneo

Estado	Firma del Acuerdo Europeo	Entrada en vigor del Acuerdo Europeo	Solicitud oficial de adhesión a la UE
Hungría	Diciembre 1991	Febrero 1994	Marzo 1994
Polonia	Diciembre 1991	Febrero 1994	Abril 1994
Rumania	Febrero 1993	Febrero 1995	Junio 1995
Bulgaria	Marzo 1993	Febrero 1995	Diciembre 1995
República Checa	Octubre 1993	Febrero 1995	Enero 1996
Eslovaquia	Octubre 1993	Febrero 1995	Junio 1995
Letonia	Junio 1995	Febrero 1998	Octubre 1995
Estonia	Junio 1995	Febrero 1998	Noviembre 1995
Lituania	Junio 1995	Febrero 1998	Diciembre 1995
Eslovenia	Junio 1996	Febrero 1999	Junio 1996

Fuente: <http://europa.eu.int/comm/enlargement>.

⁴⁵⁴ Sin embargo, este papel cohesionador para Europa de la consolidación institucional y la ampliación de la UE también puede ser interpretado en tanto que proyecto expansionista, como hace DE CUETO

En diciembre de 1995 el Consejo Europeo, reunido en Madrid, solicitó que la Comisión redactase un informe sobre la oportunidad de las solicitudes de adhesión y sobre el impacto que ésta podría tener en la UE. Este informe fue presentado en julio de 1997 bajo el título de Agenda 2000. Se trata de un grueso paquete de medidas en que la Comisión propone la reforma de las políticas de la UE, la definición del marco presupuestario que las sustentará hasta el año 2006 y la preparación de la ampliación. En las opiniones expresadas por la Comisión, tras analizar la situación política y económica de cada país y el cumplimiento de los criterios de Copenhague en cada uno de ellos, ésta recomienda el inicio de negociaciones para la adhesión de la República Checa, Eslovenia, Estonia, Hungría, Polonia y Chipre.⁴⁵⁵ La Comisión considera en su informe que los otros países (Letonia, Lituania, Eslovaquia, Rumania y Bulgaria) no cumplían los requisitos indispensables para iniciar dicho proceso, y debían esperar a una nueva revisión que considerase que cumplían con los criterios preestablecidos.

La distinción entre los países de una y otra categoría no siempre es clara, a pesar de que la Comisión argumenta sus decisiones basándose en los logros y carencias de los distintos países en las áreas políticas y económicas. De esta distinción, que genera la división de candidatos en “primera oleada” y “segunda oleada” y que fue aprobada en el Consejo de Luxemburgo de diciembre de 1997, llama la atención la inclusión de Estonia entre los países mejor situados. Dicho país arrastraba una crisis económica que no la diferenciaba en exceso de otros candidatos relegados a la “segunda oleada”. En cuanto a las condiciones políticas, a pesar de ser un país que iba avanzando hacia la democratización de sus instituciones, arrastraba igualmente el problema de su fuerte minoría rusófona, que iba adquiriendo plenos derechos de ciudadanía con excesiva lentitud.⁴⁵⁶ Varios observadores⁴⁵⁷ apuntan a la necesidad de ubicar a un país báltico

NOGUERAS, C., en “El intrusismo del proyecto integrador europeo cara al Este”, en FLORES JUBERÍAS, C. (coord.), *op. cit.*, vol. 2º, pp. 167-188.

⁴⁵⁵ Chipre, que había presentado su candidatura en 1990, recibe un trato especial dado lo peculiar de su situación política, con un tercio de su territorio ocupado por tropas turcas desde 1974; es por esto que no la hallamos en el proceso previo de adhesión a través de los acuerdos europeos que sí siguen, en cambio, los países de la Europa central y balcánica.

⁴⁵⁶ De hecho, la única observación que hace la Comisión en su informe acerca de Estonia es, precisamente, que este país debe acelerar su proceso de concesión de derechos civiles a las minorías.

⁴⁵⁷ Véase, por ejemplo, ARNSWALD, S., *EU Enlargement and the Baltic States: The Incremental Making of New Members*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopoliittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2000; JONSON, L., “Russian Policy in Northern Europe”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe...*, *op. cit.*

entre los países mejor situados como un mensaje a Rusia de sus intenciones respecto a su expansión hacia esta región, con independencia de los intereses rusos en la misma.

Inmediatamente, la Unión Europea inicia negociaciones con los países de la “primera oleada” para su adhesión. Pero pronto el sistema de oleadas fue objeto de críticas, dada la situación en que sumía a los rezagados, que en lugar de tomar nuevos bríos para igualarse a los demás, como estaba previsto, se veían a menudo desesperanzados por su marginación y, lo que es más grave, su nuevo estatuto alejaba a los inversores de estos países. En octubre de 1999 la Comisión publicaba los informes periódicos sobre la situación de los países candidatos y proponía la apertura de negociaciones con Letonia, Lituania, Eslovaquia y Malta.⁴⁵⁸ Igualmente, la Comisión recomienda mantener los contactos con vistas a la adhesión con Rumania y Bulgaria, a las que considera todavía en situación precaria para su pronto ingreso y la admisión de Turquía como “candidato oficial a la adhesión”. El Consejo Europeo de Helsinki, celebrado los días 10 y 11 de diciembre de 1999, adoptó todas las recomendaciones de la Comisión.⁴⁵⁹ Con este paso se inicia el proceso de integración en la Unión Europea prevista para mayo de 2004 de los diez países mejor situados, mientras que se mantiene la fecha de 2007 prevista para el ingreso de Rumania y Bulgaria y se mantiene a Turquía como candidato en firme pero sin fecha para su ingreso.⁴⁶⁰ Se trata de un proceso largo y difícil, que no oculta graves problemas como el de la financiación del mismo,⁴⁶¹ pero que la Unión Europea ha emprendido con decisión como su principal proyecto del futuro inmediato, y que sin duda va a condicionar no sólo el futuro de la UE sino el de la misma Europa.⁴⁶²

⁴⁵⁸ La isla de Malta, que había presentado su candidatura igualmente en 1990, mantuvo durante muchos años una actitud dubitativa en que se situaba al margen del proceso integrador europeo por causas de política interna, hasta que volvió a presentar su candidatura en octubre de 1998, quedando asimilada al grupo de la “segunda oleada” de candidatos.

⁴⁵⁹ Véase ALDECOA, F., *op. cit.*, p. 333.

⁴⁶⁰ Sobre los problemas de la nueva ampliación y de las nuevas fronteras de la UE, especialmente en el Mediterráneo, véase BARBÉ, E., y JOHANSSON-NOGUÉS, E., (eds.), *Beyond Enlargement: The New Members and New Frontiers of the Enlarged Union*, Institut Universitari d’Estudis Europeus, Barcelona 2003.

⁴⁶¹ El problema de la financiación de la ampliación no ha podido resolverse de modo convincente, dados los elevados costes del proceso y la falta de recursos previstos para el mismo, y ha sido uno de los mayores inconvenientes para la aceleración de dicho proceso. Véase SALOMÓN, M., “L’ampliació de la Unió Europea per al nou mil·lenni”, en *L’avenç* n° 232, pp 36-40.

⁴⁶² Véase al respecto TAIBO, C., “La conflictiva ampliación de la UE”, en *Política Exterior*, vol. XIII, n° 71, septiembre-octubre de 1999, pp. 67-78.

Uno de los mayores inconvenientes que sigue presentando la ampliación de la Unión Europea al Este es el de las susceptibilidades que presenta para Rusia la presencia de la Europa unida en el Báltico.⁴⁶³ Esta problemática presenta dos facetas distintas; por un lado, la incorporación de las tres repúblicas bálticas; por otro, la situación en que queda el enclave de Kaliningrado.⁴⁶⁴

El acercamiento de Lituania, Letonia y Estonia a Occidente ya había levantado susceptibilidades en Rusia durante los primeros años del período postsoviético, por cuestiones estratégicas y de protección de los derechos de las minorías rusófonas de estos países.⁴⁶⁵ A pesar de que las críticas de Moscú habían quedado acalladas por la presentación de garantías de los gobiernos estonio y letón acerca del respeto a las minorías de estos países, a medida que se acelera el proceso de incorporación de dichos países a la UE reviven algunas críticas rusas sobre el trato que reciben los rusófonos en la región. Lo cierto es que el problema de las minorías en Letonia y en Estonia es resuelto sólo de un modo parcial, puesto que el proceso de concesión de ciudadanía a todos los habitantes de estos países es tremendamente lento y la mayoría de los miembros de las minorías no habían podido alcanzar todavía este estatuto a las puertas de la incorporación de sus Estados en la UE.⁴⁶⁶ Ello conlleva un grave problema de estatuto jurídico para centenares de miles de futuros habitantes de la UE que, sin embargo, no serán ciudadanos de la misma al no serlo de sus Estados.⁴⁶⁷ En Letonia la mayoría de personas en esta situación han optado por aceptar la clasificación,

⁴⁶³ En cuanto al futuro significado de las relaciones UE-Rusia en el Báltico, véase SERGUNIN, A., “In Search of a New Strategy in the Baltic/Nordic Area”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe...*, op. cit.; HEIKKA, H., *Beyond the Cult of the Offensive: The Evolution of Soviet/Russian Strategic Culture and Its Implications for the Nordic/Baltic Region*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2001.

⁴⁶⁴ Véase, en lo que concierne a la perspectiva de los intereses occidentales sobre la región, JOPP, M. y ARNSWALD, S. (eds.), *The European Union and the Baltic States: Visions, Interests and Strategies for the Baltic Sea Region*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2002.

⁴⁶⁵ Sobre las sensibilidades demostradas por Rusia respecto a esta ampliación, véase SERRA, F., “Las nuevas relaciones entre Rusia y la UE en vista de la ampliación comunitaria”, comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002 (aún no publicada).

⁴⁶⁶ Sin embargo, las relaciones entre Rusia y los Estados bálticos se han encaminando hacia una normalidad que obvia los problemas de ciudadanía. Véase MOSHES, A., *Overcoming Unfriendly Stability: Russian-Latvian Relations at the End of 1990s*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 1999.

⁴⁶⁷ Las presiones internacionales sobre Letonia y Estonia han logrado disminuir el problema de los apátridas y evitar, por ejemplo, esta condición a los niños nacidos después de agosto de 1991 (en el caso letón) o febrero de 1992 (en Estonia). De todos modos, la situación sigue siendo grave para cientos de miles de adultos.

supuestamente transitoria, de apátridas (“no ciudadanos”), mientras que en Estonia son muchos los habitantes que han preferido adoptar la ciudadanía rusa. Los derechos legales varían enormemente de un Estado a otro; de este modo, en Estonia los no ciudadanos pueden votar en las elecciones municipales, pero no en las parlamentarias; en general, tanto en Estonia como en Letonia tienen serias dificultades para optar al funcionariado, para votar o ser elegidos o para poseer terrenos.⁴⁶⁸ Según los censos oficiales de los primeros años del siglo XXI (2000 en Estonia, 2002 en Lituania y 2003 en Letonia), esta es la distribución de los grupos nacionales en los diferentes países bálticos:

Cuadro 8: Distribución de las principales nacionalidades en los países bálticos

	Lituania	%	Letonia	%	Estonia	%	Total	%
Población autóctona	2.907.293	83,4	1.361.559	58,4	930.219	67,9	5.199.071	72,4
Rusos	219.789	6,31	677.123	29	351.178	25,6	1.248.090	17,4
Bielorrusos	42.866	1,23	91.809	3,94	17.241	1,26	151.916	2,11
Ucranianos	22.488	0,65	60.687	2,6	29.012	2,12	112.187	1,56
Total eslavos or.	285.143	8,18	829.619	35,6	397.431	29	1.512.193	21
Polacos	234.989	6,74	57.888	2,48	2.193	0,16	295.070	4,11
Otros	56.547	1,62	82.401	3,53	40.209	2,93	179.157	2,49
Total	3.489.720	100	2.331.467	100	1.370.052	100	7.185.491	100

Fuentes: <http://www.np.gov.lv/en/fakti/index.htm>, <http://www.stat.ee/files/eva2003/RV200102.pdf>, http://www.std.lt/stat_ist/suras_lapas_e.htm.

A esta variedad nacional hay que añadir la diversidad de los estatutos jurídicos con que se clasifica a los diferentes grupos nacionales. Aunque en Lituania se ha generalizado la adopción de la ciudadanía de todos los naturales del país, independientemente de su origen nacional (el 99% de los residentes en Lituania son

⁴⁶⁸ Véase YUSUPOVSKI, A., “Latvia, Discrimination, International Organizations and Stabilization”, en ARBATOV, A. *et al.* (eds.), *op. cit.*, pp. 219-272.

ciudadanos lituanos), el problema persiste en los otros dos países, como muestra el siguiente cuadro:

Cuadro 9: situación jurídica de los habitantes de Letonia (2003) y Estonia (2000)⁴⁶⁹

	Letonia	%	Estonia	%	Total	%
Población total	2.331.467	100	1.370.052	100	3.701.519	100
Población autóctona	1.357.915	58,24	922.204	67,31	2.280.119	61,6
Eslavos or. ciudadanos	355.838	15,26	154.207	11,26	510.045	13,78
Eslavos orien. apátridas	449.419	19,28	155.301	11,34	604.720	16,34
Eslavos or. extranjeros	24.362	1,04	87.913	6,42	112.275	3,03
Otros ciudadanos	83.172	3,57	18.227	1,33	101.399	2,74
Otros apátridas	54.858	2,35	15.048	1,1	69.906	1,89
Otros extranjeros	7.374	0,32	16.047	1,17	23.421	0,61
Total eslavos orientales	829.619	35,58	397.431	29,01	1.202.688	32,49
Total ciudadanos	1.795.454	77,01	1.095.743	79,98	2.891.197	78,11
Total apátridas	504.277	21,63	170.349	12,43	674.626	18,23
Total extranjeros	31.736	1,36	103.960	7,59	135.696	3,67

Fuentes: <http://www.np.gov.lv/en/fakti/index.htm>, <http://www.stat.ee/files/eva2003/RV200102.pdf>.

Esta perspectiva aporta una triple problemática que los países bálticos van a importar a la futura Unión Europea. Por un lado, estos países contienen un fuerte componente de minorías nacionales, con la potencial falta de cohesión resultante (lo que no es extraño en otros países candidatos como Eslovaquia, Rumania y Bulgaria, además del problemático caso de Chipre). En segundo lugar, en estos países va a haber grandes contingentes de poblaciones en situación legal irregular, unas 800.000 personas, la inmensa mayoría de los cuales son apátridas. Por último, cabe recordar que cerca del 90% de estos apátridas y extranjeros forman un conjunto cultural más o menos sólido⁴⁷⁰

⁴⁶⁹ Los porcejantes corresponden al total de la población de cada república, o de la suma de las dos. En este contexto entendemos por “eslavos orientales” o, abusivamente, “eslavos” a la suma de rusos, ucranianos y bielorrusos.

⁴⁷⁰ Cerca del 80% de los que hemos cualificado de “eslavos orientales” son rusos, como hemos visto en los gráficos anteriores, pero a ello hay que añadir que cerca de la mitad de los ucranianos y bielorrusos que habitan el báltico tienen el ruso como lengua propia, según los censos citados; por otra parte, estos grupos eslavos han hecho causa común con los rusos en sus reivindicaciones culturales y políticas en

y que se identifica con el que será el gran vecino de la UE ampliada, Rusia. Ello puede suponer un problema fronterizo o la oportunidad de crear un puente humano entre ambas realidades políticas, según el uso político que se haga de esta realidad.⁴⁷¹

En cuanto a la cuestión de Kaliningrado, sigue suponiendo la espina dorsal de un desacuerdo que se gestó en los últimos años de la negociación para la adhesión de los países bálticos a la UE. La región de Kaliningrado,⁴⁷² separada del resto del territorio ruso tras la disolución de la URSS, va a quedar rodeada en su frontera terrestre por territorio comunitario tras la ampliación. Rusia confiaba en convertir este puerto hoy en decadencia en una salida avanzada hacia Occidente de su comercio europeo y convertir así a Kaliningrado en una zona económicamente desarrollada y con prebendas aduaneras especiales, lo que en un lenguaje eufórico se empezó a llamar el “Hong Kong del Báltico”. Sin embargo, pronto se puso de manifiesto que los otros puertos del Báltico, especialmente los de los países candidatos, estaban igualmente interesados en convertirse en la salida comercial de los productos rusos y asiáticos que llegasen a la UE por vía terrestre. A pesar de la insistencia rusa, que se hace más intensa con la Presidencia de Putin, las instituciones europeas no se muestran en absoluto dispuestas a permitir en el futuro la permeabilidad de su territorio para favorecer a la economía de una región rusa en detrimento de las suyas.⁴⁷³

dichos países. Véase ARNSWALD, S. y JOPP, M., *The Implications of Baltic States' EU Membership*, *op. cit.*

⁴⁷¹ Por supuesto, ello puede representar además una amenaza permanente a las buenas relaciones entre Rusia y la Unión Europea, pendientes en buena medida de la situación de este punto de solapamiento. Véase, en este sentido, MEDVEDEV, S., *Russia's Futures. Implications for the EU, the North and the Baltic Region*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2000.

⁴⁷² La región de Kaliningrado tiene unos 17.500 km² y cerca de 800.000 habitantes. Se halla situada entre el mar Báltico, Polonia y Lituania y, por lo tanto, aislada territorialmente del resto de Rusia. Perteneciente a Alemania hasta la Segunda Guerra Mundial (se trata de la antigua Königsberg, patria de Kant), su población rusa es de reciente arraigo, atraída por unas instalaciones militares y portuarias hoy en declive. Su renta por cápita es un 35% inferior a la media rusa, y el 30% de la población vive bajo el umbral de pobreza. Europol ha detectado un nivel alarmante de delincuencia transfronteriza (tráfico de drogas y mujeres, inmigración ilegal, refugio de coches robados, etc.) en la región. Véase HERRERO DE LA FUENTE, M., “El futuro de Kaliningrado ante la ampliación de la UE y la OTAN”, comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.

⁴⁷³ Véase LYNDELLE, D.F. y SERGOUNIN, A., *Are Borders Barriers? EU Enlargement and the Russian Region of Kaliningrad*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2001

8.c) Restauración paulatina de la confianza occidental en Rusia; el problema de la seguridad

En el período entre 1996 y 2000 volvemos a encontrar serias dificultades entre Rusia y Occidente en materia de seguridad. En realidad, en esta fase hallamos una Rusia, y especialmente una clase política rusa, que reacciona ante sus problemas internos defendiendo un discurso antioccidental que es muy bien recibido por una sociedad rusa resentida con la hegemonía estadounidense.⁴⁷⁴ Por otro lado, se produce una clara distinción entre un discurso positivo y constructivo en el área económica con la Unión Europea y con Europa en general y, por el otro lado, un discurso agresivo y victimista hacia Estados Unidos y hacia la OTAN, a quien las autoridades rusas atribuyen un expansionismo injustificado. Ello provocará un rechazo hacia la ampliación y hacia las actividades de la OTAN que la administración Yeltsin cuidará en no hacer extensiva a la UE, a pesar de la coincidencia, en muchas ocasiones, de sus miembros. Los desacuerdos entre Rusia y la OTAN en esta fase pueden concentrarse en tres áreas básicas:

- a) protestas contra la hegemonía estadounidense en el mundo; ello lleva a las autoridades rusas a hacer guiños frecuentes a otras potencias medias, especialmente en Asia, para insinuar la creación de contrapesos. Es también en este discurso antinorteamericano que debemos situar, muchas veces, la solidaridad manifiesta hacia Naciones Unidas o hacia el respeto al Derecho Internacional, particularmente en el caso de Irak, así como una retórica europeísta de acercamiento a las instituciones del viejo continente para distanciarse de Estados Unidos;
- b) la recuperación de un viejo discurso paneslavo y panortodoxo que tiene su mayor manifestación en la solidaridad mostrada hacia Yugoslavia durante la crisis de Kosovo;
- c) la oposición a la ampliación de la OTAN a Europa central, que se ve como una muestra injustificable de desconfianza y una amenaza velada a Rusia, aunque ante la sociedad rusa es evidente el agravio que supone el viaje de

⁴⁷⁴ Los intereses rusos son vistos, a lo largo de esta fase, como incompatibles con las tendencias a la consolidación de la hegemonía occidental. Ello lo ilustra perfectamente BILLINGTON, J. H., en "The West Stake in Russia's Future", *Orbis*, vol. 41, n° 4, otoño de 1997.

estos antiguos aliados hasta la institución de seguridad que había sido enemiga durante décadas.⁴⁷⁵

Ya en diciembre de 1998 Rusia había protestado contra las incursiones aéreas occidentales sobre Irak e, incluso, en las mismas fechas, a raíz de un viaje a la India, Primákov había insinuado la posibilidad de crear un “triángulo de seguridad” con China y la India para contrarrestar la hegemonía norteamericana.⁴⁷⁶ Las tensiones con Occidente parecían haber menguado a raíz de la aceptación por parte de la Duma del tratado START II, vinculándolo al respeto hacia el tratado ABM de 1972. Pero el conflicto de intereses entre Rusia y Occidente se reaviva durante la crisis de Kosovo, en la primavera de 1999.⁴⁷⁷ Rusia manifiesta su desacuerdo con la actitud de la OTAN cuando la Alianza Atlántica decide de modo unilateral intervenir militarmente en la antigua Yugoslavia. Al no ver realizado el papel de mediador que anhelaba, Rusia retoma su papel tradicional como aliado “histórico” de Belgrado y condena las operaciones de la OTAN, que califica (con una razón objetivamente refrendada por la mayor parte de observadores)⁴⁷⁸ como contraria al derecho internacional. A través del representante especial de Yeltsin, V. Chernomirdin, Rusia consigue todavía hacerse un lugar en la mesa de negociaciones que llevarían al alto el fuego del 3 de junio. El papel diplomático de Rusia en el conflicto queda en realidad muy relativizado por las consecuencias que debe realizar el Kremlin en cuanto a la participación en las fuerzas de paz en Kosovo (Kfor), a causa de su posición de debilidad (pocos días más tarde, en Colonia, el G-7 tenía que debatir acerca de las ayudas financieras a conceder a Rusia). A pesar de la espectacularidad de algunas acciones, como la inesperada aparición de fuerzas rusas en el aeropuerto de Pristina antes de la llegada de fuerzas de la OTAN en esta ciudad kosovar, Rusia debe conformarse con una endeble participación en las fuerzas de interposición que más bien garantizan una presencia plural en la zona antes que un papel fundamental del ejército ruso en la región o en la esfera internacional. Podemos calificar igualmente de espectacular la campaña casi romántica de solidaridad

⁴⁷⁵ Véase a este respecto SOKOLSKY, R. y CHARLICK-PALEY, T., “Look Before NATO leaps into the Caspian”, en *Orbis*, vol. 43, nº 2, primavera 1999; WETTIG, G., “NATO, Russia and European Security after the Cold War”, en *Aussenpolitik*, vol. 49, 3r. Trimestre de 1998; o HOPKINSON, W., *Enlargement: a New NATO*. Chailiot Papers nº 31, Institute for Security Studies, abril 1998.

⁴⁷⁶ Véase MOURADIAN, C., « La Russie et l’Orient », en *Problèmes politiques et sociaux, série Russie*, nº 796, enero de 1998, pp. 3-65.

⁴⁷⁷ Véase BARANOVSKI, V., “The Kosovo Factor in Russia’s foreign Policy”, en *The International Spectator* nº 2, abril-junio de 2000, pp. 113-130.

⁴⁷⁸ Véase ROMEVA, R., “Kosovo: les lliçons no apreses de Bòsnia”, *op. cit.*

paneslava y panortodoxa⁴⁷⁹ que, de un modo distorsionado, unía ocasionalmente la política exterior rusa durante la crisis con los intereses de Yugoslavia⁴⁸⁰ y sectores importantes de la opinión pública de Rumania, Ucrania, Bulgaria, Macedonia y otros países.⁴⁸¹ Si es cierto que, en general, los intentos rusos de abrirse una rendija en el área de toma de decisiones internacionales se saldan con un rotundo fracaso, podemos afirmar que de la crisis de Kosovo se puede concluir que se ha afianzado el abismo de desconfianza rusa hacia Occidente.⁴⁸²

Al mismo tiempo que la Unión Europea iniciaba su expansión hacia el vacío que había dejado la URSS en su retirada y posterior desaparición, estos países también buscaban un refuerzo de su vínculo institucional con Occidente por medio de la seguridad. Es por ello que muestran un vivo interés en ingresar en la Alianza Atlántica, cuestión muy delicada a los ojos de Rusia. En efecto, a pesar de la predisposición de la OTAN a esta ampliación, que ve como la plena consecución de su propio espacio de seguridad, durante largos años pesa el respeto a la susceptibilidad rusa como un factor

⁴⁷⁹ Debo señalar que en la identificación del nacionalismo ruso con la solidaridad religiosa intervienen factores a menudo ajenos no ya a la religión, sino a la simple solidaridad internacional y oculta una voluntad intervencionista clara y una cosmogonía centrada exclusivamente en el pueblo ruso. Así lo entiende, por ejemplo, GELLNER, E., (*Nacionalismo*, Ed. Destino, Barcelona 1988, p. 147): “Los eslavófilos eran, en un sentido y por decirlo de algún modo, ortodoxófilos y cierto elemento de esta actitud pervivió hasta bien entrada la década de 1990. Este elemento pudo apreciarse claramente en la actitud que mantuvo Rusia respecto al conflicto yugoslavo, si bien debe añadirse que, en la nueva derecha rusa, , existe también otro segmento que halla el alma rusa no en la ortodoxia sino en el paganismo eslavo.”

⁴⁸⁰ Unión coyuntural que no dejó de ser resentida entre la población albanokosovar. Para obtener una impresión cercana a los sentimientos de dicha población, véase el testimonio de KADARE, I., *et al.*, *The Southern Balkans: perspectives from the Region*. Chailiot Papers nº 46, Institute for Security Studies, abril 2001.

⁴⁸¹ Aparte de la actividad diplomática rusa y el posicionamiento conocido y lógico de Belarús a favor de Yugoslavia, no se produce ningún otro movimiento de solidaridad con Milosevic que responda a las esperanzas rusas de crear una nueva área de influencia “antihegemónica” a su alrededor. Aunque es cierto que en estos países se produce una cierta movilización ciudadana proyugoslava, pesan más tanto en la clase política como en la ciudadanía en general los vínculos con Occidente o los recelos hacia el expansionismo ruso o yugoslavo, según el caso. Es sintomática, en cambio (aunque perfectamente reducible al campo anecdótico) la decisión del Parlamento yugoslavo, durante el conflicto, de incorporarse al proyecto de unión política entre Rusia y Belarús, incorporación rechazada más tarde por todas las partes involucradas. Véase ARBATOVA, N.-A., “The Balkan’s test for Russia”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe....., op cit.*

⁴⁸² Durante la crisis de Kosovo hasta el 98% de los rusos entrevistados se manifestaron contrarios a las acciones de la OTAN. En otro sondeo realizado algunos meses más tarde, el 66% de los respondientes consideraban que la ampliación de la OTAN era una amenaza contra Rusia (datos extraídos de la participación de P. FELGENHAUER, analista de seguridad del *Moscow Times* y del diario *Segodnya*, en el seminario *New Challenges for European Security*, convocado por la Fundació CIDOB en Barcelona, en noviembre de 1999).

importante a la hora de decidir dicha ampliación.⁴⁸³ . Por otra parte, como se ha visto, los países bálticos, de próxima incorporación a la UE, son considerados por la clase política rusa como parte de su “extranjero próximo”; el solapamiento de intereses en el área no crea conflictos, de momento, pero constituye una fuente potencial de rivalidad. Tampoco podemos obviar la impredecibilidad de la CEI y los problemas que pueden ocasionar las futuras fisuras dentro de la organización, especialmente en países como Ucrania y Georgia, si estas fisuras vienen dadas por la voluntad de los países de la CEI de integrarse en organizaciones occidentales. En este sentido, hay que valorar adecuadamente la actitud de cautela que toma la UE hacia Ucrania, otorgándole un trato privilegiado (no olvidemos que Ucrania ha sido objeto de la segunda estrategia común de la PESC y que recibe numerosas ayudas de los fondos TACIS, destinados sobre todo a seguridad ecológica y a garantizar una política energética independiente para este país) sin poner en cuestión en ningún momento la influencia preferente que ejerce Rusia sobre este país. De igual modo, hasta el momento, la OTAN ha sido muy prudente ante las declaraciones atlantistas de gobernantes georgianos⁴⁸⁴ o de sectores ucranianos tanto gubernamentales como opositores,⁴⁸⁵ partidarios del ingreso de sus países respectivos en la OTAN precisamente para sustraerse a la influencia rusa.⁴⁸⁶ Por otra parte, recordemos que la propia Alianza Atlántica vive un largo proceso de redefinición a lo largo de los años noventa hasta tomar el papel activo que confirman sus intervenciones balcánicas y la aprobación, en 1999, del Nuevo Concepto Estratégico (NCE).⁴⁸⁷

⁴⁸³ Véase KAMP, K-H., “Expanding NATO – Be Aware of the Consequences!”, *op. cit.*; CALLEO, D., “NATO Enlargement as a Problem for Security in Europe”, en *Aussenpolitik*, vol. 49, 3r. trimestre de 1998; o RUBINSTEIN, A. Z., “The Case Against NATO’s Enlargement”, *op. cit.*

⁴⁸⁴ Como sucedió a principios de 2002, en que Tblisi permitió la llegada al país de soldados estadounidenses para controlar el corredor de Pankisi, supuesto santuario de los guerrilleros chechenos y posible nexo de conexión entre estos guerrilleros y sus contactos islamistas internacionales. La presencia de estas tropas levantó una polvareda de protestas en medios políticos rusos, finalmente acalladas por la comprensión que concedió el presidente Putin a estos movimientos de tropas estadounidenses en territorio de influencia tradicional rusa. Véanse, al respecto, CHILLAUD, M., y FACON, I., « Le rôle de la Russie dans la sécurité européenne », en *Le courrier des pays de l’Est* n° 1.025, mayo de 2002, pp. 31-38; PALACIOS, J.M. y ARANA, P., “Doctrina militar rusa: herencia soviética, realidades postsoviéticas, perspectiva europea”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, n° 59, octubre/noviembre 2002, pp. 81-104.

⁴⁸⁵ Sobre la problemática de una eventual candidatura de Ucrania a la OTAN, véase KUZIO, T., “Ukraine and the NATO: The Evolving Strategic Partnership”, en *The Journal of Strategic Studies* n° 2, vol. 21, junio de 1998.

⁴⁸⁶ Véase, en este sentido, las obras ya mencionadas más arriba de CALLEO, D., “NATO Enlargement as a Problem for Security in Europe”, *op. cit.*; ALEXANDROVA, O., “The NATO – Ukraine Charter: Kiev’s Euro-Atlantic Integration”, en *Aussenpolitik*, vol. 48, 4º trimestre de 1997; o SOKOLSKY, R. y CHARLICK-PALEY, T., “Look Before NATO leaps into the Caspian”, *op. cit.*

⁴⁸⁷ Véase LEPCOLD, J., “NATO’s Post-Cold War Collective Action Problem”, en *International Security* n° 1, vol. 23, verano de 1998, o WETTIG, G., “NATO, Russia and European Security after the Cold War”, *op. cit.*

En agosto de 1993 Yeltsin había expresado su comprensión hacia la voluntad de Polonia y otros Estados de ingresar en la OTAN, hecho que dio alas al debate sobre la materia. Rápidamente retomada y reorientada por Kózirev desde el ministerio de Asuntos Exteriores, la cuestión de la extensión de la Alianza Atlántica se convierte en una de las puntas de lanza de la política exterior rusa y toma la forma decidida de oposición a cualquier ampliación. En un artículo publicado en *Nezavizimaia Gazeta*,⁴⁸⁸ A. Kózirev expresa el punto de vista oficial al respecto, planteándose la perspectiva occidental según el cual la ampliación de la OTAN

“no sólo elimina las barreras que dividen Europa, sino que es un paso en el fortalecimiento de la democracia y la estabilidad de que también Rusia saca provecho. (...) La cuestión es, ¿qué Rusia? Rusia, la gran potencia que marcha por los caminos de las transformaciones democráticas y la apertura al mundo, o Rusia, la aislada y consecuentemente de nuevo forzada a convertirse en el campo militar (...). La ampliación de la OTAN sobre la base de los euroorientales es imprescindible porque Rusia es impredecible y está infectada por las ambiciones neoimperiales. En caso de aparición en Europa de nuevas barreras, se puede decir que Rusia se armará hasta los dientes de misiles que amenazarán a sus vecinos.”

La cuestión de la ampliación de la OTAN será un elemento de dificultad en el diálogo entre Rusia y sus vecinos occidentales.⁴⁸⁹ El Kremlin pospone repetidamente la firma del tratado START II de limitación de armamentos estratégicos, y a punto está de vetar el proceso de integración rusa en la Asociación para la Paz, en mayo de 1995. Finalmente, Kózirev aceptó el ingreso a la APP sin contrapartidas relativas a la ampliación, más que una vaga garantía exigida por el Kremlin (pero no firmada por la

⁴⁸⁸ Las causas habría que buscarlas, probablemente, en la desintegración paulatina del comercio interno de la CEI. Según el *Economist Intelligence Unit* (1998, citado por MARÍN, G., “¿Se han acabado las guerras en la antigua URSS?”, *op. cit.*, p. 9), si en 1990 las exportaciones rusas se dirigían en un 70% al resto de la URSS y las importaciones de estas repúblicas representaban el 47% del total ruso, en 1997 los países de la CEI recibían el 19% de las exportaciones rusas y originaban el 35% de sus importaciones.

⁴⁸⁹ Véase SHERR, J., “Russia Returns to Europe”, en *NATO’s Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 28 de abril de 1994; WETTIG, G., “Moscow’s Perception of NATO’s role”, en *Aussenpolitik*, vol. 45, 1999, n° 2, pp. 123-133.

OTAN) según la cual la ampliación debía ser “gradual, sin sorpresas y transparente”.⁴⁹⁰ A pesar de la aparente normalización de las relaciones formales con la OTAN (el 27 de mayo de 1997 se firma el Acta Básica de las Relaciones OTAN-Rusia),⁴⁹¹ Moscú sigue oponiéndose radicalmente a la ampliación hasta que se materializa, en marzo de 1999, el ingreso de Polonia, Hungría y la República Checa a la Alianza Atlántica, en un proceso que poco o nada ha tenido en cuenta la sensibilidad rusa y las protestas de sus dirigentes. Rusia experimenta en este proceso una profunda frustración que se refleja en un sentimiento generalizado de recelo hacia Occidente y de sensación de impotencia en la esfera internacional.⁴⁹²

La debilidad de Rusia y algunas concesiones importantes, como la firma del tratado OTAN-Rusia de 1997 que facilita el acceso del Kremlin a la información y a la toma de decisiones de la OTAN en lo que la concierne,⁴⁹³ allana el camino a la ampliación de la Alianza Atlántica al Este de Europa. No es casualidad que fuera justo antes de la intervención sobre Yugoslavia y de la cumbre de Washington que aprobó el Nuevo Concepto Estratégico cuando la OTAN llegaba a las fronteras europeas de la antigua Unión Soviética al incorporar a Polonia, Hungría y la República Checa. Este proceso no se detendría aquí, especialmente dada la exigencia de seguridad que seguían manifestando los demás países de Europa central y balcánica; exigencia a la que no es ajena, por cierto, la percepción de amenaza que supone tanto una Rusia reforzada como una Rusia vejada.⁴⁹⁴ En la reunión del Consejo Atlántico de octubre de 2002 en Praga la OTAN aprobó su ampliación a Eslovenia, Bulgaria, Rumania, Eslovaquia, Lituania, Letonia y Estonia, prevista para 2004.⁴⁹⁵

⁴⁹⁰ Véase ODOM, W. E., “Russia’s Several Seats at the Table”, en *International Affairs* n° 4, vol. 74, octubre de 1998.

⁴⁹¹ En general, sin embargo, esta firma no da lugar a un fuerte optimismo de los observadores acerca de la disminución de la tensión entre Rusia y la OTAN. Véase, por ejemplo, DELPECH, Th., « La question russe après l’accord avec l’OTAN », en *Politique étrangère* n° 3, Institut français des relations internationales, 1997.

⁴⁹² Véase MÜLLER, D. *et al.*, “The New Approach to Russian Security in the Context of the Programme for Change”, en *Aussenpolitik*, vol. 49, 3r. trimestre de 1998.

⁴⁹³ Tratado que parece acallar las quejas de Moscú, pero que no está exento de crisis en Occidente, como muestra el artículo de KAMP, K-H., “The NATO-Russia Founding Act. Trojan Horse or Milestone of Reconciliation?” en *Aussenpolitik*, n° 4, vol. 48, 1997.

⁴⁹⁴ Como se destaca en SHEMIATENKOV, V., “Russia – Neighbour, Partner and Enigma”, en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 20 de junio de 2000.

⁴⁹⁵ Sobre el posible mantenimiento de la tensión Rusia-OTAN tras el ingreso de los países bálticos en la Alianza Atlántica, véase TRENIN, D. y VAN HAM, P., *Russia and the United States in Northern*

8.d) Las relaciones económicas e institucionales entre Rusia y la UE, en vías de intensificación.

En contraste con las relaciones mantenidas por Rusia con las instituciones occidentales de seguridad, las relaciones con la Unión Europea han ido creciendo e intensificándose en este período. Durante los años 1996-2000 la Unión Europea ha ido canalizando su relación institucional con Rusia por tres vías concretas: el programa TACIS, el Acuerdo de Colaboración y Cooperación y la Estrategia Común para Rusia de 1999.

El programa TACIS, tras una evolución inicial centrada en la ayuda al desarrollo económico de Rusia, se centra en la actualidad en apoyar las reformas legales y administrativas necesarias en este país; la reforma del sector bancario y financiero; la desregulación; la gobernanza compartida y la reforma social. La nueva Regulación TACIS, para el período 2000-2006, prevé un uso del programa cada vez mayor como apoyo de la implementación de los Acuerdos de Colaboración y Cooperación con los diferentes países, para evitar el solapamiento de los programas y como resultado de la superación de una política basada en la ayuda más que en la cooperación.

Aunque los fondos del programa TACIS se han ido desvinculando de la asistencia humanitaria, este concepto ha seguido estando presente en las relaciones económicas entre Bruselas y Moscú; así, la Oficina Humanitaria de la Comisión Europea (ECHO) ha destinado 60 millones de euros a Rusia entre 1993 y 1998 bajo el epígrafe de ayuda humanitaria, la mitad de ellos dirigida a las víctimas de los conflictos del Cáucaso Norte.⁴⁹⁶ La misma Oficina ha destinado otros 50 millones de euros a las víctimas del segundo conflicto de Chechenia, a partir de 1999. También hay que mencionar la cifra de 415 millones de euros destinados en el marco del Programa de Distribución Alimentaria de la UE para hacer frente a los efectos sociales de la crisis financiera de 1998, y que se hizo efectiva entre 1999 y 2000 (excepto en Chechenia,

European Security. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2000.

⁴⁹⁶ Estos datos y la mayor parte de los que vienen a continuación han sido extraídos de *L'état du monde 2002* (y ediciones anteriores, Éd. La Découverte, París 2001) y de http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/.

donde se prolongó un año más). Por último, la Federación Rusa se ha beneficiado entre 1996 y 1999 de unos 520 millones de euros en concepto de asistencia financiera de Estados miembros de la UE, así como de 1.570,5 millones de euros en concepto de créditos del BERD.⁴⁹⁷

El Acuerdo de Colaboración y Cooperación (ACC) entró en vigor en diciembre de 1997, tras un retraso al que no fue ajeno el primer conflicto de Chechenia, por un período inicial de diez años. Establece el marco institucional para relaciones bilaterales, determina los principales objetivos comunes e incentiva actividades y diálogo en determinadas áreas. Sus funciones se concentran en:

- a) cooperación comercial y económica;
- b) cooperación en ciencia y tecnología, medio ambiente, transporte, espacio y otros sectores civiles;
- c) diálogo político en asuntos internacionales de interés mutuo y en cooperación relativa al cumplimiento de los principios de la democracia y los derechos humanos; y
- d) justicia y asuntos internos: cooperación para prevenir actividades ilegales, tráfico de drogas, blanqueo de dinero y crimen organizado.

El ACC cuenta con un entramado institucional que preside las relaciones políticas entre la Federación Rusa y la Unión Europea. Dicho entramado está compuesto por:

- dos cumbres anuales. Con asistencia de la Presidencia del Consejo Europeo, el Presidente de la Comisión y el Presidente de la Federación Rusa. En algún caso, además, el Presidente ruso ha sido invitado a asistir a los Consejos Europeos, como en el Consejo de Estocolmo, de octubre de 2001;
- Consejos de Cooperación, a nivel ministerial, de periodicidad anual;

⁴⁹⁷ Hallamos un ejemplo claro de implementación del Programa TACIS en la reinserción del personal militar en « L'intégration des anciens militaires russes à la vie civile : un exemple d'assistance de Tacis », *Le courrier des pays de l'Est* N° 1.025, mayo de 2002, pp. 27-30.

- Comités de Cooperación. Aunque pueden reunirse con tanta frecuencia como resulte necesario, en un escenario alternado entre la UE y Rusia, en los primeros años del funcionamiento del ACC ha bastado con una reunión anual;
- Nueve subcomités de carácter técnico, que se reúnen alternativamente en Moscú o Bruselas. Dichos subcomités son: 1) Comercio e industria; 2) Energía, medio ambiente y temas nucleares; 3) Ciencia y tecnología; 4) Transporte, telecomunicaciones y espacio exterior; 5) Carbón y acero, minería y materias primas; 6) Competencia, aproximación de las respectivas legislaciones y lucha contra el crimen; 7) Aduanas y cooperación transfronteriza; 8) Agricultura, pesca y protección al consumidor; 9) Temas financieros y económicos y estadísticas.⁴⁹⁸

Además de los instrumentos de diálogo institucional previstos en el ACC y ya detallados, existen otros foros de encuentro político entre la UE y la Federación Rusa. Así, en el Comité Parlamentario Conjunto se encuentran de modo regular miembros del Parlamento Europeo y de la *Duma* rusa. Por otra parte, existe una compleja estructura de diálogo entre Rusia y la UE, que aporta sus delegaciones bajo el formato de la *troika*, lo que concede a la legación comunitaria un fuerte componente institucional. En este contexto se producen reuniones a nivel ministerial (dos veces al año), de directores políticos (cuatro veces al año) y de expertos (unos quince grupos de trabajo PESC se reúnen con sus contrapartes rusas dos veces al año). Por último, en la cumbre de octubre de 2001 se acordó que la *troika* del Comité Político y de Seguridad se reuniese una vez al mes con el embajador ruso ante la UE para discutir asuntos internacionales.⁴⁹⁹

La Estrategia Común sobre Rusia fue aprobada en junio de 1999, para un período inicial de cuatro años. Se trata de la primera aplicación de dicho instrumento, previsto en el Tratado de Amsterdam de 1997, cuyo objetivo básico es dotar de una mayor coherencia a la política que seguía la UE, por un lado, y los países miembros, por otro, con relación a determinados países o áreas de importancia especial. En el caso de

⁴⁹⁸ Véase http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/index.htm.

⁴⁹⁹ Un análisis particularmente lúcido de la evolución en los últimos años de las relaciones políticas entre Rusia y la UE, así como de las motivaciones políticas de dicha evolución, lo hallamos en BARANOVSKY, V., *Russia's Attitudes Towards the EU: Political Aspects*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2002.

la Estrategia Común sobre Rusia, se propone la realización de una política general sobre las áreas prioritarias siguientes:

- la consolidación de la democracia, el Estado de Derecho y las instituciones públicas;
- la integración de Rusia en un espacio económico y social común europeo;
- la estabilidad y seguridad en Europa y su entorno;
- las amenazas compartidas en el continente europeo, como el medio ambiente, el crimen y la inmigración ilegal.

Sin embargo, cabría remarcar el creciente rechazo que ha provocado la escasa funcionalidad de las estrategias comunes a partir de las experiencias rusa y ucraniana (la estrategia común para Ucrania de la UE fue aprobada el mismo año 1999), lo que ha motivado que el mecanismo quedase en desuso tras la aprobación de la tercera estrategia común, destinada al Mediterráneo, en 2000. La escasa utilidad de este mecanismo ha levantado fuertes críticas tanto desde sectores institucionales comunitarios como desde los países y las áreas objetivo de las estrategias comunes.⁵⁰⁰

A pesar del carácter marcadamente asistencial de gran parte de la actividad de la UE hacia Rusia, la relación económica entre la Federación Rusa y la Unión Europea ha ido intensificando su vertiente estrictamente comercial.⁵⁰¹ Tras la experiencia soviética, en que la industria rusa perdió notablemente su capacidad de renovación y de competitividad y tras la fuerte caída de la producción a raíz de la crisis económica de la última fase de la URSS, la economía rusa necesitó, por supuesto, una reconversión casi

⁵⁰⁰ Ya se ha convertido en lugar común la frase del Alto Representante de la UE para la PESC, Javier Solana, al calificar a las estrategias comunes de “árbol de Navidad” por su función estrictamente ornamental. En el caso ruso, resulta significativa el artículo de BORKO, Yu., “The European Union’s Common Strategy on Russia: A Russian View”, en HAUKKALA, H. y MEDVEDEV, S. (eds.), *The EU Common Strategy on Russia: Learning the Grammar of the CFSP*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2001, pp. 117-143. Véanse también DE SPIEGELEIRE, S., “Towards a Genuinely Common EU Strategy on Russia”, en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 4 de marzo de 2003; HAUKKALA, H., “The Making of the European Union’s Common Strategy on Russia”, en HAUKKALA, H. y MEDVEDEV, S. (eds.), *op. cit.*, p. 22-80; DE SPIEGELEIRE, S., “The Implementation of the EU’s Common Strategy on Russia”, en HAUKKALA, H. y MEDVEDEV, S. (eds.), *op. cit.*, p. 81-116; SLIM, A., « Le programme Tacis pour la Russie : un bilan est-il possible? », en *Le courrier des pays de l’Est* n° 1.025, mayo de 2002, pp. 17-26.

⁵⁰¹ Hay que destacar, sin embargo, las cada vez más frecuentes críticas a la indefinición de un modelo institucionalizado de relación comercial y política de la UE con Rusia, como refleja BAYOU, C., en « La

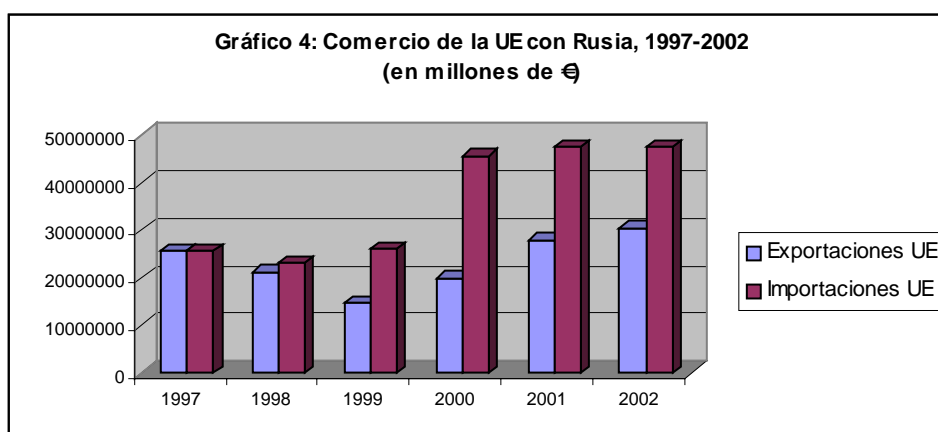
total de unas infraestructuras en gran parte obsoletas, pero sobre todo una nueva visión de conjunto que le permitiese afrontar una recuperación económica desde un punto de vista realista. Por ello la antaño gran e innovadora potencia industrial se tuvo que adaptar a un nuevo rol en la economía internacional en que la producción y exportación de productos manufacturados pasó a un segundo plano mientras el acento sobre la economía recaía, cada vez más, en la exportación de hidrocarburos. A falta de una industria competitiva, el gas y el petróleo se han convertido en los principales productos que avalan la recuperación económica de Rusia, tendencia que se ha visto favorecida por la coyuntura política internacional en los años noventa, en que la inestabilidad y el conflicto en Oriente próximo y medio han motivado la búsqueda de proveedores energéticos alternativos para Occidente. En este contexto, la Unión Europea se ha convertido en el principal cliente de Rusia, absorbiendo en el año 2001 hasta el 40% de las exportaciones rusas, unos 47.000 millones de euros, principalmente bajo la forma de hidrocarburos, que suponen el 51% de las exportaciones rusas a la UE. La importancia de estas exportaciones se ha traducido, hasta cierto punto, en una dependencia energética de la UE hacia Rusia: en 1999, el 21% del petróleo importado por la UE provenía de dicho país, mientras que el 41% de las importaciones comunitarias de gas en 2000 tenían el mismo origen; en conjunto, Rusia proveía en 2000 cerca del 15% de las necesidades energéticas de la UE. El peso de los hidrocarburos en el comercio exterior ruso, y muy particularmente en los intercambios con la Unión Europea, condiciona fuertemente la actitud política de los dirigentes rusos hacia Occidente, al mismo tiempo que concede a Rusia un instrumento valioso para estabilizar sus relaciones con los países consumidores de productos energéticos.⁵⁰²

Si la Unión Europea es el principal cliente de Rusia, también es su primer proveedor: en el año 2001 aportaba más del 25% de las importaciones rusas, unos 27.000 millones de euros. Rusia importa bienes industriales y de consumo, con una presencia nada despreciable del sector servicios (3.637 millones de euros en 2000). Globalmente, Rusia es el sexto socio comercial de la UE. Cabría destacar, sin embargo, tres factores importantes en las tendencias actuales del comercio entre la UE y Rusia: en primer lugar, el peso desmedido de los hidrocarburos en dicho comercio, que llevan a

Russie et l'Europe, les relations économiques actuelles. De la nécessaire définition d'un projet », *Le courrier des pays de l'Est* n° 434, noviembre de 1998.

⁵⁰² Véase SODUPE, K., *La Unión Europea y Federación Rusa, cooperación en el sector de la energía*. Ed. Universidad del País Vasco, 1997.

una dependencia excesiva de la economía rusa hacia este sector y, en menor medida, a una dependencia energética europea hacia Rusia; en segundo lugar, la balanza comercial, que sigue manteniéndose en un fuerte déficit para la UE de unos 20.000 millones de euros; y, por último, la disparidad en el peso de estas relaciones comerciales para ambos socios, puesto que si, como hemos visto, el comercio con la UE supone una importante proporción de los intercambios para Rusia, no es así a la inversa: el comercio con Rusia sólo representaba, en 2000, el 4,4% de las exportaciones y el 2,1% de las importaciones para el comercio externo comunitario. El principal beneficiario del comercio comunitario con Rusia es Alemania, a donde van a parar el 31% de los productos importados por la UE de dicho país, y que exporta el 34% de los productos comunitarios que van a parar a Rusia. Italia, Francia, Finlandia y los Países Bajos también participan de este comercio, aunque en mucho menor medida (entre el 8 y el 18% de los intercambios).



Fuente: http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/

La economía rusa en su conjunto está viviendo una franca recuperación tras la grave crisis financiera de 1998. Ello se debe en parte al incremento de exportaciones en el sector energético, y en parte también a la estabilidad política que ha seguido a la elección de V. Putin como presidente del país, en 2000. Sea como fuere, en 1999 el PNB se reavivó al crecer un 5,8%, aumentó hasta un espectacular 8,3% en 2000 y se ha estabilizado alrededor del 5% en 2001. El país está considerado cada vez más como un proveedor energético internacional, lo que le permite afrontar su enorme deuda externa,

que había alcanzado los 173.000 millones de dólares en 2000.⁵⁰³ La inversión exterior directa en Rusia es todavía modesta, unos 14.000 millones en 2001 (provenientes en cerca de dos tercios de la UE), y se calcula que la fuga de capitales alcanzó en 2000 una cifra entre 15.000 y 20.000 millones. Sin embargo, la reciente estabilidad del país y una mayor confianza internacional en el mismo permiten suponer que estas tendencias pueden revertirse en los próximos años a favor de un mayor crecimiento de la economía rusa.⁵⁰⁴

Tras la próxima ampliación de la UE al Este las relaciones con Rusia se verán notablemente incrementadas. No hay que olvidar que nueve de los trece países candidatos al ingreso pertenecieron hasta fecha reciente ya sea a la organización económica liderada por la URSS, el CAME, ya sea a la propia Unión Soviética, lo cual ha engendrado unos lazos de producción y distribución que aún no han sido sustituidos del todo, a pesar de la fuerte diversificación que han vivido estas economías desde entonces. Por otra parte, en Europa oriental la dependencia energética de Rusia es todavía más marcada que en la actual UE. En la actualidad (en cifras de 2000) el 22% de las exportaciones rusas van dirigidas a los países candidatos al ingreso en la UE, de donde proviene el 8% de las importaciones rusas. El comercio con Rusia es importante sobre todo para Lituania y Bulgaria, que importan del gigante oriental cerca del 25% de los bienes, para Eslovaquia, donde los productos importados son rusos en un 17% y Letonia y Chipre, con cerca del 12%. Las exportaciones tienen un papel mucho menor, pero los países más beneficiados en sus ventas a Rusia son Lituania y Chipre, ambos con el 6% de las exportaciones; hay que tener en cuenta que entre 1999 y 2000 las exportaciones del conjunto de estos países hacia Rusia han crecido un 105%, y las importaciones lo han hecho en un 34%. En conjunto, los países candidatos (incluyendo a Rumania, Bulgaria y Turquía) dedican el 2% de sus exportaciones a Rusia, de donde proviene el 9% de sus importaciones conjuntas. Todo ello apunta a que en un futuro cercano casi el 60% de las exportaciones rusas van a ir a una Unión Europea ampliada,

⁵⁰³ Acerca del nuevo pragmatismo económico y los resultados positivos de la economía rusa en este período, véase KHANIN, G. y SUSLOV, N., "The real Sector of the Russian Economy: Estimation and Analysis", en *Europe-Asia studies*, vol. 51, nº 8, diciembre 2000, pp. 1.433-1.454.

⁵⁰⁴ En este contexto cabe situar la reciente legislación aprobada a partir de 1999 que prevé facilitar la inversión internacional en el país. Véase al respecto HENDLEY, K., *et al.*, "Law, Relationships and private Enforcement: transactional Strategies of Russian Enterprises", en *Europe-Asia studies*, vol. 52, nº 4, junio 2000, pp. 627-656.

que a su vez va a contribuir con cerca del 40% de las importaciones rusas.⁵⁰⁵ Por otra parte, la ampliación de la UE puede beneficiar las relaciones comerciales con Rusia debido a una reducción general de la protección externa de los nuevos miembros de la UE a medida que éstos asuman los aranceles comunitarios, así como a la extensión del régimen comercial comunitario y de las normas del mercado único. Es con esta perspectiva que la Unión Europea y la Federación Rusa han acordado el establecimiento de un Espacio Económico Común Europeo que permita el establecimiento de normas comunes que regulen los intercambios entre ambas partes del continente. Ello permitirá la creación de una gran área comercial de unos 600 millones de habitantes en que Rusia y la Unión Europea se relacionen en un espíritu más de colaboración y complementariedad que de rivalidad o competencia. El mayor reto, de momento, lo constituye el mantenimiento de la recuperación económica rusa y la estabilidad social en este país.⁵⁰⁶

**Cuadro 10.- Comercio de la Federación Rusa con sus principales socios en 2000
(en millones de euros)**

	Exportaciones	%	% Crecimiento 1999-2000	Importaciones	%	% Crecimiento 1999-2000
Total	111.720	100	64	36720	100	29
UE	40.004	36	77	12.081	33	16
CEI	14.953	13	49	12.635	34	61
Candidatos	24.046	22	105	2.843	8	34
EEUU	8.647	8	43	2.932	8	31
China	5.676	5	74	1.028	3	23

⁵⁰⁵ Los datos detallados del comercio entre la Federación rusa y los países de la UE, así como con los candidatos al ingreso en esta última, pueden consultarse en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* n° 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 201-205, así como en *Anuario CIDOB 2001*, Barcelona 2002, pp. 259-262. Véase, en la página siguiente de esta tesis, sendos cuadros sobre el comercio ruso y su evolución y sobre los intercambios comerciales entre la Federación Rusa y los países de la UE.

⁵⁰⁶ La cooperación económica entre Rusia y la UE levanta enormes expectativas en los sectores políticos y económicos rusos, pero sería injusto no mencionar también las susceptibilidades y resentimientos levantados por la relación con un socio evidentemente más poderoso y que en gran medida hipoteca el desarrollo económico y político del país. Ello se ve bien reflejado, por ejemplo, en RIZHKOV, V., "Rusia ante la UE: entre la admiración y la decepción" (en *El País* de 9/3/2002, p. 8), en que el autor se lamenta de la incomprensión occidental hacia el sentimiento de frustración de Rusia por el desencuentro consigo misma, así como de la desconfianza de los rusos hacia un mecanismo político que no acaban de comprender.

Suiza	4.312	4	33	303	1	3
Japón	3.001	3	52	620	2	45
India	1.173	1	6	603	2	-5
Corea del S.	1.054	1	36	389	1	31
Israel	1.134	1	118	118	0	78

Fuente: EUROSTAT nº 99/2001 (27/9/01), *Déficit commercial croissant de l'UE avec la Russie*; Revista CIDOB d'Afers Internacionals nº 59, octubre/noviembre de 2002, p. 203.

Cuadro 11: Comercio entre los Estados miembros de la UE y Rusia en 2000 (en millones de euros)

	Importaciones	% UE	% Crecimiento 1999-2000	Exportaciones	% UE	% Crecimiento 1999-2000
Total UE	45.335	100	75	19.828	100	35
Alemania	14.097	31	75	6.659	34	32
Italia	8.335	18	98	2.521	13	46
Francia	4.501	10	64	1.838	9	34
P. Bajos	3.948	9	96	1.777	9	36
Finlandia	3.471	8	61	2.174	11	34
R. Unido	3.256	7	52	1.066	5	35
España	2.412	5	101	578	3	51
Bélgica	1.369	3	34	877	4	38
Grecia	1.158	3	136	268	1	17
Austria	1.132	2	73	711	4	49
Suecia	960	2	23	601	3	28
Dinamarca	419	1	49	542	3	43
Portugal	248	1	33	17	0	30
Luxemburgo	18	0	282	21	0	31
Irlanda	11	0	28	179	1	-31

Fuente: EUROSTAT nº 99/2001 (27/9/01), *Déficit commercial croissant de l'UE avec la Russie*.

Cuadro 12: Participación de Rusia en el comercio exterior de los países candidatos al ingreso en la UE (2000)

	Exportaciones (%)	Importaciones (%)	Conjunto de intercambios (%)
Total candidatos	2	9	6
Lituania	6	27	19
Bulgaria	2	24	15
Chipre	6	11	10
Eslovaquia	1	17	9
Letonia	4	12	9
Polonia	3	9	7
Estonia	2	8	6
Rumania	1	9	5
Hungría	2	8	5
Turquía	1	7	5
República Checa	1	5	4
Eslovenia	2	2	2
Malta	0	0	0

Fuente: EUROSTAT nº 99/2001 (27/9/01), *Déficit commercial croissant de l'UE avec la Russie.*

8.e) A modo de conclusión: Europa se cohesiona y establece sus límites con Rusia

En el período que va desde el fin de la Guerra de Chechenia hasta la renuncia de Yeltsin a la Presidencia podemos percibir una tendencia en Europa a buscar la estabilidad, tras la convulsa fase anterior de los años ochenta en que unos líderes europeos de carisma ciertamente histórico habían construido un gran edificio de la UE, pero que correspondía ahora hacer habitable. Es un período extremadamente constructivo, pero al mismo tiempo reflexivo sobre los errores y carencias del ambicioso proceso de construcción europea. Los Tratados de Amsterdam y Niza pretenden, pues, corregir los defectos de un Tratado de Maastricht excesivamente

sometido a una larga y penosa negociación en su día. Lamentablemente, los nuevos tratados (o, más exactamente, las nuevas revisiones del TUE) vivieron, a su vez, largos procesos de negociación y reajuste que acabaron dando como resultado magros avances y, en muchos casos, el incremento de la complejidad institucional comunitaria. Pero quedaba manifiesta la voluntad europea de proseguir el camino emprendido en la profundización de la unidad política y, de un modo significativo, de la ampliación hacia el Este y hacia los países mediterráneos.

Esta ampliación es altamente significativa para el objetivo que se ha propuesto la Unión Europea. Al emprender el camino hacia la unidad continental, las instituciones europeas inician una actitud valiente de resultados todavía no del todo previsibles, con un alto coste económico a corto plazo y que no suscita grandes entusiasmos entre la población comunitaria.⁵⁰⁷ Pero la ampliación es vista por la clase política comunitaria como una especie de deber, como un proceso necesario por razones en gran medida simbólicas, puesto que significa completar un marco geográfico en el que tiene su ámbito natural la realidad institucional creada casi medio siglo atrás por un puñado de países de Europa Occidental. En este contexto, no podemos olvidar la deuda histórica del reencuentro entre dos Europas separadas tras la Segunda Guerra Mundial a causa de una confrontación entre dos potencias de algún modo extraeuropeas. División de la que participaron, al permitirla, los países que más tarde prosperarían bajo la forma de un milagro económico que sólo afectaría a media Europa, mientras la parte oriental envidiaría una suerte de la que ahora reclama participar, esgrimiendo un derecho que le es generalmente reconocido. La Europa que resulte de este reencuentro debe ser la Europa completa, en contraste con aquella Europa partida por la fuerza no sólo entre dos bloques ideológicos y estratégicos, sino también entre una Europa “pobre” y una Europa “rica”, o entre una Europa “avanzada” y otra “atrasada”.

Y ante esta reunificación continental, nos cabe preguntarnos que papel le corresponde a Rusia. Como se ha dicho anteriormente, Europa se está definiendo en relación a quienes quedan fuera de sus fronteras, y Rusia es el ejemplo más claro, puesto que reúne muchas características culturales e históricas (y geográficas, claro

⁵⁰⁷ En los eurobarómetros de este período únicamente Polonia, Hungría y la República Checa reciben el beneplácito de una mayoría de los encuestados, mientras que el resto de los países candidatos reciben más rechazos que apoyos. Véase http://www.europa.eu.int/comm/public_opinion/.

está) que le hacen indudablemente europea, pero queda fuera del grupo de Estados que deberá constituir esa Europa con contenido político y geoestratégico. Hemos visto como, incluso, una de las razones de las ansias demostradas por los países de Europa central para ingresar en las instituciones occidentales es, precisamente, para evitar volver a caer bajo la influencia rusa.⁵⁰⁸ Esta Europa puede reservarse zonas para someter a su influencia directa o para ir absorbiendo lentamente, como los Balcanes occidentales o los países de la EFTA, pero no se plantea abordar la tarea ciclópea de considerar a Rusia como su área de expansión o como un Estado asimilable a su proyecto político. Por el contrario, respeta escrupulosamente, de momento, el área de influencia más directa que le corresponde a Rusia, es decir los países de la CEI.

Ello no implica mantener una política de rechazo o enfrentamiento con Rusia, más bien lo contrario. Esta Europa que se va dotando poco a poco de su propia política internacional busca precisamente en Rusia unas relaciones diplomáticas privilegiadas que no sólo garanticen la estabilidad del entorno geográfico inmediato, sino que sitúen al gigante oriental como un vecino con quien mantener relaciones estables e intensas. Las razones son diversas; además de la estabilidad estratégica que se acaba de mencionar, estaría igualmente la búsqueda de una asociación duradera y próspera que garantice la cooperación en materias tan delicadas y de tan honda preocupación en la UE como la delincuencia transfronteriza, la seguridad medioambiental o la inmigración ilegal. Del mismo modo, las buenas relaciones con Rusia permiten garantizar un mercado importante para los productos europeos, mercado cercano y educado con un gran potencial para su prosperidad y, por lo tanto, para el incremento de su poder adquisitivo. Por último, hay que recordar el papel que está tomando Rusia a lo largo de este período como gran proveedor de recursos energéticos, de los que Europa resulta ser su comprador principal.⁵⁰⁹

Pero cabría preguntarnos si en este conjunto de razones que explicarían la actitud de amistad de Europa hacia Rusia entraría también un papel simbólico, una

⁵⁰⁸ Así como consolidar la unidad nacional en sus propios países y rehuir de este modo sus problemas seculares de cohesión étnica. Véase al respecto TAIBO, C., “La cuestión nacional en la Europa Central y Oriental contemporánea: una guía de estudio” en FLORES JUBERÍAS, C. (coord.), *op. cit.*, vol. 2º, pp. 79-94.

⁵⁰⁹ Sobre la percepción de una necesidad de influencia mutua entre Rusia y Europa para consolidar sus respectivas estabildades, véase BARANOVSKI, V., “Assessing Russia’s Interaction with Europe”, en BARANOVSKI, V., *Russia and Europe...*, *op. cit.*

perspectiva sobre Rusia que la percibe como un país cercano, partícipe de gran parte de ese acervo cultural que compondría la Europa que se pretende unir y con la cual se pretende crear un gigante político. Tal vez, por razones pragmáticas, Rusia sea imposible de incorporar a dicho proyecto, pero sus propias características hacen de este país parte del proyecto por el que se intenta reunificar el continente.⁵¹⁰ La Europa simbólica que está detrás del proyecto europeísta no puede incluir a Rusia porque ésta no puede participar del proyecto político que la encarna pero, puesto que Rusia sigue siendo europea “en parte”, es lógico que tenga su cabida en el proyecto político europeo, igualmente “en parte”, es decir sin integrarla en dicho proyecto, únicamente haciéndola participar como un socio externo estrechamente vinculado al espíritu del proyecto y a su realización.⁵¹¹

Ello nos conduce a la explicación del complejo entramado institucional tejido alrededor de las relaciones entre Rusia y Europa. No sólo se ha pretendido otorgar a este país el privilegio (aunque dudoso, vistos los resultados) de ser el primer y principal beneficiario del flamante instrumento diseñado en Amsterdam de las estrategias comunes, sino que la cooperación estable constituida por el Acuerdo de Colaboración y Cooperación de 1997 ya prevé una densa red de conexiones entre ambos actores políticos que acercan enormemente a Rusia a la condición de partícipe en la política comunitaria, puesto que enlaza periódicamente prácticamente todos los órganos comunitarios de planificación y toma de decisiones con sus homólogos rusos, aportando una información y unos mecanismos de consultas y de decisiones conjuntas que la UE no comparte con ningún otro país o región del mundo.

Rusia, por su parte, establece unas relaciones igualmente privilegiadas con Europa, al mantener con Bruselas una relación de estabilidad raramente enturbiada por algún asunto menor como el de Kaliningrado. Ello pasa por asumir la naturalidad de la ampliación comunitaria sobre lo que fue el área de influencia rusa recientemente, pero también pasa por admitir *volens nolens* una dependencia de la economía rusa hacia la

⁵¹⁰ Como refleja el análisis que hallamos en MALCOLM, N., “The Common Europe Home and Soviet European Policy”, en *International Affairs*, vol. 65, nº 4, 1989, pp. 659-676, al considerar a Rusia como parte del área de ampliación europea a largo plazo.

⁵¹¹ Resulta muy ilustrativo el lúcido análisis que hace BARANOVSKI, V., en su artículo “Russia: a Part of Europe or Apart from Europe?” (*International Affairs*, vol. 76 nº 3, julio 2000, pp. 443-458), en que el autor resalta la necesidad estructural de una cooperación e imbricación institucional con Europa para que Rusia recupere su propia identidad.

comunitaria, o aceptar una continuidad territorial de la UE que estrangula las salidas rusas al Báltico, uno de los últimos pulmones de este país al comercio exterior, o incluso admitir la presencia de un fuerte contingente de personas culturalmente vinculadas a Rusia en los países bálticos que van a ser próximamente habitantes de la UE sin haber recibido garantías de poder recuperar plenamente de todos sus derechos civiles.

De forma aparentemente paradójica, la aceptación que presenta Rusia hacia la ampliación y la predominancia comunitaria se torna rechazo cuando es la Alianza Atlántica la que se expande hacia las fronteras rusas, o cuando impone su presencia en el sistema internacional. Incluso el trato de favor que propone la OTAN a Rusia, en 1997, con la firma de un Convenio bilateral que permite a dicho país estar informado y participar de las decisiones que la incumben, no ha bastado para acallar las críticas y suspicacias de Moscú hacia la Alianza Atlántica. Se podrían argumentar dos diferencias básicas entre la UE y la OTAN que justificarían la diferencia de trato y de sensibilidad de Rusia hacia una u otra. La primera es que la OTAN está liderada por Estados Unidos, tradicional enemigo de Moscú durante la Guerra Fría y en la actualidad hegemón universal y por lo tanto máximo representante de un orden internacional que humilla a las aspiraciones rusas;⁵¹² al fin y al cabo, recordemos que en los discursos de los grupos más nostálgicos y reivindicativos del espectro político y social ruso, como los neoeurasianistas, Estados Unidos siempre es el enemigo, mientras que Europa se suele presentar como un aliado potencial. La otra gran diferencia entre ambas organizaciones es que la OTAN es una organización de seguridad, y por lo tanto con una funcionalidad militar y potencialmente hostil y competitiva hacia el poderío militar ruso.

Ambas distinciones, sin embargo, pasan por alto sendos hechos que, en realidad, manifiestan una convergencia de intereses e incluso de características básicas que unen a la UE con la OTAN. En primer lugar, la OTAN, aunque efectivamente liderada por Estados Unidos, está compuesta por una mayoría de países europeos, más concretamente de la UE, que tienen un peso específico dentro de la Alianza y que podrían impedir sus acciones o condicionar sus políticas, por lo menos desde el punto

⁵¹² Esta visión condiciona, por supuesto, la propia evolución de las políticas de Washington, que se ve obligada a actuar con una cautela especial en sus relaciones con Rusia y sus vecinos inmediatos. Véase CHAYES, A., et al., "The Development of US Policy Towards the Former Soviet Union", en ARBATOV, A., *et al.*, *op. cit.*

de vista jurídico. En segundo lugar, no hay que olvidar que la UE es una organización en que todavía pesa de un modo desproporcionado su función inicial económica, pero que está haciendo un gran esfuerzo para dotarse de un contenido político y de seguridad. En este sentido se han hecho grandes pasos adelante desde Maastricht, y es previsible que en el futuro Europa también sea una potencia en el campo de la seguridad y la defensa, Cabe preguntarnos hasta qué punto Rusia podrá mantener la misma imagen amistosa con una Unión Europea armada situada muy cerca de sus grandes ciudades, que la que mantiene con el gran emporio comercial que sigue siendo en la actualidad esta cuasi inofensiva Europa.

9) Rusia en proceso de estabilización: el período Putin

9.a) Triunfo ruso en Chechenia

Desde los acuerdos de Grozny de 1996 y las elecciones de febrero siguiente, que dieron la victoria al moderado Masjádov, la situación interna en Chechenia no había hecho sino deteriorarse. Se había reproducido la sangrienta lucha entre clanes y grupos guerrilleros, había aumentado peligrosamente la inestabilidad y los secuestros se habían convertido en la principal fuente de ingresos de la región.⁵¹³ Todo ello no tuvo otro resultado que disminuir el poder de Masjádov y aumentar la desconfianza de las autoridades rusas hacia la capacidad de las instituciones chechenas de mantener el orden en esta región.⁵¹⁴ Por otra parte, a pesar de la crisis económica y política persistente en Rusia, la situación irregular de Chechenia se presentaba como uno de los puntos débiles del Estado, la asignatura pendiente que simbolizaba y concentraba la incapacidad de Rusia para afrontar su propia cohesión. En verano de 1999 se produjeron varios atentados en distintas ciudades rusas, incluida Moscú, con el resultado de varias víctimas mortales.⁵¹⁵ De manera simultánea, comandos chechenos que fueron calificados como “wahabistas” protagonizaron una incursión sobre territorio de la

⁵¹³ La hostilidad contra las tropas rusas no había cesado tampoco en este período. Véase GEIBEL, A., “Khattab’s audacious Raid (22 December 1997): Prelude to the second Chechen War”, en *Central Asian survey*, vol. 19, nº 3-4, septiembre-diciembre de 2000, pp. 341-349.

⁵¹⁴ Por supuesto, las autoridades chechenas, desde la perspectiva de defensa de sus propias instituciones, defienden la permanencia de una cierta estabilidad en la región antes de la intervención, suficiente cuando menos para no justificar la agresión del Ejército. Véase MASKHADOV, A., “Open Letter to the French Philosopher André Glucksman”, en *Central Asian survey*, vol. 19, nº 3-4, septiembre-diciembre 2000, pp. 309-314.

⁵¹⁵ El primero de estos atentados tuvo lugar en marzo de 1999 en Vadikavkaz, con el resultado de 50 muertos; el 31 de agosto estalló una bomba en un centro comercial moscovita cercano al Kremlin, con el resultado de 41 heridos. El 4 de septiembre se produce un atentado con coche bomba en Buinaksk (Daguestán), con el resultado de 64 muertos. El atentado más grave ocurrió de nuevo en Moscú, donde una bomba destruyó el 13 de septiembre un bloque de viviendas, causando un total de 118 muertos (véase “Chechenia, de guerra en guerra”, dossier publicado en *Anuario internacional CIDOB 1999*, Barcelona 2000, pp. 281-289). La autoría de estos atentados, atribuidos por las autoridades rusas a grupos chechenos, ha sido fuertemente contestado por las autoridades de esta región y por varios grupos guerrilleros, además de por varios observadores, que ven en estas operaciones simplemente la excusa ideal por parte de las fuerzas armadas rusas de una operación largamente diseñada pero que precisaba garantizar el favor de la sociedad rusa. Aunque nunca se ha podido demostrar la autoría real de los atentados, no faltan insinuaciones de que hubieran podido ser los mismos cuerpos de seguridad rusos los que habrían preparado esta campaña de atentados. Véase SAINZ, N., “Una década de posguerra fría en el Cáucaso: las guerras en Chechenia”, *op. cit.*; TAIBO, C., “Chechenia”, en *El País*, 29/2/2000 (p. 14); VALDÉS, F., “Guerra y barbarie en Chechenia”, en *Política Exterior* nº 73, enero-febrero 2000, vol. XIV, pp. 43-73; RADVANYI, J., *et al.*, « Le Nord-Caucase dans la crise », en *Le courrier des pays de l’Est* nº 1.009, septiembre-diciembre de 2000, pp. 3-46.

vecina república de Daguestán.⁵¹⁶ La combinación de ambas operaciones dio al Kremlin una oportunidad magnífica para retomar una guerra que pesaba sobre la sociedad rusa como una derrota y una herida permanentemente abierta y que para la clase política rusa era el símbolo de su divorcio con la sociedad.

Tras la reconquista del terreno ocupado en Daguestán, el nuevo primer ministro V. Putin declara su convencimiento de la conexión entre los atentados terroristas y los grupos chechenos y acusa a las autoridades de la región de “complicidad pasiva” por su incapacidad de controlar a los grupos guerrilleros que actúan desde la misma. Putin propone una serie de medidas de presión sobre Chechenia, como son la revisión de los Acuerdos de Grozny de 1996, la destrucción de todos los grupos guerrilleros, la creación de un cordón sanitario alrededor de Chechenia o la instauración de un gobierno checheno en el exilio. Tras una nueva explosión, esta vez en Volgodonsk, con el resultado de 17 víctimas mortales, el 16 de septiembre, Putin da órdenes de iniciar los bombardeos sobre Chechenia; en esta ocasión el primer ministro declara que su único objetivo son los grupos guerrilleros.⁵¹⁷

La nueva ofensiva rusa sobre la república díscola de Chechenia repite muchas características de la primera, cinco años atrás. Las tropas rusas tienen muchas dificultades para ocupar las ciudades y los asedios a las mismas son largos y sangrientos.⁵¹⁸ Se producen nuevos abusos sobre la población civil y ya son cientos de miles los refugiados chechenos que han huido de sus hogares.⁵¹⁹ A pesar de todo ello, la

⁵¹⁶ La primera incursión sobre Daguestán se produce el 7 de agosto, y las fuerzas rusas no logran repeler el ataque hasta el 14 de septiembre. Véase el dossier “Chechenia, de guerra en guerra”, *op. cit.*, pp. 281-289.

⁵¹⁷ El desorden de los primeros meses de campaña y el temor (lógico, por otra parte) a que se repitiera el cataclismo de 1994 queda reflejado, por ejemplo, en MENON, R. y FULLER, G.E., “Russia’s Ruinous Chechen War”, en *Foreign Affairs* nº 2, marzo-abril de 2000, pp. 32-44 ; MENESES ARANDA, M.R., “Rusia ante el abismo de Chechenia”, en *Papeles de cuestiones internacionales* nº 70, primavera de 2000, pp. 73-80 ; o RIBOTE, S., “Txetxènia, un nou holocaust”, en *Europa de les nacions* nº 42, primavera 2000, pp. 10-18.

⁵¹⁸ En esta ofensiva el ejército vuelve a tomar un fuerte papel decisorio, incluso con una alarmante autonomía respecto de los poderes políticos. Véase FACON, I., « L’armée russe et la seconde guerre de Tchétchénie », en *Le courrier des pays de l’Est* nº 1.018, septiembre de 2000, pp. 27-38.

⁵¹⁹ Véase al respecto ALVARADO PÉREZ, E., “Derechos, libertades y democracia en Rusia” en FLORES JUBERÍAS, C. (coord.), *op. cit.*, vol. 1º, pp. 133-168; así como SAMMUT, D., “Population displacement in the Caucasus: an Overview”, en *Central Asian survey*, vol. 20, nº 1, marzo de 2001, pp. 55-62.

población rusa parece dar muestras de unidad alrededor de una operación que ha venido precedida por una campaña de terror atribuida al desorden imperante en Chechenia.⁵²⁰

La guerra del Cáucaso ha sido planteada ante la opinión pública rusa, e incluso ante la opinión pública internacional, como un desagravio nacional ruso, en varios sentidos: el principal consiste, evidentemente, en recuperar un territorio rebelde y superar el trauma de una guerra perdida,⁵²¹ pero no podemos despreciar otro factor importante: la reanudación del conflicto del Cáucaso es un acto de afirmación nacional ante las presiones externas de diferente signo a que se encuentra sometida Rusia. Un país como éste, que ha visto cambiar en menos de diez años su condición de superpotencia por la de un país sin ninguna área de influencia en que pueda ejercer su control directo y sometido a la caridad de las instituciones internacionales, necesitaba reafirmarse con un golpe de fuerza que recordase a sus ciudadanos las gestas pasadas y su orgullo como pueblo. Por otra parte, en el imaginario colectivo ruso ha tomado fuerza la idea de la responsabilidad occidental en todos los males que Rusia adolece, incluida, por supuesto, la derrota en Chechenia. Es por ello que los soldados rusos vuelven al Cáucaso dispuestos a vencer a los guerrilleros chechenos, pero también dispuestos a superar a las críticas e incluso a las amenazas que ya calculan que les pueden llegar desde Occidente.⁵²² En este sentido, las objeciones son reducidas y relativas. Aunque la prensa occidental, ya alertada por el precedente de 1994-96, critica fuertemente la nueva ofensiva y la repetición de las tácticas abusivas ya utilizadas durante la primera guerra (bombardeo de objetivos civiles, campos de detención, torturas, ejecuciones sumarias, etc.),⁵²³ las organizaciones internacionales se abstienen de realizar una denuncia demasiado radical, y cuando así lo hacen son rápidamente sometidas al control de la actitud dominante, moderada y “comprensiva” con la ofensiva

⁵²⁰ Véase el dossier de *Le courrier des pays de l'Est* « Points de vue de l'intérieur sur le conflit tchéchène », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.004, abril de 2000, pp. 56-63.

⁵²¹ Véase, con relación a este extremo, RÍOS, X., “Chechenia: operaciones en el patio trasero”, en *Anuario CIP 2001*, pp. 171-187; FREDHOLM, M., “The Prospects for Genocide in Chechnya and extremist Retaliation against the West”, en *Central Asian survey*, vol. 19, n° 3-4, septiembre-diciembre de 2000, pp. 315-327.

⁵²² Véase la comparación que hace SAINZ, N., de las reacciones de las organizaciones internacionales en ambos conflictos, en su artículo “El conflicto de Chechenia y las organizaciones internacionales”, en *Papeles* n° 71, 2000, pp. 63-72.

⁵²³ Incluso se puede advertir una cierta autocrítica de la opinión pública europea respecto a la anterior condena a Rusia por su actitud en Chechenia, como se observa en LIEVEN, A., “Through a Distorted Lens: Chechnya and the Western Media”, en *Current History*, vol. 99, n° 639, octubre de 2000, pp. 321-328.

rusa.⁵²⁴ El organismo internacional con mayores competencias sobre conflictos internos, la OSCE, se limita en su cumbre de Istanbul (18 de noviembre de 1999) a exigir a Yeltsin el respeto a los derechos humanos y a las vidas de los civiles, sin atreverse a imponer ninguna sanción.⁵²⁵ En lo que concierne a la Unión Europea, únicamente hallamos una declaración de condena del Consejo Europeo de Helsinki, el 10 de diciembre, por los bombardeos y el uso excesivo e indiscriminado de la fuerza contra la población civil.⁵²⁶ Sin embargo, esta condena no tiene continuidad ni se manifiesta en ninguna acción o actitud concreta por parte de las instituciones de la UE.⁵²⁷ En general, existe la impresión de que se pretende respetar este gesto de autoafirmación rusa, y no provocar ninguna reacción imprevisible en un país delicado y que se siente hostigado de un modo permanente por la comunidad internacional, especialmente tras la crisis de Kosovo.⁵²⁸

En el contexto de la sociedad rusa, la guerra tiene un efecto muy diferente al de su precedente inmediato de 1994. Si la primera ofensiva tuvo como consecuencia la división de los rusos y la unión de los chechenos, en esta ocasión se produce el efecto contrario en ambas sociedades. Por una parte, se hace evidente la fragmentación existente en el lado checheno, con el presidente Masjádov y líderes guerrilleros como Basáyev pugnando por erigirse en cabezas visibles de la resistencia ante la intervención;⁵²⁹ además, surge una gran cantidad de pequeños líderes clánicos, locales o

⁵²⁴ Es el caso, sobre todo, de la reacción que protagonizó la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, que en abril de 2000 condena con rotundidad la actuación rusa y amenaza con la expulsión inminente de Rusia si ésta no corrige su actitud. Los propios organismos del Consejo de Europa se encargan de suavizar esta condena radical, e incluso la Unión Europea, por medio de sus ministros de Asuntos Exteriores, solicita al Consejo de Europa que no aisle a Rusia (véase ENGUIX, S., “Los Quince piden al Consejo de Europa que no aisle a Rusia”, *La Vanguardia*, 11 de abril de 2000).

⁵²⁵ A pesar de que la OSCE no llega a aprobar ninguna resolución condenatoria a Rusia por su actuación en Chechenia, Yeltsin mantiene una actitud arrogante ante las criticadas vertidas en la cumbre; declara que los occidentales no tienen derecho a criticar a Rusia por un asunto de política interna y abandona la reunión antes de lo previsto como muestra de descontento. Véanse el dossier “Chechenia, de guerra en guerra”, *op. cit.*, p. 285; BLOED, A., “OSCE Chronicle. The OSCE and the conflict in Chechnya”, en *Helsinki Monitor*, vol. 11, nº 2, 2000, pp. 58-60.

⁵²⁶ Véase el dossier “Chechenia, de guerra en guerra” *op. cit.*, p. 285.

⁵²⁷ El 30 del mismo mes de diciembre una Declaración de la Presidencia del Consejo se pronuncia a favor de un alto el fuego inmediato que permita la evacuación de Grozny y da su pleno apoyo a la gestión de la OSCE. En los sucesos previos al conflicto, otra Declaración de la Presidencia, del 13 de agosto, condenaba las incursiones chechenas a Daguestán y la instauración de un “Estado islámico independiente de Daguestán”

⁵²⁸ Véase, por ejemplo, MARÍN, G., *op. cit.*, pp 7-20.

⁵²⁹ Véase PRIEGO MORENO, A., “La evolución del conflicto de Chechenia”, en *UNISCI papers* nº 20, 2000, pp. 3-87.

religiosos que aportan visiones encontradas ante la actitud a tomar ante la ocupación.⁵³⁰ Por otro lado, la opinión pública rusa apoya mayoritariamente una operación presentada como un dispositivo para restablecer el orden pública y restaurar la cohesión nacional del país. Tras una década de malas noticias y de desunión, esta nueva ofensiva sobre Chechenia es una oportunidad para la sociedad rusa de manifestar un cierto optimismo hacia el futuro y un tímido apoyo a sus autoridades. A pesar de que el ejército ruso repite muchos de los errores tácticos y de las atrocidades que ya había cometido en la anterior ofensiva, no se producen fuertes protestas contra la intervención, e incluso la prolongación del conflicto, con la fuga de los líderes chechenos de las ciudades para integrarse en las guerrillas rurales, no consigue desgastar el apoyo creciente a un golpe de efecto mediático como es esta guerra ante una sociedad necesitada de victorias. Resultan significativos los resultados de la encuesta del Instituto Romir, a fines de 1999, citada más arriba,⁵³¹ sobre las causas de la guerra a tenor de la opinión pública rusa. En una respuesta que podía ser múltiple, el 58% de los encuestados opinaban que el objetivo de la operación militar era “destruir para siempre el nido del terrorismo internacional”; un 41% creía que era “preservar la integridad de Rusia”; un 29% decía que el objetivo era “restablecer el orden constitucional en Chechenia”; un 28%, significativamente, “defender los intereses económicos de Rusia”; un 23%, “responder a las incursiones guerrilleras en Daguestán”; un 11%, fortalecer la posición de Putin como candidato presidencial”; un 7%, “fortalecer el papel político de los militares”, y un 6%, “vengarse por los fracasos militares en la guerra de 1994-1996”.

Los motivos de esta segunda ofensiva parecen evidentes. Por un lado, ya se ha visto la importancia de aportar una sensación de firmeza ante una opinión pública descontenta y de concluir un episodio mal cerrado en 1996. Pero, más allá del efecto sobre la sociedad rusa y de la necesidad de restaurar la sensación de seguridad y de integridad territorial, se debe comprender también la necesidad de aportar soluciones urgentes al problema de la salida de los hidrocarburos del mar Caspio. Con las crisis de Oriente Próximo y Medio reactivadas ante el empeoramiento de la situación en Israel-Palestina y en Irak, Occidente busca con urgencia garantizar el abastecimiento de

⁵³⁰ Incluso hallamos opciones favorables a la misma o, por lo menos, a encontrar un acuerdo pacífico con las autoridades rusas, entre las cuales se encuentran voces tan cualificadas como la de A. Kadírov, muftí de Chechenia y declarado independentista, que critica abiertamente a Masjádov, a los jefes militares chechenos y, sobre todo, a la penetración sectaria extranjera de corte integrista, especialmente de origen saudí. Véase el dossier “Chechenia, de guerra en guerra”, *op. cit.*, p. 285.

petróleo a sus industrias y mercados. El precio del crudo se incrementa violentamente a fines de 1999 hasta alcanzar los 25 dólares por barril, por encima del listón de los 21,6 que hacen que el petróleo ruso sea rentable. Por otra parte, el territorio checheno sigue siendo imprescindible para una ágil exportación del petróleo proveniente de Bakú; a fines de 1997 el gobierno ruso había aprobado la construcción de un oleoducto que rodease el territorio checheno, que debía haberse terminado en 1998, pero la crisis económica y la falta de coordinación y de eficacia dentro de la administración rusa habían impedido su realización o siquiera su inicio.⁵³² La impaciencia occidental se manifestaba en contactos insistentes con los gobiernos turco, armenio y georgiano para facilitar el tránsito del petróleo hacia el sur en dirección a los puertos turcos. A mediados de noviembre de 1999 se hizo público que estaban ya avanzadas las conversaciones entre Turquía y Azerbaiyán para construir un oleoducto desde Bakú hasta el puerto turco de Ceyhan.⁵³³ Estas maniobras para alejar el paso del crudo por Rusia hubieran implicado la pérdida de cuantiosos ingresos de exportación a este país por un petróleo que ya no pasaría por su territorio, pero al mismo tiempo podría hacer que los países del Cáucaso, por donde pasarían los hidrocarburos, pero también los de Asia central, productores de gran parte de dichos recursos, podrían sustraerse a la influencia rusa ante la importancia económica que para ellos supondrían los ingresos de esta exportación.⁵³⁴ Para evitar esta situación catastrófica para Rusia había que garantizar con firmeza y urgencia un paso seguro de los hidrocarburos por territorio ruso hacia Europa occidental. Y este paso tenía su recorrido, por lo menos hasta la construcción de vías alternativas, por Chechenia.⁵³⁵

⁵³¹ Véase POCH, R., “Rusia se enroca...”, *op. cit.*, p. 14.

⁵³² Véase RADVANYI, J., « Transports et géostratégie au sud de la Russie », en *Le Monde diplomatique* n° 531, junio de 1998, pp. 18-19.

⁵³³ Véase MATÍAS LÓPEZ, L., “Rusia pierde la guerra del petróleo del Caspio”, en *El País*, 6 de noviembre de 1999, p. 5.

⁵³⁴ Sobre esta posibilidad de escapar a la influencia rusa en Asia central, véase SOTO, A., “Reflexiones sobre Rusia y Asia central: senderos que se cruzan y bifurcan”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, n° 59, octubre/noviembre 2002, pp. 123-139; en cuanto a la importancia de los hidrocarburos en dichas relaciones, véase LOCATELLI, C., « Du gaz pour l’Asie : les enjeux de la concurrence entre la Caspienne et la Russie », en *Problèmes économiques*, n° 2.603, febrero 1999, pp. 11-17.

⁵³⁵ Sobre las implicaciones económicas de los conflictos de Chechenia, véanse TAIBO, C., *El conflicto de Chechenia: una guía introductoria*, *op. cit.*; VALDÉS, F., “Guerra y barbarie en Chechenia”, *op. cit.*; o SERRA, F., “La multidimensionalidad del conflicto checheno, entre la cohesión social rusa y la seguridad regional en el Cáucaso”, *op. cit.*

9.b) Putin ante la opinión pública

Los efectos de la campaña de Chechenia sobre la opinión pública rusa son espectaculares y tuvieron como principal beneficiario a la imagen del primer ministro V. Putin. Este oscuro funcionario proveniente del impopular KGB fue puesto intencionadamente al frente de la campaña bélica del Cáucaso y rápidamente fue relacionado por la mayoría de la sociedad rusa con la iniciativa de restaurar el honor perdido de la nación. El rigor, la firmeza y la supremacía de los intereses colectivos por encima de los personales, características presentadas por los medios de comunicación rusos como algo inherente a la segunda intervención rusa, quedaron enseguida asimilados a la personalidad de Putin en permanente y flagrante contraste con la imagen dubitativa y corrupta que acarreaba desde hacía tiempo el Presidente Yeltsin. En la encuesta del Instituto Romir citada anteriormente y fechada a fines de 1999, Putin acaparaba hasta un 78% de opiniones que aprobaban su gestión, frente al 92% de rusos que desaprobaban la gestión de Yeltsin.⁵³⁶ La operación militar en Chechenia resulta, en realidad, una campaña de promoción de la figura política de Putin, ya candidato claro a la sucesión de Yeltsin a la presidencia rusa desde su nombramiento en agosto anterior como primer ministro.⁵³⁷

Tal vez por ello la población rusa se vuelca con la nueva incursión militar. En aquellos momentos la figura de Yeltsin era tan asociado a la corrupción y la decadencia del Estado, además del fracaso en la anterior intervención, que raramente hubiera podido liderar una operación bélica que lograra el fervor popular. Una cara prácticamente desconocida, sin embargo, tuvo el efecto de devolver en la sociedad rusa la esperanza en la regeneración de la clase dirigente del país y en la recuperación de la dignidad nacional. La estrategia de Yeltsin consistía en asegurar la continuidad de su política sin causar grandes trastornos. Consciente de su impopularidad, hizo recaer todo el peso mediático de la operación en su delfín, que en poco tiempo se convirtió en un héroe nacional. Una vez encumbrado fue el momento propicio para acelerar el traspaso

⁵³⁶ Véase POCH, R., "Rusia se enroca...", *op. cit.*, p. 15.

⁵³⁷ El carácter designado del nuevo Presidente es destacado en SHEVSTOVA, L., "Yeltsin and the Evolution of Electoral Monarchy in Russia", en *Current History*, vol 99, nº 639, octubre 2000, pp. 315-320, así como en VALCÁRCEL, D., "Enigmas rusos", en *Política Exterior* nº 72, noviembre-diciembre 1999, pp. 95-103.

de poder y el 31 de diciembre de 1999 Yeltsin anunció su renuncia anticipada a la Presidencia.⁵³⁸

Putin llega al poder, pues, con una atípica combinación de popularidad y consagración en el puesto por un predecesor impopular. La apuesta era arriesgada, puesto que, en las elecciones celebradas el mismo diciembre, la formación política creada *ad hoc* para reforzar al nuevo delfín, *Yedinstvo* (“Unidad”), obtuvo únicamente el 23% de los votos, por debajo del Partido Comunista, con el 24%. Resultado magro, pero considerado unánimemente como una buena señal para Putin, dada la atomización tradicional de las fuerzas que, en Rusia, suelen dar apoyo a las tesis presidencialistas.⁵³⁹ Sin embargo, en las elecciones presidenciales del 26 de marzo de 2000 el candidato oficialista obtuvo en éxito sorprendente, con un 52,9% de los votos ante el eterno candidato comunista G. Ziugánov, que obtuvo sólo un 29,2% de los votos. Este éxito, que hizo innecesaria una segunda vuelta de las elecciones, fue ampliamente interpretado como un apoyo casi plebiscitario a las acciones ya emprendidas por Putin, muy particularmente la ofensiva de Chechenia.

La nueva Presidencia, pues, tiene el mérito de conformar las inquietudes populares y, al mismo tiempo, no provocar una ruptura con las viejas clases dirigentes. Sin embargo, pronto inicia una política de saneamiento de la administración que contribuirá aún más a afianzar su popularidad y su posición. Para ello emprendió una campaña contra los oligarcas financieros, la nueva clase económica que había apoyado durante años a B. Yeltsin.⁵⁴⁰ Como resultado, V. Gusinski, propietario del grupo de prensa *Media-Most*, fue encarcelado brevemente acusado de malversaciones de fondos públicos y acabó huyendo a España, mientras que B. Berezovski, diputado por la región caucásica de los Karachais y los Cherqueses, tuvo que renunciar a su puesto al ser amenazado de procesamiento bajo acusación de corrupción; Berezovski también tuvo que abandonar el país, en este caso en dirección a Londres. En cambio, otro de los oligarcas más conocidos, R. Abramóvich, empresario petrolero, ha sido recuperado para

⁵³⁸ LACOSTE, Y., en « La Russie, dix ans après », (*Le Hérodote* n° 104, 1r. trimestre de 2002, pp. 3-222) considera esta sucesión el modo más digno de abandonar el poder por alguien que se había dejado mimar por el mismo y que lo cede no tanto por su impopularidad, a la que ya se había adaptado, como por su propia debilidad física.

⁵³⁹ Véase VALÈNCIA i MONTES, L.X., *op. cit.*, p. 63.

⁵⁴⁰ Véase al respecto WOLOSKY, L.S., “Putin y la plutocracia rusa” en *Política Exterior*, vol. XIV, n° 75, mayo-junio de 2000, pp. 45-58.

la política presidencial al ser nombrado gobernador de Chukotsk.⁵⁴¹ Al mismo tiempo, Putin inicia una serie de reformas administrativas tendentes a controlar el funcionamiento de unas regiones que habían distanciado excesivamente sus prácticas, en los últimos años, del centro político de la Federación.⁵⁴² Para ello, el nuevo Presidente designó a siete representantes encargados cada uno de ellos de controlar un distrito federal o superregión, de modo que cada uno de los 89 “sujetos de la Federación” (regiones, distritos, etc.) estuviera controlado de modo que sus dirigentes no adoptasen medidas legislativas contrarias a la ley federal.⁵⁴³

Todas estas medidas están destinadas a cohesionar el poder, pero al mismo tiempo se trata de políticas largamente esperadas por la sociedad rusa, hastiada por la corrupción y la fragmentación del país y deseosa de ver una política de firmeza y cohesión como no se conocía en Rusia desde los tiempos de la Unión Soviética. La oposición queda sin argumentos ante estas políticas decididas y sumamente populistas.⁵⁴⁴ La extrema derecha de V. Zhirinovsky ha quedado mermada, precisamente, por el crecimiento de la fuerza gubernamental *Yedinstvo*, que centra su

⁵⁴¹ Putin no descarta, sin embargo la promoción de la empresa privada, lo que se traduce en un reforzamiento del capitalismo que da lugar a algunas protestas sociales rápidamente silenciadas gracias a las políticas populistas del Presidente. Véase al respecto CLÉMENT, K., « Enjeux et luttes sociales en Russie : la réforme su Code du travail », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.019, octubre de 2001, pp. 35-49.

⁵⁴² El amplio poder que Yelsin había reconocido a las regiones, en parte para pagar favores políticos y en parte para evitar un nuevo frente de combate con las elites periféricas, suponía, a los ojos de gran parte de la opinión pública rusa, una muestra de debilidad del Estado, por lo que la imposición del orden central ruso y de la prevalencia legal de las instituciones federales es recibido como una muestra de energía por parte del nuevo Presidente. Sobre la problemática de las regiones rusas véanse NICHOLSON, M., “Towards a Russia of the Regions”, en *Adelphi Papers* n° 330, 1999, pp. 7-88; EASTER, G.M., “Redefining Centre-Regional Relations in the Russian Federation: Sverdlovsk Oblast”, en *Europe-Asia Studies*, vol. 49, n° 4, junio de 1997, pp. 617-635; GOLOSOV, G.V., “From Adygeya to Yaroslavl: Factors of Party Development in the Regions of Russia, 1995-1998”, en *Europe-Asia Studies*, vol. 51, n° 8, diciembre 1999, pp. 1.333-1.365; HANSON, Ph., “How many Russias? Russia’s Regions and their Adjustment to Economic Change”, en *The international spectator*, vol. XXXII, n° 1, enero-marzo de 1997, pp. 39-52; RODRÍGUEZ AGUILERA DE PRAT, C., “Asimetría federal y relaciones bilaterales centro-periferia en Rusia”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* n° 51-52 (diciembre 2000-enero 2001), pp. 7-24; WHITE, A., “Social Change in Provincial Russia: the Intelligentsia in a Raion Centre”, en *Europe-Asia Studies*, vol. 52, n° 4, junio 2000, pp. 677-694.

⁵⁴³ Véase GAZIER, A., « La mise au pas des régions russes? La réforme institutionnelle de Vladimir Poutine », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.015, mayo de 2001, pp. 4-14, así como LAPINA, N., « Les dirigeants régionaux et la pouvoir fédéral : une suite de compromis », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.015, mayo de 2001, pp. 15-24. Sobre las consecuencias étnicas de la nueva política hacia las regiones véase SMITH, G., “Russia, Multiculturalism and Federal Justice”, en *Europe-Asia Studies*, vol. 50, n° 8 (diciembre de 1998), pp. 1393-1411.

⁵⁴⁴ Una de las políticas de Putin que le valdrá una mayor popularidad será la normalización del sistema impositivo, una de las causas principales de la debilidad del Estado bajo Yeltsin. Véase GREGORY, F. y BROOKE, G., “Policing economic Transition and Increasing Revenue: a Case Study of the Federal Tax Police Service of the Russian Federation 1992-1998”, en *Europe-Asia studies*, vol. 52, n° 3, mayo de 2000, pp. 433-455.

electorado en los sectores más nacionalistas. Los comunistas, por su lado, se hallan fuertemente divididos y su base social también ha sido socavada por la nueva agresividad presidencial, que ha asumido los temas predilectos de la oposición parlamentaria en los últimos años, como son la lucha contra la corrupción y la restauración de la cohesión nacional. Por otra parte, Putin ha jugado una carta inteligente al consentir que los comunistas mantengan su papel tradicional de control de la *Duma* y pudieran elegir a uno de los suyos, Seleznev, como presidente de la cámara.⁵⁴⁵ A pesar de ello, las posiciones nacionalistas y nostálgicas del espectro parlamentario ruso y su habitual estrategia de alianzas sigue estando presente en los procesos electorales y políticos del país.⁵⁴⁶

La popularidad de Putin tuvo que vencer pruebas inesperadas que no hubieran superado otros políticos y que, sin duda, no hubiera podido afrontar su antecesor. Pocos meses después de su elección, en agosto de 2000, se producía en aguas del océano Ártico el hundimiento del submarino atómico *Kursk*, con toda su tripulación, en una catástrofe que no sólo se cobraba más de un centenar de vidas, sino que acababa con uno de los símbolos del resurgimiento militar y tecnológico ruso. Además, este suceso fue rodeado por un secretismo y una desidia burocrática que recordaban demasiado a la manera de actuar de otros tiempos con menores garantías democráticas.⁵⁴⁷ Poco después la torre *Ostankino*, símbolo del nuevo Moscú, sufría un aparatoso incendio. Todos estos inconvenientes parecían no hacer mella en un Presidente afianzado sólidamente en una popularidad casi incondicional entre los rusos. Incluso la persecución de los oligarcas, que podía haber salpicado a la Presidencia (incluso Berezovski reconoció haber

⁵⁴⁵ De esta *entente* política encontramos un profundo e interesante análisis en KOVALEV, S., “La Russia de Vladimir Putin”, en *Política Exterior* nº 74, marzo-abril de 2000, pp. 41-56, quien resalta el papel de Putin como superador de una fase de disensiones políticas en Rusia.

⁵⁴⁶ Normalmente se considera que los comunistas tocaron su techo electoral con el amplio, pero aún minoritario, 40% de los votos que obtuvo Ziugánov en las elecciones presidenciales de junio de 1996, y Yeltsin no tuvo demasiadas dificultades para asegurar la elección de su protegido V. Putin, a principios de 2000. Sin embargo, no podemos olvidar las frecuentes alianzas que forman los comunistas y los diversos frentes ultranacionalistas en la *Duma*, lo que obliga al Kremlin a adoptar una política permanente de concesiones nacionalistas. Véase RAVIOT, J.-R., « Une nouvelle classe politique en Russie? », en *Le courrier des pays de l'Est* nº 1.015, mayo de 2001, pp. 25-34; VALÈNCIA i MONTES, L.X., “Presidente y Parlamento en Rusia: un decenio de tensas relaciones”, en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 59, octubre/noviembre 2002, pp. 33-52.

⁵⁴⁷ Durante días, el ejército y el gobierno no concedieron a penass ninguna información sobre la catástrofe y sobre la identidad de la tripulación. Más tarde, las autoridades rusas se negaron a decer información que hubiera sido valiosa a empresas y gobiernos occidentales para el salvamento del submarino, aduciendo el carácter restringido del proyecto militar en que estaba inscrito el viaje del *Kursk*. Los familiares de los marinos fallecidos se quejaron repetidas veces de las trabas puestas para obtener información de los sucesos y, más tarde, para recuperar los cadáveres.

financiado al partido presidencialista *Yedinstvo* y a la propia campaña de Putin con los fondos suizos de la compañía Aeroflot) significó un detrimento del carisma del nuevo Presidente. En cambio, una serie de medidas populistas, como el esfuerzo por mantener al día el pago de los sueldos de los funcionarios, el control sobre el poder de las regiones o la política de desburocratización de la economía, han contribuido a incrementar el carisma de Putin, cuya popularidad se eleva regularmente en las encuestas por encima del 70%.⁵⁴⁸

En este contexto, no puede extrañarnos que la continuidad de la guerra de Chechenia no haya mermado este empuje de orgullo nacional. Ni siquiera la sangrienta intervención policial en el teatro Dubrovka, en octubre de 2002, con métodos todavía ahora poco esclarecidos, recibió grandes críticas en el interior de Rusia; al contrario, la popularidad del presidente experimentó un nuevo y espectacular incremento por encima del 80%.⁵⁴⁹ Por otra parte, hay que mencionar que Putin se convierte en un abanderado de la nostalgia patriótica rusa, con gestos simbólicos como la restauración del himno soviético, con nueva letra, en diciembre de 2000. Con una oposición comunista calificada de “leal” dada la coincidencia de su programa con la acción gubernamental, una sociedad cerrando filas alrededor de la Presidencia, una prensa y una televisión controladas por medios progubernamentales⁵⁵⁰ e incluso una clase intelectual fiel a la acción presidencial,⁵⁵¹ Putin se alza como un líder incontestado, en claro contraste con la línea seguida por su predecesor.

⁵⁴⁸ Sobre las catástrofes que pusieron a prueba los primeros meses de presidencia de Putin, y su modo de enfrentarse a las mismas, véase McFAUL, M., “Putin in Power”, en *Current history*, vol. 99, nº 639, octubre de 2000, pp. 307-314.

⁵⁴⁹ A fines de 2002 un comando guerrillero formado por una cincuenta personas tomó el teatro de la moscovita calle Dubrovka con unos 800 rehenes en su interior, y colocó estratégicamente explosivos en el interior del edificio para hacer verosímil su amenaza de volarlo. Tras tres días de difícil negociación, Putin dio instrucciones de tomar el teatro por la fuerza. El dispositivo, a manos de cuerpos especiales del ejército, consistió en introducir una sustancia anestésica en el edificio para poder asaltarlo sin que los guerrilleros pudieran reaccionar. Los efectos del gas inoculado, cuya fórmula ni antídoto no fueron facilitados por el gobierno, y los métodos expeditivos de la operación que, aniquilaron *in situ* a los guerrilleros, causaron cerca de 120 muertos, mayoritariamente rehenes.

⁵⁵⁰ Una de las primeras tareas de Putin al llegar a la Presidencia fue asegurarse el apoyo de la prensa, empezando por las televisiones. En la purga de los oligarcas que tanto apoyo le granjeó los primeros días de su mandato, Putin se desembarazó en primer lugar de los grandes empresarios mediáticos y puso bajo su control a las grandes cadenas televisivas ORT y NTV. A lo largo de los siguientes años fue aumentando su control hacia la prensa escrita y los medios regionales. Véase WOLOSKY, L.S., *op. cit.*, SÁNCHEZ ANDRÉS, A., “Presidencia de Vladimir Putin”, en *Política Exterior*, vol. XV, nº 83, septiembre/octubre 2001, pp. 22-30; así como RUCKER, L., « Russie 2000-2001 : une nouvelle équation à plusieurs inconnues », en *Le courrier des pays de l'Est* nº 1.020, noviembre-diciembre 2001, pp. 111-146.

⁵⁵¹ En abril de 2000 un grupo de 21 intelectuales rusos de renombre internacional, encabezados por el cineasta N. Mijailkov, el pianista N. Petro y el violista Yu. Bashmiov, presentaron una declaración de

Cabría analizar esta sorprendente popularidad de Putin como un ejercicio catártico de un pueblo que vivía al borde de la desesperación, para el cual todas las soluciones ensayadas aportaban nuevos problemas y que había aprendido a desconfiar de la clase dirigente sin confiar por ello ni en la clase política opositora ni siquiera en la propia sociedad rusa. La desesperanza de los rusos ante una situación económica y social cada vez más deteriorada necesitaba soluciones innovadoras y se detectaba desde hacía tiempo la necesidad de crear referentes de confianza para reanimar el letargo en que se hallaba sumido el país. Puesto que la mayoría de los referentes políticos en activo habían quedado en desprestigio, ya sea por su participación en la corrupción y en la desidia gobernantes, ya sea por sus implicaciones, aunque sea simbólicas, en regímenes pretéritos de amargo recuerdo, la solución debía llegar de algún personaje desconocido que, sin embargo, recogiera una cierta participación en la clase política para no provocar cambios bruscos y participara del simbolismo nostálgico, revanchista y regenerador tan apreciado por una sociedad como la rusa de los últimos años del siglo XX, pronta a recibir mensajes tranquilizadores sobre grandezas pasadas y gestas futuras.⁵⁵²

Putin representa a los ojos de una gran mayoría de la sociedad rusa una esperanza inesperada, puesto que supone la reacción de Rusia a una década de corrupción, nepotismo, derrotas, renunciadas y mal gobierno. Es el rostro del pueblo ruso que es capaz de levantarse ante los cómplices de dicha situación y ante el mundo entero para demostrar que no teme temor alguno a retomar su puesto, empezando por su integridad territorial y siguiendo por la honestidad debida hacia sus ciudadanos. Por añadidura, ello se lleva a cabo dentro del marco institucional, puesto que la sucesión ha sido planificada y aprobada cuidadosamente por el mismo poder cuya acción más tarde tuvo que matizar y corregir. Y esto, en la delicada situación de Rusia, es una ventaja, puesto que aleja los fantasmas inoportunos de la sedición y del enfrentamiento abierto con un entorno internacional que todavía se muestra imprescindible. Por supuesto, el

apoyo a la Presidencia rusa y a las operaciones “antiterroristas” en Chechenia, con un claro mensaje antioccidental. Véase POCH, R., “Intelectuales rusos declaran su apoyo a la ‘operación antiterrorista’ en Chechenia”, en *La Vanguardia*, 5 de abril de 2000.

⁵⁵² Con relación al mensaje tranquilizador de Putin a la sociedad rusa y, muy especialmente, a la clase empresarial, véase SÁNCHEZ ANDRÉS, A., “Presidencia de Vladimir Putin”, *op. cit.*, así como RAVIOT, J.-R., « Le triomphe de l’ordre établi », en *Le courrier des pays de l’Est* n° 1.004, abril de 2000, pp. 4-26.

mismo poder caduco en retirada buscará sus propias garantías de seguridad⁵⁵³ y participará en la designación de las cabezas de turco necesarias para garantizar ante la opinión pública que se está realmente ante un cambio de situación. Pero ello no será óbice para que la nueva Presidencia cuente con el apoyo incluso de los sectores más nacionalistas y ultramontanos⁵⁵⁴ defensores del victimismo ruso y sea vista, a pesar de sus fuertes compromisos internacionales, como la garantía de la defensa de los intereses de Rusia ante un mundo hostil y agresivo.⁵⁵⁵

9.c) Estrategias europeas: alianza frente a la hegemonía

V. Putin parece haber heredado de su predecesor el arte de la diplomacia tanto interna como externa. Ha sabido emerger a la arena política como contrapunto al régimen ya caduco de Yeltsin y envuelto de la parafernalia nacionalista y “regeneradora” de la guerra,⁵⁵⁶ pero al mismo tiempo se sabe avalado por Occidente, que le da el mismo crédito que a Yeltsin como garante de la estabilidad rusa. De igual modo, emite un discurso ambiguo a la comunidad internacional a la que sorprende con una insinuación, apenas estrenado en el cargo, según la cual Rusia podría optar a ingresar en la OTAN (marzo de 2000).⁵⁵⁷ La calculada ambigüedad de Putin en la esfera internacional, con guiños repetidos hacia Occidente pero sin descuidar jamás un discurso nacionalista y populista, recibe frecuentes espaldarazos de las potencias

⁵⁵³ Antes de abandonar la Presidencia, B. Yeltsin consigue un compromiso por parte de Putin de inmunidad judicial para él y para sus allegados más cercanos acerca sus responsabilidades en los largos años de gobierno y los alegatos interpuestos contra él. Véase WOLOSKY, L.S., *op. cit.*

⁵⁵⁴ Es significativo al respecto el apoyo decidido que recibe Putin de los sectores neoeurasianistas, que ven en su política de acercamiento a Asia un guiño a sus teorías. Véase YASMANN, Yu., *op. cit.*, así como la página web <http://www.dugin.ru:8101/EURASIA/manifest.htm>.

⁵⁵⁵ Sobre los posicionamientos a menudo contradictorios de la sociedad rusa frente a la presidencia de Putin, véase CLAUDÍN, C., “La sociedad de Rusia: entre el cambio y la continuidad”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 59, octubre/noviembre 2002, pp. 7-12.

⁵⁵⁶ Es significativo que Putin, para celebrar su elección presidencial, en febrero de 2000, lo exteriorizase disparando tres misiles, en un gesto que fue interpretado en Rusia como de afirmación y advertencia cara al exterior. Observadores como ROMERO AZNAR, *op. cit.*, señalan la importancia simbólica que tuvo este gesto en los sectores populares más resentidos con la pérdida de peso de Rusia en la esfera internacional, y que siguen confiando en la regeneración de la potencia rusa por vía de su industria militar.

⁵⁵⁷ No tan sorprendente si tenemos en cuenta las declaraciones similares realizadas por Yeltsin ocho años atrás. Sin embargo, ayudan a entender este gesto las puntualizaciones realizadas por Leónid Iváshov, jefe del Departamento Internacional del Ministerio ruso de Defensa, a la prensa española, al afirmar que hay que tomar esta posibilidad “sólo de forma hipotética. Y sería en otra OTAN, no en un bloque militar agresivo, sino en organismo pacífico destinado a garantizar la seguridad en Europa.” (*El País*, 15 de marzo de 2000, p. 4).

occidentales, a quienes parece no molestar el discurso nacional ruso, ni siquiera cuando tiene ribetes claramente antioccidentales, con tal de que Rusia pueda permanecer como un aliado fidedigno y estable.

Los primeros años del nuevo milenio fueron testigo de una nuevo juego de alianzas en la esfera internacional, condicionado por la aparición de nuevos líderes en Rusia y en Estados Unidos. Ya hemos visto en el apartado anterior las características renovadoras y nacionalistas del nuevo líder ruso. En Washington es elegido, en noviembre de 2000 y en un proceso electoral complejo y controvertido, el ultraconservador George W. Bush como Presidente. Su política nacionalista, armamentística y contraria a la multipolaridad chocará muy pronto con las posiciones de los países europeos y de Rusia. Será precisamente el Kremlin quien se encargará de llevar a cabo una oposición más activa a los nuevos planteamientos de la Casa Blanca, lo que llevará inmediatamente al surgimiento de una profunda fisura entre los dos países. Este nuevo enfrentamiento, en gran medida, traerá a los observadores y a la opinión pública en general recuerdos de la bipolaridad existente durante la Guerra Fría.⁵⁵⁸ Los grandes temas objetos de discordancia entre Estados Unidos y Rusia en el período que va entre la asunción de la Presidencia de Bush (enero de 2001) y los atentados del 11 de septiembre siguiente son:

- a) los proyectos armamentísticos de la administración Bush. A fines de los años noventa, una comisión independiente (la comisión Rumsfeld) emitió un informe, asumido más adelante por la CIA, en que señalaba la posibilidad de que Corea del Norte pudiese disponer de misiles balísticos de largo alcance en 2005, Irán entre 2010 y 2015 e Irak poco más tarde. Se creaba así una nueva categoría de amenaza, los *rough states* o Estados canallas, ante la que había que crear un sistema defensivo. Quedarían fuera de esta categoría, a pesar de su estatuto nuclear, tanto Rusia, con quien Occidente mantiene buenas relaciones, como China, con una veintena de misiles en situación de alerta débil (un centenar previstos para 2015), pero con escasa disposición agresiva. Clinton desarrolla a partir de 1999 la *National Missile Defense* (NMD) y

⁵⁵⁸ Sobre el ejercicio de esta nueva hegemonía estadounidense y su respuesta rusa, véase KLARE, M. T., « Washington veut pouvoir vaincre sur tous les fronts », en *Le Monde Diplomatique* n° 542, mayo de 1999.

refuerza la potencia de la *Theater Missile Defense* (TMD), que complementa el concepto defensivo estadounidense ante estas amenazas potenciales. La ley que aprueba estos programas tan sólo prevé desarrollarlos “tan pronto como lo permita la tecnología” y sólo permitía programas de investigación y desarrollo, pero de todos modos provocó una fuerte oposición por parte china y desconfianza de Rusia. La administración Bush ha recuperado un cierto discurso agresivo en materia armamentística. Por una parte, asume la NMD rebautizándola como *Missile Defense* (MD) y suprimiendo las fases intermedias, convirtiéndola de este modo en un instrumento más pragmático que prevea la realización sobre el terreno de defensas reales, no de simples proyectos.⁵⁵⁹ Por otro lado, concreta estas realizaciones con un proyecto de escudos antimisiles con apoyo de satélites, lo cual acerca el proyecto del nuevo presidente a los que había elaborado ya su padre. Uno de los problemas principales que comporta este proyecto es el recelo de los aliados europeos y la suspicacia de Moscú, que recuerda la vigencia del tratado antimisiles ABM de 1972, que según el Kremlin hace incompatible el nuevo despliegue estratégico estadounidense;⁵⁶⁰

- b) la política medioambiental. Washington se niega a firmar el protocolo de Kioto que le obligaría a reducir notablemente sus emisiones de CO2. Rusia y Europa, que estaban realizando notables esfuerzos en este sentido, presionan para que la administración Bush asuma su responsabilidad al respecto, sin la cual los protocolos ven mermada notablemente sus resultados finales;⁵⁶¹
- c) las exportaciones rusas de armas a países como China e Irán. Ello responde, en parte, a la continuidad de la política soviética de exportación armamentística a países del Tercer Mundo, y en parte a la presión social para mantener una de las industrias más emblemáticas (y simbólicas) de Rusia, unida al mantenimiento de la influencia rusa sobre Asia.⁵⁶² Al mismo tiempo, desde la administración Bush se reprocha el mantenimiento de vínculos

⁵⁵⁹ Véase BARDAJÍ, R.L., “La revolución estratégica de George W. Bush,” en *Política Exterior*, vol. XV, nº 82, julio-agosto 2001, pp. 113-120.

⁵⁶⁰ Véase BEDAR, S., « Le ‘bouclier antimissile’, un instrument de puissance unilatérale », *op. cit.*

⁵⁶¹ Véase McKIBBEN, B., “El invernadero de Bush”, en *Política Exterior*, vol. XV, nº 83, septiembre-octubre de 2001, pp. 145-159.

⁵⁶² Véase IVANOC, I., « La Russie et l’Asie-Pacifique », en *Politique étrangère*, nº 2, verano de 1999, pp. 307-316.

comerciales de Rusia con el Irak de Saddam Hussein, especialmente a través de la presencia de empresas petrolíferas rusas en dicho país;

- d) la política proteccionista de la administración Bush hacia los productores de cereales y acero. Ambos productos resultan de una importancia primordial para las exportaciones rusas a Estados Unidos, que se ven amenazadas por una política populista tendente a beneficiar a los recursos estadounidenses con fuertes subvenciones a sus productores.

Estos nuevos frentes de oposición a la política estadounidense se añaden a la animadversión anteriormente existente en materia de seguridad entre Rusia y Estados Unidos y la OTAN sobre materias como las intervenciones balcánicas o la ampliación de la Alianza Atlántica, ya analizada en apartados anteriores. La principal novedad de esta fase sería, con toda probabilidad, la sintonía hallada entre las posiciones rusas y las de la mayoría de países de la UE, disconformes con las políticas generales de Washington y en algún caso, como es el de las leyes proteccionistas norteamericanas sobre los cereales y el acero, directamente amenazados por las mismas. Durante buena parte del año 2001 se desarrolla una alianza entre la Unión Europea y Rusia que tiene como su principal eje la oposición a las políticas de la nueva administración de Washington. En este contexto debemos entender la postura de Rusia ante la ratificación del Tratado de creación del Tribunal Penal Internacional. A pesar de la firma inicial del Tratado que había estampado el Presidente Clinton, Bush se niega a ratificarlo. Incluso, en los años siguientes, lleva a cabo una campaña con el fin de que sus aliados concluyan pactos bilaterales con Washington que eximan a los nacionales estadounidenses de ser presentados ante dicho Tribunal. Rusia es otro de los países que se niega a ratificar el Tratado, pero ello no parece ser óbice para sumarse a las críticas que realiza, sobre todo, la UE contra Washington por su política activa contra el Tribunal.⁵⁶³

La política rusa de acercamiento a Bruselas, así como la receptividad de las instituciones comunitarias para con este acercamiento, vienen reflejadas en la buena marcha de las relaciones institucionales entre ambos actores. Putin es invitado a asistir

⁵⁶³ En este aspecto vemos una vez más el apoyo que garantiza la UE a Naciones Unidas como una arma dialéctica contra Estados Unidos para ofrecerse ante la propia opinión pública y ante la opinión pública internacional como la “potencia civil” que contrasta con los métodos agresivos de Washington. Del mismo modo, el apoyo ruso a las posiciones europeas no deja de ser retórico y muy rentable cara al

al Consejo Europeo de Estocolmo, celebrado en marzo de 2001, al tiempo que se ponen en marcha la mayor parte de los mecanismos previstos en el Acuerdo de Colaboración y Cooperación para establecer una relación fluida entre Rusia y la Unión Europea.⁵⁶⁴ Al mismo tiempo, en esta fase se detecta una clara aceptación por parte rusa del proceso de ampliación comunitaria acelerado tras el Consejo de Helsinki de diciembre de 1999; como contrapartida, la Unión Europea expresa su absoluto apoyo a la candidatura de Rusia para su ingreso en la Organización Mundial del Comercio (OMC).⁵⁶⁵

Para la política nacionalista del presidente Putin, esta política de acercamiento a Europa y de alejamiento de los intereses estratégicos norteamericanos tienen una clara lógica que entronca no sólo con las tesis nacionalistas clásicas, sino con la práctica ya emprendida por la política exterior de la administración rusa bajo el mandato de B. Yeltsin. Por un lado, el discurso nacionalista antiatlántista de los sectores más radicales de la nostalgia rusa, desde los comunistas a la extrema derecha, pasando por los postulados neoeuroasiáticos, defienden el acercamiento a las instituciones estrictamente europeas como un medio de debilitar el hegemonismo de Estados Unidos; al mismo tiempo, el reforzamiento de la política asiática de Putin, que materializa con viajes presidenciales a China, Corea del Sur, Japón, India y Mongolia, tienden a buscar nuevas fórmulas de contrarrestar la unipolaridad del sistema internacional vigente. Por otro lado, ello no contradice en absoluto, más bien ratifica, las tendencias seguidas en los años noventa por Yeltsin de estrechar lazos con Europa especialmente en el área económica, mientras que las relaciones con Estados Unidos, que toman un cariz básicamente de seguridad, son muestra de un claro rechazo y enfrentamiento. En consecuencia, vemos en esta política de Putin la confirmación de sus líneas generales en que combina un claro continuismo con relación a la política de su predecesor con una

consumo interior ruso. Véase al respecto BARANOVSKY, V., *Russia's Attitudes Towards the EU: Political Aspects*, *op. cit.*.

⁵⁶⁴ Es, en efecto, a partir de 2000 cuando se materializan los instrumentos de coordinación institucional previstos en el ACC, como las cumbres semestrales o los Consejos de Cooperación, que se reúne anualmente. Esta activación del diálogo político entre la UE y Rusia precisamente durante la segunda ofensiva de Chechenia contrasta vivamente con el impasse político producido a raíz de la primera intervención, en 1994. Véanse, al respecto, HOUSEPYAN, N., y TSUKANOVA, L., "Chechnya and Russia, War and Peace", en *New Times* nº 9, septiembre de 2002, pp. 6-13; DANILOV, D. y DE SPIEGELEIRE, S., *From Decoupling to Recoupling. A New Security Relationship between Russia and Western Europe?* Chailiot Papers nº 31, Institute for Security Studies, abril 1998. Sobre la política de Rusia y Europa en este período, véase SHEMIATENKOV, V., "Russia and Europe After Nice", en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 2 de agosto de 2000.

⁵⁶⁵ Véase SERRA, F., "Rusia: una lejanía acentuada", *op. cit.*

política agresiva que se vincula directamente al discurso populista de orgullo nacional y enfrentamiento al poder hegemónico de Estados Unidos en materia de seguridad.⁵⁶⁶

En la alianza de la Unión Europea encontramos una expresión casi perfecta del diseño de una política exterior equilibrada para la Rusia post-soviética. En esta nueva coyuntura se percibe la necesidad de mantener un discurso agresivo ante una sociedad rusa profundamente descontenta con la nueva situación de su país en el mundo y la desaparición de Rusia como sujeto decisorio del sistema internacional, al mismo tiempo que la delicada posición de Rusia en el mundo a causa de su debilidad económica y su inestabilidad social no aconsejan un enfrentamiento radical con Occidente. Se pueden presentar a la sociedad rusa dos caras del rival occidental, una amable, centrada en la economía y en la *low politics*, personalizada en la Unión Europea y con quien se busca estrechar las relaciones e incluso se pretende encontrar la máxima identificación posible, y otra hostil, centrada en el área de la seguridad y representada por la OTAN y por Estados Unidos, con quien se multiplican, con la presidencia de Bush, los puntos de desencuentro. Desencuentro que, como hemos dicho, es interiorizado y expresado por una opinión pública rusa que dirige la culpabilización por la nefasta situación de su país en gran medida al enfrentamiento exterior, y los concreta en un país como Estados Unidos que ha sido el gran rival de Rusia durante buena parte del siglo XX.

9.d) 11 de setiembre: flexibilidad en las alianzas estratégicas

Como en otros lugares del planeta, los acontecimientos de Nueva York y Washington en 1991 afectaron profundamente a la evolución de Rusia, pero en este caso podríamos decir que incluso favorecieron a este país. Los hechos que conmocionaron el mundo el pasado 11 de setiembre, con los sangrientos atentados en Estados Unidos, sus consecuencias económicas y políticas aún ahora difícilmente calibrables y la respuesta militar occidental todavía en curso sobre Afganistán, se han vivido de modo diferente en

⁵⁶⁶ En este período vuelve a ravivarse el debate acerca de la capacidad disuasoria de la industria militar rusa y la importancia que conlleva el mantenimiento de un fuerte arsenal nuclear como garante de la seguridad nacional, frente a una amenaza difuminada pero real de Occidente. Esto acarreará dificultades más adelante a Putin cuando, por razones económicas, querrá reducir dicho arsenal. Véanse WALLANDER, C.A., "Russia's New Security Policy and the Ballistic Missile Defense Debate", en *Current History*, vol. 99, n° 639, octubre 2000, pp. 339-344; LINES, T., "At Peace but Insecure: the Paradoxes of Post-soviet Life", en *IDS Bulletin*, vol. 32, n° 2, abril de 2001, pp. 25-34..

las distintas regiones del mundo, según el papel que cada país o región puede desarrollar en el nuevo escenario internacional. En el caso de Rusia y el espacio de la CEI, estos sucesos han situado la región en un área estratégicamente privilegiada y han hecho aumentar de modo sensible el valor de Rusia y de su actual administración en tanto que líder regional y como socio distinguido de las potencias occidentales.⁵⁶⁷

Putin fue consolidando su influencia y popularidad no sólo en Rusia, sino también en los Estados vecinos, y su prestigio internacional ha recibido grandes espaldarazos tanto en Europa occidental, donde ha sido cálidamente acogido en el Consejo Europeo de Estocolmo, como en la Alianza Atlántica o en foros internacionales como el G-8, organismos en que se halla cada vez más integrado. En el ámbito de su influencia regional directa, la Comunidad de Estados Independientes, Rusia ha podido ver su influencia restablecida en Moldova, tras la victoria electoral de una coalición izquierdista, rusófila y hasta cierto punto nostálgica de la extinta Unión Soviética, al tiempo que el controvertido pero indiscutiblemente rusófilo Lukashenka revalidaba su autocracia en Belarús⁵⁶⁸ e incluso la díscola Ucrania se mostraba dispuesta a buscar cauces de diálogo con Moscú tras el acorralamiento político a que se había visto sometido su presidente, L. Kuchmá.⁵⁶⁹ En Asia central se mantenía una cierta influencia del Kremlin y la lengua rusa recuperaba un sólido estatuto legal en Kirguizistán y Kazajstán, países que firmaron varios acuerdos comerciales y de seguridad con Rusia. El papel de Rusia como mediador en los conflictos caucásicos o la legitimidad de la presencia de tropas rusa en Tayikistán y otras zonas calientes de la región parecen haber superado las críticas de años anteriores y contribuyen decisivamente a forjar una nueva imagen de Rusia como líder regional.⁵⁷⁰

En este contexto, los atentados del 11 de setiembre han supuesto una oportunidad para Rusia no sólo de consolidar su posición en el sistema internacional,

⁵⁶⁷ El nuevo papel de Rusia como potencia regional ya desde la última fase del período Yeltsin es destacado en ART, R. J., "Geopolitics Updated", en *International Security*, vol. 23, nº 3, invierno 1998-1999.

⁵⁶⁸ Sobre la alianza que han ido forjando Rusia y Belarús y sus connotaciones de sensación de amenaza por parte de Occidente, véase MAIN, S., "Geopolitics and Security: Belarussian-Russian Military Cooperation 1991-2002", en LEWIS, A.(ed.), *op. cit.*, pp. 229-248.

⁵⁶⁹ Lo cual ha permitido a algunos analistas prever una futura alianza estratégica entre los tres Estados, en el supuesto que sigan evolucionando hacia la superación de sus divergencias. Véase KREMEN, V., "The East Slav Triangle", en BARANOVSKY, V. (ed.), *Russia and Europe...*, *op. cit.*

⁵⁷⁰ Véase SHEMIATENKOV, V., "Russia and September 11", en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 26 de enero de 2002.

sino de ejercer una influencia sobre los Estados vecinos que en los últimos tiempos ya se adivinaba creciente. Putin se apresuró a solidarizarse con las víctimas de Nueva York y Washington y a ofrecer cualquier tipo de ayuda a Estados Unidos en la respuesta que considerase necesaria. Las facilidades que ofrecía el Kremlin no eran desechables: en primer lugar, el espacio aéreo ruso se ofrecía como el único seguro y amistoso que permitía a las fuerzas occidentales aproximarse a la región; en segundo lugar, la influencia que Putin pudiera ejercer sobre Uzbekistán y Tayikistán, países fronterizos con Afganistán y por lo tanto claves en el conflicto, era vital para las operaciones terrestres norteamericanas; en tercer lugar, Rusia podía no sólo ofrecer una infraestructura de seguridad bajo su control directo en la zona (tropas de interposición en el conflicto de Tayikistán y de vigilancia de la frontera con Afganistán), sino que se hallaba en condiciones de hacer llegar rápidamente armamento y material (y tropas, si se diera el caso) a las fuerzas de la Alianza del Norte que combaten al régimen talibán desde el interior de Afganistán, con indisimulado apoyo uzbeko, tayiko y ruso desde hace años.

Si nos preguntamos qué esperaba ganar Rusia con este apoyo incondicional, la respuesta es múltiple y se relaciona con las expectativas que el Kremlin tenía depositadas en el sistema internacional desde hacía tiempo. En primer lugar, Rusia y su estabilidad se hacen imprescindibles para los nuevos esquemas de seguridad internacionales; habrá que contar a partir de ahora con Putin para el diseño de las nuevas estrategias de seguridad, sin espacio para la más mínima desconfianza. Una clara muestra de ello la encontramos en la reunión de la Conferencia Europea del 20 de octubre del mismo 2001, en la que se invitó a Rusia (junto a Ucrania y Moldova) a firmar la Declaración conjunta de condena de los atentados de EEUU y de apoyo de las acciones antiterroristas iniciadas por Washington, al mismo tiempo que los signatarios se comprometían a emprender acciones concretas a este respecto.⁵⁷¹

En segundo lugar, y en relación directa con lo señalado en el párrafo anterior, Rusia se ve legitimada, e incluso estimulada, a ejercer como líder regional; los devaneos políticos de una Rusia humillada y ansiosa de reconstruir su propia área de influencia ya

⁵⁷¹ Véase CHILLAUD, M., y FACON, I., « Le rôle de la Russie dans la sécurité européenne », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.025, mayo de 2002, pp. 31-38; BARANOVSKI, V., « 11 septembre : une vision russe », en *Politique étrangère* n° 1, enero-marzo de 2002, pp. 9-20.

no serán vistos con susceptibilidad por Occidente, que verá como Moscú se convierte en un mediador fidedigno y privilegiado ante países como los de Asia central que, de otro modo, no ofrecen las mismas garantías de confianza.

En tercer lugar, Rusia ve en la ofensiva integrista de setiembre un claro reflejo de lo que viene experimentando en su territorio desde hace años, por lo que no sólo se solidariza con las víctimas, sino que espera mayor comprensión internacional hacia sus problemáticas internas. Por supuesto el caso paradigmático, pero no el único, es el de Chechenia; el Kremlin venía dando la alarma hacía tiempo sobre la presencia de grupos armados organizados islamistas con conexiones en Afganistán (pero también en Arabia Saudita y otros países) en el conflicto que mantiene con los rebeldes chechenos. En el nuevo contexto internacional, las actuaciones rusas en Chechenia, hasta ahora simplemente toleradas, se ven plenamente legitimadas y reciben una mayor comprensión desde Occidente. En este sentido, el Kremlin se considera parte interesada en la lucha internacional contra el terrorismo, y no puede sentirse más satisfecha con la decisión de Estados Unidos y otros países de estrangular los flujos financieros y logísticos de los grupos islamistas internacionales, lo que en clave interna rusa significa minar los apoyos de la guerrilla chechena. Pero, además, ello significa lavar la imagen rusa: los actos rusos pasados, presentes y futuros en Chechenia serán considerados desde una nueva perspectiva mucho más condescendiente hacia Rusia e intransigente hacia unos rebeldes que han demostrado demasiados vínculos con el régimen talibán y con las organizaciones afines a Bin Laden. El Kremlin deja de ser visto como un régimen autoritario y sanguinario en la medida que sus reacciones en Chechenia son comprendidas e incluso secundadas e imitadas desde Occidente.⁵⁷² Pero la presencia islamista en Rusia no se limita a Chechenia. Moscú se siente profundamente incómoda por las iniciativas de gobiernos autónomos como los de Tatarstán y Bashkotorstán, que han llegado a mostrarse disconformes con la actitud rusa en Chechenia y en la crisis actual, además de la presencia e influencia crecientes de activistas extranjeros presuntamente religiosos en Daguestán, Siberia y otras regiones. El nuevo escenario internacional va a dar oportunidad a Putin para consolidar su autoridad sobre estos

⁵⁷² Ya se había percibido una sintonía entre Moscú y Washington sobre la cuestión chechena antes del 11 de septiembre, como se analiza en RADVANYI, J., « Conflits caucasiens et bras de fer russo-américain », en *Le Monde diplomatique* n° 559, octubre de 2000, pp. 18-19.

sectores, probablemente las principales sombras en la actualidad al ejercicio de su poder sobre toda Rusia.⁵⁷³

Por último, el nuevo escenario internacional supone una ventaja considerable para Rusia en la ya clásica carrera por ofrecer una salida más rápida y segura de los hidrocarburos de Asia central hacia Occidente. Al aumentar la inestabilidad en Oriente próximo y medio ha descartado, a corto plazo, la posibilidad de nuevas vías a través de Asia para el gas y el petróleo de la región, y las petroleras se están decantando abiertamente por la opción rusa. Ello no sólo aumenta la importancia de Rusia para Occidente, sino que estrecha los lazos económicos entre este país y las repúblicas asiáticas de la CEI.⁵⁷⁴

Por supuesto, no todos los actores involucrados en el nuevo papel ascendente de Rusia ven este proceso del mismo modo. A este respecto cabe hacer mención del papel de Uzbekistán, Estado clave tanto en la región centroasiática como en las operaciones militares vinculadas a la actual crisis. Tashkent aspira desde hace tiempo a convertirse en la potencia regional e influir sobre las demás repúblicas de Asia central,⁵⁷⁵ para lo cual no ha dudado en ejercer un claro intervencionismo en los conflictos tayiko y afgano. Pero esta vocación ha chocado a menudo con la desconfianza de sus vecinos y, sobre todo, con la competencia de Rusia. En la situación actual Uzbekistán se ve directamente implicada en la ofensiva mundial contra el integrismo islámico. No sólo por su implicación en el conflicto afgano a través de la ayuda tradicional uzbeka a la Alianza del Norte, sino porque el Estado se ha comprometido desde su fundación, como las otras repúblicas islámicas exsoviéticas, en un modelo laico y prooccidental cercano al turco. En este sentido, cabe recordar que el régimen de Islam Karimov mantiene desde hace tiempo un tenso pulso con grupos islamistas minoritarios pero activos, que llegaron a atentar contra el mismo presidente en 1999.⁵⁷⁶ En esta coyuntura, Uzbekistán está plenamente implicada e interesada en la operación internacional antitalibán podríamos decir que antes incluso que se iniciara. Sin embargo, su supeditación a los planes norteamericanos y el papel privilegiado concedido desde el inicio a Rusia como

⁵⁷³ Véase SHEMIATENKOV, V., "Russia and September 11", *op. cit.*

⁵⁷⁴ Véase SERRA, F., "Consecuencias del 11 de septiembre en Rusia y la CEI", *op. cit.*

⁵⁷⁵ Véase al respecto « L'Asie Centrale prend de large », en *Politique internationale* nº 82, invierno 1998-1999, pp.123-134.

mediador influyente en la zona merman las ambiciones uzbekas como líder regional e incluso su autonomía en el sistema internacional que se podría diseñar en un futuro. Una cierta actitud pusilánime de Tashkent a la hora de ceder sus bases militares y determinadas concesiones a la opinión pública islámica nacional e internacional (como el intento de presionar a EEUU para que no extienda el conflicto a otros países musulmanes) no han contribuido a aumentar el peso específico de Uzbekistán en la operación militar internacional.⁵⁷⁷

En conclusión, la nueva situación internacional surgida del derribo de las Torres Gemelas ha supuesto una magnífica oportunidad para que Putin reafirme su carisma hacia el exterior y, sobre todo, para que Rusia consolide su posición en el sistema internacional. Rusia, en efecto, se halla en este punto mejor integrada en el mapa geoestratégico del mundo y se siente más cómoda con sus aliados (ahora sí, aliados) occidentales que en ningún otro momento desde su renacimiento como Estado, en 1991.⁵⁷⁸ Los acontecimientos futuros y el diseño geopolítico que resulten de esta crisis determinarán probablemente unas nuevas relaciones entre diferentes sistemas regionales del mundo, pero de momento cabe entrever una ocasión para superar pasadas fricciones entre Rusia y Occidente y para que Rusia consolide un área estable de influencia internacional. Sólo debemos esperar que ello no sea en detrimento de los derechos humanos y nacionales de los pueblos de Rusia y de la CEI, en aras de consolidar la fortaleza del Kremlin en un nuevo sistema internacional más proclive a tolerar los excesos de Moscú.⁵⁷⁹

El nuevo escenario internacional tras la caída de las Torres Gemelas ha puesto en evidencia un nuevo clima de entendimiento y cooperación entre Rusia y Estados Unidos, especialmente en materia de seguridad, que tiene tal vez su más importante plasmación en las nuevas relaciones de Moscú con la Alianza Atlántica. Ya el 3 de octubre de 2001 el presidente Putin se reunió en Bruselas con Lord Robertson,

⁵⁷⁶ Véase al respecto ZAPATER ESPÍ, L.-T., “El Islam y el nuevo nacionalismo en las Repúblicas del Asia central”, *op. cit.*

⁵⁷⁷ Véase SOTO, A., “Reflexiones sobre Rusia y Asia central: senderos que se cruzan y bifurcan”, *op. cit.*, pp. 123-139.

⁵⁷⁸ Sobre el giro pragmático de la política americana de Putin, véase McFAUL, M., “Realistic engagement: a new Approach to American-Russian Relations”, en *Current history*, vol. 100, nº 648, octubre de 2001, pp. 313-321.

⁵⁷⁹ Véase SERRA, F., “Consecuencias del 11 de septiembre en Rusia y la CEI”, *op. cit.*

Secretario General de la OTAN, para discutir nuevas vías de cooperación entre Rusia y la Alianza. Esta reunión allanó el camino para el anuncio, por parte del Consejo Conjunto Permanente Rusia-OTAN reunido en la capital belga el 12 de diciembre siguiente, de una nueva iniciativa para institucionalizar una mayor cooperación entre ambas partes. Como resultado de estos propósitos, los representantes rusos y de la Alianza, en el mismo marco del Consejo Conjunto Permanente, reunido en Reykjavík el 14 de mayo, aprobaron el documento “*NATO-Russia Relations: A New Quality*”, aprobado por los jefes de Estado o de Gobierno implicados y por el Secretario General de la Alianza, reunidos en Roma el 28 de mayo de 2002.

Por este acuerdo, el Consejo Conjunto Permanente, existente a raíz del Acta Fundacional de 1997, es sustituido por un Consejo OTAN-Rusia que se yergue en un mecanismo de consulta, construcción de consenso, cooperación, decisión conjunta y acción conjunta. El nuevo Consejo, formado por los representantes de todos los países de la OTAN más Rusia, toma sus decisiones por consenso y se reúne una vez al mes al nivel de embajadores y representantes militares, dos veces al año al nivel de ministros de defensa y de asuntos exteriores y jefes de gabinete, así como, ocasionalmente, a nivel de cumbre; el Consejo es presidido por el Secretario General de la OTAN. Las áreas en que ambas partes han decidido colaborar son numerosas e importantes: lucha contra el terrorismo, gestión de crisis, no proliferación de armas de destrucción masiva, control de armamento y creación de medidas de confianza, aspectos a negociar de los programas de defensa antimisil de teatro (TMD), cooperación entre sectores militares y reforma de la Defensa, búsqueda y rescate en el mar, ciencia y medio ambiente y emergencias civiles, además de dejar la puerta abierta a abordar nuevas amenazas y retos que puedan afectar en el futuro a la seguridad global. Uno de los aspectos más importantes del acuerdo es la valoración positiva que hace de la participación rusa en las misiones de mantenimiento de la paz en los Balcanes, concretamente en la SFOR de Bosnia y Herzegovina y en la KFOR de Kosovo, así como el anuncio de un refuerzo de la cooperación entre ambas partes en esta región. El nuevo clima en las relaciones entre ambas potencias en materia de seguridad, por otra parte, facilitó el progreso de la ampliación de la OTAN hacia el este, plasmada en la aprobación, en la reunión del

Consejo Atlántico de noviembre siguiente en Praga, de la futura entrada en la Alianza de siete nuevos miembros, entre ellos las tres repúblicas bálticas.⁵⁸⁰

Al mismo tiempo, la reacción rusa tras los atentados sobre suelo norteamericano y las consecuencias inmediatas en el plano político y económico distanciaron por lo menos en aquel momento hasta cierto punto a Moscú de Bruselas. Así, los eurooccidentales no han puesto traba alguna a la plena disponibilidad de Rusia en las operaciones bélicas sobre Afganistán (en las que, por otro lado, también han participado los ejércitos europeos), pero no se han mostrado muy complacidos de la gira de Putin de noviembre de 2001 en que el líder ruso ha eliminado sus reticencias anteriores a los proyectos defensivos de Bush. Así, no sólo Putin desmanteló su oposición al escudo defensivo de Bush, sino que ambos mandatarios, en dicha ocasión, acordaron una sustanciosa disminución de los misiles de alcance medio con que ambos países se apuntan todavía desde la Guerra fría, para sosiego de la defensa rusa, que apenas puede permitirse el mantenimiento de sus efectivos estratégicos;⁵⁸¹ ello, sin embargo, se produjo a espaldas de unos socios europeos que hasta unos meses atrás habían dado muestras de apoyo a Moscú en su enfrentamiento dialecto con Washington.⁵⁸² Y tampoco parece haberle gustado a la UE la sintonía mostrada entre Putin y Bush en aspectos económicos, especialmente en los nuevos proyectos de abastecimiento energético ruso hacia Estados Unidos, lo que rompe el cuasi monopolio que ejerce hasta la fecha la Unión Europea como comprador de los hidrocarburos rusos.

Por otra parte, la cuestión de Kaliningrado se ha mostrado como un punto de enfrentamiento importante que ha enfriado notablemente las relaciones de Moscú con Bruselas. El 14 de mayo de 2002 el comisario de Relaciones Exteriores de la UE, Chris

⁵⁸⁰ Véase SERRA, F., “El Consejo OTAN-Rusia, ¿inicio de una nueva etapa en las relaciones Este-Oeste?”, en *Revista Española de Derecho Internacional*, enero de 2003 (en prensa).

⁵⁸¹ El problema de estos misiles ya era percibido desde tiempo atrás por ambas partes (véanse, por ejemplo, PIKAYEV, A. *et al.*, *Russia, the US and the Missile Technology Control Regime*, Adelphi Paper n° 317, International Institute for Strategic Studies, Oxford University Press, Nueva York 1998; o MENDELSON, J., “America, Russia and the Future of Arms Control”, en *Current History*, vol. 100, n° 648, octubre de 2001, pp. 323-329), de modo que en realidad podemos hablar de un aprovechamiento de una circunstancia perentoria por ambas partes para realizar un paso deseado e incluso necesario pero que las presiones sociales y políticas habituales impedían.

⁵⁸² Véase SEDIVI, J. *et al.*, *Enlargement and European Defence after 11 September*. Chailiot Papers n° 53, Institute for Security Studies, junio 2002.

Patten, exponía ante el Parlamento Europeo una agenda de las relaciones comunitarias con Rusia en que expresaba los puntos de vista de la Comisión acerca del futuro del exclave ruso. En realidad, el discurso de Patten venía a colación del informe Hoff, aprobado días antes por el Parlamento Europeo y que contó con el apoyo de la Comisión. Según dicho informe, la región de Kaliningrado es un área de soberanía rusa y, por lo tanto, recae en Rusia la responsabilidad de su desarrollo. La UE puede aceptar participar en la economía regional en el marco de la cooperación transfronteriza, pero rechaza de plano las propuestas rusas que preveían el libre tránsito de ciudadanos rusos entre Kaliningrado y el resto de Rusia tras la ampliación de la Unión Europea o, en su defecto, la apertura de “corredores especiales” de tránsito (trenes sellados o carreteras aisladas).⁵⁸³ El proyecto ruso consistía en convertir a Kaliningrado en una zona desarrollada a partir del comercio entre Rusia y la Unión Europea aprovechando su posición geográfica privilegiada.⁵⁸⁴

La disconformidad con estos proyectos se comunicó oficialmente a la contraparte rusa en la reunión que mantuvieron precisamente en Kaliningrado el 15 de mayo, en el marco del Comité de Cooperación, delegados de la Comisión Europea y de la Federación Rusa, liderados respectivamente por C. Day, Directora General para Relaciones Exteriores de la Unión Europea, y M. Medvedkov, ministro ruso de Desarrollo Económico y Comercio. En esta reunión, la Unión Europea se comprometió a participar en el desarrollo de la región de Kaliningrado con una ayuda de 40 millones de euros hasta fines de 2003 y a cooperar con las autoridades rusas en áreas claves para la región como el crimen organizado, la sanidad y la contaminación. Al mismo tiempo, los representantes de la UE ratificaron que los ciudadanos rusos deberán necesitar pasaporte y visado para cruzar el espacio Schengen tras su ampliación, aunque sea para viajar de un territorio ruso a otro territorio ruso.⁵⁸⁵ Tras la negativa comunitaria al libre tránsito podemos ver, desde luego, un temor a la expansión de las actividades delictivas que tienen su base en Kaliningrado, pero no es difícil ver las presiones de los otros puertos del Báltico para beneficiarse del comercio terrestre de productos rusos y

⁵⁸³ Véase al respecto LYNDELLE, D.F. y SERGOUNIN, A., *Are Borders Barriers? EU Enlargement and the Russian Region of Kaliningrad*, op. cit.; LAMANDE, V., y LEFEBVRE, E., « Un nouveau mur pour Kaliningrad », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.025, mayo de 2002, pp. 39-49.

⁵⁸⁴ Véase http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/north_dim/news/patten/ip02_201.htm.

⁵⁸⁵ Véase http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/north_dim/news/ip02_721.htm.

asiáticos con destino a Europa.⁵⁸⁶ Por otra parte, es dudoso hasta cierto punto el interés real de la UE en apoyar el desarrollo de una región que, eventualmente, podría competir con regiones que en breve tiempo pasarán a formar parte de la Unión ampliada.⁵⁸⁷

La situación de las conversaciones sobre Kaliningrado enturbió la cumbre Rusia-UE del 29 de mayo de 2002, y en los meses siguientes mantuvo la sombra del desacuerdo entre ambas partes.⁵⁸⁸ El papel que ha hallado Rusia en la esfera internacional con la nueva intimidad alcanzada con Estados Unidos parece haber ido en detrimento de sus privilegiadas relaciones con Bruselas, que atravesaron tras el 11 de setiembre unas horas bajas. Sin embargo, cabría atribuir esta desaceleración como un ejercicio de equilibrio estratégico de la administración Putin, que supo aprovechar un buen momento para mejorar el clima de su diálogo con Washington pero que, simultáneamente, ha tenido que afrontar una crisis de confianza con la UE.⁵⁸⁹

9.e) Rusia, a la búsqueda de la definición de una tendencia en su política internacional

La presidencia de Putin ha supuesto para Rusia un fuerte impulso en todos los sentidos. Analicemos en detalle los tres elementos básicos que caracterizan esta fase de la formación de la nueva Rusia que, sin duda, contribuye poderosamente a su cohesión. Por un lado, ha reactivado la confianza de la sociedad rusa hacia sus dirigentes, dando por terminada (de momento) una larga etapa de catastrofismo y de divorcio entre la sociedad y el poder. Por otro, el presidente ha mantenido una ágil y oportuna política estratégica que le ha permitido establecer una geometría variable de alianzas con las potencias del sistema internacional sin comprometer la protección que tan necesaria resulta para la economía y para la estabilidad del país. Por último, estrechamente vinculada con los dos puntos anteriores, hay que señalar una redinamización de la

⁵⁸⁶ Véase, en este sentido, LAMANDE, V., y LEFEBVRE, E., « Un nouveau mur pour Kaliningrad », en *Le courrier des pays de l'Est* nº 1.025, mayo de 2002, pp. 39-49.

⁵⁸⁷ Véase al respecto HERRERO DE LA FUENTE, M., “El futuro de Kaliningrado ante la ampliación de la UE y la OTAN”, *op. cit.*

⁵⁸⁸ Véase BARANOVSKY, V., *Russia's Attitudes Towards the EU: Political Aspects*, *op. cit.*; CLAUDÍN, C., “Rusia y la Unión Europea, diez años de un lento aprendizaje”, en *Anuario CIDOB 2001*, Barcelona 2002, pp. 169-176.

economía rusa, sin duda ajena en su inicio a la política del nuevo presidente, pero coincidente de un modo muy oportuno con el relevo presidencial.⁵⁹⁰

Ya hemos visto en este mismo capítulo las características básicas de la estabilización social rusa, centradas en la necesidad de un discurso al mismo tiempo pragmático y cercano a las necesidades populares, que conectase directamente con la sociedad rusa. Putin logra acertadamente revestirse de un carisma aparentemente incombustible en el que confluyen la regeneración del Estado ruso con un mensaje tácito de nostalgia hacia los grandes momentos de la historia rusa, incluyendo la era soviética. Pero tal vez el mayor mérito de Putin, o de la sociedad rusa al dejarse encandilar por el nuevo líder, es acabar con largos años de espíritu funesto y catastrofista no sólo sobre la situación en que se hallaba inmerso el país, sino sobre las mismas capacidades de la sociedad ruso para afrontar la crisis y superar las dificultades. Es evidente que la sociedad rusa ya presentaba un lógico hastío hacia un pesimismo y un pensamiento derrotista que por muchos años habían sido la única y reiterativa respuesta ante el reto de Rusia frente a la identidad que debía adoptar en este nuevo capítulo de su historia.⁵⁹¹

En segundo lugar, la nueva política de alianzas de Putin sigue un rumbo inteligente en que, al rechazo hacia el atlantismo que conllevaba su empuje populista inicial, ha sabido dar un giro oportuno cuando las circunstancias así lo han permitido. Y lo cierto es que las circunstancias han sido en este sentido muy propicias, porque el presidente ruso ha podido ofrecer un restablecimiento de las buenas relaciones con Washington en el momento en que más convenía a ambas partes: por un lado, Estados Unidos ha sacado un gran beneficio de su nueva relación con Rusia, que le ha permitido entre otras cosas efectuar una operación relámpago sobre Afganistán en un momento en que la opinión pública estadounidense reclamaba acciones contundentes; por otro, Putin ha podido distender las relaciones la Casa Blanca, en contra de lo que hasta entonces había exigido la opinión pública rusa y sectores tan influyentes como el ejército o el

⁵⁸⁹ Véase BARANOVSKY, V., *Russia's Attitudes Towards the EU: Political Aspects*, op. cit.

⁵⁹⁰ HOLMES, S., en su artículo "Simulations of Power in Putin's Russia", (*Current history*, vol. 100, n° 648, octubre 2001, pp. 307-312) remarca la oportunidad de Putin como líder carismático surgido precisamente cuando el país lo requería y lo podía soportar.

⁵⁹¹ Como refleja muy bien TISKHOV, V., en su artículo "Contra la retórica de las quejas: antropología de las transformaciones en Rusia", en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n° 59, octubre/noviembre 2002, pp. 73-80.

complejo militar-industrial de su país, lo cual le ha llevado numerosas ventajas en el marco internacional, como cohesionar su influencia en la CEI o una mayor comprensión en sus operaciones caucásicas. Resulta significativo, por otro lado, que el primer e inmediato resultado del nuevo clima entre los dos países creado tras el encuentro de ambos presidentes en Texas a fines de 2001 sea una importante reducción de los arsenales nucleares. Este paso resulta difícil de proponer a la sociedad rusa, dada la carga simbólica del armamento estratégico para un país que ve en esta capacidad la única garantía de ser respetado por las otras potencias; sin embargo, Putin era consciente del alto coste económico del mantenimiento de este arsenal y que la tensión en el ámbito de la seguridad que había presidido las relaciones entre el Kremlin y el Pentágono hasta la fecha podía tener un peso excesivo sobre la incipiente recuperación económica rusa. No es ocioso, en este sentido, recordar el ejemplo de Gorbachov y su interés, durante la *Perestroika*, en reducir unos gastos militares que no sólo mermaban la capacidad económica del Estado, sino que lo ponían en manos de sectores sociales vinculados a la industria militar que acaparaban ya demasiado poder.

Resulta interesante observar igualmente los cambios experimentados en la política rusa hacia Europa. Aunque las diferencias actuales sobre la región de Kaliningrado difícilmente podrán tener mayores consecuencias, es significativo que se hayan observado ya los primeros desajustes de criterio entre la UE y Rusia, así como las primeras áreas donde no se produce una convergencia esencial de intereses. Las relaciones de Moscú con Bruselas se dibujan, a partir de ese momento, sobre una base de equidad política, marcando distancias con respecto a una política de dependencia y poniendo límites a una colaboración estrecha dictada hasta el momento exclusivamente por los intereses de la UE.⁵⁹² Aunque Rusia sigue hallándose en una situación de debilidad relativa con respecto a la potencia comunitaria, adopta ahora una postura diplomática de orgullo y de exigencia de igualdad que hasta antes de la fecha era propia más bien del discurso del Kremlin con las instituciones occidentales de seguridad.⁵⁹³

Por último, las nuevas orientaciones económicas de Rusia, como se ha dicho más arriba, no son fruto de la política de Putin; incluso empiezan a manifestarse antes

⁵⁹² Lo que afianza la sensación rusa de dependencia del exterior; véase ORTEGA, A., “Un protectorado”, en *El País* de 5 de julio de 1999, p.4

⁵⁹³ Véase al respecto, significativamente, el consistente análisis que hace CLAUDÍN, C., en su aportación “Rusia y la Unión Europea, diez años de un lento aprendizaje”, *op. cit.*

de su llegada al poder, y sus resultados le acompañan durante su encumbramiento a la Presidencia. Sin embargo, la identificación que se ha hecho rápidamente entre una mejora económica todavía relativa y la nueva cara del poder en Rusia ha contribuido notablemente a forjar su prestigio y popularidad. Por otra parte, el hecho de que el nuevo Presidente haya sabido administrar positivamente la afluencia de nuevos ingresos, haciendo que repercutiese en cuestiones sociales como el sueldo de los funcionarios, endémicamente atrasado durante el período Yeltsin, o el acceso a bienes de consumo, ha contribuido a consolidar la popularidad de un líder cuya gestión es incomparable con la de su antecesor. El problema básico de Putin –y el de la Rusia del futuro– es cohesionar este buen momento económico garantizando que se mantenga un crecimiento estable el tiempo suficiente para poder diversificar la economía y consolidar las nuevas estructuras de producción, de administración de la misma y de beneficio social. En este sentido, la dependencia económica hacia la permanente fluctuación de los precios internacionales de los hidrocarburos supone una peligrosa espada de Damocles que pesa sobre el Estado y la sociedad de Rusia y que sigue amenazando con el fantasma del retorno a la inestabilidad económica, la descohesión social, la inseguridad y, en definitiva, a una crisis que no ha sido superada aún del todo.⁵⁹⁴

De este modo, podemos observar en la política exterior de Putin una marcada tendencia a reforzar sus vínculos con Occidente, pero incluso en este sentido se detectan preferencias concretas dentro de las alianzas buscadas. A pesar de la breve luna de miel con Washington tras el 11 de septiembre que permitió al Kremlin superar malentendidos históricos, resulta significativa la sintonía alcanzada entre Rusia y la Unión Europea, con la que no sólo busca una intensa cooperación institucional, sino que establece una alianza constante mutuamente beneficiosa en su retórica contra la hegemonía estadounidense. Y aún, dentro del estrecho vínculo establecido con la UE, Moscú no tiene reparos en establecer un diálogo particularmente intenso con los países del eje más europeísta, Alemania y Francia. Ello se debe en gran medida en los intereses comerciales rusos (véase el cuadro 11, p. 267), que tienen en estos dos países, junto con

⁵⁹⁴ Sobre la evolución de la economía rusa en este período, véanse MILLAR, J.R., “Can Putin Jump-start Russia’s stalled Economy?”, en *Current history*, vol. 99, nº 639, octubre de 2000, pp. 329-333; MILLAR, J.R., “The Russian Economy: Putin’s Pause”, en *Current history*, vol. 100, nº 648, octubre de 2001, pp. 336-343; MUNS, A., “Rusia. Una economía en busca del mercado”, en *Economía exterior* nº 21, verano

Italia, los principales clientes y proveedores. Pero también supone un alejamiento respecto a las posiciones más claramente atlantistas del Reino Unido. Rusia, como hemos visto, defiende una Europa consolidada, pero recela de una Europa atlantista.⁵⁹⁵ Pero esta Europa no sólo tiene sus dilaciones en su propia consolidación, imbricada en un proceso lento y difícil, sino que mantiene serias dificultades en consolidar su trato, pretendidamente preferencial, con Rusia. Ejemplo de ello es el fracaso de la estrategia común de la UE para Rusia, aprobada en 1999.⁵⁹⁶

Por último, Putin parece haber reforzado la tendencia a la consolidación de su espacio de influencia directa. Aunque la CEI mantiene una notable falta de dinamismo institucional, sus países miembros se ven seriamente limitados en su presencia internacional por sus respectivas crisis económicas y, en algunos casos, bélicas, así como por el reforzamiento, tras el 11 de septiembre, de la confianza internacional puesta sobre Rusia para ejercer su control en el espacio exsoviético. Todo ello ha alejado momentáneamente las ambiciones de algunos líderes de los países del área de mantenerse fuera de la órbita de intereses de Rusia o incluso de crear su propia área de intereses regional en la zona.⁵⁹⁷

9.f) A modo de conclusión: Rusia ante el futuro; equilibrio estratégico y presencia en la esfera internacional

La trayectoria rusa en la esfera diplomática internacional subraya esta posición de independencia y de búsqueda de satisfacción para los intereses estratégicos de Rusia, muy especialmente frente a esta fragilidad apenas mencionada en su recuperación

de 2002, pp. 153-163 ; PERRET, Ph., « La réforme économique en Russie : Deuxième étape de la transition », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.015, mayo de 2001, pp. 35-50.

⁵⁹⁵ Véase al respecto BAYOU, C., « Les relations Russie-Union européenne : vers quelle intégration? », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.025, mayo de 2002, pp. 4-16.

⁵⁹⁶ La estrategia común sobre Rusia no parece haber encontrado un campo explícito de aplicación o, por lo menos, no ha hallado un modo de coexistir adecuadamente con el Acuerdo de Colaboración y Cooperación de 1994 y superarlo. Véanse, sobre la estrategia común, BORKO, Yu., "The European Union's Common Strategy on Russia: A Russian View", *op. cit.*, p. 117-143; DE SPIEGELEIRE, S., "Towards a Genuinely Common EU Strategy on Russia", *op. cit.*; DE SPIEGELEIRE, S., "The Implementation of the EU's Common Strategy on Russia", *op. cit.* Véase también, al final de esta tesis, el texto completo de la Estrategia Común de la UE para Rusia, en forma de anexo.

⁵⁹⁷ Es el caso, muy especialmente, de Ucrania y de Uzbekistán, que han debido someterse a la influencia rusa debido, en gran medida a la pésima situación de sus economías. Véase LAMSDORFF, V., "La CEI. Perspectivas actuales", *op. cit.*

económica, política y social. Un claro ejemplo lo vemos en la actitud que toma la Rusia de Putin ante la crisis levantada por George W. Bush al proponer que Naciones Unidas refrendara la operación sobre Irak que finalmente tuvo que realizar prescindiendo de esta organización, a principios de 2003. Esta crisis conllevó un grave contratiempo en las recién restablecidas buenas relaciones entre Moscú y Washington, puesto que Rusia se negaba a apoyar la iniciativa del presidente estadounidense. La argumentación oficial rusa para justificar esta actitud política giraba alrededor de tres explicaciones: en primer lugar, el respeto a las acciones ya emprendidas por Naciones Unidas, incluyendo las inspecciones sobre el terreno, que ni habían concluido ni habían aportado todavía elementos de juicio que permitieran culpabilizar directamente al régimen de Saddam Hussein; en segundo lugar, la fuerte oposición popular rusa a la operación militar propuesta por Washington: aproximadamente, el 23% de la población apoyaría los ataques sólo si son sancionados por Naciones Unidas, pero el 60% no los apoyaría en ningún caso, según los sondeos;⁵⁹⁸ por último, Moscú argumentaba sus lazos tradicionales con los países en desarrollo, con el pueblo árabe y, más concretamente, con Irak; no hay que olvidar que la URSS había sido un firme aliado del régimen baasista,⁵⁹⁹ y que incluso el régimen ruso había mantenido una política de fuertes relaciones económicas con Bagdad hasta el estallido del conflicto.

Aquí podemos observar la reemergencia de un discurso que va a buscar las esencias de las tendencias de larga duración en la política exterior rusa, en claro contraste con la política coyuntural rusa en que el desarrollo económico resulta esencial para la consolidación de cualquier política coherente del Estado ruso. No resulta viable mantener las posiciones tradicionalmente positivas para los intereses estratégicos rusos si no van acompañadas de una política tendente a consolidar la supervivencia del propio Estado y de su cohesión social y política.

De este modo, tras estas justificaciones, retóricas a pesar de la fuerza de los argumentos, debemos buscar un razonamiento mucho más pragmático: desde hacía tres años la economía rusa estaba viviendo un momento feliz gran en una medida importante

⁵⁹⁸ Según la encuesta internacional llevada a cabo por Gallup, <http://www.gallup.org>.

⁵⁹⁹ A pesar de una cierta actitud dubitativa en la segunda Guerra del Golfo, en que la URSS había mantenido la condena a la invasión de Kuwait a causa, sobre todo, de la necesidad de apoyos externos para una Unión Soviética moribunda. Véase TAIBO, C., "La Unión Soviética y el conflicto del Golfo. Un

a las exportaciones de hidrocarburos. Ello había sido posible gracias a la alza del precio del petróleo en el mercado mundial a fines de la década anterior, lo cual a su vez era una consecuencia tanto de la inestabilidad que viven las regiones petrolíferas de Oriente próximo como del embargo decretado sobre las exportaciones iraquíes. De este modo, si hasta aquel momento Rusia se mantenía como el tercer productor mundial del petróleo comercializado, con el 9% del total global, a pesar de las dificultades de extracción del petróleo ruso, esta situación raramente podría mantenerse cuando el petróleo iraquí volviera a estar libremente en el mercado internacional. Entre otras cosas, porque el precio internacional del crudo podía descender de los 30 dólares actuales por barril hasta los 12 o 13, y ello haría no rentable la comercialización del petróleo ruso, cuyo coste lo hace desaconsejable por debajo de los 21,5 dólares. Como consecuencia, el escenario regional de conflictividad en la zona y, muy concretamente, el bloqueo sobre el régimen de Saddam se mostraban como la situación ideal para una economía rusa que no había logrado todavía crear unas estructuras económicas sólidas y diversificadas. Al mismo tiempo, al sistema internacional y a sus potencias e instituciones principales (es decir, a Naciones Unidas y a Estados Unidos) les debía preocupar sobremanera que la (presunta) solución a la inestabilidad en Irak conllevara el retorno de otra inestabilidad que podría ser mucho más preocupante si Rusia, un coloso con armamento nuclear, recuperaba la crisis social que la había asolado durante casi una década tras su independencia y que la había llevado a una gran desconfianza social hacia sus líderes y hacia el sistema internacional.

De este modo, en el contexto del sistema internacional tras la Tercera Guerra del Golfo (2003), el peso de la exportación de hidrocarburos en la economía rusa reviste una nueva dimensión. Con unos precios internacionales del petróleo imprevisibles, pero sin duda mucho más bajos que en la fase anterior al conflicto, la exportación de estos productos, clave en la recuperación económica de Rusia, se pone gravemente en entredicho. Ello, sin duda, no interesa a las potencias occidentales, temerosas de la inestabilización de la región, pero sobre todo no interesa a la Unión Europea, que hasta el momento tenía en Rusia tanto la garantía de la seguridad en su frontera como una fuente estable de materia prima energética que le permitía alejarse de la dependencia hacia un Oriente Medio excesivamente complejo.

estudio sobre las actitudes y la política de la URSS”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* n° 21, 1991, pp. 105-120.

Por todo ello es comprensible la postura que había mantenido el presidente V. Putin de rechazo a la ofensiva sobre el régimen de Saddam Hussein e incluso a una segunda resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, puesto que Moscú consideraba que Irak estaba cumpliendo los términos de la 1.441. Por otra parte, los líderes rusos habían expresado públicamente su escepticismo hacia las acusaciones de posesión de armamento de destrucción masiva por Bagdad, a pesar de que Rusia había sido uno de los principales proveedores de armamento y de material y tecnología militar a Irak. Del mismo modo, Moscú aseguraba no tener ninguna constancia de relación directa del régimen iraquí con Al Qaeda. A pesar de lo rígido del posicionamiento ruso, es de resaltar que las críticas estadounidenses a la posición tibia de sus aliados recayeron con mayor fuerza sobre otros Estados como Francia y que aparentemente hubo una mayor comprensión hacia las razones objetivas que impulsaron el posicionamiento ruso.⁶⁰⁰

Es todavía pronto para deducir que las líneas marcadas por la Presidencia de Putin van a tener una gran influencia en la Rusia del futuro; sin embargo, este período contrasta con el anterior en la aparente búsqueda de una estabilidad en las relaciones entre las instituciones rusas y entre éstas y la sociedad, así como en una normalización del papel internacional de Rusia, lejos de dramatizaciones, victimismos y aislamientos innecesarios. Todo lo cual aparece como algo mucho más constructivo de lo que se presentaba en la era Yeltsin, protagonizada por la precariedad no sólo de recursos, sino en las relaciones de todo tipo y en la imagen que la sociedad rusa tenía de sí misma. Ciertamente, la economía rusa está todavía lejos de haber encontrado su situación de plena estabilidad, y en la sociedad de este país todavía son visibles muchas formas de descohesión, como amplios sectores de miseria económica, grandes bolsas de marginalidad de todo tipo, lagunas en el respeto a los Derechos Humanos y aspectos demográficos y sanitarios realmente preocupantes.⁶⁰¹ Pero la evolución mostrada por Rusia en los primeros años del siglo XXI podría bien ser un reflejo de lo que podría ser este país con unas estructuras y sociales estabilizadas. Para ello, sin embargo, esta estabilidad debería sustentarse en el mantenimiento de un crecimiento económico que,

⁶⁰⁰ Véase SERRA, F., “Rusia: oposición a la guerra en Irak con la vista puesta en el petróleo”, en http://selene.uab.es/cs_iuee/catala/obs/m_working.html, febrero de 2003.

⁶⁰¹ Como relata en detalle KENNEDY, P., en el artículo que ya constituye un referente “La desaparición de Rusia”, *op. cit.*

hoy por hoy, no parece garantizado. Aquí, una vez más, se adivina una responsabilidad de la comunidad internacional para permitir, con su apoyo a la producción y a la exportación de los recursos controlados por Rusia, una cohesión regional alrededor de Moscú y su área de influencia directa, la CEI, que debería beneficiar a todo el sistema internacional.

Los años de la presidencia de Putin han supuesto, en definitiva, un reactivo importante para la economía, la sociedad y la política de Rusia. Ello viene estrechamente vinculado con una revalorización del papel de este país en la esfera internacional, que toma una especial importancia en el abastecimiento energético de Occidente y en el papel estratégico de Rusia ante zonas más inestables como Asia central. Todavía no podemos hablar de una Rusia plenamente consolidada, e incluso la importancia del sector de los hidrocarburos en la nueva economía rusa denota signos de debilidad en la misma, pero con relación a la era Yeltsin, la era Putin devuelve significativamente la dignidad y la esperanza de recuperación a la sociedad rusa, además de reforzar una clase política que se hallaba altamente desprestigiada. Este nuevo contexto condiciona las relaciones de Rusia con el exterior y particularmente con la Unión Europea, con la que aparecen nuevos factores de disensión, pero no aporta elementos de ruptura o de replanteamiento estratégico que puedan contradecir las líneas anteriores de cooperación e incluso de dependencia mutua.

10) Conclusiones

Las conclusiones finales de este trabajo van a ser agrupadas en tres bloques o apartados en que defino cómo se condicionan las relaciones entre Rusia y la Unión Europea. En el primer bloque planteo las tres formas que adopta el marco de las relaciones entre ambos extremos del continente en el período estudiado. En el segundo bloque expongo, bajo la forma de respuesta a tres preguntas, los condicionantes de la relación que mantienen Rusia y la UE en los años noventa. En el tercer bloque apporto una conclusión adicional, la falta de estructuralidad en la Rusia postsoviética, para introducir tres escenarios posibles acerca de la forma que podrían tomar las relaciones Rusia-UE dados los condicionantes descritos con anterioridad. Todo lo cual nos lleva a la conclusión final de la existencia de una retroalimentación constante entre los procesos de cohesión, de Rusia, y de consolidación, en el caso de la UE, que viven ambos actores políticos en el período estudiado.

10.a) La adaptación de Rusia ante el nuevo sistema internacional

Desde 1991 Rusia debe definir su propia identidad a partir de una relación de subordinación respecto a las otras potencias del sistema internacional. Para concluir sobre el marco en que se desarrolla la evolución de Rusia en la postguerra fría podemos destacar tres factores que se cruzan y entrelazan para diseñar un sistema internacional apenas definido al final de este período.

El primer factor se refiere a las características básicas, íntimamente vinculadas entre sí, de un sistema global en reestructuración, de un mundo en definitiva en mutación por una serie de condicionantes aparecidos entre 1989 y 1991 sin precedentes conocidos y que no permiten prever los resultados que darán estos procesos al final de los mismos. Estos tres procesos convergentes son:

- un sistema internacional que se adapta a las nuevas características de un mundo hegemónico para el cual hay que crear nuevas estructuras en los

campos de la seguridad, las alianzas internacionales y las ideologías. Ello lleva a la definición de nuevas estrategias que definan la posición mundial de la nueva potencia hegemónica, EE.UU., con la superación de su aislacionismo tradicional a favor de un intervencionismo claro en los asuntos mundiales;

- la conversión de las Comunidades Europeas, organización primordialmente económica hasta entonces, en un actor político con vocación de cohesión y de protagonismo en el mundo. La UE así nacida inicia un proceso de ampliación que le debe conducir a una coherencia territorial e identitaria intrínsecamente implicada en este proceso de constitución en potencia política;
- el surgimiento de un Estado ruso que se debate en dos procesos paralelos; por un lado, la superación de una crisis económica con características estructurales; por otro lado, la adaptación a una nueva realidad internacional que le obliga a buscar una posición incómoda como potencia menor.

De estos tres procesos, sin duda el más traumático ha sido el que ha vivido Rusia para redefinirse ante el sistema internacional y ante sí misma, puesto que ha debido reconstruirse a partir de una serie de renunciaciones concretas no sólo territoriales, sino también a la capacidad de influencia sobre otras áreas y sobre un mundo del que ha dejado de ser sujeto para ser objeto, sometido a menudo a los intereses de las potencias occidentales en los campos político, económico, energético o estratégico. Sin embargo, para contribuir a su propia normalización, a su estabilidad económica y social y a hallar un papel digno en la nueva estructura internacional, Rusia ha debido colaborar estrechamente con unas potencias occidentales con las cuales ha debido relacionarse en condiciones de inferioridad; de ello se ha resentido especialmente una sociedad habituada al orgullo de haber sido una potencia con amplia capacidad decisoria hasta tiempos recientes. Y entre las potencias con quien Rusia ha debido establecer este diálogo difícil pero al fin y al cabo mutuamente estabilizador, la recién surgida Unión Europea ocupa un lugar predominante.

El segundo factor que condiciona el marco de adaptación de Rusia al mundo de la postguerra fría es la interacción entre este Estado y la Unión Europea. Los años noventa han sido un período especialmente difícil para Europa, que ha debido

enfrentarse, por una parte, a la desaparición del sistema regional que situaba a Rusia como el centro de más de la mitad del continente y, por otro lado, a la consolidación de la Europa institucionalizada y centrada en los países acomodados del Oeste. La UE, como organización con ambiciones en el campo de la seguridad, ha surgido de un largo y difícil proceso que arranca del mismo momento en que la URSS desaparecía y nacía una Rusia destinada a ser una potencia menor en el sistema internacional. El proceso, definido en alguna ocasión como de “vasos comunicantes”,⁶⁰² ha supuesto que Europa occidental se ampliase y se cohesionase, mientras que Rusia se debilitaba y se desestructuraba, situación propicia para generar inestabilidad en el marco regional, el continente europeo, donde se desarrollan ambos protagonistas. Pero ni el dinamismo de Occidente ni la crisis rusa han dado lugar, durante este período, a una abierta hostilidad entre las partes implicadas, a pesar del surgimiento de tensiones intermitentes. Ello se debe en parte, como hemos analizado, a la necesidad rusa de recibir ayuda y apoyo occidentales, pero también a la actitud de Bruselas de extrema prudencia en sus relaciones con el gigante enfermo de Eurasia.

La Unión Europea ha tenido que establecer sus límites fijando unas relaciones con sus vecinos inmediatos estructuradas alrededor de un marco de expansión geográfica que definan su área de actuación física y de una política de cooperación institucionalizada con dichos vecinos. La combinación de ambas políticas debe establecer la estabilidad de unas fronteras que permita el desarrollo de la cohesión final de la Unión Europea, pero para ello debe fijar los límites de esta expansión. En el caso ruso, las políticas realizadas por la UE en los años noventa van claramente destinadas a fijar una estabilidad fronteriza, tanto en el aspecto geográfico como en el funcional. En el aspecto geográfico, por un lado la incorporación de los países de la quinta ampliación comunitaria permitirá establecer el área en que se definirá la futura Europa institucionalizada alrededor de la UE, es decir una organización cohesionada con una serie de áreas menores satelizadas⁶⁰³ alrededor suyo para crear un gran espacio de actuación regional coherente centrado en las instituciones comunitarias. Por otra parte,

⁶⁰² El término, que hará fortuna, lo acuña SALMIN, A., en “Europe and New Russia”, en *New Times*, abril de 1996, p. 49-50.

⁶⁰³ Se trataría fundamentalmente de áreas en transición hacia la integración en la misma UE, pero en el caso de procesos de integración prolongados, estancados o simplemente descartados, la estrecha cooperación de estos países con la UE harían de los mismos un área complementaria de actuación de la misma. Se trata de los países a la espera de la ampliación, como Rumania y Bulgaria, en una transición y

el reconocimiento explícito del derecho a Rusia de ejercer su influencia en los países de la CEI fija el límite geográfico de la expansión de la UE, excluyendo la incorporación de países atribuidos a la influencia rusa como Ucrania, Belarús o Moldova, a pesar de la voluntad de amplios sectores sociales y económicos de dichos países al respecto. Desde el punto de vista funcional, la Europa que se consolida alrededor de la UE es esencialmente pragmática y va a aplicar su esfuerzo de cohesión en un área en que sea factible una política de expansión económica y de consolidación de una institucionalización sólida en el continente. Ello excluye de un modo determinante a Rusia por sus dimensiones geográficas, sus características históricas y culturales y la coyuntura económica y social de este Estado.

Las relaciones de la Unión Europea con la Federación Rusa quedan definidas, pues, en un marco de cooperación con la aceptación mutua de áreas de actuación y de influencia y con la estructuración de las áreas funcionales de colaboración preferente. En este sentido, a lo largo de este período se ha pasado de una política de cooperación de Europa occidental con Rusia para el desarrollo económico de esta última, así como de inversión en la misma, a una relación mucho más comercial donde ha tomado un papel determinante la exportación de hidrocarburos exportados por Rusia hacia la UE.

El tercer factor que podemos concluir que incide en el marco en que se desarrolla la Rusia actual es el contraste entre su compenetración con la UE con la rivalidad existente con Estados Unidos, lo que en ocasiones ha contribuido a afianzar su alianza con la UE. La animadversión de Rusia hacia el ejercicio por Washington de una hegemonía mundial, así como la franca competencia tradicional de la Unión Europea hacia los intereses y los métodos estadounidenses en la esfera mundial han creado una convergencia de intereses que ha consolidado las buenas relaciones entre ambas partes del continente europeo. En este sentido, hallamos una colaboración entre Rusia y EE.UU. basada en esquemas de realismo cooperativo, por necesidades estratégicas y con la presencia difusa de una amenaza mutua, mientras que la colaboración entre Rusia y la Unión Europea entra en el marco de una cooperación estructural donde tiene cabida una colaboración multisectorial y a largo plazo y en que ambas partes tienen invertida su propia cohesión en su relación con la otra.

económica temporalmente indefinida, como los Balcanes occidentales, o en una relación de complementariedad estructural con la UE, como los países de la EFTA o los microestados europeos.

Por supuesto, esto nos podría llevar a considerar la existencia de una alianza estratégica entre Rusia y la Unión Europea en detrimento de Estados Unidos. No tiene por qué ser necesariamente así; en primer lugar, situaciones coyunturales pueden permitir la consolidación de las relaciones de Washington con cualquiera de los actores estudiados;⁶⁰⁴ por otra parte, entra en los intereses del nuevo orden internacional el reconocimiento de una hegemonía única que admita una geometría variable de alianzas y de intereses mientras ello no entorpezca el ejercicio de dicha hegemonía.⁶⁰⁵ En este sentido, es totalmente admisible la presencia e incluso el fomento de una actitud hostil de Rusia hacia el sistema internacional y hacia la potencia hegemónica que lo lidera, dadas las exigencias en este sentido de una sociedad rusa descontenta. En el mismo contexto, las buenas relaciones entre Moscú y Bruselas, incluyendo su oposición compartida a los proyectos de Washington, mantienen un contenido de enfrentamiento con el sistema central que beneficia a ambas, al justificar la cohesión de los respectivos procesos que viven en la época, sin perjudicar necesariamente a los intereses estadounidenses. La UE y la Federación Rusa viven, pues, unos procesos endógenos y de influencia mutua que crean lazos estructurales entre ambas, pero que no perjudican a un sistema internacional que, lejos de verse alterado por estos procesos, se beneficia de la estabilidad que crean los mismos.

Ello nos devuelve al debate sobre la identidad rusa, que parece encontrar su lugar más cómodo en una identificación parcial con una Europa institucionalizada con la que, sin embargo, no llega a integrarse,⁶⁰⁶ esta identificación viene reforzada por una alianza coyuntural y de intensidad variable ante un rival común, Estados Unidos, que consolida el complejo identitario tanto de Rusia como de la UE al ser presentada por

⁶⁰⁴ Es el caso, notablemente, de la situación que se produjo tras el 11 de septiembre, con el ahondamiento de la colaboración entre Bush y Putin, aunque se haya producido fuera del período analizado en este trabajo, pero también de los acuerdos alcanzados por la administración Yeltsin con la OTAN a raíz de su ampliación y del Acuerdo de Cooperación con la Alianza Atlántica de 1997.

⁶⁰⁵ Lo cual aparentemente se podría haber producido a raíz de la crisis que precedió a la invasión anglo-norteamericana de Irak, a principios de 2003, aunque sea todavía muy pronto para extraer conclusiones de la correlación de alianzas producida a raíz de estos acontecimientos.

⁶⁰⁶ Me parece particularmente interesante la imagen que ofrecen algunos analistas (recientemente, MALIA, M., *Russia under Western Eyes. From the Bronze Horseman to the Lenin Mauseleum*. Cambridge, Harvard U.P., 1999) al presentar a la autoimagen rusa como un reflejo del estereotipo que se tiene de la cultura rusa en Occidente. Desde este punto de vista Rusia, un país plenamente europeo, participaría de una imagen distorsionada de sí misma generada a través de una perspectiva distante y prejuiciosa. Véase también ROTFELD, A.D., “La excepcionalidad rusa: a vueltas con la identidad nacional”, en *Política exterior*, vol. XV, septiembre/octubre 2001, nº 83, pp. 10-21.

estas últimas como modelo contrapuesto a sus perspectivas política y de valores y contribuir por ello tanto a consolidar sus respectivas identidades como a su identificación mutua.⁶⁰⁷

10.b) Actitudes posibles de Rusia ante Occidente

Las relaciones entre Rusia y las potencias occidentales están condicionadas por unas dependencias mutuas en que la primera ofrece seguridad a cambio de estabilidad económica. A la luz de lo expuesto anteriormente, voy a desglosar los factores que me parecen primordiales para la conclusión esencial de esta tesis: cuál es la relación que se puede configurar, en el actual sistema internacional de la postguerra fría, entre Rusia y la Europa unida y hasta qué punto ha sido determinante el proceso de cohesión de la Unión en la formación del Estado ruso actual. Estos factores esenciales son tres, que pueden ser formulados en clave interrogativa: a) ¿Cuáles son los factores actuales que condicionan la coyuntura actual de profunda inestabilidad en Rusia?; ¿Hasta qué punto hallamos elementos estructurales en dicha inestabilidad? b) ¿Qué espera obtener Rusia de la Unión Europea, y cómo actúa frente a la misma?; y c) ¿Qué espera obtener la UE de Rusia, y cómo actúa frente a la misma?

a) La primera pregunta (¿cuáles son los factores actuales que condicionan la coyuntura actual de profunda inestabilidad en Rusia?) nos lleva a concluir que el Estado ruso no actúa ni se considera a sí mismo como un país en igualdad de condiciones con sus interlocutores en la esfera internacional; en consecuencia, la sociedad rusa no puede considerar al Estado ruso actual como una continuidad coherente con la tradición histórica de este pueblo. Dicho de otro modo, difícilmente podemos considerar a Rusia como un Estado “normal”. En este sentido, hallamos tres factores que determinan la ausencia de dicha “normalidad”: 1) una grave crisis de identidad ligada íntimamente a la pérdida del ámbito territorial nacional vinculado a la tradición rusa, tras la desintegración de la URSS; 2) un fuerte fatalismo político y social, que obedece a una tradición prácticamente cultural en Rusia, pero que recibe un fuerte impulso tras la

⁶⁰⁷ Véase, respecto al debate identitario ruso de los últimos años del siglo XX, CABEZAS BARCELÓ, C., “Rusia, a la constante búsqueda de su identidad”, en FLORES JUBERÍAS, C. (coord.), *op. cit.*, vol. 2º, pp. 5-14, así como MASSIAS, J.-P., « Crise d’identité d’un État en recomposition », en *Notes et études documentaires* n° 5128-29, febrero de 2001, pp. 79-100.

perestroika y la evidencia de los excesos de la época soviética. Existe una figura ampliamente utilizada por los politólogos rusos, la *oblomovchina*,⁶⁰⁸ que se refiere a la sumisión y la pasividad del ciudadano ante el Estado, Dios o los poderes fácticos. Esta sensación de que las cosas no pueden ser cambiadas es la que preside la vida política rusa actual, a tenor de varios observadores;⁶⁰⁹ y 3) el surgimiento del propio país está vinculado a una grave crisis económica que, a su vez, son secuelas del proceso que acabó con la URSS. Rusia sufre una situación económica y social claramente deteriorada y es un país necesitado de ayuda exterior para su propia supervivencia.

Para la inmensa mayoría de los rusos la Rusia de Yeltsin no sólo no era un Estado normal (sería un Estado títere de las potencias extranjeras, un Estado sometido a una tiranía pseudodemocrática o un Estado en recuperación tras un prolongado trauma político), sino que no era una Rusia normal: sería una Rusia despedazada, sin partes importantes de su patrimonio histórico y cultural, y una Rusia que se ha visto obligada, por presiones exteriores combinadas con los resultados de setenta años de mal gobierno, a renunciar a su papel secular como líder y motor de un conjunto de países vecinos.

b) Para contestar a la segunda de las preguntas formuladas más arriba (¿Qué espera obtener Rusia de la Unión Europea, y cómo actúa frente a la misma?), hay que adentrarnos en el problema existencial que afecta a la cultura rusa prácticamente desde su nacimiento. Rusia siempre se ha sentido “un trozo de Europa lejos de Europa”,⁶¹⁰ lo que ha originado un debate secular sobre la identidad rusa. Este debate es plenamente vigente, y en el momento de la desaparición de la Unión Soviética se llega a plantear un mayor acercamiento a Europa occidental.⁶¹¹ Pero Rusia, como acabamos de ver, no es un país “normal”. No lo es por sus propias características físicas, ya que su demografía, y sobre todo su extensión, hacen impensable cualquier equiparación con los países eurooccidentales que no supusiese graves problemas estructurales que las instituciones

⁶⁰⁸ Derivada de la excelente novela de Ivan A. Goncharov, *Oblomov* (Ed. Planeta, Barcelona 1985). La *oblomovchina*, curiosamente, es uno de los aspectos de la actitud social rusa que, según parece, más molestaban a Lenin.

⁶⁰⁹ Podríamos citar a SOLZHENITSIN, *op. cit.*, p. 236, o P. FELGENHAUER, en su intervención en el seminario organizado por la *Fundació CIDOB* en 1999 y citado más arriba *New Challenges for European Security*, como algunos de los pensadores que utilizan el término como un mal del pueblo ruso en los años noventa del siglo XX.

⁶¹⁰ La expresión, en realidad, es atribuida apócrifamente a Pushkin.

⁶¹¹ Aquí hay que mencionar las banderas con el círculo de estrellas amarillas sobre fondo azul vistas en las manifestaciones como la que siguió al intento de golpe de Estado de agosto de 1991, o el ingenuo (?) anuncio de Yeltsin, el mismo año, de solicitar el ingreso de Rusia en la OTAN.

europeas difícilmente podrían abordar. Pero tampoco es normal por su coyuntura, puesto que se halla inmerso en una crisis económica, política y social con características de crisis estructural. Alejada, cuando menos a corto y medio plazo, la opción integracionista, Rusia adopta ante Occidente tres comportamientos alternados y, a menudo, solapados, a pesar de su aparente contradicción intrínseca: la *competitividad*, la *cooperación* y el *enfrentamiento*.

La *competitividad*, en realidad, es una opción fracasada. Habría sido la actitud a tomar en el caso de que el proyecto de espacio económico y político coherente que suponía la CEI no sólo hubiese cuajado, sino que hubiese prosperado. Al confirmarse la tendencia de la CEI a la no consolidación y mantenerse el estancamiento económico de Moscú, Rusia no ha podido ofrecer un modelo de organización internacional con características similares a las de la UE, con una economía competitiva y que pudiera establecer con Bruselas una relación de paridad o, por lo menos, de equiparación.

La *cooperación* ha sido la actitud oficial que ha adoptado Rusia hacia Europa y, en general, hacia el mundo occidental.. Es cierto que Rusia ha alcanzado un nivel satisfactorio en sus relaciones con el mundo occidental, y no es menos cierto que dicho reencuentro con Occidente responde a un antiguo deseo de la sociedad y la intelectualidad rusas, pero no hemos de despreciar el hecho de que esta cooperación actual viene constreñida por la objetiva necesidad rusa de sanear su marco económico y político con el apoyo de los grandes centros económicos y políticos, situados en gran medida precisamente en la Unión Europea en esta nueva coyuntura internacional.

La opción del *enfrentamiento*, aunque en las relaciones de Rusia con el exterior únicamente ha tomado el aspecto de crisis, es un claro factor de inestabilidad. Rusia se siente hostigada por Occidente, a quien considera como la causa de su situación de “anormalidad”.⁶¹² Desde una perspectiva rusa, Occidente no estaría realmente

⁶¹² En este sentido debemos interpretar el sentimiento de desconfianza que genera la ampliación de la OTAN hacia el Este, o las reservas planteadas por el Kremlin y la *Duma* a la firma de los tratados armamentísticos como el START II y el START III. Un ejemplo claro de este recelo hacia Occidente lo hallamos en la gran difusión que han tenido en Rusia las obras recientes de Z. Brzezinski, así como el uso que se ha hecho de las mismas para justificar las posiciones más aislacionistas y antioccidentales de la política rusa. Brzezinski, en efecto, llega a proponer el descuartizamiento de Rusia en tres partes, para dificultar su futura recuperación (véase BRZEZINSKI, Z., “A Geostategy for Eurasia”, en *Foreign Affairs*, vol. 76, nº 5, septiembre-octubre de 1997; traducido como “Una estrategia para Eurasia”, en

interesado en la recuperación de Rusia, que le dificultaría su propia expansión, y por ello dificultaría incluso la cohesión interna del gigante eurasiático. Para esta perspectiva, por otra parte muy generalizada, las potencias occidentales consentirían los altos niveles de corrupción de los dignatarios rusos durante la era Yeltsin, no controlarían las ayudas que ellos mismos conceden, de modo que facilitan sus desvíos, e incluso hostigarían la actitud de Rusia cuando, como en el caso de Chechenia, pretende restablecer el orden en su territorio.

La UE genera en Rusia, por lo tanto, una mezcla de sentimientos y actitudes: por una parte, es el principal contribuyente a la recuperación económica y política de Rusia, tanto por la inversión directa sobre el país como por su actividad comercial; por otro lado, Europa occidental forma parte de aquel mundo considerado hostil hacia Rusia, y en gran parte sería responsable del cataclismo en que está inmerso el país. En general, sin embargo, los sentimientos negativos de los rusos hacia Occidente son derivados a la actitud de la OTAN, considerada como agresiva, y la UE ha quedado relegada a representar la parte positiva de Occidente, aquella en que se puede reflejar el viejo sueño europeo de la Rusia ilustrada y con la cual la nueva Rusia desea cooperar. En este sentido, las tensiones con Bruselas se minimizan y se aíslan de una actitud beligerante hacia el “expansionismo occidental”.

c) En lo que concierne a la tercera de las preguntas (¿Qué espera obtener la UE de Rusia, y cómo actúa frente a la misma?), la actitud en general es recelosa. En un principio, el esfuerzo occidental recae en el propósito de incorporar a Rusia en el concierto de naciones libres y prósperas.⁶¹³ La situación real del país, sin embargo, ha hecho postergar *sine die* esta integración rusa en pie de igualdad dentro del mundo occidental. La inestabilidad interna rusa y la perdurabilidad de la crisis económica han convertido el área justo al Este de la UE en un foco de atención prioritaria para Bruselas. La política de cooperación con Rusia ha llevado a una evolución tranquila de la UE en las áreas potencialmente conflictivas con Rusia, como el proceso de ampliación hacia el Este. La UE, por su lado, respeta plenamente el área de interés

Política Exterior nº 60, nov.-dic. 1997, p. 165). No es difícil imaginar la reacción de la población rusa ante esta y otras propuestas del antiguo asesor de Carter.

⁶¹³ Así, según HOLBROOKE, R. (“America, a European Power”, en *Foreign Affairs*, marzo-abril de 1994, p. 165), “el objetivo global de Occidente en Rusia y en el resto de la antigua Unión Soviética sigue

directo de Rusia, limitada al espacio de la CEI, e incluso la potencia aplicando en la misma sus políticas de ayuda y cooperación, como el Programa TACIS, propiciando de este modo un desarrollo simétrico del área. En cuanto a los líderes políticos, la UE ha dado pleno apoyo tanto a B. Yeltsin como a su sucesor, V. Putin y, a pesar de los recelos manifestados a raíz de la primera intervención en Chechenia, éstos no se han repetido con la segunda, en 1999.

En cuanto a disputas territoriales y a la extensión física de las influencias respectivas, no parecen existir conflictos de importancia entre la UE y Rusia, a diferencia de lo que sucede entre Rusia y la OTAN. La UE respeta a la CEI como ámbito territorial de la influencia rusa, y Rusia no opone obstáculos a la ampliación de la UE hacia Europa central, balcánica y báltica. En dicha actitud hay que entrever, sin embargo, peligros potenciales: Rusia recela de la presencia de la Alianza Atlántica en estas zonas porque las considera esenciales para su seguridad; si la UE se constituye en una organización con fuertes implicaciones en el campo de la seguridad y la defensa, nada garantiza que Rusia no pueda aplicar a dicha organización el mismo recelo.⁶¹⁴

Cabría preguntarnos cuáles son las causas y cuáles son los límites de esta confianza aparentemente absoluta que Bruselas concede a Rusia. Europa precisa de una Rusia estable que garantice unas fronteras seguras para su futuro desarrollo. La UE subvenciona dicha estabilidad aportando grandes cantidades de ayuda material y el apoyo incondicional a los líderes rusos, “comprando” de este modo no sólo la neutralización de su frontera oriental, sino la anulación de cualquier amago de oposición a la expansión de la UE hacia el Este. Pero interesa igualmente, en este preciso momento, una Rusia debilitada, incapaz de erigirse en una amenaza bélica e incapaz de erigirse en un líder regional competitivo. Ésta es una de las razones por las que la actitud de cooperación europea genera recelo en amplios sectores de la sociedad rusa y este difícil equilibrio hipoteca, de algún modo, el futuro de dicha cooperación. Al mismo tiempo, la cooperación entre ambos extremos del continente cuenta con una fragilidad endémica como consecuencia de la desconfianza europea hacia la

siendo la integración, llevar a las democracias emergentes al marco de las instituciones políticas, económicas y de seguridad occidentales”.

⁶¹⁴ Ello queda resaltado por KONOVALOV, A., en “The Changing Role of Military Factors”, BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe...*, *op. cit.*

recuperación del espíritu expansionista ruso, no muy lejano históricamente y fuertemente arraigado en la cultura del país.

En definitiva, las futuras relaciones de la UE con Rusia todavía cuentan con abundantes incertidumbres y peligros. Desde una perspectiva rusa, el problema de base radica en la falta de confianza occidental hacia una Rusia potencialmente restablecida. En efecto, prima en las relaciones entre Bruselas el deseo de estabilidad, pero para lograrla se debería alcanzar un clima de confianza plena que todavía no se ha logrado y que las instituciones europeas no han demostrado plenamente, en parte a causa de la incertidumbre del propio proceso ruso de consolidación económica y política, en parte por los recelos propios del mundo occidental hacia un país tradicionalmente hostil.

10.c) El futuro de las relaciones entre Rusia y la Unión Europea

La impredecibilidad de Rusia es un factor con el que habrá que seguir contando durante mucho tiempo, o probablemente de un modo estructural. Mientras tanto, sin embargo, se ha logrado un difícil equilibrio entre una Europa occidental (y central) que tiende a la unidad y una Rusia que no está en condiciones de competir con ella ni de ensombrecer este liderazgo. Por el momento, las exigencias de ambas esferas de poder se complementan y plantean la creación de un área de confianza: la Unión Europea y Rusia necesitan mantener la estabilidad actual como un modo de preservar sus respectivos procesos de consolidación.

Si Rusia y la UE se respetan las áreas reconocidas de influencia para cada una de ellas y no se percibe en ningún momento una amenaza mutua en el campo de la seguridad, podría ser posible el objetivo históricamente difícil de una Rusia en paz consigo misma y con el mundo que la rodea (por lo menos, con el mundo que la limita al Oeste), un Estado que pueda garantizar el bienestar y los derechos fundamentales de sus ciudadanos y que, al mismo tiempo, sea capaz de reconocer y garantizar la estabilidad y la cooperación con aquella Europa que había sido su campo de expansión y una esfera permanente de hostilidad y tensión; en definitiva, que ese gran espacio ruso contribuya a garantizar la paz a una escala global. Pero en este caso muy probablemente nos hallemos ante una Rusia nueva, transformada en sus objetivos estratégicos

tradicionales y en la estructura de su convivencia con el mundo. Obviamente, ello nos conduciría a replantearnos nuestra imagen de Rusia y nuestras perspectivas sobre dicho país. Este replanteamiento puede ser poco problemático, puesto que dicha transformación se adapta a las necesidades y expectativas de Occidente; pero los cambios en la cosmogonía y en la imagen que los rusos tienen de sí mismos pueden ser mucho más difíciles, y sin lugar a dudas serán mucho más traumáticos. Ante el lamento nostálgico, tan recurrido en los últimos años en Rusia, de *¿Seguiremos existiendo como rusos?*,⁶¹⁵ la respuesta es probablemente negativa, si es que la sociedad rusa desea mantener unas concepciones tradicionales de sus relaciones con el mundo que en la coyuntura actual no pueden garantizar la estabilidad y el bienestar de Rusia. Rusia se enfrenta a una situación en que las viejas estructuras nacionales no están bien adaptadas a un sistema internacional nuevo, y ello se traduce en una fuerte dificultad para relacionarse con el resto del mundo. Este reencuentro se debe realizar muy especialmente con una Europa de la que Rusia siempre se ha sentido parte, pero con la cual aún queda pendiente una reconciliación difícil pero necesaria.

Ante lo delicado del proceso de colaboración que han llevado a cabo Rusia y la Unión Europea durante el período acotado, cabe preguntarnos qué posibilidades había de tipos diferentes de actuación. Hemos definido la cooperación realizada entre ambos actores en un marco de cooperación estructural. A continuación expongo las hipótesis de otros escenarios que se podrían haber dado, como el de la rivalidad, el de una cooperación con finalidades institucionalistas con objetivos integradores o el de un marco realista estrictamente cooperativo.

a) Un escenario de enfrentamiento o rivalidad resulta altamente improbable, dada la debilidad mostrada por Moscú durante este período. En cualquier caso, la persistencia de un esquema de antagonismo con Occidente habría llevado a Rusia a mantener los programas armamentísticos de la Unión Soviética, con el consecuente desgaste económico y una creciente inestabilidad social. Por otra parte, la política de desarme que inició en su momento Gorbachov y que no ha cesado conlleva el establecimiento de vínculos de cooperación y garantías de seguridad con los antiguos rivales. Aún así, podríamos crear un escenario hipotético de rivalidad parcial con la Unión Europea que no necesariamente se reflejase en las relaciones con Estados Unidos, o con la OTAN,

⁶¹⁵ SOLZHENITSIN, *op. cit.*, p. 251.

con lo cual el ámbito de la seguridad quedaría al margen de este enfrentamiento. En este supuesto hubiera sido improbable que Rusia mantuviera las ayudas económicas e institucionales de que se ha beneficiado en esta década, lo cual hubiera alimentado la crisis y la inestabilidad social del país. Por otro lado, la misma Unión Europea ha estado siempre interesada en mantener esta cooperación en los niveles en que ésta ha tenido lugar, precisamente para garantizar una estabilidad interna que alejase el fantasma de la desestabilización regional y permitiese el desarrollo pacífico de sus propios procesos de cohesión institucional y de consolidación como poder internacional. En una previsión de futuro, cualquier alteración de la buena sintonía entre Rusia y la Unión Europea, por ejemplo como reacción de Moscú ante el aumento de las capacidades comunitarias en materia de seguridad, necesariamente implicaría un aumento de la tensión regional que desestabilizaría las fronteras de la UE. Esto sería lo último que desea una Europa cohesionada y que pretende mantener el esquema de potencia civil y de vocación mediadora que le ha valido una fuerte presencia y un sólido prestigio internacionales.

b) El escenario opuesto, es decir una cooperación con fines integradores, estaría del mismo modo contrapuesta a las necesidades tanto de Rusia como de la UE. Como hemos visto más arriba, por un lado la UE necesita afrontar un proceso de cohesión institucional y territorial que estaría reñido con un proyecto de la envergadura de la absorción de un país de estas dimensiones y características. Por otro lado, Rusia pugna difícilmente por mantener su propia área de influencia regional, lo que lo hace incompatible con mantener una estrecha cooperación institucional con Estados de mayor capacidad. Una integración de Rusia en las estructuras comunitarias supondría el aparente contrasentido de que este país aceptase una paridad con potencias de mucho mayor capacidad económica y política pero a los cuales aportaría una complejidad estructural que raramente podrían asimilar. Y difícilmente, en un futuro a corto y medio plazo, la Unión Europea se verá capacitada para iniciar un proceso de integración que, necesariamente, cambiaría la propia existencia, ámbito y funcionalidad de la Unión.

c) Una opción no muy lejana de la actual sería la de mantener una cooperación estricta entre dos potencias vecinas por interés mutuo y sin ningún objetivo de crear unos vínculos de dependencia estructural mutua. En este escenario, difícilmente la Unión Europea invertiría grandes sumas en programas de ayuda y de creación de infraestructuras, y Rusia debería afrontarse a una recuperación económica y a una

consolidación institucional mucho más lenta de la que se ha producido, con evidentes consecuencias en su estabilidad social y política que la alejarían del concierto internacional de las potencias. La UE no sólo quiere mantener buenas relaciones con Rusia; desea establecer unos vínculos de colaboración permanente e intensa que tejan alrededor de la cooperación entre ambas una complementariedad estructural mutuamente beneficiosa.

El marco privilegiado en que se mueven las relaciones entre la Unión Europea y la Federación Rusa no sólo ha motivado la consolidación de una y otra en el período de la última década del siglo XX; también prevé una relación estrecha entre ambos una vez terminados los sendos procesos de cohesión, y la creación de una red de colaboración estructural alrededor un una cooperación institucional y de una complementariedad económica y política. Sin duda, Rusia y su ámbito de influencia inmediato quedan fuera del ámbito de integración directa de la nueva UE surgida de Maastricht, por lo menos a corto y medio plazo; pero los vínculos establecidos entre Moscú y Bruselas auguran una etapa de fuerte interrelación entre ambas en que la cooperación será necesariamente intensa y tenderá a incrementarse, sin que por ello se llegue a prever ninguna estrategia integradora.

Todo ello nos hace volver a una pregunta que se hallaba entre las principales planteadas en la introducción de este trabajo, y que está detrás del gran debate identitario que rodea a los propios proyectos políticos de Rusia de los últimos siglos, una pregunta que ya resulta un tópico en los estudios sobre este país: *¿Rusia es Europa?* En el apartado 6.e) de este trabajo ya se ha avanzado la idea según la cual Rusia, en efecto, participa no sólo de muchas características culturales, históricas y, por supuesto, geográficas del continente, sino que puede participar también de los proyectos políticos de una Europa constituida y cohesionada alrededor de unas instituciones sin estar, sin embargo, integrada en las mismas. Rusia es indiscutiblemente europea por su propia personalidad, pero raramente, tanto por razones coyunturales como estructurales, podría formar parte de los proyectos europeos actuales. Sin embargo, los procesos de cohesión iniciados en los años noventa en la Federación Rusa y en la Unión Europea abren la puerta a una colaboración entre ambas partes del continente que permiten que Rusia participe como actor externo privilegiado en estos proyectos. Nos hallaríamos, en este caso, con el solapamiento de dos realidades de Europa, o dos niveles distintos de la

institucionalización de las relaciones continentales. Por un lado habría una Europa plenamente institucionalizada, potente, pragmática y cohesionada que supondría una Unión Europea ampliada hasta ocupar buena parte del continente y emprendiendo la materialización emblemática de sus proyectos políticos con un complejo entramado institucional que está en este momento en vías de cohesión. Por otro lado, esta Europa coherente se vería complementada con un área liderada por Rusia, sólo parcialmente integrada en la anterior pero con la cual se vería unida por una estrecha cooperación estructural, por una serie de convergencias estratégicas de ámbito global que las unirían en su oposición o contrapeso a los intereses de las otras potencias del sistema internacional (básicamente, con la potencia hegemónica) y por el hecho de compartir una serie de elementos intangibles que configurarían el contenido social y cultural de esa Europa que se pretende institucionalizar desde hace décadas.

Rusia, por lo tanto, sería Europa, pero otra Europa, la que no puede integrarse en el núcleo institucional del continente pero que participa de sus intereses y de sus proyectos. En este sentido, forma parte también del área de expansión política preferente de Bruselas, al constituir un aliado valiosísimo que comparte gran parte de sus políticas. Sin embargo, cabe resaltar la falta de coherencia que mantiene por el momento la política comunitaria al mantener una perspectiva sobre Rusia que la hace todavía objeto de una política de proyección de una influencia, en lugar de contribuir positivamente a la estabilización y cohesión de Rusia como un actor político que debe reflejar los valores y contenidos sociales de la propia Europa. En este sentido, resulta especialmente chocante la política de Bruselas de mantener relaciones privilegiadas con una Rusia que todavía no garantiza unas condiciones satisfactorias de democracia institucional o de respeto a los Derechos Humanos. Éste es un aspecto en que la Europa institucionalizada alrededor de la UE no se relaciona con Rusia como una proyección de sus mismos valores, sino en el marco de un supuesto respeto a las peculiaridades políticas y sociales de un país en grave crisis. La cercanía cultural de Rusia con relación a Europa, el proceso político vivido en este país desde la disolución de la URSS y la cooperación estructural establecida con la Unión Europea hacen de este país un lugar propicio para que Bruselas fomente la democratización de la administración y el respeto a los derechos individuales y colectivos. En lugar de ello, hasta ahora han primado los intereses estratégicos y la búsqueda de una estabilidad que garantizase la cohesión mutua. Una forma de acercar las dos partes de Europa y de contribuir a su reencuentro

bajo un mismo sistema de valores y bajo unas instituciones equiparables sería, precisamente, contribuir de un modo eficaz a una transformación positiva del Estado ruso en lugar de, como se ha producido durante el período estudiado, contribuir a fomentar la autocracia y el autoritarismo. Europa podría evitar convertirse en el futuro en cómplice de la perpetuación de la violación de los Derechos Humanos en bien de su propia estabilidad y mostrar así mayor coherencia en su discurso tradicional como valedor de unos derechos humanos que se supone que asume como propios.

Este último análisis de las posibilidades con que cuenta Rusia nos lleva a contestar a la hipótesis central de este trabajo, es decir a la retroalimentación existente en la coyuntura de la postguerra fría entre Rusia y la Unión Europea. En efecto, por esta retroalimentación los procesos decisivos que han vivido ambas durante los años noventa han sido estrechamente condicionados por la relación de necesidad que han mantenido entre sí. La alteración del clima de cooperación existente entre Rusia y la UE en este período hubiese llevado al mantenimiento de una tensión internacional que hubiera imposibilitado, por un lado, la consolidación de una Unión Europea ambiciosa en el sistema internacional y, por otro, la configuración de un Estado ruso que ha debido redefinirse con relación a sus predecesores.

Anexos

- *Acuerdo sobre la constitución de la Comunidad de Estados Independientes* (8 de diciembre de 1991);
- *Protocolo al Acuerdo sobre la fundación de la CEI* (21 de diciembre de 1991);
- *Acuerdo de Colaboración y Cooperación* entre la UE y la Federación Rusa (extractos, 24 de junio de 1994);
- *Estrategia Común de la Unión Europea sobre Rusia* (4 de junio de 1999);
- Nueva regulación del Programa TACIS (29 de diciembre de 1999).

ACUERDO SOBRE LA CONSTITUCIÓN DE LA COMUNIDAD DE ESTADOS INDEPENDIENTES*

Nosotros, las repúblicas de Belarús, la Federación Rusa (RSFSR) y Ucrania, como Estados fundadores de la URSS y firmantes del Tratado de la Unión de 1922, en lo sucesivo denominados las Altas Partes Contratantes, constatamos que la URSS, como sujeto de derecho internacional y realidad geopolítica, deja de existir.

Basándonos en la cercanía histórica de nuestros pueblos y en las relaciones que se han formado entre ellos, teniendo en cuenta los tratados bilaterales concluidos entre las Altas Partes Contratantes,

deseando construir un Estado democrático y de derecho,

aspirando a desarrollar sus relaciones mutuas sobre la base del reconocimiento y el respeto mutuos a la soberanía estatal, el derecho inalienable a la autodeterminación, los principios de igualdad de derechos, no injerencia en los asuntos internos, la renuncia al uso de la fuerza y a las presiones económicas y de otro tipo, la solución de las controversias por medios pacíficos y otros principios universalmente reconocidos de derecho internacional,

teniendo en cuenta que el futuro desarrollo y fortalecimiento de las relaciones de amistad, buena vecindad y cooperación mutuamente beneficiosa entre nuestros Estados responde a los más importantes intereses nacionales de sus pueblos y sirve a la causa de la paz y la seguridad,

reafirmando nuestro compromiso con los fines y principios de la Carta de las Naciones Unidas, el Acta Final de Helsinki y otros documentos de la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa,

* Adaptado de ARREGI, M., *La Comunidad de Estados Independientes: un instrumento para recuperar la hegemonía rusa en el espacio postsoviético*, tesis doctoral no publicada dirigida por el Doctor Kepa Sodupe y presentada en 2000 en el Departamento de Derecho Internacional Público, Relaciones Internacionales e Historia del Derecho y de las Instituciones de la Universidad del País Vasco.

comprometiéndonos a observar las normas internacionales universalmente aceptadas de los derechos humanos y de los pueblos,

hemos acordado lo siguiente:

Artículo 1. Las Altas Partes Contratantes forman una Comunidad de Estados Independientes.

Artículo 2. Las Altas Partes Contratantes garantizan a sus ciudadanos, independientemente de su nacionalidad u otras diferencias, los mismos derechos y libertades. Cada una de las Altas Partes Contratantes garantiza a los ciudadanos de las otras partes, así como a las personas sin ciudadanía que residan en su territorio, independientemente de su pertenencia nacional u otras diferencias,, los derechos y libertades civiles, políticos, sociales, económicos y culturales, de acuerdo con las normas internacionales de derechos humanos universalmente reconocidos.

Artículo 3.- Las Altas Partes Contratantes, deseando asegurar la expresión, conservación y desarrollo de las tradiciones étnicas, culturales, lingüísticas y religiosas de las minorías étnicas que viven en sus territorios y de las regiones etnoculturales existentes, se comprometen a su protección.

Artículo 4.- Las Altas Partes Contratantes desarrollarán una cooperación mutuamente beneficiosa y en pie de igualdad en las esferas política, económica, cultural, educativa, sanitaria, de defensa del medio ambiente, científica, comercial, humanitaria y otras, así como actuarán conjuntamente en un amplio intercambio informativo y observarán de buena fe las obligaciones mutuas. Las Partes consideran indispensable concluir acuerdos de cooperación en los ámbitos mencionados.

Artículo 5.- Las Altas Partes Contratantes reconocen y respetan su integridad territorial y la inviolabilidad de las fronteras existentes en el marco de la Comunidad. Las partes garantizan el carácter abierto de las fronteras, la libertad de circulación de los ciudadanos y el libre intercambio informativo en el marco de la Comunidad.

Artículo 6.- Los Estados miembros de la Comunidad colaborarán para asegurar la paz y la seguridad internacionales y para tomar medidas eficaces para limitar los gastos militares y los arsenales bélicos. Se orientarán hacia la liquidación de todos los tipos de armamento nuclear y al logro de un desarme universal y total bajo estricto control internacional.

Las Partes respetarán las aspiraciones mutuas para adquirir el estatuto de zona libre de armamento nuclear y de Estado neutral.

Los Estados miembros de la Comunidad conservarán y apoyarán un espacio militar estratégico común, incluido el control unificado del armamento nuclear. La realización del control mencionado se regulará por un convenio independiente.

Las Partes también garantizarán las condiciones necesarias para el despliegue, abastecimiento material y social de las fuerzas armadas estratégicas. Las Partes se comprometerán a llevar a cabo una política acordada en las esferas de la Seguridad Social y prestaciones por jubilación de los militares y sus familias.

Artículo 7. Las Altas Partes Contratantes reconocen que la esfera de sus actividades conjuntas realizadas sobre la base de la igualdad de derechos y a través de las instituciones de coordinación general de la comunidad incluye:

- coordinación de la política exterior;
- cooperación en la formación y el desarrollo del espacio económico común y los mercados europeo y euroasiático, en la esfera de la política aduanera;
- colaboración en el desarrollo de los sistemas de transporte y comunicación;
- cooperación en la esfera de la protección del medio ambiente y participación en la formación de un sistema único de seguridad ecológica internacional;
- cuestiones de política migratoria;
- lucha contra la delincuencia organizada.

Artículo 8. Las Partes tienen plena consciencia de que la catástrofe de Chernobyl afectó a todo el planeta y se comprometen a unir y coordinar sus esfuerzos para minimizar y liquidar las consecuencias de dicha catástrofe.

Artículo 9. Todas las controversias respecto a la interpretación y aplicación de las normas del presente convenio se solucionarán por medio de negociaciones entre los organismos correspondientes y, en caso de necesidad, al nivel de gobiernos y Estados.

Artículo 10. Cada una de las Altas Partes Contratantes conserva el derecho de suspender la vigencia del presente convenio o alguno de sus artículos, avisando a los demás participantes del convenio con una antelación mínima de un año. Las estipulaciones del presente convenio podrán ser complementadas o modificadas por acuerdo de las Altas Partes Contratantes.

Artículo 11. A partir de la fecha de la firma del presente Convenio no tendrán vigor, en los territorios de los Estados firmantes, las normas de terceros Estados, incluidas las de la antigua Unión Soviética.

Artículo 12. Las Altas Partes Contratantes garantizarán el cumplimiento de las obligaciones internacionales que para ellas se deriven de los convenios y acuerdos de la antigua Unión Soviética.

Artículo 13. El presente convenio no afectará a las obligaciones de las Altas Partes Contratantes con terceros Estados.

El presente Convenio está abierto a todos los Estados de la antigua Unión Soviética, así como a otros Estados que compartan los objetivos y los principios del presente Convenio.

Artículo 14. La sede oficial de los organismos de coordinación de la Comunidad se establecerá en la ciudad de Minsk.

Cesa la actividad de los organismos de la antigua Unión Soviética en los territorios de los Estados participantes en la Comunidad.

Dado en la ciudad de Minsk a 8 de diciembre de 1991 en tres ejemplares, en bielorruso, ruso y ucraniano respectivamente, declarando al mismo tiempo que los tres textos tienen igual validez.

(firmas)

S. Shushkiévich, V. Kebich, B. Yeltsin, G. Búrbulis, L. Kravchuk, V. Fokin.

PROTOCOLO AL ACUERDO SOBRE LA FUNDACIÓN DE LA CEI**

Las repúblicas de Azerbaiyán, Armenia, Belarús, Kazajstán, Kirguizistán, Moldova, Rusia, Tayikistán, Turkmenistán, Uzbekistán y Ucrania, sobre bases de igualdad y como Altas Partes Contratantes, constituyen la Comunidad de Estados Independientes.

El acuerdo entrará en vigor para cada una de las Altas Partes Contratantes desde el momento de su ratificación. Los documentos reguladores de la cooperación en el marco de la CEI serán elaborados conforme a las bases del acuerdo de creación, teniéndose en consideración las reservas hechas durante su proceso de ratificación.

Este protocolo es parte constitutiva del acuerdo de creación de la CEI.

Dado en la ciudad de Almà-Atà el 21 de diciembre de 1991 en un ejemplar en ázeri, armenio, bielorruso, kazajo, kirguizo, moldavo, ruso, tayiko, turkmeno, uzbeko y ucraniano. Todos los textos tienen igual validez. Un ejemplar legítimo se conserva en el Archivo General de la República de Belarús, el cual enviará a las Altas Partes Contratantes una copia autenticada del presente Protocolo.

Siguen las firmas de cada uno de los presidentes de las repúblicas que encabezan el texto del Protocolo.

** Adaptado de ARREGI, M., *La Comunidad de Estados Independientes: un instrumento para recuperar la hegemonía rusa en el espacio postsoviético*, tesis doctoral no publicada dirigida por el Doctor Kepa Sodupe y presentada en 2000 en el Departamento de Derecho Internacional Público, Relaciones Internacionales e Historia del Derecho y de las Instituciones de la Universidad del País Vasco.

21997A1128(01)

Acuerdo de colaboración y cooperación por el que se establece una colaboración entre las Comunidades Europeas y sus Estados miembros, por una parte, y la Federación de Rusia, por otra

- Protocolo nº 1 sobre la creación de un Grupo de contacto relativo al carbón y al acero
- Protocolo nº 2 sobre asistencia administrativa mutua para la correcta aplicación de la legislación aduanera al acero
- Acta final
- Declaraciones conjuntas
- Canjes de notas
- Acta de firma

Diario Oficial nº L 327 de 28/11/1997 P. 0003 - 0069

ACUERDO DE COLABORACIÓN Y COOPERACIÓN

Por el que se establece una colaboración entre las Comunidades Europeas y sus Estados miembros, por una parte, y la Federación de Rusia, por otra

el REINO DE BÉLGICA,
el REINO DE DINAMARCA,
la REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA,
la REPÚBLICA HELÉNICA,
el REINO DE ESPAÑA,
la REPÚBLICA FRANCESA,
IRLANDA,
la REPÚBLICA ITALIANA,

el GRAN DUCADO DE LUXEMBURGO,
el REINO DE LOS PAÍSES BAJOS,
la REPÚBLICA PORTUGUESA,
el REINO UNIDO DE GRAN BRETAÑA E IRLANDA DEL NORTE,

Partes contratantes en el Tratado constitutivo de la Comunidad Europea, el Tratado constitutivo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero y el Tratado constitutivo de la Comunidad Europea de la Energía Atómica, en lo sucesivo denominados «los Estados miembros», y la COMUNIDAD EUROPEA, la COMUNIDAD EUROPEA DEL CARBÓN Y DEL ACERO y la COMUNIDAD EUROPEA DE LA ENERGÍA ATÓMICA, en lo sucesivo denominadas «la Comunidad», por una parte, y la FEDERACIÓN DE RUSIA, en lo sucesivo denominada «Rusia», por otra,

CONSIDERANDO la importancia de los lazos históricos existentes entre la Comunidad, sus Estados miembros y Rusia y los valores comunes que comparten;

RECONOCIENDO que la Comunidad y Rusia desean fortalecer estos lazos y establecer una colaboración y una cooperación que profundice y amplíe las relaciones que se establecieron entre ambas especialmente mediante el Acuerdo entre la Comunidad Económica Europea y la Comunidad Europea de la Energía Atómica y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sobre comercio y cooperación comercial y económica, firmado el 18 de diciembre de 1989, en lo sucesivo denominado «Acuerdo de 1989»;

CONSIDERANDO el compromiso de la Comunidad, de sus Estados miembros, actuando en el marco de la Unión Europea constituida mediante el Tratado de la Unión Europea de 7 de febrero de 1992, y de Rusia con el fortalecimiento de las libertades políticas y económicas que constituyen la auténtica base de la colaboración;

CONSIDERANDO el compromiso de las Partes de fomentar la paz y la seguridad internacionales así como la resolución pacífica de las controversias y de cooperar a tal fin en el marco de las Naciones Unidas y de la Conferencia de seguridad y cooperación europea y en otros foros;

CONSIDERANDO el firme compromiso de la Comunidad, de sus Estados miembros y de Rusia con la plena aplicación de todos los principios y disposiciones del Acta final de la Conferencia de seguridad y cooperación europea (CSCE), los documentos finales de las reuniones de seguimiento de Viena y Madrid, el Documento de la Conferencia de la CSCE de Bonn sobre cooperación económica, la Carta de París para una nueva Europa y el Documento de la CSCE de Helsinki de 1992, «Los desafíos del cambio»;

CONFIRMANDO la adhesión de la Comunidad y sus Estados miembros y de Rusia a los objetivos y principios enunciados en la Carta europea de la energía de 17 de diciembre de 1991 y en la Declaración de la Conferencia de Lucerna, de abril de 1993;

CONVENCIDAS de la importancia capital del Estado de Derecho y del respeto de los derechos humanos, especialmente los de las minorías, del establecimiento de un sistema pluripartidista con elecciones libres y democráticas y de una liberalización económica destinada a establecer una economía de mercado;

CONVENCIDAS de que el pleno desarrollo de la colaboración, implica la continuación y la culminación de las reformas políticas y económicas en Rusia;

DESEOSAS de fomentar el proceso de cooperación regional en los ámbitos que abarca el presente Acuerdo entre los países de la ex Unión Soviética con objeto de promover la prosperidad y la estabilidad de la región;

DESEOSAS de establecer y desarrollar un diálogo político regular sobre cuestiones bilaterales e internacionales de interés mutuo;

TENIENDO EN CUENTA la voluntad de la Comunidad de proporcionar asistencia técnica, según convenga, para la aplicación de la reforma económica en Rusia y para el desarrollo de la cooperación económica;

TENIENDO PRESENTE la utilidad del Acuerdo para facilitar un acercamiento gradual entre Rusia y un área más amplia de cooperación en Europa y las regiones vecinas y la progresiva integración de Rusia en el sistema comercial internacional abierto;

CONSIDERANDO el compromiso de las Partes con la liberalización del comercio, basada en los principios contenidos en el Acuerdo general sobre aranceles aduaneros y comercio (en lo sucesivo denominado «GATT»), modificado en las negociaciones sobre el comercio de la Ronda Uruguay y tomando en cuenta la constitución de la Organización Mundial de Comercio, en lo sucesivo denominada «OMC»;

RECONOCIENDO que Rusia ha dejado de ser un país de comercio de Estado; que ahora es un país con una economía en transición; y que el avance permanente hacia la economía de mercado se potenciará mediante la cooperación entre las Partes a través de las formas enunciadas en el presente Acuerdo;

CONSCIENTES de la necesidad de mejorar las condiciones que afectan a la actividad comercial y a la inversión, y las condiciones de ámbitos tales como la creación de empresas, el trabajo, la prestación de servicios y los movimientos de capitales;

CONVENCIDAS de que el presente Acuerdo va a crear un nuevo clima para sus relaciones económicas y, en particular, para el desarrollo del comercio y la inversión, instrumentos indispensables para la reestructuración económica y la modernización tecnológica;

DESEOSAS de establecer una estrecha cooperación en el área de la protección del medio ambiente teniendo en cuenta la interdependencia que existe entre las Partes en este ámbito;

TENIENDO PRESENTE la intención de las Partes de desarrollar su cooperación en el ámbito espacial, con vistas a que haya una complementariedad de sus actividades en este ámbito;

DESEOSAS de fomentar una cooperación cultural y de mejorar la circulación de la información,

HAN CONVENIDO EN LO SIGUIENTE:

Artículo 1

Se establece una colaboración entre la Comunidad y sus Estados miembros, por una parte, y Rusia, por otra. Los objetivos de esta colaboración son:

- ofrecer un marco apropiado para el diálogo político entre las Partes que permita el desarrollo de unas relaciones estrechas entre las mismas en este ámbito;
- fomentar el comercio y la inversión y unas relaciones económicas armoniosas entre las Partes basadas en los principios de la economía de mercado para favorecer así el desarrollo sostenible de las mismas;
- reforzar las libertades políticas y económicas;
- apoyar los esfuerzos de Rusia para consolidar su democracia y desarrollar su economía y completar la transición a una economía de mercado;
- ofrecer una base para la cooperación económica, social, financiera y cultural basada en los principios de beneficio mutuo, responsabilidad mutua y ayuda mutua;
- fomentar actividades de interés común;
- ofrecer un marco adecuado para que se produzca una integración gradual entre Rusia y un área más amplia de cooperación en Europa;
- crear las condiciones necesarias para que en el futuro se establezca una zona de libre comercio entre la Comunidad y Rusia que abarque todos los intercambios de bienes entre ellas y las condiciones para que se produzca la libertad de establecimiento de empresas, de comercio transfronterizo de servicios y de movimientos de capitales.

TÍTULO I PRINCIPIOS GENERALES

Artículo 2

El respeto de los principios democráticos y los derechos humanos, tal como se definen en particular en el Acta final de Helsinki y en la Carta de París por una nueva Europa, constituye la base de las políticas internas y externas de las Partes y constituyen un elemento esencial de la colaboración y del presente Acuerdo.

Artículo 3

Las Partes se comprometen a estudiar, el desarrollo de los títulos pertinentes del presente Acuerdo, especialmente el título III y el artículo 53 cuando las circunstancias lo permitan, con el fin de establecer una zona de libre comercio entre ellas. El Consejo de cooperación podrá hacer recomendaciones a las Partes en relación con dichas

modificaciones. Éstas sólo surtirán efecto mediante acuerdo entre las Partes de conformidad con sus procedimientos respectivos. Las Partes examinarán conjuntamente en 1998 si las circunstancias permiten el inicio de negociaciones sobre la creación de una zona de libre comercio.

Artículo 4

Las Partes se comprometen a examinar conjuntamente, de común acuerdo, las modificaciones que pudiera ser adecuado introducir en cualquier parte del Acuerdo como consecuencia de los cambios en las circunstancias, y en particular de la situación a que dé lugar la adhesión de Rusia al GATT/OMC. El primer examen tendrá lugar tres años después de la entrada en vigor del Acuerdo o cuando Rusia adhiera al GATT/OMC, si ello tuviese lugar antes.

Artículo 5

1. El trato de nación más favorecida concedido por Rusia en virtud del presente Acuerdo no será de aplicación durante un período transitorio que expirará 5 años después de la entrada en vigor del presente Acuerdo en relación con las ventajas definidas en el anexo 1 otorgadas por Rusia a otros países de la ex Unión Soviética. Este período podrá ser ampliado, según proceda, para sectores específicos por consentimiento mutuo entre las Partes.
2. En el caso del trato de nación más favorecida concedido en virtud del título III, el período transitorio a que se hace referencia en el apartado 1 expirará tres años después de la entrada en vigor del Acuerdo o cuando Rusia adhiera al GATT/OMC, si esto tuviese lugar antes.

TÍTULO II DIÁLOGO POLÍTICO

Artículo 6

Se establece un diálogo político regular entre las Partes que éstas tratarán de desarrollar e intensificar. Este diálogo deberá acompañar y consolidar el acercamiento entre la Unión Europea y Rusia, apoyar los cambios políticos y económicos que se están

produciendo en este país y contribuir a la creación de nuevas formas de cooperación. El diálogo político:

- fortalecerá los vínculos entre Rusia y la Unión Europea. La convergencia económica que se logre mediante el presente Acuerdo dará lugar a una intensificación de las relaciones políticas;
- conducirá a un mayor acercamiento de posiciones en las cuestiones internacionales de interés mutuo, con lo que aumentará la seguridad y la estabilidad;
- fomentará la cooperación entre las Partes en todo lo relativo a la observancia de los principios de la democracia y de los derechos humanos, y en caso necesario, celebrarán consultas sobre asuntos relacionados con su aplicación.

Artículo 7

1. Las reuniones tendrán lugar en principio dos veces al año entre el Presidente del Consejo de la Unión Europea y el Presidente de la Comisión de las Comunidades Europeas, por una parte, y el Presidente de Rusia, por otra.
2. A nivel ministerial, el diálogo político se llevará a cabo en el seno del Consejo de cooperación contemplado en el artículo 90 y en otras ocasiones inclusive con la troika de la Unión por acuerdo mutuo.

Artículo 8

Las Partes constituirán otros procedimientos y mecanismos para el diálogo político, estableciendo los contactos, intercambios y consultas adecuados, en particular en las formas siguientes:

- mediante encuentros bianuales a nivel de altos funcionarios entre representantes de la troika de la Unión Europea por una parte y representantes de Rusia por otra;
- aprovechando plenamente todos los canales diplomáticos;
- mediante cualquier otro medio, incluyendo la posibilidad de reuniones de expertos, que contribuya a consolidar y desarrollar el diálogo político.

Artículo 9

El diálogo político a nivel parlamentario se llevará a cabo en el seno de la Comisión parlamentaria de cooperación contemplada en el artículo 95.

(...)

TÍTULO VII COOPERACIÓN ECONÓMICA

Artículo 56

1. La Comunidad y Rusia fomentarán una cooperación económica de amplio alcance con el fin de contribuir a la expansión de sus respectivas economías, a la creación de un entorno económico internacional propicio y a la integración entre Rusia y una zona más amplia de cooperación en Europa. Esta cooperación fortalecerá y desarrollará vínculos económicos en beneficio de ambas Partes.
2. Las políticas y demás medidas se destinarán a promover las reformas económicas y sociales y la reestructuración del sistema económico en Rusia y se guiarán por los principios de sostenibilidad y de desarrollo social armonioso; para realizarlas se tendrán plenamente en cuenta las consideraciones sobre medio ambiente.
3. La cooperación abarcará, entre otras cosas:
 - el desarrollo de sus respectivos sistemas de transporte e industrias;
 - la exploración de nuevas fuentes de suministro y de nuevos mercados;
 - el fomento del progreso tecnológico y científico;
 - el fomento de un desarrollo estable de los recursos sociales y humanos y de un desarrollo del empleo local;
 - la promoción de la cooperación regional con miras a que se desarrolle de manera armoniosa y sostenible.
4. Las Partes consideran esencial que, paralelamente con el establecimiento de una relación de colaboración y de cooperación entre ellas, mantengan y desarrollen la cooperación con otros Estados europeos y con los demás países de la ex Unión Soviética para lograr un desarrollo armonioso de la región, y efectuarán todos los esfuerzos a su alcance para fomentar este proceso.
5. La cooperación económica y de otros tipos dispuesta en el presente Acuerdo, en la medida en que sea aplicable, podrá tener el apoyo de la Comunidad sobre la base de los reglamentos pertinentes del Consejo sobre asistencia técnica a los países de la ex Unión Soviética, teniendo en cuenta las prioridades acordadas por las Partes. También se podrá prestar apoyo a través de otros instrumentos pertinentes de la Comunidad que estén disponibles. Las Partes dedicarán especial atención a las medidas que puedan fomentar la cooperación con los demás países de la ex Unión Soviética.

6. Las disposiciones del presente título no afectarán a la aplicación de las normas de competencia de las Partes ni de las disposiciones específicas sobre competencia del presente Acuerdo aplicables a las empresas.

Artículo 57 Cooperación industrial

1. La cooperación se destinará a fomentar, en particular, lo siguiente:
 - el desarrollo de contactos de negocios entre operadores económicos, incluidas las pequeñas y medianas empresas;
 - la mejora de la gestión a nivel de la empresa;
 - el proceso de privatización en el contexto de la reestructuración económica, y la consolidación del sector privado;
 - medidas en el sector público y en el privado para reestructurar y modernizar la industria durante el período transitorio, que conduzcan hacia una economía de mercado y en condiciones que garanticen una protección del medio ambiente y un desarrollo sostenible;
 - la conversión de las industrias de defensa;
 - el establecimiento de normas y prácticas comerciales apropiadas basadas en el sistema de mercado y también la transferencia de conocimientos técnicos.
2. Las iniciativas de cooperación industrial tendrán en cuenta las prioridades fijadas por la Comunidad y por Rusia. Las iniciativas deberán tender en particular a establecer un marco adecuado para las empresas, a mejorar los conocimientos especializados (know-how) sobre gestión y a promover la transparencia por lo que respecta a los mercados y a las condiciones para las empresas.

Artículo 58 Promoción y protección de las inversiones

1. Teniendo en cuenta las competencias y atribuciones respectivas de la Comunidad y de los Estados miembros, la cooperación tiene por objeto establecer un entorno favorable para las inversiones, tanto nacionales como extranjeras, especialmente mediante mejores condiciones para la protección de la inversión, la transferencia de capitales y el intercambio de información sobre posibilidades de inversión.
2. Los objetivos de esta cooperación serán, en particular:
 - la celebración entre los Estados miembros y Rusia, cuando sea necesario, de acuerdos para el fomento y la protección de las inversiones;

- la celebración entre los Estados miembros y Rusia, cuando sea necesario, de acuerdos para evitar la doble imposición;
- el intercambio de información sobre las oportunidades de inversión mediante, entre otras cosas, ferias comerciales, exposiciones, semanas comerciales y otras manifestaciones;
- el intercambio de información sobre legislación, reglamentos y prácticas administrativas en el campo de la inversión.

(...)

Artículo 80 Economía

Las Partes facilitarán el proceso de reforma económica y la coordinación de las políticas económicas con una cooperación destinada a mejorar la comprensión de los mecanismos fundamentales de sus respectivas economías y la elaboración y aplicación de la política económica de las economías de mercado. Las Partes:

- intercambiarán información sobre los resultados y perspectivas macroeconómicos y sobre las estrategias de desarrollo,
- analizarán temas económicos de interés mutuo, incluyendo la elaboración de políticas económicas y los instrumentos de ejecución,
- fomentarán una amplia cooperación entre economistas y altos funcionarios para acelerar la transferencia de información y conocimientos especializados (know-how) con el fin de formular políticas económicas y garantizar una amplia difusión de los resultados de la investigación relativa a las mismas.

Artículo 81 Blanqueo de dinero

1. Las Partes convienen en que es necesario esforzarse al máximo y cooperar para evitar la utilización de sus sistemas financieros para el blanqueo de capitales procedentes de actividades delictivas en general y del tráfico ilícito de drogas en particular.
2. La cooperación en esta área incluirá asistencia administrativa y técnica con objeto de establecer normas adecuadas para luchar contra el blanqueo de dinero equivalentes a las adoptadas por la Comunidad y otras instancias internacionales en este campo, incluida la Financial Action Task Force (FATF).

Artículo 82 Drogas

Las Partes cooperarán para incrementar la eficacia de las políticas y medidas destinadas a luchar contra la producción, el suministro y el tráfico ilícitos de estupefacientes y sustancias psicotrópicas, y para prevenir el desvío de los precursores químicos, y también contribuir a la prevención y la reducción de la demanda de drogas. En este ámbito, la cooperación se basará en consultas mutuas y una estrecha coordinación entre las Partes por lo que respecta a los objetivos y medidas de los distintos ámbitos relacionados con la droga y, en particular, facilitarán el intercambio de programas de información, incluyendo, en su caso, asistencia técnica de la Comunidad.

Artículo 83 Cooperación en el ámbito de la regulación de los movimientos de capital y pagos en Rusia

Sin perjuicio del artículo 52, las Partes, reconociendo la necesidad de un funcionamiento y desarrollo estables del mercado monetario interno en Rusia, cooperarán en el ámbito de la creación de un sistema eficaz de regulación de los movimientos de capital y pagos en Rusia. A la luz de la experiencia, competencia y posibilidades respectivas de los Estados miembros y de la Comunidad, la cooperación en este ámbito, apoyada por la asistencia técnica de la Comunidad cubrirá, en particular:

- el establecimiento de vínculos entre las autoridades competentes de la Comunidad y de sus Estados miembros y de Rusia,
- el intercambio de información periódica,
- la ayuda para el desarrollo de una normativa adecuada.

Con el fin de permitir un uso óptimo de los recursos disponibles, las Partes garantizarán una estrecha coordinación con las medidas establecidas por otros países y organismos internacionales.

TÍTULO VIII COOPERACIÓN PARA LA PREVENCIÓN DE ACTIVIDADES ILEGALES

Artículo 84

Las Partes establecerán una cooperación destinada a prevenir actividades ilegales como:

- la inmigración ilegal y la presencia ilegal de personas físicas de su nacionalidad en sus territorios respectivos, teniendo en cuenta los principios y prácticas de la readmisión,
- actividades ilegales en el ámbito económico, incluida la corrupción,
- transacciones ilegales de mercancías, incluidos los residuos industriales,
- falsificaciones,
- tráfico ilícito de sustancias narcóticas y psicotrópicas.

La cooperación en los citados ámbitos se basará en consultas mutuas y una estrecha colaboración y facilitará una asistencia técnica y administrativa que comprenderá:

- la elaboración de la legislación nacional en el ámbito de la prevención de actividades ilegales,
- la creación de centros de información,
- la mejora de la eficiencia de las instituciones involucradas en la prevención de actividades ilegales,
- la formación del personal y el desarrollo de las infraestructuras de investigación,
- la elaboración de medidas mutuamente aceptables para impedir las actividades ilegales.

TÍTULO IX COOPERACIÓN CULTURAL

Artículo 85

1. Las Partes se comprometen a promover la cooperación cultural con objeto de fortalecer los actuales vínculos entre sus pueblos y fomentar el mutuo conocimiento de sus respectivas lenguas y culturas, respetando la libertad creativa y el acceso recíproco a los valores culturales.
2. La cooperación cubrirá, en particular, los ámbitos siguientes:
 - el intercambio de información y experiencias en el ámbito de la conservación y protección de monumentos y zonas monumentales (patrimonio arquitectónico),
 - el intercambio cultural entre instituciones, artistas y otras personas que trabajan en el ámbito cultural,
 - la traducción de obras literarias.
3. El Consejo de Cooperación efectuará recomendaciones para la aplicación del presente artículo.

TÍTULO X COOPERACIÓN FINANCIERA

Artículo 86

Con el fin de lograr los objetivos del presente Acuerdo, en particular de sus títulos VI y VII, y de conformidad con los artículos 87, 88 y 89, Rusia recibirá de la Comunidad una asistencia financiera temporal mediante asistencia técnica en forma de subvenciones para acelerar la reforma económica de Rusia.

Artículo 87

Esta asistencia financiera estará incluida en el marco del programa Tacis previsto en el correspondiente Reglamento del Consejo.

Artículo 88

Los objetivos y las áreas de la asistencia financiera de la Comunidad se trazarán en un programa indicativo que refleje las prioridades establecidas que se acordarán entre las Partes, teniendo en cuenta las necesidades de Rusia, sus capacidades de absorción sectorial y los avances que se vayan haciendo en la reforma. Las Partes informarán al Consejo de Cooperación al respecto.

Artículo 89

Para que se puedan utilizar de manera óptima los recursos disponibles, las Partes garantizarán que las contribuciones de asistencia técnica se llevan a cabo en estrecha coordinación con las de otras fuentes tales como los Estados miembros, otros países y organizaciones internacionales como el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo y el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo.

TÍTULO XI DISPOSICIONES INSTITUCIONALES, GENERALES Y FINALES

Artículo 90

Se crea un Consejo de Cooperación que supervisará la aplicación del presente Acuerdo. Dicho Consejo se reunirá a nivel ministerial una vez al año y siempre que las circunstancias lo requieran. Examinará todas las cuestiones importantes que surjan dentro del marco del Acuerdo y cualquier otra cuestión bilateral o internacional de

interés mutuo con objeto de alcanzar los objetivos del presente Acuerdo. El Consejo de Cooperación también podrá hacer las recomendaciones apropiadas, por acuerdo entre los representantes de las Partes en el seno del Consejo de Cooperación.

Artículo 91

1. El Consejo de Cooperación estará formado por los miembros del Consejo de la Unión Europea y de miembros de la Comisión de las Comunidades Europeas, por una parte, y de miembros del Gobierno de la Federación de Rusia, por otra.
2. El Consejo de Cooperación elaborará su reglamento interno.
3. Ejercerán la Presidencia del Consejo de Cooperación, por rotación, un representante de la Comunidad y un miembro del Gobierno de la Federación de Rusia.

Artículo 92

1. El Consejo de Cooperación contará, para el cumplimiento de sus obligaciones, con la asistencia de un Comité de Cooperación formado por representantes de los miembros del Consejo de la Unión Europea y representantes de la Comisión de las Comunidades Europeas, por una parte, y representantes del Gobierno de la Federación de Rusia, por otra, normalmente a nivel de altos funcionarios. La Presidencia del Comité de Cooperación la ejercerán, por rotación, la Comunidad y Rusia. En su Reglamento interno, el Consejo de Cooperación determinará las obligaciones del Comité de Cooperación, entre las cuales estará la preparación de las reuniones del Consejo de Cooperación y las obligaciones contempladas en los artículos 16, 17 y 53 y en el anexo 2 y el modo de funcionamiento del Comité.
2. El Consejo de Cooperación podrá delegar cualquiera de sus competencias en el Comité de Cooperación, el cual garantizará la continuidad entre las reuniones del Consejo de Cooperación.

(...)

Artículo 94

Cuando se examine cualquier cuestión que surja dentro del marco del presente Acuerdo en relación con una disposición referente a un artículo del GATT, el Consejo de Cooperación tendrá en cuenta en la mayor medida posible la interpretación que

generalmente se dé al artículo del GATT de que se trate por las Partes Contratantes del GATT.

Artículo 95

Se crea una Comisión Parlamentaria de Cooperación. Se reunirá a intervalos que ella misma determinará.

Artículo 96

1. La Comisión Parlamentaria de Cooperación estará compuesta por miembros del Parlamento Europeo, por una parte, y por miembros de la Asamblea Federal de la Federación de Rusia, por otra.
2. La Comisión Parlamentaria de Cooperación elaborará su reglamento interno.
3. La Comisión Parlamentaria de Cooperación estará presidida, por rotación, por un miembro del Parlamento Europeo y por un miembro de la Asamblea Federal de la Federación de Rusia, de conformidad con las disposiciones que se adopten en su reglamento interno.

(...)

Artículo 98

1. Dentro del ámbito del presente Acuerdo, cada Parte se compromete a garantizar que las personas físicas y jurídicas de la otra Parte tengan acceso, sin ningún tipo de discriminación en relación con sus propios nacionales, a los tribunales y órganos administrativos competentes de las Partes para defender sus derechos individuales y sus derechos de propiedad, entre otros relativos a la propiedad intelectual, industrial y comercial.
2. Dentro de sus respectivas competencias, las Partes:
 - fomentarán los procedimientos de arbitraje para la resolución de controversias derivadas de transacciones comerciales y de cooperación entre operadores económicos de la Comunidad y de Rusia,
 - aceptarán que, siempre que una controversia se someta a un arbitraje, cada parte en el litigio podrá, salvo si las normas del centro de arbitraje elegido por las Partes dispone lo contrario, elegir su propio árbitro, independientemente de la

nacionalidad de éste, y que el tercer árbitro que presida o el único árbitro pueda ser ciudadano de un país tercero,

- recomendarán a sus operadores económicos que elijan por consentimiento mutuo la legislación aplicable a sus contratos,
- instarán a que se recurra a las normas de arbitraje elaboradas por la Comisión de las Naciones Unidas para el Derecho Mercantil Internacional (CNUDMI) y al arbitraje de cualquier centro de un Estado signatario de la Convención sobre el reconocimiento y la ejecución de sentencias arbitrales extranjeras firmada en Nueva York el 10 de junio de 1958.

Artículo 99

Nada de lo dispuesto en el Acuerdo será obstáculo para que cualquiera de las Partes Contratantes adopte medidas:

- 1) que considere necesarias para la protección de sus intereses esenciales de seguridad:
 - a) para evitar que se revele información en perjuicio de sus intereses esenciales de seguridad,
 - b) relacionadas con materiales de fisión o materiales de los que éstos se derivan,
 - c) relacionadas con la producción o comercio de armas, municiones o material de guerra o con la investigación, el desarrollo o la producción indispensables para propósitos defensivos, siempre que tales medidas no vayan en menoscabo de las condiciones de competencia respecto a productos no destinados a efectos específicamente militares,
 - d) que considere esenciales para su propia seguridad en caso de disturbios internos graves que afecten al mantenimiento del orden público, en tiempo de guerra o de grave tensión internacional que constituya una amenaza de guerra, o con el fin de cumplir las obligaciones que haya aceptado a efectos de mantener la paz y la seguridad internacionales, o
- 2) que considere necesarias para respetar sus obligaciones y compromisos internacionales o medidas autónomas adoptadas en línea con los compromisos y obligaciones internacionalmente aceptados sobre el control de la doble utilización de las mercancías las tecnologías industriales.

(...)

Artículo 101

1. Cualquiera de las Partes podrá someter al Consejo de Cooperación cualquier conflicto relativo a la aplicación o interpretación del presente Acuerdo.
2. El Consejo de Cooperación podrá resolver el conflicto mediante una recomendación.
3. En caso de que no fuera posible resolver el conflicto de conformidad con el apartado 2, cada Parte podrá notificar a la otra el nombramiento de un conciliador; la otra Parte deberá entonces nombrar un segundo conciliador en el plazo de dos meses. A efectos de la aplicación de este procedimiento, se considerará que la Comunidad y los Estados miembros son solamente una Parte en el conflicto. El Consejo de Cooperación nombrará un tercer conciliador. Las recomendaciones de los conciliadores se adoptarán por mayoría en la votación. Las recomendaciones no serán vinculantes para las Partes.
4. El Consejo de Cooperación podrá adoptar normas de procedimiento para la solución de los conflictos.

Artículo 102

Las Partes acuerdan celebrar consultas con celeridad, a través de los canales apropiados y a solicitud de cualquiera de las Partes, para discutir cualquier asunto relativo a la interpretación o aplicación del presente Acuerdo y de otros aspectos pertinentes de las relaciones entre las Partes. Las disposiciones del presente artículo no afectarán en ningún caso a lo dispuesto en los artículos 17, 18, 101 y 107 y se entenderán sin perjuicio de dichos artículos.

Artículo 103

El trato otorgado a Rusia en virtud del presente Acuerdo no será más favorable que el que se conceden entre sí los Estados miembros.

(...)

Artículo 106

El presente Acuerdo se celebra por un período inicial de diez años. El Acuerdo se renovará automáticamente año tras año siempre que ninguna de las Partes notifique a la otra Parte por escrito la denuncia del Acuerdo seis meses antes de su expiración.

(...)

Artículo 110

El presente Acuerdo se aplicará a los territorios donde sean aplicables los Tratados constitutivos de la Comunidad Europea, la Comunidad Europea de la Energía Atómica y la Comunidad Europea del Carbón y del Acero y en las condiciones establecidas en dichos Tratados, por una parte, y al territorio de Rusia, por otra.

(...)

En el momento de su entrada en vigor, y en lo que se refiere a las relaciones entre la Comunidad y Rusia, el presente Acuerdo sustituirá, sin perjuicio de lo dispuesto en los apartados 1, 3 y 5 del artículo 22, al Acuerdo entre la Comunidad Económica Europea, la Comunidad Europea de la Energía Atómica y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sobre comercio y cooperación económica y comercial, firmado en Bruselas el 18 de diciembre de 1989.

Hecho en Corfú, el veinticuatro de junio de mil novecientos noventa y cuatro.

I

(Actos cuya publicación es una condición para su aplicabilidad)

**REGLAMENTO (CE, EURATOM) Nº 99/2000 DEL CONSEJO
de 29 de diciembre de 1999
relativo a la concesión de asistencia a los Estados socios de Europa Oriental y Asia Central**

EL CONSEJO DE LA UNIÓN EUROPEA,

Visto el Tratado constitutivo de la Comunidad Europea y, en particular, su artículo 308,

Visto el Tratado constitutivo de la Comunidad Europea de la Energía Atómica y, en particular, su artículo 203,

Vista la propuesta de la Comisión ⁽¹⁾,

Visto el dictamen del Parlamento Europeo,

Considerando lo siguiente:

- (1) De conformidad con los Consejos Europeos de Dublín y de Roma de 1990, la Comunidad ha establecido un programa de asistencia técnica a los países de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas con el fin de contribuir a la reforma y la recuperación de sus economías.
- (2) El Reglamento (Euratom, CE) nº 1279/96 del Consejo, de 25 de junio de 1996, relativo a la concesión de asistencia técnica a los Nuevos Estados Independientes y Mongolia ⁽²⁾ en su esfuerzo de reforma y recuperación económicas fijó las condiciones en que debía prestarse dicha asistencia y previó que ésta se suministrara desde el 1 de enero de 1996 hasta el 31 de diciembre de 1999.
- (3) Dicha asistencia ya ha tenido una repercusión significativa en la reforma llevada a cabo en los Estados socios de Europa Oriental y Asia Central enumerados en el anexo I (en lo sucesivo denominados «los Estados socios»).
- (4) En el presente Reglamento se incluye un importe financiero de referencia, en el sentido de lo dispuesto en el punto 34 del Acuerdo interinstitucional, de 6 de mayo de 1999, entre el Parlamento Europeo, el Consejo y la Comisión, sobre la disciplina presupuestaria y la mejora del procedimiento presupuestario ⁽³⁾, para toda su duración, sin por ello afectar las competencias de la autoridad presupuestaria previstas por el Tratado.

- (5) La asistencia sólo será plenamente eficaz en la medida en que se avance hacia sociedades democráticas libres y abiertas en que se respeten los derechos humanos, los derechos de las minorías y los derechos de los pueblos indígenas, y hacia sistemas económicos de mercado.
- (6) Es preciso continuar con la asistencia a fin de fomentar la seguridad nuclear en los Estados socios.
- (7) La continuación de la asistencia contribuirá al logro de objetivos comunes, sobre todo en el marco de los acuerdos de colaboración y cooperación y los acuerdos de cooperación económica celebrados con los Estados socios.
- (8) Cuando sean de aplicación, las disposiciones de asistencia previstas en el presente Reglamento tendrán debidamente en cuenta las estrategias comunes adoptadas por el Consejo Europeo.
- (9) Conviene establecer las prioridades de dicha asistencia, basándose, entre otras cosas, en los intereses comunes de la Comunidad y de los Estados socios.
- (10) La asistencia debe tener en cuenta que las necesidades y prioridades de las principales regiones a que se aplica el presente Reglamento son distintas.
- (11) La experiencia adquirida ha puesto de manifiesto que la asistencia comunitaria será tanto más eficaz cuanto que se concentre en un número limitado de ámbitos en cada uno de los Estados socios.
- (12) Debe fomentarse el desarrollo de vínculos económicos y flujos comerciales interestatales que conduzcan a la reestructuración y la reforma económica.
- (13) Debe impulsarse la cooperación regional y subregional, sobre todo en lo que respecta a la «Dimensión septentrional» y a la región del Mar Negro.
- (14) Debe potenciarse la cooperación transfronteriza, especialmente en lo que se refiere a las fronteras entre los Estados socios y la Unión Europea, entre dichos Estados socios y Europa Central y Oriental y entre dichos Estados socios entre sí.

⁽¹⁾ DO C 37 de 11.2.1999, p. 8.

⁽²⁾ DO L 165 de 4.7.1996, p. 1.

⁽³⁾ DO C 172 de 18.6.1999, p. 1.

- (15) La reforma económica y la reestructuración que se están llevando a cabo actualmente y la gestión eficaz de este programa hacen necesario un planteamiento plurianual.
- (16) Con el fin de que la reforma sea viable a largo plazo, es preciso centrarse en los aspectos sociales de la reforma y en el desarrollo de la sociedad civil.
- (17) La integración de los aspectos medioambientales en la asistencia es fundamental para la viabilidad a largo plazo de las reformas económicas y del desarrollo.
- (18) El desarrollo de los recursos humanos, incluidas la educación y la formación, es importante para la reforma y la reestructuración.
- (19) Debe mejorarse la calidad de la asistencia seleccionando una parte de los proyectos según criterios de competitividad.
- (20) Para responder adecuadamente a las necesidades más acuciantes de los Estados socios en su fase actual de transformación económica, es necesario permitir que una parte limitada de la asignación financiera se utilice para inversiones justificadas desde el punto de vista económico, sobre todo en el ámbito de la cooperación transfronteriza, el fomento de las pequeñas y medianas empresas (PYME) y el desarrollo de infraestructuras medioambientales y de redes de importancia estratégica para la Comunidad.
- (21) En su caso, la asistencia comunitaria será más eficaz, eficiente y visible si se lleva a cabo de manera descentralizada.
- (22) Deberá garantizarse una competencia real entre las empresas, organizaciones e instituciones interesadas en participar en las iniciativas financiadas por el programa.
- (23) La asistencia comunitaria será tanto más eficaz cuanto que se garantice el compromiso del Estado socio.
- (24) Es oportuno que la Comisión esté asistida en la ejecución de la ayuda comunitaria por un Comité formado por representantes de los Estados miembros.
- (25) Las medidas necesarias para la aplicación del presente Reglamento deben adoptarse de conformidad con la Decisión 1999/468/CE del Consejo, de 28 de junio de 1999, por la que se establecen los procedimientos para el ejercicio de las competencias de ejecución atribuidas a la Comisión ⁽¹⁾.
- (26) Los procedimientos de licitación y la adjudicación de contratos deben ser conformes al Reglamento financiero aplicable al presupuesto general de la Unión Europea (en lo sucesivo denominado «Reglamento financiero»).
- (27) Las disposiciones relativas a las licitaciones y a la adjudicación de contratos, así como los principios que rigen la adjudicación de contratos, se aplicarán hasta el momento en que la legislación que modifica el título IX del Reglamento financiero entre en vigor, con el objeto de brindar una base para la aplicación de las disposiciones que se aplicarán a todos los programas de asistencia exterior de la Comunidad.
- (28) Junto con las personas físicas y jurídicas de los Estados miembros y de los Estados socios, la participación en las licitaciones debe también estar abierta a las personas físicas y jurídicas de los Estados que se beneficien del programa PHARE, y, cuando se requieran determinados conocimientos especializados, de los países mediterráneos.
- (29) Los informes sobre el progreso de la aplicación del programa de asistencia deben elaborarse anualmente.
- (30) Los Tratados no han previsto, para la adopción del presente Reglamento, más poderes que los del artículo 308 del Tratado CE y el artículo 203 del Tratado Euratom,

HA ADOPTADO EL PRESENTE REGLAMENTO:

Artículo 1

La Comunidad llevará a cabo un programa para promover la transición a la economía de mercado y para reforzar la democracia y el Estado de Derecho en los Estados socios enumerados en el anexo I del 1 de enero de 2000 al 31 de diciembre de 2006, de conformidad con los criterios establecidos en el presente Reglamento.

Artículo 2

1. El programa se basará en los principios y objetivos fijados en los Acuerdos de colaboración y cooperación y en los Acuerdos comerciales y sobre cooperación, en cuyo contexto trabajan conjuntamente la Comunidad, sus Estados miembros y los Estados socios con objeto de apoyar iniciativas de interés común.

2. El programa tiene como objetivo conseguir el mayor efecto posible concentrándose en un número limitado de iniciativas significativas, sin excluir proyectos de pequeña escala cuando éstos sean apropiados. A tal efecto, los programas indicativos y los programas de acción que se exponen más adelante abarcarán como máximo tres de los ámbitos transversales de cooperación señalados en el anexo II. Cuando proceda, además de esos tres ámbitos, se concederá ayuda en el sector de la seguridad nuclear. El programa tendrá en cuenta que las necesidades y prioridades de las regiones principales a que se aplica el presente Reglamento son distintas, en especial la necesidad de fomentar la democracia y el Estado de Derecho.

3. Se prestará especial atención a:

- la necesidad de reducir los riesgos medioambientales y la contaminación, incluida la contaminación transfronteriza,
- fomentar la utilización sostenible de los recursos naturales, como por ejemplo los recursos energéticos, y
- los aspectos sociales de la transición.

4. El programa tiene por objeto fomentar la cooperación interestatal, interregional y transfronteriza entre los propios Estados socios, entre los Estados socios y la Unión Europea y entre los Estados socios y los Estados de Europa Central y Oriental.

⁽¹⁾ DO L 184 de 17.7.1999, p. 23.

La cooperación interestatal e interregional tendrá como finalidad principal ayudar a los Estados socios a determinar y llevar a cabo actividades que sea más adecuado realizar entre varios países que a nivel nacional, como el desarrollo de redes, la cooperación medioambiental y la actuación en el terreno de la justicia y los asuntos de interior.

Los principales objetivos de la cooperación transfronteriza serán los siguientes:

- a) ayudar a las regiones fronterizas a resolver los problemas específicos de desarrollo;
 - b) fomentar la conexión de las redes situadas a uno y otro lado de la frontera;
 - c) aumentar el ritmo del proceso de transformación de los Estados socios cooperando con las regiones fronterizas de la Unión Europea o los Estados de Europa Central y Oriental;
 - d) reducir los riesgos y contaminación medioambientales transfronterizos.
5. En el ámbito de la seguridad nuclear, el programa se centrará en las tres prioridades siguientes:
- a) apoyar el fomento de una cultura de seguridad nuclear eficaz de conformidad con los principios del Convenio sobre seguridad nuclear, en particular mediante un apoyo constante a los órganos reglamentarios y, respecto a las centrales, mediante la asistencia *in situ*, como por ejemplo, con suministros de equipo, donde dicha asistencia sea más necesaria;
 - b) apoyar el desarrollo y la aplicación de estrategias de gestión del combustible utilizado, del cierre definitivo de centrales y de los residuos nucleares, incluido en Rusia Noroccidental, en el marco de una cooperación internacional más amplia;
 - c) contribuir a las iniciativas internacionales pertinentes apoyadas por la Unión Europea, como por ejemplo la iniciativa G7/UE sobre el cierre de Chernobyl.

El programa también apoyará la aplicación de salvaguardas eficientes de los materiales nucleares.

6. El programa tendrá en cuenta:

- las distintas necesidades y prioridades en evolución de los Estados socios, considerados individualmente y como regiones, y entre otras consideraciones, el marco de la ampliación,
- la capacidad de absorción de los Estados socios,
- el progreso hacia la reforma democrática y orientada al mercado en los Estados socios.

Dichas medidas se aplicarán teniendo en cuenta los criterios siguientes:

- la necesidad de un desarrollo económico sostenible,
- la repercusión social de las medidas de la reforma,
- el fomento de la igualdad de oportunidades para las mujeres,
- la utilización sostenible de los recursos naturales y el respeto del medio ambiente.

TÍTULO I

PROGRAMAS INDICATIVOS Y PROGRAMAS DE ACCIÓN

Artículo 3

1. La asistencia se prestará en el marco de programas nacionales, regionales u otros.
2. Los programas nacionales y regionales incluirán programas indicativos y programas de acción.
3. Se establecerán programas indicativos por períodos de tres a cuatro años con arreglo al procedimiento a que se refiere el apartado 2 del artículo 13. En dichos programas se fijarán los principales objetivos y orientaciones de la asistencia comunitaria en los ámbitos de cooperación indicados en el anexo II y se podrían incluir, en la medida de lo posible, estimaciones financieras indicativas. Antes de establecer los programas indicativos, la Comisión tratará con el Comité citado en el apartado 1 del artículo 13 de las prioridades que se determinen con los Estados socios.
4. Los programas de acción basados en los programas indicativos a que se refiere el apartado 3 se adoptarán cada año o cada dos años de conformidad con el procedimiento a que se refiere el apartado 2 del artículo 13 e incluirán una lista de los proyectos que vayan a financiarse en los ámbitos de cooperación indicados en el anexo II. El contenido de los programas se detallará suficientemente para que el Comité del apartado 1 del artículo 13 pueda pronunciarse.
5. Las medidas señaladas en los programas nacionales de acción deberán reflejarse en los memorandos de financiación celebrados entre la Comisión y cada uno de los Estados socios. Los memorandos se basarán en un diálogo en el que se tengan en cuenta los intereses comunes de la Comunidad y de los Estados socios, sobre todo en el marco de los Acuerdos de colaboración y cooperación.
6. Si las circunstancias lo exigen, los programas indicativos y los programas de acción podrán modificarse con arreglo al procedimiento a que se refiere el apartado 2 del artículo 13 durante el período de su ejecución.

Artículo 4

1. Además de los programas nacionales de acción, se creará un sistema de incentivos que introduzca un factor de competencia en la asignación de los recursos, para fomentar la calidad. Para garantizar la concentración, los proyectos financiados con arreglo a este sistema deberán estar relacionados con los ámbitos transversales de cooperación establecidos en los programas indicativos nacionales a que se refiere el artículo 3.
2. Este sistema se establecerá gradualmente y tendrá en cuenta la capacidad administrativa de los distintos Estados socios. En el primer año de funcionamiento, la dimensión financiera del sistema no rebasará el 10 % del presupuesto general del programa. En los años posteriores, dicha proporción podría incrementarse, como máximo, en un 5 % por año.

3. Teniendo en cuenta la experiencia de los años anteriores en que se incluye la distribución geográfica, se realizarán esfuerzos especiales para fomentar la participación de todos los Estados socios en este sistema y, en particular de los países que atraviesen mayores dificultades para conseguir del sistema los resultados esperados.

4. El programa anual del sistema de incentivos, incluyendo los criterios para la selección de los proyectos así como sus dimensiones, se acordará de conformidad con el procedimiento a que se refiere el apartado 2 del artículo 13.

TÍTULO II

MEDIDAS A LAS QUE DEBE PRESTARSE AYUDA

Artículo 5

1. Dentro de los programas mencionados en el título I, que se refiere fundamentalmente a la asistencia técnica, deberá prestarse ayuda a las medidas siguientes:

- transferencia de conocimientos especializados y técnicos, incluida la formación,
- cooperación industrial y asociaciones para la creación de instituciones, basadas en la cooperación entre organizaciones públicas y privadas de la Unión Europea y los Estados socios,
- caso por caso, el coste razonable de los suministros necesarios para la prestación de la asistencia. En casos especiales, incluidos los ámbitos de la seguridad nuclear, la justicia y los asuntos de interior y la cooperación transfronteriza, puede tenerse en cuenta un elemento de suministro significativo,
- inversiones y actividades conexas. La ayuda puede incluir una asistencia técnica destinada a estimular y acompañar las inversiones. Puede prestarse ayuda asimismo a la financiación de inversiones como se señala en el anexo III, sobre todo en los ámbitos de la cooperación transfronteriza, el fomento de las pequeñas y medianas empresas, de la infraestructura medioambiental y de las redes.

2. La asistencia sufragará asimismo los gastos de elaboración, aplicación, seguimiento, auditoría y evaluación del programa, así como los gastos de información.

3. Cuando sea oportuno, las medidas podrán aplicarse de manera descentralizada. Los beneficiarios finales de la asistencia comunitaria deberán participar estrechamente en la elaboración y la ejecución de los proyectos. Si es posible, los proyectos se determinarán y elaborarán a nivel regional y local.

4. Los proyectos se aplicarán por fases cuando sea apropiado y de manera que se evite la interrupción de la continuidad de las acciones. La concesión de ayuda para las fases posteriores dependerá del éxito de la ejecución de las fases anteriores.

5. Se fomentará la participación de expertos locales en la ejecución de los proyectos.

TÍTULO III

DISPOSICIONES FINANCIERAS

Artículo 6

1. El importe financiero de referencia para la aplicación de este programa será de 3 138 millones de euros para el período comprendido entre 2000 y 2006.

La autoridad presupuestaria autorizará los créditos anuales dentro de los límites de las perspectivas financieras.

2. Se asignará, como máximo, un 20 % del presupuesto anual a las actividades de inversión financiera señaladas en el anexo III. Podrá asignarse, como máximo, un 20 % del presupuesto anual al sistema de incentivos indicado en el artículo 4.

Artículo 7

1. La Comisión administrará las medidas señaladas en el presente Reglamento que se financien con cargo al presupuesto general de la Unión Europea de acuerdo con el Reglamento financiero aplicable al efecto.

2. La Comisión se atenderá al principio de gestión financiera correcta y, en particular, a los principios de eficacia y rentabilidad indicados en el Reglamento financiero.

Artículo 8

1. En general, la asistencia comunitaria se prestará en forma de subvenciones. Éstas podrán generar fondos utilizables para financiar otros proyectos o medidas de cooperación.

2. Las decisiones de financiación y los contratos resultantes de dicha asistencia establecerán expresamente que, si es necesario, la Comisión y el Tribunal de Cuentas podrán realizar inspecciones, supervisión financiera y control *in situ*.

Artículo 9

1. El coste de los proyectos en moneda local sólo será cubierto por la Comunidad en la medida de lo estrictamente necesario.

2. Se fomentará activamente la cofinanciación de los proyectos por los Estados socios.

3. La Comunidad no financiará los impuestos, los derechos ni las compras de inmuebles.

Artículo 10

Las siguientes disposiciones relativas a las licitaciones y a la adjudicación de contratos, así como los principios que rigen la adjudicación de contratos que figuran en el anexo IV, se aplicarán hasta el momento en que la legislación que modifica el título IX del Reglamento financiero entre en vigor, con objeto de proporcionar una base para la puesta en práctica de las disposiciones que se aplicarán a todos los programas de asistencia exterior de la Comunidad.

Artículo 11

1. La Comisión ejecutará las operaciones con arreglo a los programas de acción mencionados en el apartado 4 del artículo 3 del título IX del Reglamento financiero, así como al artículo 12 del presente Reglamento.
2. La Comisión facilitará a los Estados socios un conjunto de normas relativas a la definición de los proyectos.
3. Los contratos de suministro y de obras se adjudicarán mediante licitaciones abiertas, excepto en los casos previstos en el artículo 116 del Reglamento financiero.
4. La participación en las licitaciones y contratos estará abierta en igualdad de condiciones a todas las personas físicas y jurídicas de los Estados miembros, de los Estados socios y de los países beneficiarios del programa PHARE. La Comisión podrá autorizar, caso por caso, la participación de las personas físicas y jurídicas de los países mediterráneos con los que existan vínculos tradicionales económicos, comerciales o geográficos, en el supuesto de que los programas o proyectos de que se trate requieran formas específicas de asistencia particularmente disponibles en dichos países.
5. En el supuesto de cofinanciación, la Comisión podrá autorizar la participación de terceros países en las licitaciones y contratos, pero sólo caso por caso. En estos casos, únicamente se aceptará la participación de empresas de países terceros si se tienen garantías de reciprocidad.

Artículo 12

Las licitaciones abiertas para la adjudicación de contratos de suministros con arreglo al artículo 114 del Reglamento financiero concederán un plazo para la presentación de ofertas no inferior a cincuenta y dos días a partir de la fecha de envío de la notificación al *Diario Oficial de las Comunidades Europeas*.

Los contratos de servicios, por regla general, se adjudicarán mediante licitaciones restringidas y mediante acuerdos privados para operaciones de hasta 200 000 euros.

TÍTULO IV

DISPOSICIONES GENERALES

Artículo 13

1. La Comisión estará asistida por el Comité para la asistencia a los Nuevos Estados Independientes y Mongolia (en lo sucesivo denominado «el Comité»).
2. Cuando se haga referencia al presente apartado, se aplicarán los artículos 4 y 7 de la Decisión 1999/468/CE.

El plazo establecido en el apartado 3 del artículo 4 de la Decisión 1999/468/CE quedará fijado en tres meses.

3. El Comité adoptará su reglamento interno.

Artículo 14

La Comisión, conjuntamente con los Estados miembros y basándose en un intercambio mutuo y periódico de información, incluido el intercambio de información *in situ*, garantizará

la coordinación eficaz de la labor de asistencia realizada por la Comunidad y cada uno de los Estados miembros, la coherencia y la complementariedad de sus programas de cooperación.

Se establecerá una coordinación periódica entre la Comisión y los Estados miembros, que incluya la coordinación *in situ* en sus contactos con los Estados socios, por lo que se refiere tanto a la fase de definición como a la de aplicación del programa.

En la aplicación de los programas transfronterizos de cooperación en que participen los Estados miembros, los países PHARE y los Estados socios, la Comisión procurará lograr su coordinación eficaz y su coherencia con los programas financiados con los Fondos Estructurales, programas de asistencia exterior de la Comunidad e iniciativas de asistencia bilateral.

Además, la Comisión garantizará la coordinación y la cooperación con las instituciones financieras internacionales y con otros donantes.

En el marco de la asistencia concedida en virtud del presente Reglamento, la Comisión fomentará la cofinanciación con organismos públicos o privados de los Estados miembros.

Artículo 15

1. Al final de cada ejercicio presupuestario, la Comisión presentará un informe de situación sobre la ejecución del programa de asistencia. Dicho informe incluirá una evaluación de la asistencia ya concedida que incluya la eficacia del programa, así como información sobre los resultados de las actividades de inspección llevadas a cabo durante el año. El informe se remitirá a los Estados miembros, al Parlamento Europeo, al Consejo, al Comité Económico y Social y al Comité de las Regiones.

2. Teniendo en cuenta dichos informes, la Comisión podrá presentar propuestas de modificación del presente Reglamento al Consejo

3. Además, la Comisión pondrá a disposición de los órganos mencionados en el apartado 1 información estadística sobre la adjudicación de la contratación. El contenido y la forma de la información estadística que se debe suministrar se debatirán en el Comité a que se refiere el artículo 13.

Artículo 16

Cuando falte un elemento fundamental para la continuidad de la cooperación a través de la asistencia, en particular en los casos de violación de los principios democráticos y de los derechos humanos, el Consejo podrá, previa propuesta de la Comisión y por mayoría cualificada, decidir las medidas adecuadas relativas a la asistencia a un Estado socio.

Como último recurso, se podrá aplicar el mismo procedimiento cuando los Estados socios hayan incumplido gravemente obligaciones contempladas en los Acuerdos de colaboración y cooperación.

Artículo 17

El presente Reglamento entrará en vigor el tercer día siguiente al de su publicación en el *Diario Oficial de las Comunidades Europeas*.

El presente Reglamento será obligatorio en todos sus elementos y directamente aplicable en cada Estado miembro.

Hecho en Bruselas, el 29 de diciembre de 1999.

Por el Consejo

El Presidente

K. HEMILÄ

ANEXO I

ESTADOS SOCIOS MENCIONADOS EN EL ARTÍCULO 1

Armenia	Moldova
Azerbaiyán	Mongolia
Belarús	Tayikistán
Federación de Rusia	Turkmenistán
Georgia	Ucrania
Kazajstán	Uzbekistán.
Kirguizistán	

ANEXO II

ÁMBITOS DE COOPERACIÓN MENCIONADOS EN EL APARTADO 2 DEL ARTÍCULO 2 Y EN LOS APARTADOS 3 Y 4 DEL ARTÍCULO 3

1. Apoyo a la reforma institucional, jurídica y administrativa:
 - instauración del Estado de derecho,
 - refuerzo de políticas eficaces,
 - reforma de la Administración pública a nivel nacional, regional y local,
 - apoyo a los organismos ejecutivos y legislativos (nacionales, regionales y locales),
 - ayuda a las actividades en el ámbito de la justicia y los asuntos de interior,
 - refuerzo del marco jurídico y normativo,
 - apoyo a la ejecución de los compromisos internacionales,
 - desarrollo de la sociedad civil,
 - fomento de la educación y de la formación.
2. Apoyo al sector privado y ayuda al desarrollo económico:
 - desarrollo de las pequeñas y medianas empresas,
 - desarrollo de los sistemas bancarios y financieros,
 - promoción de la empresa privada, en particular, de las empresas conjuntas,
 - cooperación industrial, incluida la investigación,
 - privatización,
 - reestructuración de las empresas,
 - promoción de un entorno orientado al mercado para el comercio y la inversión.
3. Ayuda destinada a reducir las consecuencias sociales de la transición:
 - reforma de los sistemas sanitarios, de pensiones y de seguridad social,
 - ayuda destinada a reducir las consecuencias sociales de la reestructuración empresarial,
 - asistencia en favor de la reconstrucción social,
 - desarrollo de los servicios de empleo y de readaptación profesional.
4. Desarrollo de las redes de infraestructuras:
 - redes de transporte,
 - redes de telecomunicaciones,
 - redes de transporte y de transmisión de energía,
 - pasos fronterizos.
5. Fomento de la protección del medio ambiente y gestión de los recursos naturales:
 - adopción de políticas y prácticas ambientales sostenibles,
 - promoción de la armonización de las normas ambientales con las de la Unión Europea,
 - mejora de las tecnologías energéticas en el suministro y utilización final,
 - fomento de la utilización y gestión sostenibles de los recursos, incluidos el ahorro energético, la utilización rentable de la energía y la mejora de las infraestructuras ambientales.
6. Desarrollo de la economía rural:
 - marco jurídico y reglamentario, incluida la privatización de las tierras,
 - mejora del acceso a la financiación y promoción de la formación,
 - mejora de la distribución y el acceso a los mercados.

Cuando proceda, se prestará ayuda en el sector de la seguridad nuclear de conformidad con las prioridades señaladas en el apartado 5 del artículo 2.

ANEXO III

FINANCIACIÓN DE LAS INVERSIONES

La financiación de las inversiones se determinará con arreglo a los criterios siguientes:

- efecto multiplicador, según el cual la asistencia comunitaria provocará una serie de inversiones procedentes de otras fuentes,
- adicionalidad, según el cual la asistencia comunitaria fomentará inversiones que, de no ser así, no se realizarían,
- ámbitos de interés para la Comunidad.

La financiación de las inversiones puede revestir la forma de cofinanciación con otras fuentes de financiación de inversiones o, de modo excepcional, de financiación íntegra.

Entre los sectores prioritarios de financiación de las inversiones figurarán la cooperación transfronteriza incluidas las infraestructuras en las fronteras, el fomento de las pequeñas y medianas empresas, la infraestructura medioambiental y las redes. Queda excluida la financiación directa de participaciones y acciones en sociedades particulares.

ANEXO IV

PRINCIPIOS QUE REGULARÁN LA ADJUDICACIÓN DE CONTRATOS MEDIANTE LICITACIÓN, EN PARTICULAR LOS CONCURSOS

1. Con la «Convocatoria de ofertas» se facilitará toda la información necesaria a los licitadores que se hayan registrado en la lista de proveedores preseleccionados o que así lo soliciten en respuesta a la publicación de una notificación de convocatoria abierta. Esta información contendrá, en particular, los criterios de evaluación. La evaluación técnica de la oferta podrá incluir entrevistas con las personas propuestas por el proveedor.
2. La Comisión presidirá todos los Comités de evaluación y designará un número suficiente de evaluadores antes del lanzamiento de las licitaciones. Un evaluador provendrá de la institución receptora de los países beneficiarios. Todos los evaluadores firmarán una declaración de imparcialidad.
3. La oferta se evaluará sobre la base de una ponderación de calidad técnica contra precio. La ponderación de ambos criterios se anunciará en cada convocatoria de ofertas. En particular, la evaluación técnica se llevará a cabo de acuerdo con los criterios siguientes: organización, calendario, métodos y plan de trabajo propuestos para prestar los servicios, cualificaciones, experiencia y capacidad del personal propuesta para la prestación servicios y utilización de sociedades o expertos locales, su integración en el proyecto y su contribución a la viabilidad de los resultados del mismo. La experiencia concreta del proveedor en el programa TACIS no se tomará en consideración.
4. Se informará por carta a los proveedores que no hayan obtenido la adjudicación, en la que se incluirá una mención de las razones por las que no recibió la adjudicación y el nombre del adjudicatario.
5. No podrán participar en la ejecución del proyecto las personas físicas o jurídicas que hayan intervenido en la preparación del mismo. Si un proveedor emplea a estas personas, en cualquier calidad dentro de un plazo de seis meses tras la finalización de su participación en el procedimiento de licitación, dicho proveedor podrá quedar excluido de la participación en el proyecto. Cualquier proveedor incluido en la lista de proveedores preseleccionados quedará excluido de la evaluación de las ofertas.
6. La Comisión garantizará la confidencialidad de toda la información comercialmente sensible relativa a una oferta propuesta.
7. Cuando una sociedad, organización o institución tenga razones graves para solicitar la revisión de una oferta, tendrá la posibilidad de dirigirse a la Comisión. En tal caso, deberá darse una respuesta a su solicitud.
8. En el caso de la adjudicación de contratos mediante licitación restringida, como se contempla en el artículo 116 del Reglamento financiero, la Comisión registrará todas las expresiones de interés recibidas por escrito, que utilizará a su vez para elaborar la lista de proveedores preseleccionados.

Además, se podrá considerar otra información, en particular la procedente del registro central de asesores de TACIS, a la hora de elaborar la lista de proveedores preseleccionados. Este registro deberá estar abierto a todas las sociedades, organizaciones e instituciones para su inclusión en el mismo.

9. A la hora de elaborar la lista de proveedores preseleccionados, la Comisión se guiará por la cualificación, el interés y la disponibilidad de la sociedad, organización o institución. El número de sociedades, organizaciones e instituciones de una lista de preselección dependerá de la magnitud y de la complejidad del proyecto y deberá ofrecer la mayor gama de opciones posible.
Las sociedades, organizaciones e instituciones que hayan expresado por escrito su interés en un proyecto serán informadas sobre su inclusión en la lista de preselección.
10. Cada año, la Comisión comunicará al Comité al que se refiere el apartado 1 del artículo 13 una lista de sociedades, organizaciones e instituciones seleccionadas.
11. En los proyectos de alta complejidad, la Comisión podrá proponer a las sociedades, organizaciones e instituciones que hayan sido incluidas en la lista de preselección, la formación de consorcios entre ellas. En dichos casos, esta propuesta, así como la lista completa de preselección se transmitirá a todos las sociedades, organizaciones e instituciones que hayan sido incluidas en ella.
12. En las licitaciones restringidas deberá transcurrir un plazo de al menos sesenta días civiles entre el dictamen final emitido por el Comité al que se refiere el apartado 1 del artículo 13 y el lanzamiento de la licitación. Sin embargo, en caso de urgencia, la Comisión podrá reducir este período, siempre que transmita una explicación detallada al mencionado Comité.

Las convocatorias a una licitación restringida establecerán un plazo de sesenta días civiles a partir del día de entrega de la carta de convocatoria. En casos de urgencia se podrá reducir este período, pero nunca podrá ser inferior a cuarenta días civiles. En casos excepcionales, la Comisión podrá ampliar este plazo, siempre que transmita al Comité contemplado en el apartado 1 del artículo 13 una explicación detallada. Todos los cambios en el plazo deberán ser debidamente notificados a las sociedades, organizaciones o instituciones interesadas.

Bibliografía

Documentación de las actuaciones de la Comunidad Europea/UE hacia la URSS/Rusia 1991-2000 y resumen de su contenido*

19-agosto-1991.- Declaración CPE sobre la situación en la Unión Soviética

Preocupación por el golpe de Estado; anuncio de una reunión de ministros de Asuntos Exteriores para el 20 de agosto por la mañana.

20-agosto-1991.- Declaración CPE sobre la situación en la Unión Soviética

Expresión de la preocupación por los acontecimientos. Condena por la destitución de Gorbachov y por el golpe de Estado y referencia al Acta de Helsinki y a la Carta de París. Reclaman la restauración al poder de Gorbachov y suspenden la asistencia económica a Moscú en forma de créditos para ayuda alimentaria y de asistencia técnica. Instan a la URSS a cumplir todos los acuerdos de desarme adquiridos.

22-agosto-91.- Declaración CPE sobre la situación en la Unión Soviética

Alivio y satisfacción por el fracaso del golpe. Admiración hacia la resistencia y mención personal de Yeltsin. Revocación de los acuerdos del 20 de agosto.

27-agosto-1991.- Declaración CPE sobre los países bálticos

“Acoge calurosamente” la soberanía e independencia de los países bálticos. Confirma la decisión de establecer relaciones diplomáticas con ellos y desean que ingresen en todas las organizaciones internacionales. Se comprometen a aportar apoyo económico y político.

9-nov.-1991.- Declaración CE-EEUU sobre las transformaciones democráticas en el Este

Apoyan a los ciudadanos de las nuevas democracias de Europa Central y Oriental, “así como de la URSS y sus repúblicas”. El reto del trato de las minorías nacionales, especialmente preocupante en Yugoslavia, puede ser resuelto con la plena observación y aplicación de los principios y compromisos enunciados en la CSCE.

2-dic.-1991.- Declaración sobre Ucrania

“Toman nota” de los resultados del referéndum del día anterior sobre la independencia de Ucrania y se felicitan por el carácter democrático de la consulta. Confían en que Ucrania respete los compromisos adquiridos por la URSS, especialmente en el marco CSCE, y que “se una a las demás Repúblicas para aceptar su responsabilidad solidaria en materia de deuda externa de la URS”.

16-dic.- 1991.- Posición Común. Directrices para el reconocimiento de nuevos Estados en Europa del Este y la URSS

Confirman su adhesión a los principios de Helsinki y de París, especialmente el de autodeterminación. Voluntad de reconocer a los nuevos Estados, siempre que se constituyan sobre una base democrática y acepten las obligaciones internacionales pertinentes. La posición común implica: el respeto a las disposiciones de Naciones Unidas y la CSCE; la garantía de los derechos de los grupos étnicos y de las minorías nacionales; el respeto a la inviolabilidad de las fronteras; la reanudación de los compromisos relativos al desarme; y el compromiso de solucionar las controversias por medio de arbitraje.

23-dic.-91.- Declaración CPE sobre el futuro status de Rusia y otras repúblicas exsoviéticas

Los Doce “Toman nota con satisfacción” de la reunión de Alma-Atá del 21 de diciembre, que constituye la CEI. Constatan que Rusia mantendrá los derechos y obligaciones internacionales de la URSS, y que así lo acepta. Manifiestan su intención de reconocer a los otros nuevos Estados siempre que cumplan las condiciones establecidas en las directrices del 16 de diciembre y que mantengan los compromisos sobre desarme.

25-dic.-1991.- Declaración CPE con motivo de la dimisión del presidente Gorbachov

“Toman nota” de la decisión de Gorbachov y le conceden un homenaje. Esperan que sus sucesores realicen una transición “pacífica, democrática y ordenada”.

* He incluido en esta resolución las actuaciones UE en otros países que han afectado especialmente a los intereses de Rusia, sobre todo en lo que concierne a la presencia de tropas de interposición rusas y a la legislación sobre ciudadanía y minorías que afecta a poblaciones rusófonas.

25-dic.-1991.- **Declaración CPE sobre el estatuto de Rusia y otras repúblicas de la Unión Soviética**

La Presidencia ha constatado que Rusia ajerce, “desde hoy”, los derechos y obligaciones internacionales de la antigua Unión Soviética. Esperan garantías de las otras repúblicas para su reconocimiento.

10-marzo-1992.- **Declaración conjunta CE-Rusia sobre Nagorni-Karabaj**

Rusia y la Comunidad están preocupadas por el desarrollo de los acontecimientos en Nagorni-Karabaj. Apoyo a la mediación emprendida por Rusia.

10-abril-1992.- **Declaración CPE sobre la situación en Moldova**

Felicitación por el alto el fuego logrado y por el compromiso entre Moldova, Rusia, Ucrania y Rumania por mediar en el conflicto.

25-abril-1993.- **Declaración CPE sobre Rusia**

Felicitación por el resultado del referéndum sobre la reforma constitucional. Apoyo a Yeltsin frente a los sectores “contrarios a la democracia y a la economía de mercado”.

9-jul.-1993.- **Declaración CPE sobre Estonia**

Felicitación por las modificaciones introducidas en la Ley de Extranjería, que hace concesiones a la población rusófona.

1-agosto-1993.- **Declaración CPE sobre Lituania**

Se felicita por la retirada de las últimas tropas rusas y por el entendimiento entre ambos países. Expresa su voluntad de que Rusia llegue a situaciones similares con Estonia y Letonia.

22-sept.-1993.- **Declaración CPE sobre Rusia**

En la crisis política rusa, la CE expresa su solidaridad con la legalidad vigente en el país, y por lo tanto con Yeltsin. Desea que se desbloquee la situación sin violencia.

4-oct.-1993.- **Declaración CPE sobre Rusia**

Preocupación por los acontecimientos en Moscú y por la pérdida de vidas humanas, lo que se atribuye a la acción de las fuerzas involucionistas. Se reitera el apoyo a Yeltsin.

9-nov.-1993.- **Declaración de la Presidencia sobre Rusia**

A petición de las autoridades rusas, se decide el envío de observadores electorales a la convocatoria de diciembre, en coordinación con la CSCE.

16-dic.-1993.- **Declaración de la Presidencia sobre Rusia**

Felicitación por la aprobación de la reforma constitucional impulsada por Yeltsin. Da validez al proceso electoral supervisado por observadores comunitarios y se compromete a mantener su ayuda y cooperación con Rusia.

17-enero-1994.- **Ucrania** (Declaración de la Presidencia)

Satisfacción por el acuerdo con Ucrania, Rusia y EEUU para la supresión de armas nucleares en el territorio ucraniano.

20-enero-1994.- **OTAN**

El PE saluda la decisión del Consejo Atlántico por crear una asociación que integre a los países del Este.

20-enero-1994.- **Federación Rusa**

El PE solicita a la Comisión que prevea ayudas para paliar la situación de los soldados rusos.

7-feb.-1994.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia)

Felicitación a la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa por tomar en consideración la adhesión rusa.

8-feb.-1994.- **Ucrania**

La Comisión desea crear una zona de libre cambio con Ucrania y favorecer las inversiones en el país.

9-feb.-1994.- **Federación Rusa**

El PE apoya la iniciativa rusa de reactivar Kaliningrado.

10-feb-1994.- **Federación Rusa**

El PE condena las investigaciones rusas sobre armamento químico y la censura existente sobre este tema.

26-feb.-1994.- **G-7**

En la reunión de Kronberg la UE da cuentas de su colaboración con Rusia y la situación de dicho país.

3-marzo-1994.- **TACIS**

La Comisión aprueba la concesión de 10 millones de ecus en el marco del programa TACIS para el espacio ex-soviético.

7-marzo-1994.- **CEI**

El Consejo establece programas flexibles y evolutivos para las relaciones con las repúblicas exsoviéticas (excepto Rusia y Ucrania).

23-marzo-1994.- **Acuerdo con Ucrania**

Firma del acuerdo de Colaboración y Cooperación de la UE con Ucrania.

30-marzo-1994.- **Antigua URSS y Mongolia**

La Comisión aprueba fondos de 5 millones de ecus para asistencia técnica a estos países.

19-abril-1994.- **Ucrania** (Declaración de la Presidencia)

La UE se felicita por el buen resultado de las elecciones y muestra su preocupación por el conflicto de Crimea.

19-abril-1994.- **Federación Rusa**

El Consejo toma nota de las cuestiones pendientes para el acuerdo de asociación con Rusia, especialmente en el campo nuclear.

21-abril-1994.- **Países bálticos**

El PE “observa que sus sugerencias sobre la supeditación de la ayuda a la Federación Rusa a la retirada de sus tropas del territorio de los Estados bálticos no se han tenido presentes”.

21-abril-1994.- **Ucrania**

El PE se felicita por el buen resultado de las elecciones, aunque detecta irregularidades y llama a limar diferencias con Rusia.

10-mayo-1994.- **Letonia**

El Consejo se felicita por el acuerdo con Rusia de retirada total de tropas para el siguiente mes de agosto.

17-mayo-1994.- **Tayikistán** (Declaración de la Presidencia)

Se felicita por los esfuerzos realizados por la ONU, la CSCE y Rusia en bien de la paz.

25-mayo-1994.- **Ucrania** (Declaración de la Presidencia)

Preocupación por la situación en Crimea y apoyo a la integridad del país.

14-junio-1994.- **Ucrania**

Aprobación del Acuerdo de Colaboración y Cooperación de la UE con Ucrania.

21-junio-1994.- **Letonia** (Declaración de la Presidencia)

Expresa su apoyo a los esfuerzos del país por hallar soluciones al problema de los residentes no nacionales y solicita que se tengan en cuenta las recomendaciones de la CSCE y del Consejo de Europa.

24-junio-1994.- **Federación Rusa**

Firma del Acuerdo de Colaboración y Cooperación de la UE con la Federación Rusa.

28-julio-1994.- **Estonia**

El Consejo se felicita por el acuerdo entre Rusia y Estonia de retirada de tropas y por la Ley de nacionalidad.

31-agosto-1994.- **Países bálticos**

El Consejo se felicita por la retirada de las tropas rusas de Estonia y Letonia.

28-nov.-1994.- **Moldova** (Declaración de la Presidencia)

La UE se felicita por el nuevo acuerdo de asociación con este país y por la retirada de tropas rusas.

15-dic.-1994.- **Chechenia**

El PE pide a las partes involucradas que hallen una solución negociada y democrática al conflicto.

22-dic.-1994.- **Lituania y Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia)

Preocupación por las cuestiones pendientes relativas al tránsito militar hacia Kaliningrado.

17-enero-1995.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 11, nº 4215/95)

Preocupación por los combates y las violaciones de los derechos humanos y del Derecho Internacional. Llamamiento al cese de combates.

19-enero-1995.- **Chechenia**

El PE condena el recurso a la fuerza y aprueba la suspensión de la ratificación del acuerdo interino con Rusia.

23-enero-1995.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 24, nº 4385/95)

El Consejo renueva su preocupación y deplora las violaciones de derechos humanos. La UE determinará su acción en función del éxito de la misión OSCE.

2-febrero-1995.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia)

Preocupación por los combates. Apoyo a la delegación OSCE.

16-feb.-1995.- **Chechenia**

El PE pide el cese de los combates por razones humanitarias.

16-marzo-1995.- **Chechenia**

El PE reitera su condena a las graves violaciones de los Derechos Humanos por parte del ejército ruso.

23-marzo-1995.- **Segundo programa TACIS**

La Comisión presenta el segundo informe sobre el programa de asistencia técnica a la antigua URSS y a Mongolia.

1-abril.1995.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 106, nº 6127/95)

Preocupación por los acontecimientos; renueva el llamamiento al alto el fuego y su confianza en el papel de la OSCE.

7-abril-1995.- **Antigua URSS**

El PE insta a la ratificación de los tratados de la UE con las diferentes repúblicas "a excepción de Rusia y Kazajstán".

10-abril-1995.- **Europa central y oriental**

En una reunión conjunta de la UE con los países asociados del Este se solicita el cese de hostilidades en Chechenia y Yugoslavia.

19-abril-1995.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 123, nº: 6542/95)

Condena a las violaciones de derechos humanos a Samachki. Pide la presencia del grupo de asistencia de la OSCE en el área.

29-mayo.1995.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 155 nº: 7484/95)

Preocupación por el terremoto de Sajalín y oferta de ayuda.

31-mayo-1995.- **Federación Rusa -Cáucaso**

La Comisión propone una estrategia global para las relaciones UE-Rusia y para la de los tres países caucásicos, afectados por conflictos bélicos.

15-junio-1995.- **Chechenia**

El PE vuelve a condenar los excesos rusos y ratifica su confianza en la OSCE.

16-junio-1995.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 189 n°: 8128/95)

Condena de la toma de rehenes en Budennovsk.

26/27-junio-1995.- **Federación Rusa -Ucrania**

El Consejo ratifica la importancia de las relaciones con estos dos países. Aconseja intensificar el diálogo Rusia-OTAN y pacificar la situación en Chechenia.

14-julio-1995.- **Báltico**

El PE insta a la intensificación de las relaciones con las repúblicas bálticas y estima que una reducción de la presencia militar en Kaliningrado sería determinante para la estabilidad de la región.

17-julio-1995.- **Federación Rusa**

Firma de un acuerdo interino entre la UE y Rusia sobre comercio, que viene a reemplazar el ACC a la espera de su ratificación.

18-julio-1995.- **TACIS**

Informe anual de la aplicación del Programa TACIS.

19-sept.-1995.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia)

La Comisión aprueba una financiación comunitaria de 161,19 millones de ecus 1995, de los que 120 millones son para el conjunto de Rusia, 27,5 millones para el noroeste de Rusia y 13, 7 millones para la región del lago Baikal.

21-sept.-1995.-**Federación Rusa**

El PE manifiesta su preocupación por la condena a tres años de prisión de A. Oréjov por delitos de opinión.

2-oct.-1995.- **Federación Rusa** (Declaración de la UE, Prensa: 276, n° 10209/1/95)

La UE sigue con atención la evolución de las reformas democráticas de Rusia, la convocatoria de elecciones legislativas y saluda los progresos significativos para su ingreso en el Consejo de Europa.

20-oct.-1995.- **Programa TACIS**

La Comisión concede 10 millones de ecus a favor de acciones que refuercen la democracia pluralista y el Estado de Derecho en los NEI y en Mongolia.

7-nov.-1995.- **Programa TACIS**

La Comisión concede una financiación comunitaria de 10 millones de ecus para un programa de cooperación técnica con los Estados de la antigua URSS y con Mongolia.

16-nov.-1995.- **Programa TACIS**

El PE se muestra favorable al reglamento del Consejo sobre la asistencia a la reforma y a la reconstrucción económicas en los NEI y en Mongolia y pide que el Programa TACIS se aplique hasta 2001.

20-nov.-1995.- **Federación Rusa**

El Consejo propone que la UE, en el marco de la instauración de un partenariado sólido con Rusia, actúe en las cinco materias siguientes: contribución a las reformas democráticas de Rusia, cooperación económica, cooperación en materia de justicia y asuntos interiores, cuestiones relativas a la seguridad y política exterior.

21-nov.-1995.- **Ucrania-Federación Rusa**

La Comisión adopta dos decisiones CECA sobre la conclusión de sendos acuerdos con Rusia y Ucrania con el fin de establecer límites cuantitativos para las importaciones a la Comunidad de ciertos productos siderúrgicos.

29-nov.- 1995.- **Báltico**

La Comisión presenta un informe sobre la cooperación y las perspectivas en el Báltico, incluidas las regiones rusas de San Petersburgo y Kaliningrado.

30-nov.-1995.- **Federación Rusa**

El PE da su opinión favorable y se felicita por la conclusión del ACC con Rusia.

7-dic.-1995.- **Federación Rusa**

Acuerdo entre la CECA y Rusia que establece límites cuantitativos para las importaciones de la UE de ciertos productos siderúrgicos rusos.

14-dic.-1995.- **Federación Rusa**

El PE pide al gobierno ruso que prosiga sus negociaciones de paz en Chechenia y retire sus tropas de esta república, e invita al Consejo de Europa a vincular la adhesión de Rusia al restablecimiento del respeto a los Derechos Humanos.

15-dic.-1995.- **Antigua URSS**

El Consejo Europeo reafirma su compromiso de continuar la asistencia técnica a los Estados de la antigua URSS y de reforzar sus vínculos con Rusia, apoyando su adhesión al Consejo de Europa.

20-dic.-1995.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 37, nº 12849/95)

La UE se felicita por el hecho de que las elecciones legislativas se hayan desarrollado de acuerdo con la Constitución.

22-dic.-1995.- **Programa TACIS**

La Comisión prorroga hasta el 31 de diciembre de 1996 la validez del reglamento sobre el suministro de asistencia técnica a los NEI y a Mongolia, a la espera de la adopción de un nuevo reglamento.

18-enero-1996.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 7, nº 4153/96)

La UE expresa su consternación por los acontecimientos de Permovajskaja, en Chechenia, condena la pérdida de vidas humanas y pide el cese inmediato de los enfrentamientos.

25-marzo-1996.- **Chechenia** (Declaración de la UE, Prensa: 71, nº 6055/96)

La UE expresa su preocupación por los bombardeos de las fuerzas rusas contra las poblaciones de Sernovodsk y Samashki, así como la toma de rehenes en Kislyar.

31-mayo-1996 **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 158, nº 7814/96)

La UE apoya el plan de paz de B. Yeltsin y su visita y Grozny, e insiste en el papel relevante que debe tener la OSCE en el futuro de la región.

18-junio-1996.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 177, nº 8084/96)

La UE constata con satisfacción que la primera vuelta de las elecciones presidenciales rusas se ha celebrado de forma libre y equitativa.

5-julio-1996.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia en nombre de la UE, Prensa: 195, nº 8525/96)

La UE se felicita por la celebración de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales rusas y sus resultados, que confirman la reelección de Yeltsin a la presidencia.

16-agosto-1996.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 229, nº 9534/96)

La UE expresa su preocupación por la situación en Chechenia, si bien manifiesta su satisfacción por el alto el fuego alcanzado y el inicio de conversaciones entre las partes implicadas.

- 22/23-agosto-1996.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 234, nº 9563/96)
La UE recuerda que las negociaciones son el único medio de llegar a una solución en el conflicto checheno y muestra su preocupación por la situación en que se halla la población civil.
- 25-nov.-1996.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 340, nº 12098/96)
La UE se felicita por la conclusión del acuerdo alcanzado entre el primer ministro ruso, V. Chernomyrdin, y el jefe del gobierno checheno, A. Masjádov.
- 31-enero-1997.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 23, nº 5583/97)
La UE se felicita por el desarrollo de las elecciones presidenciales y legislativas en Chechenia.
- 13-mayo-1997.- **Moldova-Rusia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 143, nº 7807/97)
La UE se felicita por el acuerdo alcanzado entre el presidente de la república de Moldova y los representantes del Transdniéster y la firma en Moscú de un memorando de acuerdo para nuevas negociaciones. La UE reitera que una retirada de las tropas rusas de la región contribuiría a la solución definitiva del problema del Transdniéster.
- 16-mayo-1997.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 155, nº 8133/97)
La UE se felicita por la firma de un tratado de paz y del principio de relaciones entre B. Yeltsin y A. Masjádov. La UE reitera su compromiso de colaboración con la reconstrucción de la región.
- 5-junio-1997.- **Federación Rusa -Ucrania** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 191, nº 8539/97)
La UE se felicita por la firma por B. Yeltsin y L. Kuchmá de un tratado político entre Rusia y Ucrania.
- 23-sept.-1997.- **Federación Rusa-Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 277, nº 10747/97)
La UE condena los procesos arbitrarios y las ejecuciones públicas que han tenido lugar en Chechenia y apoya las declaraciones en este sentido de B. Yeltsin y de la *Duma*.
- 29-oct.-1997.- **Rusia-Lituania** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 311, nº 11689/97)
La UE se elicitó por el acuerdo fronterizo firmado entre Rusia y Lituania
- 1-dic.-1997.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 364, nº 12670/97)
La UE se felicita por la entrada en vigor del Acuerdo de Colaboración y Cooperación con la Federación Rusa.
- 15-dic.-1997.- **Estonia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 395, nº 13369/97)
La UE se felicita por la decisión del gobierno estonio de someter al Parlamento una enmienda a la ley de ciudadanía por la cual se podría conceder la ciudadanía estonia a los hijos nacidos en Estonia de padres apátridas.
- 15-dic.-1997.- **Federación Rusa-Báltico** (Declaración de la Presidencia)
La UE toma nota con interés de las iniciativas de Rusia sobre la seguridad, las medidas de confianza y la cooperación regional en la región del mar Báltico.
- 17-abril-1998.- **Letonia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 101, nº 7676/98)
La UE se felicita por la decisión del gobierno letón de revisar la legislación sobre ciudadanía y hacer un mayor esfuerzo hacia la integración social de sus habitantes.
- 9-junio-1998.- **Letonia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 192, nº 9245/98)
La UE se felicita por la decisión de la asamblea letona de aprobar la legislación que otorga la ciudadanía letona a los apátridas nacidos en el país después del 21 de agosto de 1991 y que deroga el sistema de naturalización por grupos.
- 21-agosto-1998.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 278, nº 10760/98)
La UE está convencida de que la mejor forma de restablecer la confianza en la economía rusa es aplicar íntegramente el programa acordado recientemente con el FMI, así como las reformas que se han comprometido a llevar a cabo las principales instituciones y autoridades rusas.

- 6-sept.-1998.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 288, nº 10864/98)
La UE espera que los procedimientos constitucionales para formar un nuevo gobierno finalicen pronto, lo que contribuirá a restablecer la confianza del pueblo ruso y de la comunidad financiera internacional.
- 5-oct.-1998.- **Letonia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 324, nº 11604/98)
La UE se felicita por la decisión del pueblo letón, mediante consulta popular, de refrendar las modificaciones sobre la legislación de la ciudadanía aprobadas por el Parlamento el junio anterior.
- 26-nov.-1998.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 419, nº 13459/98)
La UE manifiesta su pesar por el asesinato de la diputada rusa G. Starovoitova.
- 9-dic.-1998.- **Estonia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 441, nº 13922/98)
La UE se felicita por la decisión del Parlamento estonio de enmendar la ley de ciudadanía para conceder la nacionalidad estonia a los niños apátridas nacidos tras el 26 de febrero de 1992.
- 9-dic.-1998.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 442, nº 13923/98)
La UE expresa su “horror” por el asesinato de cuatro rehenes en Chechenia.
- 4-junio-1999.- **Federación Rusa** (Estrategia Común 1999/414/PESC)
Aprobación de la Estrategia Común de la UE con respecto a Rusia.
- 13-agosto-1999.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 251, nº 10561/99)
La UE expresa su preocupación por los brotes de violencia en el distrito de Botlikhsky, en Daguestán y condena la declaración de un “Estado islámico independiente del Daguestán”.
- 9-dic.1999.- **Letonia** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 406, nº 13851/99)
La UE se felicita por adopción por el Parlamento letón de una nueva legislación lingüística acorde con los compromisos internacionales de este país.
- 17-dic.1999.- **Federación Rusa** (Acción Común 1999/878/PESC)
El Consejo adopta un aposición común que establece un programa de cooperación de la UE a favor de la no proliferación y el desarme en la Federación Rusa.
- 30-dic.1999.- **Chechenia** (Declaración de la Presidencia en nombre de la UE, Prensa: 423, nº 14309/99)
La UE apoya la decisión tomada por la Presidencia en ejercicio de la OSCE de solicitar al gobierno ruso un alto el fuego inmediato con el fin de permitir la evacuación de la población civil de Grozny.
- 27-marzo-2000.- **Federación Rusa** (Declaración de la Presidencia, Prensa: 88, nº 7349/00)
La UE felicita a V. Putin por su elección como presidente de la Federación rusa y espera que ello suponga un nuevo impulso para las relaciones de asociación entre Rusia y la UE.

- AFANÁSIEV, Y., “Realidades que se alejan”, en *Afers Internacionals* nº 19, 1991, pp. 5-16.
- , *Mi Rusia fatal*. Ed. Anaya y Mario Muchnik, Madrid 1994.
- AGUIRRE, M., “Occidente ante la cuestión rusa”, en *Cuadernos del Este* nº 15 (1995).
- ALDECOA, F., *La integración europea. Análisis histórico-institucional con textos y documentos*, Ed. Tecnos, Madrid 2002.
- ALEXANDROVA, O., “Divergent Russian Foreign Policy Concepts”, en *Aussenpolitik*, vol. 44, nº 4, 1993, pp. 363-372.
- , « Le facteur russe dans la politique de sécurité ukrainienne », en *Politique Étrangère*, nº 1, 1994, pp. 49-60.
- , “The NATO – Ukraine Charter: Kiev’s Euro-Atlantic Integration”, en *Aussenpolitik*, vol. 48, 4º trimestre de 1997.
- ALFORS, J., *The Soviet Union, Security Policies and Constraints*, Adelphi Library, Aldershot 1985.
- ALVARADO PÉREZ, E., “Derechos, libertades y democracia en Rusia” en FLORES JUBERÍAS, C. (coord), *op. cit.*, vol. 1º, pp. 133-168.
- ANDERSON, M.S., *The Ascendancy of Europe 1815-1914*, Longman, Londres 1985.
- ARBATOV, A., *et al.* (eds.), *Managing Conflict in the Former Soviet Union*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1997.
- ARBATOVA, N.-A., “The Balkan’s test for Russia”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe....., op cit.*
- ARCOS VARGAS, M.C., *De la Comunidad a la Unión Europea. El Tratado de la Unión Europea, firmado en Maastricht el 7 de febrero de 1992*. UNED, Sevilla 1992.
- ARNSWALD, S., *EU Enlargement and the Baltic States: The Incremental Making of New Members*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2000.
- ARNSWALD, S. y JOPP, M., *The Implications of Baltic States’ EU Membership*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2001.
- ARON, R., *Paz y guerra entre las naciones*, Alianza Ed., Madrid 1976.
- ARREGI, M., *La Comunidad de Estados Independientes: un instrumento para recuperar la hegemonía rusa en el espacio postsoviético*, tesis doctoral no

publicada, dirigida por el doctor Kepa Sodupe en 2000 (Departamento de Derecho Internacional Público, Relaciones Internacionales e Historia del Derecho y de las Instituciones, Universidad del País Vasco).

- ART, R. J., “Geopolitics Updated”, en *International Security*, vol. 23, nº 3, inv. 1998-1999.
- ASLUND, A., “Russia’s Collapse”, en *Foreign Affairs*, vol. 78, nº 5, set./oct. 1999.
- , *et al.*, *Russia’s National Interests: An International Dialogue*, Wetsview Press, Boulder, Colorado, 1993.
- ATTINÀ, F., *El sistema político global. Introducción a las relaciones internacionales*, Ed. Paidós (Estado y Sociedad nº 88), Barcelona 2001.
- BACHKATOV, N. y WILSON, A., « Tchétchénie. Histoire d’un conflit », en *Dossier du GRIP* nº 295, GRUP, Bruselas, 1995.
- BARA, D., “Las naciones bálticas: ¿semejantes o diferentes?”, en *Cuadernos del Este* nº 19, 1996.
- BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe. The Emerging Security Agenda*, Sipri, Oxford University Press, 1997.
- , “Assessing Russia’s Interaction with Europe”, en BARANOVSKI, V., *Russia and Europe...., op. cit.*
- , « La Russie et la sécurité européenne », en *Politique étrangère* nº 1, Institut français des relations internationales, París 1995.
- , “Russian Foreign Policy Priorities and Euroatlantic Multilateral Institutions”, en *The International Spectator* nº 1, enero-marzo 1995.
- , *Russia’s Attitudes Towards the EU: Political Aspects*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2002.
- , “The Kosovo Factor in Russia’s foreign Policy”, en *The International Spectator* nº 2, abril-junio de 2000, pp. 113-130.
- , « 11 septembre : une vision russe », en *Politique étrangère* nº 1, enero-marzo de 2002, pp. 9-20.
- , “New Threat Perceptions: the Case of the Former Soviet Bloc and Yugoslavia”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* nº 27, 1994, pp. 7-16.
- , “Russia : a Part of Europe or Apart from Europe?”, en *International Affairs*, vol. 76 nº 3, julio 2000, pp. 443-458.
- BARBÉ, E., *La seguridad en la nueva Europa*. Los libros de la Catarata, Madrid 1995.

- , *Relaciones internacionales*, Tecnos, Madrid 1995.
- , (coord.), *Política exterior europea*, Ariel, Barcelona 2000.
- , *La política Europea de España*, Ed. Ariel, Barcelona 1999.
- , “El ‘equilibrio de poder’ en la teoría de las Relaciones Internacionales”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* nº 11, 1987, pp. 5-18.
- , “El estado como actor internacional: crisis y consolidación del sistema de estados”, en *Papers* nº 41, 1993, pp. 33-54.
- BARBÉ, E. y GRASA, R., *La Comunitat europea i la nova Europa*, Fundació Jaume Bofill, Barcelona 1992.
- BARKHATOVA, N., “Russian small Business, Authorities and the State”, en *Europe-Asia Studies*, vol. 52, nº 4, junio de 2000, pp. 657-676.
- BAYOU, C., « La Russie et l’Europe, les relations économiques actuelles. De la nécessaire définition d’un projet », en *Le courrier des pays de l’Est* nº 434, noviembre de 1998.
- , « Les relations Russie-Union européenne : vers quelle intégration? », en *Le courrier des pays de l’Est* nº 1.025, mayo de 2002, pp. 4-16.
- BEDAR, S., « Le ‘bouclier antimissile’, un instrument de puissance unilatérale », en *L’état du monde 2002*, Éd. La Découverte, París 2001.
- BEHAR, P., *Une géopolitique pour l’Europe. Vers une nouvelle Eurasie?*, Éd. Desjonquères, París 1992.
- BEISSINGER, M., “Elites and Ethnic Identities in Soviet and Post-Soviet Politics”, en MOTYL, A. (ed.), *The Post-Soviet Nations (Perspectives on the Demise of the USSR)*, Nueva York, Columbia University Press, 1992, pp. 141-169.
- BENNIGSEN BROXUP, M., « Le Caucase du Nord : conflits ethniques ou guerre coloniale? », en DJALILI, M. (ed.), *op. cit.*, 1995, pp. 9-34.
- BERRIDGE, G.R., y YOUNG, J.W., “What is a ‘Great Power’?”, en *Political Studies*, nº XXXVI, 1988, p. 233.
- BILLINGTON, J. H., “The West Stake in Russia’s Future”, en *Orbis*, vol. 41, nº 4, otoño 1997.
- BLACKWILL, R. D., « La Russie et l’Occident », en *Politique Étrangère* núm. 1, (1994), p. 393-405.
- BLOED, A., “OSCE Chronicle. The OSCE and the conflict in Chechnya”, en *Helsinki Monitor*, vol. 11, nº 2, 2000, pp.58-60.

- BLUM DOUGLAS, W., (ed.), *Russia's Future. Consolidation or desintegration*, Westview Press, Boulder Colorado, 1994.
- BONIFACE, P., « Une doctrine Monroe pour la Russie », en *Relations Internationales et Stratégiques* n° 13, primavera 1994.
- BONNER, E., “El totalitarismo ruso permanece”, en *Política Exterior*, vol. XV, n° 82, julio-agosto de 2001, pp. 7-12.
- BORKO, Yu., “The European Union’s Common Strategy on Russia: A Russian View”, en HAUKKALA, H. y MEDVEDEV, S. (eds.), *op. cit.*, p. 117-143.
- BORKO, Yu., y RYABOV, I., “From the Atlantic to Chechnya”, en *New Times*, marzo de 1995, pp. 4-5.
- BORO PETROVICH, M., *The Emergence of Russian Pan Slavism, 1856-1870*, Columbia University Press, Nueva York 1956.
- BREMMER, I., y BAILES, A., “Sub-regionalism in the Newly Independent States”, en *International Affairs*, vol. 74, n° 1, enero de 1998, pp. 131-147.
- BREMMER, I. y NAIMIRK, N. (eds.), *Soviet Nationalities Problems*. Center for Russian and East European Studies, Stanford (Ca.), 1990.
- BREMMER, I., y TARAS, R. (eds.), *Nations and Politics in the Soviet Successor States*. Cambridge University Press, N. York 1993.
- BRIDGE, F.R., y BULLEN, R., *The Great Powers and the European States System*, Longman, Londres 1980.
- BROUÉ, P., y TEMIME, É., *La révolution et la guerre d’Espagne*, Éd. de Minuit, París 1961 (traducción al español: *La revolución y la guerra de España*, FCE, México 1977).
- BROWN, J.F., “Everybody needs Russia – Including Eastern Europe”, en *Transition*, 15 de noviembre de 1996, pp. 6-10.
- BRUHAT, J., *Historia de la URSS*, Villalar, Madrid 1981.
- BRZEZINSKI, Z., “A Geostrategy for Eurasia”, en *Foreign Affairs*, vol. 76, n° 5, setiembre-octubre de 1997; traducido como “Una estrategia para Eurasia”, en *Política Exterior* n° 60, nov.-dic. 1997.
- , *The Grand Chessboard: American Primacy and its Geostrategic Imperatives*. NY Basic Books, Nueva York 1997; traducido como *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, ed. Paidós, Barcelona 1998.

- , “La OTAN se acerca a Rusia”, en *Política Exterior*, vol. XIII, nº 64, julio-agosto de 1998, pp. 91-98.
- BUCHAN, D., *Europe. The Strange Superpower*, Aldershot, Dartmouth 1993.
- BULL, H., *The Anarchical Society. A Study of Order in World Politics*, McMillan, Londres 1997.
- , “Civilian Power Europe: A Contradiction in Terms?”, en TSOULAKIS, L., (dir.), *The European Community: Past, Present and Future*, Blackwell, Oxford, 1983.
- BULL, H. y WATSON, A. (eds.), *The Expansion of International Society*, Clarendon Press, Oxford 1992.
- BURANT, S.R., “Foreign Policy and National Identity: a Comparison of Ukraine and Belarus”, en *Europe-Asia Studies* nº 7, 1995, pp. 1125-43.
- CABEZAS BARCELÓ, C., “Rusia, a la constante búsqueda de su identidad”, en FLORES JUBERÍAS, C. (coord.), *op. cit.*, vol. 2º, pp. 5-14.
- CABOURET, M., y KOSTRUBIEC, B., « L’espace baltique, problématique et enjeux », en *Revue française de géoéconomie* nº 11, 1999.
- CALLEO, D., “NATO Enlargement as a Problem for Security in Europe”, en *Aussenpolitik*, vol. 49, 3r. trimestre de 1998.
- CALVOCORESSI, P., *Resilient Europe. 1870-2000*, Longman, Londres 1991.
- , *World Politics Since 1945*. Longman, Londres-N. York 1996.
- CARDEDERA, F., “El marco general de la adhesión a la Unión Europea: la adhesión de los países de Europa Central y Oriental”, en *Anuario Internacional CIDOB 1995*, Barcelona 1996, pp. 151-158
- CARR, E.H., *La revolución bolchevique 1917-23. La Rusia soviética y el mundo*. Tomo I, vol. 3, Alianza Ed., Madrid 1972.
- , *La Revolución Rusa*, cuatro volúmenes, Alianza Editorial, Madrid 1972.
- , *El socialismo en un solo país, 1924-1926*, Alianza Universidad, Madrid 1974.
- CARRÈRE D’ENCAUSSE, H., *Le gran défi. Bolcheviks et nations (1917-1930)*. Flammarion, París 1987.
- , *The End of the Soviet Empire*. BasicBooks, Nueva York 1992.
- , « Russie, a la recherche de l’identité perdue », en *Politique Internationale* nº 60, 1993.

- , *The Nationality Question in the Soviet Union and Russia*. Scandinavian University Press, Copenhagen 1995.
- , *The Triumph of the Nations*. BasicBooks, Nueva York 1993.
- , « Nostalgies impériales? », en *Politique Internationale* n° 75, 1997.
- CASSEN, B., “How Large is Europe ?”, en *European Affairs*, vol. 4, 1991.
- , (dir.), *Soviet Interest in the Third World*, SAGE, Londres 1987.
- CASTELLS, M., *La nueva revolución rusa*, Ed. Sistema, Madrid 1992.
- CHAYES, A., et al., “The Development of US Policy Towards the Former Soviet Union”, en ARBATOV, A., et. al., *op. cit.*
- CHIESA, G., y MEDVEDEV, R., *La Rivoluzione di Gorbacev*, Garzanti, Milán 1989.
- CHILLAUD, M., y FACON, I., « Le rôle de la Russie dans la sécurité européenne », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.025, mayo de 2002, pp. 31-38.
- CHINN, J., y KAISER, R., *Russians as the New Minority*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1996.
- CHINYAEVA, E., “A Eurasianist Model of Interethnic Relations Could Help Russia Find Harmony”, en *Transition*, 1 de noviembre de 1996, pp. 30-35.
- , “The Search for the ‘Russian Idea’”, en *Transitions*, enero de 1997, pp. 40-46.
- CHIZHEVSKI, D., *Historia del espíritu ruso. Rusia entre oriente y Occidente*. Alianza Ed., Madrid 1967.
- CHOMSKI, N., *Autodeterminación y nuevo orden internacional*. Ed. Txalaparta, Tafalla 1998.
- CHOUKOUROV, C. y R., *Peuples d'Asie centrale*, Syros, París 1994.
- CLARK, S.L., *Gorbachev's Agenda. Changes in Soviet Domestic and Foreign Policy*, Westview Press, Boulder 1989.
- CLAUDE, I.L., *Swords into Plowshares: The Problems and Progress of International Organizations*, Random House, Nueva York 1971.
- CLAUDÍN, C., “El derrumbamiento del sistema soviético: un análisis político”, en *Anuario Internacional CIDOB 1991*, Barcelona 1992, pp. 167-178.
- , “La sociedad de Rusia: entre el cambio y la continuidad”, en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n° 59, octubre/noviembre 2002, pp. 7-12.

- , “Rusia y la Unión Europea, diez años de un lento aprendizaje”, en *Anuario CIDOB 2001*, Barcelona 2002, pp. 169-176.
- CLAUDÍN, F., *La crisis del movimiento comunista. Tomo I, de la Komintern a la Kominform*, Ruedo Ibérico, París 1970.
- , *La Perestroika: ¿a dónde va la Unión Soviética?*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid 1989.
- CLAYTON, A., “The End of Empire”, en *NATO’s Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 25 de septiembre de 1995.
- CLÉMENT, K., « Enjeux et luttes sociales en Russie : la réforme du Code du travail », en *Le courrier des pays de l’Est* n° 1.019, octubre de 2001, pp. 35-49.
- COLARUSSO, J., “Chechnya: The War Without Winners”, en *Current History*, vol. 94, n° 594, oct. 1995, pp. 329-336.
- COLEMAN, F., *The Decline and Fall of the Soviet Empire: Forty Years that Shook the World, from Stalin to Yeltsin*. St. Martin’s Press, Nueva York 1996.
- CORBETT, R., “The Intergovernmental Conference on Political Union”, en *Journal of Common Market Studies*, vol. XXX, n° 3, 1992, p. 298.
- , *The Treaty of Maastricht. From Conception to Ratification: A Comprehensive Reference Guide*. Longman Publ. Essex, 1993.
- COURTOIS, S. et al., *Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*, Éd. Robert Laffont, París 1997.
- C.P.E., « Points de vue de l’intérieur sur le conflit tchéchène », en *Le courrier des pays de l’Est* n° 1.004, abril de 2000, pp. 56-63.
- CROSNIER, M.-A., « Russie », en *Le courrier des pays de l’Est* n° 417, marzo de 1997, pp. 70-77.
- , « Réformes économiques en Russie : des dérapages à l’embarquée », en *Le courrier des pays de l’Est* n° 1.004, abril de 2000, pp. 39-55.
- CROW, S., “Russia seeks Leadership in Regional Peacekeeping”, en *RFE/RL Research Report*, n° 15, Munich/Washington 1993.
- , “The Making of Foreign Policy in Russia under Yeltsin”, en *RFE/RL Research Report*, Munich/Washington 1993.
- DANILOV, D. y DE SPIEGELEIRE, S., *From Decoupling to Recoupling. A New Security Relationship between Russia and Western Europe?* Challiot Papers n° 31, Institute for Security Studies, abril 1998.

- DAVIDOV, Y., “Russian Security and East-Central Europe”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *op. cit.*
- DAVYDOV, O.V., “Russia’s Foreign Policy in Transition: Prospects and Challenges in the Asia Pacific Region”, en *Asian perspectives*, vol. 22, nº 1, primavera de 1998, pp. 53-69.
- DE ANDRÉS SANZ, J., “Partidos, sistema de partidos y cultura política en la nueva Federación Rusa” en FLORES JUBERÍAS, C. (coord), *op. cit.*, vol. 1º, pp. 31-48.
- DE CUETO NOGUERAS, C., “El intrusismo del proyecto integrador europeo cara al Este”, en FLORES JUBERÍAS, C. (coord.), *op. cit.*, vol. 2º, pp. 167-188.
- DEHOUSSE, R., *et al.*, *Une politique étrangère pour l’Europe*, European University Institute “Working Paper”, European Policy Unit nº 91/8, 1991.
- DE LA GORCE, P.-M., « L’Alliance Atlantique, cadre de l’hégémonie américaine », en *Le Monde Diplomatique* nº 541, abril de 1991.
- DEL ARENAL, C., y ALDECOA, F., *España y la OTAN. Textos y Documentos*. Tecnos, Madrid 1986.
- DELPECH, Th., « La question russe après l’accord avec l’OTAN », en *Politique étrangère* nº 3, Institut français des relations internationales, 1997.
- DE SPIEGELEIRE, S., “Towards a Genuinely Common EU Strategy on Russia”, en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 4 de marzo de 2003.
- , “The Implementation of the EU’s Common Strategy on Russia”, en HAUKKALA, H. y MEDVEDEV, S. (eds.), *op. cit.*, p. 81-116.
- DEZCALLAR, R., “Derivas de la Rusia ex soviética” en *Política Exterior*, vol. XIII, nº 70, julio-agosto de 1999, pp. 101-118.
- DICK, Ch., “Russian Views on Future War”, en *NATO’s Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 25 de junio de 1993.
- DIEHL, O., “Opening NATO to Eastern Europe?”, en *The World Today*, vol. 49, nº 12, 1993, pp. 222-223.
- DJALILI, M. (ed.), *Le Caucase postsoviétique. La transition dans le conflit*, Bruylant, Bruselas, 1995.
- DOLAY, N., « Grandes manoeuvres pétrolières dans le Caucase », en *Le Monde Diplomatique*, julio de 1995.
- DORODOVNA, Je., “¿Quen pertence a Letonia?”, en *Tempo exterior* nº 5, vol. III, junio-diciembre 2002.

- DROHOBYCKY, M., *Crimea (Dynamics, Challenges and Prospects)*. Lanham, Rowman & Littlefield Publishers Inc., 1995.
- DUCHÊNE, F., “Europe’s Role in World Peace”, en MAYNE, R. (ed.). *Europe Tomorrow: Sixteen Europeans Look Ahead*, Ed. Fontana, Londres 1972.
- DUGUIN, A., “The Theory of the Eurasian State”, en http://utenti.lycos.it/ArchivEurasia/dugin_alekseev.html.
- DUNLOP, J.B., *The Faces of Contemporary Russian Nationalism*, Princeton U.P., Princeton 1983.
- , “Russia: Confronting the Loss of Empire”, en BREMMER, I y TARAS, K., *op. cit.*, pp. 43-72.
- , “How many Soldiers and Civilians Died during the Russo-Chechen War of 1994-1996?”, en *Central Asia survey*, vol. 19, nº 3-4, septiembre-diciembre de 2000, pp. 329-339.
- DUROSELLE, J.B., « La nature des conflits », en *Revue Française de Science Politique*, vol. XIV, nº 2, 1964.
- DVORNIK, F., *The Slavs, Their Early History and Civilization*, Cambridge U.P., Boston 1956.
- DYKER, D., *The Soviet Union Under Gorbachev: Prospects for Reform*, Croom Helm, Londres 1987.
- EASTER, G.M., “Redifining Centre-Regional Relations in the Russian Federation: Sverdlovsk Oblast”, en *Europe-Asia Studies*, vol. 49, nº 4, junio de 1997, pp. 617-635.
- EDMONS, R., *Soviet Foreign Policy, The Brezhnev Years*, Oxford U.P., Nueva York 1983.
- EDWARDS, G., “European Responses to the Yugoslav Crisis”, en RUMMEL, R. (dir.), *op. cit.*, pp. 161-186.
- ENGUIX, S., “Los Quince piden al Consejo de Europa que no aísle a Rusia”, *La Vanguardia*, 11 de abril de 2000.
- ERHART, H. *et al.* (dir.) *Crisis Management in the CIS: Wither Russia?*, Nomos Verlagsgesellschaft, Baden-Baden 1995.
- FACON, I., « La Russie, l’OTAN et l’avenir de la sécurité en Europe », en *Politique étrangère* nº 3, 1997.
- , « L’armée russe et la seconde guerre de Tchétchénie », en *Le courrier des pays de l’Est* nº 1.018, septiembre de 2000, pp. 27-38.

- FANE, D., “Moldova: Breaking Loose from Moscow”, en BREMMER, I., y TARAS, K. (eds.), *op. cit.*, pp. 121-154.
- FEHER, F. y ARATO, A., *Gorbachev: The Debate*, Polity Press, Oxford 1989.
- FELGENHAUER, P., “El diálogo de seguridad entre Ucrania y la Federación Rusa”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* nº 49, mayo 2000, pp.45-53.
- FEWTRELL, D., “The Soviet Economic Crisis: Prospects for the Military and the Consumers”, en ALFORS, J., *op. cit.*
- FINBERG, L., « L’Ukraine indépendante: la difficile modernisation (1991-1995) », en *Notes et études documentaires (La documentation française)* nº 5022-17, pp. 13-24.
- FISHER, Sh., *et al.*, “Central Europe Rethinks Russian Ties”, en *Transition*, 15 de noviembre de 1996, pp. 11-13.
- FLORES JUBERÍAS, C. (coord.), *Actas del I encuentro español de Estudios sobre la Europa oriental* (dos vol.). Cuadernos constitucionales nº 26/27 y 28/29, Universitat de València, Valencia 1999.
- FONSECA MORILLO, F., y MARTÍN BURGOS, J., “La Unión Europea: génesis de Maastricht”, en *Revista de Instituciones Europeas*, vol. 19, nº 2, mayo-agosto 1992.
- FONTAINE, A., « L’Europe d’un bout à l’autre », en *Politique internationale* nº 76, 1995 pp. 419-427.
- FREDHOLM, M., “The Prospects for Genocide in Chechnya and extremist Retaliation against the West”, en *Central Asian survey*, vol. 19, nº 3-4, septiembre-diciembre de 2000, pp. 315-327.
- FREEDMAN, L., “Por qué fracasó Occidente”, en *Política Exterior*, vol. IX nº 44, abril-mayo 1995, pp. 154-168.
- FUKUYAMA, F., “The End of History?”, en *The National Interest*, vol. 16, verano, pp. 3-18.
- GADDY, C.G., e ICKES, B.W., “La economía virtual de Rusia” en *Política exterior*, vol. XII, nº 66, noviembre/diciembre de 1998, pp. 59-71.
- GALTUNG, J., *The European Community. A Superpower in the Making*, George & Unwin, 1973.
- GAZIER, A., « La mise au pas des régions russes? La réforme institutionnelle de Vladimir Poutine », en *Le courrier des pays de l’Est* nº 1.015, mayo de 2001, pp. 4-14.
- GALEOTTI, M., *Gorbachev and his Revolution*, MacMillan Press, Londres 1997.

- GARNETT, Sh.W., "A Nation in Search of its Place", en *Current history*, vol. 98, n° 630, octubre 1999, pp. 328-333.
- GEIBEL, A., "Khattab's audacious Raid (22 December 1997): Prelude to the second Chechen War", en *Central Asian survey*, vol. 19, n° 3-4, septiembre-diciembre de 2000, pp. 341-349.
- GILBERT, M., *Atlas of Russian History*, The Dent, Londres 1993.
- GILPIN, R., *War and Change in World Politics*, Cambridge U.P., Cambridge 1981.
- GIRNIUS, K., "The Race is On. Accession Could Calme the Rough Waters of Baltic Minority Policies", en *Transition*, abril 1998.
- GNESOTTO, N., *Lessons of Yugoslavia*. Chailiot Papers n° 14, Institute for Security Studies, marzo 1994.
- , « Élargissement de l'OTAN : une responsabilité européenne », en *Politique étrangère* n° 1, 1997.
- GOETZ, R., "Rusian Security Policy Options and Their Price", *Aussenpolitik*, vol. 47, n° 3, 1996.
- GOLLIET, J., « La CEI : recomposition, nouvelle communauté ou nouvel empire? », en *Relations Internationales et Stratégiques* n° 13, primavera 1994.
- GOLOSOV, G.V., "From Adygeya to Yaroslavl: Factors of Party Development in the Regions of Russia, 1995-1998", en *Europe-Asia Studies*, vol. 51, n° 8, diciembre 1999, pp. 1.333-1.365.
- GOODMAN, E.R., *The Soviet Design for a World State*, Columbia U.P, Nueva York 1960.
- GONZÁLEZ CALVAR, C., "¿Por qué surge el fenómeno nacionalista en Rusia?", comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.
- GORBACHOV, M. S., *Perestroika*, Ed. B, Barcelona 1990.
- , *Memoria de los años decisivos (1985-1992)*, Acento Editorial, Madrid 1993.
- GORBATCHEV, M., « Plaidoyer por une "maison commune" », en *Politique Internationale* n° 68, 1996, pp. 105-112.
- GOULD-DAVIES, N. y WOODS, N., "Russia and the IMF", en *International Affairs*, vol. 75, n° 1, enero de 1999.
- GRAHAM Jr., T.E., "The Politics of Power in Russia", en *Current history*, vol. 98, n° 630, octubre de 1999, pp. 316-321.

- GRASA, R., “La seguridad europea en 1992: conceptos en expansión e instituciones interdependientes”, en *Anuario Internacional CIDOB 1992*, Barcelona 1993, pp. 228-29.
- GREGORY, F. y BROOKE, G., “Policing economic Transition and Increasing Revenue: a Case Study of the Federal Tax Police Service of the Russian Federation 1992-1998”, en *Europe-Asia studies*, vol. 52, nº 3, mayo de 2000, pp. 433-455.
- GROSSER, A., *Les Occidentaux*, Fayard, París 1984.
- GRUSHEVSKI, A., “Mitos de la conciencia nacional rusa”, en *Cuadernos del Este* nº 11, 1994.
- GULICK, V.H., *Europe’s Classic Balance of Power*, The Northon Library, N. York 1967.
- GWERZMAN, B. y KAUFMAN, M.T., *The Decline and Fall of the Soviet Empire*, N. York, Times Books 1992.
- HAHN, J.W., “Changes in Contemporary Russian Political Culture”, en TISMANEANU, V. (ed.), *op. cit.*, pp.112-136.
- HAJDA, L. y BEISSINGER, M. (eds.), *The Nationalities Factor in Soviet Politics and Society*. Westview Press, Boulder (Co.), 1990.
- HALE, H.E., “The Rise of Russian Anti-Imperialism”, en *Orbis*, vol. 43, nº 1, invierno de 1999.
- HALLBACK, U., “The Caucasus as a Region of Conflict”, en *Aussenpolitik* nº 4, vol.48, 1997.
- HANAK, H., *Soviet Foreign Policy since the Death of Stalin*, Routledge & Kegan Paul, Londres 1972.
- HANSON, Ph., “How many Russias? Russia’s Regions and their Adjustement to Economic Change”, en *The international spectator*, vol.XXXII, nº 1, enero-marzo de 1997, pp. 39-52.
- HANSON, S., “The dilemmas of Russia’s Anti-revolutionary Revolution”, en *Current history*, vol 100, nº 648, octubre de 2001, pp. 330-335.
- HASLAM, J., “Russia’s Seat at the Table: a Place Denied or a Place Delayed?”, en *International Affairs*, vol. 74, nº 1, enero de 1998.
- HAUKKALA, H. y MEDVEDEV, S. (eds.), *The EU Common Strategy on Russia: Learning the Grammar of the CFSP*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2001.

- HAUKKALA, H., "The Making of the European Union's Common Strategy on Russia", en HAUKKALA, H. y MEDVEDEV, S. (eds.), *op. cit.*, p. 22-80.
- HEIKKA, H., *Beyond the Cult of the Offensive: The Evolution of Soviet/Russian Strategic Culture and Its Implications for the Nordic/Baltic Region*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2001.
- HENDLEY, K., *et al.*, "Law, Relationships and private Enforcement: transactional Strategies of Russian Enterprises", en *Europe-Asia studies*, vol. 52, nº 4, junio 2000, pp. 627-656.
- HERD, G.P., "Russia: Systemic Transformation or Federal Collapse?", en *Journal of Peace Research*, vol. 36, nº 3, 1999, pp. 259-269.
- Hérodote*, « Géopolitique du Caucase », monográfico (1995).
- HERRERO DE LA FUENTE, M., "El futuro de Kaliningrado ante la ampliación de la UE y la OTAN", comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.
- HOLBROOKE, R., "America, a European Power", en *Foreign Affairs*, marzo-abril de 1994.
- , "El mayor fracaso colectivo de Occidente", en *Política Exterior*, Madrid 1999, vol. XIII, nº 71, enero/febrero, pp. 63-97.
- HOLMES, S., "Simulations of Power in Putin's Russia", en *Current history*, vol. 100, nº 648, octubre 2001, pp. 307-312.
- HOLSTI, K.J., *Peace and War: Armed Conflicts and International Order 1648-1989*, Cambridge Studies in International Relations, Nueva York 1991.
- HOPKINSON, W., *Enlargement: a New NATO*. Challiot Papers nº 31, Institute for Security Studies, abril 1998.
- HOUSEPYAN, N., y TSUKANOVA, L., "Chechnya and Russia, War and Peace", en *New Times* nº 9, septiembre de 2002, pp. 6-13.
- HUNTINGTON, S., "The Clash of Civilizations", en *Foreign Affairs*, vol. 72, nº 3, 1993, pp. 22-49.
- IGRITSKI, Y., « La CEI : un pari impossible? », en *Le Courrier des pays de l'Est*, nº 397-398, marzo-abril 1995.
- IVANOC, I., « La Russie et l'Asie-Pacifique », en *Politique étrangère*, nº 2, verano de 1999, pp. 307-316.

- JACKSON, G., *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939*, Princeton U.P., Princeton 1965 (traducción al español: *La república española y la guerra civil*, Crítica, Barcelona 1976).
- JANNING, J., y WEIDENFELD, “La integración europea ante la transformación de Europa del Este y de la URSS”, *Anuario Internacional CIDOB 1992*, Barcelona 1993, pp. 141-160.
- JONSON, L., “The Foreign Policy Debate in Russia: in Search of a National Interest”, en *Nationalities Papers*, vol. 22, nº 1, 1994.
- , “Russian Policy in Northern Europe”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe...*, *op. cit.*
- JONSON, L. y ARCHER, C. (eds.), *Peacekeeping and the Role of Russia in Eurasia*, Wetsview Press, Boulder, Co., 1996.
- JOPP, M. y ARNSWALD, S. (eds.), *The European Union and the Baltic States: Visions, Interests and Strategies for the Baltic Sea Region*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2002.
- KACHIA, J., « Pays Baltes : le droit a l’Europe », en *Politique Internationale* nº 75, 1995, pp. 55-69.
- KADARE, I., *et al.*, *The Southern Balkans: perspectives from the Region*. Challiot Papers nº 46, Institute for Security Studies, abril 2001.
- KAGARLITSKY, B., *Farewell, Perestroika (A Soviet Chronicle)*, Verso, Londres 1999.
- KAISER, R.J., *The Geography of Nationalism in Russia and the USSR*. Princeton U.P., Princeton 1995.
- KAMP, K-H., “Expanding NATO – Be Aware of the Consequences!” en *NATO’s Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 16 de noviembre de 1994.
- , “The NATO-Russia Founding Act. Trojan Horse or Milestone of Reconciliation?” en *Aussenpolitik*, nº 4, vol. 48, 1997.
- KANET, R., « La résolution des conflits : la rôle de la Fédération de Russie », en *Revue d’études comparatives Est-Ouest* nº 1, marzo de 1994.
- KAPLAN, R.D., *Eastward to Tartary: Travels in the Balkans, the Middle East, and the Caucasus*. Nueva York, Random House, 2000.
- KARAGANOV, S., “Russia and the Slav Vicinity”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *op. cit.*

- KARAM, P. y MOURGUES, T., *Les guerres du Caucase. Des tsars a Tchétchénie*. Perrin, París 1995.
- KARKLINS, R., *Ethnic Relations in the USSR: The Perspective from Below*. Allen and Unwin, Boston 1986.
- KELSTRUP, M. (dir.), *European Integration and Denmark's Participation*, Institute of Political Science, Copenhagen 1992
- KENNAN, G., *Russia and the West*, New American Library, Nueva York 1961.
- KENNEDY, P., *The Rise and Fall of the Great Powers – Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Random House, Nueva York 1987.
- KEOHANE, R., *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton U.P., Princeton 1984.
- , *International Institutions and State Power*. Westview Press, Boulder 1993.
- KEOHANE, R., y HOFFMANN, S., *After the Cold War. International Institutions and State Strategies in Europe 1989-1991*. Harvard U.P., Cambridge 1993.
- KERR, D., “The New Eurasianism: The Rise of Geopolitics in Russia’s Foreign Policy”, en *Europe-Asia Studies*, vol. 47, nº 6, 1995, p. 977-988.
- KHANIN, G. y SUSLOV, N., “The real Sector of the Russian Economy: Estimation and Analysis”, en *Europe-Asia studies*, vol. 51, nº 8, diciembre 2000, pp. 1.433-1.454.
- KHAZANOV, A.M., *After the USSR*, Madison, University of Wisconsin Press, 1995.
- KIONKA, R.R., « La politique étrangère des États Baltes », en *Politique Étrangère* nº 1, 1994, p. 87.
- KIRICHENKO, V., “The States and Prospects for Economic Ties in the CIS”, en *Problems of Economic Transition*, vol. 36, N. York, enero de 1994.
- KLARE, M. T., « Washington veut pouvoir vendre sur tous les fronts », en *Le Monde Diplomatique* nº 542, mayo de 1999.
- KNUDSEN, O.F., “The Foreign Policies of the Baltic States: Interwar Years and Restauration”, en *Cooperation and Conflict*, vol. 28, nº 1, 1993, pp. 47-72.
- KONOVALOV, A., “The Changing Role of Military Factors”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe...*, *op. cit.*
- KORBONSKI, A. y FUKUYAMA, F. (dirs.), *The Soviet Union and the Third World*, Cornell University Press, Ithaca 1987.

- KORTUNOV, A., “Russia, the Near Abroad and the West”, en LAPIDUS, G. y WALKER, E. (eds.), *op. cit.*
- KOVALEV, S., “La Russia de Vladimir Putin”, en *Política Exterior* nº 74, marzo-abril de 2000, pp. 41-56.
- KRASNER, S.D., *Soberanía, hipocresía organizada*. Ed. Paidós, col. Estado y sociedad nº 85, Barcelona 2001.
- KREIKEMEIER, A., “Renaissance of Hegemony and Spheres of Influence – The Evolution of Yeltsin Doctrine”, en ERHART, H. *et al.* (dir.), *op. cit.*
- KREMEN, V., “The East Slav Triangle”, en BARANOVSKY, V. (ed.), *Russia and Europe...*, *op. cit.*
- KREMENIUK, V., “Post-Soviet Conflicts: New Security Concerns”, en BARANOVSKY, V. (ed.), *Russia and Europe...*, *op. cit.*
- KUZIO, T., *Ukrainian Security Policy*, Ed. Praeger, Londres 1995.
- , “International Reaction to the Chechen Crisis”, en *Central Asia Survey*, 15 (1), 1996, pp. 97-109.
- , “Ukraine and the NATO: The Evolving Strategic Partnership”, en *The Journal of Strategic Studies* nº 2, vol. 21, junio de 1998.
- KUZIO, T., y WILSON, A., *Perestroika to Independence*, Nueva York, St. Martin’s Press, 1994.
- LACOSTE, Y., « La Russie, dix ans après », en *Le Hérodote* nº 104, 1r. trimestre de 2002, pp. 3-222.
- LAMANDE, V., y LEFEBVRE, E., « Un nouveau mur pour Kaliningrad », en *Le courrier des pays de l’Est* nº 1.025, mayo de 2002, pp. 39-49.
- LAMSDORFF, V., “La CEI. Perspectivas actuales”, comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.
- LANDA, J. *et al.*, “El sector agroalimentario en la Federación Rusa y la experiencia española en el proyecto Enter”, en *Economía exterior* nº 4, primavera de 1998, pp. 107-105.
- LANDGREN, S., “Post-Soviet Threats to Security”, en *SIPRI Year Book 1992*, World Armaments and Disarmament, Londres.
- LAPIDUS, G. y GOLDMAN, Ph. (eds.), *From Union to Commonwealth: Nationalism and Separatism in the Soviet Republics*, Cambridge University Papers, N. York 1992.

- LAPIDUS, G. y WALKER, E. (eds.), *The New Russia, Troubled Transformation*, Vestview Press, Boulder, Colorado 1995.
- LAPINA, N., « Les dirigeants régionaux et la pouvoir fédéral : une suite de compromis », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.015, mayo de 2001, pp. 15-24.
- LARRABEE, S.F., “Russia and the Balkans: Old Themes and New Challenges”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *op. cit.*
- LATSIS, O., “Rusia: de crisis en crisis”, en *Anuario internacional CIDOB 1998*, Barcelona 1999, pp. 277-289.
- Le courrier des pays de l'Est*, « L'intégration des anciens militaires russes à la vie civile : un exemple d'assistance de Tacis ». N° 1.025, mayo de 2002, pp. 27-30.
- LEFFLER, M. y PAINTER, D. (eds.), *Origins of the Cold War*, Routledge, Londres 1994.
- LE MARC, GAËLL, “Los Estados bálticos tres años después”, en *Anuario internacional CIDOB 1994*, Barcelona 1995, pp. 457-461.
- LENIN, V.I., “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, en MARX, C. *et al.*, *op. cit.*, pp. 213-258.
- LEPGOLD, J., “NATO's Post-Cold War Collective Action Problem”, en *International Security* n° 1, vol. 23, verano de 1998.
- LEVESQUE, J., *L'URSS et sa politique internationale de Lénine à Gorbatchev*. Armand Colin, París 1987.
- LIEVEN, A., “Through a Distorted Lens: Chechnya and the Western Media”, en *Current History*, vol. 99, n° 639, octubre de 2000, pp. 321-328.
- LINES, T., “At Peace but Insecure: the Paradoxes of Post-soviet Life”, en *IDS Bulletin*, vol. 32, n° 2, abril de 2001, pp. 25-34.
- LIROLA, I., “Las relaciones entre la Unión Europea y los países de Europa Central y Oriental: los Acuerdos Europeos en el marco de la ampliación de la Unión Europea”, en *Revista de Instituciones Europeas*, vol. 22, n° 1, 1995, pp. 71-99.
- LOCATELLI, C., « Du gaz pour l'Asie : les enjeux de la concurrence entre la Caspienne et la Russie », en *Problèmes économiques*, n° 2.603, febrero 1999, pp. 11-17.
- LOUGH, J., “Defining Russia's Relations with Neighboring States”, en *RFE/RL Research Report* n° 20, 1993.
- LOWE, J., *The Concert of Europe. International Relations 1814-70*, Hodder & Stoughton, Londres 1990.

- LYNDELLE, D.F. y SERGOUNIN, A., *Are Borders Barriers? EU Enlargement and the Russian Region of Kaliningrad*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2001.
- MALIA, M., *Russia under Western Eyes. From the Bronze Horseman to the Lenin Mausoleum*. Cambridge, Harvard U.P., 1999.
- MALCOLM, N., “The Common Europe Home and Soviet European Policy”, en *International Affairs*, vol. 65, nº 4, 1989, pp. 659-676.
- , “The New Russian Foreign Policy”, en *The World Today*, vol. 50, nº 2, 1994, pp. 28-32.
- , (ed.), *Russia and Europe: An End to Confrontation?* Pinter, Londres 1994.
- MANDEVILLE, L., « Fantasmies russes et myopie occidentale », en *Politique Internationale* nº 72, 1996, pp. 211-224.
- MANGAS MARTÍN, A., “Dinamarca y la Unión Europea: análisis jurídico”, en *La Ley*, 23 de julio de 1993.
- MARAVER, A., “Ucrania: movimiento nacional y construcción del Estado”, en *Cuadernos del Este* nº 11, 1994, pp. 55-68.
- MARCH, J.M^a, y SÁNCHEZ, A. (eds.), *Política económica y límites institucionales en la transición rusa*. Universitat de València, Valencia, 2000.
- MARIE, N., « La réforme des institutions fédérales (1988-1991) », en *Notes et études documentaires (La documentation française)* nº 4937-12.
- MARÍN, G., “¿Se han acabado las guerras en la antigua URSS?”, en *Afers Internacionals* nº 48, Barcelona, diciembre de 1999, pp. 7-19.
- MARTÍN DE LA GUARDIA, R.M./PÉREZ SÁNCHEZ, G.Á., *La Unión Soviética: de la Perestroika a la desintegración*, Istmo, Madrid 1995.
- MARTYNIUK, J., “Ukrainian Independence and Territorial Integrity”, en *RFE/RL Research Report* nº 13, 1992, pp. 64-68.
- MARX, C. et al., *El marxismo y la cuestión nacional*, Ed. Avance, Barcelona 1977 (2^a ed.).
- MASKHADOV, A., “Open Letter to the French Philosopher André Glucksman”, en *Central Asian survey*, vol. 19, nº 3-4, septiembre-diciembre 2000, pp. 309-314.
- MASSIAS, J.-P., « Crise d’identité d’un État en recomposition », en *Notes et études documentaires* nº 5128-29, febrero de 2001, pp. 79-100.

- MATSUZATO, K., "Local Elites under Transition: County and City Politics in Russia 1985-1996", en *Europe-Asia studies*, vol. 51, nº 8, diciembre de 2000, pp. 1.367-1.400.
- MAUREL, M.C., *Territoire et stratégies soviétiques*, Economica, París 1982.
- MAURY, J.-P., « La nouvelle perception des menaces : L'ex-bloc soviétique et la Yougoslavie », *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* nº 27, 1994, pp. 31-43.
- McFARLANE, N., y THRANET, O., (ed.) *Balancing Hegemony: The OSCE in the CIS*. Centre for International Relations, Queens University, Toronto, 1997.
- McFAUL, M., "Revolutionary Ideas, State Interest, and Russian Foreign Policy", en TISMANEANU, V. (ed.), *op. cit.*
- , "Putin in Power", en *Current history*, vol. 99, nº 639, octubre de 2000, pp. 307-314.
- , "Realistic engagement: a new Approach to American-Russian Relations", en *Current history*, vol. 100, nº 648, octubre de 2001, pp. 313-321.
- MEDVEDEV, S., *Russia's Futures. Implications for the EU, the North and the Baltic Region*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2000.
- MENDELSON, J., "America, Russia and the Future of Arms Control", en *Current History*, vol. 100, nº 648, octubre de 2001, pp. 323-329.
- MENDRAS, M., *Un État pour la Russie*. Complexe, Bruselas 1992.
- MENESES ARANDA, M.R., "Rusia ante el abismo de Chechenia", en *Papeles de cuestiones internacionales* nº 70, primavera de 2000, pp. 73-80.
- MENON, R. y FULLER, G.E., "Russia's Ruinous Chechen War", en *Foreign Affairs* nº 2, marzo-abril de 2000, pp. 32-44.
- MESA, R., *Teoría y práctica de las relaciones internacionales*, Taurus, Madrid 1977.
- , *La sociedad internacional contemporánea. I, Documentos básicos*, Taurus, Madrid 1982.
- , *Democracia y política exterior en España*, Ed Eudema, Madrid 1988.
- , "Guerra fría, distensión y solución de conflictos", en *Revista del Centro de Estudios Constitucionales* nº 3, mayo-agosto de 1989, pp. 247-268.
- , "Europa, la Comunidad y los cambios en el Este. Una perspectiva desde las relaciones internacionales", en *Revista de Instituciones Europeas*, vol. 17, nº 3, 1990, pp. 745-783.

- , *La nueva sociedad internacional*, CEC, Madrid 1992.
- , “Orden, sistema y nueva sociedad internacional”, en *Razón y fe* n° 225, 1992, pp. 608-622.
- , “Europa en el marco internacional actual”, en *Sistema* n° 114-115, 1993, pp. 207-214.
- MEYER, J., *Rusia y sus imperios 1894-1991*, FCE, México 1997.
- MIHALSKO, K., “Ukrainians and their Leaders at a Time of Crisis”, *RFE/RL Research Report* n° 31, 1993, pp. 54-62.
- MILIUKOV, P. *et al.*, *The Successors of Peter the Great: from Catherine I to the Reign of Nicholas I*, Funk and Wagnalls, N. York 1968.
- MILLAR, J.R., “The De-development of Russia”, en *Current history*, vol. 98, n° 639, octubre de 1999, pp. 322-327.
- , “Can Putin Jump-start Russia’s stalled Economy?”, en *Current history*, vol. 99, n° 639, octubre de 2000, pp. 329-333.
- , “The Russian Economy: Putin’s Pause”, en *Current history*, vol. 100, n° 648, octubre de 2001, pp. 336-343.
- MILLER, R.F. *et al.*, *Gorbachev at the Helm. A New Era in Soviet Politics?* Croom Helm, Londres 1987.
- MINK, G. y TIRAPOLSKI, A., « La maison commune Européenne : le discours soviétique et ses effets », en *Le Courrier des Pays de l’Est* n° 340, pp. 3.24.
- MINK, G. y SZUREK, J-Ch., “¿Por qué han vuelto los antiguos comunistas en Europa central?”, en *Anuario Internacional CIDOB 1994*, Barcelona 1995.
- MINOGUE, K. Y WILLIAMS, B., “Ethnic Conflict in the Soviet Union: the Revenge of Particularism”, en MOTYL, A. (ed.), *Thinking Theoretically...*, *op. cit.*, pp. 225-242.
- MOISI, D. y RUPNIK, J., *Le nouveau continent. Plaidoyer pour une Europe renaissante*. Calman Lévy, París 1991.
- MOONEY, P., *The Soviet Superpower. The Soviet Union, 1945-1980*, Heinemann, Londres 1982.
- MORGENTHAU, H.J., *Politics Among Nations. A Struggle for Power and Peace*, Alfred A. Knopf, Nueva York 1978.
- MORRISON, J. (1993), “Pereyaslav and After: the Russia-Ukraine Relationship”, en *International Affairs* n° 4, (1993), p. 677-703.

- MOSHES, A., *Overcoming Unfriendly Stability: Russian-Latvian Relations at the End of 1990s*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 1999.
- MOTYL, A. (ed.), *Thinking Theoretically About Soviet Nationalities*. Columbia University Press, N. York 1992.
- , (ed.), *The Post-Soviet Nations (Perspectives on the Demise of the USSR)*. Columbia University Press, N. York 1992.
- , “Russian Security, Neoimperialism, and the West”, en *NATO’s Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 28 de abril de 1994.
- , “The End of Sovietology: from Soviet Studies to Post-Soviet Studies”, en MOTYL, A. (ed.), *Thinking Theoretically*, *op. cit.*
- MOURADIAN, C., « La Russie et l’Orient », en *Problèmes politiques et sociaux, série Russie*, n° 796, enero de 1998, pp. 3-65.
- MOZAFFARI, M. (ed.), *Security Politics in the Commonwealth of Independent States. The Southern Belt*. McMillan Press, Londres 1997.
- MROZ, J./PAVLIUK, O., “Ukraine: Europe’s Lipchin”, en *Foreign Affairs* n° 3, 1996, pp. 52-62.
- MÜLLER, D. *et al.*, “The New Approach to Russian Security in the Context of the Programme for Change”, en *Aussenpolitik*, vol. 49, 3r. trimestre de 1998.
- MUNS, A., *De la Perestroika a la CEI*. Ed. Marré, Barcelona 1992.
- , « Rusia. Una economía en busca del mercado », en *Economía exterior* n° 21, verano de 2002, pp. 153-163.
- NAFF, T., “The Ottoman Empire and the European States System”, en BULL, H. y WATSON, A. (eds.), *op. cit.*
- NAHAYEWSKY, I., *History of Ukraine*, “America” Publishing House of the “providence” Association of Ukrainian Catholics in America, Filadelfia 1962.
- NEMIRIA, G., « Les élite régionales ukrainiennes et la consolidation de l’État », en *Notes et études documentaires (La documentation française)* n° 5022-17, 1995, pp. 25-36.
- NICHOLSON, M., “Towards a Russia of the Regions”, en *Adelphi Papers* n° 330, 1999, pp. 7-88.
- NIELSEN, H.J., “The Danish Voters and the Referendum in June 1992 on the Maastricht Agreement”, en KELSTRUP, M. (dir.), *op. cit.*, pp. 365-380.

- NORGAARD, O., *The Baltic States after Independence*, Edward Elgar, Cheltenham 1996.
- Novedades de Moscú* (Dossier), “Voces del interior: la sociedad soviética ante la transición”, en *Afers Internacionals* nº 19, 1991, pp. 49-93.
- NUNN, S., y STULBERG, A.N., “The Many Faces of modern Russia”, en *Foreign Affairs* nº 2, marzo-abril de 2000, pp. 45-62.
- NYE, J. “Soft Power”, en *Foreign Policy*, vol. 90, nº 80, 1976, pp. 153-171.
- , *Bound to Lead. The Changing Nature of American Power*, Ed. Basic Books, Nueva York 1991.
- , “The Changing Nature of World Power”, en *Political Science Quarterly*, vol. 105 nº2, 1990, pp. 177-192.
- ODOM, W. E., “Russia’s Several Seats at the Table”, en *International Affairs* nº 4, vol. 74, octubre de 1998.
- OLCOTT, M. B., “Sovereignty and the Near Abroad”, en *Orbis* nº 3, vol. 39, verano 1995.
- ORMROD, J., “The North Caucasus: Fragmentation or Federation?”, en BREMMER, I y TARAS, K. (eds.), *op. cit.*, pp. 448-475.
- ORTEGA, A., “Un protectorado”, en *El País* de 5 de julio de 1999, p.4.
- , *Horizontes cercanos. Guía para un mundo en cambio*. Ed. Taurus, Madrid 2000.
- OWEN, R., *Crisis in the Kremlin. Soviet Succession and the Rise of Gorbachev*, Vactor Gollancz, Londres 1986.
- PALACIOS, J.-M., “Un ensayo de periodificación de las transiciones soviética y yugoslava”, en FLORES JUBERÍAS, C. (coord), *op. cit.*, vol. 2º, pp. 257-268.
- PALACIOS, J.M. y ARANA, P., “Doctrina militar rusa: herencia soviética, realidades postsoviéticas, perspectiva europea”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 59, octubre/noviembre 2002, pp. 81-104.
- PALAZUELOS, E., *La economía soviética más allá de la perestroika*, Ediciones Ciencias Sociales, Madrid 1990.
- , “Federación Rusa: autoritarismo y economía de bazar”, *Informe anual del IEO*, Madrid 1995.
- , “La CEI: un espacio económico desvencijado”, *Informe anual del IEO*, Madrid 1996.

- , “Subdesarrollo de tipo soviético”, *Informe anual del IEO*, Madrid 1996.
- PERRET, Ph., « La réforme économique en Russie : Deuxième étape de la transition », en *Le courrier des pays de l’Est* n° 1.015, mayo de 2001, pp. 35-50.
- PIKAYEV, A. *et al.*, *Russia, the US and the Missile Technology Control Regime*, Adelphi Paper n° 317, International Institute for Strategic Studies, Oxford University Press, Nueva York 1998.
- PIPES, R., *The Russian Revolution*. Knopf, Nueva York 1990.
- , “Is Russia still an enemy?”, en *Foreign Affairs*, vol. 76, n° 5, septiembre-octubre 1997.
- , *The Unknown Lenin*. Yale University Press, Boston 1996.
- POCH, R., “Rusia se enroca. Kosovo y la crisis económica provocan una nueva hostilidad hacia occidente”, en *La Vanguardia*, 12/diciembre 1999, sección “Revista”, pp. 14-15.
- POCHAZKOVA, P., “We Have to Return Home (interview with Igor Chubais)”, en *Transitions*, junio de 1997, pp. 56-57.
- POLYAKOVA, Yu., « Tatarstan: à la recherche d’un véritable bilinguisme », en *Le courrier des pays de l’Est*, n° 1.018, setiembre 2001, pp. 27-34.
- POMIAN, K., “Europa y sus fronteras”, en *Revista de Occidente*, n° 157, pp. 25.50.
- POUCHOV, A., « Les nouveaux intérêts de la Russie sur son flanc Ouest. L’élargissement de l’OTAN : un tournant historique? », en *Problèmes politiques et sociaux, série Russie*, n° 809, septiembre 1998, pp. 9-46.
- PRIEGO MORENO, A., “La evolución del conflicto de Chechenia”, en *UNISCI papers* n° 20, 2000, pp. 3-87.
- RA’ANAN, U. (ed.), *The Soviet Empire: The Challenge of National and Democratic Movements*. Lexington Books, Lexington 1990.
- RADVANYI, J., « Transports et géostratégie au sud de la Russie », en *Le Monde diplomatique* n° 531, junio de 1998, pp. 18-19.
- , *et al.*, « Le Nord-Caucase dans la crise », en *Le courrier des pays de l’Est* n° 1.009, septiembre-diciembre de 2000, pp. 3-46.
- RADVANYI, J., « Conflits caucasiens et bras de fer russo-américain », en *Le Monde diplomatique* n° 559, octubre de 2000, pp. 18-19.
- RASHID, A., *The Resurgence of Central Asia. Islam or Nationalism?* Zed Books, Londres 1994.

- , *Yihad. El auge del islamismo en Asia central*, Península /Atalaya, Barcelona 2002.
- RAVIOT, J.-R., « Le triomphe de l'ordre établi », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.004, abril de 2000, pp. 4-26.
- , « Une nouvelle classe politique en Russie? », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.015, mayo de 2001, pp. 25-34.
- REINHARDT, J., *Boris Eltsine et le réveil russe*, Stock, París 1992.
- REMACLE, E., *Esquisse pour un nouveau paysage européen*, UNIDIR, Nueva York 1991.
- , « La politique étrangère européenne : de Maastricht à la Yougoslavie », en *Les Dossiers du GRIP*, n° 167 1992.
- , « La CSCE et la Communauté Européenne face au conflit yougoslave », en *Le trimestre du Monde*, n° 17, 1992, pp. 219-234.
- RENOUVIN, P., *Histoire des Relations Internationales*, Hachette, París 1955.
- RIASANOVSKI, N.V., *A History of Russia*, Oxford U.P., Nueva York 1963.
- RIBOTE, S., “Txetxènia, un nou holocaust”, en *Europa de les nacions* n° 42, primavera 2000, pp. 10-18.
- RÍOS, X., “Chechenia: las claves del conflicto”, en *Anuario CIP 94-95*, CIP, Madrid 1995.
- , “Chechenia, secesión en el Cáucaso”, en *Observatorio de conflictos (CIP)* n° 3, 1996.
- , “Rusia y China, dos gigantes en busca de la grandeza perdida”, en *Anuario CIP 1999*, pp. 97-106.
- , “Chechenia: operaciones en el patio trasero”, en *Anuario CIP 2001*, pp. 171-187.
- RODRÍGUEZ AGUILERA DE PRAT, C., “Rusia y la CEI: ¿Relaciones de política exterior o interior?”, en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* n° 42, sept. 1998, pp. 7-20.
- , “Asimetría federal y relaciones bilaterales centro-periferia en Rusia”, en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* n° 51-52 (diciembre 2000-enero 2001), p. 7-24.
- ROHOZINSKI, R., “How the Internet did not Transform Russia”, en *Current history*, vol. 99, n° 639, octubre de 2000, pp. 334-338.

- ROMER, J.-Ch., « De l'Armée russe aux armées nationales », en *Notes et Études documentaires* n° 4958, vol. 13, 1992.
- ROMERO AZNAR, P., « Arrasar Cartago. La ofensiva militar de la OTAN y el futuro de Rusia », comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.
- ROMEVA, R., *Bòsnia-Hercegovina: les lliçons d'una guerra*, Centre UNESCO de Catalunya, Barcelona 1997.
- , “Kosovo: les lliçons no apreses de Bòsnia”, en *Diàlegs* n° 4, abril-junio de 1999, pp. 123-142.
- ROSS, A., *United Nations: Peace and Progress*, Bedminster Press, Totowa (NJ), 1966.
- ROTFELD, A.D., “La excepcionalidad rusa: a vueltas con la identidad nacional”, en *Política exterior*, vol. XV, septiembre/octubre 2001, n° 83, pp. 10-21.
- ROUSSELET, K., « Russie : crise économique, radicalisations et limogeages », en *L'État du monde 2000*, París 1999.
- ROY, O., « Evolutions dans un environnement complexe », en *Notes et Études documentaires* n° 4982, vol. 17, 1993.
- , *La nueva Asia central o la fabricación de naciones*. Sequitur, Madrid 1998.
- , *et al.*, “Central Asia: Towards a New Great Game?”, en *Revue internationale et Stratégique* n° 34, verano de 1999.
- , « L'Asie Centrale prend de large », en *Politique internationale* n° 82, invierno 1998-1999, pp.123-134.
- ROYEN, C., “Conflicts in the CIS and Their Implications for Europe”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *op. cit.* pp. 231-232.
- RUBINSKI, Yu., « La Russie et l'OTAN : une nouvelle étape? », en *Politique étrangère* n° 4, 1997.
- RUBINSTEIN, A. Z., “America's Stake in Russia Today”, en *Orbis*, n° 1, vol. 41, invierno 1997.
- , “The Case Against NATO's Enlargement”, en *Orbis*, n° 1, vol. 42, invierno 1998.
- , “NATO Enlargement versus American Interests”, en *Orbis*, n° 1, vol. 42, invierno 1998.
- RUCKER, L., « Russie 2000-2001 : une nouvelle équation à plusieurs inconnues », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.020, noviembre-diciembre 2001, pp. 111-146.

- RUEHL, L., "European Security and NATO's Eastward Expansion", en *Aussenpolitik*, vol. 45, nº 2, pp.115-122.
- RUMMEL, R (dir.), *Toward Political Union. Planning a Common Foreign and Security Policy in the European Community*, Westview Press, Boulder 1992.
- RUPÉREZ, I., "Ucrania, un país en busca de Estado", en *Política Exterior* nº VIII, 1994, pp. 133-144.
- RUSSELL, R.B., *A History of the United Nations Charter : The Role of the United States 1940-1945*, The Brookings Institution, Washington DC 1958.
- Russia Today*, "Belarus : the Long Road to the Union", nº 127, 16 de noviembre de 1999.
- RUTLAND, P., "Russia's broken 'Wheel of Ideologies'", en *Transitions*, junio de 1997, pp. 47-55.
- SAINZ, N., "El conflicto de Chechenia y las organizaciones internacionales", en *Papeles de cuestiones internacionales* nº 71, verano de 2000, pp. 63-72.
- , "Una década de posguerra fría en el Cáucaso: las guerras en Chechenia", en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 59, octubre/noviembre 2002, pp. 105-122.
- , "Gestión de conflictos en la Europa de la postguerra fría: las relaciones Federación Rusa-Estados bálticos en el marco de la OSCE", en FLORES JUBERÍAS, C. (coord), *op. cit*, vol. 2º, pp. 51-78.
- SALMIN, A., "Europe and New Russia", en *New Times*, abril de 1996.
- SALMON, T., "Testing times for European Political Cooperation: the Gulf and Yugoslavia 1990-1992", en *International Affairs*, vol. 68, nº 2, 1992, pp. 233-253.
- SALOMÓN, M., "L'ampliació de la Unió Europea per al nou mil·lenni", en *L'Avenç* nº 232, pp 36-40.
- SAMMUT, D., "Population displacement in the Caucasus: an Overview", en *Central Asian survey*, vol. 20, nº 1, marzo de 2001, pp. 55-62.
- SÁNCHEZ ANDRÉS, A., "La nueva doctrina militar y la transformación en la industria de defensa rusa", en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 32, 1996, pp. 115-128.
- , "La economía rusa: una década de transición", en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 59, octubre/noviembre 2002, pp. 53-72.

- , “Presidencia de Vladimir Putin”, en *Política Exterior*, vol. XV, nº 83, septiembr/octubre 2001, pp. 22-30.
- SANDAHL, E., « La CEI : attentes et réalités », en *Notes et études documentaires* nº 4982, 1993.
- SAPIR, J., *Les fluctuations économiques en URSS 1941-1985*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, París 1989.
- , « Perestrojka et politique militaire de l'URSS : au delà du militarisme paradoxal », en *Afers Internacionals* nº 18, 1990, pp. 45-68.
- , *Le chaos russe. Désordres économiques, conflits politiques, décomposition militaire*. Ed. La Découverte, París 1996.
- SCHAPIRO, L., *The Government and Politics of the Soviet Union*, Londres, Hutchinson 1979 (1ª ed., 1965).
- SCHILLING, W., “The Return of Geopolitics in the Caucasus and Central Asia”, en *Aussenpolitik* nº 2, 1998.
- SEDIVI, J., *et al.*, *Enlargement and European Defence after 11 September*. Chailiot Papers nº 53, Institute for Security Studies, junio 2002.
- SERGUNIN, A., “In Search of a New Strategy in the Baltic/Nordic Area”, en BARANOVSKI, V. (ed.), *Russia and Europe...*, *op. cit.*
- SERRA, F., *La construcció nacional a Ucraïna i Bielorrússia durant la perestroika*, memoria del máster en Estudios Internacionales de la Fundació CIDOB, dirigida por el dr. Pere Vilanova y presentada en septiembre de 1997 (no publicado).
- , “El conflicte de Txetxènia”, en *dCIDOB* nº 65, mayo de 1998, pp. 22-25.
- , “El Caucas, una regió en ebullició”, en *dCIDOB* nº 65, mayo de 1998, pp. 4-7.
- , “Consecuencias del 11 de septiembre en Rusia y la CEI”, en http://selene.uab.es/_cs_iuec/catala/obs/m_working.html (2002).
- , “La dimensión Este de la UE : políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia”, en BARBÉ, E. (coord.), *Política Exterior Europea*. Ed. Ariel, Barcelona 2000, pp. 159-189.
- , “La multidimensionalidad del conflicto checheno, entre la cohesión social rusa y la seguridad regional en el Cáucaso”, comunicación presentada a debate en el Seminario *La nueva conflictividad internacional: políticas de prevención y de gestión en Europa*, Universitat Autònoma de Barcelona, 14 de diciembre de 2000.
- , *Identitat i poder: aproximació a la política europea de Rússia*. Trabajo de investigación del Doctorado en Relaciones Internacionales de la UAB, dirigido

- por la dra. Esther Barbé y presentado en mayo de 2001 (pendiente de publicación).
- , “Rusia: una lejanía acentuada”, en BARBÉ, E. (coord.), *España y la política exterior de la UE. Entre las prioridades españolas y los desafíos del contexto internacional*. Quaderns de Treball nº 40 (oct. 2002), pp. 113-126.
- , “Diez años de la nueva Rusia”, en *Afers Internacionals* nº 59 (oct./nov. 2002), pp. 13-32.
- , “Las nuevas relaciones entre Rusia y la UE en vista de la ampliación comunitaria”, comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002 (no publicada).
- , “El Consejo OTAN-Rusia, ¿inicio de una nueva etapa en las relaciones Este-Oeste?”, en *Revista Española de Derecho Internacional*, vol. LIV-2002 nº 2, pp. 1037-1041, Madrid julio-diciembre 2003.
- , “Rusia: oposición a la guerra en Irak con la vista puesta en el petróleo”, en [http://selene.uab.es/ cs_iuee/catala/obs/m_working.html](http://selene.uab.es/cs_iuee/catala/obs/m_working.html), febrero de 2003.
- SHAW, D.J., y BRADSHAW, M.J., “Problems of Ukrainian Independence”, en *Post-Soviet Geography* nº 1, 1992, pp. 10-20.
- SHEMIATENKOV, V., “Russia – Neighbour, Partner and Enigma”, en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 20 de junio de 2000.
- , “Russia and September 11”, en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 26 de enero de 2002.
- , “Russia and Europe After Nice”, en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 2 de agosto de 2000.
- SHERR, J., “Russia Returns to Europe”, en *NATO’s Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 28 de abril de 1994.
- SHEVSTOVA, L., “Yeltsin and the Evolution of Electoral Monarchy in Russia”, en *Current History*, vol 99, nº 639, octubre 2000, pp. 315-320.
- SIMON, G., *Nationalism and Policy Toward the Nationalities in the Soviet Union*. Longman, N. York 1990.
- , « La Russie: une hégémonie eurasiennne? », en *Politique Étrangère*, núm. 1, (1994), p. 29-47.
- SLAUGHTER, A.-M., “The Real New World Order”, en *Foreign Affairs*, vol. 76, nº 5, septiembre/octubre 1997, pp. 183-197.

- SLIM, A., « Le programme Tacis pour la Russie : un bilan est-il possible? », en *Le courrier des pays de l'Est* n° 1.025, mayo de 2002, pp. 17-26.
- SMITH, G., “Russia, Multiculturalism and Federal Justice”, en *Europe-Asia Studies*, vol. 50, n° 8 (diciembre de 1998), pp. 1393-1411.
- , *La visión soviética de la integración europea: el caso de la CEE 1957-1969*, Ed. Universidad del País Vasco, 1987.
- SMOLANSKY, O., “Ukraine’s Quest for the Independence: the Fuel”, en *Europe-Asia Studies* n° 1, 1995, pp. 67-90.
- SODUPE, K., *La Unión Europea y Federación Rusa, cooperación en el sector de la energía*. Ed. Universidad del País Vasco, 1997.
- SOKOLOFF, G., *La puissance pauvre*, Fayard, París 1993.
- SOLCHANYK, R., “Ukrainian-Russian Confrontation Over the Crimea”, en *RFE/RL Research Report*, n° 8, 1992, pp. 26-30.
- , “The Politics of State Building: Centre Periphery Relations in Post Soviet Ukraine”, en *Europe-Asia Studies*, n° 1, 1994, pp. 47-68.
- , “Ukraine and the CIS: a Troubled Relationship”, en *RFE/RL Research Report*, n° 7, 1993, pp. 23-27.
- SOKOLSKY, R. y CHARLICK-PALEY, T., “Look Before NATO leaps into the Caspian”, en *Orbis*, vol. 43, n° 2, primavera 1999.
- SOLZHENITSIN, A., *El colapso de Rusia*, Madrid, Espasa, 1999.
- SOTELO, I., “La unificación de Alemania, causas y consecuencias”, *Anuario Internacional CIDOB 1990*, Barcelona 1991
- SOTO, A., “Reflexiones sobre Rusia y Asia central: senderos que se cruzan y bifurcan”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, n° 59, octubre/noviembre 2002, pp. 123-139.
- STAAR, R.F., “Moscow Plans to Restore its Power”, en *Orbis*, vol. 40, n° 3, verano de 1996.
- STEELE, *Eternal Russia*, Faber and Faber, Londres 1994.
- SUNY, R., *The Revenge of the Past (Nationalism, Revolution and the Collapse of the Soviet Union)*, Stanford University Press, Stanford 1993.
- , “State, Civil Society and Ethnic Cultural Consolidation in the USSR – Roots of National Questions”, en LAPIDUS, G y GOLDMAN, Ph. (eds.), *op. cit.*
- TAIBO, C., *La Unión Soviética de Gorbachov*, Fundamentos, Madrid 1989.

- , “Desarrollos militares y crisis del sistema soviético (1964-1982)”, en *Cuadernos del Este* nº 8, Madrid 1993.
- , “La Unión Soviética y el conflicto del Golfo. Un estudio sobre las actitudes y la política de la URSS”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* nº 21, 1991, pp. 105-120.
- , *Las transiciones en la Europa central y oriental. ¿Copias de papel carbón?*, Los libros de la Catarata, 1998.
- , *El conflicto de Chechenia: una guía introductoria*, Los libros de la Catarata, Madrid 2000.
- , *Las fuerzas armadas en la crisis del sistema soviético*, Los libros de la Catarata-Bakeaz, Madrid 1993.
- , *La Unión Soviética (1917-1991)*, Ed. Síntesis, Madrid 1993.
- , *La Unión Soviética. El espacio ruso-soviético en el siglo XX*. Ed. Síntesis, Madrid 1999.
- , *La disolución de la URSS*, Ronsel, Barcelona 1994.
- , “Chechenia”, en *El País*, 29/2/2000 (p. 14).
- , “Sobre la realidad política rusa”, en *Cuadernos del Este* nº 20, Madrid 1997.
- , *La Rusia de Yeltsin*, Ed. Síntesis, Madrid 1995.
- , “Desarrollos militares y crisis del sistema soviético (1964-1982)”, *Cuadernos del Este* nº 8, Madrid 1993.
- , *La desintegración de Yugoslavia*, Los libros de la Catarata, Madrid 2000.
- , “La conflictiva ampliación de la UE”, en *Política Exterior*, vol. XIII, nº 71, septiembre-octubre de 1999, pp. 67-78.
- , “La cuestión nacional en la Europa Central y Oriental contemporánea: una guía de estudio” en FLORES JUBERÍAS, C. (coord), *op. cit.*, vol. 2º, pp. 79-94.
- TARAS, K., “Making sense of Matrioshka Nationalism”, en BREMMER, I y TARAS, K. (eds.), *op. cit.*, pp. 513-537.
- TEAGUE, E., “The Emergency of Parliamentary Opposition in the USSR”, en RA’ANAN, U. (ed.), *op. cit.*
- , “The CIS: An Unpredictable Future”, en *RFE/RL Research Report*, vol. 3, nº 1, 7 de enero de 1994.

- THOM, F., *Le moment Gorbatchev*, Hachette, París 1989.
- TINGUY, A., « L'effondrement de l'empire soviétique », en *Notes et études documentaires (La Documentation Française)*, nº 4958-13, 1992, pp. 89-100.
- TISKHOV, V., “Contra la retórica de las quejas: antropología de las transformaciones en Rusia”, en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 59, octubre/noviembre 2002, pp. 73-80.
- TISMANEAU, V. (ed.), *Political Culture and Civil Society in Russia and the New States of Eurasia*. Sharpe, N. York 1995.
- TOLZ, V., “The War in Chechnya”, en *Current History*, vol. 95, nº 603, 1996, pp. 316-321.
- TOLZ, V., y ELLIOT, I. (eds.), *The Demise of the USSR*, RFE/RL. Mc. Millan Press, 1995.
- TRENIN, D., « Stratégie russe; une difficile naissance », en *Politique Étrangère* nº1 (1997).
- TRENIN, D. y VAN HAM, P., *Russia and the United States in Northern European Security*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopollittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki 2000.
- TROTSKI, L.D., *Stalin*, Plaza y Janés Eds., Barcelona 1963.
- TRUYOL Y SERRA, A., *La sociedad internacional*, Alianza Ed., Madrid 1974.
- TUMINEZ, S., “Russian Nationalism and the National Interest in Russian Foreign Policy”, en WALLANDER, C. (ed.), *op. cit.*
- VALCÁRCEL, D., “Enigmas rusos”, en *Política Exterior* nº 72, noviembre-diciembre 1999, pp. 95-103.
- VALDÉS, F., “Guerra y barbarie en Chechenia”, en *Política Exterior* nº 73, enero-febrero 2000, vol. XIV, pp. 43-73.
- VALÈNCIA i MONTES, L.X., “Presidente y Parlamento en Rusia: un decenio de tensas relaciones”, en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 59, octubre/noviembre 2002, pp. 33-52.
- VAN EVERA, S., “Primed for Peace: Europe After the Cold War”, en *International Security*, vol. 15, nº 3, pp. 7-57.
- VIDRIN, D., “¿Tiene Ucrania respuestas nacionales a la cuestión nacional?”, en *Cuadernos del Este* nº 11, 1993.
- VIUDEZ NAVAJO, J., “Los nacionalismos soviéticos en perspectiva histórica”, en *Cuadernos del Este* nº 9, 1993.

- WAEVER, O., "Three competing Europes: German, French, Russian", en *International Affairs*, vol. 66, n° 3, pp. 477-493.
- WAEVER, O., *et al.*, *European Polyphony. Perspectives beyond East-West Confrontation*. St. Martin's Press, Nueva York 1989.
- WALLANDER, C. (ed.), *The Sources of Russian Foreign Policy after the Cold War*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1996.
- , "Russia's New Security Policy and the Ballistic Missile Defense Debate", en *Current History*, vol. 99, n° 639, octubre 2000, pp. 339-344.
- WALTZ, K., *Theory of International Politics*, Addison-Wesley, Reading 1979.
- WALZER, M., *Guerra, política y moral*, Ed. Paidós (Pensamiento contemporáneo n° 64), Barcelona 2001.
- WATSON, A., "Russia and the European States System", en BULL, H y WATSON, A. (eds.), *op. cit.*
- WEBBER, M., *CIS Integration Trends, Russia and the Former Soviet South*, The Royal Institute of International Affairs, Londres 1997.
- WERNING RIVERA, Sh., "Elites in post-Communist Russia: a Changing of the Guard?", en *Europe-Asia studies*, vol. 52, n° 3, mayo de 2000, pp. 413-432.
- WERTH, N., « Un état contre son peuple. Violences, répressions, terreurs en Union Soviétique », en COURTOIS, S. *et al.*, *op. cit.*, pp. 53-380.
- WESSELS, W., "Rationalizing Maastricht: The Search of an Optimal Strategy of a New Europe", en *International Affairs*, vol. 70, n° 3, 1994, pp. 445-458.
- WETTIG, G., "NATO, Russia and European Security after the Cold War", en *Aussenpolitik*, vol. 49, 3r. trimestre de 1998.
- , "Moscow's Perception of NATO's role", en *Aussenpolitik*, vol. 45, n° 2, 1998, pp. 123-133.
- WOLOSKY, L.S., "Putin y la plutocracia rusa" en *Política Exterior*, vol. XIV, n° 75, mayo-junio de 2000, pp. 45-58.
- WIGHT, M., *Power Politics*, Ed. Leicester UP, Leicester 1978.
- WHITE, A., "Social Change in Provincial Russia: the Intelligentsia in a Raion Centre", en *Europe-Asia Studies*, vol. 52, n° 4, junio 2000, pp. 677-694.
- WHITE, S. *After Gorbachev*, Cambridge University Press, 1993.

- WHITLOCK, E., “The CIS Economies: Divergent and Troubled Paths”, en *RFE/RL Research Report*, vol. 3 nº 1, Washington, 7 de enero de 1994.
- WILD, G., « CEI - Ouest : inertie et frémissements », en *Le courrier des pays de l'Est* nº 397-398, marzo-abril 1995.
- WIXMAN, R., *The Peoples of the USSR: An Ethnographic Handbook*. Sharp, Armonk (NY) 1988.
- YAKOVLEV, A., *Lo que queremos hacer con la Unión Soviética. Entrevista con Lily Marcou*. Alianza ed., Madrid 1991.
- YASMANN, Yu., “The rise of Eurasians”, en *RFE/RL Security Watch*, 30 de abril de 2001.
- YAVLINSKI, G., “El falso capitalismo ruso”, en *Política Exterior*, vol. XIII, nº 64, julio-agosto de 1998, pp. 75-90.
- YERASIMOS, S., « Caucase : le retour de la Russie? », en *Politique étrangère* nº 1, 1994.
- YUSUPOVSKI, A., “Latvia, Discrimination, International Organizations and Stabilization”, en ARBATOV, A. *et al.* (eds.), *op. cit.*, pp. 219-272.
- ZAGORSKI, A., “Russian Peace-Support in the CIS: Possibilities and Limitations of its Internationalization”, en ERHART, H. *et al* (coord.), *op. cit.*
- ZAPATER ESPÍ, L.-T., “El Islam y el nuevo nacionalismo en las Repúblicas del Asia central”, en FLORES JUBERÍAS, C. (coord), *op. cit.*, vol. 2º, pp. 111-142.
- , “El fundamentalismo islámico en Asia central”, comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.
- ZASLAVSKY, V., “Success and collapse: Traditional Soviet Nationality Policy”, en BREMMER, I., y TARAS, K. (eds.), *op. cit.*, pp. 29-41.
- ZEVIN, L., “The Economic Space of the CIS”, en *Problems of Economic Transition*, nº 9, vol. 37, N. York, enero de 1995.
- ZHDANOVA, M.P. y TIMOFEEVAL, F.A., *Chislesnost i sostav naselenija SSR: po donnym Usesojuzpoi perepisi naseleennia 1959 i 1979 goda*, Finansy i statistika, Moscú 1984.
- ZLOTOWSKI, Y., « L'Économie et la société russes après le choc d'août 1998 : rupture ou enlisement », en *Les études du CERI* nº 51, París 1999.
- ZOLO, D., *Cosmopolis. Prospects for World Government*. Polity Press, Cambridge 1997; versión en español : *Cosmópolis, Perspectiva y riesgos de un gobierno mundial*, Ed. Paidós (Estado y sociedad nº 70), Barcelona 2000.

ZORINA, I., “La URSS, el tercer mundo y los conflictos regionales. Nuevos enfoques de la política exterior soviética hacia el tercer mundo antes y después de Afganistán”, en *Afers Internacionals* nº 19, 1991, pp. 41-48.